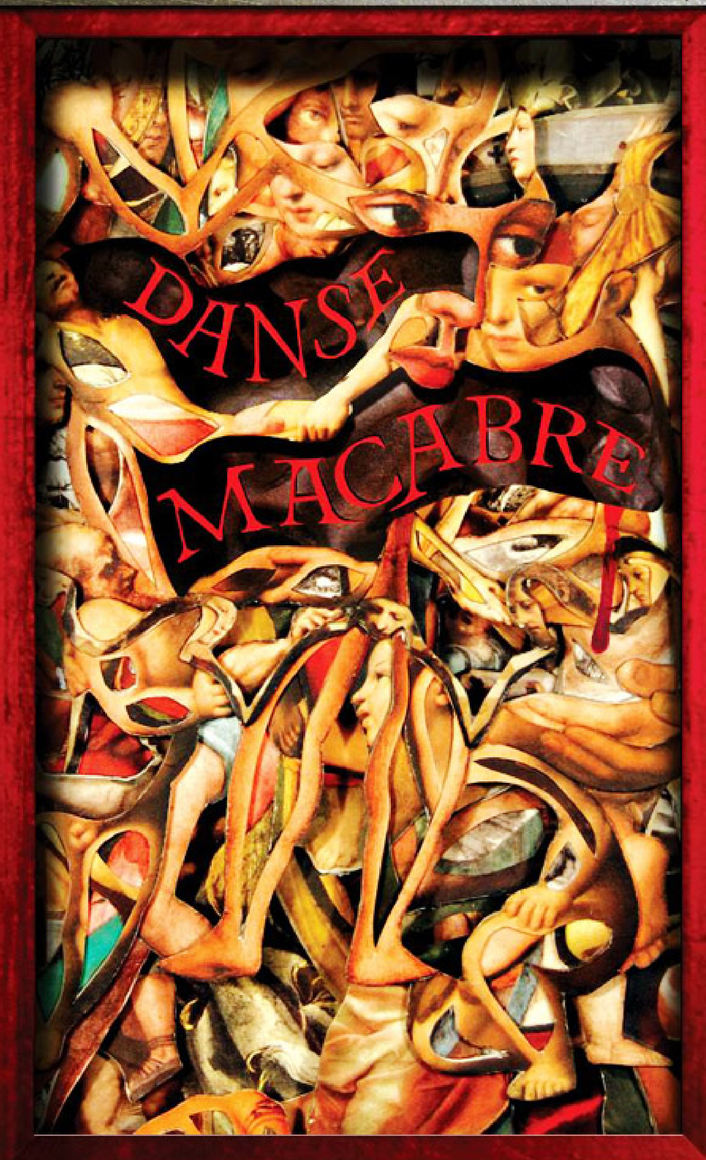

LAURELL K. HAMILTON
DANSE MACABRE
AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

Últimamente, Anita Blake está menos interesada en la política vampírica que en un temor, ancestral y natural, que todas las mujeres han compartido a lo largo de los tiempos: está embarazada. Y, si lo está, sin importar si el padre es un vampiro, un hombre lobo o cualquier otra cosa, ella sabe que ser una agente federal, famosa por resucitar muertos y ejecutora de vampiros, es incompatible con tener un bebé.



Laurell K. Hamilton

Danse Macabre

Anita Blake, cazavampiros-14

ePUB v1.0
fenikz 29.07.13

Título original: *Danse Macabre*

Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Eran mediados de noviembre. Se suponía que debía estar fuera haciendo jogging, pero estaba sentada en mi mesa de desayuno hablando de hombres, sexo, hombres lobo, vampiros, y ese asunto que la mayoría de solteras sexualmente activas temen más que nada, un retraso de la menstruación.

Verónica —Ronnie Sims, mi mejor amiga y detective privado, se sentó frente a mí en mi mesita de desayuno de cuatro plazas. La mesa estaba en un rincón elevado en una ventana en el saliente. Desayunaba casi todas las mañanas mirando la vista desde la terraza y a los árboles de fuera. El día de hoy la vista no era bonita, porque el interior de mi cabeza estaba demasiado feo para verlo. El pánico te hace eso.

—¿Estás segura de que te falta desde octubre? ¿No habrás contado mal? —preguntó Ronnie.

Negué con la cabeza y miré mi taza de café.

—Llevo dos semanas de retraso.

Se inclinó sobre la mesa y me palmeó la mano.

—Dos semanas… me habías asustado. Dos semanas podrían ser cualquier cosa, Anita. El estrés te puede desequilibrar mucho, y Dios sabe que has tenido suficiente estrés. —Me apretó la mano—. Ese último caso del asesino en serie fue sólo hace dos semanas. —Me apretó la mano con más fuerza—. Lo que leí en el periódico y vi en las noticias era malo.

Había dejado hace años de contarle a Ronnie mis cosas malas, cuando mis casos como verdugo legal de vampiros se habían puesto mucho más sangrientos que sus casos de detective privado. Ahora era un agente federal, al igual que la mayoría de los cazadores de vampiros en los Estados Unidos. Esto significaba que tenía más acceso incluso a la mierda más terrible. Las cosas que Ronnie, o cualquiera de mis amigos, no querían saber. No los culpo. Preferiría no haber tenido muchas de estas pesadillas en mi propia cabeza. No, no culpo a Ronnie, pero eso significaba que no podía compartir algunas de las cosas más terribles con ella. Estaba contenta de haber recuperado un largo tiempo de enfado para tenerla aquí en este desastre en particular. Podía hablar sobre las partes malas de los casos con algunos de los hombres en mi vida, pero no podría haber compartido la ausencia de la menstruación con cualquiera de ellos. A uno de ellos le incumbía demasiado.

Me apretó la mano fuertemente y se echó hacia atrás. Sus ojos grises eran todo simpatía y disculpa. Todavía se sentía culpable de haber soltado sus problemas sobre el compromiso y los hombres sobre nuestra amistad. Había tenido un breve y desastroso matrimonio años antes de conocerla. Había venido hoy aquí a llorar en mi hombro por el hecho de que se mudaba con su novio, Louie Fane… Dr.

Louie Fane, muchas gracias. Tenía un doctorado en biología y era profesor en la Universidad de Washington. También se volvía peludo una vez al mes y era un teniente de la rodere de hombres rata locales.

—Si Louie no se estuviera escondiendo de sus colegas, iríamos al ballet mañana y a la gran fiesta de después —dijo.

—Enseña a los niños de la gente, Ronnie. No puede permitirse el lujo de saber lo que harían si descubrieran que tiene licantropía.

—La universidad no es para niños. Están definitivamente crecidititos.

—Los padres no lo ven de esa manera —dije. La miré y finalmente dije:

—¿Estás cambiando de tema?

—Son tan sólo dos semanas, Anita, después de uno de los casos más violentos que has tenido. Yo ni siquiera perdería el sueño por esto.

—Sí, pero tu periodo es irregular. El mío no lo es. Nunca he tenido dos semanas de retraso antes.

Se apartó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. El nuevo corte de pelo le enmarcaba el rostro de forma agradable, pero no podía mantener el pelo fuera de los ojos, y siempre estaba empujándolo hacia atrás.

—¿Nunca?

Negué con la cabeza y bebí un sorbo de café. Estaba frío. Me levanté y fui a tirarlo por el fregadero.

—¿Cuánto es lo máximo que se ha retrasado? —preguntó.

—Dos días. Creo que cinco una vez, pero no estaba teniendo relaciones sexuales con nadie, así que no estaba asustada. Quiero decir, a menos que hubiera una estrella en el este, estaba a salvo, sólo un retraso. —Me serví café de la cafetera, vaciándola. Iba a necesitar más café.

Ronnie vino y se quedó junto a mí mientras ponía más agua caliente en la cocina.

Apoyó el trasero contra los armarios y bebió su café, pero me miraba.

—Déjame recapitular. Nunca has tenido dos semanas de retraso, nunca, y ¿nunca has perdido un mes entero antes?

—Desde que todo este lío comenzó cuando tenía catorce años, no.

—Siempre he envidiado tu programación regular como un reloj —dijo.

Empecé a desmontar la cafetera, sacando la tapa con su filtro.

—Bueno, el reloj se ha roto en este momento.

—Mierda —dijo en voz baja.

—Puedes decir eso otra vez.

—Necesitas una prueba de embarazo —dijo.

—No me digas. —Tiré el café molido en el bote de basura y sacudí la cabeza—. No puedo ir de compras por una noche.

—¿No puedes hacer una parada rápida de camino al pequeño *tête-à-tête* con Jean-Claude? No es como si fuera el evento principal.

Jean-Claude, Amo de los Vampiros de la Ciudad de Saint Louis, y mi amorcito, estaba preparando una de las mayores juergas del año para dar la bienvenida a la ciudad a la primera compañía de danza de vampiros. Era uno de sus mecenas, y cuando gastas tanto dinero, al parecer tienes que gastar más para hacer una fiesta para celebrar que el dinero estaba

ayudando a la compañía de baile a ganar muy buenas críticas en su gira internacional. Iba a haber medios de comunicación nacionales e internacionales allí. Mañana. Era como una gran cosa, y yo, como su principal apoyo, tenía que ir de su brazo, sonriendo y vestida para la ocasión. Pero eso era mañana. Esta noche, esa pequeña reunión era una especie de preliminar para el evento principal. Sin dejar que los medios de comunicación lo supieran, un par de los Maestros de la Ciudad que estaban de visita se habían colado antes.

Jean-Claude les había llamado amigos. Los Maestros vampiros no llaman amigos a otros Maestros vampiros. Aliados, socios, pero no amigos.

—Claro Ronnie, voy con Micah y Nathaniel. Incluso si me detengo, Nathaniel insistirá en ir a cualquier tienda conmigo o me preguntará por qué no le dejó ir.

No quiero que ninguno de ellos lo sepa hasta que tenga la prueba y si es sí o no.

Tal vez sean sólo nervios, estrés y la prueba dirá que no. Entonces no tendré que decirle nada a nadie.

—¿Dónde están tus dos guapos compañeros de casa?

—Haciendo jogging. Yo tenía que ir con ellos, pero les dije que habías llamado y me necesitabas para tomar tu mano acerca de la mudanza con Louie.

—Lo hice —dijo, y bebió un sorbo de café—. Pero de repente estar nerviosa por compartir el espacio con un hombre por segunda vez en mi vida como que no parece una cosa muy importante. Louie no es para nada como el imbécil con el que me casé cuando era joven y estúpida.

—Louie te ve de verdad, Ronnie. No está buscando algún tipo de esposa trofeo.

Quiere una compañera.

—Espero que tengas razón.

—No sé mucho hoy, pero estoy segura de que Louie quiere una compañera, no una muñeca Barbie.

Ella me dio una sonrisa débil, entonces frunció el ceño.

—Gracias, pero se supone que soy yo la que debo reconfortarte. ¿Vas a decírselo?

Apoyé mis manos en el fregadero y la miré a través de una cortina de pelo largo y oscuro. Se había hecho demasiado largo para mi gusto, pero Micah había hecho un trato. Si me cortaba el pelo, él se cortaría el suyo,

porque prefería el pelo más corto, también. Así que mi pelo se acercaba a mi cintura por primera vez desde la secundaria, y realmente empezaba a ponerme nerviosa. Por supuesto, hoy todo me ponía de los nervios.

—Hasta que no esté segura no quiero que lo sepan.

—Incluso si es que sí, Anita, no tienes que decirles nada. Cerraré mi agencia por unos días. Iremos lejos en un retiro de chicas, y puedes regresar sin ningún problema.

Me retiré el pelo hacia atrás para poder verla con claridad.

Creo que mi cara mostraba lo que estaba pensando, porque me dijo:

—¿Qué?

—¿Estás sinceramente diciéndome que no se lo diga a ninguno de ellos? ¿Que sólo desaparezca por un tiempo y me asegure de que no hay bebé del que preocuparse?

—Es tu cuerpo —dijo.

—Sí, y escojo mis posibilidades al tener sexo con muchos hombres de manera regular.

—Tomas la píldora —dijo.

—Sí, y si hubiera querido estar al cien por cien segura todavía usaría condones, pero no lo hice… Si estoy embarazada, entonces llegaremos a un acuerdo, pero no de esa forma.

—No puedes estar diciendo que seguirás adelante.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de estar embarazada, pero si lo estoy, no podría dejar de decírselo al padre. Estoy en una relación de compromiso con varios de ellos. No estoy casada, pero vivimos juntos. Compartimos una vida.

No podría hacer este tipo de elección sin antes hablar con ellos primero.

Ella negó con la cabeza.

—Ningún hombre quiere que una mujer practique un aborto si están en una relación. Siempre te quieren descalza y embarazada.

—Eso son los problemas que tu madre te contaba, o tuyos, o al menos no míos.

Ella miró hacia otro lado, sin querer encontrarse con mis ojos.

—Te puedo decir lo que yo haría, y no implicaría hablar con Louie.

Suspiré y miré por la pequeña ventana sobre el fregadero. Un montón de cosas que decir a eso me pasaron por la cabeza, ninguna de ellas de ayuda. Finalmente me conformé con:

—Bueno, no sois tú y Louie teniendo este problema en particular. Soy yo, y…

—¿Y quién? —dijo—. ¿Quién te ha hecho un bombo?

—Gracias por ponerlo de esa manera.

—Podría preguntar ¿quién es el padre? pero eso es sólo espeluznante. Si estás embarazada, entonces es un diminuto, microscópico trozo de células. No es un bebé. No es una persona, todavía no.

Negué con la cabeza.

—Vamos a estar en desacuerdo en eso.

—Estás a favor del aborto —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo estoy, pero también creo que el aborto es quitar una vida. Estoy de acuerdo con que las mujeres tengan el derecho a elegir, pero también aún creo que es quitar una vida.

—Eso es como decir que estás a favor del aborto y en contra. No se puede ser ambas cosas.

—Estoy a favor del aborto porque nunca he sido una víctima de incesto de catorce años embarazada de su padre, o una mujer que va a morir si el embarazo continúa, o incluso una adolescente que ha cometido un error o una víctima de violación. Quiero que las mujeres tengan opciones, pero también creo que es una vida, especialmente una vez que es lo suficientemente grande como para vivir fuera del útero.

—Una vez que eres católico, siempre serás católico —dijo.

—Tal vez, pero pensarías que ser excomulgada me curaría. —El Papa había declarado que todos los reanimadores serían excomulgados hasta que se arrepintieran de sus malos caminos y dejaran de hacerlo. Lo que Su Santidad no parecía entender es que el levantamiento de muertos era una habilidad psíquica, y si no levantásemos zombis de forma regular por dinero, finalmente podríamos resucitar a los muertos por accidente. Yo había levantado accidentalmente a mi mascota cuando era niña y a un maestro suicida en la universidad. Siempre me preguntaba si había habido otros que nunca me encontré. Tal vez algunos de los zombis casuales que de vez en cuando aparecían eran el resultado de las habilidades psíquicas de alguien que había ido mal o no estaba capacitado. Lo único que sabía era que si el Papa hubiera despertado alguna vez siendo un niño con su perro muerto acurrucado en la cama con él, querría que su poder estuviera controlado. O tal vez no lo haría. Tal vez hubiera creído que era malo y que

había que rezar en penitencia. Mis oraciones simplemente no tenían ese tipo de fuerza para ellos.

—No puedes decir que realmente tendrás esta cosa…, bebé, lo que sea.

Suspiré.

—No lo sé, pero sí sé que nunca podría salir, abortar, y no decírselo nunca a mis novios. No decirles nunca que uno de ellos podría haber tenido un hijo conmigo. Simplemente no podría hacerlo.

Movió la cabeza con tanta fuerza que el pelo cayó alrededor de su cara, cubriendo la mitad superior de la misma. Se pasó las manos a través de él bruscamente, como si estuviera tirando de él.

—He tratado de entender que eres feliz viviendo con, no uno, sino dos hombres. He tratado de entender que ames a ese vampiro hijo de puta de alguna manera. Lo he intentado, pero si en realidad engendras… en realidad tienes un bebé, no lo entenderé. No voy a ser capaz de entender eso.

—Pues no lo hagas. Entonces vete. Si no puedes asumirlo, entonces vete.

—No quise decir eso. Quise decir que no puedo entender porqué te complicarías la vida de esta manera.

—Complicar, sí, creo que esa es una forma de decirlo.

Cruzó los brazos apretados sobre el pecho. Era alta, delgada, de piernas largas y rubia. Todo lo que yo quería ser cuando era niña. Tenía el pecho lo suficientemente pequeño para poder doblar el brazo sobre el pecho en lugar de debajo de ellos, algo que no podría haber hecho. Pero sus piernas iban siempre en una falda, y las mías no. Oh, bueno.

—Muy bien, entonces si se lo vas a contar, díselo a Micah y Nathaniel, consigue una prueba y hazte el test tú misma.

—No hasta después de la prueba. No quiero que nadie lo sepa hasta que tenga la seguridad.

Levantó la vista hacia el techo, cerró los ojos y suspiró.

—Anita, vives con dos de ellos. Duermes con, al menos, dos más de ellos. Nunca estás sola. ¿Cuándo vas a tener tiempo para conseguir la prueba, y mucho menos tener la privacidad para usarla?

—Puedo coger una en el trabajo el lunes.

Ella me miró fijamente.

—¡El lunes! Hoy es jueves. Me volvería jodidamente loca si tuviera que esperar tanto tiempo. Te vas a volver loca. No puedes esperar casi

cuatro días.

—Quizá me venga el período. Tal vez el lunes y no lo necesite.

—Anita, no me lo habrías dicho si no estuvieras segura de que necesitabas una prueba de embarazo.

—Cuando Nathaniel y Micah vuelvan, irán a la ducha directamente, entonces nos vestiremos e iremos directamente a ver a Jean-Claude. No habrá tiempo esta noche.

—El Viernes. Prométeme que el viernes conseguirás uno.

—Lo intentaré, pero…

—Además, cuando empiezas a hacer que tus amantes usen condones, ¿No crees que pensarán que algo va mal?

—¡Jesús! —dije.

—Sí, te oí decir que si hubieras usado preservativos, habrías estado a salvo. No me digas que no vas a querer usarlos durante un tiempo. ¿Puedes realmente tener relaciones sexuales sin protección, en este momento y disfrutar de ello?

Negué con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿qué vas a decirle a los chicos sobre esta repentina necesidad de usar condones? Maldita sea, Micah se sometió a una vasectomía antes de que lo conocieras. Es, como, super seguro.

Suspiré de nuevo.

—Tienes razón. ¡Maldita sea, pero sí!

—Conseguirás una prueba de camino a la reunión de esta noche.

—No, no voy a estropear la reunión de Jean-Claude. Lo ha estado planeado durante meses.

—Eso no me lo habías dicho.

—Yo no lo planeé, fue él. El ballet no es realmente lo mío. —A decir verdad, no lo supe hasta que los maestros llegaron a St. Louis, pero me guardé esa parte para mí. Sólo daría a Ronnie una razón más para decir que Jean-Claude me ocultaba cosas. Había admitido finalmente que los Maestros de la Ciudad habían venido para algo que él no había planeado, al menos no desde el principio. Sólo había que negociar que los vampiros nómadas pudieran cruzar muchos territorios sin problemas. Jean-Claude acordó que la reunión era una buena idea, pero también estaba nervioso por eso. Sería la mayor reunión de Maestros de la Ciudad en la historia americana. Y no traes a muchos peces gordos sin preocuparte por los

ataques de los tiburones.

—¿Y cómo se tomará la noticia el señor Colmillo de que va a ser papá?

—No le llames así.

—Lo siento, ¿cómo se sentirá Jean-Claude por ser papá?

—Probablemente no sea suyo.

Ella me miró.

—Tienes sexo con él desde hace mucho. ¿Por qué no va ser de él?

—Porque tiene más de cuatrocientos años, y cuando un vampiro es tan viejo, no es muy fértil. Eso también sirve para Asher, y Damian.

—¡Oh, Dios! —dijo—. Se me había olvidado que tenías relaciones sexuales con Damian.

—Sí —dije.

Se cubrió los ojos con las manos.

—Lo siento, Anita. Siento estar sorprendida porque mi amiga monógama de repente duerma, no con un vampiro sino con tres.

—No lo planeé así.

—Ya lo sé. —Me abrazó, y me quedé quieta contra ella. No estaba siendo lo suficientemente reconfortante para mí para que pudiera relajarme en sus brazos.

Me abrazó más fuerte.

—Lo siento. Siento que estoy siendo una idiota. Pero si no son los vampiros, ¿quién más que tus siervos?

Me aparté de ella.

—No les llames mis siervos. Tienen nombres, y sólo porque me gusta vivir con alguien y a ti no, no hace eso mi problema.

—Muy bien. Eso deja a Micah y a Nathaniel.

—Micah está descartado, ¿recuerdas? Por lo tanto, no puede ser él.

Sus ojos se agrandaron.

—Eso deja a Nathaniel. Jesús, Anita, Nathaniel como padre.

Hace un momento, podría haber estado de acuerdo con ella, pero ahora me molestó. No era nadie para menospreciar a mis novios.

—¿Qué hay de malo en Nathaniel? —Le dije, con mi voz no del todo feliz.

Se puso las manos en las caderas y me dirigió una mirada.

—Tiene veinte años y es un stripper. Los strippers de veinte años sirven para tu despedida de soltera. No para tener hijos con ellos.

Dejé que el enfado se reflejara en mis ojos.

—Nathaniel me dijo que no lo veías como una persona normal. Le dije que estaba equivocado. Le dije que eras mi amiga, y que no le faltarías el respeto ni nada por el estilo. Estaba equivocada.

Ella no se echó para atrás o se disculpó. Se enfadó y permaneció así.

—Lo último que sé es que Nathaniel se suponía que era alimentación, sólo comida, no el amor de tu vida.

—Yo no he dicho que él fuera el amor de mi vida, y sí, comenzó como mi *pomme de sang*, pero eso no es…

Ella me interrumpió.

—Tu manzana de sangre, ¿verdad? Eso es lo que significa *pomme de sang*.

Asentí con la cabeza.

—Si fueras un vampiro estarías tomando la sangre de tu stripper poco a poco, pero gracias a esos hijos de puta chupadores de sangre, tienes que alimentarte del sexo. ¡Sexo, por amor de Dios! En primer lugar ese hijo de puta te hizo su puta de sangre, y ahora eres sólo una… —Ella se paró en seco, con una expresión de sorpresa, casi de miedo en su rostro, como si supiera que había ido demasiado lejos.

Le dirigí una mirada indiferente y fría. La mirada que decía que mi ira se había movido de caliente a fría. Nunca era una buena señal.

—Vamos, Ronnie, dilo.

—No lo decía en serio —susurró.

—Sí —dije—, lo hacías. Ahora sólo soy una puta. —Mi voz sonó tan fría como se reflejaba en mi mirada. Muy enfadada y demasiado herida para ser algo más que fría. Caliente, enfadada podía sentirme bien pero siendo fría me protegía mejor.

Ella comenzó a llorar. La miré fijamente, sin habla. ¿Qué demonios estaba pasando? Estábamos discutiendo; no quería verla llorar entre medias.

Especialmente no cuando era una bastarda cruel. Podía contar con una mano las veces que había visto llorar a Ronnie y todavía tenía dedos de sobra.

Todavía estaba enfadada, pero me sorprendió demasiado, y eso me puso un poco molesta.

—¿No debería ser yo la que llorara en este caso? —pregunté, porque no podía pensar en qué más decir. Estaba enfadada con ella y que me cuelguen si la consolaba en este momento.

Ella habló jadeante, con el hipo fuerte por el llanto.

—Lo siento. Oh, Dios, Anita, lo siento. Estoy tan celosa.

Levanté las cejas.

—¿De qué estás hablando? ¿Celosa de qué?

—Los hombres —dijo en un estremecimiento, y voz insegura. Era como si fuera otra persona por un momento, o tal vez se trataba de una parte de Ronnie que no dejaba que la gente viera—. Todos los malditos hombres. Estoy a punto de dejarlos a todos. Todos, excepto a Louie, él es genial, pero maldita sea, he tenido amantes.

Llegué a tres dígitos.

No estaba segura de que ser capaz de sobrepasar en cien el número de tus amantes fuera algo bueno, pero era algo que Ronnie y yo habíamos acordado también no hace mucho en no estar de acuerdo. No dije, ¡Mira quién es la puta! u otras observaciones dañinas que podía haber dicho. Permití todos sus golpes bajos. Y el llanto.

—Y ahora todo lo hago es por un solo hombre. —Apoyó las manos contra el armario como si necesitara apoyo.

—Dijiste que el sexo con Louie era tremendo. Creo que utilizaste las palabras fantástico y alucinante.

Ella asintió, el pelo se esparció alrededor de su rostro para que no pudiera ver sus ojos por un momento.

—Lo es, lo es, pero es sólo un hombre. ¿Y si me aburro, o se aburre conmigo? ¿Cómo puede ser uno solo suficiente? La última vez que ambos fuimos infieles fue un mes después de la boda. —Levantó la vista después de esta última observación, sus ojos grises estaban muy abiertos y asustados.

Hice un gesto de impotencia y le dije:

—Estás pidiendo consejo a la persona equivocada, Ronnie. Pensaba en la monogamia. Parecía una buena idea para mí.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. —Se secó las lágrimas del rostro con movimientos fuertes, enfadados, como si su contacto la hiciera sentirse aún más molesta—. ¿Cómo es que tú, mi amiga que solo habías tenido tres hombres en toda tu vida, acabas teniendo citas con cinco hombres?

No sabía qué decir a eso, así que traté de concentrarme en hechos concretos.

—Seis hombres —dije.

Me frunció el ceño, tenía la mirada que significaba que contaba en su cabeza.

—Sólo cuento cinco.

—Te falta alguien, Ronnie.

—No, —comenzó a contar con los dedos—, Jean Claude, Asher, Damian, Nathaniel, y Micah. Están todos.

Negué con la cabeza otra vez.

—Tuve sexo sin protección con un hombre más el mes pasado. —Podría haberlo dicho de otra manera, pero tal vez si regresábamos a mi desastre personal, podríamos dejar de hablar de la envidia de Ronnie. Ella necesitaba terapia más de lo que sabía cómo dar en los últimos tiempos.

Frunció el ceño más fuerte, y luego lo consiguió.

—Oh, no, no —dijo.

Asentí con la cabeza. Feliz de ver en su expresión el horror completo.

—Has tenido relaciones sexuales con él una sola vez, ¿verdad?

Negué con la cabeza, una y otra vez.

—No sólo una vez.

Ella me miraba con tanta rabia que no podía mirarla. Incluso con las lágrimas casi secas en su rostro, Ronnie empezó otra vez. Ronnie tenía una dura mirada. No podía mirarla y me quedé mirando la mesa.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

Empecé a ruborizarme y no pude evitarlo. Maldita sea.

—Estás ruborizándote, no es una buena señal —dijo.

Miré hacia abajo, a la mesa, con mi pelo largo ocultando mi cara.

Su voz era suave cuando dijo:

—¿Cuántas veces, Anita? ¿Cuántas veces en el mes habéis estado de nuevo juntos?

—Siete —dije, todavía sin levantar la vista. Odiaba admitirlo, porque el número solo decía más fuerte que cualquier palabra exactamente lo mucho que me gustaba estar en la cama de Richard.

—Siete veces en un mes —dijo—. ¡Guau, eso es…!

Miré hacia arriba, y la mirada fue suficiente.

—Lo siento, lo siento, sólo… —Parecía como si no estuviera segura de si iba a reír o estar triste por él. Se contuvo y, finalmente, sonó triste cuando ella dijo:

—Oh, Dios mío, Richard.

Asentí con la cabeza otra vez.

—Richard —susurró su nombre y pareció horrorizada. Valía la pena un poco de horror.

Richard Zeeman y yo habíamos estado juntos otra vez después de años. Habíamos estado comprometidos brevemente hasta que lo vi comerse a alguien. Richard era el líder Ulfric local de los hombres lobo. También era un profesor de ciencias y un boy scout completo. Medía aproximadamente 1.80, musculoso, increíblemente guapo, con una capacidad igual de sorprendente auto-destructivo. Odiaba ser un monstruo, y me odiaba por estar más cómoda con los monstruos que con él.

Odiaba un montón de cosas, pero habíamos caído bastante en la cama en las últimas semanas. Pero como mi abuela Blake me dijo: una vez es suficiente.

De todos los hombres en mi vida, la elección más posible de ser el padre sería Richard, porque de todos ellos con él tendría una valla blanca y una vida normal.

Normal no era posible para mí, o para él, pero lo sabía, y él no, realmente no, todavía no. Aunque estuviera embarazada, y siguiera con el embarazo, no iba a casarme con nadie. No iba a cambiar mi modo de vida. Mi vida estaba bien como estaba, y la idea de Richard de la felicidad doméstica no era la mía.

Ronnie soltó una carcajada, luego se la tragó. La estaba mirando.

—Vamos, Anita, estoy autorizada para quedarme impresionada porque has tenido relaciones sexuales con él siete veces en un mes. Me refiero a que ni siquiera vivís juntos, y que estás teniendo más relaciones sexuales que algunos de nuestros amigos casados.

Seguí dirigiéndole una mirada rabiosa, pero Ronnie era mi amiga, y era más difícil impresionarla con la mirada que le dirigía. Sabía que en realidad no le haría daño.

La discusión se estaba muriendo bajo el peso de la amistad, y mi preocupación más inmediata eran los años de problemas no resueltos.

Ronnie me tocó el brazo.

—Oh, no será de Richard. Estás teniendo relaciones sexuales con Nathaniel por lo menos cada dos días.

—A veces, dos veces al día —dije.

Ella sonrió.

—Bueno, mi, mi… —Luego agitó la mano como si quisiera evitar distraerse a sí misma—. Lo más probable es que se trate de Nathaniel, ¿no?

Le sonreí.

—Pareces feliz con eso ahora.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, una elección mala, ya sabes.

—Muchas gracias, Ronnie.

—¿Sabes lo que quiero decir? —dijo.

—No, no lo creo. —Creo que estaba a punto de estar enfadada por sus opiniones sobre que los hombres de mi vida no eran una elección mala, pero no tuve la oportunidad de enfadarme porque dos de los hombres de mi vida estaban entrando por la puerta principal.

Les oí abrir la puerta antes de que entraran, y sus voces eran altas y con aliento entrecortado por la carrera. Habían sido capaces de correr más rápido y más lejos sin mí. Yo, después de todo, seguía siendo humana, y ellos no lo eran.

De pie entre la isla y la mesa, no podía ver la puerta de entrada, sólo oírlos riendo mientras se acercaban a la puerta de la cocina.

—¿Cómo puedes hacer eso? —Ronnie me preguntó con voz suave.

—¿Qué? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Estabas sonriendo. —La miré—. Solo con oír sus voces ya sonríes, incluso con todo…

La detuve con una mano en el brazo. Sabía que la mejor manera de comunicar la noticia de un bebé era no escuchándolo en una conversación. Sus oídos eran demasiado buenos como para correr el riesgo. Y aquí llegaron, mis dos dulces.

Micah iba delante, mirando hacia atrás por encima del hombro, sin dejar de reír, y de hablar. Él era de mi altura, estatura baja, delgado y musculoso tipo nadador.

Tenía que hacer sus trajes a medida porque necesitaba un extra de corte atlético pequeño. No conseguías esa buena percha. Lo había conocido moreno, solía correr sin camiseta, todo el verano y el otoño. Hoy llevaba camiseta con un pantalón corto. Tenía el pelo del color del rico café, algunas personas se les volvía de ese color después de haber nacido rubios. Su pelo oscuro estaba recogido en una coleta baja que no podía ocultar que era rizado, casi tan rizado como el mío. Se había quitado sus gafas de sol, así que cuando me abrazó pude ver sus ojos verde amarillento. Ojos de leopardo en su delicado rostro. Un hombre malvado le había obligado a permanecer en forma de leopardo durante tanto tiempo que cuando volvió a

ser humano no podía volver del todo.

Nos besamos y nuestros brazos sólo podían deslizarse automáticamente alrededor del otro, ejercer presión sobre nuestros cuerpos tan juntos como podíamos, con la ropa puesta. Me había afectado de esta manera casi desde el momento en que le había visto. Lujuria a primera vista. Dicen que no dura, pero llevábamos seis meses y contando.

Me derretí contra su cuerpo y le besé con fiereza, profundamente. En parte era lo que siempre quise hacer cuando lo vi. En parte tenía miedo, tocar y ser tocada me hacía sentir mejor. No hace mucho hubiera sido más discreta cuando había compañía, pero mis nervios no estaban lo suficientemente bien, para fingir hoy.

A él no le daba vergüenza y no me decía «No delante de Ronnie» como Richard habría hecho. Me devolvió el beso con una intensidad que casi me ahogó, sus manos me sostenían como si nunca me fuera a dejar ir. Retrocedimos, sin aliento y riéndonos.

—¿Eso fue para presumir? —preguntó Ronnie, y su voz no era feliz.

Me di la vuelta, todavía en los brazos de Micah. Miré a sus ojos enfadados y de pronto estaba lista para darme la vuelta enfadada.

—No todo gira a tu alrededor, Ronnie.

—¿Me estás diciendo que le das un beso, cada vez que llega a casa? —La ira estaba de vuelta, y la utilizó—. Él se ha ido, ¿hace una hora? Te he visto darle la bienvenida después de un día de trabajo, y nunca fue así.

—¿Cómo qué? —pregunté, en voz baja. Si quería discutir, podríamos discutir.

—Como si te faltara el aire y no pudieras respirar lo suficientemente rápido.

La voz de Micah era suave, placentera, tratando de hablar en tono algo bajo.

—¿Interrumpimos algo?

Me volví para hacer frente a Ronnie.

—Se me permite besar a mi novio cuando quiera darle un beso sin obtener tu permiso, Ronnie.

—No trates de decirme que no estabas pasándomelo por la cara, hace un momento, el espectáculo.

—Vete a terapia, Ronnie, porque estoy cansada de tus putas cuestiones sobre mí.

—Confié en ti —dijo ella, con la voz estrangulada por una emoción que

no entendía—, y montaste un espectáculo delante de mí. ¿Cómo pudiste?

—Oh, eso no era un espectáculo —dijo Nathaniel desde la puerta—, pero si deseas un espectáculo podemos hacer algo al respecto.

Entró en la cocina de puntillas, mostrando la gracia de su entrenamiento de baile y la gracia sobrenatural del hombre leopardo. Se quitó la camiseta con un gesto suave y la dejó caer al suelo. De hecho, retrocedí un paso antes de que la recogiera.

No me había dado cuenta hasta ese momento que estaba enfadado con Ronnie.

¿Qué pequeños comentarios cortantes había estado haciendo ella que no me había enterado? Cuando me dijo que ella no lo vio como alguien real, había estado tratando de decirme más de lo que me había enterado. Que me hubiera perdido algo tan grande que estaba allí en sus ojos enfadados.

Se soltó la coleta y dejó que su pelo castaño llegara hasta los tobillos alrededor de su cuerpo casi desnudo. Caminó a pasos cortos.

Tuve tiempo de decir:

—Nathaniel, —cuando estaba delante de mí. Esa energía de otro mundo que todos los licántropos podían desprender de su piel me estremeció todo mi cuerpo. Medía 1,80 aproximadamente, apenas lo suficientemente alto como para que tuviera que mirar hacia arriba para encontrarme con su mirada. Su ira había vuelto sus ojos del color de la lavanda al color más profundo de las lilas, reflejando la ira y la fuerza de su personalidad. Nathaniel me miró con esos ojos, de forma atrevida, me desafió, para reducirle.

No quería bajar la mirada. Quería envolverlo con mi cuerpo y que la energía de su piel se arrastrara a mi alrededor como un abrigo. Últimamente parecía que buscaba cualquier tensión para mantener relaciones sexuales. ¿Miedo? El sexo me haría sentir mejor. ¿Enfadada? El sexo me calmaba. ¿Triste? El sexo me hacia feliz.

¿Era una adicta al sexo? Tal vez. Pero Nathaniel no estaba ofreciendo sexo real.

Sólo quería toda la atención que le había dado a Micah. Parecía justo.

Cerré la distancia entre nosotros con mis manos, mi boca, mi cuerpo. La energía de su bestia se derramó a nuestro alrededor, me hizo sentir como si me estuviera sumergiendo en un baño de agua caliente con una carga eléctrica leve. Había sido uno de los mejores leopardos hasta que un accidente metafísico lo tomó como *pomme de sang* para llamar a mi

animal. Era el primer siervo humano que ganó la capacidad de los vampiros de llamar a un animal. Podía llamar a los leopardos, pero Nathaniel era mi animal doméstico especial. Ambos ganamos poder con la vinculación mágica, pero él había ganado más.

Me levantó, usando sólo sus manos sobre mis muslos.

Incluso a través de mis vaqueros se aseguró de que sabía que estaba feliz de estar apretado contra mi cuerpo. Tan feliz que salió de mí un pequeño sonido.

La voz de Ronnie era áspera, fea, como si se ahogara en su ira.

—Y cuando llegue el bebé, ¿vas a follar delante de él, también?

Nathaniel se congeló a mi lado. La voz de Micah provenía de detrás de nosotros.

—¿Bebé?



DOS

La palabra cayó en la habitación como un rayo, después la habitación se quedó en silencio. Tan silenciosa que podía oír mi sangre golpeando en mi cabeza. El cuerpo de Nathaniel estaba tan quieto contra mí, que si no hubiera estado sintiendo su pulso contra mi mano, habría sido como si no estuviera allí. Tenía miedo de moverme, miedo de respirar. Era como un momento antes de un tiroteo, cuando sabes que va a pasar algo, y que cualquier cosa, cualquier movimiento, lo puede desencadenar, y no quieres ser la persona que hace que esto suceda.

Nathaniel me miró, y su mirada fue suficiente. Se rompió el silencio poco natural, y el sonido se derramó alrededor. Micah dijo:

—¿Ronnie has dicho, bebé?

—Sí, dije bebé. —Su voz era fea, con ira.

Nathaniel me dejó deslizarme hasta el suelo, sus manos se situaron en mis hombros. Sus ojos eran tan serios que tuve que luchar para no apartar

la mirada.

Lo hice, aunque mis ojos se estremecieron como si la fuerza de sus preguntas fueran una luz muy brillante de la que no me podía apartar.

—¿Estás embarazada? —preguntó, con voz suave.

—No estoy segura —dije, y me giré dando a Ronnie la mirada que se merecía—. Iba a esperar hasta estar segura antes de decíroslo. Pero tenía que contárselo a alguien.

Pensé, bueno, voy a decírselo a mi mejor amiga, pero creo que me equivoqué.

—El beso con Micah puede que no fuera para mi disfrute —dijo Ronnie con una voz tan fea que no la reconocía—, pero el de tu mascota stripper, si que ha sido para mí disfrute.

Me volví para mirarla, con Nathaniel detrás de mí.

—Estás celosa de los hombres de mi vida, sí, ahora lo entiendo.

Abrió la boca, la cerró, y dijo:

—Creo que es justo. Les dije tu secreto, les dirás el mío.

Negué con la cabeza.

—Decirles a Nathaniel y a Micah que estás celosa de cuántos hombres hay en mi cama, no es lo mismo que decirles que puedo estar embarazada. —Tuve una idea significativa, por lo que dije—: Pero podría estar cerca si le digo a Louie que estás celosa de mi novio. ¿Sabes que puede contar el número de tus amantes con tres dígitos? —Sí, era duro, pero se lo había ganado. Sólo la familia puede pelear tan sucio como los mejores amigos.

Ella palideció un poco, y eso fue suficiente para responder a mi pregunta.

—No lo sabe —dije, y entonces Nathaniel hizo una declaración.

—Creo que tiene derecho a saberlo —dijo Nathaniel, y nuevamente hubo ese tono de ira en su voz que decía que esto era más personal de lo que debería haber sido entre ellos.

—Había planeado en decírselo —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó, y se trasladó a mí alrededor, por lo que estaba frente a ella.

Eché un vistazo a Micah, y él negó con la cabeza, como si tampoco supiera lo que estaba pasando. Los dos estábamos confundidos.

—¿Cuándo se mudarais a vivir juntos, cuando te cases con él, o nunca vas hacerlo?

—No nos vamos a casar —dijo con una voz que era apenas un poco

desesperada, como si su temor pudiera lavar su enfado. Luego dijo:

—Tú has hecho ese pequeño espectáculo con Anita para restregarme por la cara que estoy a punto de convertirme en monógama. Siempre estás haciendo cosas así.

—Y ¿cuántas veces has dicho, «Oh, el pequeño stripper de Anita», o «mascota stripper», o «que trucos tienes», o mi favorito personalmente, «eres condenadamente mono andando, hablando, el bistec», o es «pastelito»?

—Jesús, Nathaniel. —Miré a Ronnie—. ¿Le has dicho todo eso?

Su ira desapareció y al fin pareció incómoda.

—A lo mejor, pero no como lo hace sonar.

—Entonces, ¿por qué no lo has dicho delante de mí? —pregunté—. Si no hay nada de malo en lo que dices, ¿por qué no delante de mí?

—O de mi —dijo Micah—, te lo hubiera dicho si hubiera escuchado las cosas que dice Nathaniel.

—¿Por qué no me lo dijiste, Nathaniel? —pregunté.

Me dio su mirada iracunda.

—Te dije que no me veía como real, como una persona.

—Pero no me dijiste lo que había dicho, necesitaba saberlo.

Se encogió de hombros.

—Es tu mejor amiga, y acabáis de hacer las paces después de una gran pelea. No quería empezar otra.

—Sólo estaba bromeando —dijo Ronnie, pero el tono en su voz dijo que no lo creía.

La miré.

—¿Cómo te sentirías si le dijera esas cosas a Louie?

—No puedes llamarlo stripper, o ex-prostituta, porque no lo es. —En el momento en que lo dijo, su rostro me demostró que sabía que no debía haberlo dicho—. No quise decir… —Empezó, pero no fui yo quien la puso en su lugar, fue Nathaniel.

—Sé por qué me llamas por todos esos nombres —dijo, y se movió más de cerca de ella, sin tocarla, pero invadiendo su espacio personal—. Veo la forma en que me miras. Me quieres, pero no como Anita. Tú sólo me quieres para una noche o un fin de semana o un mes, entonces harías conmigo lo que siempre has hecho con todos. Sé por qué no quieres comprometerte con Louie. —Nunca le había visto así, implacable. De hecho, hice un pequeño movimiento, como si fuera a detenerlo, pero Micah

llamó mi atención, y sacudió la cabeza. Su rostro estaba serio, casi sombrío. Supongo que tenía razón. Nathaniel se había ganado esto, y Ronnie supongo, también. Pero no iba a terminar bien pasara lo que pasara.

Él volvió a decir:

—Sé por qué no quieres comprometerte con Louie.

Ella dijo con una voz pequeña, débil.

—¿Por qué?

—Debido a que te atormenta pensar que nunca sabrás cómo soy en la cama.

—Oh —dijo ella con una voz que era casi la suya—, así que ¿no me voy a comprometer con Louie porque eres un semental?

—Yo no, Ronnie, sino el próximo… El siguiente tipo que te obsesione. Sin amor, solo obsesión, pero te preguntarás, como-será-él-en-la-cama. Siempre has sido bastante hermosa, bastante caliente, para conseguir quien has querido, ¿no? —Le miró como si fuera algo horrible. Él le repitió—: ¿No?

Asintió con la cabeza y susurró:

—Sí.

—Sabías que Anita no estaba follando conmigo, así que pensaste que si no me quería tal vez estaría bien, pero no te seguí el juego. Ignoré las sugerencias, por lo que empezaste a decirme cosas como esas. Tal vez ni siquiera sabías por qué lo estabas haciendo. —Se inclinó tan cerca de ella que se trasladó hacia atrás hasta que su trasero golpeó el armario, y no tuvo a dónde ir—. No dejabas de menospreciarme delante de Anita, y peor aún a sus espaldas, como si tuvieras que convencerla de que no tenía que mantenerme cerca. Que no era lo suficientemente bueno para ella. ¿Alguna vez te has encaprichado de alguien y no te lo has follado, al menos una vez?

Ella tuvo un pequeño estremecimiento que hizo temblar su cabeza. Se mordía el labio inferior, y las lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos.

—Entonces, de repente, Anita me mete en su cama, y no cazas furtivamente a los chicos de tus amigas. Esta es una regla. Pensaste que yo solo era un capricho de unos días, su comida, y tú después podrías tenerme, al menos una vez. De repente soy su novio, y va en contra de tus reglas intentar follarme, pero todavía me querías. Sólo una vez. Sólo una vez dentro de ti…

En ese momento le llamé.

—Basta, Nathaniel, suficiente. —Mi voz era temblorosa.

Esto había llegado a ser muy feo, muy rápidamente. ¿Cómo podía haberlo pasado por alto?

Nathaniel retrocedió lentamente, y le dijo:

—Solía creer en mujeres como tú, Ronnie. Solía pensar que me querían aunque fuera sólo por un rato, por lo menos un poco. —Negó con la cabeza —. Pero la gente como tú no ama a nadie, sólo a sí mismos.

—Nathaniel —dijo Micah, como si hubiera sido sorprendido por sus palabras, también.

Nathaniel no le hizo caso.

—Hay que averiguar lo que te está pasando, Ronnie, antes de que arruines lo mejor que has encontrado.

Ella habló en un áspero susurro:

—Te refieres a Louie.

Asintió con la cabeza.

—Sí, me refiero a Louie. Él te ama. Realmente, de verdad te ama, no sólo por una noche, o un mes, sino durante años. Parte de ti lo ama o sino no estarías con él.

Ella tragó saliva suficiente para que se escuchara en la sala y con una mirada de dolor dijo:

—Tengo miedo.

Asintió con la cabeza, otra vez.

—¿Qué pasa si lo amas? ¿Qué pasa si le das todo tu corazón y después te rechaza de la forma en que tú has rechazado a tantos otros?

Dio ese movimiento de cabeza, ese temblor otra vez.

—Sí.

—Necesitas ayuda, Ronnie, ayuda profesional. Puedo recomendarte a alguien.

Sabía que Nathaniel había visto a un terapeuta, pero nunca le había oído hablar de ello con nadie, no como ahora.

—He estado con ella durante algunos años. Es buena. Me ha ayudado mucho. —Tenía la cara más amable.

Ronnie le miró como si fuera la serpiente y ella fuera el pajarito indefenso.

Fue a la tabla de corcho por encima del teléfono. Había tarjetas de visita cubriéndolo; números importantes, notas. Tomó una de las tarjetas. Caminó de vuelta hacia Ronnie y se la entregó.

—Si no puede atenderte, sabrá de alguien bueno que pueda hacerlo.

Ronnie tomó la tarjeta con cuidado, sólo por la esquina como si tuviera miedo de que mordiera. Le miró con sus grandes ojos asustados, pero puso la tarjeta en su bolsillo de los vaqueros. Suspiró profundamente y se volvió hacia mí.

—Lo siento, Anita. Lamento todo. —Miró a Nathaniel, luego a mí.

—Y ahora me voy dejando aquí toda mi mierda para que vosotros lo limpiéis como he hecho siempre. Lo siento. —Y ella se fue. Todos esperamos hasta que oímos la puerta cerrándose detrás de ella.

Los tres nos quedamos durante unos segundos en silencio, esperando a que las ondas de choque del momento terminaran. Pero, por supuesto, había otros problemas más que cuestionarse a parte de Ronnie.

Micah se volvió hacia mí y dijo:

—¿Estamos en un lío?

—No estoy segura todavía —dije.

—¿Pero piensas que estás embarazada? —dijo.

Asentí con la cabeza.

—No me ha venido el periodo. Pensaba en averiguarlo con certeza antes de decírselo a alguien. —Suspiré y crucé los brazos debajo de mis pechos—. No he comprado una prueba de embarazo, porque no estaba segura de cómo os lo tomaríais si uno de vosotros llegara a descubrirlo.

Nathaniel se acercó a mí, situándose a un lado para no bloquear mi visión de Micah.

—Anita, no deberías tener que pasar por esto sola. Al menos uno de nosotros debería coger tu mano mientras esperas para ver si la pequeña franja cambia de color.

Levanté la vista hacia él.

—Hablas como si hubieras hecho esto antes.

—Una vez, ella no estaba segura de que fuera mío, pero yo era el único amigo que tenía para sostener su mano.

—Pensé que era tu primera novia.

—Se enteró de que nunca había estado con una chica, por lo que se hizo cargo de ello. —Su voz lo hacía parecer completamente un hecho no un sentimiento—. No era muy bueno en eso, pero quedó embarazada. Fue probablemente uno de sus clientes, pero podría haber sido mío.

—¿Los clientes? —Micah hizo una pregunta.

—Estaba en el juego, como yo lo estaba entonces.

Sabía que «el juego» significaba que había sido una prostituta, pero «el juego» por lo general quería decir cuando estaban en la calle. Había estado en la calle durante dieciséis años.

—¿Cuántos años tenías? —pregunté.

—Trece —dijo. La expresión de mi rostro le hizo reír—. Anita, nunca había estado con una chica, pero ya había visto a muchos hombres. Ella pensó que debía saber lo que era estar con una chica. Era mi amiga, me protegió a veces, cuando podía.

—¿Cuántos años tenía ella? —preguntó Micah.

—Quince.

—Jesús —dije.

Sonrió, una sonrisa suave, casi condescendiente que siempre me hacía saber la suerte que tuve al tener una infancia protegida como la que había tenido.

—Y quedó embarazada —dijo Micah, en voz baja.

Nathaniel asintió con la cabeza.

—Las probabilidades apuntaban a que no era mío.

Tuvimos relaciones sexuales dos veces. Una vez, para poder ver si me gustaba. La segunda vez fue para ver si podía mejorar.

—Su rostro se suavizó de una manera que nunca había visto antes.

—La querías —dije, con una voz tan suave como pude.

Asintió con la cabeza.

—Mi primer amor.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Micah.

—Jeanie, se llamaba Jeanie.

Casi no me atrevía a preguntar, era lo máximo que había hablado nunca de esa parte de su vida, así que lo hice.

—¿Qué pasó?

—Sostuve su mano mientras la prueba resultó positiva. Su proxeneta pago por un aborto. Fui con ella. Yo, y otra chica. —Se encogió de hombros, y una suave luz se desvaneció en sus ojos—. No habría podido criarlo. Ya lo sabía. Todos lo hacían. —Pareció repentinamente triste, perdido.

Quería quitar esa mirada perdida de sus ojos, así que le abracé, él me dejó, y me devolvió el abrazo.

—¿Qué pasó con Jeanie? —preguntó Micah.

Se puso rígido en mis brazos, y entonces supe que no sería una

respuesta agradable.

—Murió. Se metió en el coche equivocado una noche, y la cita la asesinó.

Le abracé más fuerte.

—Lo siento mucho, Nathaniel.

Me abrazó, un abrazo fuerte, apretado, entonces se trasladó de nuevo lo suficiente para ver mi cara.

—Tenía trece años y ella quince. Éramos prostitutas de la calle. Los dos éramos adictos a las drogas. No podíamos criar a un bebé. —Sus ojos eran demasiado graves—. Ahora tengo veinte, y tú veintisiete. Ambos tenemos buenos trabajos, dinero, una casa. He estado limpio desde hace tres, casi cuatro años.

Me separé de él.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que tenemos opciones, Anita. Que no tuve la última vez.

Mi pulso estaba en mi garganta, amenazando con ahogarme.

—Incluso si estoy… —me tomó dos intentos decirlo—… embarazada, no estoy segura de que vaya a tenerlo. Entiendes, ¿verdad? —Mi pecho estaba apretado tan fuerte que apenas podía respirar.

—Es tu cuerpo —dijo—. Respeto eso. Sólo digo que tenemos más de un camino a seguir, eso es todo. Tiene que ser, en su mayoría, tu elección.

—Sí —dijo Micah—, tú eres la mujer, y nos guste o no, la decisión final tiene que ser tuya.

—Tu cuerpo, tu elección —dijo Nathaniel—, pero necesitamos una prueba de embarazo. Tenemos que saberlo.

—Ya vamos con retraso —dije—. Todavía tenéis que ducharos y tenemos que ir a casa de Jean-Claude.

—¿Puedes realmente ir a la fiesta sin saber si estás o no embarazada? —preguntó Nathaniel.

—Tengo que hacerlo.

Negó con la cabeza.

—Está de moda llegar tarde, y una vez que él sepa por qué, a Jean-Claude no le importará.

—Pero… —dije.

—Tiene razón —dijo Micah—, ¿o soy el único que cree que me va a volver loco sonriendo y asintiendo con la cabeza esta noche, sin saberlo?

Me abrazó más fuerte.

—Pero, y si es positivo, ¿qué pasaría si… —Ni siquiera pude terminar la frase.

—Entonces vamos a tratar con ello —dijo Micah.

—Pase lo que pase, Anita, vas a estar bien. Te lo prometo —dijo Nathaniel.

Era mi turno para mirarle a la cara y darme cuenta de lo joven que era. Nos llevábamos tan sólo siete años de diferencia, pero podría ser una importante diferencia. Prometió que iba a estar bien, pero algunas promesas no se pueden cumplir, no importa cuánto te esfuerces.

Esa sensación de opresión se subió a mi garganta y se derramó en mis ojos.

Empecé a llorar y no pude detenerlo. Nathaniel me envolvió con sus brazos, me abrazó contra su cuerpo, y un momento después Micah se trasladó detrás de mí.

Los dos me sostenían, mientras lloraba mi miedo, mi confusión y mi ira al mismo tiempo.

Cuando el llanto cesó, y pude respirar sin hipo, Nathaniel dijo:

—Voy a salir y compraré la prueba. Micah puedes ducharte mientras estoy fuera. Tengo que estar de regreso a tiempo para ducharme e irnos, vamos a llegar sólo un poco tarde.

Me empujé, lo suficiente para ver su cara.

—Pero que pasa si es positivo, quiero decir ¿cómo puedo ir a la fiesta si es un sí?

Micah se inclinó sobre mi hombro, poniendo su cara junto a la mía.

—No lo quieres saber —dijo—, porque será más fácil fingir esta noche, si no lo sabes.

Asentí con la cabeza, con mi mejilla contra la suya.

—Voy a buscar la prueba —dijo Nathaniel—, y vamos a usarla más tarde, esta noche, después de la fiesta. Pero necesitamos conseguir una, o dos, para tenerlas con nosotros. —Para alguien que se suponía que era sumiso su voz no tenía ningún tono interrogativo. Era solo un hecho simple.

—¿Y si alguien la encuentra entre nuestras cosas? —pregunté.

—Anita, vas a tener que decírselo a Jean-Claude y a Asher en algún momento —dijo Nathaniel.

—Sólo si es positivo —dije.

Me dio una mirada, pero asintió con la cabeza.

—Está bien, sólo si es positivo.

Positivo. Parecía como la palabra equivocada. Si estaba embarazada sería definitivamente algo negativo. Algo muy grande, aterrorizante.



TRES

Una hora y media más tarde estábamos en el aparcamiento de los empleados tras el Circo de los Malditos. Nathaniel me había ayudado con mi sombra de ojos.

Podía mezclar una docena de colores diferentes y hacer que pareciese que no llevaba nada, y sin embargo, mis ojos se veían increíbles. El mismo se maquillaba para sus espectáculos, por lo que tenía práctica. Mi vestido era en realidad un traje de falda. Negro, de material rígido, de modo que ni el arma ni su funda que llevaba en la parte baja de la espalda no se percibían a través de la tela oscura.

Tampoco el cuchillo que llevaba en su vaina en la columna vertebral. Mi pelo escondía la empuñadura. Había dejado mi cruz en la guantera, porque las posibilidades de atacar —accidentalmente a un vampiro esta noche podían ser elevadas. Sí, eran nuestros —amigos, pero aún así eran vampiros, y yo era el verdugo. Algunos de ellos no sería capaces de

resistirse a probarme, sólo un poco.

Al igual que alguien que te da la mano con demasiada fuerza. Pero este —apretón de manos, con una cruz, podría hacer una nueva quemadura cruzada contra mi piel. No quería grabarme otra cicatriz en forma de cruz.

Mis dos hombres estaban en trajes de corte italiano, hechos a medida. Nathaniel iba de negro con una camisa en tonos lila pálido que realzaba sus ojos. Su corbata era de seda en un rico color púrpura. Se había trenzado el pelo, por lo que creaba la ilusión de que su pelo era corto, hasta que veías la trenza ondeando alrededor de sus tobillos. Sus zapatos de cuero negro brillaban, los pantalones eran lo suficiente largos para ocultar el hecho de que no llevaba calcetines. Micah iba de gris oscuro con unas delgadas rayas negras. Su camisa era de un verde con reflejos amarillos, casi del mismo color que sus ojos. Dependiendo de cómo le diera la luz a la camisa que llevaba se veía el verde o el amarillo de sus ojos, parecía que el color de sus ojos cambiaba con casi cada respiración. Era un bonito efecto.

Llevaba zapatillas de correr, pero tenía un par de zapatos con tacones de cuatro pulgadas negros en la bolsa, para cambiarme cuando llegáramos. Zapatos de cuatro pulgadas, con talones abiertos, y lazos, que envolvían los tobillos. Cuando Jean-Claude no me pudo convencer para llevar algo llamativo para esta noche, nos habíamos comprometido en llevar unos zapatos totalmente impactantes. Aunque extrañamente, no se sentían incómodos. Por su aspecto deberían haberlo sido, pero no lo eran. O eso, o estaba mejorando mi técnica en llevar tacones altos.

Culpa de Jean-Claude. Me pondría los zapatos al llegar a la parte inferior de la escalera, antes de ver a nuestros invitados.

Tenía una llave de la puerta trasera el Circo de los Malditos. No quería esperar cada vez que llegaba allí a que alguien nos dejara pasar. ¡Sí!

Introduje la llave y sentí el clic en la cerradura, la puerta se empezó a abrir hacia adentro. La seguridad del circo había mejorado mucho en los últimos tiempos, ya que habían hecho un trato con los hombres ratas locales. Pero no fue un hombre rata el que abrió la puerta, era un hombre lobo.

Graham era bastante alto y musculoso, lo suficiente para que fuera imposible pasar por la puerta sin chocarse con él. Se quedó un momento mirándome a mí, a nosotros, supongo, aunque se sentía más personal que solo un vistazo al grupo. Su pelo negro y liso perfectamente peinado caía de forma decorativa sobre sus ojos marrones, y era muy, muy corto en la

parte inferior, por lo que la firme línea de su cuello se quedó desnuda y extrañamente tentadora. Sus ojos perfilados hacia arriba en los bordes, ahora sabía que tenía los ojos de su madre japonesa y el pelo, pero el resto de su cuerpo parecía haber sido copiados de su padre ex-marine que tenía un aspecto muy nórdico.

Graham fue el único de los licántropos que había conocido que había llevado a sus padres a visitar su lugar de trabajo. Desde que su puesto de trabajo habitual era la seguridad en Placeres Prohibidos, el cual regentaba un vampiro y era un club de striptease de seres cambiaformas, esa había sido una noche interesante.

Pensé por un momento que Graham se había quedado en la puerta para verme pasar por allí. Lo pensé por un momento, eso debía haber hecho. Estaba casi segura de que se había movido, empujándonos a la habitación, pero Micah se colocó delante de mí, sólo un poco.

—Danos un poco de espacio, Graham. —No lo dijo en un tono serio, incluso sin emanar ninguna clase de energía de otro mundo que Micah lanzaba habitualmente. Fue solo un poco más que una solicitud, pero el ceño oscuro de Graham ni se inmutó.

Miré a Graham pensando en ello. Pensando en por qué no se movía de la puerta.

Ya estaba vestido con lo que con toda seguridad estaría usando esta noche, pantalón negro, camiseta negra, aunque la camiseta probablemente debería haber sido una talla más grande. Como la llevaba parecía que iba a tener problemas para mantenerla intacta, como si una flexión de más y fuera a resquebrajarse. Micah parecía frágil a su lado.

Micah se deshizo de su cuidadoso control. Dejó salir sólo un susurro del poder que vivía dentro de él. Mi piel se estremeció. Su voz era más baja, más profunda, con un borde de gruñido en ella.

—Somos el Nimir-Raj y la Nimir-Ra y tú no.

Muévete.

—Soy lobo no leopardo, así que no tienes poder sobre mí. —En realidad se puso tenso, como si estuviera preparándose para la lucha.

Ya había tenido suficiente.

—Pero yo tengo autoridad sobre ti, Graham —dije.

Sus ojos no se movieron de Micah, como si yo no fuera una amenaza. Había demasiadas razones para que Graham no hubiera dado el salto a guardaespaldas de la manada. Aquí tenemos una de ellas.

El hecho de que me ignorara me molestó, y se manifestó el primer hilo de ira trayendo mi propia versión de la bestia. Ese hilo caliente, picando a través del poder que respiraba por mi piel y bailaba alrededor de los hombres a mí alrededor. No era una verdadera cambiaformas, porque no podía cambiar, pero llevaba cuatro cepas diferentes de licantropía en mi torrente sanguíneo. Si coges un tipo de licantropía, esta te protege de cualquier otra cepa. No puedes llevar más de una enfermedad a la vez, pero yo lo hacía. Una imposibilidad médica, pero los análisis de sangre no mienten. Llevaba lobo, leopardo, león, y una misteriosa cepa que los médicos no pudieron identificar corriendo por mis venas. Eso, y algunas mezclas metafísicas, hacían que pudiera llamar al poder. Podía utilizar la energía, hasta un punto.

Nathaniel se frotó los brazos y dijo:

—Tranquila, Anita.

Estaba en lo cierto. Porque no podía cambiar, podía llamar a sus bestias, pero todavía no controlaba como finalizar la llamada, así que era como tener una convulsión. Nada agradable, y no me gustaría arruinar el vestido. Pero estaba cansada de Graham. Estaba cansada de él en muchas maneras. La energía le hizo mirarme, y por primera vez que recuerde me estaba mirando como algo más que un pedazo de culo que quería, y no había tenido.

—Yo soy la lupa de tu manada, Graham, hasta que Richard coja a otra compañera. —Me acerqué, y Micah se movido hacia atrás de modo que pudiera acercarme más a Graham. Me mantuve en movimiento, empujando mi poder en ese cuerpo alto y musculoso, por lo que fue Graham quien se apartó de mi camino—. Pero siempre seré Bolverk del Clan Thronnos Rokke, Graham. Seré siempre la que ejecuta las acciones malvadas de tu Ulfric, el rey lobo. Soy el verdugo de pequeños malos hombres lobo que no recuerdan su lugar. Creo que se te ha olvidado eso.

Lo arrinconé entre las cajas en el almacén. Su cabeza golpeó la luz solitaria que colgaba del techo. La luz volvió y llenó la sala con las sombras y la oscuridad.

Pude sentir que la parte de mi poder que había comenzado como la bestia de Richard, ahora, de alguna manera, era el mío, el ritmo justo debajo de la superficie de mi mente. Era como si mi cuerpo fuera una jaula en el zoológico, y sentía el ritmo de mi bestia en los estrechos confines de su prisión. Atrapada, no le gustó.

Atrapada, tan atrapada, y solo pensando en liberarse.

Me tambaleé. Micah y Nathaniel me agarraron antes de que Graham pudiera llegar a mí. Micah gruñó:

—¡No la toques!

Nathaniel dijo:

—Está llamando al lobo, si cualquier otro lobo la toca en este momento, se hará más difícil de controlar.

Me aferré a ellos, mis dos gatos. Puse mi cara contra el calor del cuello de Micah, y respiré profundo su olor. Pero debajo de su cálido aroma y la dulzura de su colonia, estaba el almizcle del leopardo. Ayudando a apaciguar de nuevo al lobo, me ayudó a sentirme libre antes de que las cosas perdieran el control.

Graham se dejó caer de rodillas, con la cabeza inclinada.

—Perdóname, lupa, me olvidé.

—El tamaño no te hace dominante, Graham, es el poder. Tú eres sumiso para mí en nuestra manada. Debes ser siempre sumiso para Micah, porque él es el líder de otra gente que tiene un tratado con los lobos. Lo vas a tratar en consecuencia o no será como lupa cuando vuelva a tratar contigo, sino como Bolverk.

Levantó la vista, sobresaltado, como si no se hubiera esperado que fuera a decir eso. Había estado jugando, y subí la apuesta tan alto que ya no le gustaba el juego.

Tal vez si no hubiera estado tan tensa sobre lo del bebé, tal vez, no me hubiera acogido a lo de Bolverk, o tal vez simplemente estaba cansada de Graham.

Una vez que Nathaniel dejo de ser mi *pomme de sang* y paso a ser mi animal para llamar necesitaba a un *pomme de sang* nuevo. Como mi animal para llamar al que estaba obligado metafísicamente ya no podía ser mi comida. Jean-Claude y algunos de los otros vampiros habían estado meditando sobre el tema y finalmente se dieron cuenta de que había una razón por la que un animal para llamar, el sirviente humano, y *pomme de sang* debían ser trabajos independientes.

Las dos primeras están tan estrechamente unidas a ti metafísicamente que aunque te puedes alimentar, es un poco como comerte tu propio brazo. Puedes hacerlo, pero tiene un precio. Se llena la barriga, pero también toma la energía de otros lugares. En realidad, fue Elinor, una de las vampiresas que invitamos desde Inglaterra para unirse a nuestro grupo de vampiros,

quien averiguó por qué me tenía que alimentar tan a menudo para tener alimentados a todos mis hombres.

Debido a que casi todos los hombres de los que alimentaba el *ardeur* estaban obligados a mí metafísicamente, Jean-Claude como mi maestro, Richard como mi Ulfric y de los animales de Jean-Claude para llamar. Éramos un triunvirato de poder, pero necesitábamos de combustible del exterior para el triunvirato. Había hecho accidentalmente otro triunvirato de poder con Nathaniel como mi animal para llamar, y Damian como mi siervo vampiro, otra imposibilidad, y otra vez, ya no eran una comida completa. Así que no importaba lo mucho que me alimentara de cualquiera de ellos, simplemente no me quedaba llena. Asher, por otra parte, el segundo al mando de Jean-Claude, y nuestro cariñito, era una comida completa. Requiem probablemente habría sido una comida completa si me hubiera permitido a mí misma tener relaciones sexuales en toda regla con él.

Byron había sido un alimento de emergencia y, francamente, no era suficientemente mi tipo para estar permanente en mi dormitorio. Le gustaba el sexo conmigo, pero le gustaban más los chicos. No me importa no ser la elección principal de alguien, pero para él era el sexo equivocado, sólo pensar en eso me daba dolor de cabeza.

Jason, *pomme de sang* de Jean-Claude, era grande, pero no podía alimentarme a mí y a Jean-Claude, todos los días. Tenía que encontrar a alguien más para tomar el puesto, o tal vez un par más, hasta que tuviera un mayor control del *ardeur*.

Graham había sido uno de los hombres de la zona que Jean-Claude me había alentado a —entrevistar como mi nuevo *pomme de sang*. Jean-Claude pensaba que si le entrevistaba un poco más íntimamente, tendría mi nuevo *pomme de sang*… por ahora. Me llama terca. Asher me había llamado tonta, al negarme a tal muestra de generosidad. Tal vez eso era lo tonto. No le había dicho a Ronnie que todos los hombres en mi vida me habían dado una breve lista de otros hombres para probar.

Temía asustarla más aún de lo que ya estaba, porque si Louie hubiera sido tan generoso con ella, ella habría sido una campista feliz. Pero Ronnie no era yo, y lo que podía haberme hecho feliz solo me confundía más.

De todos los hombres que habían venido a mi cama, a dormir y acariciar, Graham había sido el más insistente. Había dejado claro que quería más de mí de lo que yo quería darle. Por supuesto, si no hubiera sido

tan testaruda, él también estaría en la carrera a aspirante a papá. El pensamiento me puso fría hasta los pies. Vamos reacciona, por no ser una puta no hay tantos candidatos.

—Le pido perdón, lupa. —Su rostro seguía mostrando el choque por oírme invocar al Bolverk, pero las palabras no eran las adecuadas. En realidad no. Pedir perdón, entre los lobos significaba sólo una cosa, algo más estrecho y más íntimo de lo que quería de Graham, pero si me negaba al gesto, entonces sería una brecha entre nosotros, una que no podría cerrar y eventualmente dañaría a la manada de Richard. Mierda.

—Entonces, ruega, Graham. —Mis palabras no salieron incómodas, salieron enfadadas. La ira siempre era mi escudo. Estaba tratando de aprender a esconderla detrás de otras cosas, pero el enfado era mi probada y verdadera opción, y para ese momento, funcionaba.

Se puso de pie, y de pie se elevaba por encima de mí. Tan amplio, tan musculoso y grande, pero había miedo en su rostro. Al final, el pensaba que yo podía cumplir mis amenazas, si le molestó bastante, le dolía que pudiera tener derecho a hacerle daño. No era algo malo ver el miedo en su rostro. Fue derrotado por mí.

Habíamos intentado ser amables, Micah, Nathaniel, y yo, pero algunas personas no entendían un trato agradable. Si una persona no lo acepta bien, siempre hay alternativas.

Pudo haber usado el gesto de sumisión de cogerme en sus brazos, pero lo hizo de la forma en que me lo había demostrado. Me tocó la cara suavemente con sus dedos, lo suficiente para mantener el equilibrio. Si hubiéramos estado en público me habría dado un beso muy ligero en los labios, pero no estábamos en público por lo que tenía que ser más interesante. Se inclinó sobre mí, y el preludio fue demasiado como un beso para mi comodidad.

Me hizo querer retirarme, pero tenía una posición dominante para él. Una dominante no se aparta de un sumiso, no importa cuán grande sea. No se trata de tamaño y fuerza. Se trata de quién es más duro, y no importa lo grande que fuera, Graham no era la persona más dura en la habitación. Ni mucho menos.

Se agachó, su boca se situó sobre la mía para que pudiera sentir su aliento caliente contra mis labios. Creo que incluso en el último segundo pensó en robar el beso que nunca le había permitido, pero lo pensó mejor. Hizo lo que tenía que hacer, aunque francamente el beso hubiese sido

menos embarazoso. De alguna manera, por lo menos.

Se suponía que iba a lamer a través de mi labio inferior. Era una versión del gesto de un lobo sumiso hacia un lobo dominante. Se basa en el comportamiento de petición de alimentos para las crías de lobo. Pero decir todo eso no cambiaba el hecho de que sus dedos eran suaves contra mi cara, y su aliento era cálido contra mi boca. La punta de su lengua tocó mi labio, y se deslizó a través de ella. Mojado, sensual, más húmedo que un verdadero beso. Mojado, como si hubiera bebido una copa de vino y derramara un poco sobre mi labio inferior. Lo suficiente para que tuviera que lamer a través de mi labio en un eco de lo que había hecho sólo para mí. Como si fuera potable por el contacto de su boca.

Se estremeció, su aliento temblaba en el aire.

—Eso estuvo bien.

—Se supone que es un gesto para pedir perdón a la lupa de tu manada —dije, pero mi voz era un poco inestable, solo casi lo suficientemente firme.

Me dio una sonrisa rápida, que arruinó la imagen de tipo duro, y dio el aspecto de su edad. Graham estaba por cumplir veinticinco.

—Te pido perdón, pero sigue siendo lo máximo que me has dejado tocarte.

Negué con la cabeza y pasé junto a él. Micah y Nathaniel me siguieron. Nathaniel llevaba la bolsa de viaje que contenía, entre otras cosas, las pruebas de embarazo.

Las había comprado él porque yo me había negado a entrar a comprarlas. Hacía que todo el problema fuera más real. Estúpido, pero cierto.

—Has dormido en la misma cama conmigo, Graham —grité por encima del hombro mientras me dirigía por la puerta grande que llevaba bajo tierra.

—Dormir no es lo que deseaba —dijo.

Me detuve en la puerta, solo giré y le miré fijamente. Los otros hombres se trasladaron a uno y al otro lado para permitirme ver mejor.

Graham me miró, con sus ojos mirando a través de la franja de seda de su flequillo demasiado largo. Siempre me hizo pensar en un animal que me miraba a través de la hierba. La parte superior no había sido cortada desde que lo conocí.

—No necesito tu mierda esta noche, Graham.

—¿Por qué siempre estas enfadada conmigo?

—No siempre estoy enfadada contigo, Graham.

—Si no estás enfadada conmigo, ¿por qué no te gusto?

—No es que no me gustes, Graham, simplemente no quiero follarte. No te he permitido follarme y por eso ahora quieres follarme.

—No me folles entonces, solo alimenta el *ardeur* conmigo. Aliméntate de la manera que te has alimentaste de Nathaniel durante meses sin tener relaciones sexuales.

Negué con la cabeza.

—No quiero introducir en la alimentación del *ardeur* a alguien que no voy a mantener. Es cruel.

—El *ardeur* es la mayor experiencia orgásmica que cualquiera de las líneas de vampiro puede dar a un mortal. —La cara de Graham estaba llena de demasiada ansiedad, sus manos levantándose al aire como si pudiera señalar al *ardeur*, y abrazarlo—. Sólo quiero saber qué se siente. El *ardeur* de verdad, no los pequeños restos que he tenido por accidente. ¿Por qué es incorrecto, Anita? ¿Por qué es malo el deseo?

—Ella tiene miedo de que te conviertas en adicto —dijo Micah con su voz suave.

Graham negó con la cabeza.

—Nunca he sido adicto a nada en mi vida.

—Suerte para ti —dijo Nathaniel.

—Por favor, Anita, no te vayas con extraños para alimentar el *ardeur*. No te vayas con extraños cuando hay gente aquí que haría casi cualquier cosa para alimentar tu necesidad.

Hice un sonido exasperado, casi un grito de frustración, y me dirigí hacia la puerta. La abrí y nos dirigimos por las escaleras de piedra que conducían abajo, abajo, a la casa real del Maestro de la Ciudad.

Los escalones eran demasiado anchos, demasiado algo, como si hubieran sido tallados para algo que no caminase a dos pies. Las escaleras eran siempre incómodas, por eso todavía llevaba zapatillas. Micah me tomó la mano de todos modos, y le dejé. Graham parecía ver que necesitaba ayuda para bajar las escaleras, que le jodan, o más bien no. Necesitaba la comodidad del tacto esta noche. Nathaniel se quedó en mi otro lado, pero sin tratar de tomar mi mano derecha entre las suyas. Que iba a necesitar esa mano para la pistola o la espada.

Sí, estos vampiros se suponía que eran amigos de Jean-Claude. Pero no

eran mis amigos, todavía no.

Estábamos en el descansillo justo antes de que la escalera hiciera un giro. Era un giro ciego, pero si tendías un brazo a la pared del fondo, no se quedaba ciego por mucho tiempo.

—Espera —dijo Graham—, por favor, espera. Iré primero.

Todos nos volvimos y lo vimos caminar unos pocos pasos hasta nosotros. Esbozó una sonrisa que era casi nerviosa.

—Soy el guardaespaldas, ¿recuerdas?

Le miré de arriba abajo, y le dijo:

—¿Llevas una?

Suspiró.

—No, Richard dice que somos lo suficientemente peligrosos sin armas.

Negué con la cabeza.

—No, si todo el mundo la tiene, Graham. Las balas de plata no te permiten acercarte.

Se encogió de hombros.

—Richard es Ulfric, si quieres cambiar la política, habla con él. Sólo hago lo que me dicen.

Suspiré. Amaba a Richard, de verdad que lo hacía, pero teníamos algunas serias diferencias de opinión.

Graham pasó delante nuestro, pero se detuvo en el escalón antes del descansillo.

Miró hacia arriba, no parecía feliz.

—Tenía la esperanza de que Jean-Claude no se uniese a nosotros por ahora.

Le eché un vistazo.

—¿Qué quieres decir con unirse a nosotros? Jean-Claude está esperando abajo con nuestros invitados, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Hubo una emergencia en el piso de arriba.

—Asher gestiona el Circo, él debería ser capaz de atender cualquier emergencia.

Graham pasó la lengua por los labios.

—No sé los detalles, porque me quedé aquí a esperarte, pero Meng Die hizo algo. Algo que hizo que Asher llamara a Jean-Claude para que le ayudara.

Meng Die era una pequeña muñeca china, o eso es lo que parecía. Pero

ella, como yo, en realidad no concordaba con su aspecto. Había sido el segundo al mando en San Francisco, antes de que Jean-Claude llamase a todos los vampiros que habían venido a este país para ayudar a reforzar sus defensas. Su maestro había sido feliz dejándola ir, porque estaría fuera las noches de palacio revoltosas que dejarían su muerte en su conciencia. De hecho, él no la habría reclamado, aunque Jean-Claude se la hubiera ofrecido.

Meng Die quería ser el segundo al mando de Jean-Claude, pero ese era el trabajo de Asher. De todos los vampiros que habían llegado de Londres después de que su señor se volviera loco y tuvo que ser asesinado. Meng Die era más que otro vampiro maestro en un grupo que era pésimo con vampiros maestros. Era lo suficientemente poderosa como para ser tercera, o tal vez incluso segunda, pero por su temperamento, no era adecuado para estar tan cerca de cualquier trono. Era demasiado peligrosa. Demasiado ambiciosa.

—¿Qué diablos hizo ahora? —pregunté.

Graham se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Pensé que eras casi como su *pomme de sang* —dijo Nathaniel.

—Lo era —dijo.

—No pareces demasiado preocupado por ella.

Se encogió de hombros.

—Ella mantiene la promesa de hacerme, o a Clay, su *pomme de sang*, pero nunca toma la decisión. Todavía estaba follándose a Requiem, demasiado, hasta que este dejó de hacerlo.

—¿Requiem ya no comparte la cama de Meng Die? —pregunté.

—No.

Fruncí el ceño.

—¿Encontró una nueva novia?

Graham se pasó la lengua por los labios de nuevo.

—Más o menos.

—Conozco esa mirada, Graham, esa es tu mirada de tengo-más-malas-noticias-y-no-quiero-decírtelas. Cuéntamelas, todas.

Suspiró otra vez.

—Maldita sea, si no eres mi novia no deberías ser capaz de leerme tan fácilmente.

Era mi turno de encogerme de hombros.

—Dímelo.

—Requiem piensa que la razón por la que le has rechazado como tu nuevo *pomme de sang* es porque se estaba tirando a Meng Die. Dijo que no eres una mujer que comparte a sus hombres.

No sabía si gritar una maldición o reírme.

—¿Le dijo eso a Meng Die? —pregunté.

—No lo sé. A mí no me lo dijo. Se lo dijo a Clay.

—¿Qué dijo Meng Die? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No soy tan estúpido. Se toma las malas noticias como el infierno, mucho peor que tú.

—¿Es Clay tan estúpido? —pregunté.

—Requiem se lo dijo —dijo Micah, con un susurro.

Todos le miramos.

—¿Lo sabes? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Pero sería algo que haría, no para causar problemas, sino para ser honesto con ella.

Pensé en él, entonces tenía que estar de acuerdo.

—Maldita sea, si lo haría. Me pregunto si se lo dijo recientemente.

—¿Tú la has dejado? —Nathaniel le preguntó a Graham.

Puso una sonrisa rápida de nuevo.

—No. Ella no podría aguantar el *ardeur*, pero el sexo sigue siendo sorprendente. Lo he hecho con vampiros antes, pero nunca del linaje de Belle Morte. Si Meng Die es un ejemplo de lo que tienen que ofrecer en la cama, entonces mi nueva meta en la vida es ser uno de sus *pommes de sang*.

—Pensé que querías ser *pomme de sang* de Anita —dijo Nathaniel.

Graham miró un poco sorprendido, como si hubiera dicho más de lo que había querido decir.

—Si Anita alimentara el *ardeur* conmigo, sólo una vez, nunca podría mirar a otra mujer, pero hasta que no lo haga… —Dejó la frase desvanecerse, pero lo que resumió Graham era una gran información para mí. En realidad no me quería a mí, lo que quería era el *ardeur*. Si alguna de las otras hembras vampiro de Londres hubieran tenido el *ardeur*, él las habría perseguido en lugar de perseguirme a mí. No es muy halagador para él, ni para mí.

—Hasta yo lo haría, estás manteniendo tus opciones abiertas —dije.

Se encogió de hombros.

—Le di todas mis opciones a Meng Die, y metió a Clay y a Requiem en su cama. Compartí con Clay en una manera que nunca he compartido a nadie.

—Parecía triste por un momento y luego pasó. No estaba segura de si pasó, porque su pena era poco profunda, o la empujó fuera. —Anita no va a renunciar a todos vosotros por mí. ¿Por qué debo renunciar a todos los demás sólo por la oportunidad de estar en su cama? Quiero decir, apenas una ocasión, ni siquiera la certeza de ello.

—No le pedí a Requiem que sacrificara su libido por mí.

—Nunca le dices a nadie que renuncie a otras personas por ti, pero si no lo hacen, no duermes con ellos —dijo Graham.

Y eso era algo más cercano a la verdad de lo que quería oír. No le había pedido a Requiem que renunciara a Meng Die, pero el hecho de que estuviera con ella había sido un punto en su contra. ¿Por qué? Uno, porque simplemente no me gustaba.

Dos, Graham tenía razón, no compartía a mis hombres. No con otras mujeres. El hecho de que ellos me tuvieran que compartir con una media docena de otros hombres, bueno… no era justo. No era justo en absoluto.



CUATRO

La escalera terminó en una pequeña habitación con una puerta en el otro extremo de la misma. La puerta era de madera y de metal pesado como la puerta de un calabozo, y delante de esa puerta estaba Clay, el hombre lobo y su guardaespaldas. Vino rápido hacia nosotros, lo que no era bueno. La expresión de su rostro tampoco era buena. Parecía preocupado.

Graham era todo negocio, el manto de guardaespaldas se deslizaba sobre él para que todo eso le fuera. Cuando en realidad se concentraba en el negocio, en lugar de tratar de entrar en mis pantalones, se transformaba en uno de los mejores lobos en el servicio de guardaespaldas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Clay sacudió la cabeza.

—¿Jean-Claude no está contigo? —Su voz a medio tono.

—No —contestó Graham.

—¿Qué ocurre? —pregunté, pensando que tal vez si seguía haciendo la

pregunta responderían tarde o temprano.

—Nada. —Me miró, sonrió y dio una disculpa—. Nada, excepto que tenemos una sala llena de invitados y no de anfitriones. Estamos sólo yo y cuatro guardaespaldas en la habitación. Ni siquiera estamos autorizados a ofrecer refrescos sin uno de los dominantes presente.

—¿Estás preocupado porque crees que estamos siendo malos anfitriones? —preguntó Micah.

Clay pareció pensar en ello y luego asintió. Sonrió nuevamente como si fuera una disculpa.

—Sí, supongo que sí.

Clay era tan alto como Graham, pero su descuidado pelo era rubio y rizado.

Cuando Graham se tomaba tiempo y atención con su apariencia, Clay simplemente no parecía importarle. No es un descuidado, simplemente es cómodo. Vestía el mismo traje negro, pero se había puesto zapatos de correr con sus pantalones negros, no zapatos de vestir. Se veía bien, pero un poco incómodo fuera de sus vaqueros. Simpatizaba.

—Necio —dijo— pero sí, creo que la noche está comenzando mal. Quiero decir, Jean-Claude recibe un mensaje y tiene que retirarse. Los dos dueños de la ciudad están muy bien hasta ahora, pero las dos mujeres son francotiradores del uno y del otro.

Músculos, alimentos, o lo que sean, sólo se ubican en torno a una expresión sombría, o un mohín seductor. Tengo la sensación de que algo podría ir mal, si no tenemos a alguien que nos ayude a mantenerlo amigable.

Tomé la última parte en serio. Clay trabaja de seguridad en Placeres Prohibidos, y era bueno en detectar un problema antes de que se iniciara. Lo hacía muy valioso al club.

—¿Exactamente que hizo Meng Die para hacer que Asher alejara a Jean-Claude por toda la noche? —pregunté.

Suspiró.

—No estoy completamente seguro, pero tiene que ser malo o Asher no lo haría alejarse de los otros maestros.

Podría haber abierto las marcas de vampiro entre nosotros y enterarme de lo que Jean-Claude estaba haciendo, pero me advirtió en contra de esto con vampiros nuevos en la ciudad. Uno, que estábamos tratando de ocultar algunas de mis facultades debajo de la canasta proverbial; dos, Jean-Claude

no estaba cien por ciento seguro de que algunos de los Maestros de la Ciudad no pudieran ser capaces de escuchar esas comunicaciones. Su frase: dichas comunicaciones. Por lo tanto, a menos que fuera una verdadera emergencia, no habrá comunicación mente a mente hasta que todos abandonen la ciudad.

¿Se necesita mi ayuda? No, no contra Meng Die. Ella era mala, y de gran alcance, pero no tan poderosa. También confiaba en que ella fuera más inteligente que empezar una mierda lo suficientemente mala en la que la única sanción sería la muerte. Era como la mayoría de los antiguos vampiros, una sobreviviente en el corazón.

Micah me estaba mirando, casi como si hubiera seguido mi línea de razonamiento.

En voz alta dijo:

—Jean-Claude y Asher pueden manejarlo.

—No has leído mi mente —dije.

Sonrió, esa sonrisa que le hacía parecer tan dulce.

—He leído tu cara.

—Genial.

Levantó las cejas y se encogió de hombros, como si lo sintiera.

Nataniel dijo:

—¿Cómo podéis vosotros dos todavía querer ser *pomme* de Meng Die? No es de confianza.

Graham se rió, un fuerte sonido brusco que casi asustaba.

—De fiar. No quiero ser su *pomme* porque sea fiable. Quiero ser su *pomme* porque somos la hostia juntos.

Clay se encogió de hombros.

—La amo, por lo menos creo que lo hago.

—No pareces muy seguro —dijo Nathaniel.

—Jean-Claude nos hizo a los dos acostarnos contigo y con Anita un par de veces. Meng Die estaba molesta, pero no molesta con eso. Creí que era porque sabía que íbamos a estar de vuelta. Me preocupaba que no fuera lo suficiente para ser atraído. Luego Requiem la rechazó porque pensaba que era por qué Anita no se lo llevaría como su próximo *pomme de sang*. —La cara de Clay mostraba algo parecido al dolor—. Ella se volvió loca. Jean-Claude nos arrancó de la cama, nos obligó a dormir contigo, y ella estuvo genial con eso. Perder a Requiem la molestó más que perdernos a nosotros.

Vi la mirada de sus ojos claros. Eso lo había herido. Ella realmente era

importante para él. Maldita sea.

—Algunas mujeres, especialmente de la línea de Belle Morte, parece que se lo toman muy mal. Vosotros no teníais otra opción. Jean-Claude dijo acostaros más, y había que hacerlo. Requiem optó por dejarla. Esto corta a un cierto tipo de mujer, u hombre, muy profundo.

Clay perplejo, puso los ojos llenos de dolor en mí.

—¿Quieres decir que le duele su orgullo?

Asentí con la cabeza.

—Confía en mí, la mayoría de los vampiros maestro tiene más de su parte.

Negó con la cabeza.

—Sé que estás tratando de hacerme sentir mejor, Anita, pero lo que acabas de decir es que su orgullo herido significa más para ella que lo que ella siente por mí. Gracias por tratar de hacerme sentir mejor.

—Pero fallé miserablemente —dije.

En realidad me tocó voluntariamente, raro para Clay últimamente, me apretó el hombro, muy chico.

—Sí, realmente aspiras en esta cosa todo el consuelo, pero gracias.

Nunca había sido muy manitas, pero después de que se acostara y sintiera el *ardeur* en la cama, me había tocado sólo cuando era absolutamente necesario.

Creo que tenía miedo de tocarme. Los indicios del *ardeur* hizo la persecución de Graham más difícil. El mismo tipo de miedo en la sugerencia de Clay. Para un hombre es el cielo para otro, el infierno.

—Debemos presentarnos a nuestros invitados —dijo Micah—, y es necesario que te cambies los zapatos.

Suspiré.

—Así que estamos un poco por nuestra cuenta para este cóctel. —Me arrodillé, con cuidado sobre mi media en el suelo de piedra, y me quité los zapatos de correr.

—Me temo que sí —dijo Clay.

—Genial, simplemente genial. —Me puse de pie y dejé que Nathaniel deslizara el primer tacón de aguja, entonces Micah me equilibró, mientras que Nathaniel colocaba el otro zapato. Tacones de cuatro pulgadas, ¿en qué había estado pensando? Nunca me gustó hablar en un cóctel, pero ese no era el problema esta vez. Podría hablar pequeñas falsedades si tenía que hacerlo. El problema era que los dos maestros en la otra habitación habían

traído a varios candidatos para ser mis nuevos *pomme de sang*.

Fue mi propia maldita culpa. No había elegido de entre cualquiera de los talentos locales. También había expresado mi preocupación por haber muchos Maestros de la Ciudad en nuestro territorio. Simplemente no sonaba fuerte para mí. Así Elinore, uno de nuestros recientes vampiros británicos, tuvo una idea. Una maravillosa idea terrible. Como los dueños de la ciudad venían de todas partes de Estados Unidos, ¿por qué no teníamos una especie de concurso? Los maestros podrían traer algunos candidatos para ser mi nuevo *pomme de sang*.

Le dije que no. De hecho, le había dicho el infierno que no, pero Jean-Claude señaló que simplemente me podría dar una vuelta con todos. Que las posibilidades de encontrar a alguien de mi gusto lo suficiente como para mantenerme eran escasas. Él tenía razón. Y Elinore tenía razón, era una manera de recibir y hacer que todos los Maestros se comportasen mientras nos estaban visitando. Quiero decir, si estás buscando lo que asciende a tu nuevo suegro, tu mente, tus modales. No podría discutir con el razonamiento, pero eso significaba que me sentía como un pedazo de carne vacuno como premio. ¿O sería el pastel de queso?

¿Por qué como un premio? Porque era el siervo humano de Jean-Claude y era el primer maestro de América en convertirse en su propia sourdre de sang, fuente de sangre. Básicamente había golpeado la curva de poder, donde era su propio linaje.

Era raro, muy raro, para cualquier maestro vampiro golpear ese nivel de poder, y él era el primero en este país. Era un negocio muy grande. No había anunciado el hecho, pero el Consejo Superior de Vampiros en Europa lo sabía, y al parecer no lo había mantenido completamente en secreto. Habíamos recibido una gran cantidad de propuestas de amistad en las últimas semanas. Está bien, habíamos recibido una gran cantidad de personas que trataban de aliarse con nosotros. No es lo mismo como la amistad, en realidad, pero mejor que las alternativas.

Pero cuando estuve de acuerdo en todo esto, nunca había soñado que estaría haciendo las primeras presentaciones sin Jean-Claude en mi brazo. Mierda.

Micah tomó mi brazo en el suyo.

—Vas a estar bien.

Nathaniel me abrazó.

—Nosotros te ayudaremos a ser encantadora.

—Simplemente no soy el tipo Cenicienta —dije.

—Pero no eres Cenicienta, Anita, tú eres el príncipe. Eres el Príncipe Azul.

Miré a los ojos color lavanda de Nathaniel, y sentí la mano fría de miedo en el estómago. ¿Yo, el Príncipe Azul? Tenía que haber algún error.

Aunque supongo que si hay que elegir entre ser la mujer que está tratando de llamar la atención del príncipe, o el príncipe que no quiere ser atrapado, el príncipe es mejor. O al menos eso es lo que me dije a mí misma cuando Clay nos llevó a través de la puerta y las cortinas que formaban las paredes de la sala de estar.

Dejé que Micah y Nathaniel me tomaran cada uno de un brazo. Sí, no podía llevar armas, pero lo que me esperaba en la habitación de al lado no era un problema que las pistolas y cuchillos pudieran resolver. Era un problema que solo la diplomacia, bromas ingeniosas, y astuta seducción nos podían maniobrar a través de él. Estábamos demasiado jodidos sin Jean-Claude y Asher.



CINCO

La habitación estaba decorada con colores oro, blanco y plata desde las cortinas hasta el sofá, el sillón, dos sillas y el ladrillo blanco de la chimenea vacía. Se veía desnuda sin la imagen de Jean-Claude, Asher, y de su amor perdido, Julianna. Un cuadro pintado de unos quinientos años antes de que yo naciera. Sí, la pared parecía desnuda, pero la habitación no. La habitación parecía positivamente ahogada en vampiros y cambiaformas. Realmente no quería jugar a la anfitriona sin Jean-Claude. De verdad, de verdad que no.

Al entrar en la habitación les di la sonrisa que había aprendido en el trabajo para los clientes. La sonrisa que era brillante y radiante, y sólo llegaba a mis ojos, si la forzaba al máximo. La forcé al máximo, pero mis manos estaban literalmente agarrándose a Micah y a Nathaniel, como si fueran las últimas tablas de madera en el océano. Finalmente me di cuenta que estaba asustada ¿Miedo de qué? ¿Bromas amables, charlas de cóctel?

Por supuesto que no. Quiero decir, aquí nadie va a tratar de matarme. Por lo general, si no hay un contrato para matarme, o no tenía que matar a nadie, sería una buena noche. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

Micah nos presentaba, mientras trataba de conseguir algo de dominio a este brote súbito de timidez rabiosa. Esta no era yo. No me gustaba hablar con políticos y extraños, pero no era tímida.

Clay y Graham tomaron sus posiciones a nuestras espaldas. Había más de nuestros guardias esparcidos por la habitación, pero ninguno de ellos podría ayudarnos con la parte que me estaba asustando.

Micah se inclinó y susurró:

—Anita.

Parpadeé, lo que significaba que me había perdido en mis pensamientos, y estaba tratando de no demostrarlo. Tienes que conocer el terreno, que esté limpio.

—Bienvenido a St. Louis, y espero que nuestra hospitalidad sea mejor a partir de este momento. —No, eso no era horrible. Punto para mí.

Uno de los vampiros se adelantó sonriendo. No era mucho más alto que yo, pero lo suficientemente amplio de hombros que parecía casi deforme. La manera en que algunos culturistas cortan el traje.

—Todos somos Señores de la Cuidad aquí, Sra.

Blake; todos sabemos que algunos asuntos no pueden esperar sutilezas.

Se quedó allí, esperando, sonriente, agradable. Era mi turno de demostrar que no éramos desatentos. Para demostrar que, efectivamente, conocíamos las sutilezas.

Me solté de Micah y de Nathaniel. Me quedé parada allí y le ofrecí la mano.

—Bienvenido, Augustine, Maestro de la Ciudad de Chicago. —Jean-Claude me había hablado de todos, así que por lo menos estaba bastante segura de a quien me dirigía. Eso fue todo lo segura que estaba.

La mayoría de los vampiros maestros trataban de dar miedo, o verse misteriosos, o sexys. Éste sonrió lo suficientemente amplio como para mostrar los colmillos, y dijo:

—Auggie. Mis amigos me llaman Auggie. —Tenía el pelo corto, rubio, pero todavía tenía un montón de pequeños rizos, estilizados. El corte de pelo no coincidía con el traje y el enfoque.

Me tomó la mano con suavidad, como si fuera muy delicada para tocarme.

Algunos hombres musculosos hacen eso. Por lo general, me fastidia, pero esta noche estaba bien con eso. Giró mi mano y empezó a levantar la muñeca a la boca.

No levanté mi brazo. Golpeas a la gente en la cara cuando haces eso. Había estado practicando con Jean-Claude y Asher. Mi mano debía estar quieta al levantar mi muñeca hacia su boca. Él era un Maestro de la Ciudad y yo era sólo un siervo humano. Si Jean-Claude hubiera estado aquí, habría sido Auggie quien ofrecería su muñeca, pero oficialmente estaba por encima de mi rango, por lo que tuve que ofrecerme.

Se inclinó sobre mi muñeca, y levantó los ojos hacia mí, al mismo tiempo. Sus ojos eran de un gris muy oscuro, casi negros. Pero no eran más que ojos, y podía mirarlos. La mayoría de los maestros no están acostumbrados que los seres humanos hagan eso. Los ojos de Auggie se abrieron ante la sorpresa, y creo que mi sonrisa se deslizó de dar la bienvenida a una sonrisa arrogante. Podía mirarlo a los ojos y seguir siendo yo misma.

Sus labios se curvaron, en una sonrisa secreta, en absoluto la amplia sonrisa con la que me había saludado. Puso sus labios contra mi muñeca, donde la sangre corre poco profunda debajo de la piel. Incluso entonces eran sólo labios sobre piel, en aquel momento me besó la muñeca, y un poco de su poder pasó por mi ser. La parte baja e íntima de mi cuerpo se apretó. Tan apretada, tan rápido y duro que paró mi respiración, y me hizo tropezar.

Sentí un movimiento a mi espalda, pero negué con la cabeza. Mi voz estaba entrecortada, pero dije:

—No, estoy bien. Está bien. —Me sentí bien al ver a todo el mundo retirarse. Sólo tenía ojos para el vampiro que se cernía sobre mi muñeca.

No lo aparté. Miré sus ojos, hasta que vi que eran como el cielo cuando se pone negro, justo antes de que caiga la tormenta y destruya todo lo que posees. Pero yo no era más que un sirviente humano ganando todo mi poder a través de mis lazos con Jean-Claude. Había llegado a él con inmunidad parcial a la mirada de vampiro, y lo que hice después fue gracias a mi poder, mi magia. Nigromancia.

Puse un poco de poder en mi mano, en su piel, como cuando empujas a alguien que ha invadido tu espacio. Le dije, metafísicamente, retrocede.

Él apartó la mano, dejó caer aquella extraña mirada gris. Su respiración hizo un sonido agudo.

—Pido perdón si mi pequeño empuje de poder le causó incomodidad, pero trato de comportarme, Sra. Blake. Obligarme a mostrar más de mi poder no podría ser sabio.

Levantó su rostro cuando terminó, había visto el rostro de un muchacho guapo, lindo, de una forma ordinaria. Ahora, su rostro era simplemente hermoso. La estructura ósea era más delicada que la que había visto hacía un momento. Los ojos estaban rodeados con un cordón de pestañas oscuras. Si no me hubiera pasado los últimos años con la mirada fija en las pestañas de Jean-Claude, hubiese dicho que eran las más bellas pestañas que había visto en un hombre. Sólo el color de sus ojos permanecía sin cambios. Ese extraordinario gris oscuro con sus tonos negros.

Me distancié lo suficiente para mirarlo de arriba a abajo. Su cuerpo era el mismo.

La estatura era baja para un hombre, pero el traje le ajustaba mejor. Había ido a comprar traje con suficientes hombres para saber si era caro cuando lo veía. Era un traje hecho a medida, y cuando un hombre de baja estatura levanta bastantes pesas para conseguir unos hombros y pecho amplios, tiene que ser hecho a medida. Pero el traje se veía bien ahora, elegante y con estilo, en lugar de encajar de manera extraña.

Había estado utilizando juegos de la mente para verse menos hermoso y más común. Todo lo que pretendía hacer era que dejara de hacer caricias mentales, íntimas. Lo que había hecho en cambio, fue despojarlo de su camuflaje.

Negué con la cabeza.

—He visto vampiros utilizar la energía para hacerse más temibles, pero nunca para parecer ordinario.

—Sí —dijo la voz de una mujer—, ¿por qué te escondes tanto, Augustine? —Miré a la mujer que habló. Se sentaba en el asiento blanco, se colocó muy cerca al vampiro que en el cuarto hizo que mi piel se tensara cuando me encontré con sus ojos. El hombre era de cabello oscuro, ojos oscuros, y guapo en una manera ordinaria.

Después de mirar la cara de Augustine, no era justo comparar. Pero sabía quién era.

—Bienvenido, Samuel, Maestro de la Ciudad de Cape Cod. Como siervo humano de Jean-Claude, le doy la bienvenida a usted y a los suyos a St. Louis.

Se puso de pie, y no había que hacerlo. Podría haber hecho que llegara

hasta él. Su pelo era marrón, oscuro, casi negro, pero había pasado demasiados años mirando mi propio pelo para confundirlo con un verdadero negro. La caída descuidada de rizos cortos me recordó el pelo de Clay. Bien cortado, pero no muy pegado al cráneo. Era más alto que Nathaniel, pero no por mucho, tal vez cinco o siete centímetros más alto. Se veía aseado y bien arreglado, bien constituido, pero no musculoso, obviamente iba vestido, con un sencillo traje negro. Llevaba una bonita camisa verde debajo de ella. Si Jean-Claude lo hubiera vestido, habría sido de seda, y también los accesorios. La camisa, al igual que el traje, eran insinuadores, pero escondían más de lo que mostraban. Una fina cadena de oro adornaba el cuello de la camisa. En el extremo de la cadena había una moneda muy antigua también de oro. La moneda era una de esas piezas antiguas que encontramos a veces en los naufragios. O tal vez las imágenes de un naufragio me llegaron porque sabía cuál era su animal para llamar: las sirenas. No, en serio, sirenas. Samuel era el único entre los vampiros, que ahora vivía con su animal para llamar.

Su esposa era una. El hombre y la mujer de pie detrás del sillón de dos plazas tenían que ser gente sirena, también. Nunca me había reunido con personas del mar antes.

Luché contra el impulso de mirar detrás del vampiro delante de mí. Me refiero a que había visto vampiros, pero sirenas, era nuevo. Le ofrecí mi mano a Samuel. La tomó más fuerte que Auggie, como si estuviera acostumbrado a saludar con la mano. Luego levantó la muñeca a su boca. Como Auggie, él utilizaba el truco de la mirada, los ojos de Samuel eran color avellana, marrón claro con un borde verde grisáceo alrededor de la pupila. La camisa verde sacó más del verde de sus ojos, eran casi como un verde oliva, pero eran definitivamente avellana, no verdes de verdad. Pero para entonces sabía cómo se veían uno ojos verdes de verdad.

Los ojos de Samuel eran sólo ojos, y cuando puso un casto beso en mi muñeca fue sólo un beso, sin extras. Premié su retención con una sonrisa.

—Ah, Samuel, siempre tan caballero —dijo Auggie.

—Algo que podrías aprender —dijo la mujer de blanco, que tenía que ser la esposa de Samuel, Thea.

—Thea —dijo Samuel, una advertencia, pero se sintió muy leve. Jean-Claude había advertido a todos que la única debilidad de Samuel era su esposa. Ella se salía con la suya la mayor parte del tiempo, así que cuando se trataba de ser el Maestro de la ciudad de Cape Cod, había que negociar

con los dos.

—No, ella tiene razón —dijo Auggie—, siempre fuiste mejor caballero que yo.

—Tal vez —dijo Samuel—, pero uno no tiene que decir esas cosas en voz alta. —Hubo un poco de calor en su voz, los primeros indicios de irritación.

Ella se inclinó, hizo una reverencia y se tapó la cara. Apostaba que era porque su rostro no reflejaba que lo lamentaba. Su vestido era entre beige y blanco, y hacía juego con su piel y su cabello. Iba vestida de color beige y blanco con perlas como accesorios. A simple vista se veía como si fuese albina, pero luego de levantar la mirada y ver sus ojos sabías que estabas equivocada. Tenía los ojos negros, tan negros que sus pupilas se perdieron en el color de su iris. Sus pestañas eran de oro, sus cejas de oro y blanco.

Los músculos bajo sus delgados brazos se movieron cuando se puso de pie y alisó el largo vestido sobre todo su cuerpo. Su color era extraño, pero no fuera de las normas humanas. Su cabello blanco-rubio caía hasta la cintura. Su única joya era un anillo de plata con tres perlas, la más grande en el centro y dos más pequeñas a cada lado, rodeadas de pequeños diamantes. Su cuello pálido era suave y sin adornos, sin hendiduras branquiales. Jean-Claude me había dicho que cuando lo deseaban, las damas del mar, podían verse muy humanas.

—¿Puedo presentarte a mi esposa, Leucothea? Thea. —La tomó de la mano y la arrastró hacia una profunda reverencia.

¿Hago una reverencia también? ¿Le digo que se levante? ¿Qué debo hacer? ¿Qué estaba haciendo Meng Died que retrasaba a Jean-Claude todo este tiempo? Ella irá directa a mi lista negra.

No sabiendo qué más hacer le ofrecí una mano. Tomó mi mano, alzando el rostro suavemente, me sorprendió. Sus dedos eran frescos contra mi piel.

—¿Me estás ayudando como una reina apiadándose de un plebeyo, o me reconoces como tu superior?

La ayudé a ponerse en pie, aunque se movía como una bailarina y no había necesitado la ayuda. Solté su mano y le dije lo que pensaba. Es lo que hago en caso de dudas.

—Muy bien, la verdad, no estoy segura de quien supera a quien entre nosotras. Si Jean-Claude estuviese aquí, entonces podría ofrecerse a él, pero sólo estoy yo, y no pretendo insultar, sino que simplemente no estoy

segura de quien es el de mayor rango aquí.

Thea me miró sorprendida, pero Samuel se mostró complacido.

Auggie se echó a reír, sonaba muy humano, dando la vuelta lo miré.

—Jean-Claude dijo que era un soplo de aire fresco, Anita, pero como una brisa, no estoy seguro de que estemos a tu altura.

—Me gusta —comentó Samuel.

—Sólo porque estás desesperado en el engaño —dijo Auggie.

Samuel le dirigió una mirada.

—Ninguno de los que ascienden a Maestro de la Ciudad engañan, viejo amigo.

El humor en la cara de Auggie se suavizó, y desapareció. Me di cuenta que casi todos los otros maestros vampiros no los había visto nunca, su rostro era afable, el más expresivo. Ahora de repente se puso en blanco como los antiguos vampiros podían hacerlo.

—Está bien, viejo amigo, pero prefiero la honestidad.

Samuel asintió con la cabeza.

—Sí, eso hago.

—¿Te gusta la honestidad? —dije—. Entonces, me van a adorar.

Hubo risas desde diferentes rincones de la habitación. En una de las esquinas estaba Fredo, desplomándose con arte, su camisa negra estaba un poco voluminosa en los lugares donde escondía los cuchillos. Había otros cuchillos a la vista, dos enormes a cada lado de su cadera, se veía como un viejo pistolero. Su rostro oscuro mostraba arrugas por la risa, sus ojos negros brillantes resaltaban sobre su cabello oscuro.

La risa de otros llegó desde casi la esquina opuesta. Claudia era de casi dos metros de altura, la mujer más alta que jamás había conocido, y era una levantadora de pesas. Hizo que el delgado Fredo tuviese aspecto frágil. Su cabello negro estaba recogido en su acostumbrada cola de caballo apretada. No llevaba maquillaje, y su cara seguía siendo sorprendente por su belleza. A Claudia no le importaba si se veía como una joven mujer bonita. Pero incluso con el levantamiento de pesas, su cuerpo era de toda una mujer. Sin la altura extrema y los músculos, habría sido una de esas mujeres que no podían ir a ninguna parte sin pasar desapercibida, o mirarla de forma lasciva. Aún la miraban de forma lasciva, pero la mayoría de los hombres tenían miedo de ella, y debían tenerlo. Debía ser probablemente la única mujer que lleva un arma de fuego esta noche. Por el momento su rostro era suave con la risa que aún estaba burbujeando en la garganta. Tenía una risa

agradable, profunda y gutural. No estaba segura de haberla oído reír antes.

—¿Qué tiene de gracioso? —Les pregunté a los dos.

—Lo siento, Anita —dijo ella, con la voz aún llena de risa.

Fredo asintió con la cabeza.

—Sí, lo siento, pero tú, ¿honesta? Jesús, honesta no lo cubre.

Micah tuvo que aclararse la garganta abruptamente, y la cara, incluso la de Nathaniel estaba en una especie de sonrojo por el esfuerzo de no sonreír.

Luché para no enfadarme, y finalmente lo logré. Punto para mí.

—Puedo mentir si tengo que hacerlo. —E incluso para mí sonaba pobre.

—Pero no es tu naturaleza —dijo Fredo, que era un poco perspicaz para alguien que se suponía que era sólo músculo.

—Tiene razón —dijo Claudia, y por fin había conseguido controlar la risa—. Pido disculpas por el exabrupto.

—Se parece a ti, Samuel —dijo Thea—, un corazón honesto.

—Eso sería algo bueno —dijo. Y la forma en que lo dijo me hizo finalmente dar un vistazo a algunas de las demás personas de su grupo. Mi pensamiento sobre parientes era un poco preciso con Samuel y Thea: me ofrecen a sus tres hijos como ponmes de sang. Me pareció un poco espeluznante, pero algunos vampiros me habían explicado pacientemente que la mayor parte de los vampiros muy viejos vienen de una época en que los matrimonios concertados entre los poderes era la norma, no la excepción.

Los gemelos eran fáciles de detectar, porque eran idénticos. Sabía sus nombres: Thomas y Cristos. Tenían el cabello del color blanco-rubio de su madre, pero los descuidados rizos cortos de su padre. Ambos eran más altos que sus padres. Sin embargo, sus cuerpos eran delgados, no tenían un suficiente desarrollo muscular.

Vi sus rostros y los encontré jóvenes. Muy jóvenes. Tenían que ser legales, o Jean-Claude no habría estado de acuerdo, pero no parecía legal. Tal vez la gente sirena envejece más lento que los seres humanos.

No estaba segura del otro hijo, porque había dos hombres de cabello oscuro de pie detrás del sillón de dos plazas. Uno de ellos miró valientemente a mis ojos. El otro hombre no encontró mi mirada, se sonrojó, avergonzado. Apostaba a que era el hijo. Tal vez pensó que todo era tan extraño como yo.

—Son encantadores, mis hijos, ¿verdad? —preguntó Thea, y trajo mi

atención hacia ella.

No estaba segura de qué decir a eso, pero finalmente dije:

—Bueno, sí, supongo, quiero decir, no estaba mirando por eso. —Sentí subir el rubor a mi cara y me maldije por ello.

Ella sonrió.

—Vamos a decidir cuál de nosotras es de mayor rango, así puede que se los presente formalmente.

Pensé en ello, miré a Micah y a Nathaniel. Ambos negaron con la cabeza, tampoco lo sabían.

—Tengo un pensamiento —dijo Thea, y el tono que usó para su voz dejó claro que estaba segura de que no me gustaría. Su voz era melodiosa, casi como un canto.

—Estoy dispuesta a escucharlo —dije.

—Somos animal para llamar y siervo humano, pero estoy casada con un Maestro de la Ciudad, y usted no. ¿Sería una manera de decidir quién tiene el mayor rango?

—Thea —dijo Samuel.

—No —dije—, es una forma de decidir esto. El matrimonio justamente golpea el tiempo, estoy bien con eso.

Samuel frunció el ceño ante mí.

—Se nos advirtió que tenía mal genio, Sra. Blake.

Se encogí de hombros.

—Sí, pero el razonamiento de Thea es una forma tan buena como cualquier otra para decidir quién puede ofrecer una parte del cuerpo.

—¿No lo encuentra un insulto para reconocer los rangos? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No.

Me miró, me miró como si estuviera tratando de ver todo el camino hasta mi columna vertebral. No era truco de vampiro, era sólo él tratando de decidir lo que era, o no era. Una vez me hubiera retorcido con una mirada así, pero ahora no.

Ahora me quedé allí y le di una mirada tranquila.

Thea hizo algunos pequeños movimientos que atrajo mi atención hacia ella. Estaba esperando pacientemente, pero no había una demanda en ella. Era hora de presentarme o cerrar la boca.

Le ofrecí mi muñeca.

Tomó mi mano entre las suyas, y de nuevo su mano estaba fresca.

Envolvió su mano alrededor de la mía, y la utilizó para acercar mi cuerpo hacia ella. No iba a tomar la muñeca, iba hacia el cuello.

No luché, pero me moví un poco hacia atrás.

Ella vaciló, y me miró con esos negros ojos extraños.

—Si tengo mayor rango, Anita, entonces es mi elección dónde tocar.

Negué con la cabeza.

—No, está tratando de ir a mi cuello en lugar de la muñeca, eso significa alguna de estas tres cosas: que no confías en mí, que está demostrando lo grande y mala que es, o que está pensando en sexo. ¿Cuál es, Thea?

—Lo segundo —dijo. Siguió tratando de acercarme a su cuerpo, y comencé a dejarla.

La fuerza en su mano me hizo saber que si realmente quería luchar tendría una pelea en mis manos. Era fuerte, como un cambiaformas.

Mantuvo su control sobre mi muñeca, usó su otra mano para tirar de mí contra su cuerpo, hasta que las dos estuvimos juntas, no apretadas, pero nuestros cuerpos se rozaban desde el pecho hasta los muslos.

Tuve que hablar mirando a su hombro. Era demasiado alta para mí.

—¿Por qué quieres que sepa que eres grande y mala?

—Mi esposa es muy competitiva con otras mujeres, Anita —dijo Samuel—. Sin duda, Jean-Claude mencionó…, se refirió a su temperamento.

—Él dijo algo al respecto, pero… —Me soltó la muñeca para poder colocar el brazo alrededor de mi espalda, colocándome más acerca de ella. Su otra mano se deslizaba por mi espalda hacia mi pelo. Pero no había entendido lo que significaba la competencia, pensé. Eso se llevó todo lo que tenía para no ponerme tensa mientras entrelazaba su cuerpo a mí alrededor, cerca, muy cerca, como su amante cercana, muy cerca del sexo.

Sus pechos eran pequeños y firmes, y no llevaba sujetador. Puaj. Me sentía estúpida con los brazos a los lados, y realmente no quería animarla, pero…

Terminé en una especie de abrazo sólo para mantener el equilibrio sobre los condenados tacones altos.

Apoyó la boca cerca de mi cara y susurró:

—Quiero que entienda que soy superior a usted, Anita, pero eso es sólo la mitad de mi razón.

El pulso se me aceleró un poco. Empecé a mirar su cara, pero agarró un

puñado de rizos y mantuvo mi cabeza girada. Me quedé mirando al hombre que se había ruborizado. Me miró, de frente, y de repente parecía una versión más joven de Samuel. ¿Cómo no lo había visto antes? Él con la boca dijo, lo siento.

Tenía dificultad para hablar en torno a mi pulso, ahora porque tenía esa sensación de que algo malo iba a suceder. Algo que no iba a disfrutar.

—¿Cuál es la otra mitad de la razón? —pregunté, mi voz sonaba entrecortada, sosteniendo el borde de nerviosismo que había mantenido un toque de miedo.

—Quiero saber lo que eres, Anita —susurró, y su respiración fue más cálida de lo que había sido. Sus manos estaban calientes ahora, como si hubiera cogido una fiebre repentina. Me recordó la forma en que algunos de los cambiaformas se sentían cerca la luna llena.

—¿Qué está pasando? —pregunté, pero mi voz era sólo un susurro.

Sus dedos estaban entrelazados a través de mi pelo hasta que me inmovilizó la cara con sus fuertes manos, y pude sentir el calor de sus dedos por el pelo. Acercó su cara a mi cuello, y me miró. Me cogió la cara y la inclinó como si fuera a darme un beso.

—¿Es usted realmente lo que dicen que es?

Luché para tragar, así pude susurrar:

—¿Qué es lo que dicen que soy?

—Un Succubus —susurró mientras bajó la cara hacia la mía. Supe en ese instante que iba a besarme—. Estoy en busca de otro de mi especie, Anita. ¿Eres tú lo que busco? —Y con la última palabra, cerró su boca sobre la mía.



SEIS

Su boca se sentía cálida, demasiado caliente contra la mía. Cálida como el chocolate caliente. Hacía que quisieras abrir la boca y beber de ella. No era mi idea, abrir la boca, fue de ella. De alguna manera, era su pensamiento en mi cabeza. No me gustaba eso, ni una pizca. El que no me gustara ayudó a mantener mi boca cerrada herméticamente. Se echó hacia atrás para susurrar: —No pelees conmigo.

Oí voces alrededor nuestro, discutiendo. La ayuda estaba llegando, solo tenía que aguantar. Solo tenía que mantener mis escudos en su sitio y no permitirle hacer lo que estaba intentando. Sólo resistir, eso era todo. Si había aguantado cuando la ayuda estaba a kilómetros de distancia; ahora que solo estaban a pocos metros. Lo podría hacer.

Ella lo intentó con una suave persuasión, juegos mentales, no estaban funcionando. Lo intentó a la fuerza. Me besó tan fuerte, que, o bien abría la boca o iba a cortarme el labio con mis propios dientes. Si hubiera sido un

hombre, habría hecho más que dejar que me besara, ¿era realmente homófoba? Si no hubiera susurrado en mi mente que quería que abriera la boca, podría haberlo hecho, pero lo forzó demasiado. Una parte de mí era solo testaruda, pero la otra tenía miedo de por qué lo quería tanto. Sabía que era una sirena, una especie de súper-sirena.

Sabía que parte de su magia tenía que ver con la seducción y el sexo. Sabía que podía controlar a las otras sirenas. Sabía todo ese tipo de cosas por las conversaciones que tuve con Jean-Claude, lo que no sabía era por qué quería que abriera la boca.

Su beso golpeaba mi boca y sentí el sabor de la sangre, dulce, un caramelo metálico en la lengua. En el momento en que probé la sangre, dolía. Me había cortado el interior de mi labio con mis propios dientes Se echó hacia atrás.

—¿Por qué luchas tan desesperadamente para no devolverme el beso? ¿Tanto odias a las mujeres?

Traté de sacudir la cabeza, pero todavía tenía mi cara inmovilizada.

—¿Por qué quieres que abra mi boca? ¿Qué importancia tiene para ti?

—Eres fuerte, Anita, muy fuerte. Las paredes de tu torre interior son altas, y anchas, pero no impenetrables.

Estaba enfadada, y no estaba segura de lo que eso haría a mi torre interior y a sus paredes. No quería que la bestia se levantase cuando todavía estábamos haciendo las presentaciones. Respiré hondo y solté el aire lentamente, pero dije lo que mi ira quería que dijera, no sólo estaba enfadada cuando lo dije.

—O me dejas ir, o abres una brecha en esas paredes, pero en ningún caso esto es acaba.

—¿Cómo es eso?

—He hecho todo lo que requiere la etiqueta de vampiros, así que o me dejas ir, o llamo a mis guardias y ellos te obligaran a que me dejes marchar.

—¿Necesitas ayuda para liberarte de mí? —preguntó, y su voz era cantarina de nuevo.

—A menos que esté dispuesta a dispararte, sí.

Graham se acercó lo suficiente para decir en voz baja:

—Di la palabra, Anita, y la movemos. —Parecía ansioso o enfadado. Supongo que no podía culparlo. Todo esto había ido más allá de la persuasión a ser simplemente grosero.

Samuel llegó a nuestro lado.

—Thea, este no es el camino.

Ella se giró y le miró.

—Entonces, ¿Cuál es el camino?

—Tal vez podrías simplemente preguntarle.

Una mirada cruzó su cara, como si eso nunca se le hubiera ocurrido, entonces rió, un sonido salvaje y alto, y por un instante me pareció oír la risa de las gaviotas.

—Tan simple, mi querido Samuel, tan simple. —Liberó el agarre de mi pelo, así que pude mover mi cuello, lo cual fue un alivio. Permaneció entrelazada alrededor de mí, pero no con tanta fuerza. Estábamos demasiado cerca para estar cómodas, pero era más fácil—. Mis más sinceras disculpas, Anita, ha pasado tanto tiempo desde que conocí a alguien que pudiera resistirse a mis deseos que yo, simplemente traté de mantenerme a la fuerza. Perdóname.

—Déjame ir, y lo haré.

Rió de nuevo, y no era mi imaginación. Cuando se echaba a reír oía el sonido que hacen las gaviotas argénteas, y el sonido de las olas. Me soltó, dio un paso atrás.

En el momento en que retrocedió el nivel de tensión en la sala se desplomó. Todos los guardias que nos rodeaban habían pensado que las banderas estuvieron a punto de izarse. Y yo también.

Ella hizo una reverencia.

—Mis más sinceras disculpas. Te subestimé, y me avergüenzo de mis acciones.

—Acepto tus disculpas.

Se puso de pie y me miró con esos ojos negros en ese pálido, y mortecino, rostro, como si una muñeca de delicada porcelana tuviera los ojos de un demonio de película.

—Sabes que estamos ofreciendo a nuestros hijos como tus pommes de sang.

Asentí.

—Jean-Claude me lo dijo, y me siento honrada. —En realidad me crispaba, pero comprendí que se suponía que debía ser un honor.

—¿Pero sabes por qué?

Eso me detuvo, porque la respuesta fue:

—Jean-Claude dijo que deseabas fortalecer nuestra alianza con nuestros dos besos.

—Nosotros, —Samuel se unió a su esposa—, pero hay una razón por la que mi esposa se mantuvo tan firme para que trajéramos a nuestros tres hijos a tu mesa.

—¿Y cuál sería esa razón? —Solo quería saltar todo esto hasta que tuviera más vampiros respaldándome, pero no creía que tuviera opción.

Micah estuvo de pronto a mi lado, tomando mi mano. Me sentí mejor. No estaba sola. Podríamos hacer esto. No teníamos vampiros, pero nos teníamos unos a otros. Nathaniel se puso a mi espalda, no tomando mi mano del todo por si la necesitaba para coger la pistola, pero lo suficientemente cerca para notar su calor.

Cada vez mejor.

—Soy una sirena —dijo Thea.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—¿Entiendes lo que eso significa, entre mi gente?

—Sé que la mayoría de las sirenas que exhiben sus habilidades son asesinadas por otros de su misma especie, antes de que puedan alcanzar su potencial máximo.

—¿Sabes por qué?

—Porque a plena potencia puedes controlar a los merperson, como por arte de magia.

—Como un nigromante puede controlar todos los tipos de no-muertos —dijo Thea.

Se encogí de hombros.

—Sí, tengo un cierto control sobre un montón de muertos vivientes, pero no es un control perfecto, y no funciona con todo el mundo.

—Tampoco funciona con todos los merperson, aunque lo hace en muchos. Pero ¿sabes cuál es la base de ese control?

Negué con la cabeza.

—No.

—El sexo, o la seducción quizás.

Le fruncí el seño.

—¿Qué significa eso exactamente en este contexto?

—Significa que tengo algo similar al *ardeur* que tú y Jean-Claude comparten. Atraigo tanto a los de mi clase como a los mortales, así como tu *ardeur* atrae a los muertos y, según parece, también a los licántropos y los mortales.

Alcé mi ceja.

—Sí, un montón de chicos quieren una muestra completa del *ardeur* una vez que consiguen un pequeño adelanto. —Luché por no mirar a Graham cuando lo dije—. Pero no se sienten atraídos por mí por esa razón.

Se rió de nuevo con esa risa de gaviotas-y-oleaje.

—No sabes lo que eres, Anita. El *ardeur* por sí solo no te hace un súcubo, o a Jean-Claude un íncubo. He conocido a otros con el *ardeur*, pero a pocos con ese nivel de poder. Tú lo tienes. Tu maestro lo tiene. La gente es atraída a ti por él. El toque de tu piel puede ser adictivo.

La miré.

—Así que tocar tu piel ¿se supone que es adictivo?

—Sí.

Luché por no reír, pero no lo conseguí del todo. Lamí el corte que me había hecho en el labio, y le dije:

—No pretendo ofender, pero no ansío tu toque.

—No, tú luchaste contra mí. Ganaste.

—¿Qué quieres de mí?

—Creo que mis hijos han heredado mis poderes, pero sólo hay una forma para que una sirena esté segura. Otra sirena debe guiarlos a su poder.

Vi a donde quería llegar, cosa que me temí.

—Déjame adivinar: la única forma de traerlos es tener sexo.

Ella asintió.

—¿No puedes encontrar otra sirena que haga el trabajo para ti?

—Soy la última de mi especie, Anita. Soy la última sirena. A menos que tengas el poder de despertar a mis hijos.

Micah me apretó la mano aún más fuerte. Nathaniel se movió de tal forma que nuestros cuerpos se tocaron desde el hombro hasta la cadera.

—Está bien, siendo honesta, estoy un poco perturbada porque me ofrezcas a tus hijos como si fueras su proxeneta.

—¿Qué significa proxeneta? —preguntó ella.

Suspiré. Genial, uno de esos momentos en que realmente no quieres explicar el argot. Nathaniel dijo:

—Eso significa vender a otra persona con fines sexuales.

Frunció el ceño y dijo:

—Realmente no puedo discutir esa definición. Te quiero para que tengas sexo con mis hijos, y fortalecer con eso nuestra alianza. Ellos ganarán poder a través de eso. Así que, si eso es vender, no puedo discutir

con que sea «proxenetismo».

—Pero si solo eres un portador del *ardeur* y no un verdadero súcubo, entonces no puedes hacer lo que quiere Thea —dijo Samuel.

Les miré a ambos.

—¿Y cómo averiguamos si tengo lo que quiere Thea? —No pude contener la sospecha en mi voz.

Nathaniel me acarició el hombro de la misma forma en que tratas de calmar a un caballo nervioso, pero no lo rechacé. Estaba tensa, y luchando para no enfadarme.

—Baja tus escudos, y permite que mi poder pruebe el tuyo. —Lo dijo como si fuera fácil, algo sin importancia.

Negué con la cabeza.

—No lo sé.

—La idea de haciendo de «proxeneta» con mis hijos es lo que te hace sentir incómoda, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Si tu poder no está lo suficientemente cerca del mío, entonces nos quedaremos al margen, no tendrás que verlos como pommes de sang. Nos llevaremos a nuestros hijos a casa y no tendrás que volver a preocuparte nunca más.

Parecía demasiado fácil.

—Parece simple, pero antes de decir que sí, ¿cuáles son los posibles efectos secundarios de tener tu poder explorando el mío?

Ella pareció perpleja.

—No estoy segura de entender la pregunta.

—Quiere decir —dijo Micah—, ¿qué cosas malas podrían suceder si te permite hacerlo?

En realidad se lo pensó durante casi un minuto.

—Debería ser sólo un toque de poderes, como dos monstruos marinos que se mueven en las profundidades, deslizándose uno al lado del otro, y luego desapareciendo en las oscuras profundidades del mar.

Me sentí más tranquila, como si ya pudiera sentir esa pacífica y oscura profundidad.

—Deberías —dijo Micah—. ¿Qué más podría pasar?

—Podría llamar a tu *ardeur* a la superficie y te verías obligada a alimentarlo.

De repente me tensé otra vez, las oscuras y pacíficas profundidades se

esfumaron como el humo con el viento.

—No —dije.

Nathaniel me susurró al oído.

—Puedes alimentarte de mí sin tener relaciones sexuales, Anita. Es una manera de librarte de ellos.

Micah me miró.

—Sólo tú puedes decidir si la posibilidad de tener que alimentar al *ardeur* aquí y ahora vale la pena, Anita.

Miré a los hijos. Los gemelos me miraron, sonriendo, en algún lugar entre divertidos y avergonzados. Pero fue el tipo de vergüenza que cualquier adolescente sentiría si su madre hiciera algo que les haría sentirse incómodos. El mayor, detrás del sillón de dos plazas parecía más bien incómodo como el infierno.

—Tú debes ser Sampson —dije.

Se quedó perplejo, y luego asintió.

—Sí lo soy.

—¿Qué piensas de todo esto? Es decir, ¿quieres ser llevado a tu cubierta de sirena?

Bajó su mirada y luego la alzó.

—¿Sabes que eres la primera persona que me pregunta cómo me siento acerca de todo esto?

Dejé que el desconcierto se mostrase en mi cara.

—No es una crítica a mis padres. Ellos nos adoran. A ambos. Pero nuestro padre tiene más de mil años, y nuestra madre es aún mayor. Los matrimonios concertados no son extraños para ellos, y a ambos les encantaría que al menos uno de nosotros fuera tan poderoso como lo es nuestra madre. Cimentaría nuestra base de poder a lo largo de toda la costa Este de este país. Todo eso lo entiendo, o yo no estaría aquí.

—Pero —dije.

Sonrió, y era la sonrisa de su padre.

—Pero, no te conozco. La idea de ser forzado a tener relaciones sexuales con alguien, simplemente… está mal.

Miré a los gemelos.

—Vosotros sois, Thomas y Cristos, ¿verdad?

Ellos asintieron.

—¿Cómo os sentís acerca de todo esto?

Se miraron entre ellos, y entonces uno se sonrojó pero el otro no lo

hizo. El que no se avergonzó dijo:

—Yo soy Thomas, Tom, cuando mamá no está cerca para quejarse. —Le dirigió una sonrisa y sus ojos eran del mismo color avellana que los de su padre—. Vi fotos tuyas antes de venir. Sabía que eras guapa, y… —ahora se sonrojó, se mordió el labio, y lo intentó de nuevo—. Me encantaría tener una excusa para tener sexo con usted. Esa es la verdad.

—¿Cuántos años tenéis? —pregunté.

Miró a sus padres.

—No les mires a ellos, responde a la pregunta.

Sampson le respondió:

—Tienen diecisiete años.

—Diecisiete —dije—. Jesús, eso es ilegal.

—Es legal en Missouri —dijo Thea—. Hicimos revisar sus leyes antes de que los trajéramos aquí.

La miré, y no sabía lo que mi cara mostraba, pero me sentí como algo nada agradable.

—No lo hago con adolescentes. Demonios, ni si quiera lo hice cuando era uno de ellos.

—Entonces deja que mi mujer pruebe tu poder, Anita —dijo Samuel—. Es probable que tu poder no sea lo que necesitamos. El súcubo es parecido al de una sirena, pero no son la misma criatura. Si tu poder no reconoce al de Thea, entonces permitiremos a Sampson volver a casa con su moral intacta. Vamos a decepcionar a Thomas.

Eso me recordó algo.

—Cristos, tú nunca dijiste cómo te sientes con todo esto.

El que se había ruborizado levantó los ojos hacia mí. La mirada fue suficiente, vergüenza, miedo incluso, pero debajo de todo eso había entusiasmo. La mirada sólo gritó virgen. Y no iba a ser la persona que tomara su inocencia. Jamás haría eso. El hecho de que sus padres lo alentaran sólo lo hacía más espeluznante.

Su voz fue baja, pero bastante profunda. No era la voz de un niño, pero lo era su mirada.

—Cris, soy Cris.

Quise decir bien alto, tu primera vez debería de ser con alguien a quien quieras. Tu virginidad sería para alguien amado. Pero no quería avergonzarle más de lo que ya estaba, así que en vez de eso le dije:

—Bien. —Miré a Thea—. Thea puedes probar mi poder. —No añadí

que esperaba que no le gustara lo que iba a encontrar, porque nada de lo que pasara iba a hacerme escoger a uno de sus hijos.

Hijos. Niños. Eso me hizo recordar el por qué teníamos pruebas de embarazo en nuestra bolsa de viaje. ¿Negociaría algún tipo de arreglo prematrimonial para mi propio hijo algún día? Quiero decir, no importa quién fuera el padre, ninguno de nosotros éramos humanos exactamente, y la mayoría de nosotros somos aterradoramente poderosos. Mierda. Ojalá no hubiera pensado en eso.

Thea estaba delante de mí, con la cabeza hacia un lado, estaba estudiando mi cara.

—Pareces preocupada, Anita, muy preocupada, como si hubieras pensado en algo inquietante.

Eso fue demasiado perspicaz. Realmente iba a tener que trabajar duro para ocultar mis expresiones faciales esta noche. Probé con un poco de verdad.

—Es solo que Samuel es el segundo maestro vampiro que jamás he conocido con hijos adultos, o niños en general. Es… extraño.

Micah se apretó aún más contra mi brazo sosteniéndome. Nathaniel se acurrucó más fuerte a mi espalda, aunque el arma le impidió ser tan reconfortante como quise que fuera. Sabían en lo que había estado pensado, o tal vez habían pensado lo mismo, o algo muy parecido.

Thea volvió la cabeza hacia el otro lado, lo que no me pareció nada acuático. Me recordó más a un ave de presa estudiándome con su mirada.

Me estremecí. Por favor, Dios, que no esté embarazada.

Me tocó la cara con sus dedos, los cuales se sentían calientes.

—No soy yo quien puso ese ceño fruncido en tus bellos ojos oscuros.

Aparté mi cabeza lo suficiente para que no me tocara.

—Muy poético. Tenemos que hacerlo, Thea. Estamos perdiendo la luz de la luna.

Ella sonrió de una forma, que me hizo recordar a la que Tom había puesto, poco antes de sonrojarse y morderse el labio, y admitiendo querer tener sexo conmigo.

Los gemelos se parecían muchísimo a ella, salvo por los ojos.

—Muy bien, pero tus hombres tendrán que permanecer fuera. No sé cuál sería el resultado si permanecieran tocándote mientras hago esto. Se podría levantar el *ardeur*, o…

—¿O qué? —pregunté.

—O podrían reforzar tus defensas y evitar que llegara a probar tu poder en todo su esplendor. —Hizo un ligero movimiento de hombros que era casi un encogimiento, pero no del todo—. Te trataré como trato a Samuel. Te diré la verdad. Simplemente, no estoy segura. Si fueras un vampiro lo estaría, pero lo eres más o menos. No eres simplemente una cosa u otra, ni ambas, ni muchas. Creo que deben cambiarse las reglas de poder y la magia cuando se trata de ti.

Tomé una respiración profunda, lentamente y la dejé salir, asentí. Me adelanté y Micah y Nathaniel retrocedieron. Dejaron la habitación tal como les pedimos. No estaba segura de que fuera una buena idea, pero si cooperaba, entonces tendría fuera de la mesa como *pomme de sang* a tres candidatos muy difíciles de aceptar para mí. Yupi.

Thea me tomó en sus brazos de nuevo, y no luché contra ella. Incluso envolví mis brazos a su alrededor. No trató de controlar mi cabeza esta vez. Confió en que le dejaría besarme.

De hecho, me puse de puntillas para llegar a ella, lo que significaba que estaba más cerca de seis pies de lo que esperaba. Me encontré a mí misma poniendo una mano en el borde de su cara, como si se tratara de un beso deseado. Algunas veces he tocado la cara de alguien porque es algo íntimo. Otras veces porque una mano sobre la cara te ayuda a controlar mejor el beso por si las cosas se descontrolan.

Dos hipótesis cuyas razones fue esta vez, y supongo que lo primero no cuenta.



SIETE

Ella me besó, y esta vez no luché. Dejé que mi cuerpo se fundiera en el suyo, dejándola alimentarse en mi boca. Hay un momento en un beso, en especial un beso de boca abierta, donde la caricia de los labios y la lengua desborda alguna línea, y más allá de esa línea, tu beso retrocede. La besaba, la besaba como ella estaba destinada a ser besada, plena y completa, saboreándola.

Me aparté para susurrarle:

—Tú sabor es salado.

Respiró su respuesta en mi boca, cuando retrocedió de mí en el beso.

—Sabes a sangre. —Su respiración me llenaba la boca, acariciaba la parte posterior de mí garganta. Su aliento sabía fresco y limpio como el viento del océano.

Sus labios sabían como si hubiera tomado hace un segundo un sorbo del océano.

Lamí sus labios y encontré que había una película blanquecina en la plenitud de su boca. No era ilusión. Era real.

Me tragué el sabor salado de sus labios, la mirada fija en ella, sintiendo la sorpresa en mi cara.

—¿Cómo…? —Pero nunca terminé la pregunta, porque no sólo tragué el sabor de la sal, tragué su poder.

Oí al océano susurrando en la orilla. Podía oírlo como música. Miré alrededor de la habitación. Quería preguntarle a alguien si podía escucharlo. Tenía la intención de buscar a Micah, o a Nathaniel, solamente que no fue quien atrapó mi mirada.

Thomas me miraba con amplios ojos ansiosos. Su hermano se había derrumbado en el sillón de dos plazas, y se cubría las orejas con las manos, meciéndose hacia adelante y hacia atrás. Cristos estaba luchando con eso, independientemente de lo que fuera, pero Thomas no lo hacía. Sampson estaba apretado a muerte sobre el sillón de dos plazas, pero sus ojos se habían inundado de negro de manera que parecía ciego. El otro hombre y una mujer que habían traído con ellos volvieron sus ojos negros hacía mí. La mujer estaba abrazándose, como si tuviera frío, o miedo. El hombre tenía un abrazo de muerte en su propia muñeca, la típica pose de deportista que se convertía en algo duro y combativo, como si, si dejara suelta su muñeca, fuera a hacer algo desafortunado. Por último encontré los ojos de Samuel. Sus ojos se habían desangrado hasta el brillo del vampiro, el brillante marrón con manchas de fuego verde en sus profundidades. Todos podían oírlo, susurrando, el sonido seductor. El océano estaba llamando, y yo no sabía qué contestar.

Seguía mirando a los ojos de Samuel, cuando sentí una mano deslizándose por mi hombro. Me giré, y encontré a Thomas junto a nosotras. Thea comenzó a apartarse de mis brazos, entregándome a los brazos de Thomas, mientras ella se apartaba, de modo que era como si el abrazo nunca terminara, sólo que los brazos que me sostenían habían cambiado.

Había movimiento en torno a nosotros. Vi la cara de Micah, moviendo los labios, pero no podía oírle. Todo lo que podía oír era el suspiro y el eco del mar. Thomas me tocó la cara, me dio vuelta para mirarle de frente. Habló, y sus palabras tenían el gutural eco del oleaje sobre las rocas.

—Sin embargo, escuchas mi voz ¿verdad?

Asentí, con mi cara apretada contra su mano. Su mano era lo

suficientemente grande para cubrir todo un lado de mi cara. Se inclinó, y me puse de puntillas para ayudarle a terminar con el beso. No pensaba que tenía diecisiete años. No pensaba que había una audiencia que incluía a sus padres. No pensaba que los hombres que amaba observaban. No veía nada, solamente su cara, no sentía nada más que la fuerza de sus manos en mi cara, su brazo detrás de mi espalda, su mano deslizándose por mi cuerpo. El interior de mi cabeza estaba en paz, lleno de un suave, sonido despreocupado, como el agua que se derrama por alguna playa tranquila. No fui la que luchó para liberarse de los juegos mentales, fue Thomas el que lo estropeó. Su mano se deslizó hacia abajo, abajo, y encontró el arma en la parte baja de mi espalda. Eso le hizo vacilar. Le hizo trastabillar, como si su magia tuviera piernas para ser desplazadas por una piedra fuera de lugar.

Me separé de él, viendo la incertidumbre en su rostro. Seguía siendo guapo, y la compulsión a tocarlo aún estaba allí susurrando en mi cabeza, pero sus ojos estaban muy abiertos, con el rostro incierto. Parecía fresco y nuevo, inexperto, como alguien que nunca había abrazado a alguien y encontrado que llevaba un arma.

El sonido de las olas se alejó, y pude oír el murmullo en la sala. La gente preguntaba qué hacer, si tenía que intervenir.

—Eso es un arma —dijo, en voz tan insegura como su cara.

Asentí con la cabeza. Había vuelto a apoyarme sobre los talones, no más de puntillas, no más ayuda para que me sedujera con la magia de su madre, o la suya.

En realidad había pasado por alto el gran cuchillo en mi espalda, porque no había llegado a la línea media de mi cuerpo solo la parte baja de mi espalda. Pero era una gran amenaza para perderla. El bebé, él era un bebé. Y habría dicho que tenía veintisiete en lugar de diecisiete años. Bebé no en años, sino en mi mundo. No te pierdes un cuchillo largo como un antebrazo y permaneces vivo, no por mucho tiempo. No en mi mundo.

Le miré fijamente a la cara. El negro estaba empezando a reducirse drásticamente, mostrando el avellana de sus ojos humanos. Era hijo de un vampiro maestro y una sirena, pero donde vivía era un lugar más apacible, más amable que mi vida. Le dejaría en esa gentileza.

Me aparté de sus brazos, totalmente.

—Vuelve a sentarte, Thomas.

Dudó y miró a su madre. Ella me observaba, no a él. Observándome

con esos ojos negros. Tenía una mirada de evaluación en su rostro, como si no estuviera segura de lo que pensaba del espectáculo.

—Haz lo que dice Anita, Thomas —dijo ella, por fin.

Volvió al sillón de dos plazas, a sentarse junto a su hermano. Eso nos dejaba a Thea y a mí mirándonos fijamente la una a la otra.

—Vaciló sólo por un momento —dijo ella—, sin embargo, fue suficiente.

—No es su poder —dije—, todavía no. Es tuyo. Tú le prestaste el poder suficiente para enrollarme.

Ella hizo un gesto que fue casi un encogimiento de hombros, pero sus manos salieron hacía fuera en un gesto amplio. Creo que quería decir, tal vez, o, me atrapaste. No estaba segura de que, y no estaba segura de si me importaba.

—Saludaste a Thomas, pero tenemos otros dos hijos —dijo.

Micah se acercó a mi lado. Me tomó la mano.

—Para ser justos con los demás invitados, creo que tenemos que saludar a más gente de Auggie.

—Sólo son sus secuaces, y su amante. Nosotros te hemos traído nuestra carne y sangre, el fruto de nuestras vidas.

Micah asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Somos conscientes de eso, pero…

Le interrumpí y dije:

—Micah suficiente, gracias por tratar de ser todo cortesía y hospitalidad, pero ya he tenido suficiente de juegos por esta noche.

Me apretó la mano, como diciendo: Sé amable.

Me tensé de nuevo, pero me educaron para ser amable. No sería una grosera, pero…

—Voy a saludar a Auggie y a su gente ahora, porque ellos no trataron de enrollarme. Hasta que Jean-Claude se una a nosotros, tú y tus hijos sólo vais a tener que esperar para ser saludados.

—¿Así que la puta de Augustine tiene un rango superior a mis hijos? —Thea sonaba realmente enfadada.

Hubo un sonido de indignación desde el otro lado de la habitación, una voz de mujer protestando y a Auggie tratando de calmarla. Eché un vistazo y le encontré hablando con una morena escultural en un muy diminuto vestido. Estaba loca, y no la culpaba.

Me volví hacia Samuel.

—Habla con ella, Samuel. Explíquele a su esposa que estuvo malditamente cerca de abusar de nuestra hospitalidad esta noche.

—Si verdaderamente hemos abusado de su hospitalidad, entonces, Jean-Claude podría revocar nuestro salvoconducto —dijo, con voz profunda, pero extrañamente suave.

—Lo entiendo.

—¿La hemos asustado tan gravemente? —preguntó.

—Estuve de acuerdo con que Thea probara mi poder, no Thomas. No fue lo que negociamos. Me dijeron que era un hombre honorable; tentar y cambiar no es muy noble.

—¿Podías oír algo de lo que dijimos, mientras Thomas te tocaba? —preguntó Micah.

Le eche un vistazo y sacudí la cabeza.

—Podía oír su voz y el sonido del mar, eso era todo.

—Le señalé a Samuel que no habías pactado por Thomas.

—¿Qué ha dicho?

—Dijo que para que una sirena degustara verdaderamente tu poder necesitaba tener un sabor sexual en ello, y puesto que no eres una amante de mujeres, uno de los muchachos sería de gran ayuda.

Sacudí mi cabeza.

—Voy a saludar a Auggie y a su gente ahora. Si dejo que cualquiera de sus otros hijos me toque, o no, es para un debate muy serio. —Puse mi mirada en Thea—. No me gusta ser forzada, o manipulada, Thea. Si realmente quiere que sus hijos tengan oportunidad en mi cama, o cuerpo, o poder, tiene que recordar eso.

—Vi en tu mente cuando te abrace —dijo—. Vi lo que piensas de mis hijos. Estás poco dispuesta hacia ellos. Sin la magia para persuadirte, no creo que tengan alguna posibilidad en tu cama, tu cuerpo, o tu poder.

Mi pulso estuvo de repente en mi garganta. Luché para mantener un rostro en blanco, pero no estaba segura de haberlo logrado. ¿Cuánto había leído mientras jugaba dentro de mi cabeza? ¿Sabía del susto del embarazo?

Thea estaba mirándome muy estrechamente. Vio el miedo en mí, pero no entendía por qué. Lo cual significaba que sólo había leído cosas acerca de sus hijos en mi cabeza, o no entendía por qué estar embarazada me asustaba. Si lo primero, sí; en esto último, era demasiado extraña para mí para hablarlo.

Me volví a Auggie y a su enfadada novia. Era la única mujer en su lado

de la habitación. De pie sobre tacones de aguja tenía más de 1,80 de altura. Pero mientras que Claudia era todo músculo, y amenaza, esta mujer era delgada. No había juego de músculos en brazos y piernas. Estaba haciendo gestos enfadados con manos grandes, las uñas oscuramente pintadas, un diamante destellando sobre la mano derecha. Su vestido era de color rojo con lentejuelas de plata. Le sentaba como una segunda piel diminuta y brillante. El vestido era tan corto que cuando se movió holgadamente alrededor del sofá, tomando un paso demasiado largo, mostró carne suficiente como para que supiera que no llevaba nada bajo el vestido. ¡Oh, Dios!

Auggie la engatusaba dándome la espalda. Su rostro era perfecto sobre unos pómulos salientes, de manera casi rígida. Llevaba bastante maquillaje, ingeniosamente aplicado, rígida no debería haber sido una palabra que se utilizara para su rostro. Su cabello era largo, y se ahuecaba demasiado alto en la parte superior, como si nunca hubiera dejado los años ochenta, excepto que era morena.

Incluso podría haber sido su color natural. Los tirantes de su vestido y el fino material no debería haber sido capaz de contener sus pechos. Pechos tan grandes que no quedan airosos sin más ayuda que el vestido puede dar. Sus pechos estaban bajo el vestido de una manera que los pechos reales simplemente no hacen. Se movió hacia mí, exageradamente sosteniendo la mano de Auggie. La caminata era buena, animada, pero sus senos no rebotaban. Eran grandes, y bien formados, incluso, pero cabalgaban bajo el vestido de una manera mucho más sólida en que los senos están destinados a ser.

Micah tomó mi mano y dio un tirón para hacerme saber que me había perdido algo, al mirar fijamente sus pechos. Sacudí la cabeza y le di a Auggie contacto visual.

—Lo siento, ¿qué dijiste?

—Esta es Bunny, es mi amante.

Bunny. Pensé, ¿sería ese su verdadero nombre? Tenía la esperanza de que lo fuera, ¿quién elegiría ser Bunny? Asentí con la cabeza.

—Hola Bunny.

Auggie le dio un pequeño tirón, y una inclinación de cabeza.

Me asestó una enfadada cara hosca.

—Por lo menos soy la puta de sólo un hombre, no de una docena.

Micah en realidad me apartó de ella. Le dejé hacerlo. Estaba tan

asombrada de la rudeza de la misma que me quedé muda. Ni siquiera estaba enfadada aún: fue demasiado inesperado. Demasiado grosero.

Auggie le ordenó arrodillarse, y cuando no lo hizo lo suficientemente rápido, él la forzó.

—¡Discúlpate, ahora! —Su poder inundó la habitación como agua fría, temblando a lo largo de mi piel.

—¿Por qué soy una puta, cuando la esposa del otro es proxeneta de sus propios hijos, y esta se jode a todos y cada uno de los que todavía se mueven?

—Benny —dijo con una voz muy tranquila. Conocía aquel tono de voz. Era el cuidadoso, controlado que se utiliza cuando tienes miedo de lo que vas a hacer si gritas.

El único vampiro que había traído con él se movió alrededor del sofá a su lado.

—Sí, jefe.

—Llévala fuera de aquí. Que suba a un avión, la llevaras de vuelta a Chicago, ayúdale a hacer las maletas. Asegúrate de que se lleva sólo lo que le pertenece.

Los ojos de Bunny se hicieron amplios.

—No, Auggie, no, no lo decía en serio. Lo siento.

Se alejó, por lo que ella no podía tocarlo. Trató de arrastrarse tras él, pero Benny la tomó del brazo.

—Vamos, Bunny, tenemos un avión que tomar.

Era un ser humano, y con tacones de 12 cm, pero presentaba batalla. Benny estaba teniendo problemas para llevarla hasta la puerta sin lastimarla. Había demostrado a toda la habitación que estaba desnuda bajo el diminuto vestido.

Dije:

—Claudia.

Ella vino a mí, todo seria, el guardaespaldas de guardaespaldas.

—Elige a alguien, o a dos alguien, para ayudar a Benny a sacarla fuera de aquí.

Claudia asintió con la cabeza, casi una reverencia, y dijo:

—Fredo, Clay, ayuden a nuestros invitados a salir.

Fredo se empujó de la pared, toda facilidad sin hueso como un oscuro gato, bien armado. Clay sólo tomó el otro brazo de Bunny, y ayudó a Benny a empezar a llevarla hacia la puerta. Ella usó los tacones de aguja

con eficacia, probablemente haciendo sangre a través de los pantalones de Clay. Nunca desaceleró, y tampoco Benny, aunque su cara estaba sangrando de marcas de uñas. Fredo atrapó sus dos tobillos, y la sacaron.

Auggie me dio una reverencia muy baja.

—No sé qué decir, Anita. Siento haberla traído. Sabía que estaba celosa, pero no loca de celos.

—¿Celosa? —Le hice una pregunta.

—Ella, al igual que Thea de Samuel, es muy competitiva alrededor de otras mujeres.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Así que ella y Thea se trataban de gran puta una a la otra?

Él me miró.

—Realmente no entiendes por qué no le gustaste desde el primer momento que entraste en la habitación, ¿verdad?

Micah me atrajo contra su cuerpo, me abrazaba con un solo brazo. Miré hacia atrás y hacia adelante del uno al otro.

—¿Qué?

—No —dijo Micah—, no lo hace.

—No, ¿qué? —pregunté.

—Eres una belleza natural —dijo Auggie—. Lo artificial le dio a Bunny su rostro, su figura, la mayoría de sus mejores características fueron encontradas en la hoja de un cirujano. En tu andar, todo equipamiento es natural, vistiendo más ropa, y aún así obteniendo una mayor atención de los hombres en la sala que ella. Cuando estabas con Thea y Thomas, cada hombre de la habitación estaba clavado. Te queríamos. Queríamos tocarte, de una manera que es raro.

Me sentí ruborizar y traté de detenerlo, pero, como siempre, perdida.

—Estás hablando sin coherencia Auggie —dije.

—Observándote a ti y a la sirena, dos si se cuenta al muchacho. Observando dos criaturas formadas de deseo, y no era la belleza pálida lo que la mayoría de los ojos, miraban, Anita. Era a la morena.

Lo miré con ceño fruncido.

—No necesito mucho estas galanterías, Auggie, solamente haz tu punto. ¿Si tienes un punto?

Nathaniel se acercó.

—Voy a traducir.

—¿Qué quieres decir, con traducir? —dije, girándome hacia él.

Me tomó la mano, y sacudió su cabeza. En su rostro aquella mirada «te-amo-pero-me-diviertes».

—Eras más seductora que la sirena, Anita.

—¿Cómo?

—Creo —dijo Auggie—, porque tu poder está sobre los muertos, y los no-muertos.

Me dijeron que tu animal a llamar era solamente el leopardo.

Asentí con la cabeza.

—Lo es, pero a través de las marcas de Jean-Claude, también tengo vínculos con los lobos.

—Sí, pero mis hombres no lo son. Son leones, y sin embargo, sentían tu llamada.

Eché un vistazo detrás de él a los dos hombres que había hecho traer tanto como guardaespaldas y alimento, y me dijeron que son candidatos a *pomme de sang*, aunque Auggie, como Samuel, tenían un nuevo giro sobre la cosa pomme. Auggie tenía la esperanza de convencer a una de nuestras nuevas mujeres vampiresas de Londres para que se fuera a casa con él y jugaran a las casitas. Quería otra de la línea de Belle en su cama. Tal vez había predispuesto a Bunny para estar irritable.

Había venido aquí para sustituirla, después de todo.

Auggie estaba ofreciendo intercambiar uno de sus hombres-león por una compañera de cama de la línea de Belle. Me preguntaba cómo se sentían los hombres en cuestión; ¿querían quedarse en St. Louis? ¿Querían salir de Chicago?

¿Alguien les había preguntado? Apostaba a que no.

Ambos eran altos y musculosos, y lo único que necesitaban era una señal parpadeante en la cabeza que dijera «guardaespaldas». Ambos llevaban trajes hechos a medida que escondían las armas que, estaba casi cien por ciento segura, estaban allí en alguna parte. Uno de ellos era moreno, el otro pálido; aparte de que parecía como si un panadero sin imaginación hubiera utilizado el mismo cortador de galletas para ambos. Sólo el glaseado era diferente. El pálido tenía el pelo corto puntiagudo, en azul, en realidad había sido bien teñido, por lo que no era un azul sólido, sino de color azul pálido, azul oscuro, todo mezclado como es el cabello natural, y rara vez es el pelo teñido. Sólo que nadie tiene el pelo del color de Monstruo de Galleta y un cielo de primavera en la parte superior de su cabeza.

Sus ojos eran de un azul pálido hecho más profundo, más rico, por el color del pelo. Era un poco más delgado a través de los hombros, y tal vez unos centímetros más alto, que el otro guardia.

El pelo del moreno parecía que podría rizarse, pero lo había cortado tan corto que no tenía la oportunidad. Sus hombros tenían una elevación con la que estaba familiarizada, de alguien que levantaba pesas como algo más que una afición ocasional. No era un fisicoculturista, pero trabajaba en ello. Era lo suficientemente alto como para llevar los hombros.

El Monstruo de las Galletas tenía una leve sonrisa en su rostro delgado. Alcanzaba el azul de sus ojos, como si sólo nos distrajera de un infierno de él. El moreno me miraba como si pudiera hacer algo malo, y que estaría listo. La sonrisa no me engañaba; ambos eran profesionales del músculo. Eran peligrosos, y eran totalmente inaceptables como candidatos a *pomme de sang*. Demasiado dominantes, demasiado inflexibles. Sí, era un juicio rápido, pero habría apostado casi todo a que tenía razón.

Mis ojos fueron al otro hombre que seguía de pie detrás del sofá. Habría dicho humano, pero el poder que se escondía debajo de esa elegante superficie oscura me hizo pensar que no, tal vez. Sabía que era Octavius, el sirviente humano de Auggie. Me hubiera gustado saludar sólo a los dos guardaespaldas, y dejar a su poder decirme que tenía razón al pensar que eran demasiado dominantes para lo que queríamos, pero técnicamente ya que eran el animal especial de Auggie para llamar, Octavius les superaba en grado.

Casi como si leyera mi cara, Octavius dijo:

—Salúdelos primero, Srta. Blake, veamos lo que piensa de sus opciones. También creo que la noche se está malgastando. —Su voz suave correspondía a la elegancia del resto de él.

Asentí, y dije:

—Gracias. —Pero no me gustó que Octavius me hubiera leído tan fácilmente. Me moví alrededor del sofá, con Micah y Nathaniel a mi espalda, y Graham y Claudia acompañándonos a todos nosotros. No creo que a ninguno de nuestros guardias les gustara los dos hombres-león mejor que a mí—. ¿Tienen nombres? —Les pregunté.

Monstruo de las Galletas me sonrió, sus ojos estaban chispeantes. ¿Por qué pensé que sonreiría abiertamente mientras destripaba a alguien?

—Haven, soy Haven.

Asentí reconociéndolo, luego me volví hacia el Moreno.

—¿Y usted es?

—Pierce.

—¿Sólo tienen un nombre para cada uno? ¿Al igual que Madonna?

Pierce me frunció el ceño. Haven se echó a reír, y era una buena risa. Cabeza atrás, a pleno pulmón, y si no me hubiera puesto los pelos de punta en la parte trasera de mi cuello, habría sonreído.

Auggie se deslizó hasta los dos hombres, poniendo una mano en cada uno de ellos. Sus ojos apretados, no era un sobresalto, pero perceptible. ¿Qué había hecho cuando les tocó la espalda, oh tan a la ligera?

Auggie sonrió, esa feliz, feliz sonrisa que llenaba sus ojos grises con luz.

—Mis leones son como vampiros, Anita, pueden, si así lo desean, sólo tener un nombre entre nosotros. Pierce y Haven tienen nombres de pila, pero creo que los mantendrán hasta saber si van a quedarse.

—¿Qué, crees que no puedo pasarlos a través de un ordenador y hacerles una verificación de antecedentes, ya que no me dan sus verdaderos nombres?

—Si su registro de antecedentes penales es lo que te preocupa, entonces déjame disipar tus temores. Los dos tienen uno. —Seguía sonriendo cuando lo dijo.

Todo estaba volviéndose demasiado raro. Estos eran nuestros amigos, y yo me sentía como si me hubieran arrojado a la parte honda de la piscina. Jean-Claude, ¿dónde estás? Pensé.

Percibí un vislumbre confuso de lucha. Él y Asher se esforzaban por contener a Meng Die. Me recordaba mirando como los hombres cargaban fuera a Bunny. Si quieren hacerte daño, y tú no quiere hacerles daño, estás en una situación de desventaja. Estaban en el interior del edificio que albergaba la exposición de monstruos del carnaval en el piso superior. Aunque la mayor parte «de los monstruos» fueran raros súper-naturales. Vi a la gente mirar hacia ellos de las áreas externas. Tenían una audiencia.

Pensé: Pide ayuda, consigue algunos guardias allí y sácala de la vista.

Sentí más que escuché que él pensaba que pedir ayuda a los otros vampiros quizás lo percibirían como si le hiciera parecer débil. Pensé, aprovecha tus recursos no es una debilidad, es buena gestión.

Le sentí extenderse a los lobos en el piso superior. Sentí que se movían hacia él.

Pronto habría demasiados hombres para que ella se defendiera. Lo que

hagan con ella una vez que esté contenida, era una cuestión diferente. Tuve un pensamiento más terrible. Me volví a Claudia.

—¿Puedes ponerte en contacto con guardias ratas en el piso superior a través de la mente?

Ella sacó un pequeño teléfono móvil de un bolsillo.

—¿Y el teléfono?

—El animal para llamar de Meng Die es el lobo, me gustaría unos pocos hombres ratas para unirse a todos en el espectáculo de monstruos.

Claudia no preguntó, solamente hizo la llamada. Es tan agradable no ser cuestionada.

—¿Y por qué Jean-Claude necesita tanta ayuda con ella? —dijo Auggie.

—Es una mujer de la línea de Belle. ¿La quieres?

Se echó a reír.

—No, si es salvaje, no.

—Auggie no necesita ayuda para someter a uno de sus vampiros —dijo Pierce.

—Jean-Claude podría someterla, o incluso matarla, pero ha elegido un lugar donde hay público. Cometer un asesinato delante de civiles es un no-no —dije.

—Pero una vez detrás de escena, ¿va a matarla? —preguntó Haven.

Suspiré.

—Probablemente no.

—Debilidad —dijo Pierce.

Auggie le dio unas palmaditas a los dos en la espalda, y de nuevo estaba ahí ese endurecimiento alrededor de sus ojos.

—Vamos, vamos, muchachos, algunos maestros habrían matado a Bunny por su falta de respeto. Cada uno dirige su territorio un poco diferente. —Todavía estaba alegre y encantador, pero había un filo en ello.

—¿En qué piensa, Auggie? —pregunté. No esperaba una respuesta, pero conseguí una.

—Que Jean-Claude a veces es demasiado sentimental para su propio bien.

Sonreí, y sabía que eso dejaba mi mirada fría.

—Sabes, sentimental no es una palabra que habría usado con él.

—Entonces él ha cambiado.

—¿No lo hacemos todos? —dije.

Auggie asintió, su sonrisa derritiéndose en los bordes.

—Pruébelos, Anita. Pruebe sus nuevos juguetes.

Negué con la cabeza, y dije:

—¿Puedes dejar de tocarlos mientras lo hago? No me gustaría confundir tu vínculo con ellos con su poder.

Dio una pequeña reverencia y se alejó. Incluso fue a sentarse en el sofá, donde Octavius se le unió. Me separé de mi propia gente. Luché para no mirar a un guardia en particular de los nuestros. Nuestros leones locales estaban gobernados por Joseph, y estaba en la esquina vestido como un guardaespaldas. Estaba dispuesto a ayudar si era necesario, pero él y yo sabíamos que estaba aquí sobre todo para ver a los nuevos hombres-león. Apostaba a que le gustaban mucho menos que a mí.

Miré a los dos hombres en cuestión.

—¿Muchachos quieren este intercambio?

Eso sorprendió a ambos, aunque Haven lo escondió antes. Sonrió.

—Estoy bien con eso, si funciona. —Sus ojos eran más fríos, cuando lo dijo, como si la sonrisa se le comenzara a derretir en la cara. Si le hiciera la pregunta correcta incluso podría ver al verdadero Haven detrás del familiar exterior, sonriente. Pierce miró detrás de ellos a Auggie. Le dije lo que había dicho a los gemelos—. No mires a tu maestro, mírame a mí, y me das una respuesta honesta. ¿Quieres ser trasladado a St. Louis?

Comenzó a mirar al sofá de nuevo. Le toqué el brazo. Una descarga de poder me traspaso, haciéndome soltar el brazo. Eso le detuvo a medio movimiento, le devolvió de nuevo hacia mí con su pulso presionando a un lado de la garganta.

—¿Qué fue eso?

Luché contra la tentación de frotarme la mano a un lado de mi falda.

—No estoy segura. Poder, algún tipo de poder.

—¿No estás segura? —Sonaba tan sospechoso como parecía.

—Honestamente, no sé por qué hubo un incremento de poder cuando nos tocamos.

No me gustó tampoco.

—Quiero ir a casa —dijo—. No me gusta ser trasladado fuera, y realmente no me gusta ser ofrecido para el sexo como una especie de puta. —Dejó la cólera llenar su voz, y la cólera levantó su poder como un calor a través de mi piel.

Octavius dijo:

—Ten cuidado, gato.

—No —dije—, quiero honestidad. He visto lo que pasa si alguien se ve obligado a estar en un grupo con el que no quiere entrar. El león local está orgulloso de su buen trabajo, no quiero fastidiar su acuerdo.

—Así que ahora no probarás a Pierce, ¿verdad? —preguntó Auggie desde el sofá.

Negué con la cabeza.

—Llévelo a casa, Auggie. Me sorprende que lo trajeras, él no quería venir.

—Bunny, dijo que Pierce fue uno de las mejores amantes que había tenido nunca.

Pensé que disfrutarías eso.

No pude controlar mi cara lo suficientemente rápido.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Auggie.

—La idea de Bunny, sólo… —Hice un gesto de alejar con fuerza—. Estoy luchando contra una visión.

—Ella podría ser ruda, pero era muy buena en su trabajo.

Miré a Auggie.

—¿Y su trabajo sería?

—Sexo.

—Ella es tu amiga, no tu puta. Amante significa algo más que sexo.

—Ahora es Jean-Claude el que habla.

—Tal vez, pero sigue siendo cierto.

Encogió los hombros.

—Te has reunido con ella, Anita, ¿de verdad crees que estaba a tu alrededor y tenía conversaciones estimulantes con Bunny?

Me reí, no pude evitarlo.

—No, supongo que no. —Entonces otro pensamiento se me ocurrió—. ¿Por qué estás saliendo con alguien con la cual no puedes hablar?

Sólo se me quedó mirando, una mirada en su cara que no sabía leer.

—Realmente quieres decir eso, ¿verdad? —Sonrió, casi con tristeza, negó con la cabeza, y no mantuvo mi mirada—. Oh, Anita, me haces sentir cansado, y muy viejo.

—¿Debo disculparme por eso? —pregunté.

Alzó la vista, sonriendo todavía.

—No, pero eso que das a entender me hace preguntarme sobre mis elecciones para tu *pomme de sang*. Busqué buen sexo, dominantes, porque

todo el mundo necesita más músculo. No miré por una buena conversación, o alguien con intereses como los tuyos. No estaba buscando una compañera de cita. Estaba buscando alimentación y sexo.

—Necesitas una mujer en su organización, Auggie. Al ser todos chicos está limitado.

—¿Estás diciendo que necesito el toque de una mujer?

—Sí, y no hay una mujer de la línea de Belle que vaya contigo sólo para ser tu puta.

Nosotros les prometimos que tendrían opciones cuando vinieron aquí.

—¿Me estás diciendo que tengo que hacerles la corte?

Asentí.

—Sí, lo estoy.

—¿Y, Jean-Claude está de acuerdo con esto? —dijo Octavius.

Asentí.

—Dio su palabra de que nadie se vería obligado a tener relaciones sexuales contra su voluntad.

—Ah —dijo Auggie, luego se rió—. Salir en citas. No he salido con alguien en las últimas décadas. Me pregunto si recuerdo cómo.

—El Maestro de la Ciudad no tiene citas —dijo Octavius—. Él ordena.

—Estás en la ciudad equivocada para esa actitud —dije.

—¿Estás muy segura de eso? —dijo.

—Absolutamente.

—Prueba a Haven —dijo Auggie—. Si no te gusta, entonces voy a tener que enviar a casa a por alguien menos dominante para traerlo.

Miré al hombre alto delante de mí. Él miró hacia abajo con aquel, risueño rostro suave, y simplemente no me lo tragué. Esa sonrisa y brillantes ojos eran su versión de una cara de policía. Una forma de ocultar todo.

Se dejó caer de rodillas con gracia. Lo cual lo hizo no mucho más bajo que yo.

Añadí al menos otra pulgada a su altura. Se rió con esa risa alegre que parecía tan sincera.

—Debería verse la cara, tan incierta. Sólo pensé que de esta forma tiene la opción de la muñeca o el cuello. Conmigo de pie, no puede llegar a mi cuello.

Tenía sentido, así que ¿por qué no me gusta? No había otra respuesta que la que ya había tenido desde que lo vi. Al estar cerca de él reaccionaba

con esa parte primitiva del cerebro que te mantiene viva si no le discutes. ¿Tocarlo era peligroso de alguna manera, pero de qué manera? El problema con el cerebro primitivo es que no razona, o explica, solamente siente. Solamente debía tocarlo, luego rechazarlo. Estaría de camino de regreso a Chicago, sin ningún daño, no habría falta.

Me estiré hacia su mano y me la dio. Me preguntaba si recibiría esa sacudida de energía que tuve con Pierce, pero su mano estaba simplemente caliente. Su mano estaba muy pasiva en la mía, pero cuando hice retroceder la manga de su chaqueta, llevaba una camisa con puño-francés, con verdaderos gemelos.

—Mierda.

—¿No le gustan los puños franceses?

Le fruncí el ceño.

—Tomará un tiempo desenganchar las muñecas.

Me dio esa sonrisa de nuevo, pero los ojos azules no estaban del todo tan neutralmente alegres. Llegué a entrever la frialdad en esa sonrisa. Por alguna razón eso me hizo sentir mejor. Me gustaba la verdad, la mayor parte del tiempo.

—¿Por qué sonríe? —preguntó, y su voz tenía un toque de incertidumbre. Bien.

Sacudí la cabeza.

—Nada. —Alisé la mano por el costado de su cara, le giré así la línea de su cuello que se estiró por encima del cuello de su camisa. Me incliné sobre él, una mano en el hombro para mantener el equilibrio, la otra acunando el lado de la cara. El cuello era siempre mucho más íntimo que la muñeca.

Tenía la intención de poner simplemente mis labios contra su cuello. Pero cuando estuve lo suficientemente cerca como para oler su piel, todos mis buenos propósitos se desvanecieron. Olía tan cálido, tan increíblemente cálido. Quería poner mi boca contra ese calor, pero no para besar. Puse mi cara tan cerca de la suave línea caliente de su cuello que pensé mucho en lo que habría hecho si mis labios tocaran su piel. Pero seguí justo por encima de su cuello, y aspiré su olor.

Cálido, un leve toque de alguna fresca colonia pulverizable, a penas, jabón, y debajo sólo el aroma de su cuerpo. Humano, y más profundo aún, donde mi aliento retornó caliente de su piel, el toque de almizcle del gato. Más limpio, menos ácido que el leopardo. Pero definitivamente gato, no

lobo, no perro. Aspiré el olor del león, que se levantó de su piel, como si mi aliento lo provocara.

Mis brazos se deslizaron hacia abajo por su espalda, a través de sus hombros, doblando mi cuerpo a su alrededor. Se había comportado hasta entonces, manos a los costados, pero ahora me alcanzó, me envolvió en la fuerza de sus brazos, la fuerza de sus dedos, amasando mi cuerpo a través de mi ropa.

Le oí susurrar:

—Oh, Dios.

Puse el más tierno de los besos contra esa tersa piel caliente, un toque de una pluma de un beso, y no fue suficiente. Podía oler lo que quería debajo de la superficie. Podía oler su sangre como algo dulce y metálico. Pasé la lengua a lo largo de su cuello, lo lamí, saltando a la vida cálida su pulso. Se estremeció en mis brazos.

Oí una voz.

—Anita, Anita, no hagas eso. —No sabía quién era, y no entendía lo que estaban diciendo. Necesitaba probar su pulso, sentirlo temblar entre mis dientes, hasta que estallara caliente y me quemara en la boca.

Una muñeca apareció cerca de mi cara. Sentí el olor a leopardo. Micah me llamó de vuelta desde ese borde tembloroso.

—Anita, ¿qué vas a hacer?

No me separé del cuerpo de Haven. Levanté la cara sólo lo suficiente para ver a Micah.

—Probarlo, —y mi voz sonaba ronca y extraña.

—Que se vaya, Anita.

Sacudí la cabeza, y sentí los dedos de Haven fuertes y firmes, como si tuviera garras para hundirse en mi cuerpo, y quería que lo hiciera.

Graham vino después, poniendo su muñeca entre mí y esa pulsante golosina. Sin embargo, el almizcle del lobo no era lo que quería.

Nathaniel fue el siguiente, puso la dulzura de su muñeca entre mí y el cuello de Haven. Todavía olía a vainilla, pero no era la esencia que estaba detrás de esta noche. Sacudí la cabeza.

—No.

—Algo está mal, Anita, tienes que parar.

Sacudí la cabeza una vez más, enviando mi pelo volando a la cara sobre el hombre de rodillas. Hizo un sonido bajo en su garganta por esa sensación. El sonido me hizo apartar a Nathaniel y poner mi boca sobre el

temblor del pulso de Haven, no un beso, no, mi boca era demasiado ancha para un beso. Mi mandíbula se tensó para morderlo, y ocurrieron dos cosas simultáneamente. Alguien agarró un puñado de mi pelo, y una muñeca que no conocía bien estaba de repente en mi cara.

Una voz que ya estaba volviéndose un gruñido profundo, dijo:

—Si es un león lo que deseas aquí estoy.

Seguí el olor hacia arriba, cuando tiró la cabeza hacia atrás con mi pelo. Joseph estaba sobre mí, su pelo dorado, sus ojos ya intensos, ámbares perfectos de león.

El hombre a mis pies se envolvió más apretadamente a mí alrededor, ahora no me amasaba con los dedos, sino que se aferraba.

—No —dijo Haven—, no, es mía. ¡Mía!

—No es tuya —gruñó Joseph. Sacó su muñeca hacia arriba y mi cuerpo siguió la línea de su piel. No era a Haven a quien yo quería, era a un león. ¿Sería alguien?

Tal vez. No era a una persona a la que perseguía, sino un olor.

Haven se levantó del suelo en un movimiento demasiado rápido para seguir.

Estuvo de repente en movimiento, y Joseph estaba allí, y al instante siguiente cruzaron la habitación, estrellándose a través de las cortinas en la pared de piedra más allá.

Las cortinas cayeron en cascada hacia abajo a su alrededor, de modo que la mitad de la pared de la sala fue arrancada, dejando al descubierto la piedra desnuda y el pasillo iluminado por la antorcha de más allá.

Los guardias se pusieron a la tarea, tratando de separarlos. Me quedé de pie, mirando, no del todo segura de lo que había sucedido, ni por qué. Joseph me había salvado, de algo, algo…

El paño se rasgó, fuerte y violento. Haven apareció, de las cortinas rasgadas, y navegó a través del cuarto, para encontrar las cortinas en el otro lado. Se derrumbaron a su alrededor, pero nunca trató de levantarse. No era más que una forma bajo el paño en cascada.

Joseph salió andando del caído paño blanco y dorado, la mitad de su camisa arrancada. Sus manos eran medio garras, y su rostro estaba empezando a perder su forma humana, al igual que su cuerpo convirtiéndose en arcilla blanda. Su pelo se alargaba, comenzando a formar el halo dorado de su melena.

Auggie dio un paso al borde de la tela derramada a su alrededor, y su

voz resonó en la habitación como el susurro de un gigante. Íntima, suave y atronadora a la vez.

—León, yo soy el amo aquí, no tú.

Joseph le gruñó con los dientes haciéndose largos y peligrosos. Su voz era tan baja y gruñida que era difícil de entender.

—Yo soy el Rex del Orgullo de St. Louis. Fui invitado a ver a los leones que trajo, y los he encontrado deficientes.

Octavius se acercó al lado de Auggie, puso una mano en su espalda, y el nivel de poder se balanceó fuera de escala. Fue como un terremoto metafísico, salvo que nada se movía, nada se podía ver de todos modos. Pero me tropecé con mis tacones altos. Joseph se tambaleó hacia atrás un paso. Los otros volvieron el rostro hacia Auggie sobresaltados, pero no estaban afectados como Joseph.

—¿Has conocido a un vampiro maestro que podía llamar a su animal, Rex? —preguntó Auggie.

A Joseph le era más difícil respirar de lo que debería haber sido, pero se las arregló para gruñir.

—No.

—Te voy a enseñar lo que te has estado perdiendo. —No hizo gestos, ni habló, pero de repente el aire era difícil de respirar. El aire estaba tan pesado con poder que todos deberíamos estar ahogándonos en ello. Pero no era para nosotros.

Joseph se desplomó de rodillas, gruñendo, luchando, pero no se podía tener de pie contra eso.

—Déjame ver tus ojos humanos, Rex.

La melena creciente comenzó a disminuir. El pelaje que había estado subiendo por encima de su piel empezó a ser reabsorbido. Su rostro se estaba remodelando. Sólo cuando fue Joseph de nuevo, totalmente humano otra vez, el aire fue un poco más ligero.

—¿Qué quieres, vampiro? —dijo Joseph, en una voz humana que sonaba entrecortada.

—Obediencia —dijo Auggie, y no había nada amistoso en esa única palabra. El afable buen hombre, se había ido, y el vampiro maestro se revelaba—. Ven a mí, Rex, gatea hacia mí.

Joseph luchó contra él. Podías ver la lucha contra eso en su cara, pero finalmente cayó a cuatro patas.

—Basta, Auggie —dije—, déjalo en paz.

—Él es mi bestia no la de Jean-Claude. No hay vínculo entre mi anfitrión y los leones.

—Hay un vínculo de los leones conmigo. Invité a Joseph aquí esta noche.

Nunca me miró, pero Octavius lo hizo. Puso aquellos ojos perfectos de chocolate en mí, y su rostro no tenía nada, excepto arrogancia. Lo que me molestó. La ira es mala, pero a veces, bueno, tiene sus usos.

Me moví hacia ellos. Y me puse entre ellos, bloqueando su vista de Joseph. Fue como si me hubieran dado un puñetazo. Nathaniel estaba allí para sostenerme, y en el momento en que me tocó, me sentí mejor. Él era mi animal para llamar ahora, no sólo mi tipo de animal, sino realmente mí animal para llamar, tal como Richard era para Jean-Claude. Era algo así como un siervo humano peludo, y daba algunos beneficios. Poder, poder extra.

—Joseph y su gente son nuestros aliados. Mis leopardos y yo tenemos un tratado con ellos. Para dañar a uno debes dañar a ambos.

Auggie entonces me miró, sus ojos nadando en gris, como nubes con rayos atrapados en su interior.

—Si Jean-Claude hubiera hecho este tratado tendría que cumplirlo, pero eres un sirviente humano, Anita. Tú no me atas, como tu maestro.

Del mismo modo, que si nos visitas en Chicago, las ofertas hechas por Octavius por sí solas no son vinculantes para tu maestro.

—¿Entonces le harás daño a Joseph por qué razón, por qué me detuvo de hacer alguna mierda metafísica con tu león? ¿Es así?

—Él es león, y ningún león se me puede resistir.

—Él es el Rex de St. Louis, Auggie, no tienes ninguna autoridad sobre él —dije.

—¿Me desafiarías con Octavius apoyándome? ¿Te pondría contra mí con tu maestro ocupado en otra parte?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Voy a castigarlo por su insulto a mí y a los míos, Anita. Lo haré. Puedes o no permitirlo, graciosamente, o puedes obligarme a que te controle, como controlo a Joseph.

—Si crees que puedes controlarme, Auggie, quedarás pasmado.

De repente fue más difícil respirar de nuevo. Micah vino a mi otro lado. Él era mi Nimir-Raj, y me ayudó a pensar, pero no me ayudó a luchar.

—Graham —dije.

Vino al alcance de mi mano, y en el momento que lo toqué, pude sentir a los lobos.

Sentir el vínculo a través de Richard con la manada. Ese olor a cuello encrespado de lobo. La verde paz de los bosques y campos, y…

Me tambaleé, y sólo las manos de Nathaniel y Graham me mantuvieron en pie.

Pierce el hombre-león estaba al lado de Auggie.

Quise llamar a Jean-Claude, pero tuve miedo de hacerlo. Auggie era su amigo, pero lo que sentía empujando contra mí, llenando el aire mismo, era más poderoso que todo lo que había sentido alguna vez de Jean-Claude. Si perdía con Auggie, entonces perdía. Pero si Jean-Claude perdía con él, entonces había una posibilidad de que fuera derrotado como Maestro de la Ciudad. Y allí mismo, en ese momento, vi la verdadera razón por la que no había querido a estos bastardos en nuestra ciudad. No había confiado en nosotros para ser lo suficientemente fuertes.

No sería la causa que nos costara la ciudad. No sería la ruina de todos nosotros.

No lo sería. Estaba tratando de luchar contra él como si fuera otro vampiro maestro, pero eso no era lo que yo era. Yo era una nigromante. Se suponía que debía tener el control sobre todos los muertos. Lo veríamos.

Deje ir a los hombres que me sostenían. Di un paso alejándome de las manos de los vivos, y abrí esa parte de mí que siempre he tenido que proteger. Esa parte de mí que era como un gran puño cerrado, apretado y estrecho, o quién sabe lo que nosotros podríamos hacer, por accidente o por diseño.

Casi nunca desencadenaba mi nigromancia fuera de un cementerio. Pero no había ningún cadáver para que el poder encontrara, únicamente había vampiros. Mi poder hizo explosión de mi cuerpo como un viento frío, y dio en el blanco.

—¿Qué es esto? —preguntó Auggie. El rostro de Octavius no parecía tan arrogante sobre su hombro. Pierce se apartó de él como si algo en mi poder le hubiera hecho difícil mantenerse en contacto.

—Si ser el sirviente humano o Nimir-Ra no te gana nada, entonces hay otros títulos, Auggie. Otros poderes para ser invocados.

Se lamió los labios, un agradable gesto nervioso.

—¿Qué es este poder?

—No lo has oído, Auggie, soy una nigromante.

—No hay nigromantes de verdad —dijo Octavius, pero su voz no sonaba tan segura.

—Como quieras, pero dejarás a Joseph y a su pueblo solos mientras estás en mi ciudad.

—¿O qué? —preguntó Auggie, con los ojos aún llenos de color gris claro.

—Tengo otro título entre los vampiros, ¿sabes cuál es?

—La ejecutora, te llaman la ejecutora.

—Sí, lo hacen.

—¿Estás amenazando con matarme? —Se las arregló para sonar divertido, incluso con mi poder respirando alrededor de su cuerpo.

—Te estoy diciendo las reglas. No te metas con nuestro pueblo. Y todos los vampiros, todos los cambiaformas, y otros sobrenaturales a ser nombrados más tarde, se califican como nuestro pueblo.

—Fuimos atacados —dijo Octavius.

—Bien, ha demostrado su punto. Le obligó a tragarse a su bestia. Yo digo que es suficiente.

—Yo soy un vampiro maestro, el gobernante de una ciudad, tú no me ordenas.

—Si eres vampiro suficiente para hacerme retroceder, entonces ven a buscarme, Auggie. Estoy aquí sola, ningún animal para llamar, ningún Nimir-Raj, ningún vampiro a mi espalda. Estoy aquí con nada más que mi propio poder. ¿Eres lo suficientemente vampiro como para hacer lo mismo?

Sonrió.

—¿Estás diciendo que me aleje de Octavius y mi león, y encontrarte en el centro de la habitación, para qué? ¿Un duelo? Tú morirías.

—Una prueba de voluntades entonces —dije.

—No puedes aspirar a ganar —dijo.

—Si eso es cierto, entonces no tienes nada que perder, ¿verdad?

—Anita —dijo Claudia—. No estoy segura de esto.

—Ven a mí, Augustine, ven a mí. —Puse todo lo que tenía en esa orden. Quería que viniera a mí, ahora. Antes de que Jean-Claude llegara hasta aquí.

Se apartó de su siervo humano y su león. Empezó a caminar hacia mí, como yo quería.

—Augustine —dijo Octavius—, no hagas esto.

—Ven a mí, Auggie, ven a mí.

Había dado dos pasos más, antes de que me frunciera el ceño.

—Me estás ordenando acudir. Verdaderamente me estás llamando.

—Ya te dije que lo hacía.

Sacudió su cabeza.

—No voy a ir contigo.

—¿Miedo?

—Cautela —dijo.

—Muy bien, entonces te encontraré a mitad de camino, eso es justo.

—Anita —dijo Graham. No le hice caso. Comencé a caminar hacia el vampiro en espera—. Encuéntrame en la mitad, Auggie.

Se dirigió hacia mí, no deslizándose, sino fríamente, como si su cuerpo no funcionara del todo bien. Por último, se detuvo antes de alcanzarme. Se detuvo con una mirada que no se llega a ver con frecuencia en la cara de un maestro vampiro. Nervioso, estaba nervioso.

—¿Qué sucederá cuando nos encontremos en el medio, Anita?

—Si logras pasarme, está bien, pero si no lo haces, entonces yo gano.

—Eso no me parece justo; tú sólo tienes que mantenerte firme, pero yo tengo que caminar por delante de ti.

Ambos nos detuvimos a unos sesenta cm. de distancia el uno del otro. Engatusé a mi poder, susurrándole lo que quería. Quería que me obedeciera. Nunca había intentado esto tan abiertamente contra algún vampiro. Un Maestro de Ciudad probablemente no era el lugar para empezar, pero ya era demasiado tarde.

Se balanceó sobre sus caros zapatos.

—No lo haré.

—¿No vas a hacer qué? —pregunté, pero mi voz tenía el poder que estaba respirando a nuestro alrededor. Mi voz sabía qué.

Esperaba que sólo siguiera resistiéndome. Debería haber recordado que había otras opciones.

—Me quieres, Anita, puedes tenerme. Puedo hacer lo que quería hacer todo el tiempo, y Jean-Claude puede incluso que no se enfade.

Dudé, tropezando en mi mente, el poder parpadeando.

—Que…

Se movió más rápido de lo que podía seguir, acortando la distancia, tomándome en sus brazos. Fui repentinamente inmovilizada contra su cuerpo, mis brazos atrapados. Mi poder empujó hacia él, pero su poder lo

hizo retroceder.

—Siento tu poder, y Dios, que eres poderosa. Si fueras sólo una nigromante aún podrías ganar, pero no eres sólo eso, ¿verdad? —Bajó el rostro hacia mí, como si quisiera besarme.

—Alto, te ordeno que lo dejes.

En realidad vaciló, tragando con fuerza, cerrando los ojos, pero cuando los abrió, fue como si su poder hubiera dado un salto catastrófico. La mirada fija de sus ojos detuvo el aliento en mi garganta.

—Fuerte, pero no lo suficientemente fuerte. —Flexionó su poder, como algún músculo invisible, y esa flexión se disparó a través de mi cuerpo. Esto inclinó mi columna, y sólo sus brazos me mantuvieron erguida.

Medio caímos de rodillas, como si mi colapso lo cogiera por sorpresa. Arrancó mis controles fuera del *ardeur*. Lo hizo mejor y más rápido de lo que Thea habría imaginado. Él trajo al *ardeur*, con mi cuerpo envuelto en el suyo. Él trajo el *ardeur* sabiendo que una vez que este se levantara caería en esto, sería mi comida. Lo cual, por supuesto, era lo que había querido decir. Podía hacer lo que había querido desde el principio, y Jean-Claude ni siquiera podía enfadarse.



OCHO

La pasión como algo tangible, sólida, se derramó a través de mi cuerpo y sobre el suyo. La lujuria como una pintura gruesa y pesada caía sobre nosotros, cubriéndonos, atrapándonos.

Me quedé inmóvil, con miedo a respirar, miedo a hablar, con mucho más miedo a moverme. Había pasado de encontrar a Auggie guapo, arrogante y a comenzar a no gustarme, a querer estar desnuda con él. Incluso para el *ardeur* se trataba de un abrupto cambio.

Quería preguntarle qué me había hecho, pero tenía miedo de moverme mucho, y aún más miedo de llamar su atención sobre mí. Temerosa de lo que iba a hacerme, no, no es cierto: temerosa de lo que yo haría.

Me quedé helada en sus brazos. Perfectamente inmóvil, sólo mi pulso se movía. Si podía simplemente no moverme, podía aguantar. Había ganado la pelea. Auggie se estaba ofreciendo como alimento; eso me hacía la ganadora. Normas de Vampiro: la comida pierde. Todo lo que tenía que

hacer era aguantar hasta que Jean-Claude llegara. Podría hacer eso. Estaba muy cerca. Podía sentir que bajaba las escaleras. Minutos, a pocos minutos de la ayuda. Pero luchar contra el *ardeur* sin actuar sólo funciona si la otra persona involucrada así lo desea. Se necesitan dos personas para tratar de combatirlo. Auggie no quería luchar contra ello.

Quería perderse.

Sus ojos se cerraron, y su cabeza cayó hacia atrás, casi como si el sexo ya hubiera comenzado.

Su voz era ronca cuando dijo:

—Casi me había olvidado qué se siente al ser consumido por la pasión. —Bajó la cabeza para que pudiera cumplir con mi mirada.

—Traté de olvidar su toque, Anita. Estuve a punto de lograr de convencerme a mí mismo que no era real, que nada ha sido nunca tan asombroso, entonces ella me envió un sueño.

Sabía quién era, porque cuando cualquiera de la línea de Belle decía ella, o a ella, por supuesto, se sabía quién era. Belle Morte. Siempre era Belle Morte. Su amante oscura, ella era la creadora de todos ellos.

—¿Me escuchaste, Anita? ¿Me oíste? —Sus brazos se movieron de modo que me sujetaba agarrando la parte superior del brazo, nuestros cuerpos todavía presionándose demasiado juntos. Había sitio para intentar luchar, para tratar de sacar un arma, pero ya era demasiado tarde para eso. Creo que si pudiera sacar un arma, no estaba segura de poder hacer que mis manos cogieran una pistola o una navaja. Mis manos dolían por el roce de su piel. No era digna de confianza. Tenía ganas de gritar en mi mente a Jean-Claude, pero con el *ardeur* tan fuerte, no estaba segura si podría propagarse de esa manera.

Auggie me sacudió.

—¿Me has oído, Anita?

Sentí un movimiento, alcancé a ver algo negro en los laterales. Si alguien nos hubiera tocado el *ardeur* se hubiera esparcido. Mal, muy mal.

—Atrás —susurré—, díselo.

Micah dijo:

—No les toquéis a ninguno. Se propaga a través del tacto.

—Si la tocas te pego un tiro, Graham. —Esto vino de Claudia.

—Mírame Anita —dijo Auggie—. A mí.

Me tragué mi pulso, y me moví muy lentamente para mirarlo. Me encontré con el gris oscuro de su mirada, y todo lo que vi allí parecía

satisfacerlo.

—Ella envía esos sueños, Anita. Sueños como este, es la lujuria en algo tangible, acariciable, y se derrama sobre tu piel, ahogándote en su necesidad. —Se inclinó hacia mí, como si me fuera a dar un beso.

Giré la cabeza hacia abajo, lejos, todavía cuidadosa, lentamente. Un movimiento demasiado rápido y el *ardeur* sería atraído por el movimiento, como un depredador. Pero un pequeño giro de cabeza, también podría hacerlo.

—No te alejes. Deja que te bese. Déjame derramar esta prensa en espera de calor sobre nosotros. Vamos a ahogarnos juntos.

Mantuve la cabeza girada, con las manos en puños, porque lo único que podía pensar era en lo bien que su cuerpo se sentiría en mis manos. Quería tocar sus hombros, su pecho, ver su promesa musculosa desnuda delante de mí. Era tener meses o años, de citas, todo integrado en un momento.

Requiem, una de nuestras importaciones desde Gran Bretaña, podría provocar una reacción inmediata en el cuerpo, como horas de juego previo muy bueno en cuestión de segundos. ¿Podría Auggie golpear los marcadores emocionales tan rápido como Requiem podía golpear los físicos? Dulce María, Madre de Dios, ayúdame.

En el momento en que el pensamiento me dejó, estuve más tranquila, podía pensar más claramente. Durante años no había rezado en momentos como este, me daba vergüenza, pero me di cuenta, finalmente, que si mi fe era real, entonces no me abandonó sólo por estar fuera de las normas sociales.

—No —dijo— no, no estaré tan cerca y me serás negada. —Me llevó contra su cuerpo, y luché para permanecer rígida e inflexible cuando todo lo que quería hacer en el mundo era tocarlo. Apoyó la mejilla contra mi pelo—. Siento la cercanía de tu señor, Anita. Esperas para que te rescate, pero recuerda, a menos que realmente te alimentes de mí, no has ganado esta pelea. —Sentí la presión de sus labios contra mi sien, suave y caliente —. ¿De verdad crees que Jean-Claude va a ganarme? Te alimentas y ganas, y él también.

Estaba dando a entender lo que había pensado ya, que si Jean-Claude golpeaba la puerta antes de que hubiera ganado, íbamos a perder, muy mal. Había sentido el poder en Auggie, y conocía el poder de Jean-Claude. Si se trataba de una batalla justa, perderíamos. No podía dejar que eso sucediera.

La voz de Micah provenía de detrás de mí. No me tocó pero dijo:

—Hay otras hambres, Anita. Otros caminos. —Habló con cuidado, como si no estuviera seguro de lo bien que lo podía oír.

Micah tenía razón. El *ardeur* tenía el hábito de tragarse el mundo, y mi lógica.

Había otras hambres y estaban dentro de mí, al igual que el *ardeur*. Una vez cuando había pensado en elevar las otras hambres tuve que abrir las marcas entre Richard, o Micah, o Nathaniel, pero era mejor ahora. La bestia no era algo que recibí de ellos. Era algo dentro de mí. El hecho era que no tenía salida, no había manera de que mi cuerpo estuviera a la altura de su hambre, pero eso no lo hacía menos real.

Cerré los ojos y me incliné en mi interior, como una mano metafísica que se mete en un saco. En busca de lo que necesitaba. Auggie me ayudó sin darse cuenta. Me tiró de rodillas con un apretón aplastante en mis brazos. Me dolió, pero el dolor no aplastó mi concentración, no, a la bestia le gustaba la ira. La ira y el dolor nos obligaba a luchar, y éramos buenas en la lucha.

Siempre antes la bestia había sido un proceso, pero ahora era como un interruptor en mi cabeza. En un momento era yo, y al siguiente algo que no estaba pensando en el sexo o la comida. ¡Escapar, escapar, escapar!

Le grité en la cara, sin palabras, llena de rabia. Él me tiró cerca de su cara. Me agarró del pelo, e intentó ese beso. Pero ya era demasiado tarde para besos.

Demasiado tarde para todo.

Le mordí. Clavé los dientes en su labio inferior en forma de puchero. El control sobre mi pelo se volvió doloroso, y trató de controlar mi cara, mi cabeza, mi boca, con aquel apretón que causaba moratones. No me podía alejar antes de atravesar su labio, y parecía saber qué hacer, porque la otra mano fue a la mandíbula, en la forma en que agarras a un animal, presionando hacia el interior. Si tienes la fuerza necesaria puedes obligar a un animal a que no muerda por completo. Si tienes la fuerza puedes intentarlo.

Tenía la fuerza para evitar que le mordiera el labio, pero eso era todo, a menos que estuviera dispuesto a aplastar mi mandíbula. Seguí tratando de morderle, y él me impidió hacerlo. Si hubiera sido lo suficiente persona habría ido a por mi arma, o un cuchillo, pero ya había renunciado a pensamientos de cuchillos y armas de fuego cuando abracé a mi bestia. Todo en lo que podía pensar era en los dientes y en las garras. Rastrillé mis

uñas por sus manos, sus manos estaban ensangrentadas mientras trataba de librarse de mí.

Iba a tener que paralizarme o déjenme ir. Pero había otra opción, y la usó. Lanzó otra explosión de energía dentro de mí. Levantó el *ardeur* de nuevo, mi bestia se ahogó en el deseo, y cosas que son sólo parte del apareamiento. Si hubiera sido como parte de la línea de Belle y sólo me afectara físicamente, la bestia no se hubiera ido, pero el sabor del poder de Belle Morte era más… humano. No era sólo lujuria, sino amor. Tenía la habilidad de hacer que lo amaras.

El mal no cubría lo que me hizo. Porque en ese momento, le amé. Completa y absolutamente. Una parte de mí que todavía estaba cuerda rezó, no dejes que esto sea permanente.

Me acerqué subiendo en mis rodillas hacia esa boca llena que un momento antes había estado tratando de morder. Le di el beso que había querido. La sangre fresca no lo hizo horrible, era un vampiro y… rosas, rosas en el aire como un perfume empalagoso. Me estaba ahogando en el olor de ellas, mientras le besaba, la sangre sabía a rosas.

Auggie se echó hacia atrás.

—Rosas, oh, Dios, el sabor de las rosas. —Retrocedió lo suficiente como para ver mi rostro, y el miedo se mostró en su rostro—. Tus ojos, Anita, tus ojos.

Había visto los ojos de Belle Morte en mi cara antes. Sus ojos color café pálido como la miel oscura llenos de fuego. Miré arriba fijamente a Auggie con sus ojos, y ella lo vio, también. Mientras que su luz oscura llenaba mis ojos, vio lo que vi.

Ella susurró en mi mente:

—¿Realmente creíste que por ser Jean-Claude un sourdre de sang te librarías de mí, Anita?

Sí, en realidad, lo creía. Ella lo sabía, y pensó que era divertido como el infierno.

—¿Qué quieres? —pregunté. El miedo como el champán burbujeó por todo mi cuerpo.

El *ardeur*, la bestia, todos, fueron arrastrados en virtud de ese torrente de temor.

Ella se quedó mirando a Auggie, de rodillas por encima de nosotras, y sabía lo que quería. Sentí pena por ella. Lamentaba que Auggie hubiera desaparecido de su cama y su cuerpo.

—Pero le desterraste —dije.

—Mantente alejada de mis pensamientos, Anita. —Estaba sentada en el borde de su enorme cama. Una cama que había visto una vez antes en las memorias de Jean-Claude. Estaba acurrucada allí, un vestido blanco siglos desfasados que cubría la exuberancia de su cuerpo, por lo que se veía pequeña, como un delicado mohín infantil, se apoyó contra la madera tallada. Su pelo era una gran cantidad de ondas oscuras como las mía. Por primera vez me di cuenta de que nos parecíamos en lo superficial. Pequeñas morenas con la piel pálida como el hielo, y ojos marrones.

—Yo era la mayor belleza de toda Europa, ¿cómo te atreves a compararte conmigo? —Su poder me azotó, como el golpe de un látigo.

—Perdóname —dije—, no quería que fuera una falta de respeto. No había querido decir que era tan hermosa como tú, sólo que compartimos algunas características.

El pensamiento la calmó, y también la hizo desconcentrarse sobre por qué había entrado en mí en primer lugar. No era nada bueno.

—Augustine —dijo, su voz se derramaba en un ronroneo alto más bajo que mi voz normal. No era su voz exactamente, porque tenía que usar mi garganta, pero no era mi voz tampoco.

Estaba lo suficientemente cerca de ella para ampliar los ojos de Auggie, y parecer más pálido que la misma muerte. No sé si había visto alguna vez antes palidecer a un vampiro.

—¿Cómo es esto posible? —susurró.

—Me has llamado —dijo ella con mis labios—. Tu poder y tu sangre me llamaron.

Tragó saliva, rodando los labios cuando lo hizo, de modo que la sangre se filtró más rápido desde el corte. La mordedura se curaba mientras nos miraba, pero esta todavía sangraba.

—No quise decir…

—Provocaste que ella te amara, Augustine, cuando trataste de obligarme a hacerlo.

Pero nadie fuerza a Belle Morte, nadie.

—Perdóname, no sabía lo que mis poderes podían hacer —susurró, con las manos todavía en mis brazos, pero ahora gentilmente. Su agarre era tan flojo que podría haberme separado fácilmente, pero era demasiado tarde para que eso importara.

Teníamos problemas más grandes que el *ardeur*.

—Pero puedo disfrutar de nuevo, aquí y ahora, y no seré yo quien se enamore, sino ella. Le causará dolor, y a Jean-Claude. Incluso te causará dolor a ti. —Se rió, sentada en su cama a cientos y cientos de kilómetros de distancia—. Porque así como Requiem puede levantar la lujuria en el cuerpo de su víctima, también se levanta en sí mismo. Así que, una vez que fuerces a una mujer a que te ame, la amarás también. Es la naturaleza de nuestra línea de sangre, que nuestros poderes son de dos filos.

Una vez más, sentí pena por ella. Supe en ese momento que una vez que Auggie usara su poder totalmente extendido, el efecto no sería temporal.

—No, Anita —dijo en mi cabeza, me hablaba desde el borde iluminado por el fuego de su cama—. Es bastante permanente, te lo aseguro.

—Entonces tú amas…

Ella atacó de nuevo, con ese fuerte poder. Deteniendo lo que había estado a punto de decir, y la dejé hablar.

—Todos aman a Belle Morte. Todos me adoran. Es mi naturaleza ser amada.

Pero había estado muy cerca de su mente demasiado a menudo para no entenderla mejor que esto.

—Lujuria —dije en voz alta—, todos codician a Belle Morte.

—Lujuria, amor, ¿qué diferencia hay en las palabras? Significan lo mismo. —Pero estábamos demasiado juntas. Ella sabía lo que pensaba al respecto, que la lujuria y el amor no eran la misma cosa en absoluto, y pensaba que eran tan diferentes que sentí un tropiezo en su mente. La sentí dudar, durante un momento, sentí dudas allí. Y no era yo quien puso la semilla de la duda en su mente. Ya estaba allí, había estado allí desde que Jean-Claude y Asher se apartaron de su lado voluntariamente hace siglos.

—Volvieron a mí, Anita, no te olvides de eso. ¡No podrían vivir sin Belle Morte! —Estaba de rodillas sobre la cama ahora, su cara bonita en ira. Pero lo sabía bien, que la mayoría de lo que había detrás de la cólera era: miedo.

—¡Basta! —Gritó, y se hizo eco de ese grito por mi mente, mi cuerpo, y golpeó a Auggie como un golpe. Se tambaleó, luchando por permanecer de rodillas, abrazándome. Pero su poder estaba allí, su versión del *ardeur*, el original. Todos los que habían venido de Belle Morte no eran más que pedazos de su propio poder. Éramos reflejos suyos. Lo auténtico rugió por encima de mí, arrancó un grito de mi boca y Auggie hizo eco.

Su poder trató de derramarse fuera de nosotros, trató de llenar la sala y todo lo que tocábamos. Auggie levantó un muro a su alrededor. Utilizó su voluntad, su poder como un Maestro de la Ciudad para frenarla. Pero no iba a durar mucho tiempo. Traté de llamar a la nigromancia. Lo utilicé para perseguirlo antes, pero no pude cerrar el *ardeur*. Hasta que no se hubieran ido estaba indefensa.

Auggie encontró sus palabras antes que yo.

—Todo el mundo fuera, fuera, todos. No podemos mantenerla así por mucho tiempo. Cuando perdamos el control va a llenar esta sala.

—Se propaga a través del tacto —dijo Micah.

Auggie sacudió la cabeza.

—Esto no es el *ardeur* de Jean-Claude, se trata de Belle. La proximidad es suficiente… —Se estremeció, encorvando los hombros como si un gran peso le empezara a hundir.

Samuel, saca a tu familia de aquí. No sabes lo que esto podría hacerles.

Una voz desde detrás de nosotros, con acento más francés de lo que generalmente había oído, dijo:

—Augustine, ¿qué le has hecho a *ma petite*? El poder, ella presiona… —Le miré, y dejó las palabras en el aire—. Belle Morte —dijo, plano, como si se hubiera tragado toda las emociones que tenía.

Estaba vestido con sus colores de firma, en blanco y negro. Una chaqueta de terciopelo negro, apenas tocaba la parte superior de su cintura. El encaje blanco de su camisa se derramaba entre el negro, que se juntaba en el cuello por el camafeo que había sido uno de mis primeros regalos para él. Los pantalones eran de cuero y parecían vertidos sobre él, las botas negras hasta las rodillas, eran una de las cosas más simples que poseía.

Por supuesto, con su cuerpo deslizándose hacia nosotros no había nada simple en él. Ambos sabíamos el potencial de su cuerpo demasiado íntimamente para alguna vez creer semejante camuflaje simple. Debido a que era un nosotras. Y como era un nosotras, ella sabía por qué Jean-Claude tenía sus rizos negros recogidos en una coleta. Sabía por qué la ropa elegante, pero menos caro. ¿Por qué casi no llevaba joyas? Lo había planeado para aparecer como los maestros visitantes le habían visto por última vez. Iba a ocultar lo que realmente era, y para que se preguntasen mucho por su poder. Era una apuesta en la que había estado en desacuerdo. Pensé que era como un cebo para ellos. Mira lo impotente que soy, pruébame. Jean-Claude dijo que nunca se había metido en problemas al

tratar con otros maestros ocultando algunas de sus habilidades. Era una estrategia que le había salvado la vida en el pasado.

Ella me usó para decir:

—Te veo Jean-Claude. Todos estos juegos sencillos no te escondes de Belle Morte. Pero tenías razón al venir humilde ante mí, como adoro a mis hombres.

Lo miré con los ojos de Belle Morte, mientras ella reía y reía, y se rió en la cama grande, vacía. Pensé, vacía. ¿Desde cuándo Belle dormía sola? Ese pensamiento la hizo tropezar en su mente otra vez. Un momento de vacilación, pero Jean-Claude lo tomó. Él lo utilizó para ponerse en mi espalda. Doblando todo el terciopelo y cuero de su cuerpo a mi alrededor, para que él y Auggie se enfrentan entre sí a través de mí.

Belle rugió de nuevo a través de mí, pero de alguna manera, su momento había pasado. Jean-Claude era sourdre de sang y yo era su sierva humana. Tocar, no podía ponerme en contra de él. Pero nos dejó un regalo de despedida, un malvado susurro en mi mente.

—Eres sourdre de sang. Me puedes echar, pero no puedes curar lo que Augustine ha comenzado. Cuando salga de su mente, el *ardeur* seguirá ahí. Se extenderá a los tres, y vais a hacer juntos cosas que no habéis hecho en siglos.

Ella estaba en mi cabeza, así que no pude ocultar que esta era la primera vez que había oído que Auggie y Jean-Claude eran más que amigos. Ella se rió en su habitación iluminada por el fuego a kilómetros de distancia. Habló a través de mí, un ronroneo alto tratando de salir de mi boca.

—Oh, Jean-Claude, no le dijiste que tú y Augustine erais amantes.

Jean-Claude estaba muy quieto contra mi cuerpo, como si estuviera conteniendo la respiración. Me di cuenta que estaba esperando a que reaccionara a lo que había dicho. Estaba esperando que me enfadara y hacer peor aún el desastre que íbamos a pasar. Pero nos sorprendió a todos.

No me impactó. No sé por qué, pero no. Sabía que no había venido virgen. Incluso sabía que había tenido otros amantes masculinos, además de Asher. Por supuesto, saber algo no era lo mismo que tenerlo de rodillas frente a ti, sosteniéndome en sus brazos. Miré a Auggie y esperé estar molesta, pero a lo mejor los poderes de Auggie me habían hecho algo, o tal vez estaba recogiendo las emociones de Jean-Claude, o incluso de Belle. Cualquiera que fuera la razón, miré de nuevo al hombre frente a mí y vi la

línea de su rostro desde la sien hasta la mandíbula como el golpe de algún buen cuadro. Los ojos gris carbón habían perdido su fuego, el temor y la fuerza de voluntad habían cerrado algunos de sus poderes vampíricos.

Pero aún vacío de todo menos él, los ojos eran totalmente convincentes. No era sólo el encaje de pestañas negras y el color por lo que la primera vez me convenció de que el gris podía ser tan bello como el azul, sino la mirada en esos ojos. Fijó la mirada en mí como un hombre que se ahoga. Algo de dolor y pérdida tan crudas que apretó mi garganta. Mi reacción fue de simpatía, la de Belle no lo era. Se alegró, demasiado terriblemente contenta de que después de todos estos siglos la vista de sus ojos todavía pudiera llenarse de dolor. Le quería hacer daño. Buscaba que sufriera. Buscaba que se sintiera expulsado, expulsado del paraíso de la mano de un dios vengativo, o, supongo que en este caso, diosa.

El poder de Auggie quiso que viera su dolor como un recién enamorado, esa primera chispa cegadora, el abrumador pico para hacerme hacer o decir cualquier cosa para hacerle feliz. Quería hacer todo mejor, besarle y decirle que todo saldría bien.

El poder de Augustine me hizo ver su dolor como alguien que acaba de enamorarse, en ese primer momento cegador, donde uno hace o dice cualquier cosa para hacer a la otra persona feliz. Quería hacer cualquier cosa por él, besarlo y hacer que todo ese dolor se fuera de sus ojos.

—No —dijo Belle—, no, te miente. Tú deberías sentirte traicionada. Con el corazón destrozado.

—Siento decepcionarte —dije, pero ella sabía que no lo decía en serio.

—Así que estas tranquila, Anita. Mira a través de mis ojos y tu calma encantadora, no lo resistirá.

Sabía que estaba arrodillada, me sostenían entre Jean-Claude y Augustine, pero estaba atrapada en los recuerdos de Belle, de modo que me encontraba sentada en un trono en un cuarto oscuro, iluminado solo por las antorchas. Agustine estaba atado a una estructura metálica, las líneas desnuda de su cuerpo estaban expuestas a todos. Había venido pidiendo a Belle que lo tomara de nuevo. Ella se había negado, pero le ofreció un sabor más del *ardeur*. Estos no eran mis pensamientos, yo estaba en la cabeza tan profundamente que compartía sus recuerdos. Ella quería humillarlo. Él había hecho que lo amara y ella no podía perdonarlo.

Jean-Claude y Asher se presentaron ante el trono. Iban vestidos con largas capas que ocultaban sus cuerpos menos sus rostros. La cara de Asher

tenía la perfecta belleza que había tenido antaño. Así que este recuerdo era de un tiempo antes de que él y Jean-Claude la dejaran para salvar a Julianna, la mujer que tanto amaban, de los celos de Belle. Jean-Claude y Asher eran todavía la pareja perfecta. Sus bellezas marcaban eso que todos pedíamos.

Sabía que estaban desnudos bajo las capas. Sabía lo que ella pensaba hacer. La voz de Augustine, al lado de mi oído, me sorprendió, pero no rompió el recuerdo de Belle. Era como una voz en alto.

—Tú eres su maestro, Jean-Claude. No dejes que Belle le muestre esto a Anita.

Fue como si su voz ayudara a aclararme, porque la persona que hablaba no era la persona atada. Jean-Claude al que le hablaban no era el siervo que estaba delante de ese trono. Esto ya había pasado, hace mucho tiempo. No era real nunca más.

—Sucedió, Anita, justo como te lo mostraré.

—*Ma petite* —dijo Jean-Claude—, ¿me oyes?

Parpadeé hacia ellos, viendo sus rostros, se cernían sobre mí, pero el poder de Belle, rugió a través de mi cabeza.

—No, Anita, podrás ver la realidad de esto. —Estaba de vuelta en esa habitación iluminada por antorchas. Podía sentir las manos sobre mí, pero todo lo que podía ver era lo que me enseñaba Belle.

—Toca su piel desnuda —dijo Auggie.

Asher y Jean-Claude comenzaron a deslizarse alrededor del hombre atado. Era casi un baile, el vaivén de las capas, la gracia de sus movimientos. Sentí el deslizamiento de manos sobre mis brazos desnudos. En el momento en que su piel desnuda me tocó, el recuerdo empezó a oscurecerse. Era como si las luces se fueran atenuando hasta apagarse, ocultando lo que estaba viendo.

—¡No! —Gritó Belle, y me tiró de nuevo a ese cuarto oscuro. Tiempo atrás, siglos atrás. Los mantos se habían ido, y sus cuerpos estaban pálidos y perfectos. Oí protestar a Augustine.

—Me prometió el *ardeur*.

—Mantengo todas mis promesas, Augustine.

Jean-Claude brillaba como una estrella oscura, poniendo sólo su mano sobre la espalda desnuda del otro hombre. Augustine dijo:

—Ah, ahora entiendo. —Levantó la cara en un ángulo incómodo para mirar hacia atrás, al largo cuerpo de Jean-Claude.

Jean-Claude se arrodilló delante de él, así que no tenía que hacer el esfuerzo.

Tomó el mentón de Augustine con las manos y habló tan bajo que Belle no podía escuchar.

—Te he dado solo un gusto. Si encuentras mi toque repulsivo, entonces puedo parar. —Puso su cara junto a la boca de Augustine, como si estuviera besando el cuello del otro hombre.

Augustine le dio una oportunidad de respirar su respuesta.

—Tienes semejante control sobre el *ardeur*, tan pronto.

—*Oui*.

—Si esto no es más que un gusto, y es lo único que me permitirá ella, entonces lo quiero.

Jean-Claude se echó hacia atrás lo suficiente como para ver la cara del otro hombre. Ahuecó su rostro entre sus manos. Me di cuenta que estaba viendo la cara de Jean-Claude a través de los ojos de Augustine. Vi a Augustine ver la incertidumbre en los ojos del otro hombre.

—¿Te arriesgas a su ira para salvarme?

—No disfruto de la fuerza.

Asher se arrodilló al lado de Jean-Claude y había una mirada que nunca había visto en su rostro. La arrogancia, la fiereza, el depredador y algo más. Más peligroso y desagradable.

Escuché la voz de Asher mientras continuaba viendo el recuerdo.

—Jean-Claude, no dejes que Anita me vea así.

Hasta ese momento no había sabido que Asher estaba en algún lugar de la sala, esperándonos, ganáramos o perdiéramos esta batalla. Y que estaba viendo lo que me estaba obligando a ver Belle. ¿Cómo podía hacer esto?

—Todos sois la sangre de mi sangre, Anita. Puedo hacer muchas cosas con lo que es mío.

Sentí las manos en mí, tela rasgándose, mi cuerpo dio un tirón por la fuerza de la misma. La frescura del aire en mi espalda. El pecho de Jean-Claude y su estómago, apretando contra mi espalda, el encaje de su camisa blanca sólo fue un marco para nuestra carne. Pero en el momento que gran parte de su piel tocó la mía, el recuerdo se volvió negro y Belle estaba de vuelta en el borde de su gran cama con la luz titilante de las velas. Su ira llenó sus ojos como llamas miel oscura. Nunca había sabido que Jean-Claude le dio una elección a Auggie, todos estos años hace mucho tiempo.

Los brazos desnudos de Jean-Claude me abrazaban alrededor de la

parte superior de mi cuerpo, casi desnudo. Envolvió sus brazos a mí alrededor, me acunó tan cerca de su cuerpo como la pistola y el cuchillo en mi espalda se lo permitía.

Las manos de Augustine seguían sosteniendo las mías, como si no pudiera, o no quisiera déjame ir. Pero era el cuerpo de Jean-Claude el que estaba a mi espalda. El que había silenciado el recuerdo.

—Tu cuerpo me puede detener, pero os dejo dos regalos de despedida, Jean-Claude y Augustine. El primero es el *ardeur* que os reclamará a los tres y si empujo lo suficiente se propagará a través del espacio para todos los que estén allí. Siento a Asher y… —Cerró los ojos, se lamió los labios —. Mmm, Requiem está allí, también.

Ellos tratarán de retenerlo cuando suceda. Tal vez, tengan éxito, tal vez no.

—Entonces nos miró directamente, era como si pudiera vernos, en verdad nos veía.

Tal concentración en esos ojos.

—Lo segundo es una pregunta para ti y un regalo para Anita. ¿Has tenido en cuenta que uno de sus talentos, Jean-Claude, es que puede pedir prestada las habilidades que se utilizan en contra de ella? Mi capacidad para hacer memorias vivas, se la doy a ella ahora, sólo por esta vez. Deseo que lo utilice, y no voy a luchar contra la capacidad de su magia para tomarlo. Permitiré tomar este poder con su mente y la dejaré con esta pregunta: ¿De verdad crees que Augustine y Jean-Claude, sólo tuvieron relaciones sexuales una vez, o no hay más? —La tela se rasgó y Jean-Claude se apretó más contra mí.

—Yo cierro esta puerta para ti, Belle, porque ella es mía, no tuya.

—Me voy, disfruta de mis regalos.

Pero yo estaba atada lo suficientemente cerca de su mente para saber que no tenía más remedio. Hizo como que se fue, pero Jean-Claude la había echado. Lo último que sentí fue su pesar. Su tristeza por los hombres que había dejado, que yo los tenía y ella no.

Subí jadeando como si hubiera estado bajo el agua. Me encontraba sólo en sujetador y bragas, el conjunto de la falda estaba arrancado. Mi pistola con su funda había desaparecido con la falda. Las ropas de Jean-Claude habían desaparecido en su mayoría, también.

—¿Hay algo de su línea de sangre que no implique desnudez?

Se echó a reír, una risa maravillosa que nos tocó. Y no fui la única que

reaccionó a la misma. Auggie se estremeció agarrándose de las manos. Seguía con su traje caro, incluso la corbata ajustada en su lugar. Se había comportado de manera admirable.

Miré alrededor de la habitación y la encontré vacía, salvo por Asher en el lado cercano a la puerta exterior y Requiem en el lado cercano al pasillo que conducía al interior de la tierra. Asher con sus cabellos de oro que ocultaba las cicatrices que la Iglesia le había hecho cuando trataron de quemar el diablo que creían que habitaba en él con agua bendita. Requiem alto y pálido, con el pelo casi tan oscuro como el mío y el de Jean-Claude. Su rostro estaba adornado por un bigote y una pequeña barba recortada. Aunque esta noche se parecía a algo grande le había golpeado en un lado de la cara. Ambos con los brazos hacia arriba y fuera de sus cuerpos. Podía sentir el poder que irradiaba de ellos. Me di cuenta de que había arrojado el equivalente a un círculo vampírico de energía para tratar de mantener el *ardeur*, y los recuerdos. Para detener su propagación.

Me relajé en los brazos de Jean-Claude, apretando las manos de Augustine. Hubo un susurro en mi mente.

—¿Hubo otros momentos?

¿Era mi pensamiento, o el de ella? No lo sabía, y no importaba, porque el que simplemente lo tuviera, el pensamiento era suficiente. Fui arrojada en medio de un recuerdo que había arañado el aire. Auggie en la parte superior, presionando el cuerpo de Jean-Claude en una cama.

—*Non, ma petite*, non.

Su cuerpo apretaba contra mí toda su hermosa desnudez, pero no era suficiente.

No era el poder de Belle el que me lo imponía. Había descubierto recientemente que podía pedir prestado los poderes de los vampiros si eran utilizados contra mí primero. Algunos poderes eran más permanentes que otros, algunos no me llegaban en absoluto, pero este sí. Éste estaba llegando, y no podía detenerlo.

Grité, y los brazos de Auggie estaban descubiertos bajo mis manos. Pero no sirvió de nada. No ayudó en nada.

—Entonces ten todo el recuerdo, Anita —dijo Auggie—, veras, todo.

Estábamos en una habitación, pequeña pero elegante. Auggie se sentaba en una silla. Jean-Claude se arrodilló ante él, con sombrero en mano, y la cabeza inclinada. Auggie tenía el pelo dorado, hasta los hombros. Vestía de azul y gris plateado con encaje, demasiado para mi gusto.

—Así que los rumores son ciertos… la has dejado voluntariamente.

Jean-Claude asintió con la cabeza y miró hacia arriba.

—Lo hice.

Auggie se echó a reír.

—Dejaste voluntariamente el paraíso cuando yo lloro en el infierno por una última mirada de ella. —Sacudió la cabeza, suspiró, el humor desapareciendo de su rostro.

—Pero si eres lo suficientemente fuerte como para dejar el paraíso, que te hará llegar a la costa. Sé de un barco y un capitán en quien confío.

—¿Cuál es el destino de la nave?

—Las colonias Inglesas. Los Estados Unidos de América, se les llama ahora. Pero honestamente, Jean-Claude, ¿qué importa a dónde vaya mientras sea otro continente, y lejos de ella? —Jean-Claude inclinó la cabeza otra vez como si lo que estaba en sus ojos, no quisiera compartirlo.

—No puedo pagar, Augustine, me he ido sin nada.

—Es un regalo en honor a tu valentía por abandonar el paraíso, no una, sino dos veces. Dos veces, cuando daría todo lo que tengo por volver. —Jean-Claude levantó la cara, hermosa y vacía, poniendo la cara cuando estaba escondiendo lo que pensaba.

—¿Extrañas a Belle, o es al *ardeur*?

—Las dos cosas.

—No puedo darte a Belle, pero el *ardeur* es mío para compartir.

Se vio ansiedad en el rostro de Augustine por un instante. Una necesidad tan en carne viva que le llenó los ojos con el fuego como un rayo de luz tras las nubes grises. Entonces su rostro volvió a la calma, ocultó toda esa hambre, pero lo habíamos visto. Porque en ese instante, yo ya no estaba viendo la habitación como un fantasma flotando. Estaba dentro de la cabeza de Jean-Claude como lo había estado en el interior de Belle en el recuerdo anterior.

La voz de Augustine estaba tan vacía como su cara cuando dijo:

—Es un regalo, Jean-Claude. Me gustaría ser tu amigo. Los amigos no cuentan con los costes de los favores.

Nos sorprendió, y habíamos pasado demasiado tiempo con Belle Morte para confiar en algo así.

—Hubiera negociado con mi cuerpo para obtener lo que ofreces tan generosamente, Augustine.

—Y es por eso que te ofreces libremente. Sí, quiero estar con ella otra

vez. La amaré hasta el fin del mundo, pero no siempre como es ella, o lo que nos obligó a hacer. —Su rostro se ensombreció con los recuerdos, pero los despidió con un gesto, y sonrió—. Me hubiera quedado con ella para siempre, aceptando su oferta, ser su esclavo dispuesto, aunque supiera que iba a ser malo. Estaba demasiado… —parecía buscar una palabra—, inmerso en ella para desear salvarme a mí mismo, o salvar a todos los que deseó que se esclavizaran por ella. Si no me hubiera echado fuera, nunca habría sido lo suficientemente fuerte como para irme.

—Te negaste a sus órdenes directas. Algunos en su corte todavía hablan de ello. —El asintió con la cabeza.

—Incluso alguien tan débil como yo tiene cosas que jamás hará.

Tal tristeza en su rostro, esa pérdida. Pusimos nuestra mejilla contra la mano que yacía sobre el sillón. Rodamos los ojos hacia arriba, para poder ver su rostro. Su mano estaba muy quieta en la mejilla, como si hubiera dejado de respirar.

—Permíteme compartir el don que tengo con mi único amigo.

Él luchó para mantener lejos el entusiasmo en su cara, pero sólo tuvo éxito a medias.

—No tienes que hacer esto, Jean-Claude. Quise decir lo que dije. Es mi regalo para ti. —Había una tensión en su mano donde estaba, como si su cuerpo luchase aún pero su mano lo traicionó.

—Sé que tu preferencia es para las mujeres.

—Como la tuya —dijo Auggie.

—Sí, pero Belle no comparte a sus hombres personales con otras mujeres.

Auggie sonrió y la sonrisa era amable, pero nada más, no coincidía con la creciente tensión en la mano que había debajo de nuestra mejilla. Su voz era suave cuando dijo:

—A menos que sea una mujer de su elección y que nosotros seduzcamos. —Nosotros también sonreímos.

—Por dinero, o tierras, o política, *oui*. —Compartimos una sonrisa formada por siglos de estar en su cama, peones en sus grandes planes—. Soy el único de su línea de sangre en heredar el poder del *ardeur*, Augustine, y no hay ninguno de nuestra sangre en esta nueva América.

—Así que es mi última oportunidad de degustar el *ardeur* y la tuya de estar con otro maestro de la línea de Belle Morte esta noche.

Asentimos con la cabeza, frotando la cara a lo largo de su mano.

Él quitó la mano, suavemente, de debajo de nosotros.

—Estás asustado —dijo, y su rostro era dulce con asombro.

—Lo estoy.

—Entonces ¿por qué dejarla?

—Porque no podía quedarme, y ser odiado por ambos.

—¿Ambos? —No podía ocultar las lágrimas, salvo girando la cara a lo lejos.

Augustine fue hacia el suelo a nuestro encuentro. Nos mantuvo mientras lloraba.

—No es Belle quien ha roto tu corazón, es Asher.

Lloramos por primera vez en meses. Lloré en sus brazos y él besó nuestras lágrimas y buscó consuelo en los únicos brazos que nos dio confianza. Nuestro único amigo. El recuerdo anterior regresó, de ellos entre las sábanas. Pero no fue impactante en ese momento. Estaba preparada, sabía qué esperar. Y sabía que ese Jean-Claude había sido el que pasó más de veinte años como una pareja feliz con Asher y Julianna.

Este Jean-Claude había perdido a Julianna, y a Asher. Su preciada Julianna fue quemada por bruja, y Asher consumido por el odio a Jean-Claude por no llegar a tiempo para salvarla. Este Jean-Claude todavía se culpaba. Jean-Claude había llevado herido a Asher de vuelta a la corte de Belle Morte para salvar su vida, y la negociación por su salvación fue que Jean-Claude fuera su chico de los azotes durante cien años. El Jean-Claude en la cama de Augustine lo había perdido todo y a todo el mundo que había amado nunca. Tomó el único consuelo que pudo encontrar, y no lo envidiaba por eso.

La memoria se perdió alrededor de los bordes, porque no era el sexo lo que era importante para mí, o Jean-Claude, o incluso Augustine. Era la emoción de la misma. Regresé jadeando, con el pulso en la garganta.

—Si eso es un recuerdo, entonces ¿por qué casi duele al salir?

—No sé, *ma petite*, pero no tenemos mucho tiempo. No podía detener el recuerdo, pero tuve la oportunidad de dirigirlo. Quería que entendieras lo que pasó entre nosotros, porque no puedo detener lo que está a punto de ocurrir. La hemos luchado para darme tiempo de suavizar el golpe.

—¿Nosotros? —Miré a Augustine, y sus ojos tenían dolor en la manera que Jean-Claude podía sostener la lujuria.

—Lo sostendremos, siempre que podamos, Jean-Claude, pero date prisa, en lo que vas a hacer, date prisa. —La voz de Asher, dejó entrever el

dolor que coincidía con los ojos de Auggie. Miré a Asher, y encontré en su rostro las líneas trazadas ligeramente de rojo por las lágrimas del vampiro. Me di cuenta entonces de que todos en la sala habían compartido el recuerdo.

—Lo siento, Anita —dijo Auggie, y miró a través de mi hacia Jean-Claude.

—Ambos lo sentimos.

—¿Lo sentís por qué exactamente? —pregunté.

—Esto —dijo, en voz baja, y era como si ambos hubieran estado conteniendo el aliento, y de repente lo soltaran. Bajaron sus escudos, sus voluntades rompiéndose al mismo tiempo, y el *ardeur* de repente, nos ahogaba a todos.

Me pareció oír la risa, débil y con gran repercusión de Belle en algún lugar muy adentro de mi cabeza.



NUEVE

Llegó el *ardeur* y la ropa se fue. La funda de cuero hecha a medida del cuchillo fue arrancada con todo lo demás. Caímos a la alfombra desnudos, todo era bocas y manos. El pesado metal y la mesa de centro de cristal fueron empujados a un lado como si no pesaran nada.

Apreté el cuerpo musculoso de Auggie en la alfombra, estaba encima de él desnuda, con la sensación de que ya estaba duro y listo, pero quería empezar en el otro extremo. Nos besamos, y sus labios eran tan plenos y maduros, como los había observado. Besaba con delicadeza, aunque sabía que el *ardeur* lo tomó y lo que él quería hacer era cualquier cosa menos delicado. Lo lamí y besé a lo largo del cuello, y el pecho. Llegué a sus pezones, pálidos y duros en el oleaje de su musculoso pecho. Nunca había estado con alguien que era un serio levantador de pesas. Era como si su piel se ajustara más estrechamente a todos los músculos, de modo que era más difícil conseguir un apretón con los dientes, pero valía la pena el esfuerzo.

La succión de la tetilla le hizo levantar la parte superior del cuerpo del suelo, arrancándole un grito. Sus ojos estaban muy abiertos, sorprendidos, con las manos trataba de alcanzar algo a que agarrarse. Alguien agarró una de esas manos que se levantaba, y sabía quién era, antes de que Auggie lo llevara a mi línea de visión.

Auggie acercó a Jean-Claude hacia él, tiró de él hacia abajo, cuando se recostó contra el suelo, trabajando más sobre su cuerpo. Le lamí y mordí a lo largo de su estómago, cuando acercó a Jean-Claude por un beso. Algo que hice levantó a Auggie de la tierra cuando sus bocas se tocaron, así que tuve una buena vista de ellos. Nunca había visto a dos hombres besándose, no de esa forma. No con los labios y la lengua. En los meses que Asher había estado en la cama se habían movido el uno hacia el otro una o dos veces, pero se detenían. Nunca había decidido cuantas sensibilidades se estaban salvando, la mía o la de ellos. Ahora, viendo a Jean-Claude acunando en sus brazos a Auggie y besándolo tan a fondo… tensó mi cuerpo tan duro y rápido que fue como un mini-orgasmo. Me había dicho un amigo muy inteligente que seguir diciendo que no me gustaba estar en la cama con dos hombres a la vez era un poco tonto. Un caso de la señora que protesta demasiado. Mi cuerpo reaccionó por mí; el verlos besarse en un solo plano lo hizo por mí. Me han dicho que es como muchos de los hombres se sienten por ver a dos mujeres que se besan. ¿Por qué debería ser diferente?

Trabajé mi camino hacia abajo del cuerpo de Auggie, con los ojos hacia arriba para poder verlos. Llegué a la larga y dura curva, del cuerpo de Auggie. Que no es recta, sino curvada en realidad, por lo que la gracia de esa carne dura estaba acurrucada contra su propio cuerpo. Fue bastante difícil que la cabeza estuviera desnuda encima del prepucio sedoso. Giré mi boca sobre la cabeza, y luego empuje tanto de él en mi boca como pude, lo más rápido y más fuerte que pude.

Me hizo llegar a ahogarme, pero también le arranqué de la boca de Jean-Claude.

Haciendo que Auggie mirara hacia mí con los ojos desorbitados. Bajé por él de nuevo, más lento, deteniéndome en la sensación de tenerlo en mi boca, tan maduro, tan espeso y en la forma de la línea dura de la curva que sentía en mi garganta. Les vi observando como lo hacía. Los ojos salvajes de Auggie con sensación salvaje; la cara de Jean-Claude llena de placer, sí, pero también de orgullo. Sus marcas propias de vampiro estaban lo

suficientemente abiertas para mí como para saber lo que estaba pensando en cuánto tiempo y cuán duro había trabajado para llegar a este punto. Comenzó a cerrar las marcas tanto como el *ardeur* se lo permitía, pero me levanté del cuerpo de Auggie y le dije:

—No, no las cierres. Vamos a hacer esto. Vamos a hacerlo todo. Él empezó esta pelea, no nosotros, vamos a terminarla.

—¿Sabes lo que estás pidiendo, *ma petite*?

Asentí, y después negué con la cabeza, mi mano todavía envuelta alrededor de la base del cuerpo de Auggie.

—No lo sé, pero no voy a culparte más tarde.

—Por favor —dijo Auggie, con su voz llena de plegarias—, por favor, no pares.

Dios, no pares.

Jean-Claude y yo nos miramos el uno al otro. Tuvimos un momento donde me sopesaba con los ojos. Luego hizo un pequeño asentimiento de cabeza, y me dijo:

—Como quieras, *ma petite*. Para ti es correcto, extralimitarte en los límites de la hospitalidad. —Miró a Auggie—. Augustine malo, por forzar el *ardeur* en *ma petite*.

Auggie asintió, con su mano aferrándose del brazo de Jean-Claude.

—Ha pasado mucho tiempo, Jean-Claude, demasiado tiempo, y no voy a volver a ella de nuevo.

—Tenemos que alimentarnos de ti, Augustine, de tal manera que ningún maestro que visites se atreverá a hacerlo.

Él asintió con la cabeza, aunque no estaba segura de que realmente entendiera lo que Jean-Claude había querido decir. Jean-Claude retrasaba el *ardeur*, sólo lo suficiente. Suficiente para que pudiéramos pensar, un poco. Cuando lo dejase ir, nos barrería, y no habría ninguna segunda oportunidad para tomar una decisión.

—Tiene que ser nuestro mensaje a los otros visitantes, Jean-Claude, o no vamos a sobrevivir a esta pequeña reunión. Estos son tus amigos y ellos casi nos envolvieron. —Le miré, y sentí la parte de mí que me permitía matar, hacer lo que fuera necesario. Esta era, a su manera extraña, una decisión de negocios. Una decisión política, una decisión de supervivencia. Sabía que podría envolver a Auggie, era más poderoso que Jean-Claude, pero podía sentirlo. Sentía que podría alimentarme de él de tal manera que no tendría importancia. Sin matarlo, pero tomarlo, hacerlo nuestro en una

forma que ni siquiera podía explicarlo con palabras.

Jean-Claude habló como si hubiera leído mi mente, que probablemente lo hacía.

—Lo siento también, *ma petite*, pero…

—Nada de peros —dije—, lo podemos tomar, puedo sentirlo.

—Tal vez queda demasiado de Belle Morte en tu mente todavía.

Era la voz de Asher, estrangulada con el esfuerzo. Dirigimos nuestras miradas hacia él. Le temblaban las manos en el aire como si estuviera sosteniendo un gran peso.

—Rápido, Jean-Claude, date prisa. No podemos detener el círculo mucho más tiempo.

—Él comenzó esta lucha —dijo Requiem—, déjanos terminarlo. —Sus manos no temblaban, pero había un hilo de tensión en su voz.

Jean-Claude miró a Auggie.

—Comprende esto, Augustine, nunca se han alimentado de esta manera. No estoy totalmente seguro de saber qué pasará.

¿Estás contento con este juego, porque serás el que sufrirá si algo sale mal?

Deslicé mi boca sobre él, jugando con mi lengua por el prepucio. Se estremeció, y simplemente dijo:

—Sí.

—*Ma petite*, deja eso, o no será capaz de pensar.

Volví sobre mis rodillas, y dejé de tocarlo. Puse mis manos en mi regazo y me comporté. Supongo que estaba haciendo trampa.

—Augustine, ¿estás de acuerdo con esto?

Asintió con la cabeza, con las manos extendidas para llegar a Jean-Claude.

—¡Sí, sí, Dios, sí, los dos a los dos, sí, sí! —Su agarre en el brazo de Jean-Claude parecía casi doloroso.

Jean-Claude le acarició el pelo, calmándole.

—Entonces vamos a hacer lo que me pides. —Me miró, y fue como si una puerta se abriera en mi mente. Algunos escudos internos que debía haber utilizado casi siempre para mantener las marcas de ser usadas en pleno vigor se habían ido. Me tambaleé por un momento, me hizo detenerme de los muslos de Auggie para no perder el equilibrio. En el momento que le toqué, el *ardeur* rugió de nuevo, pero esta vez pude sentir a Jean-Claude en el otro extremo de su cuerpo. Podía sentir los dos

diferentes *ardeur*s como diferentes sabores de fuego, y Auggie era nuestra única madera. Lo quemábamos, y él quería que lo hiciéramos.

Oí a Jean-Claude en mi mente, susurrando:

—Estoy perdiendo el control, *ma petite*, ¿estás lista?

Asentí con la cabeza. Me soltó y caí gritando hacia el abismo. Un abismo de piel y manos y bocas y cuerpos. Mi propio cuerpo era una enorme necesidad de sensación pulsátil. Y particularmente no me importaba lo que la necesidad tenía.

Acabé en el suelo con Augustine encima de mí. Toda la curva de su dureza entrando y saliendo de mi cuerpo, así que grité por él. Grité mi necesidad, mi placer y mi ansiedad. Comenzó apoyado en sus brazos para poder ver como entraba su carne en mí, pero Jean-Claude se unió a nosotros, y el ángulo tenía que cambiar.

Nunca había puesto a nadie en medio de nosotros cuando alimentaba el *ardeur*.

Todos estos meses con Asher, Micah, Nathaniel, Richard y Jason, y había estado siempre en el centro. Jean-Claude y yo nos habíamos dado de comer el uno del otro. Se había alimentado de mí mientras yo me alimentaba del hombre o los hombres, tocándome, pero nunca en todas esas noches con Jean-Claude había sido tocado por alguien que no fuera yo cuando estábamos todos juntos y desnudos.

Con las marcas rugiendo al abrirse entre nosotros, sabía lo mucho que le había costado a Jean-Claude. Qué horriblemente cuidado había tenido de estar en medio del momento cuando uno debe ser capaz de perder todo el control. Tan cuidadoso, tan temeroso de asustarme, de disgustarme, de alejarme. Por tanto miedo de lo que los demás hombres pueden decir con una mano mal colocada, o una caricia.

Así que cuidadoso, tan terriblemente cuidadoso, y ahora de repente, no tenía que tener cuidado. Sentí la horrible tensión en el centro de su ser relajándose, como soltar un aliento largamente sostenido.

Exploró primero a Auggie con los dedos, y utilizó la humedad de mi cuerpo para lubricar otros lugares que normalmente no se lubrican por sí mismos. Las marcas estaban muy abiertas, así que tenía pasajes de la memoria, de otros hombres, y otros tiempos. Imágenes al azar, de lo que le había ocurrido a él, pero incluso en ese momento los ahuyentó, seguía teniendo miedo de lo que pensaba. Pero el cuerpo de Auggie ya estaba dentro de mí, y sentí su entusiasmo en cada prueba, cada toque. Todo lo

que Jean-Claude hacía le urgía más conmigo, así que todo lo que podía pensar era ¿cómo se siente tener a Auggie metido dentro de mí mientras que Jean-Claude le cabalgaba?

Jean-Claude entró en él lentamente, y el cuerpo de Auggie se acalló por encima del mío, mientras se concentraba en su sensación. Había pasado un largo tiempo para Auggie. Como había dicho antes, prefería a las mujeres, lo que significa que, incluso aquí, con nosotros dos ansiosos, Jean-Claude tenía que tener cuidado, mucho cuidado. Nada estropea el buen sexo, como el dolor no intencionado.

Pero al final consiguió estar todo dentro de él, y el cuerpo de Auggie se relajó por encima de mí. Relajado en el ritmo que Jean-Claude encontró en la parte superior de los dos. Ambos encontraron un ritmo, el cuerpo de Auggie está empujando dentro y fuera del mío, poco a poco, dejándolo claro al final, por lo que yo hacía pequeños sonidos al final de cada golpe.

Los dos encontraron un ritmo juntos para que la altura de cada golpe fuera a la altura de los demás. De modo que Auggie y yo gritáramos juntos, y Jean-Claude nos montó a los dos. Traté de moverme con ellos, pero el peso combinado me mantuvo en el suelo, de modo que lo mejor que podía hacer era apretar a Auggie mientras iba y venía dentro de mí. Mis piernas estaban envueltas en torno a los dos, tanto como pude, para que el cuerpo de Jean-Claude rozara mi pie mientras se movía. Me sentía tan pesada, el peso comenzaba deliciosamente a crecer entre mis piernas. Sabía que el orgasmo se acercaba y que no podría darme el lujo de ser una sorpresa. Pero no tenía que decírselo a Jean-Claude, él lo sabía.

Me miró por encima del hombro de Augustine, sus ojos eran todo fuego azul donde ahogarse, como si un cielo de medianoche pudiera quemar. Su pelo se había soltado, mechones que se pegaban al sudor en su rostro. Sabía que mis ojos estaban en llamas de color marrón oscuro, como si fuera un vampiro. Ya había ocurrido antes. Nos miramos el uno al otro por encima del hombro de Augustine, y sentí el creciente peso, creciendo, creciendo.

Augustine susurró:

—Tu respiración está cambiando.

Comencé a gritar, y fue como si ese hubiera sido el momento que los dos hombres habían estado esperando, como si hubieran luchado largo y duro para no correrse, y de pronto pudieron hacerlo. Augustine se metió dos veces, tres veces más rápido y todo lo más rápido que pudo dentro de mí. Me atrajo de nuevo, gritando y retorciéndose en el suelo, y sólo

entonces se corrió dentro de mí. Su cuerpo se estremecía por encima de mí, su cuerpo trataba de hundirse más profundo dentro de mí, de manera que grité. La cabeza de Jean-Claude se echó hacia atrás con los ojos cerrados, su cuerpo se inclinó por encima de nosotros dos, y nos alimentamos.

No sólo nos alimentamos de Augustine, nos alimentamos de todas las personas que estaban en nuestro territorio. Sentí a Haven, el hombre león que tenía espasmos contra el suelo, donde seguía recostada sobre las cortinas caídas. Sentí a Benny, al volante de un coche, perder el control y echarse a un lado de la carretera.

Pierce cayó contra una pared y se deslizó hasta el suelo, con espasmos en el cuerpo. Octavius se derrumbó en la escalera, asfixiándose, arañando la piedra, rompiéndose en pedazos las uñas con sangre para tratar de evitar que ocurriera.

Pero nada podía salvarles, ninguno de ellos. Si hubiéramos estado en Chicago podríamos habernos alimentado de cada bestia y vampiro que tuviera una alianza con Auggie, y él nos habría dejado. Por este placer él había vendido lo que quedaba de su alma y las almas de todos los que trabajaban para él.

Les bebimos, a todos ellos, nos alimentamos y alimentamos, y alimentamos, y seguimos alimentándonos del cuerpo de Augustine mientras mantuvo los espasmos, y cada golpe de placer que me trajo de nuevo, el cual traía a Jean-Claude. Nos alimentamos y tuvimos orgasmos hasta que Augustine aún entre nosotros, se derrumbó, con contracciones en el cuerpo. Jean-Claude me miró por encima del cuerpo sudado de Auggie, con una feroz sonrisa en su rostro. Me miró a mí con los ojos que eran un fuego azul tan brillante que la piel de su rostro resplandecía con él. Brillaba con el poder que había bebido. Tanto poder, demasiado poder. Sentí como un eco lejano que Richard estaba apoyado contra una pared en alguna parte, se tambaleó por el poder que había tomado y compartido.

Un pensamiento era suficiente. Micah y Nathaniel estaban sentados fuera, uno contra la pared y el otro sentado en el suelo. Nathaniel se echó a reír con las acometidas de energía de todos. Compartimos el poder con todo nuestro pueblo, todos ellos. Bueno, malo, indiferente, todo el mundo con una conexión hacia nosotros estaba brillante y ebrio de poder. Si hubiera habido un satélite metafísico allá arriba en el cielo, nuestro territorio lo habría volado de su órbita.



DIEZ

Llevó cerca de una hora conseguir quitar a todos de los lugares que podrían limpiar. Claudia había enviado refuerzos, de manera que la sala que casi estaba destruida estaba cerrada por un muro de sólidos guardias vestidos con camisas de color negro. Hombres lobo, hombres rata y hombres hiena, la gente con que teníamos tratados para el trabajo de vigilancia, todos estaban de pie a nuestro alrededor, mientras que Octavius se había puesto histérico. Si hubiera tenido más guardias con él, y nosotros hubiéramos tenido menos, podrían haberse puesto violentos, pero cuando estás en inferioridad numérica, para superar, y tu maestro dice, déjalo ir, bueno, Octavius tenía que hacerlo. No le gustaba, tampoco le gustaba Pierce, pero Haven, el del pelo azul, Monstruo de las galletas, fue votado por Auggie. A los dos nos gustaban. Jean-Claude y yo nos recostamos en la enorme bañera. Mi ropa estaba en ruinas, pero tenía mi cuchillo y la pistola en el borde de la bañera. Nada más se había salvado. Nos habíamos fregado y

limpiado, y ahora nos sumergíamos en el agua caliente. Auggie probablemente había terminado en las duchas del pasillo, pero Requiem y Asher fueron los encargados de ver que nuestros invitados no hicieron nada lamentable. Ambos eran maestros vampiros que tenían más de cuatrocientos años, ambos podrían manejar la situación. Nos habíamos encargado de todo lo que queríamos manejar para una noche.

Jean-Claude se recostó contra el borde de la bañera, y me puse entre sus brazos, la espalda de mi cuerpo acunada contra el frente del suyo. Movió su mano por debajo de mi brazo, y me abrazó con más fuerza contra él. Su cuerpo estaba tranquilo, pegado a mi cuerpo. Creo que ambos habíamos tenido todo lo que podíamos manejar por una noche.

Su voz era perezosa, con ese borde que el sueño puede dar.

—¿En qué estás pensando, *ma petite*?

—Si no hubieras cerrado las marcas con tanta fuerza podrías saberlo. —Acurruqué mi cabeza entre el hueco de su hombro y el pecho—. Las cerraste tan pronto como terminamos con Auggie. ¿Por qué?

Su cuerpo se tensó contra mí, incluso sus brazos que se envolvían a mí alrededor, no eran tan reconfortantes.

—Tal vez tenía miedo de lo que encontrarías en mis pensamientos. —Su voz ahora no tenía sueño, pero tenía ese vacío suave en que solía esconderse.

—¿Qué habría encontrado? —pregunté, pero ahora no me abrazaba. La tensión era contagiosa.

—Si hubiera querido que supieras la respuesta a esa pregunta, no habría cerrado las marcas tan fuertemente.

Empecé a protestar, pero otro pensamiento me detuvo. Con las marcas abiertas de par en par, sólo había sido casualidad que no pensara en lo de la cuestión del bebé.

El azar y el hecho de que el *ardeur* tiende a acabar con todo lo que no tiene que ver con el momento. Ahora el temor vino goteando otra vez, apretando el estómago, tensando los músculos. Por favor, Dios, no dejes que esté embarazada.

—¿Qué está mal, *ma petite*? —preguntó.

Dejé escapar un suspiro que me sacudió y le dije:

—Sabes, Jean-Claude, normalmente presiono por la honestidad, pero creo que he tenido todas las revelaciones que puedo manejar en una noche. Está bien, sea lo que sea en lo que pensabas, está bien.

—¿Estás bien sin saber nunca cual era ese pensamiento? —preguntó.

Me acomodé de nuevo en sus brazos, dispuesta a que el agua caliente y el tacto de su cuerpo se llevaran esa horrible tensión.

—Sí —dije—, sí.

Me movió a un lado, sosteniéndome en el agua, para que pudiera ver mi cara.

—Sí, ¿así de fácil? —Su rostro mostró escepticismo.

Miré para arriba hacia su rostro, tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, para que nada le cubriera. Esos ojos de un azul tan oscuro como el azul podría ser, no tenían ni un toque de negro. Sus pestañas gruesas y negras, que me había llevado meses en su cama ver la parte superior de estas a la luz de las velas y darme cuenta que había una doble fila de pestañas superiores. Él y Elizabeth Taylor. Sólo lo veía si la luz era perfecta, y su cabeza giraba a la perfección. Hasta entonces, no eran más que ese encaje increíble alrededor de sus ojos. Pinté las líneas y las curvas de su rostro, hasta la gracia de sus labios. Le dejé ver en mis ojos, lo que sentía, mirándole.

Se inclinó y puso un beso en mis labios. Luego me abrazó de nuevo contra él, como lo había hecho antes de que las preguntas comenzaran. Esta noche no habría más preguntas personales, pero había otras preguntas que quería respuestas.

—¿Por qué parecía Requiem como si alguien le hubiera golpeado la cara contra una pared?

—Porque alguien lo hizo.

Eso me hizo girar lo suficiente como para mirarle.

—¿Quién?

—Meng Die —dijo, con una solemne voz suave.

—¿Esa era la emergencia?

—*Oui*. Gracias por el envío de los guardias extra, *ma petite*, fue sabio de tu parte.

Me encogí de hombros y di la vuelta de modo que me sentara a través de sus piernas, mis manos contra su pecho, sus brazos a mí alrededor pero ahora podía ver su cara.

—¿Cómo dejaste que se te escapara de las manos?

—Me llamaron bastante tarde, *ma petite*. En verdad, no sé exactamente cómo Requiem y Meng Die permitieron que su semilla se saliera del control de sus manos, y tan en público. Asher, como gerente del circo, bajó

para detenerle, o llevarle a una zona privada. Esto debería haber sido el final de la misma. —Su rostro estaba cerrado, ocultando lo que pensaba de la pelea, y de sus secuelas.

—¿Por qué no era ese el final de la misma?

—Debido a que Meng Die decidió luchar con los dos.

Me senté en su regazo.

—¿Por qué peleó con Asher? Ella nunca ha sido su amante.

—Pero él es tu amante.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué?

—Creo que si hubiera habido un maestro vampiro que nunca hubiera estado en tu cama, la pelea podría haberse calmado en lugar de aumentar.

—Estoy totalmente perdida aquí, Jean-Claude.

Me miró fijamente, pero su rostro estaba tan vacío que no me dio nada.

—No has hecho la pregunta correcta, *ma petite*.

—¿Cuál es la pregunta correcta?

—Cual era la causa de la pelea.

Fruncí el ceño aún más, y le dije:

—Bueno, vale, ¿Cuál era la causa de la pelea?

—Tú.

Ahora me había perdido totalmente.

—¿Qué?

—Ellos estaban discutiendo por ti.

—¿Por mí?

—Meng Die cree que le has robado a Requiem.

Me moví hacia atrás lo suficiente en el agua para así poder estar de rodillas, y no acurrucada. La bañera era lo suficientemente profunda para que el agua llegara a mis hombros.

—Requiem no es mi amante. He trabajado muy duro para asegurarme de que no fuera mi amante.

—Pero has alimentado el *ardeur* con él.

—Si, en una emergencia. Era eso, o estaría a punto de succionar la vida de Damian a distancia. Tuve que alimentarlo, pero no tuvimos relaciones sexuales, ni siquiera nos quitarnos la ropa. —Pensé en ello, y añadí—: No toda nuestra ropa. Quiero decir, Requiem estaba completamente vestido. —Empecé a ruborizarme y no pude evitarlo. Tuve que dejar de dar explicaciones antes de que sonara peor.

—Él se ha ofreció a que te alimentaras de forma completa.

—Lo sé.

—¿Por qué lo has rechazado?

Miré a Jean-Claude, tratando de ver detrás de esa máscara perfecta.

—Creo que tengo la impresión de que estoy teniendo relaciones sexuales con los suficientes hombres.

Sus labios temblaban. Estaba luchando para no sonreír.

—Esto no es divertido.

Dejo de sonreír.

—Las mujeres, *ma petite* que ha habido a largo de los siglos, hubieran comercializado con tierras, títulos, su honor, todo, por una noche más en la cama de Requiem. Su señor en Londres lo utilizaba mucho como Belle Morte nos utilizaba a Asher y a mí. Aunque Requiem sólo lo hiciera con mujeres, él no era tan flexible como nosotros.

Dejé esa última parte ir. Todavía no estaba completamente segura de lo que sentía por Jean-Claude haciéndolo con Auggie. En ese momento no lo tenía en mente, de hecho, me había gustado. Me gustó demasiado que nos lo hiciera al mismo tiempo. Lo habíamos hecho en todas las formas posibles, física y metafísicamente, y se había sentido malditamente bien. Esa última parte probablemente iba a molestarme más. Pero un desastre a la vez.

—¿Estás diciendo que está sorprendido de que lo rechazara?

—No, es típico de ti rechazar a un hombre al principio.

—¿Al principio? —dije, y sonó un poco indignado.

Se echó a reír, y era ese sonido tangible, como si fuera el sonido de puro sexo, y se fue a través de mi cabeza recorriendo todo mi cuerpo.

—Para —dije.

Él sonrió, su cara se iluminó con la risa contenida, pero se detuvo.

—Que yo sepa, el único hombre al que nunca le has dicho que no es a tu Nimir-Raj, Micah. Pero el *ardeur* había sido recién despertado, y por eso no creo que podamos contar como uno completo. Fue una excepción, a la regla.

—Muy bien, pero todavía estoy perdida. He evitado a Requiem. Graham hizo cierta observación de que Requiem rechazaba la cama de Meng Die y que de alguna manera ha sido culpa mía.

—Al parecer, Requiem le dijo a Meng Die que no sería su amante por más tiempo, ya que tú no compartes a tus hombres con otras mujeres.

Parecía creer que Meng Die era la razón que te impedía aceptar su oferta para ser tu nuevo *pomme de sang*.

Negué con la cabeza.

—No debería haber supuesto eso.

Asintió.

—¿Por qué esa no fue la razón por la cual lo rechazaste?

Negué con la cabeza lo suficiente para mover el agua alrededor de mi cuerpo.

—No. Y si Requiem me hubiese preguntado por qué me estaba negando, le habría dicho que no se debía a que se estuviera enrollando con Meng Die.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Qué importa?

—Porque él ha dejado la cama de su amante con la esperanza de que lo llevarás a tu cama. Es el tercero en el mando de mis vampiros, y el tercero o tal vez el segundo, en poder. Meng Die es lo suficientemente poderosa como para ser mi segundo al mando, pero su temperamento no es adecuado para ello. A medida de que lo ha demostrado hoy. Has establecido que dos de mis más poderosos vampiros intenten matarse el uno al otro, *ma petite*. Necesito saber el por qué.

—Yo no empecé la pelea —dije.

—No, pero fuiste la causa de ella, y si vas a convencer a Requiem de que no lo llevarás como tu *pomme de sang*, entonces debes darle una razón que no incluya a Meng Die como su amante. Su razonamiento era sólido, *ma petite*. Has rechazado a todos los candidatos de *pomme de sang* que tienen un amante.

—Graham, Clay y Requiem todos son amantes de Meng Die —dije.

El se encogió de hombros con esa maravillosa gracia, que significa todo y nada.

—Así que. ¿No tomarás a ninguno de los hombres de Meng Die?

Negué con la cabeza.

—No, eso no es todo. ¿Sabes por qué Graham no?; podría llegar a hacerlo como comida, pero sería un desastre como un miembro permanente de nuestra familia.

—Estoy de acuerdo —aceptó.

—Clay ama a Meng Die, aunque ella solo rompa su corazón, pero aún así la quiere, y yo sería solo una razón de poder para él.

—¿Y Requiem?

Me recosté contra la pared de la bañera, fuera de su alcance. El baño había dejado de ser reconfortante.

—¿Tenemos que hacer esto, esta noche?

—Meng Die lanzó tanto a Requiem como a Asher como muñecas delante de los seres humanos. Tendremos suerte si la policía no viene llamando y haciendo preguntas. Trató de matar a Requiem, *ma petite*, no herirlo. No le importó que hubiera una audiencia, pero Requiem y Asher no querían matarla delante de una audiencia. Tuve el mismo problema cuando llegué a la escena. —Estaba enfadado, ahora el primer hilo llenaba sus ojos con esa luz—. Incluso ahora ella está encerrada en un ataúd envuelto con una cruz. Pero es una medida temporal. Tengo que dejarla salir mañana por la noche, o matarla. Ella verá una noche como una forma de castigo, pero más allá de eso sería un insulto, y es demasiado poderosa para aceptarlo como un insulto. —Fijó sus ojos brillantes en mí—. Por lo tanto, vuelvo a preguntar, ¿qué le dirás a Requiem cuando te diga que es libre de Meng Die? ¿Qué excusa le darás?

—Estoy saliendo con tres hombres, vivo con dos más, y suelo tener relaciones sexuales con otras dos más. Eso los hace un total de siete hombres. Soy como una película pornográfica de Blanca Nieves. Creo que el siete es un montón.

—Pero no es así, *ma petite*. Emocionalmente, puede ser demasiado numeroso, pero metafísicamente, y por el bien de nuestra base de poder, siete no son suficientes.

Debes agregar a un amante que no esté metafísicamente conectado a ti, y debes escoger a un *pomme de sang* nuevo ahora que Nathaniel es tu animal para llamar.

—Pensé que esto era opcional, estás haciéndolo parecer una emergencia. Y espera, ¿has dicho añadir un amante y un *pomme de sang*? Pensé que solo añadiría uno, y no a nadie más.

—Probé tu poder esta noche, *ma petite*, necesita ser alimentado y bien alimentado.

Eres como una de esas mujeres que piensa que al hacer dieta puede sobrevivir solo de hojas de lechuga y agua. Se puede sentir como la comida, pero tu cuerpo se muere de todos modos.

—No me estoy muriendo —dije.

—No, pero tu poder está buscando un nuevo *pomme de sang*. ¿No

entiendes lo que está sucediendo, *ma petite*? El *ardeur* está buscándolo para ti.

—Muy bien, ahora estoy confundida.

—No es como si Augustine perdiera el control. Él tiene más de dos mil años, *ma petite*, uno de los primeros vampiros que Belle ha hecho. No prosperarás durante mucho tiempo si cometes errores, como los de esta noche.

—Belle se metió con él, y conmigo.

Negó con la cabeza.

—Levantó tu *ardeur* primero, antes de que ella apareciera, ¿no?

—Sí, dijo que ya no podía hacer lo que había querido hacer desde el principio, y que nadie podría estar enfadado con él.

Jean-Claude se echó a reír, y sólo fue su humor está vez. Podía controlar su risa sin trabajar en ella.

—No te conoce muy bien todavía. Pero cuando dije que Augustine es mi amigo, lo quería decir. No se habría excedido en sus límites como mi invitado, no si algo estuviera mal.

—¿Y qué tiene de malo?

—El *ardeur* necesita más comida, *ma petite*, y como cualquier depredador busca su presa.

—Es sólo una posibilidad metafísica, Jean-Claude, no una entidad propia.

Me dio una mirada, y era elocuente.

—Sabes exactamente lo que es el *ardeur, ma petite*. Sabes que tiene una mente propia, similar a las bestias que llevas. Pero creo que el *ardeur* puede hacer lo que tus bestias no pueden hacer. Es, creo, poner el tapete de bienvenida.

—¿Tapete de bienvenida?

Suspiró y se deslizó en el agua hasta que tocó su barbilla.

—Puede que no te guste Meng Die, pero ella es… competente en la cama. Me resulta inexplicable por que Requiem dejaría su cuerpo, sólo por la posibilidad de que pueda llegar a ser tu amante. Como me resulta inexplicable que Augustine me insultara al elevar el *ardeur* en ti. Él, en efecto, te atacó, y a través de ti, a mí.

—Dijo que me alimentara de él, porque entonces iba a ganar la pelea, y una vez que te metieras en la habitación perderías.

Jean-Claude se sentó tan rápidamente que terminó por derramar agua

en mi cara.

Me sequé los ojos, mientras que decía:

—¿Dijo eso?

Le miré parpadeando, aún tratando de mantener el agua fuera de mis ojos.

—Sí.

—Entonces es como he temido. El *ardeur* está buscando lo que necesita.

—¿Estás diciendo que el *ardeur* está sacando, qué, feromonas?

—No conozco esa palabra.

—Las feromonas, es una sustancia química de una hormona que algunos animales segregan. El olor atrae a los compañeros. Creo que fue descubierto por primera vez en las polillas.

—Sí, las feromonas, entonces, sí.

—No estoy de acuerdo contigo, pero dicen que es verdad, ¿por qué sólo parece funcionar en algunas personas? Quiero decir, no funciona en Clay, y creo que Graham sólo quiere follar. ¿Por qué Requiem y Auggie?

—¿Qué tienen en común? —preguntó.

—Los dos son vampiros de linaje de Belle, y los dos son maestros vampiros. Sin embargo, gracias a todas nuestras importaciones procedentes de Londres, hay un par de vampiros en la ciudad que reúnen los requisitos. No están zumbando a mí alrededor.

—Pero no se acercan al nivel de potencia de Augustine y Requiem.

—¿Estás diciendo que el *ardeur* es la compra de alimentos a gran alcance?

—Yo lo ofrecí como una idea.

Pensé en ella, pero al final le miré.

—Si esto es lo que está pasando, y no estoy diciendo que lo esté, entonces ¿sólo son vampiros de la línea de Belle, o cualquier vampiro maestro de un poder determinado?

—No lo sé.

—Entonces lo tenemos que saber antes de la gran fiesta de mañana —dije—. Si hay la más remota posibilidad de que el *ardeur* vaya hacer algo con mierda enrollada con cada vampiro maestro por encima de un nivel de potencia determinada, entonces de ninguna manera puedo ir a la fiesta de mañana. Vamos a estar hasta el cuello de vampiros Maestros de la Ciudad. Sería malo si todos decidieran que quieren ser mis amantes.

Él asintió con la cabeza.

—No, hay otra cosa que ambos tienen en común, *ma petite*.

—¿Y eso sería?

—Los dos han estado con vampiros que tienen el *ardeur*.

—Dijiste vampiros, en plural. No solo te referiste a Belle, ¿verdad?

—Requiem tenía una amante que significaba tanto para él como Julianna lo hizo con Asher y conmigo. Se llamaba Ligeia.

—Me dijo que Belle la mató por celos.

—*Oui*. Ligeia era la única mujer de su línea en adquirir el *ardeur*. No era el *ardeur* completo que Belle, tú y yo llevamos, pero hay más: Requiem rechazó la cama de Belle por ella.

—Y ella la mató por eso.

—Has visto dentro de la cabeza de Belle Morte, *ma petite*, ¿cómo puedes parecer sorprendida?

Tenía razón.

—Todavía parece bastante insignificante para un vampiro que tiene más de dos mil años —dije.

Él asintió con la cabeza.

—*Oui*, pero para muchos de los más antiguos puedes ser muy pequeña. —Me tendió su mano.

Me quedé mirando esa mano por un instante, luego la tomé. Dejé que me atrajera a través del agua y contra su cuerpo. Que me presionara contra la parte delantera de su cuerpo, envolviendo sus brazos a mí alrededor.

—Tienes miedo —pregunté, dejando mi mejilla pegada a la firmeza de su pecho.

—*Oui*, tengo miedo.

—¿Por qué?

—Hay otros aquí que han saboreado el *ardeur* y son maestros. Necesitamos poner a prueba nuestra teoría, *ma petite*, pero me temo que corremos el riesgo de tener atado a alguien permanentemente o ellos a ti.

—Auggie no está ligado a mí.

—No quería dejar nuestro lado, *ma petite*. Si no se recupera, entonces será como Belle hizo a sus víctimas, hambriento de nosotros para siempre, dispuesto a hacer cualquier cosa por estar de nuevo entre nosotros.

—Pareces triste.

—Él era mi amigo, no tenía la intención de esclavizarlo como Belle lo haría. Vi como sus víctimas renunciaban a todo, traicionar a cada voto, a

toda la confianza, por el bien de su cuerpo. —Me sostuvo firmemente contra él—. Es un poder que nunca quise tener.

—Tú cuentas con el *ardeur*.

—*Oui*, pero este es un nivel del *ardeur* que sólo ella posee. Todos creían que solo Belle Morte podría empuñarlo a semejante nivel.

—No lo quiero.

—Quiero ser tan poderoso que nadie se atreva a desafiarme o a nuestra gente. Pero tengo miedo de lo que esto signifique.

Su corazón latía demasiado rápido contra mi oído. ¿Había sido así de astuto todo el tiempo, o habría empezado ahora?

—Miedo, ¿Por qué?

—Hay gente en Europa que ya teme mi creciente poder. El conocimiento de que esgrimías el *ardeur* al mismo nivel que Belle Morte podría inclinar la balanza en la votación del consejo. Pueden votar por matarnos a todos antes que arriesgarse a que haga una base de poder en América, tan fuerte como Belle alguna vez poseyó en Europa. O los otros maestros de América podrían llegar a confabularse para matarnos, por temor a que llegara a ser como los tiranos del Consejo Europeo.

—¿Qué posibilidades hay de todo esto? —pregunté.

—Es posible.

—¿Cuánto de posible? —pregunté, de repente me di cuenta de que un embarazo accidental no era el peor desastre que podríamos tener.

—Debemos entender estos nuevos poderes, y rápidamente, *ma petite*. Hay que experimentar con un maestro antes de confiarnos a permitirte ir a la fiesta de mañana. Tenemos que saber lo que estamos tratando, si podemos. —Las voces se alzaban del otro lado de la puerta. Claudia gritaba —: ¡No puedes entrar ahí!

La voz, enfadada de Richard.

—Mírame.

Jean-Claude suspiró y me instalé más en el agua. No quería pelear esta noche con Richard. Pero tenía la sensación de tenerlo detrás de la puerta, sabía que no íbamos a tener una elección.

Jean-Claude dijo:

—Déjalo entrar, Claudia.

La puerta se abrió, pero Claudia entró primero, fue como si ella no se fiara de Richard ahí con nosotros. Su poder recorría a través de la puerta, como el borde de calor de un incendio forestal, algo que debería haber

estrangulado y matado todo a su paso. Levantó el nivel de potencia, junto con la nuestra, y estábamos a punto de descubrir cuánto lamentaríamos hacerle pasar.



ONCE

Claudia se interponía entre él y la bañera, y porque era unos cinco centímetros más alta, nos bloqueaba la vista de él. Era una físico-culturista muy seria, pero él tenía hombros más anchos. Sus hombros y lo que pude entrever de la parte inferior de su cuerpo me hizo saber que llevaba pantalones de mezclilla y una camisa roja. Había un rebaño de negro en la puerta, donde los otros guardias esperaban para averiguar qué hacer. Algunos de ellos eran hombres lobo y él era su Ulfric; no te interpones en el camino de tu rey y sobrevives.

Su poder se arremolinaba por la habitación como fuego invisible, como si el agua debiera haber hervido con él. Entonces me di cuenta, no se trataba sólo del poder de Richard. Claudia había sido mi guardaespaldas de aparecer y desaparecer durante meses, tal vez un año, pero hasta este momento no había entendido bien la cantidad de poder que había en ese cuerpo alto y musculoso. Era su poder también, lo que quemaba la

habitación. Ella no sólo tenía un físico musculoso. El aire era difícil de respirar, como si fuera demasiado caliente para pasar por encima de mis labios, como el café que desea volar antes de beberlo. No sé lo que Richard había hecho fuera, pero había logrado que Claudia dejara caer todas sus pretensiones y demostrara su poder, como una vista previa, o una advertencia.

Su voz resonó en la habitación.

—No más allá, hasta que demuestres que tienes tus cosas bajo control. —Sus piernas dobladas, su cuerpo parcialmente agachado, las piernas se movían en el espacio que había entre la bañera y él. Era una posición de combate. Jesús.

—¡Muévete! —gritó Richard, con su voz desapareciendo bajo sus gruñidos. No era bueno.

Jean-Claude y yo nos miramos. Él hizo un pequeño encogimiento de hombros. Lo intenté.

—Richard. —Tuve que alzar mi voz y decir su nombre tres veces, antes de que respondiera.

—Dile que se mueva, Anita —gruñó.

—¿Qué vas a hacer si ella se mueve? —pregunté.

Me sentí parte de esa energía que quemaba, dudé, se debilitaba. Su voz era todavía gruñona, pero menos segura de sí misma.

—No lo sé —lo dijo como si no tuviese pensamientos más allá de llegar a nosotros. Eso no era como Richard, no tenía ni idea de lo que pensaba hacer.

—¿Vas a tratar de hacernos daño? —pregunté, sentada en el agua lo suficiente para mirar alrededor del cuerpo de Claudia. Alcancé a ver su rostro. Su cabello era una masa espumosa de ondas, todo marrón y oro. En la luz del sol habría más de oro que de marrón, y las hebras de color rojo cobrizo. Tenía el pelo marrón, pero era como si nunca pudiese decidir si puede ser que sea rubio o castaño al instante.

Había vuelto a crecer hasta cepillar la parte superior de sus anchos hombros. El brillante color carmesí de su camiseta se veía tensado alrededor de la parte superior de sus brazos, porque estaba sosteniendo sus manos en puños, en puños apretados. Parecía como si las costuras de la camiseta no fueran a poder mantener la tensión de los músculos. Su bronceado de verano se veía oscuro contra el rojo de la camiseta. Me miró entonces, toda la fuerza de sus ojos, y un shock de emoción corrió por mi

espina dorsal. Sus ojos eran los ojos del lobo: ámbar, oro, y no humanos ya. Era el principio del cambio. No era de extrañar que Claudia estuviese en estado de alerta.

El hoyuelo en la barbilla por lo general suavizaba la perfección de sus pómulos agudos, y la belleza por completo masculina de su rostro. Él, más que casi cualquier otro hombre en mi vida, era guapo, sin ser bonito. Nada en Richard te haría confundirlo con una chica, ni siquiera de la parte posterior, ni siquiera con el cabello. El cuerpo era demasiado masculino para ser otra cosa. Esta noche el hoyuelo no suavizaba nada, porque la ira en su rostro era demasiado cruda. Si la ira alimentaba su poder, ¿o al revés? ¿Quién sabe? ¿A quién le importaba?

Era peligroso de cualquier manera.

—Contrólate, Ulfric —dijo Claudia.

Volvió los ojos de oro-ámbar a ella.

—Si no lo hago, ¿entonces qué? —Por primera vez desde que lo había conocido me di cuenta de que estaba buscando pelea. No era como él. Era como yo.

Jean-Claude y yo empezamos a salir de la bañera en el mismo momento. Fue por una de las grandes toallas, blancas y suaves, envolviéndola alrededor de su cintura, secando el agua. Los cambiaformas no suelen molestarse por el nudismo, pero esta noche molestaba, al menos a Jean-Claude. Richard fue un poco homofóbico y lo que había sentido de nosotros esta noche no ayudaba con eso.

Dejé el cuchillo y la pistola en el borde de la bañera. No le mataría, y él lo sabía.

Uno, existía la posibilidad de que si uno de nosotros moría, las marcas de vampiro nos mataran a todos; dos, la mayor parte del tiempo lo amaba demasiado para querer verlo muerto. Justo ese, no era uno de esos momentos. Ese momento era uno de esos momentos en que deseaba que tuviese menos problemas, y hubiese tenido más tratamiento. Estaba en terapia, pero no suficiente terapia para lo que había sentido de Jean-Claude y yo esta noche. Era el último tercio de nuestro triunvirato. Todo lo que habíamos compartido de poder con Richard se había vuelto más sentimental, la retroalimentación física más real de lo que estábamos haciendo. Él era el que más odiaría aquello y tenía el viaje más completo. Injusto, pero cierto.

Jean-Claude se quedó cerca de la pared del fondo con su espejo. Era el

mayor punto de apoyo. Me entregó una toalla pero alcancé a verme a mí misma en el espejo. Me quedé allí, enmarcada por el mármol negro, desnuda, el agua goteando por mi cuerpo, que brillaba en la luz. Mi cabello pegado en mi cara, dejando mis ojos grandes y oscuros en la palidez de mi rostro. Casi nunca pude resistirme a cualquiera de mis hombres mojados en la bañera o en la ducha. Había algo en el agua corriendo por la piel desnuda que era delicioso. Aquí tenía la esperanza de que Richard sintiera lo mismo.

—No voy a pedirlo de nuevo, ¡muévete!

—Ella está haciendo su trabajo, *mon ami*.

—Cállate —gritó—, cállate, no te quiero escuchar ahora mismo.

Oh, chico. Me trasladé por el borde estrecho entre la bañera y la pared en el lado más cercano a la puerta. Me paré en la plataforma elevada por lo que estaba totalmente enmarcada por el frío mármol negro con rayas blancas y plateadas. Mi pulso estaba en mi garganta, ya que incluso unos centímetros más cerca, más calor daba su poder, era como acercarse a una llama cuando tu piel está diciendo a gritos: caliente, caliente, no tocar.

—Richard —susurré, pero me oyó.

Me miró con esa cara llena de rabia, y en el momento en que me vio, sus ojos se llenaron de dolor, como si verme de esa manera fuera un golpe filoso directo a su corazón. Yo sentía pena por el dolor, pero estaba feliz por su reacción. Casi cualquier emoción era mejor para un cambiaformas que la ira. La ira alimenta a su animal más rápido. Necesitábamos que las cosas fueran más despacio.

—¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Cómo pudiste hacer eso con él? —Pensé que se refería a Auggie, hasta que apuntó con un dedo de su mano a Jean-Claude.

—No estoy segura de que entendamos por qué, Richard.

—No juegues conmigo, Anita, —y eso fue un grito. Se cubrió el rostro con las manos, y se tambaleó hacia atrás un paso. Gritó, sin palabras, y tan lleno de dolor. Se dejó caer de rodillas y gritó de nuevo. Su poder llenaba la habitación como si hubiéramos sido todos sumergidos en agua hirviendo. Se sentía como si mi piel se estuviese cociendo. Había sentido el poder de Richard antes, pero nada como esto.

¿Qué poder obtuvo a partir de nuestra alimentación de Auggie?

Claudia se quedó en posición de combate, y no la culpé. Graham estaba junto a la puerta, frotándose los brazos desnudos, mirando el conflicto. Le

debía su lealtad a Richard, pero le pagaban para mantenernos a salvo. Él también sabía que Richard nunca perdonaría a ninguno de sus lobos que le permitiese hacerme daño. Jean-Claude no estaba tan seguro acerca de eso, pero sabía que él lo lamentaría más tarde, y su lamento encontraría la manera de llover sobre todo el mundo. Lisandro estaba en la habitación también, cerca de los lavabos. No había ningún conflicto en su cara oscura. Era alto, moreno y guapo, con el pelo más largo que cualquiera de los otros hombres rata masculinos. Si Claudia dijese salta, él lo haría.

Clay estaba en la puerta, atormentado como Graham. Necesitábamos menos lobos aquí, y más hombres ratas o hombres hiena, o cualquier cosa pero gente que no dudara.

Richard bajó las manos, y tenía los ojos color chocolate puro. Se había tragado un poco de ese poder terrible y ardiente.

—Tú lo ayudaste a violar al Maestro de Chicago. —Él no estaba gritando, y casi deseaba que lo hiciese. Hubiera sido más fácil de oír que la angustia en su voz.

Pero lo que dijo no tenía sentido para mí.

—No fue violación, Richard. Tú lo sabes.

Sentiste algo de lo que Auggie estaba sintiendo. Infiernos, Richard, Auggie comenzó a rodar la pelota. Levantó mi *ardeur* a propósito, escogió pelear conmigo.

Richard me miró, y vi que quería creer, pero tenía miedo.

—¿De verdad crees que violé a alguien?

Negó con la cabeza.

—No, pero él lo haría. —Señaló hacia Jean-Claude, que estaba muy quieto detrás de mí.

Su voz era neutral, lo más vacía que podía hacerla.

—He hecho muchas cosas durante siglos, Richard, pero la violación nunca ha sido de mi gusto.

Me acordé de las memorias de Jean-Claude con Auggie. Belle había querido la violación de Auggie, y Jean-Claude la había cambiado a algo más suave, o tan suave como pudo haber sido con Belle mirando. Abrí la boca para decir algo, pero sabía que de alguna manera hablar de las otras dos veces que Jean-Claude y Auggie habían tenido relaciones sexuales no nos ayudaría.

—Ves, Anita, no puedes defenderlo tampoco.

—Le defiendo. Jean-Claude tiene un montón de faltas, la violación no

es una de ellas.

—Eso no era lo que ibas a decir hace un segundo. —Todavía estaba arrodillado en el suelo, pero se calmaba, se tragaba el poder asfixiante. Estaba mostrando el control que lo había ayudado a ser el Ulfric del Clan Thronnos Rokke.

Claudia se hizo a un lado, para poder verlo mientras me miraba. Le di una pequeña inclinación de cabeza, pero agregó:

—Creo que Clay y Graham tienen otra cosa que necesitan hacer.

Ella asintió con la cabeza, y les ordenó que salieran, y los sustituyó por dos guardias que no se sentirían en conflicto. Ella había entendido lo que quería decir.

Si Richard entendió lo que había hecho, él no lo demostró, ni siquiera por un parpadeo de sus ojos.

—Estoy tratando de decidir lo que puedo decir que no te enfade, Richard. Eso es todo.

Dio un suspiro tan profundo que hizo sus hombros temblar.

—Está bien. —Su voz sonaba como la suya ahora, no todos esos gruñidos profundos—. ¿El otro maestro realmente buscó una pelea contigo?

Yo asentí. Nos dejamos toda la teoría sobre por qué podría haberse contagiado hasta que estuvimos solos.

—Sentiste su poder, Richard, si bajó para una lucha, una lucha verdadera, vampiro contra vampiro, ¿qué hemos ganado?

Él miró sus manos abiertas y quietas sobre sus muslos.

—No lo creo.

—Levantó el *ardeur*. Si me alimento de él, entonces pierde.

Richard asintió con la cabeza.

—Los alimentos no pueden ser dominantes. Lo sé. —Miró más allá de mí a Jean-Claude—. ¿Por qué iba a elevar el *ardeur*? ¿Por qué iba a tomar el único camino en el que podía perder?

—No creo que él quisiera ganar —dijo Jean-Claude.

—Eso no tiene sentido —dijo Richard.

—Él es dueño ya de un territorio. Va contra nuestras leyes gobernar un segundo territorio que no esté en contacto con el suyo propio. Hay tierras en medio de nuestros territorios, por lo que derrotarme no le aportaría nada. Pero perder con el *ardeur* le daría a…

—A Anita.

—Una mujer de la línea de Belle Morte, que lleva el *ardeur, oui*.

—Pensé que habías dicho que era tu amigo —dijo Richard.

—Creo que lo es. —Jean-Claude suspiró y dijo—. Necesitamos intimidad para esta discusión. Claudia, ¿nos dejarías?

Ella me miró, no a los hombres. Me gustaba Claudia.

—Está bien.

Suspiró.

—Vamos a estar justo delante de la puerta, pero si el nivel de poder sube de nuevo, estamos de vuelta aquí.

—No hay discusiones —dije.

—Me voy a controlar —dijo Richard.

—Claro —dijo, y se fue hacia la puerta. Lisandro nos devolvió la mirada antes que la puerta se cerrara, y no era una mirada de guardaespaldas. Era la mirada de un hombre a una mujer que nunca había visto desnuda. Hasta ese momento no había pensado en cualquiera de los otros hombres en la sala. Richard había sido todo lo que había pensado, el resto bien podrían haber sido eunucos por lo concentrada que había estado. Pero la mirada de Lisandro rompió dos reglas. En primer lugar, los cambiaformas no notan la desnudez, él la notó demasiado. Sería como pensar en que tu gato no usa pantalones. En segundo lugar, estaba en contra del código del guardaespaldas porque dejar a los clientes ver que pensaba acerca de ellos en otra forma que no fuera un objetivo para mantenerlos seguros. No dejan ver a una clienta que la desean, aunque desfilara desnuda. Ese era su problema, no el tuyo.

No se folla con los guardaespaldas, porque no pueden defenderte mientras están follando. Supongo que hay excepciones a las reglas anteriores, pero Lisandro no se las había ganado.

Le di una mirada que le hizo saber que había visto su mirada. Él se limitó a sonreír, sin una pizca de arrepentimiento. Genial, simplemente genial.

La puerta se cerró detrás del guardia, y nos quedamos solos. Ninguno de nosotros se movió, como si ahora que se trataba de nosotros, no estuviéramos seguros de qué hacer.

Richard habló en el pesado silencio repentino.

—Necesito que te pongas una toalla, al menos, Anita, por favor. —Agregó el «por favor», como si le doliese pedirlo educadamente. Supongo que todavía estaba enfadado. Pero se había tragado toda su rabia de la

misma forma en que había aprendido a tragarse su bestia. Una parte de mí estaba empezando a preguntarse si llegaría un día en que no podría tragarse toda su rabia, y lo que pasaría cuando ese día llegara. Una vez había pensado que Richard nunca me haría daño, ahora ya lo sabía mejor. Él no me haría daño a propósito, pero un propósito no era siempre lo que lo conducía.

Jean-Claude me entregó una toalla. Su rostro estaba vacío como él quería, nada que me ayude, o me diera una pista, pero nada en su rostro ofendería a Richard.

Creo que ambos estábamos siendo tan cuidadosos como podíamos serlo.

Era una toalla grande. Terminé cubierta de las axilas hasta casi los tobillos. Me metí el extremo de la toalla de forma segura por debajo y voila, estaba vestida.

—Gracias —dijo Richard.

—De nada —dije, y me senté en el borde donde moría el mármol, alisando la toalla debajo de mí. El mármol puede ser muy frío para sentarse desnuda.

Jean-Claude me entregó otra toalla ligeramente más pequeña. La tomé y lo vi comenzar a envolver una toalla alrededor de su idéntico cabello mojado. Tenía razón, si no me secaba bien el pelo, sería un desastre mañana.

—¿Cómo podéis los dos hacer eso? —preguntó.

Lo miré por debajo de la toalla, mientras la envolvía alrededor de mi cabeza.

—¿Qué estamos haciendo ahora?

—Cuidan de su pelo como si nada estuviera mal.

Tenía una toalla fija en su lugar y me volví para encontrar la mirada de Jean-Claude. Él captó la indirecta.

—Si dejamos que nuestros cabellos se sequen mal, no va a cambiar lo que ha sucedido, Richard. Los aspectos prácticos de la vida no dejan de ser necesarios sólo porque otras cosas vayan mal.

Richard se movió así estaría sentado en el suelo, en vez de arrodillado. Abrazó sus rodillas ante él, y era algo que Nathaniel podría haber hecho, no mi dominante Richard. Todo lo que había experimentado con nosotros esta noche, lo había sacudido.

Jean-Claude vino a sentarse a mi lado en el borde de la bañera de

mármol. Tuvo cuidado de no tocarme, sólo un pequeño roce de caderas a través de las toallas.

Quería envolver sus brazos alrededor de mí, pero probablemente tenía razón. A Richard no siempre le gustaba vernos abrazados.

—Tú querías privacidad para esta charla, así que habla —dijo. Uno de los efectos secundarios de las marcas de vampiro era que parecía que estuviéramos compartiendo rasgos destacados de nuestras personalidades. Parecía haber heredado algo de mi impaciencia y falta de control sobre la ira. Una mala combinación para un hombre lobo. Pero no podíamos elegir lo que nos tocaba.

—*Ma petite*, si quieres contárselo, y a mí, lo que sucedió antes de mi llegada.

Les conté la versión más corta y completa que pude de todo lo que había sucedido antes de que Jean-Claude llegara. En algún momento durante la charla, me apoyé contra el cuerpo de Jean-Claude. Me parecía mal estar tan cerca y no tocarlo. Puso su brazo a lo largo de mi hombro.

Richard no parecía darse cuenta.

—Pensaba que este Samuel y Augustine eran ¿tus amigos? —dijo.

—Lo son.

Entonces Richard dijo lo que yo había pensado anteriormente.

—Si estos son tus amigos, Jean-Claude, ¿cómo van a ser los otros maestros?

—Había pensado en eso, también —dije—. Quiero decir, si así son tus amigos, tus enemigos nos van a matar.

—Una de las razones de la pequeña reunión de esta noche fue ver cómo *ma petite* reaccionaba a otros Maestros de la Ciudad.

—Mal —dijo Richard.

—No necesariamente —dijo Jean-Claude. Se inclinó hacia delante, curvándome más en su brazo para mantenerme fuera del borde. Jean-Claude comenzó a contar su parte en el pequeño drama de esta noche, pero Richard lo impidió.

—Sentí la mayor parte de lo que pasó después de que tocaste a Anita. No necesito un recordatorio.

—Como quieras —dijo Jean-Claude—, pero el punto es que puedes haber rodado a Augustine tan a fondo como Belle Morte podría haberlo hecho.

—No me jactaría de eso —dijo Richard. Se había movido hasta inclinar

el hombro contra el mármol alrededor de la bañera, por lo que estaba lo suficientemente cerca para que se estirara y nos tocara, pero no trató de acortar las distancias. Y porque no lo hizo, nosotros no lo hicimos.

—Si Augustine es verdaderamente nuestro en la manera en la que Belle hace aliados, entonces ninguno de los otros maestros nos trataran. Ellos nos temen, Richard. Temen incluso el roce de nuestras manos.

Richard frunció el ceño ante nosotros. Quería tocar las ondas de su grueso pelo, pero mantuve la mano alrededor de la cintura de Jean-Claude, y la otra mano en mi regazo.

—Pero tú nos dijiste, antes de estar de acuerdo con esta reunión de maestros, que todo el mundo se comportaría. Especialmente si pensaba que uno de tu pueblo sería el nuevo *pomme de sang* de Anita. Ahora, los dos primeros maestros que la tocan rompen todas las reglas.

—Creo que hay una razón para ello.

Él nos dio una mirada escéptica que era como un espejo de la mía.

—¿Qué razón? —Jean-Claude le habló de su teoría de que el *ardeur* estaba cazando presas más poderosas.

—Pero eso significa que cualquier Maestro de Ciudad que entra en contacto con ella será, qué, ¿compelido a tratar de rodar su mente?

—No sólo maestros de ciudad —dijo, y habló de Meng Die y Requiem —. Pudo haber sido sólo que estos dos son de nuestra línea de sangre, y ambos habían probado el *ardeur* más de una vez.

—Ha tocado a Asher, y él no está loco.

—Asher marcó a *ma petite* desde el momento en que llegó a nosotros.

—La veía como una forma de duplicar lo que tú, él y Julianna habían tenido —dijo Richard. Se había movido casi tan cerca como podía sin en realidad llegar a tocarnos. Me pregunté si era consciente de eso.

—Eso, y la única forma de volver a mi cama fue a través de Anita. Pero ¿y si era más que eso Richard?

Tuve que añadir ahora:

—Requiem no es el único de los nuevos vampiros de Londres que había probado el *ardeur*, y todos son de la línea de Belle. Ellos no tienen nada de particular para mí.

—¿Tal vez ellos obtuvieron al menos una pequeña muestra de tu *ardeur* antes de que se elevara?

—O tal vez estás equivocado —dijo Richard—, tal vez simplemente no tienes amigos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que viste a esos tipos?

Jean-Claude hizo ese gesto agraciado.

—A Augustine casi un siglo, y a Samuel desde que entré en este país.

Le miré.

—Jean-Claude, sólo porque alguien fue tu amigo hace un siglo no significa que no haya cambiado.

Él asintió, como si hubiera hecho un punto.

—Tal vez, pero sentí algo cuando nos encontramos con Augustine. Fue ese poder. Creo que el *ardeur* está llegando a algún nuevo poder, evolucionando hacia algo nuevo, o al menos muy nuevo para nosotros.

—¿Qué pasa si no se revierte Auggie por completo? —pregunté.

—Entonces lo que hicimos esta noche no será tan grande como elemento de disuasión.

—Dile a Richard la otra parte, que si realmente rodamos a otro Maestro de la Ciudad, te estás preguntando si el Consejo de Europa lo utilizará como una excusa para matarnos. O tal vez nuestros vecinos de América decidirán matarnos antes de que tratemos de quedarnos con todo.

Richard nos dio la mirada yo-no-creo-eso.

—Bueno, esta es una situación de perder o perder. ¿Por qué traerlos a todos aquí, Jean-Claude?

—Debido a que su presencia convierte en un evento importante mi baile de esta noche. No es justo que sólo porque un artista se convierta en vampiro ya no sea permitido en el escenario. Quiero que mi clase sea capaz de seguir pasiones que no tengan nada que ver con la sangre y el poder. Espero, como tú por tus lobos, que pueden ser más que monstruos.

Había estado pensando en lo que dijo sobre la muestra del *ardeur* demasiado para ser desviada a hablar de ballet.

—Sabes que alimenté el *ardeur* con Byron, también.

Él no está loco por mí.

—Pero no es un vampiro maestro, *ma petite*, ni nunca lo será. Lo acepta eso.

—Si Anita tiene este efecto sólo en tu línea de sangre, estamos a salvo para mañana, porque no hay otros Maestros de la Ciudad de esa línea.

—Pero hay vampiros maestros de la línea de Belle dispersos por todo el país.

Algunos estarán allí mañana. Algunos forman parte de la compañía de ballet en sí.

—Así que me quedo en casa —dije.

—La Cenicienta debe llegar al baile, *ma petite*.

—Nathaniel dice que no soy Cenicienta, soy el Príncipe Azul.

Sonrió y me dio un abrazo.

—Por supuesto, *ma petite*, lo que tú digas. —Sí, se estaba burlando de mí, pero lo dejé pasar—. Pero la cuestión sigue siendo, ¿debes ir mañana por la noche a la fiesta?

La rodilla de Richard tocó mi pierna, las manos siempre cruzadas sobre sus piernas. Sus manos estaban moteadas con la firmeza de su dominio propio.

—No puedes ir, si no te vas a poner a saltarle a todos ellos. —Su mano comenzó a subir por mi pierna, luego se detuvo a sí mismo, y volvió a sostener su propia mano.

Estaba luchando con tanta fuerza para no tocarme, para no tocarnos. Las marcas de vampiros, al menos para la línea de Belle, daban ganas de tocarse el uno al otro.

No tenía que ser sobre sexo, sólo se trataba de sentirse más completo cuando tocas.

Sé que Richard se sentía casi obligado a tocarme, pero nunca había tenido el coraje de preguntarle si sentía lo mismo con respecto a Jean-Claude. Si lo hacía, podría explicar algo de por qué estaba tan furioso sobre Augustine.

—Tenemos en nuestro campamento otros maestros de similar poder que Requiem, quienes han probado el *ardeur*. Uno de ellos es incluso de la línea de Belle.

Negué con la cabeza.

—Si estamos hablando de London, olvídalo. Él me arrastra en serio.

Richard estaba moviendo la cabeza, también.

—No.

—Francamente, Jean-Claude, no sé por qué accediste a tomarlo. Es decir, su propio beso lo apodó «The Dark Knight». Pienso que eso ya dice algo.

Suspiró y apoyó la espalda contra la pared.

—Sabes que Belle Morte intentó demandar que toda su línea de sangre volviera, cuando su maestro fue ejecutado.

¿Cómo iba a negarme a salvarlos de ella?

—Sí, pero creo que la corte de Belle estaría justo arriba de un callejón

de Londres.

Un agradable y oscuro callejón.

—No quería volver con ella. Me habló por teléfono, me rogó que no lo dejara volver a su corte. Veis, *ma petite*, Richard, London fue traspasado a Belle durante varios años, entonces ella le exilió. Trató de volver a llamarlo, pero él consiguió que su nuevo maestro intercediera.

—¿Por qué? —preguntó Richard—. Auggie daría cualquier cosa por volver. Sentí lo mucho que la echa de menos. —Richard se estremeció—. Es como una especie de adicción.

—*Oui, mon ami, exactement*, ese es precisamente el por qué London no quiere volver. Es como un alcohólico que se ha convertido en un abstemio. Sabe que tendrá otra borrachera, pero no sabe si tiene la fuerza para detenerlo de nuevo.

¿Cómo iba a dejarlo con ella?

—Eso es muy sentimental para ti, ¿no? —dijo Richard.

Jean-Claude le dirigió una mirada hostil.

—Trato de ser amable cuando puedo, Richard.

Richard suspiró y apoyó la frente sobre las rodillas.

—Dios, esto es un desastre.

—Dijiste que había otros vampiros maestros que habían probado el *ardeur* pero que no eran de la línea de Belle ¿quiénes son? —Nuestra lista de maestros no-Belle era muy, muy delgada.

—Wicked y Truth —dijo.

Fue Richard quien levantó la cara y le dijo:

—No, absolutamente no. —Luego pareció pensar en ello—. Wicked no.

—¿Truth sería aceptable? —preguntó Jean-Claude.

Richard se encogió de hombros, y pensé que podría romper sus propias manos manteniéndolas tan apretadas.

—Me estás pidiendo que la comparta con otro hombre. ¿Cómo puedes pedirme que ayude a escoger con quién?

—¿Con cuántas mujeres te has acostado en el último mes, Richard?

El poder de Richard estalló como una ráfaga de fuego a través de una pared de aspecto inocente. Nos estábamos bañando de repente en el calor del mordisco de su poder.

—¿Estáis bien ahí dentro? —Claudia llamó a través de la puerta.

Miré a Richard. Dio el más mínimo movimiento de cabeza.

—Estamos bien —dije.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí.

Silencio desde el otro lado de la puerta.

Richard dijo:

—Gracias, —y luego volvió a la lucha. No tenía que ver su rostro para saber que estaba enfadado—. Todos estuvimos de acuerdo en que siguieras teniendo citas. Anita será mi lupa y mi Bolverk, pero no quiere casarse, o tener hijos, ni nada de eso. Yo sí. Todos estuvimos de acuerdo con esto, no me lo echéis en cara ahora.

—Vas a hacerte daño a ti mismo, Richard —dije, en voz baja, mirando sus manos, y los no tan lindos colores en los que estaban cambiando.

Soltó sus manos con un soplo de dolor contenido. Por último, se permitió envolver su mano alrededor de mi pantorrilla. Su poder pasó por encima de mi piel como un millar de pequeños insectos que pican.

—Au —dije.

Inclinó su rostro sobre mi rodilla cubierta por la toalla, y dijo:

—Lo siento, lo siento. —La energía calmada, todavía caliente, aumentó el sudor a lo largo de mi espina dorsal, pero dejó de doler. Habló con la cara aún en mi rodilla—. Tu alimentación de Auggie aumentó mi nivel de poder, ¡oh Dios, lo hizo! El pico de potencia se sintió tan bien, tan increíblemente bien, incluso después de que supiera lo que habías hecho para conseguirlo. Todavía se sentía maravillosamente bien. —Sus hombros empezaron a temblar, y me di cuenta que estaba llorando.

Le toqué el pelo, dejando que mis dedos peinaran las espesas ondas.

—Richard, oh, Richard.

Se envolvió con sus brazos alrededor de mis piernas, agarrándose, poniendo su cara en mi regazo, dejándome tocarlo. Jean-Claude le puso una mano tentativa en la espalda, y cuando Richard no dijo que no, le acarició la espalda. Esa caricia inútil que sueles dar a los buenos amigos y seres queridos. Los interminables círculos inútiles, con los que tratas de decir con tus manos que todo irá bien. Le acaricié el pelo y se sacudió las lágrimas de su rostro. Lo consolamos como sus amigos, sus muy buenos amigos. Cualquier otra cosa estábamos el uno para el otro, por lo menos eso.



DOCE

Terminamos en el suelo con Richard acunándose en mi regazo, mientras me sentaba contra la parte superior del cuerpo desnudo de Jean-Claude como si fuese una silla caliente, de seda. La camisa de Richard fue quitada, entonces la suavidad caliente de su musculoso pecho y hombros se notó a través de la toalla en mi regazo. La parte superior de mi cuerpo estaba tan desnuda como la suya; la toalla simplemente no podría aguantar mucho tiempo ese abrazo. Richard se puso sobre su espalda, sus ojos pacíficos, su pelo como un halo marrón y oro alrededor de su cara.

Mis manos acariciaron su pecho desnudo, no por sexo, sino por consuelo. A todo licántropo le gustaba eso; el toque estaba bien, el toque aún era necesario para sanarse. Era como si tuvieran más del hambre normal humana por la piel, órdenes de más magnitud. Su brazo se levantó a lo largo de la línea de mi cuerpo, su mano jugaba con mi pelo, que había comenzado a secarse en apretados rizos. La mano de Jean-Claude jugaba

con el brazo levantado de Richard, el cual acariciaba arriba y abajo por la musculosa longitud.

No había palabras, sólo la comodidad del tacto. La otra mano de Jean-Claude acariciaba mi hombro y brazo, casi reflejando lo que hacía a Richard. Creo que estábamos del todo sorprendidos de que Richard dejara a Jean-Claude tocarle más que con la yema del dedo, después del modo que había entrado en la habitación.

Había visto a muchos licántropos domésticos dándose el uno al otro un abrazo afectuoso independientemente de la orientación sexual, un abrazo era un abrazo para la mayor parte de ellos, pero Richard tenía asuntos pendientes con Jean-Claude que no tenía con la gente con la que lo había visto ser tan casual.

Los ojos de Richard cambiaron y supe que miraba por delante de mí al otro hombre.

—Tu pelo está casi tan rizado como el de Anita.

El comentario me hizo dar la vuelta para poder ver también su cara más claramente. Richard tenía razón, el pelo de Jean-Claude era una masa de rizos negros. No el informal, con los rizos casi ondulados que siempre tenía, sino con algo más cerca a los míos. Pero su pelo seco naturalmente era como el mío tras usar productos de cuidado para el pelo, no la espuma negra en la que el mío se había convertido.

—¿Nunca he visto la forma natural de tu pelo? —pregunté, mirando fijamente en todos aquellos rizos.

Él rió, y si hubiera sido otra persona habría dicho que estaba avergonzado, pero eso no era suficiente para avergonzar a Jean-Claude.

—Supongo que no.

Richard movió su mano de mi pelo a Jean-Claude. Frotó los rizos entre sus dedos, luego volvió a los míos, comparándolos.

—Tu pelo tiene una textura aún más suave que el de Anita, o el mío, en realidad. —Se arrodilló, y tomó de ambos un puñado de pelo, como si comprobase cuánto pesaba—. Normalmente tu pelo parece seda, pero ahora, tienes que tocarlo para sentir qué diferencia de textura hay entre Anita y tú.

Jean-Claude se había situado muy cerca contra mi cuerpo. Creo que dejó de respirar, y el latido del corazón que había estado avanzando palpitando como el corazón de cualquier humano redujo la marcha. Sabía que se había acercado todavía más porque Richard le estaba tocando

voluntariamente, y no quería asustarlo. Pero también creo que en aquel momento no sabía qué hacer. Un hombre que había sido un gran amante durante más de cuatrocientos años no sabía qué hacer porque alguien jugaba con su pelo.

No quería ser demasiado valiente y despertar su enfado otra vez, o asustarlo con una posibilidad homofóbica. Si Richard hubiera sido una mujer, lo habría tomado como juegos preliminares. Si Richard no hubiera sido un cambiaformas, todavía podría haberlo tomado como una invitación de ese tipo. Pero los cambiaformas eran drogadictos táctiles; el toque no significaba sexo para ellos, no más que cuando un perro empezaba a lamer el sudor de tu piel. Te sentías bien, y les gustabas, nada sexual. Pero es personal. Si no les gustaras, no te tocarían.

Se sentó apretado contra mi cuerpo, y supe por su misma calma cuánto significaba esto para él, que Richard le conmovía. La calma también me decía que no tenía ni idea de qué hacer con esto. ¿Qué dices cuándo un vampiro que ha sido un gran amante y seductor durante siglos escoge, como su cariño metafísico, tal vez a las dos únicas personas en su territorio que son un enigma para él?

Hubo un golpe en la puerta. Aquellos de nosotros cuyo corazón latía saltamos. Las manos de Richard desaparecieron de nosotros dos cuando se dio la vuelta para afrontar la puerta, todavía sobre sus rodillas.

El movimiento volvió al cuerpo de Jean-Claude de la forma en que un humano tomaría aliento.

—Sí —dijo, y en su voz sostenida sólo un poco de impaciencia.

La voz de Claudia nos llegó:

—Es el Amo de Cape Cob y su hijo mayor.

Jean-Claude y yo intercambiamos miradas. Richard sólo frunció el ceño.

—¿Por qué ha vuelto? —preguntó Richard.

—Podemos preguntar —dijo Jean-Claude, su voz regresó a su casi normal vacío sedoso. La voz que usaba cuando ocultaba cosas, pero trataba de que no lo pareciese. Samuel sabría lo que una voz totalmente vacía quería decir. Huida, o miedo, o debilidad. Así que Jean-Claude se comprometió con su voz, ocultándose de Richard y tal vez de mí, y no pareciendo que se ocultase de Samuel. Nosotros no íbamos a pasar a través de este fin de semana sin otro desastre. La combinación de metafísica y política era simplemente demasiado difícil.

—Ya salimos —grité a la puerta. Nos levantamos del suelo. Richard alcanzó su camisa y la deslizó sobre su cabeza. Jean-Claude y yo teníamos las batas colgando detrás de la puerta. Jean-Claude tenía una que había visto y disfrutado antes: pesado brocado negro con la piel negra en el cuello y la solapa de forma que esta enmarcaba un triángulo de su pecho pálido. Había más pelo en los amplios puños, y yo había sentido que la piel rozaba mi cuerpo antes. Sólo verlo en la bata me hizo temblar.

Me lanzó una risa que me indicó que lo había notado. Richard no lo entendió o no le hizo caso.

Mi bata no era de seda negra, sin bordado, sin piel, solo el liso y monótono negro.

Tuvimos que andar por delante del espejo para llegar a la puerta, y Richard nos paró con una mano sobre nuestros hombros. Nos giró hacia nuestros reflejos, de forma que estuvo de pie entre nosotros. Éramos todo paño negro y piel blanca, agudos contrastes. Entonces allí estaba él de pie, con su brillante camisa roja, vaqueros azules, su pelo todo marrón y oro. Su bronceado, más oscuro en contraste con la palidez con que estábamos nosotros.

—¿Cuál de estas cosas no me pertenece? —preguntó en voz baja. Tenía esa sombra en sus ojos otra vez.

Deslicé mi brazo alrededor de su cintura, le abracé, pero incluso a mí me pareció algo tallado de hueso y oscuro que se adhiere a todo lo que está vivo.

—Jean-Claude, Anita, ¿venís? —preguntó Claudia, su voz un poco vacilante, lo cual no podías oírla mucho.

—Vamos —contesté.

—Si pudiera ponerte en libertad, *mon ami*, lo haría.

Richard me abrazó tan fuerte que casi dolió, entonces se relajó contra mí, y miró a Jean-Claude.

—Si tuvieras esa clase de varita mágica te habría dejado usarla, pero no la tienes. —Se dio la vuelta, manteniendo un brazo alrededor de mis hombros, y alzando el otro hasta tocar el hombro de Jean-Claude. Hizo esa clase de agarre sobre el hombro que algunos machos hacen en vez de abrazar a otro tío—. Algunas noches te odio, Jean-Claude, pero si hubiera estado con Anita esta noche, tocándola, Augustine no habría sido capaz de hacerla rodar. Si hubiera estado donde debería haber estado, nada de la mierda que he odiado esta noche habría pasado. Lo sé. Lo sentí, mientras

pasaba. Estaba a millas de distancia, y sentí la lucha, pero no extendí la mano y ayudé. Era política de vampiro, y no es mi problema. —Sacudió su cabeza con bastante fuerza como para enviar su pelo volando alrededor de su cara—. No me mentiré más a mí mismo. Soy tu animal para llamar, y lo odio, y a veces te odio, y a veces odio a Anita y la mayor parte del tiempo me odio a mí mismo. No más mentiras, y no os agobiaré más.

La cara de Jean-Claude era tan cuidadosa como nunca la había visto.

—¿Y qué significan estas tacañas sabias declaraciones, *mon ami*?

—Esto quiere decir que cuando te encuentres con Samuel estaré a tu lado, donde debería haber estado antes esta noche. —Me abrazó tensando un brazo, y exprimió el hombro de Jean-Claude otra vez—. Aún no estaba dispuesto a ofrecer a aumentar la energía para ayudar a Anita. Ella tenía a Micah y a Nathaniel con ella; pensé que no necesitaba otro animal para llamar. Pero ella lo hizo, tú lo hiciste. Si tú y Anita no hubieseis sacado un milagro metafísico del fino aire, el Maestro de Chicago te habría derrotado. Tal vez no podía tomar tu territorio, pero si un amo te derrota, entonces esto se parecerá a la sangre en el agua; los tiburones vienen y comen. Si no nos hubiéramos mostrado débiles, entonces no esta noche, sino alguna noche pronto, alguien vendría y nos mataría a todos.



TRECE

Alguien había limpiado la sala de estar. Las cortinas desgarradas no estaban, y el resto había sido trasladado para hacer guirnaldas de tela en las paredes de piedra.

No tenía paredes de tela ahora, pero era bonita, y ayudaba a dar la ilusión de que el área alfombrada tenía su propio espacio, y no parte de la sala de roca más grande. La luz eléctrica parecía extraña ahora que se podían ver las antorchas en el pasillo.

Subimos agarrados de la mano, yo en medio de los hombres. La mano de Richard estaba oh-tan-ligeramente húmeda. Estaba nervioso, pero no se notaba en su rostro. Deseé haberle preguntado qué era exactamente lo que lo estaba poniendo nervioso. Pero incluso en ese momento sabía que era una empresa perdida. Era valiente y cooperativo, y no me iba a meter en eso. Honestidad.

Asher se levantó de la silla donde se había sentado y entretenido a

nuestros huéspedes. Había media docena de guardias vestidos de negro esparcidos por toda la habitación. Claudia y su equipo siguieron detrás nuestro como un guardia de honor. Creo que ella había decidido no tomar ningún riesgo más esta noche.

Teníamos la suficiente mano de obra para llenar una habitación, así que ella la iba a utilizar. Ninguno de nosotros iba a discutirlo.

Asher se deslizaba hacia nosotros, y era casi como si sus pies no tocasen el suelo, como si estuviera flotando. Siempre era elegante, pero no así. Era uno de los mejores levitadores que había visto en mi vida, para que pudiera hacer lo que la leyenda dice: Asher podía volar. Esta noche era como si casi no pudiera obligarse a caminar cuando él sabía que tenía alas y ganas de usarlas. Era como un ángel terrenal a la espera de lanzarse hacia el cielo. Su ropa ayudaba a la ilusión angelical. Llevaba todo en blanco con hilos de oro y cobre trabajados a través de la levita, y a lo largo de un par de pantalones de seda que terminaban en las rodillas, medias blancas, y terminaba en unos zapatos blancos de tacones con hebillas de oro. Los zapatos me recordaron que el tacón alto original era para los hombres.

Su pelo era del color del hilo de oro en su ropa, como si la costurera hubiera utilizado su propio pelo para decorar la tela. Estaba usando su cabello como un escudo para ocultar las cicatrices en el lado derecho de su cara. Había estado tan preocupado por lo que los otros maestros, muchos de los cuales lo conocían antes de la cicatrización, podrían pensar de él, que había pedido quitar todos los cuadros que le mostraban como era antes. El lado de la cara que mostraba esa caída del cabello verdaderamente de oro era la cara de un ángel medieval, si te gustan los ángeles sensuales, y un poco caídos. Esa boca llena, besable, nos sonrió a todos. Sus ojos se las arreglaron para ser a la vez de color azul claro y color vibrante, como si un cielo de invierno pudiera arder con el azul pálido y claro.

Sólo un ojo se mostraba claro y el otro parecía un guiño y ardía cuando se vislumbra a través del pelo, como si la luz se viera a través de un cristal.

Ofreció su mano primero a Jean-Claude, y dijo lo que Jean-Claude generalmente no le gustaba escuchar.

—Maestro, nuestro amigo de Cape Cod pide una palabra. —Sus palabras fueron totalmente corteses, pero su rostro resplandecía con algo de emoción reprimida. Algo había llenado a nuestro generalmente solemne Asher con deleite, pero ¿qué?

Jean-Claude arqueó una ceja, como si quisiera preguntar qué pasaba,

también.

La voz de Asher flotaba por mi mente.

—El nuevo nivel de potencia es increíble.

Sentí que Richard daba un respingo, como si hubiera sido golpeado.

Le miré, y vi en sus ojos que probablemente también había escuchado. El siguiente susurro a la mente sostenía un rastro de risa.

—Mis disculpas. Sólo quise decirlo para que escuchara Jean-Claude, pero confieso que tengo algunos problemas para controlar todas las nuevas habilidades.

Jean-Claude me apretó la mano, y era su voz la que vino después.

—Tranquilo, todos tenemos que estar tranquilos para nuestros invitados.

Richard soltó su aliento despacio e hizo un pequeño asentimiento con la cabeza.

Sus habilidades no se encontraban con los muertos, por lo que no estaba acostumbrado a que los vampiros, excepto Jean-Claude, hablaran de mente a mente con él. Incluso yo no estaba acostumbrada a alimentación, y ¿cuánto habían ganado nuestros vampiros? Hubo uno o dos que no estaba segura de querer más poderosos de lo que ellos eran. Meng Die, por ejemplo.

Samuel y Sampson estaban de pie frente al sillón de dos plazas. Asher nos llevó hasta el sofá frente a ellos. La alfombra blanca parecía más vacía de lo normal. Oh, la mesa de café no estaba. ¿La habíamos roto después del *ardeur*? No podía recordarlo.

Tenía mi mejor sonrisa profesional pegada en mi cara, la que era brillante y alegre como una bombilla, y sobre actuada. Pero era lo mejor que podía hacer. Ya había tenido todo lo que podía soportar de nuestros visitantes por esta noche.

—Samuel, Sampson, les presentamos a Richard.

Samuel se inclinó hacia nosotros.

—Ulfric, es bueno conocerte por fin.

Sampson se inclinó un poco más bajo que su padre, y sin dejar la conversación.

Los dos nos miraron muy solemnes para mi gusto, como si algo estuviera mal.

—Samuel, ¿qué te trae de nuevo a nosotros esta noche? —preguntó Jean-Claude. Si estaba cansado de los visitantes, no se notó en su voz.

Parecía agradable, acogedor, el anfitrión perfecto.

—En primer lugar, las disculpas que le debo, en nombre de mi esposa. Me preocupa que algo acerca de su naturaleza haya afectado a su siervo, y pudo haber ayudado a provocar lo que sucedió esta noche.

Parpadeé hacia él, sentía que mi sonrisa se deslizaba en una mueca. ¿Fue todo esto culpa de alguien más? ¿Iba a tener a alguien más a quien culpar? Viva.

Jean-Claude se sentó en el sofá blanco, tirando de mí con él no como un sargento sino como en un baile. Se sentó, y yo seguí su ejemplo, y Richard siguió la mía.

Jean-Claude mantuvo mi mano entre las suyas, pero Richard me dejo ir, y pasó el brazo por el respaldo del sofá. Estaba tocándome, pero su mano se movió a lo largo del brazo de Jean-Claude, y terminó perdido en los gruesos rizos de su pelo.

—¿Dónde están su encantadora esposa, y sus otros hijos? —preguntó Jean-Claude.

Asher se sentó en la silla más cercana a nosotros. Haciendo juego con la silla y las almohadas a la perfección, todo blanco y oro. Todavía parecía totalmente demasiado satisfecho de sí mismo, como el gato proverbial con crema.

Samuel se sentó en el sillón de dos plazas, y Sampson siguió el ejemplo de su padre.

—Están en un hotel junto con nuestros dos guardias. No sentía que fuera prudente tener a Thea y a Anita juntas de nuevo esta noche.

—¿Qué le pareció el espectáculo? —pregunté.

Pero Jean-Claude me apretó la mano, donde la tenía en su regazo. La presión fue suficiente: Hay que ser agradable, estaba diciendo. Sería amable. Mi versión de la misma.

Richard se veía muy tranquilo a mi lado, su brazo se tensó contra mi espalda.

Pero no era una advertencia a tener cuidado, porque la temperatura de su cuerpo aumentaba, como si estuviera pensando lo que yo estaba pensando: ¿había alguien que se enfada con alguien además de nosotros? Richard y yo preferíamos estar enfadados con otras personas.

—Thea estaba muy impresionada —dijo, y su voz era suave, vacía. Su tono no decía nada.

—Si quedó tan impresionada —dije—, ¿por qué no está aquí?

Sampson sonrió, y tuvo que alejarse para ocultarlo.

—¿Qué tiene de gracioso? —pregunté.

Su padre le dio una mirada hostil. Sampson luchó para controlar su rostro, pero finalmente se echó a reír. Samuel le dio su mejor mirada de desprecio de antiguo vampiro.

—Lo siento, padre —dijo Sampson en una voz que se atragantó con la risa—, pero hay que admitir que es gracioso. «Impresionada» no puede empezar a cubrir la reacción de mi madre sobre lo que Anita y Jean-Claude hicieron esta noche.

Su padre le dio un rostro de piedra, hasta que la risa se mostró alrededor de los bordes. Entonces Samuel dijo con una voz que mantenía un borde de dignidad ofendida.

—Mi hijo ha sido indiscreto, pero es exacto. Usted pregunta por qué Thea y mis otros hijos no están aquí; simplemente, no me fiaba de ella, cerca de ustedes dos.

—A ella le gustó el espectáculo —dije.

Samuel negó con la cabeza, dio a su hijo otra mirada de desaprobación.

—Más que gustarle, Anita. Ella está en llamas con su especulación. ¿Sería posible que ustedes dos hicieran lo que nosotros dos no? Me parece poco probable, pues aunque Thea lleva algo similar al *ardeur*, yo no. Creo que lo que hizo para Augustine requiere dones similares entre los dos.

Jean-Claude hizo un pequeño gesto, la cara todavía estaba vacía.

—Creo que sí.

—Está convencida de que Anita podría traer a nuestros hijos en toda la fuerza de sus poderes de sirena. —Algo cruzó su rostro, demasiado débil para leer, pero con un rostro tan vacío, era extrañamente notable—. No comparto su certeza. Lo que sentí de ti esta noche, Anita, es un elemento diferente de la pasión. Es como la diferencia entre el fuego y el agua. Te consumen, pero de manera muy distinta.

Miré la cara de Sampson, todavía en voz baja divertido.

—¿Qué piensa tu madre en realidad? —pregunté.

Miró a su padre antes de responder. Samuel suspiró y asintió. Sampson me sonrió, y dijo:

—No creo que tú realmente quieras saber lo que decía, pero lo que quería decir era que si tenía su camino, Tom y Cris tenían que estar aquí. Ella estaría aquí, también. Nos ofrecería a ti de la manera en que nosotros quisiéramos. —Su rostro se puso serio en los bordes—. Puede dejarse

llevar a veces, nuestra madre. Sus intenciones son buenas, pero no piensa como un ser humano, ¿me entiendes?

—Conozco a los vampiros, así que sí.

Sacudió la cabeza y las manos estaban entrelazadas sobre las rodillas.

—No, Anita, los vampiros comienzan humanos, al igual que los cambiaformas, y nigromantes —dijo con una sonrisa—, pero mi madre nunca fue humana. Ella piensa como… —Parecía no saber muy bien qué decir.

Samuel terminó para él.

—Thea es otra cosa, y eso explica la manera que no siempre tiene mucho sentido para aquellos de nosotros que comenzamos nuestra vida como seres humanos. —No parecía del todo contento con eso, pero lo declaró como verdad.

—Eso debe de hacer la vida más interesante —dijo Richard.

Samuel le dio unos ojos fríos, pero asintió con la cabeza a Sampson, sonriendo.

—No tienes ni idea.

—¿Qué te parece el espectáculo, Samuel? —preguntó Jean-Claude.

El otro vampiro pensó en ello, la cara en blanco, y su voz era muy cuidadosa cuando respondió:

—Pensé que era una de las cosas más poderosas que he visto nunca. Creo que es el tipo de poder que me hizo huir de las grandes cortes, y es exactamente el tipo de poder que me hizo evitar a Belle Morte. Es el tipo de pantalla que me hizo huir de Europa por temor a ser nada más que un vasallo de algún gran señor vampiro.

—¿Te doy miedo ahora? —preguntó Jean-Claude.

Samuel asintió con la cabeza.

—Sí.

—No te haría daño deliberadamente —dijo Jean-Claude.

—No, pero tu poder está creciendo, y el poder es una cosa salvaje y caprichosa. No quiero que mi gente, o mis hijos, estén cerca de ti mientras tu poder encuentra su camino. Creo que será increíblemente peligroso, por accidente, en los años venideros.

—Sin embargo, estás aquí con tu hijo. ¿Por qué? ¿Por qué no dejas mis tierras, si somos tan peligrosos?

—Porque Thea tiene razón en un sentido. Si ella y yo por casualidad pudiéramos duplicar lo que los dos hicieron, sería… —se pasó la lengua

por los labios—, …vale la pena el riesgo. También estoy de acuerdo que hay una posibilidad de que tu Anita podría traer a mis hijos en sus poderes, si los tienen.

—¿Crees que tus hijos son demasiado humanos? —preguntó Jean-Claude.

—Sampson tiene más de setenta años humanos, por lo que no, no son tan humanos.

Miré a Sampson. Miró en algún lugar de sus primeros veinte años, quizá treinta como máximo. En ningún tramo de la imaginación parecía tener setenta.

—Yo —dije—, se mantiene bien.

Él me sonrió, y me gustó la sonrisa. Parecía encontrar todo el juego de poder un poco embarazoso, un poco divertido.

—Vida sana —dijo, sin dejar de sonreír.

Richard se movió a mi lado, un movimiento pequeño, incómodo. Me miró, y su rostro se estaba empezando a oscurecer. Uno de los mayores problemas de Richard con nuestro nuevo estilo de vida eran los celos. De todos los hombres que trataban de estar en mi vida, era el único en el que encontraba los celos un problema real. Hasta que vi esa mirada en su rostro, había sido capaz de ignorar que todavía estaban hablando de Sampson y yo como amantes. Había mejorado en apartar los temas incómodos hasta que tuviera que lidiar con ellos. Richard estaba todavía trabajando en eso.

—Thomas y Cristos parecen estar envejeciendo a un ritmo más normal.

—Tienen solo diecisiete años —dijo Jean-Claude—, demasiado joven para ser cierto, con seguridad.

Samuel se encogió de hombros, un gesto normal, no ese maravilloso movimiento gaélico.

—Pero para esto, creo que son demasiado jóvenes, demasiado humanos, cualquier cosa que Thea desee.

—Tienes miedo de que los rompas —dijo Sampson.

No pude evitar una sonrisa. El ceño de Richard se frunció más profundamente.

—¿Y tu padre no está preocupado por ti? —pregunté.

—Es mi hijo mayor —dijo Samuel, como si eso significaba más para él que para mí.

—Si me rompes, tiene dos hijos más —dijo Sampson, sonriendo para tomar un mordisco de eso.

Samuel tocó el brazo de su hijo.

—Todos mis hijos son preciosos y tú lo sabes.

Le sonrió a su padre, le palmeó la mano que yacía en el brazo.

—Ya lo sé, Padre, pero para este tipo de poder sabemos que hay un riesgo para nosotros, y yo soy el que más probabilidades de sobrevivir tiene sin convertirse en su esclavo.

—¿Mi siervo? —Lo hice una pregunta—. No hago esclavos.

Sampson me miró como si me estuviera estudiando, una sombra de la mirada penetrante de su padre.

—Si Augustine no es tu esclavo sólo será porque es lo suficientemente poderoso como para recuperarse. No por falta de intentos de tu parte, y no soy tan poderoso como un Maestro de la Ciudad.

Abrí la boca, la cerré, sin saber qué decir. Finalmente dije:

—No quiero que nadie sea mi esclavo.

—Entonces, ¿qué querías? —Mantuvo los ojos repentinamente serios en mí.

Le parpadeé, tratando de pensar. ¿Qué quería? ¿Qué me proponía hacer para Auggie?

—Ganar —dije.

—¿Qué? —preguntó Sampson.

—Ganar. Quería ganar. Auggie y tú padre se supone que son amigos de Jean-Claude. Pero tu madre casi me enrolla. Había tratado de elevar el *ardeur* y trató de que tuviera relaciones con tu hermano, tu hermano pequeño. Luego, Auggie levantó el *ardeur*, y usó la característica especial de su línea de sangre sobre mí. Si esto es lo que los amigos de Jean-Claude hacen con nosotros, entonces ¿Qué es lo que van a hacer los otros Maestros de la Ciudad? —Negué con la cabeza, inclinándome hacia delante en el sofá, sin soltar la mano de Jean-Claude, puse mi mano en el muslo de Richard para mantener contacto con él, también—. Teníamos que ganar esta lucha. Tenía que hacerlo.

—Había que ganar de tal manera que el resto de nosotros no tratara de probar nuevamente su fuerza —dijo Samuel.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

Miró más allá de nosotros hacia el pasillo, para buscar una mirada que hizo que Richard y yo girásemos para mirar. Ni Jean-Claude ni Asher, se inmutaron, como si supieran que no había nadie allí.

—Creo que usted ha tenido éxito, Anita. Si te siguen Augustine y Jean-Claude como si fueran unos cachorros enfermos de amor, entonces el resto tendrá miedo.

Algunos incluso pueden retirar sus ofertas de *pomme de sang* por temor a alimentarlos de la forma en que alimentó a los siervos de Augustine.

—Nos alimentamos de la gente de Augustine porque él es su señor —dijo Jean-Claude—. Nadie más se ofreció a estar en la cama de *ma petite*.

—Tal vez —dijo Samuel—, pero creo que si supieran lo que ha sucedido con Augustine, podrían caer en la tentación. Hay algo en ella que nos atrae. Incluso lo siento, y yo no soy de la línea de Belle.

—¿Cómo te sientes atraído? —preguntó Jean-Claude con esa voz cuidadosa.

Los dos vampiros se miraron entre sí. Hubo de repente algo entre ellos, nada mágico, pero casi como si la fuerza de voluntad pudiera ser algo tangible.

—Esa es una pregunta extraña —dijo Samuel.

—¿Lo es? —preguntó Jean-Claude, y su voz tenía un acento al final que sonaba extrañamente a reprimenda.

Samuel se recostó contra el sillón, como si fuera a estar allí por un tiempo. De alguna manera los dos sabían que estaban negociando.

—Fue sorprendente que las malas costumbres de Augustine hayan comenzado una pelea con tu siervo humano.

—Sí —dijo Jean-Claude—, parecía fuera de lo normal para él, ¿no te parece?

Samuel asintió con la cabeza.

—Sí.

La mano libre de Richard encontró la mía que se apoyaba en su pierna. Empezó a acariciarme los nudillos con el pulgar, como si hubiera recogido la tensión, también. Algo pasaba, ¿pero qué? ¿Cuál era la estratagema de Jean-Claude? No estaba acostumbrada a ser excluida de mis hombres, sobre todo cuando nos estábamos tocando, pero con lo que estaba pasando esta noche, Jean-Claude se cerró herméticamente. Por lo general sólo lo hacía cuando tenía miedo de lo que sucedería si las marcas se abrían. Después de nuestra pequeña muestra abajo con Auggie no lo iba a discutir, pero me hizo estar ciega a su alrededor, y no estaba acostumbrada a eso. No me había dado cuenta de que había comenzado a contar con sus consejos en mi mente.

—Necesito consejo, Samuel, el asesoramiento de otro Maestro de la Ciudad.

—¿Qué podría aconsejarte? Eres un sourdre de sang. No soy más que un ordinario Maestro de la Ciudad.

—Necesito tu sabiduría no tu poder.

Los dos se quedaron mirando el uno al otro, y ninguno mostraba ni una maldita cosa. Nota mental, nunca jugar al póquer con vampiros maestros.

—Siempre estoy contento de compartir mi sabiduría con mis amigos.

—Necesito tu confianza, Samuel.

—Los amigos siempre debe confiar en los demás.

Tuve un momento para preguntar si —amigos significaba para ellos lo que ha significado para Augustine y Jean-Claude. No es el momento de preguntar.

—Confiaba en ti esta noche, Samuel, pero Thea y Thomas trataron de entrar por la fuerza en la mente de mi siervo humano. Esa no es la manera en que un amigo de confianza se comporta.

—Sólo puedo darte mis más sinceras disculpas, Jean-Claude. Thea es a veces demasiado entusiasta en su búsqueda de poder para nuestros hijos.

Sampson y yo reímos al mismo tiempo. Los vampiros nos miraron.

—Lo siento —dije—, pero creo que la estás subestimando.

—Mi Madre, demasiado entusiasta en la búsqueda del destino de sus hijos. —Sampson se rió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

Samuel frunció el ceño. Después suspiró y se volvió a Jean-Claude.

—Una vez te ayudé, no por dinero, sino porque Augustine era tu amigo, y pidió un favor.

—Tu barco era mi escape para el nuevo mundo —dijo Jean-Claude.

Me acordé de Auggie, en la memoria de Jean-Claude, diciendo algo acerca de un barco y un capitán en quien confiaba. ¿Habría sido Samuel?

—Propongo que pongamos a un lado la desconfianza, y hablemos con claridad.

Propongo que actuemos como verdaderos amigos y no adversarios.

—Todos los vampiros maestros son adversarios —dijo Jean-Claude.

Samuel sonrió.

—Hablas de lo que se ha dicho no de lo que crees. —Miró a Asher—. Él es lo suficiente maestro como para tener su propio territorio, pero se queda con vosotros por amor. No le temo a los demás.

—No, pero tú y yo nunca hemos estado cerca en la manera de amantes.

Samuel agitó la mano en el aire como si Jean-Claude hubiera perdido su punto.

—No codiciaré tus tierras. ¿Codiciarás las mías?

Jean-Claude sonrió.

—No.

—No codiciaré a tu mujer, ¿codiciarás la mía?

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—No.

—Tenemos diferentes animales para llamar, de modo que ni siquiera se puede compartir. No somos una amenaza el uno para el otro, Jean-Claude, nuestros poderes son demasiado diferentes. Vamos a ayudarnos unos a otros, y dejar fuera este juego. Lleguemos en la honestidad y la amistad.

Jean-Claude dio un guiño breve.

—De acuerdo. —Luego le dio una amplia sonrisa—. Tú primero.

Samuel se echó a reír, de repente y lo suficientemente amplio para mostrar los colmillos. Era un eco de risas de Sampson, como si cuando era humano hubiera sido aún más como su hijo.

El pensamiento me hizo preguntarme: ¿si estaba embarazada, a quien se parecería el bebé? ¿Sería una copia pequeña de alguien? ¿Habría un pequeño de Jean-Claude corriendo? La idea de un bebé era aterradora, pero la idea de una versión pequeña con vida de Jean-Claude no era horrible. Negué con la cabeza, lo suficientemente fuerte para que todos me miraran.

—¿Qué está mal, *ma petite*?

—Lo siento estoy tratado de no pensar demasiado. Tal vez nunca he visto vampiros maestros hablar de honestidad y amistad. Toma algún tiempo acostumbrarse.

Samuel me sonrió.

—Supongo que para la Ejecutora, sería un concepto muy extraño.

Negué con la cabeza.

—No, como siervo humano de Jean-Claude, que es donde se pone raro. Como la Ejecutora mato a gente sin hablar con ellos.

Me miró con esos ojos marrones-verdes, una mirada larga, teniéndolo en cuenta.

Giró la mirada de nuevo a Jean-Claude.

—Creo que podemos ayudarnos unos a otros, Jean-Claude. Voy a empezar. —Dio un largo suspiro—. Cuando Sampson dijo que Thea no piensa como un ser humano, tiene toda la razón. Ella es la última de las

sirenas, y se alimenta de su mente. Ve la promesa de poder en nuestros muchachos, y está determinada a que se lleve a cabo. —Samuel dudó, e incluso a través de siglos de control parecía incómodo—. Thea viene de una época y un pueblo donde los lazos de parentesco no son un obstáculo para las relaciones sexuales, o incluso el matrimonio. Su pueblo era adorado como dioses y diosas.

¿Estás familiarizado con la mitología griega?

—Cualquiera con una educación clásica está familiarizado con los mitos —dijo Jean-Claude.

—Estás haciendo de esto una larga historia, Padre.

Samuel le miró.

—Tengo que reconocer que ahora que ha llegado el momento de ser honesto, estoy empezando a dudarlo.

Sampson tocó la mano de su padre.

—Permíteme, entonces.

Negó con la cabeza.

—No, yo soy el maestro, y el padre, y yo lo haré. —Miró de nuevo a Jean-Claude—. Thea ha tratado de llevar a Sampson a sus poderes como una sirena.

Jean-Claude y yo sólo parpadeamos. Richard estaba perdido, porque no le había dado toda la historia acerca de cómo las sirenas entran en su poder. ¿O sí? No podía recordar más. Fui la que dijo:

—¿Quieres decir que tu mujer trató de seducir a tu hijo?

Asintió con la cabeza.

—Sampson vino a mí, y yo le dije, en términos muy claros, que si alguna vez trataba de hacerlo otra vez, la mataría. Cuando los gemelos comenzaron a mostrar señales débiles de poder, le di la charla de nuevo.

—¿Realmente le succionas la vida? —preguntó Jean-Claude.

La máscara cortés cayó, y los ojos de Samuel ardieron durante un segundo, antes de que bajara los ojos, y escondiera la ira.

—Amo a mi esposa, pero amo a mis hijos también, y ellos son niños y no pueden protegerse contra ella.

—En defensa de mi madre —dijo Sampson—, cuando dije que no, aceptó un no por respuesta. Ella no tenía que hacerlo. Soy su hijo, pero no soy una sirena completa, si hubiera presionado sus poderes, entonces no habría tenido otra opción. Se detuvo cuando se dio cuenta que estaba horrorizada. No entendía por qué me molestaba, pero lo aceptó.

Richard y yo intercambiamos miradas, y por primera vez creo que los dos estábamos pensando. Mierda, que podría ser peor. No había un vampiro por ahí lo inquietantemente sexual más que Jean-Claude y Belle Morte. ¡Iack!

—Me temo —dijo Samuel—, que la moderación de Thea no sea perfecta. Los gemelos tienen diecisiete años, la edad de casarse, lo suficientemente maduros para muchas cosas. Me temo que va a tener la tentación de empujar hacia ellos, y ellos no son tan fuertes de voluntad como Sampson. El proceso puede nublar su mente y deseos.

—¿Y haces lo que amenaza? —preguntó Jean-Claude—. ¿Incluso si el sexo fuera a hacerlos sirenas completos? —Su rostro y su voz fueron de nuevo muy neutrales.

—Ellos entrarán en sus poderes, pero no estoy seguro de que su cordura sobreviva. ¿Puedes imaginar a alguien con el poder de Thea, o incluso más potentes a causa de mi línea de sangre, pero loco, completamente con la mente rota? No quiero ser obligado a encarcelar a cualquiera o matar a mi propio hijo, Jean-Claude, y eso es lo que podría tener que hacer. —Sacudió la cabeza, y la preocupación en su rostro era como cicatrices, tan profunda, como si hubiera llevado esta carga durante un tiempo muy largo.

—Sería una terrible elección —dijo Jean-Claude.

Samuel se recompuso a sí mismo, y su rostro volvió a ser neutral, la mirada de hacer negocios.

—Pero si podemos encontrar una manera de adaptarles a sus poderes sin que Thea participe, luego, las opciones no son horribles. Las opciones son maravillosamente poderosas, y estaría en deuda contigo.

—No es absolutamente seguro que el sexo con *ma petite* vaya a hacer por tus hijos lo que deseas.

Abrí la boca para protestar porque no estaba de acuerdo con el sexo con cualquiera de ellos, pero él me apretó la mano, como si, espera.

—Tal vez no, pero creo que podría convencer a Thea de que si Anita no pudo hacerlos sirenas completamente, nadie podría, incluso la misma Thea. Si Anita lo intenta y falla, entonces creo que Thea aceptaría que no son sirenas.

Jean-Claude me miró, entonces.

—Si tenéis preguntas, *ma petite*, Richard, ahora es el momento para ellas.

Richard dijo:

—¿Ha dicho diecisiete años?

Samuel asintió con la cabeza.

Richard me miró, y la mirada era elocuente.

—Ya los he rechazado por su edad, Richard. No necesitas darme esa mirada, gracias. —Me tomó de la mano porque no había merecido la mirada que me dio.

—Pero vas a follarte a Sampson.

Me puse de pie, dejando ir a los dos, y bajé la mirada hacia él.

—Pídeme disculpas, Richard. Pídemelas ahora.

Había vergüenza en su cara pero también ira.

—No lo hubiera dicho, y lo siento por decirlo, pero no esperes que sea feliz, porque estás agregando a otro hombre a tu lista de amantes. No voy a ser feliz por eso, Anita, así me siento.

—¿Te pregunto con cuantas mujeres te has acostado esta semana?

—No, pero no tienes que estar con ellas, tampoco.

No podría discutir.

—Está bien, tienes razón. Probablemente me molestarían para cumplir con tus citas. —Tiré mis manos al aire—. Maldita sea, Richard, ¿Tienes alguna opinión sobre esto que no se base en los celos?

Miró hacia abajo, se levantó del sofá, y empezó a pasear hacia el borde de la alfombra.

—Todo lo que puedo ver cuando miro a Sampson es que no tiene una mala apariencia, y es de mi estatura, y no quiero que te folle. Pero entonces no quiero que nadie más te folle aparte de mí, así que… —Extendió las manos y se encogió de hombros.

—¿He planteado una cuestión delicada? —preguntó Samuel.

—Un desacuerdo en curso —dijo Jean-Claude.

—Si esto es un problema —dijo Sampson—, entonces vamos a olvidarlo. Estábamos bajo la impresión de que todo el mundo estaba de acuerdo, a que Anita añadiera a su lista más hombres.

Richard cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo:

—Y si hacemos esto, porque no estoy feliz por eso, y tu madre… —Cerró los ojos, su cara luchando con tantas emociones—. Dios me ayude, pero tú y tus hermanos están de hecho en un lío sexual más pervertido que nosotros. Si digo que no, y sucede lo peor… —Se paseaba por la orilla de la alfombra blanca como si las paredes todavía estuvieran allí—. No quiero mirar, pero hay que alimentar a Anita. No voy a decir que no. Ninguno de

los dos es monógamo, ¿por qué debo estar de acuerdo? —Se quedó allí cruzado de brazos, los hombros encogidos, como si algo le doliera.

—Anita —dijo Samuel.

Le miré, todavía de pie. Suspiré.

—Prefiero no añadir a nadie a mi lista de hombres, la verdad, pero como Jean-Claude me ha explicado, necesito un nuevo *pomme de sang* lo más pronto posible. No estoy prometiendo nada, pero me comprometo a intentarlo. —No podía mirar a nadie cuando lo dije, porque me sentía sucia. Llegar a un acuerdo para tratar de tener otro amante, delante de tres hombres con los que ya estaba durmiendo.

—Bien —dijo Samuel, y había semejante alivio en esa palabra que le miré. Él sonreía, sus ojos brillaban de felicidad y lágrimas. Lágrimas contenidas en sus ojos brillantes. En ese momento me di cuenta de que había aceptado que su esposa sedujera a uno de sus hijos, y que la mataría, y que el hijo se volviera loco, y que tendría que matarlo, y… también para las palabras de Edipo. Samuel había aceptado que algún día iba a pasar lo peor, y de pronto se salvó. Parecía un hombre que había pensado que el verdugo iba a venir, y el gobernador llamó en su lugar.

Todavía no estaba segura de cómo me sentía acerca de agregar más hombres, pero era agradable, para variar, ser la salvación de alguien en lugar de su destino. Sí, ser el salvador en lugar del verdugo, sonaba bastante bien para variar.



CATORCE

Samuel sonrió a Jean-Claude, con una sonrisa muy humana. Me di cuenta de que él, como Auggie, podrían ser más «normales» que la mayoría de los vampiros que había visto nunca. ¿Era un truco de Auggie como vampiro? Tal vez. ¿Fue alguno de mi empresa a meterse con él, y reveló su secreto? No. No más grandes revelaciones, no sobre mis defectos. No estaba jugando con algo o alguien esta noche, si podía evitarlo. Mi meta era simplemente pasar el resto de esta entrevista sin que ocurriera nada malo. ¿Por qué estaba tan preocupada? Me volví a sentarme al lado de Jean-Claude, pero Richard no. Richard estaba aún de pie, con los brazos cruzados, con los hombros caídos, como si sintiera dolor. Sabía por la expresión de su cara lo que su mirada, por lo general significaba, que íbamos a tener una pelea muy mala. No quería pelear esta noche, no con cualquiera, pero sobre todo no con Richard.

Jean Claude me tocó la mano. Me hizo saltar y girarme sorprendida

hacia él.

—¿Qué pasa, *ma petite*?

Lo miré y puse los ojos en blanco mirando a Richard.

—Ah —dijo.

Agarré fuerte la mano de Jean-Claude, y traté de señalar con la cabeza.

—¿Richard? —Hice con su nombre una pregunta.

Se volvió, con los ojos marrones ardientes, hacia mí.

—¿Qué? —Me lo dijo muy enfadado—. Lo siento, ¿qué pasa, Anita?

—No tienes que comenzar una pelea para que me vaya. —Se lo dije de una manera tan honesta y tan tranquila como pude.

Frunció el ceño a mí.

—¿Qué significa eso?

—Significa que desde que empezamos a hablar con Samuel sobre sus hijos y sus problemas, tu nivel de tensión ha empezado a aumentar.

—¿Y si estuviéramos hablando de mí teniendo relaciones sexuales con tres mujeres nuevas, dos de ellas de diecisiete años de edad, no estarías enfadada?

Pensé en ello y luego asentí.

—Sí.

—Entonces, no esperes que esté contento por eso.

—¿Qué se supone que debo hacer, pedir disculpas a Richard? No estaría segura de porque me estaba disculpando. De todos modos ya te dije que mi respuesta ha sido negativa en los diecisiete años de edad.

—Creo que, voy a dejaros, Jean-Claude, Sampson voy a dejaros por esta noche. —Samuel se levantó—. Parecen que tienen mucho que discutir.

Sampson estaba junto a su padre. Él era unos dos centímetros más alto que Samuel, como si hubiera heredado la altura de su madre. Me pregunté qué más podría haber ganado. Realmente no sabía mucho acerca de las sirenas.

Probablemente tendría que poner remedio a esto antes de que fuera demasiado personal para alguno de ellos.

—Todavía no, amigo mío, por favor —dijo Jean-Claude. Miró a Richard, de forma tranquila—. Necesitamos una respuesta para ciertos enigmas antes de atrevernos a llevar a *ma petite* entre nuestros hermanos mañana por la noche.

Samuel asintió con la cabeza, y volvió a sentarse.

—Te estás preguntando, si te la llevas entre casi una docena de

Maestros de la Ciudad, la noche será aún más interesante que esta.

Jean Claude asintió con la cabeza.

—Exactament.

—¿Son preguntas que sólo un vampiro puede responder? —preguntó Sampson.

—Es de un maestro como tu padre del que necesito consejos —dijo Jean-Claude.

—Entonces, podría volver al hotel y ver cómo están mi madre y los gemelos.

—Creo que tienen perros guardianes suficientes, Sampson —dijo su padre.

Sampson dirigió a su padre una mirada como si estuviera tratando de decir algo con sus ojos, y su padre no estuviera entendiendo.

—Te vas porque crees que molestaras menos —dijo Richard.

Sampson le miró, con esa cara abierta, honesta, y asintió.

—Eso es… —La cara de Richard luchó con sus emociones, le dirigió un gesto amistoso y honesto—. Eso está realmente bien… de tu parte.

—Obviamente no os gusta compartir a Anita, y ahora aquí estoy pidiendo su participación de nuevo. La necesitamos para que nos ayude. No quiero perder a mi madre o a mis hermanos, o a ambos. —Sampson negó con la cabeza, con los ojos fijos en el espacio, pero no miraba nada de esta habitación. La mirada de sus ojos era de preocupación como si él, o su padre, hubieran renunciado a evitar la tragedia. Como si hubieran estado imaginando todo en su cabeza, durante meses, tratando de hacer las paces con él.

Levantó la vista hacia Richard.

—No voy a renunciar a la oportunidad de salvar a mi familia, pero lamento que esto te cause problemas. —Fue desde el centro de la sala, hacia Richard—. Si mi partida te hará sentirte mejor, puedo marcharme.

Richard bajó la cabeza, su pelo largo ocultó la mayor parte de su rostro. Cuando volvió a levantar la cabeza se parecía a un hombre que salía de las aguas profundas, agitando el pelo de la cara.

—Me has insulto, maldita sea.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Sampson.

—No, nada malo —dijo Richard. Suspiró, y sus brazos comenzaron a relajarse con frialdad, como si le doliera dejar de lado la ira—. No, no quería que me gustaras.

Sampson parecía perplejo.

—No entiendo.

—Si puedo odiarte, puedo enfadarme, y me hubiera ido. Si hubiera actuado como una especie de imbécil lujurioso, no estaría aquí. Si se me hubiera injuriado habría llevado el infierno fuera de aquí.

Me puse de pie y le enfrenté, Jean-Claude mantuvo mi mano suavemente en la suya.

—Ya te lo advertí Richard —dije—, no tienes que empezar una pelea por mí.

—Sí —dijo—. Porque sé que puedes necesitar mi poder, si me voy no voy a estar cuando me necesites. Si hubiera estado aquí, Auggie no te habría arrollado. —Su voz era acalorada y su poder parpadeaba en la habitación.

Di unos pasos, soltándome de Jean-Claude.

—¿Por qué eres responsable de todo? —pregunté—. He tratado con más muertos que vosotros, debería haber sido capaz de protegerme a mí misma. Y tal vez debería haberlo visto venir, pero no estaba para luchar. Ocurrió, y ahora nos ocuparemos de él.

—¿Realmente es tan fácil para ti, Anita? Sucedió, ahora nos ocupamos de todo, seguimos adelante.

Pensé en ello y luego asentí.

—Sí, lo es, porque tiene que ser. Mi vida no seguiría si me hundiera por cada desastre o cada dilema moral. No puedo permitirme el lujo de la duda, no a ese grado.

—Lujo —dijo Richard—. Esto no es lujo, Anita, es moral. Es tu conciencia. Eso no es un artículo de lujo, eso es lo que nos separa de los animales.

Aquí vamos de nuevo, pensé. En voz alta le dije:

—Tengo conciencia, Richard, y mis propios principios y moral. ¿Alguna vez te has preguntado si soy mala?

—Sí, a veces lo hago. ¿Me pregunto si has cambiado pedazos de tu alma, sólo para sobrevivir?

—Sí. —Me encogí de hombros.

—Es el precio de hacer negocios en el mundo real, Richard.

—Este no es el mundo real, Anita. Este no es el mundo laboral normal.

—No, pero es nuestro mundo. —Estaba frente a él ahora, casi lo suficientemente cerca como para tocarlo. Se estaba controlando, su poder

era más que una cálida presión en el aire.

Hizo un gesto con las manos alrededor de la habitación.

—Esto no es donde quiero estar, Anita. No quiero vivir donde mis opciones son compartir con otros hombres, o donde la gente muere. No quiero tomar esas decisiones.

Suspiró, y le hizo ver que estaba cansado y triste, y lo sentí.

—Hubo un tiempo en que habría estado de acuerdo contigo, pero me gustan muchas partes de mi vida, Richard. Odio el *ardeur*, pero no odio todo lo que ha traído a mi vida. Me hubiera gustado probar la valla blanca, pero creo que incluso sin el *ardeur* y las marcas de vampiro, no habría sido mi situación.

—Creo que habría sido —dijo.

—Richard, no creo que me veas. No creo que veas lo que soy.

—¿Cómo me puedes decir eso? Si no me protejo comparto mis sueños y mis pesadillas.

—Pero todavía estás tratando de meterme en una caja que no creo que encaje conmigo, incluso cuando nos conocimos. Al igual que estás tratando de empujarte a ti mismo en una caja que no encajas, tampoco.

Estaba sacudiendo la cabeza.

—Eso no es verdad. Eso no es verdad.

—¿Qué parte? —pregunté.

—Creo que podríamos haberlo hecho, nuestra versión de valla blanca, sin él —señaló a Jean-Claude.

Jean-Claude estaba con su expresión más tranquila, una cara sin expresión, como si tuviera miedo de hacer o decir cualquier cosa.

—No trates de culpar de todos nuestros problemas a Jean-Claude.

—¿Por qué no?, es verdad. Si nos hubiera dejado solos, y no nos hubiera marcado.

—Estarías muerto —dije.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Sin la potencia extra de la marca de Jean-Claude nunca habrías tenido el poder de matar a Marcus y mantener la unidad.

—Eso no es cierto.

Me le quedé mirando.

—Sí, Richard, estaba allí, es cierto. Estarías muerto, y yo todavía estaría viviendo solo para dormir con mis muñecos de peluche y las armas.

Estarías muerto y yo estaría muerta por dentro, muriendo de soledad, no sólo porque te habías ido, sino porque mi vida estaba vacía antes. Era como una gran cantidad de personas que hacen el trabajo policial. Vivía para mi trabajo. No tenía nada más. Mi vida estaba llena de muerte y horror, tratando de mantenerme a la vanguardia del horror que viene. Pero estaba perdiendo la batalla, Richard, me perdí, mucho antes de que Jean-Claude me marcara.

—Te pedí que abandonaras el trabajo policial. Ya te dije que te estaba acaparando por completo.

Negué con la cabeza.

—No me estás escuchando, Richard, o no me ves.

—Tal vez no te quiero escuchar. O tal vez estás en lo cierto, y no estoy escuchando.

Nos quedamos apenas dos metros de distancia, pero bien podría haber sido mil kilómetros. Algunas distancias se hacen más grandes por cosas y más difíciles de viajar que unos simples kilómetros. Nos pusimos de pie y nos miramos fijamente el uno al otro a través de un abismo de incomprensión, dolor y amor.

Lo intente por última vez.

—Digamos que tienes razón. Digamos que Jean-Claude nos hubiera dejado solos.

Así podrías tener tu imagen perfecta. Y no hubiera renunciado al trabajo policial.

—Lo acabas de decir, esto se destruyó.

Asentí con la cabeza.

—Sólo porque algo es difícil no significa que renuncies a ello. —Por alguna razón pensé que estaba hablando más de la labor policial.

—Dijiste que yo tenía razón.

—Digamos que está bien. Vamos a pretender que sin Jean-Claude aquí, habríamos encontrado un camino. Pero estamos obligados a él, Richard. Somos un triunvirato de poder. Lo que cambiaría si la vida fuera totalmente diferente en realidad no importa.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Lo que importa, Richard, es que nos relacionamos con la realidad de nuestro mundo ahora, en este momento. Hay cosas que no se pueden deshacer, y todos tenemos que trabajar juntos para sacar lo mejor de lo que es verdad en nuestras vidas. —Su rostro era frío por su ira. Odiaba su cara

cuando se ponía así, porque era a la vez aterradora y más hermosa, como si la ira limpiara algo que a simple vista no se veía y era lo increíblemente guapo que era.

—¿Qué es verdadero en nuestras vidas? —Su poder comenzó a fluir a través de la habitación, agua caliente, más caliente de lo que uno quiere en la bañera. Los guardias alrededor de la sala se movieron inquietos.

—Yo soy la sirviente de Jean-Claude. Tú eres su mascota. Somos un triunvirato de poder. No podemos cambiar eso. Jean-Claude y yo tenemos el *ardeur*. Ambos lo necesitamos para alimentar el hambre, y eso es no va a cambiar.

—Pensé que eras capaz de alimentarte a distancia en los clubes, como experimentó Jean-Claude con Nikolaos.

—Eso debilitó su poder, que es lo que el ex señor de la ciudad quería hacer. Yo no voy a debilitarnos mágicamente porque soy delicada. No más huidas, Richard. El *ardeur* está aquí para quedarse, y tengo la necesidad de darle de comer.

Negó con la cabeza.

—No.

—No, ¿qué?

Dejó que se establecieran sus escudos. No sé si fue a propósito, o sus emociones se apoderaron de él. Cualquiera que fuera la causa de repente oí sus pensamientos muy claros en mi cabeza: él pensaba que una vez tuve el *ardeur* bajo control, dejaría a Micah y a Nathaniel y me iría a vivir con él. Aún esperaba, en serio, que algún día fuéramos una buena pareja monógama.

Al cabo de un segundo de que sintiera esto, sus escudos bajaron hicieron que bajaran los míos. Sentí una descarga. Mi incredulidad de que lo seguía pensando, en serio, eso nunca sucedería.

Sentí como el siguiente pensamiento se formaba, traté de detenerlo, traté de mantenerlo a medio formar, o intentar que parara, pero las emociones eran demasiado duras, y era lo suficientemente rápida. La idea era, incluso si estoy embarazada, nunca iba a funcionar.

La cara de Richard mostró el choque ahora. Se quedó mirándome boquiabierto conmigo y susurró:

—¡Embarazada!

Dije lo primero que se me ocurrió.

—¡Mierda!



QUINCE

Bajé cada escudo que había en el lugar, de metal, apretado, cerrado. Pensaba en metal, suaves, espesos e impenetrables. Me quedé mirando el suelo, con miedo de encontrarme con los ojos de alguien. Miedo de lo que vería en sus caras, o lo que no lo vería.

—Anita —dijo Richard, y su mano se extendió hacía mí.

Di un paso fuera de su alcance. Estaba sacudiendo mi cabeza. No sabía lo que quería en ese momento, no sabía qué reacción me satisfaría, y que me cabrearía.

Tenía la esperanza de mantenerlo en secreto hasta que estuviera segura. No quería abrir esa caja de Pandora emocional hasta que pasara un rato.

Fue Samuel quien rompió el silencio.

—Felicidades a los dos. Un bebé, de hecho buenas noticias.

Me giré lentamente para mirarle, porque a nadie en la sala le importaba menos lo qué pensaba acerca de la noticia. Él, pude ver. Él, con quién

podía estar enfadada.

Sampson ya estaba tocando el hombro de su padre.

—Padre, creo que deberíamos salir ahora.

Samuel miraba a su hijo, a mí, a Jean-Claude, a la mayoría de la gente alrededor de la habitación. Parecía completamente confundido.

—Pero esta es una noticia maravillosa, y todos están actuando como si alguien hubiera muerto.

—Padre —dijo Sampson, suave y con advertencia. Miraba mi cara, y todo lo que allí veía le hizo agarrar el codo de su padre y tratar de ponerlo de pie.

Se quedó mirando la mano de su hijo hasta que Sampson la apartó. Samuel entonces conocía mi mirada. Sus ojos no parecían fáciles ahora. Se parecían más viejos, llenos de un poco de conocimiento profundo, tristes por los bordes, y con rabia.

—¿Por qué tanta cólera, Anita?

Empecé a contar hasta veinte, sabía que no sería suficiente, y dije simplemente, con una voz que se ahogaba de rabia, confusión.

—No me diga cómo me siento, Samuel, no tiene ese derecho.

Se levantó, y apartó las manos de su hijo lejos de él.

—Piense en lo poderoso que sería el niño que usted y Jean-Claude podrían tener.

—No hay garantía de que sea suyo —dije.

—Las probabilidades son que si estás embarazada, no va a ser de cualquiera de los vampiros —dijo Richard. Su voz era baja y cuidadosa, pero había algo debajo de todo eso que no quería escuchar, ansiedad.

Me volví hacia él, y no sé lo que habría dicho, o incluso hecho, ya que Jean-Claude estaba de repente entre nosotros.

—No hagas nada precipitado, *ma petite*.

—Precipitado, ¡Que no haga nada precipitado! —Me aparté de él—. No estás contento con esto y tú estás bloqueando con tanta fuerza que no sé lo que estás sintiendo.

—Siento que todo lo que digo o hago, en este momento, te molesta. —Era la forma más diplomática en que me habían dicho que era un dolor en el culo.

Luché contra la tentación de gritarle. Me las arreglé para una voz que era estrangulada y baja en tensión con esfuerzo para no gritar.

—Di algo —dije.

—¿Estás embarazada? —preguntó con su voz neutra, agradable.

—No lo sé, pero tuve una falta en octubre.

Richard se acercó y trató de ser neutral, no lo fue, pero lo intentó.

—¿Alguna vez tuviste una falta de un mes entero?

Negué con la cabeza.

—No.

Las emociones luchaban en su cara, y finalmente tuvo que alejarse, como si cualquier expresión que tuviera, estaba seguro de que no me gustaría verla.

—¡No te atrevas a estar feliz sobre esto, maldita sea!

Se volvió, la cara estaba sobre todo bajo control, pero sus ojos tenían esa mirada.

Esa mirada suave de yo-te-amo que una vez estuvo destinada sólo para mí, pero que últimamente no había visto mucho. Había visto lujuria, pero no esto.

—¿Prefieres que esté enfadado, o triste? —preguntó.

—No, sí, no lo sé. —Ahí, esa era la verdad—. No lo sé.

—Lo siento —dijo y miró alrededor—. Siento si estoy haciendo esto más difícil, pero ¿cómo iba a ser completamente infeliz si hemos hecho un hijo juntos?

Él escogería el peor camino para decirlo. La manera garantizada que más me angustia.

—No es un niño, aún. Se trata de un puñado de células más pequeñas que mi pulgar.

Sus ojos eran más cuidadosos.

—¿Qué estás diciendo, Anita?

Me abracé muy fuerte y no miré a los ojos de nadie.

—No sé lo que estoy diciendo. —Pero estaba empezando a tener más simpatía con la idea de Ronnie sobre irme y hacer la elección sin ninguno de los hombres.

—¿Estás segura de ser capaz de matar a nuestro bebé? —preguntó, y no tuve que verle la cara para saber que parecía herido, lo oía en su voz.

—*Mon ami*, es poner el carro delante del caballo. Déjala saber si está embarazada antes de hacer planes. —Jean-Claude trató de moverse entre nosotros otra vez, trató de bloquear mi punto de vista de Richard, como si eso ayudara.

Richard se movió a su alrededor, por lo que aún podía verme.

—Anita, ¿podrías realmente matar a nuestro bebé?

Tenía ganas de gritar que sí, sólo para ver el dolor en su rostro, pero en esto no podía mentir. Ya sabía la respuesta, simplemente no me gustaba.

—¡NO! —grité, y el sonido se hizo eco en las piedras sin las cortinas colgando para amortiguarlo.

La cara de Richard se suavizó y comenzó a caminar hacia mí, en torno a Jean-Claude. La expresión de su rostro era casi beatífica, como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad. Me sentí como si me estuviera sofocando en una pesadilla, y él se parecía a eso. Tenía que borrarle esa mirada de la cara, tenía que hacerlo.

—¿Qué pasa si no es tuyo? —pregunté, y mi voz fue fea. Quería hacer daño.

Vaciló, y luego consiguió una mirada que era casi petulante.

—Las probabilidades están a mi favor, Anita. —Parecía totalmente demasiado satisfecho de sí mismo.

—¿Por qué, sólo porque Jean-Claude y Asher, y Damian y el infierno, tienen varios cientos de años? Eso no significa que no sea suyo; mira a Samuel. Tiene tres hijos, dos embarazos separados.

Richard empezó a fruncir el ceño. No se acercó más. Bien.

Jean-Claude suspiró y dio un paso atrás como si hubiera renunciado a tratar de detener la pelea.

—¿Y Micah y Nathaniel? —pregunté—. No son vampiros y he tenido más relaciones sexuales con ellos en los últimos dos meses que contigo. —Estaba feliz cuando él dio un respingo. Feo, pero cierto.

—Micah es estéril —dijo, y se le oscureció la cara—. Eso deja a Nathaniel. —Hubo malestar en esas tres palabras, quería que lo hubiera dejado solo.

Como si estuviera, Micah y Nathaniel salieron a lo lejos del pasillo. Nos miraron a todos y Micah dijo:

—¿Es esto lo que creo que es?

—¿Sabía lo del bebé? —preguntó Richard.

—¿Estamos seguros? —preguntó Nathaniel.

—No —dije.

—¿Los dos lo sabían? —dijo Richard, y su poder se puso en marcha otra vez. De repente me vi de pie demasiado cerca del fuego metafórico.

—Sí, lo sabíamos —dijo Micah.

—¿Se lo dijiste a ellos antes que a nosotros? —dijo Richard, e hizo un

gesto a Jean-Claude.

—Viven conmigo, Richard, es más difícil mantenerles un secreto. No quería que ninguno de vosotros lo supiera hasta que hiciera la prueba. No quería hacer frente a toda esta mierda, si no tenía que hacerlo.

—Vamos a calmarnos hasta que lo sepamos con certeza —dijo Jean-Claude.

—¿No te molesta que se lo haya dicho antes que a nosotros? —preguntó Richard.

—No, *mon ami*, no me molesta.

Richard miró a Micah y a Nathaniel, pero su mirada finalmente se decidió por Nathaniel. No era bueno.

—Sabes que si está embarazada, es probable que sea tuyo, o mío —dijo Richard. Las palabras eran neutrales, pero el tono no era así. El tono era una advertencia tan clara como el calor que salía de su cuerpo.

Nathaniel tenía una de las miradas más cuidadosas que nunca había visto en su rostro. Mirada en blanco, agradable, pero no lo sentía, no era sumisa. Antes, siempre y cuando se trataba de Richard, Nathaniel había emitido vibraciones serviles. Ahora, de repente, no había nada servil en él. Todavía podría ser sumiso para mí, pero sus días de hacerlo para Richard habían terminado. Fue allí, en el conjunto de los hombros, el contacto con los ojos que le dio al hombre más grande.

No era agresivo, pero no era un desprendimiento de esas señales sutiles, sumisas.

Su actitud, decía, claramente, que no estaba retrocediendo. Por un lado me alegré al verlo, por otra parte me daba miedo. Había visto luchar a Richard y había visto luchar a Nathaniel. Sabía quién iba a ganar.

Por supuesto, si Richard empezaba la pelea, la iba a ganar, pero perdería a la niña.

Esperaba que él lo comprendiera.



DIECISEIS

No sé qué habría pasado. Seguramente algo malo, pero llegó ayuda.

—Sois unos gilipollas. —Era Claudia.

Todos nos giramos a mirarla.

—¿Cómo te atreves a exhibir toda esa mierda de ego machista? ¿No veis que está asustada? —Hizo un gesto en mi dirección—. Ulfric, si piensas que un bebé la hará renunciar a su labor policial y a la ejecución, o al levantamiento de zombis, estás equivocado. ¿Crees que un bebé tiene cabida en la vida de Anita? Vas a dejar de trabajar y quedarte en casa para jugar a la niñera, porque Anita no.

Miramos a Richard. Él la observaba con el ceño fruncido.

—Bueno —dijo ella—. ¿Es así? ¿Estás dispuesto a interrumpir por completo tu vida si es tuyo?

Frunció aún más el ceño.

—No lo sé —dijo finalmente.

—Yo lo haré, —la voz de Nathaniel hizo que nos giráramos hacia él—. Ya soy la esposa, ¿por qué no la madre?

—¿Alguna vez has cuidado de un bebé? —preguntó Claudia.

Se encogió de hombros.

—No.

—Yo tenía cuatro hermanos menores, confía en mí, es más difícil de lo que parece.

—Yo lo haré —dijo Micah.— Cualquier cosa que Anita quiera o necesite.

—Deja de ser tan perfecto —dijo Richard.

—Tú trabajas de día, Richard —dijo Nathaniel—, y tienes un horario regular durante la semana. Puedo ganar más en media jornada en el Placeres Prohibidos de lo que puede conseguir como salario cualquier maestro del que haya oído hablar.

—Así que serías un buen proveedor —dijo Richard, y su voz estaba llena de desprecio.

Nathaniel sonrió y sacudió la cabeza.

—Anita se las arregla muy bien por sí misma.

No necesita mi dinero. Lo que quise decir es que reducir mi horario no afectaría mucho a mi trabajo. Pero para ti sería la ruina.

Richard no quería que le tranquilizaran. Quería estar enfadado, por lo que se volvió hacia Micah.

—¿Y tú? Tú trabajas tantas horas como Anita.

—Necesitaría más ayuda al frente de la manada y en la coalición. Tendríamos casi un año para entrenar a alguien que me ayudara, incluso que me reemplazara si fuera necesario.

—El bebé no puede ser tuyo —dijo Richard.

—Genéticamente, no.

—¿Qué quieres decir con genéticamente?

—Quiero decir que, sólo porque no sea sangre de mi sangre, no significa que no sea mío. Nuestro.

—Tuyo y de Anita, —y las palabras vibraron en mi piel. Tanto poder, tanta ira, realmente dolía.

—No —dijo Micah—. De Anita, Nathaniel, Jean-Claude, Asher, Damian, tuyo y mío.

Un poco de esperma no te convierte en un padre. Es lo que haces después, Richard.

—No se puede criar a un bebé con siete padres.

—Llámalo como quieras —dijo Micah—. Pero los dos únicos hombres en esta habitación que pueden alterar por completo sus vidas si hay un bebé somos Nathaniel y yo.— Miró a Jean-Claude. —¿O me equivoco?

Jean-Claude le sonrió.

—No, *mon chat*, no te equivocas. No creo que un bebé pueda pasar todo su tiempo en los subterráneos del Circo de los Malditos y ser… —parecía buscar una palabra—… equilibrado. Visitas, *oui*, muchas, pero el mundo que he construido aquí no es… —De nuevo buscó una palabra—… apropiado para criar niños.

—Yo soy una niña pequeña —dijo una voz suave y dulce detrás de nosotros. Al parecer, todos estábamos tan concentrados que no habíamos pensado en escuchar el punto de vista de la niña. Por supuesto, Valentina era un vampiro, y los muertos vivientes son unos silenciosos hijos de puta.

Su pelo oscuro, rizado, llegaba justo debajo de sus orejas. Se lo había cortado recientemente, para conseguir una apariencia más moderna. Su rostro, redondo y suave, era casi el de un bebé. Tenía cinco años, y siempre tendría esa edad, al menos físicamente. Llevaba un vestido rojo con medias blancas y zapatos blancos de charol. Cuando se unió a nosotros no usaba nada diseñado después de 1800.

Seguía sin usar pantalones, porque no era propio de una dama, pero ya había llegado al siglo XX, al menos en la moda. Sus grandes ojos oscuros parpadearon en nuestra dirección, su rostro perfectamente inocente. En la corte de Belle había torturado a personas para obtener información, para castigar, y también porque lo disfrutaba, Jean-Claude me dijo que todos los vampiros niños se vuelven locos con el tiempo. Es por eso que iba contra sus leyes tomar a una persona antes de la pubertad.

Valentina había sido creada por un pedófilo que se convirtió en vampiro. Le habían dado un territorio aislado, y allí había creado sus propios compañeros especiales de juegos durante casi cincuenta años, hasta que alguien descubrió lo que estaba haciendo. Valentina había sido una de las afortunadas. La había transformado, pero no la había convertido en una de sus novias, todavía. La mayoría de sus «novias» y «novios» tuvieron que ser destruidos. Completamente locos, demasiado salvajes para considerar cualquier otra opción. Que uno de «sus» vampiros hubiera hecho esas cosas, resultó ser una de las pocas cosas de las que Belle Morte parecía sentirse culpable.

—Sí —dijo Jean-Claude—, por supuesto que lo eres. Tú eres nuestra petite fleur.— Se desplazó hacia adelante como si quisiera alejarse del alcance del oído de la charla adulta. Ella podía aparentar cinco años, pero tenía más de trescientos años de antigüedad. El cuerpo era el de una niña, la mente no lo era. Pero, a menos que tuviéramos cuidado, la mayoría de nosotros tendíamos a tratarla de acuerdo a su aspecto, no a su mente.

Giró su pequeña carita hacia mí con ojos solemnes.

—¿Vas a tener un bebé?

—Tal vez —dije.

Ella sonrió, mostrando unos colmillos tan delicados como agujas.

—Me gustaría tener alguien con quien jugar.

Jean-Claude hizo ademán de tomarle la mano, pero vaciló a mitad del gesto. Había sufrido a manos de Valentina más de una vez. Nunca olvidaba que, en verdad, era un monstruo. Preguntó:

—¿Dónde está Bartolome? Se suponía que hoy estarías con él, ¿no?

—No sé dónde está —dijo, mirando a Jean-Claude.

Él rozó suavemente sus hombros. Ella miró detrás de él, hacia mí. La mirada de esos ojos no tenía nada de infantil.

—Tiene más de tres siglos de edad, Jean-Claude, no la trates como si tuviera realmente cinco años.

Él me miró.

—Valentina prefiere ser tratada como una niña, es su elección. —La miró—. ¿No, *ma dulce*? —Mintió con su voz, pero no la tocaba como si fuera una niña.

Ella asintió con la cabeza, pero sus ojos me miraban a mí. Esos ojos que contenían siglos de poder atrapados en un cuerpo demasiado delicado para hacer la mayoría de las cosas que había en su mente. Había noches en que sentía pena por ella, y había momentos, como ahora, en que no estaba segura de que estuviera cuerda, aunque se portara como un adulto. No era simplemente algo que en ella no estuviera bien. Preguntarse sobre la cordura de Valentina era como preguntarse sobre el huevo y la gallina. Nunca me había herido. Nunca había hecho nada a propósito para asustarme. Pero estaba en la corta lista de personas en las que no confiaba para encontrarme indefensa y sola. Me había llevado meses comprender que la razón por la que me daba escalofríos no sólo radicaba en que estuviera atrapada en el cuerpo de un niño. Meses para admitir ante mí misma que tenía más miedo a Valentina que a cualquier otro de los

vampiros que llamaban maestro a Jean-Claude.

—Creo que tener un bebé alrededor va a ser divertido —dijo.

—¿Divertido? ¿Por qué? —pregunté, sin saber si quería oír la respuesta.

—Ya no sería la más pequeña —dijo. Parecía una declaración inocente, entonces ¿por qué de repente sentí la necesidad de decirle que si trataba de convertir a mi bebé en un vampiro más pequeño que ella, podría matarla? ¿Paranoia? ¿O simplemente cautela? Es tan difícil distinguirlas a veces.

Richard se acercó a mí, y le dejé. No era la única que sentía que algo estaba terriblemente mal con ella. Puso su brazo sobre mis hombros, y le permití hacer eso también. Mirando fijamente a los ojos de Valentina habría dejado que cualquiera me reconfortara.

—No —dije lentamente—. No, no demasiado tiempo en el Circo.

Micah se acercó a nosotros, no me tocó, porque a Richard nunca parecía gustarle.

Toleraba que Jean-Claude me tocara estando con él, pero nadie más. No era el único que se sentía raro por la «niña».

Jean-Claude volvió a mirarnos, todavía tocando su hombro.

—Tengo que encontrar a Bartolome, y será castigado por no ocuparse de ella.

Valentina se alejó de Jean-Claude, y él la dejó ir. Ella empezó a caminar por la habitación. Richard me apretó más contra su cuerpo. Micah se movió hasta quedar de pie casi delante de mí, bloqueándola si se acercaba a mí. Normalmente, podría haberle dicho que no era necesario, pero no me gustaba su interés por la idea del bebé.

Valentina se alejó de nosotros. La tensión en mis hombros se alivió. El aliento de Richard salió en algo parecido a un suspiro. Micah no se relajó. Se quedó tenso justo delante de nosotros, no se movía porque no confiaba en ella. Ella caminó hacia Samuel y Sampson.

—¿Qué haces, pequeña? —dijo Jean-Claude.

Ella les ofreció una perfecta y profunda reverencia, sosteniendo su pequeño vestido con las manos y cruzando los tobillos mientras bajaba.

—Saludos, Samuel, Maestro de Cape Cod.

—Saludos, Valentina —dijo.

Ella le tendió la mano. Él tomó la pequeña mano entre las suyas y puso un ligero beso sobre su muñeca. Era algo protocolario, perfectamente aceptable, pero el gesto demostró, mejor que cualquier palabra, que

tampoco se sentía cómodo con ella.

Se volvió hacia Sampson. Le miró, con la cabeza inclinada hacia atrás, muy infantil, pero habría apostado cualquier cosa a que la mirada inquisitiva de su rostro no era la de una niña. La había visto mirarme antes así, y sabía que la cara no coincidía con la intensidad y la personalidad de sus ojos.

—¿Es éste vuestro hijo?

—Sí, su nombre es Sampson.

Extendió su diminuta mano hacia él. Él la tomó, pero no parecía saber muy bien qué hacer con ella.

—No soy un vampiro —dijo—. Ni siervo de nadie, o animal a llamar.

—Pero eres su hijo, su heredero. Yo soy sólo un vampiro más. Ni siquiera soy un verdadero maestro. —Estaba indicando que él la superaba en rango.

Sampson miró a su padre, que debió haberle dado una mirada segura, porque levantó la pequeña mano hacia su boca. Él, como su padre, hizo el mínimo contacto posible. Él, como su padre, mantuvo el contacto visual con ella mientras lo hacía. Eso me recordó las reglas para inclinarse ante alguien sobre la colchoneta en el judo. Mantener los ojos fijos, nunca apartar la mirada del oponente, por si acaso. Pero había una diferencia entre los dos hombres. Uno de ellos era un maestro vampiro. El otro no lo era. Era parte humano y parte sirena, tal vez algún día sería más, pero esta noche no lo era.

—Levántame —dijo ella, con esa voz de niña.

La levantó y la sentó en su regazo. Se acurrucó contra él. Él parpadeó hacia la sala con el ceño fruncido. Su cara mostraba algo parecido al dolor.

—Mierda —dije en voz baja. Le había envuelto, envuelto con sus ojos.

Jean-Claude dijo:

—Valentina, es nuestro invitado.

Samuel levantó una mano.

—Me juego mi beso a la vieja usanza. Es mi hijo, mi hijo mayor, si no puede ganar su libertad de un vampiro que ni siquiera es un maestro… —Dejó la frase sin terminar.

—Le obliga a ganarse su lugar constantemente —dijo Jean-Claude.

Samuel asintió con la cabeza.

Nunca había escuchado la regla de la que estaba hablando. Se lo dije.

—No conozco esa regla.

—Es una versión de la supervivencia del más apto, *ma petite*. Si Sampson no es lo suficientemente fuerte para liberarse, o evitar el engaño de Valentina, entonces es un poco menos digno a los ojos de su amo. Es la manera en que algunos maestros de Ciudad separan al débil del fuerte. Los que no superan dichas pruebas a menudo son degradados, enviados a otras tierras, o asesinados. —Su voz exponía un hecho, pero le conocía lo suficiente como para notar la débil desaprobación en su tono—. Muy pocos maestros de América aplican esta regla en sus tierras.

—Soy más viejo que la mayoría de los maestros de América —dijo Samuel.

Miré a Jean-Claude y él encontró mi mirada.

—Pero ella es nuestra vampira, y no vivimos según esa norma.

Richard me abrazó, con un solo brazo, como si tuviera miedo de lo que haría, o diría.

—Si su padre decretó que Sampson debe liberarse de su mirada por sí mismo, entonces así sea, pero vamos a dejar muy claro a todos nuestros vampiros que esa mirada es ilegal en nuestro país. Se considera coerción. —Miró a Valentina cuando lo dijo.

Ella le frunció el labio inferior, y se acurrucó más contra Sampson. Él puso sus brazos alrededor de ella, como en respuesta a las caricias, o tal vez ella estuviera usando trucos mentales. Si le había envuelto lo suficiente para no necesitar palabras para controlarle, nuestros problemas eran peores de lo que creía. Porque una vez que los vampiros te envuelven tanto, se apropian de ti. Son capaces de reclamar a sus víctimas en cualquier momento. Pueden ponerse bajo las ventanas y llamarlos en la noche. Infiernos, algunos de ellos pueden llamar a sus víctimas a través de la ciudad, como sonámbulos. Si Valentina le había envuelto hasta ese punto, él le daría su sangre en el momento que la pidiera. No tendría otra opción.

No sé lo que habría hecho, porque de repente se sintió una nueva energía en la sala. El aire olía a fresco y ligeramente a sal y a mar. Los ojos de Sampson parecían borrosos, confundidos, y resultó desconcertante ver como cambiaban de color.

Sus ojos pasaron del avellana de su padre al negro de su madre. Se quedó mirando el vampiro en su regazo, y en su rostro había una mirada que había visto antes.

Era una mirada que daba a su rostro, aparentemente juvenil, décadas de sabiduría más allá de su apariencia. Contempló a Valentina con una cara

que demostraba que había vivido cada día de los setenta años. Que era tanto el chico de al lado de veintitantos años que aparentaba ser, como Valentina una niña.

Trató de levantarla de su regazo, pero ella se aferró a él, jugando a ser una niña hasta las últimas consecuencias.

—¿No me quieres, Sampson?

Negó con la cabeza.

—No —dijo— ya no me gustas.

Ella hizo un mohín, llegando incluso a fingir lágrimas, como si hubiera herido sus sentimientos. Tal vez lo había hecho. Valentina era difícil de entender.

Él la apartó de su cuerpo y la colocó con firmeza en el suelo.

—No serás capaz de engañarme de nuevo, he sentido tu mente. No eres una niña, Valentina. No piensas como una niña. —Se estremeció, frotándose las manos arriba y abajo por sus brazos, como si quisiera eliminar la sensación de su contacto—. Vi lo que querías hacer conmigo. Lo que querías que hiciera. —Se estremeció de nuevo—. Tu mente desea cosas que están más allá de la edad de tu cuerpo. El dolor es tu sustituto para el sexo.

Se puso las manos en las caderas y golpeó el suelo con su piececito.

—No sé de qué estás hablando. Tal vez eres tú quien quiere esas cosas. —Luego se volvió hacia Jean-Claude—. Maestro, ¿no encuentra entre todos los visitantes uno al que me permita hacer daño? Lo necesito. —Lo dijo como si no hubiera ninguna contradicción en decir que Sampson era el pervertido y luego pedir que le dejáramos hacer lo que él la había acusado de querer hacer.

Jean-Claude suspiró.

—Asher, llévala de vuelta con Bartolome.

Asher se levantó de la silla donde había permanecido, casi inmóvil, durante todo el alboroto. Pero Nathaniel dijo:

—Yo la llevaré.

Todos le miramos.

Sonrió.

—Necesitáis hablar de negocios de vampiro con Samuel. Asher será más útil para eso que yo. —Caminó hacia nosotros para despedirse, y Micah se apartó para que pudiera inclinarse hacia mí. El brazo de Richard me sostenía aún junto a su cuerpo. Se puso tenso, y se movió como si fuera

a apartarme de Nathaniel.

Nathaniel le tocó el brazo, y Richard se congeló. Su poder corrió como un rayo punzante a lo largo de mi piel.

—¡Au, Richard, eso ha dolido jodidamente!

Nathaniel se estremeció.

—Eso realmente me dolió. —Pero su voz no sonaba como una queja.

—Retrocede —dijo Richard, y su voz sonó como un gruñido. Mantuvo bajo control su poder, lo bastante como para no hacerme daño realmente, pero era como estar al lado de una estufa sabiendo que pronto iba a estar demasiado caliente para tocarla.

Nathaniel sonrió y se empujó contra nosotros, presionando su pecho contra el brazo de Richard. Richard se alejó, pero trató de llevarme con él y, francamente, no quería estar en medio de esto. Así que dejé de moverme, pero Nathaniel estaba tan cerca que tampoco podía avanzar. Richard tenía varias opciones: sujetarme, lastimarme de nuevo, dejar que me fuera, apartarse de mí, o quedarse donde estaba, con Nathaniel tocándole.

Richard trató de retroceder, mientras trataba de no moverme, y Nathaniel sólo nos miraba, a una pulgada de distancia. Richard no estaba dispuesto a moverse sin mí, o a dejarme sola con Nathaniel. El simbolismo era demasiado crudo para las palabras.

Nathaniel habló en voz baja y suave, sus ojos color lavanda elevados hacia la cara del hombre más alto, su pecho casi clavado en el brazo de Richard que estaba entre nosotros.

—Eres como un perro marcando su territorio. Tal vez deberías mear sobre ella, así todos sabríamos que es tuya.

Me quedé helada entre ellos, porque sabía que esto no iba a acabar bien.

Richard gruñó bajo y profundo, el sonido vibró en mi piel y en el cuerpo de Nathaniel. Los dos se estremecieron, pero no creo que fuera por las mismas razones.

—Ya basta, los dos —dije.

—Ella no es un hueso que sólo uno de nosotros puede tener —dijo Nathaniel.

Richard gruñó de nuevo y esta vez su poder onduló a lo largo de mi piel, como bofetadas ligeramente cargadas de electricidad. Nathaniel y yo hablamos al mismo tiempo. Le dije:

—Eso duele, —y Nathaniel dijo—: Yupi.

—Eres un bicho raro —dijo Richard, casi en un grito.

—Tal vez, pero este monstruo es capaz de hacer por la mujer que ama y su bebé lo que tú no vas a hacer.

Richard se apartó, tan de repente que me hizo tropezar. Nathaniel me sujetó. Pero Richard retrocedió. Nathaniel le había apartado, no con el poder, sino con la verdad.

Nathaniel me abrazó, y se lo permití, porque si ahora me apartaba, todo el espectáculo habría sido en vano. Había estado alrededor de los licántropos el tiempo suficiente para entender lo que estaba sucediendo. Nathaniel, mi sumiso Nathaniel, había dado un paso adelante. Había demostrado, a la persona más dominante en mi cama, que era una fuerza a tener en cuenta. ¿Por qué esta noche?

¿Por qué Nathaniel tenía que trazar una raya en la arena esta noche? El bebé, por supuesto, el bebé. Algo sobre el bebé había hecho sentir a Nathaniel que tenía que ser más dominante. O tal vez, como yo, estaba cansado de ver a Richard intentar demostrar que era el amante dominante en mi vida mientras intentaba actuar como si fuera mi jodido amigo. No hay nada malo en un compañero, mierda, pero no se puede ser el amor de la vida de alguien y un jodido amigo. Son mutuamente excluyentes.

Nathaniel me abrazó, y envolví mis brazos a su alrededor, ocultando mi rostro contra su pecho, porque no estaba segura de lo que mostraba mi cara. Nathaniel se había enfrentado a Richard y había ganado. ¿Qué otras cosas iban a cambiar sólo por la posibilidad de un bebé?

—Me llevaré a Valentina. Vosotros podéis quedaros y hablar de negocios.

—Eres parte del negocio —dijo Micah detrás de nosotros.

—Pero tú me puedes poner al día más tarde y yo, realmente, no voy a opinar sobre las cosas de vampiros. —Sonrió—. Además, me siento poco inclinado a oponerme a cualquier persona que Anita esté dispuesta a tomar como pomme, o como amante. —Me besó en la frente y susurró—: Además, Valentina no me molesta.

Levanté la vista hacia él.

—Y a mí me molesta un poco que estés haciéndome la pelota.

Su rostro se suavizó con una sonrisa.

—Lo sé. —Me dio un beso en la boca, suave, muy suave. Se apartó y me dejó ir, aún no estaba segura de qué había cambiado en él.

Valentina se acercó a él y le tomó la mano. Él comenzó a llevarla hacia el pasillo.

Ella miró hacia atrás y nos sacó la lengua.

Claudia envió a Lisandro a acompañarles. En voz alta, dijo:

—Asegúrate de que Bartolome no está haciendo nada que no deba. —Pero estaba bastante segura de que, después de la demostración de Valentina con Sampson, ella no se fiaba de ninguno de los vampiros, no solo de ella. De mí, tampoco.



DIECISIETE

—¿Cómo le puedes amar? —preguntó Richard.

Me volví para mirarlo. Se puso de pie, con los hombros encorvados, frotándose los brazos, como si tuviera frío. Pero sabía que no tenía frío, o al menos no el tipo de frío que cubre la piel y podría quitar el calor. Era un frío del corazón, o el alma o la mente. Ese frío que hace un agujero en el centro de lo que eres, y deja algo detrás oscuro y terrible.

Le miré y no supe cómo responder a su pregunta. ¿Cómo responder sin hacer que el dolor fuera peor? Suspiré, y finalmente me di cuenta de que lo único que podía darle era la verdad. Independientemente de lo que éramos el uno del otro, cualquier otra cosa que algún día pudiéramos ser, la verdad, al menos la verdad, habría entre nosotros.

—Te hice una pregunta —dijo, y su poder comenzó a calentar la habitación como si abrieras un horno para mirar dentro. El calor se disipo casi tan pronto como había llegado. Estaba tratando de controlarse a sí

mismo.

—¿Por qué amo a Nathaniel? —pregunté.

—Eso es lo que te pregunté —dijo, con esa voz enfadada.

—Porque nunca me hace sentir como un monstruo.

—Porque es un monstruo —gruñó Richard—. Cualquier persona se ve sana a su lado.

Sentí que mi expresión se volvía neutra. Sentí esa monotonía que usaba cuando estaba enfadada de verdad y trataba de controlarme.

—Tal vez este no es el momento para esta conversación —dijo Jean-Claude con cuidado.

Ninguno le hizo caso.

—En primer lugar —dije en voz muy baja—, Nathaniel no es un monstruo. En segundo lugar, está dispuesto a interrumpir toda su vida si me quedara embarazada, y tú no. Así que ten cuidado de lo que haces antes de tirar la primera piedra.

—Si estás embarazada me casaré contigo.

La habitación estuvo llena de repente de uno de esos silencios tan espesos que puedes cortarlo con un cuchillo. Le miré fijamente durante un segundo o dos y luego dije:

—Jesús, María y José, Richard, ¿es todo lo que piensas que se necesita para arreglar esto? ¿Cásate conmigo para que el bebé no sea un hijo de puta, y así todo será mejor?

—No veo que ninguna otra persona te ofrezca matrimonio —dijo.

—Es porque saben que voy a decir que no. Todo hombre en mi vida entiende que no se trata del matrimonio. Se trata del hecho de que pudo haber creado una persona pequeña. Y tenemos que hacer lo mejor para esa persona. ¿Cómo casarse con alguien va a hacer que esto funcione?

Me miró, y hubo tanto dolor en su rostro, esa lucha, como si hubiera dicho algo incomprensible.

—Si dejo a una mujer embarazada, debo casarme con ella, Anita.

Se llama asumir la responsabilidad de tus acciones.

—¿Y si no es tu bebé? ¿Podrías realmente amar y aceptar al bebé de otro? ¿Podrías realmente seguir casado conmigo, y jugar al papá, cuando veas a ese bebé crecer para parecerse a otra persona?

Se cubrió el rostro con las manos, y gritó:

—¡No! —Me mostró un rostro devastado por la rabia. La habitación se calentó otra vez, como si su poder elevase la temperatura real—. No, me

volvería loco. ¿Es eso lo que querías oír? ¿Es eso?

—No —dije—, pero necesitaba oírlo.

Frunció el ceño a mí.

—¿Qué?

—Agradezco la oferta, Richard. En realidad, lo hago, pero si fuera a casarme con alguien, tendría que ser alguien que fuera a llevar esto hasta el final sin importar quién es el padre.

—Por lo tanto, ¿te casarás con Nathaniel, o con Micah? —Dejó que el calor se impregnara en mi piel.

—No me voy a casar con nadie, ¿no lo has entendido?

—Acabas de decir…

Le interrumpí.

—No, eso no es lo que dije, o lo que quise decir. Es lo que escuchaste.

—Estás embarazada, Anita.

—Tal vez estoy embarazada —dije.

—¿No quieres un padre para tu bebé?

Le miré, preguntándome qué podía decir que le hiciera escuchar y entender.

Jean-Claude se acercó a nosotros, no entre nosotros, sino como si los tres estuviéramos en un triángulo de poca profundidad.

—Creo que lo que está diciendo *ma petite*, Richard, es que el matrimonio no es parte de sus planes, y que tener un bebé no va a cambiar eso. —Su voz era agradablemente neutral, la que usaba cuando estaba tratando de persuadir, o calmar, y no empeorar las cosas.

—Y si es mi bebé, entonces ¿Qué? Simplemente se supone que tengo que estar bien ¿si Nathaniel y Micah la cuidan?

Bajé la cabeza. ¿Qué podía decir a eso?

—Ulfric —dijo Claudia, gritando esa palabra de la forma en que un sargento le grita a un recluta que ha hecho algo mal.

Él la miró.

—¿Qué? —Su poder golpeó a lo largo de mi piel otra vez.

—En primer lugar, controla tu poder, estas proyectándolo a todo el mundo. Tú eres el rey lobo, necesitas dar un mejor ejemplo.

—Lo que quiero para mi pueblo no es asunto tuyo, rata.

Ella continuó como si no hubiera hablado.

—En segundo lugar, estás haciendo que Anita se sienta peor de lo que ya lo hace.

Hizo un sonido sin palabras, casi un grito. Su poder volvió a elevarse, pero no doloroso. Su voz llegó contenida, cada palabra dicha con rabia contenida. Lo estaba controlando, pero todavía estaba allí.

—No quiero hacer sentir peor Anita, pero si está embarazada, debe saber que no puede seguir viviendo la vida que está viviendo.

—¿Todavía quieres atraparla? —dijo Claudia—. Atraparla y ponerla en algún tipo de matrimonio como los que había en los años 50.

—El matrimonio no es una trampa —dijo—. Lo haces sonar como si quisiera que esté descalza y embarazada.

—¿Y no es cierto? —pregunté, y su enfado era más suave ahora, como si por fin comprendiera lo idiota que estaba siendo.

—No —dijo, y lo decía en serio. Se volvió hacia mí—. Tú lo has dicho, Anita, cualquier cosa que sea lo mejor para el bebé. ¿De verdad crees que ser un agente federal, y tratar con todo tipo de delitos violentos y monstruos, es el tipo de vida que un bebé necesita?

—Jesús, Richard —dije—, todavía estás tratando de cambiarme la vida. Cambiar lo que realmente me hace ser quien soy. Tú me amas, pero no a lo que soy en realidad. Amas como quieres que sea.

—¿No es eso lo que quieres de mí? —dijo—. ¿No quieres que cambie lo que soy, también?

Empecé a decir que no, entonces me detuve. Pensé en ello. ¿Estaba pidiéndole que cambiara tanto como él quería que cambiara?

—Quería que abrazaras tú la vida que ya tienes, y que fueras feliz con ella, Richard. ¿Quieres que cambie totalmente mi vida, y trate de encajar en alguna imagen de una valla blanca que no coincide con tu vida, o la mía?

—Estoy muy harto de que me acuses de querer ponerte detrás de una valla blanca.

—Podría estar embarazada, y de repente quieres que me case y que deje de ser un agente federal. Ni siquiera estamos seguros de que haya un bebé, y ya estás tratando de imponerme tu idea de lo que nuestra vida debe ser para mí.

—¿Podrías realmente seguir trabajando en los casos de asesinos en serie, y matar a los monstruos, después de tener un bebé?

Me quedé mirándole.

—¿Qué crees que va a ser para mí tenerlo, Richard? ¿Crees que sólo porque vaya a tener un bebé me convertiré en esa otra persona? ¿En esa indulgente y amable persona? ¿Es eso lo que piensas?

—¿Puedo añadir algo a este debate? —preguntó Samuel.

Richard y yo dijimos que no, Jean-Claude dijo que sí. Samuel nos ignoró e hizo lo que Jean-Claude dijo.

—Sé que mi esposa es un ejemplo de tener hijos en situaciones normales, no extraordinarias como la tuya, pero eso no lo hace más fácil. Thea era amable con los niños. Es evidente que existió una nueva suavidad que nunca había visto, pero con todos los demás… —Negó con la cabeza —. Nunca la había visto tan despiadada hasta que Sampson nació. Estaba más decidida que nunca a que nuestro entorno fuera fuerte y seguro. Cualquier amenaza para nosotros fue destruida de inmediato. Incluso con la ayuda de las enfermeras, insistió en cuidarlo ella misma, y con la alimentación, —se encogió de hombros, con las manos arriba—, tener que levantarse cada dos horas para darle el pecho y dormía muy poco. La falta de sueño hace que la gente tenga un peor carácter, y hace que la solución más conveniente luzca bien.

Estaba pensando, ¿lactancia materna? Oh, no quiero pensar en eso.

Richard dijo:

—¿Lo estás diciendo para hacerme sentir peor o mejor?

—Pregúntale a alguien de tu confianza, pues —dijo Samuel—. Pregúntale a una mujer lo agobiante y abrumador que un nuevo bebé puede ser. Tengo tres hijos, dos de ellos gemelos. Hice lo que muchos padres cuando tienen hijos más tarde en la vida, me hice más cargo del cuidado de los gemelos que lo que hice con Sampson. Mi vida estaba más segura y había menos… negocios que me ocupaban. Creo que estaba demasiado expuesto a la América moderna. Tuve esa extraña idea de que debía estar muy involucrado con los gemelos. Me dio un nuevo respeto por lo que Thea atravesó con Sampson, cuando estaba más ocupado con las empresas. Un niño es una gran bendición, —le dio unas palmaditas en la pierna a su hijo cuando lo dijo—, pero al igual que otras grandes bendiciones, requieren una gran cantidad de tiempo, atención y energía.

Negué con la cabeza, agitando las manos en el aire como si quisiera borrar todo esto.

—No puedo lidiar con esto ahora. Tenemos que cambiar de tema, al menos hasta que haga la prueba y lo sepamos con seguridad. Si la prueba es positiva, entonces se puede hablar, pero hasta que no lo sepamos con seguridad, este tema está cerrado.

—No se puede cambiar de tema —dijo Richard.

—Sí —dijo Jean-Claude—, ella puede.

—¿Qué pasa si no quiero cambiar de tema? —Una vez más tenía la impresión de que Richard estaba buscando pelea.

Micah finalmente dijo algo.

—Anita está sólo pidiendo que cambies el tema hasta que lo sepamos a ciencia cierta, Richard. Eso tiene sentido.

—¡Tú te quedas fuera de esto! —gritó Richard.

—¡No le grites a Micah! —grité.

—Voy a gritar a quien quiera gritar —gritó.

Claudia nos gritó a ambos que nos calláramos. Un sonido amplio, profundo que nos hizo a todos mirarla.

—¿Son tus sentimientos de dolor lo único que importa aquí, Ulfric? —Negó con la cabeza—. Nathaniel tiene razón, te lo cargarías si pudieras, si eso la hiciera tuya y solamente tuya.

Él gruñó y dio un paso hacia ella.

—No —dijo Jean-Claude—, no, Richard.

—¿Quieres una pelea con él? —preguntó Micah. Parecía desconcertado. Tenía razón, no era como Claudia para empezar la lucha. Acababa las peleas, pero nunca las iniciaba.

Ella en realidad miró al suelo. Creo que estaba contando hasta diez.

—No quiero empezar una pelea con nadie, pero estoy cansada de la actitud.

—¿Qué actitud? —pregunté.

Ella señaló a Richard.

—Su actitud.

No era la única, pero dije en voz alta:

—No creo que una pelea con Richard me haga sentir mejor.

—Lo siento por eso. —Luego le dio una mirada a Richard completamente hostil—. Pero es como muchos hombres. Piensa que si pudieras estar embarazada, y solo te casaras, serías la mujercita perfecta.

—No lo creo —dijo Richard.

—¿No? —dijo.

—No —dijo.

—Entonces, ¿qué pasa con la propuesta?

—Se supone que lo propones, si dejas a alguien embarazada.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y quieres que Anita no sea un agente federal, o un verdugo de

vampiros?

—La vida que está viviendo en este momento no parece ser el tipo de vida que sería bueno para un bebé.

—No —dije—, no lo es.

Se volvió y me miró.

—Estas de acuerdo conmigo.

—Sí, por supuesto, estoy de acuerdo que mi vida no funcionará con un bebé. Pero esta es la única vida que tengo, Richard. Esto es lo que soy. No me puedo rehacer sólo porque puede haber un bebé.

—Sí —dijo— puedes. Si lo deseas realmente, puedes cambiar.

—¿Vas a dejar de ser profesor?

Desvió la mirada, y movió la cabeza.

—Me encanta ser maestro.

—Y me encanta ser un agente federal.

—Lo odias, también.

—Sí, a veces lo odio, y tal vez me quemaré por todos los casos violentos. Tal vez llegaré a un punto donde no pueda hacerlo más. Pero me gusta el trabajo de la policía, y soy buena en él.

—¿Te gusta ver cadáveres mutilados?

Negué con la cabeza.

—Vete de aquí.

—¿Qué?

—*Ma petite*, por favor —dijo Jean-Claude, y vino a abrazarme. No le aparté, pero me quedé tiesa e inflexible en sus brazos. Estaba tan enfadada que ni siquiera podía pensar. Lo único que sabía con certeza era que necesitaba a Richard en otro lugar, porque si se quedaba aquí contando mierda estúpida, me iba a decir algo imperdonable, así era él. Estábamos cerca de la clase de discusión que no admite solución alguna.

Con voz agradable y oh-tan-razonable llegó Samuel.

—Tal vez deberíamos discutir los temas que permitirán a todos sobrevivir a este fin de semana, y mantener la soberanía de su propio territorio en tus propias manos.

Eso llamó la atención de todos, incluso de Richard.

—¿De qué estás hablando? —dijo.

—Si los poderes de Anita son tan perjudiciales para otros Maestros de la Ciudad como lo han sido para Augustine, ¿qué vas a hacer? ¿Qué van a pensar los otros maestros cuando vean a Augustine y a Jean-Claude

seguirla como un perro enfermo de amor? Dio una orden a Augustine, expuso la nigromancia que controlaba a un Maestro de la Ciudad. Esa es la leyenda entre nosotros, Ulfric, pero no la realidad presente. Lo vi luchar contra ella. No sé, incluso ahora, si utilizó su poder total sobre Anita porque deseaba tener relaciones sexuales con una mujer que tenía el *ardeur* una vez más, o para impedir que cayera bajo su embrujo por completo. Es mejor estar atado a ella por el amor y la lujuria que por la obediencia ciega. En verdad, no estoy seguro de que Augustine sepa por qué lo hizo, o lo que hubiera pasado si hubiera elegido otra defensa. —Samuel suspiró—. No puedes llevarla al ballet mañana sin saber si su atracción es universal, o si se trata principalmente de la línea de Belle que es susceptible a ella.

—¿Estabas atraído por ella? —preguntó Jean-Claude.

—Siento cierta atracción, sí, pero no en el grado de Augustine. No estoy luchando para no tocarla, o hacer lo que dice. Tengo la sensación de su poder, y cuando estaba usando su nigromancia, era más impresionante, pero no, no me sentía obligado.

—Entonces, ¿es sólo la línea de Belle? —preguntó Jean-Claude.

—O tal vez sólo los vampiros que han experimentado el *ardeur* de Belle se sienten atraídos.

Finalmente me estaba relajando en los brazos de Jean-Claude.

—Eso lo explicaría todo. —No sonaba como si él creyera que era así de simple.

—Pero, Jean-Claude, tienes que entender que siento su poder. Tengo más de mil años, y soy un Maestro de la Ciudad. Tengo como mi animal para llamar a una sirena. No soy una pequeña potencia, sin embargo, tiene un cierto… —pareció buscar una palabra—, …atractivo incluso para mí. No estoy agobiado por ella, pero está ahí. Dijiste que querías mi consejo.

—Lo hago.

—Te aconsejo que encuentres una forma de probar sus poderes antes de que cumpla con la parte más grande.

—¿Cómo?

—Sé que Maximiliano de las Vegas tiene uno de la línea de Belle como su candidato a *pomme de sang*. Estaría encantado si pidieras ver a uno de sus primeros candidatos. Lo verá como un punto de favor.

—Tendríamos que ver por lo menos a un candidato de cada uno de los maestros, entonces, en privado.

—¿Pero si sale mal? —dije—. ¿No estamos corriendo el riesgo de que

todo ese experimento de la metafísica pueda estar obligado a mí para siempre?

Samuel asintió con la cabeza.

—Sí. —Me miró como ¿Qué hay de malo en eso?

—No sería justo. No se puede experimentar con ellos, corren el riesgo de unirse a mí, si no saben cuáles son los riesgos.

—Pero han venido con la esperanza de ser tu nuevo *pomme de sang* —dijo Samuel.

—Han venido con la esperanza de vincularse a ti.

—Jason ha sido el *pomme de sang* de Jean-Claude durante años, pero si decidiera regresar a la universidad, o cambiar de trabajo, o enamorase, y no quisiera seguir siendo un *pomme de sang*, podría hacerlo. Le habríamos echado de menos, y creo que echaría de menos a Jean-Claude, pero tiene opciones. No está atrapado en ser el *pomme de sang* de Jean-Claude para siempre. —Me alejé de Jean-Claude y me enfrenté a Samuel—. Lo que sugieres quita sus opciones. Es como que los convierte en esclavos sin preguntar primero si eso es lo que quieren.

Samuel me sonrió.

—Libertad y justicia son muy importantes para ti, ¿verdad?

Asentí y fruncí el ceño.

—Son importantes para todos.

Se echó a reír.

—Oh, no, Anita, te sorprenderías de la cantidad de personas que tratan de renunciar a su libertad en cada oportunidad. Prefieren que alguien más tome sus decisiones. En cuanto a la justicia, que dijiste antes, la vida no es justa.

—No, la vida no es justa, pero yo trato de serlo.

Asintió y se quedó, aplaudiendo las manos.

—Es un hallazgo raro, Jean-Claude.

—Gracias —dijo, como si el elogio fuera para él, y no para mí.

—Para hacer estos experimentos con su conocimiento, Anita —dijo Samuel—, Jean-Claude tendría que admitir ante los otros maestros que tú, todos vosotros, no tenéis ni idea de la magnitud de tus poderes. Tendría que admitir la debilidad, y la confusión, cuando lo que debéis tener este fin de semana es la fuerza y la garantía, del poder inexpugnable.

—El poder no es inexpugnable —dije.

Me dio una pequeña reverencia.

—*Touché*, pero mi punto sigue siendo válido.

Pasar gran parte de esa incertidumbre a algunos de los maestros sería casi suicida.

—Se paró frente a mí. —Piensa en esto, Anita: si estas embarazada, entonces ya no es sólo tu vida la que corre el peligro. ¿En tu sentido del juego limpio vale la pena el riesgo de dejar que los otros Maestros de la Ciudad vean tus puntos débiles? ¿Qué crees que van a pensar con este nuevo poder? ¿Podrían pensar que te deben destruir antes de esclavizarnos a todos nosotros?

Jean-Claude se trasladó a mi lado. Micah vino a mi otro lado. Yo sólo miraba a Samuel.

—No quiero hacerte daño, Anita, pero no soy tan inseguro como algunos. La inseguridad será tu peor enemiga.

—Si no podemos decir la verdad, ¿qué propones? —pregunté.

—Sencillamente, ¿no se podría mentir? —preguntó.

—No soy muy buena en eso —dije.

Sonrió y miró a Jean-Claude.

—¿Cómo has logrado la cooperación de los dos?

Ambos son más difíciles de manejar.

—No tienes ni idea —dijo Jean-Claude.

Samuel volvió a reír, y luego su rostro se volvió serio, como si la risa hubiera sido una ilusión óptica.

—Dile a los maestros que deseas ver lo poderosos que son sus candidatos, y si pueden soportar tus plenos poderes. Diles que si sus candidatos son muy débiles, pueden ser esclavizados como cualquier funcionario, que como sierva de Jean-Claude eres tan poderosa que esto ha sucedido con algunos vampiros menores de la Iglesia de la Vida Eterna.

—Eso realmente ocurrió con algunos de los miembros de la iglesia —dije.

Volvió a sonreír, pero nunca llegó a sus ojos.

—Así lo había oído.

Eché un vistazo a Jean-Claude.

—¿Se lo dijiste?

—No.

—Tengo espías en tus tierras, Anita. Sois demasiado poderosos para no tener espías de todos los maestros que aceptaron venir aquí. Ninguno de nosotros habría llegado a tus tierras sin un cierto conocimiento de tus

poderes. Ninguno de nosotros hubiera venido sin saberlo de antemano.

—Genial —dije.

—Pero en ello se establece perfectamente la situación, Anita. Puedes decir la verdad, que deseas ver si los candidatos son lo suficientemente fuertes para soportar tus poderes, como un verdadero *pomme de sang*, como tan acertadamente señalaste, seguramente no están tan cerca metafísicamente hablando. Comer solamente de aquellos que ya están vinculados a ti es como comerte tu propio brazo. Puede llenar tu estómago, pero se necesita más energía de la que te dan.

—Nos llevó un poco de tiempo darnos cuenta de eso —dije.

Me dio otra pequeña inclinación.

—Tu nuevo *pomme de sang* debe ser independiente, y lo suficientemente fuerte como para jugar de tu parte. Es una petición razonable.

—Es un buen plan —dijo Jean-Claude.

—¿Y si todos ellos caen en mi, maldita sea, hechizo? ¿Qué pasa si soy demasiado nigromante para alguno de ellos?

—Entonces, el juego será cancelado —dijo Samuel—. No se puede jugar a Cenicienta si todos los príncipes te quieren.

—No soy Cenicienta —dije—. Soy el príncipe.

Sonrió, pero de nuevo no llegó a sus ojos.

—Muy bien, el Príncipe Encantador, pero el punto sigue siendo el mismo. No se puede reproducir al Príncipe Azul si quieres a todas las princesas, porque tan bueno como puede ser, nadie es tan bueno. —Miró a Jean-Claude entonces—. Ni siquiera Jean-Claude.

Esa mirada, y el comentario, me hicieron preguntarme si realmente eran amigos la forma en que Jean-Claude y Augustine habían sido. Dijeron que no lo eran, pero la mirada significaba algo.

—Vamos a hacer lo que sugieres, Samuel. Sé que puedo confiar en tu criterio sin compartir nada de esto.

—Te doy mi palabra —dijo, luego me miró—. Nunca te pondré en peligro. Quiero tratar de llevar a Sampson a su poder, Anita. No insistiré en que se haga primero, pero preferiría antes a después.

—Sé que no será esta noche —dije.

Sonrió y esta vez le llenó los ojos con un humor suave.

—No, no esta noche. Creo que el plato está lo suficientemente lleno sin añadir a Sampson en él.

Hizo una reverencia a Jean-Claude. Sampson hizo lo mismo. Volvieron sobre sus talones y se fueron.

La voz de Claudia rompió el silencio.

—¿Quieres salir y hacerte una prueba de embarazo?

—Tenemos dos por si acaso —dijo Micah.

Mi garganta estaba repentinamente tan apretada que no podía respirar.

Nathaniel y Lisandro entraron por el pasillo en ese momento.

—¿Qué me perdí? —Le miré, y la expresión de mi cara debió haber sido mala, porque vino a mí, y me envolvió con sus brazos, y le dejé.

—Tuviste un retraso de un mes, no tienes que esperar hasta mañana para hacerte la prueba —dijo Claudia.

Quería decirle que se detuviera. Que dejara de hablar, que dejara de ayudar, pero tenía razón.

No tenía tan solo dos semanas de retraso, como le había dicho a Ronnie. Mi período podía moverse por dos semanas, más tarde o más temprano, dependiendo de mi ciclo hormonal, supongo. Si utilizara la cuenta de la mayoría de las mujeres, tendría cerca de cuatro semanas de retraso, no dos. Dos semanas en el mes de noviembre, más las cuatro últimas semanas, cuando debería haber sangrado.

Cuatro semanas, sí, la prueba debería funcionar.



DIECIOCHO

Una prueba de embarazo es sólo esta pieza plana de plástico con pequeñas ventanas en la misma. Tan pequeño que cabe en mi mano con espacio de sobra, y mis manos no son tan grandes. Una cosa tan pequeña que tiene a tanta gente tan trastornada. Pero entonces, si estuviera embarazada, el bebé sería más pequeño que la prueba de embarazo. Pedazos diminutos de plástico, e incluso pedazos aún más pequeños de células, y toda mi vida dependía de ellos. Bueno, no iba a morir si era un sí, pero era una especie de sentimiento de que lo haría.

En primer lugar, no hay dignidad. Tienes que orinar en el palito. U orinar en un bote, luego, poner el palo en él. Luego, colocar la tapa y esperar a que aparezcan las líneas. Una línea: no estás embarazada. Dos líneas: estás embarazada. Parecía bastante simple.

Recé para no estar embarazada. Recé, y negocié. Sería más cuidadosa. Usaría condones y no confiaría sólo en la píldora. Yo, bueno, se entiende la

idea. Estoy segura de que no era la primera mujer en sentarme sola en un cuarto de baño deseando, esperando, rogando, negociando con Dios, de que si este lío pasaba, iba a ser mejor. Mierda.

No quería sentarme en el baño durante los tres minutos. Pero tampoco quería salir afuera y enfrentar a los hombres. Lo arreglé; anduve en el interior del cuarto de baño. Eran diez pasos de la puerta hasta el borde elevado de mármol de la bañera.

Diez pasos, atrás y adelante. El mármol estaba frío con los pies descalzos, pero por lo general no pasaba mucho tiempo andando por él. Estaba bien para entrar y salir, o para sentarse en el agua caliente en la bañera. Me concentré en nada, en todo, excepto en ese pedacito de plástico donde se sentaba en el borde del lavabo.

Traté de no mirarlo. Si miras antes, puede no ser concluyente. Llevaba un reloj de hombre en mis manos. El reloj de Micah. Se lo había quitado de su muñeca y me lo había entregado, porque el mío estaba todavía colocado en la mesilla de noche al lado de nuestra cama.

Traté de poner el reloj en el bolsillo de la bata, porque me ponía nerviosa, como si al no poder ver el reloj corriera más rápido el tiempo. Traté de sentarme en el borde de la bañera mirando la segunda mano, pero eso hizo al tiempo ir incluso más lento. Ahora que estaba a pocos minutos de saberlo, quería saberlo. No más conjeturas. Lo necesitaba saber, de una manera u otra. Lo necesitaba saber.

Lo que no sabía era que Micah había puesto una alarma en el reloj. Emitió un sonido breve y agudo, y me asustó. Di ese pequeño grito eep que sólo las niñas parecen hacer.

Claudia llamó a la puerta.

—Anita, ¿estás bien?

—Lo siento, la alarma me sobresaltó. Lo siento. —Ya estaba en el centro de la sala, frente al lavabo. Todo lo que tenía que hacer era darle la vuelta. Tenía un apretón de muerte en el reloj. El corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que todo el mundo fuera de la puerta lo oía. No quería mirar. Quería saberlo, y no quería saberlo. Quería tener a alguien que mirara. Micah lo haría, o Nathaniel. Dios, estaba siendo tan cobarde y estúpida, como si simplemente al no mirar haría que no fuera cierto. Pero tenía que mirar, tenía que hacerlo.

Tomé los últimos pasos hacia el lavabo, y miré hacia abajo. Dos líneas, dos líneas de mierda. El mundo dio vueltas, y tuve que agarrarme al borde

del lavabo para evitar deslizarme hacia un lado. Todo lo que podía oír era mi propia sangre rugiendo en mis oídos. No me iba a desmayar, maldita sea. No me iba a desmayar.

Me arrodillé, todavía me aferraba a los bordes del armario. Puse mi cara en mi brazo, y esperé a que el vértigo pasara. Joder.

Cuando pensé que podía hacerlo sin sentirme mal, levanté la cabeza hacia arriba.

La habitación no dio vueltas. Bien. Pero no estaba del todo segura como para confiar en mí misma para caminar hacia la puerta. Lo odiaba, pero al parecer mi cuerpo había decidido que simplemente no estaba funcionando todavía. Podía sentarme en el suelo hasta que sintiera menos débiles las piernas, o podía gritar para pedir ayuda.

Sabía que los hombres estaban casi tan tensos como yo, así que la espera parecía cruel, o tal vez no era cruel. Había unos cuantos minutos más para creer que lo peor no había ocurrido. Odiaba tratar el milagro de la vida como un desastre, pero así era como se sentía. Al final llamé, con una voz que sonaba casi como la mía:

—Claudia.

Ella golpeó la puerta y dijo:

—¿Me quieres ahí dentro?

—Sí —dije.

Llegó, y una mirada hacia mí en el suelo la hizo cerrar la puerta tras de sí. Se acercó a mí, miró la prueba, y dijo con verdadero sentimiento:

—Bueno, mierda.

—Sí —dije.

—¿A quién quieres decírselo primero?

Negué con la cabeza y me apoyé en los armarios.

—A nadie.

Me lanzó una mirada.

—No les puedo llamar de uno en uno; Richard se molestará, o lo hará otra persona.

Tengo que ir a ellos.

Ella miró por la habitación.

—Todos podrían caber aquí, a duras penas.

Metí mis rodillas hasta que quedé apretada y me aferré.

—Jesús, Claudia. Jesús.

Se arrodilló a mi lado. Su rostro era tan simpático que tuve que apartar

la mirada.
Mis ojos estaban empezando a quemar, mi garganta a apretar.
—Ayúdame a hacerlo antes de que empiece a llorar.
—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó.
—Ayúdame a levantarme.
Tomó mi mano y me levantó fácilmente. Mantuvo una mano en el codo para estabilizarme, como si supiera que lo necesitaba. No discutí. Llegamos a la puerta de esa manera, entonces tomé el brazo de vuelta y abrió la puerta.
Pensé que tenía la cara bajo control, pero debía haber sido un error, ya que todos ellos reaccionaron a ella. Sólo Jean-Claude y Asher no mostraron nada, pero su falta de reacción fue la reacción suficiente.
Micah y Richard llegaron en primer lugar, casi al mismo tiempo. Se miraron uno al otro, y Micah se inclinó hacia atrás, dejando que el otro hombre me tocara. Fue muy bueno por su parte, pero hubiera preferido abrazarlo, desde que era casi seguro que Richard diría algo que me hiciera sentir peor.
Él medio me abrazó, para mantenerme, sin dejar de mirar mi cara.
—¿Es un sí?
Asentí con la cabeza, porque no me fiaba de mi voz. Mi garganta estaba tan apretada que dolía, como si me estuviera ahogando.
Me abrazó, y me levantó, y me giró alrededor. Cuando pude mover mi cara lo suficiente para ver la suya, me sonreía radiante. Me sonreía radiante. ¡Estaba feliz!
¡Feliz por eso!
—No te atrevas a estar feliz con esto —dije.
Su sonrisa empezó a desvanecerse en los bordes.
Jean-Claude dijo:
—¿Preferirías que estuviera descontento al respecto?
Richard me bajó, mientras miraba al otro hombre. Miré de vuelta a Richard, que ahora no parecía muy contento en absoluto. ¿Qué habría hecho si hubiera estado enfadado o triste, por estar embarazada?
Bajé la cabeza, apoyando la parte superior contra el pecho de Richard.
—Lo siento, Richard, lo siento. Estoy contenta de que alguien sea feliz por esto.
Me tocó la cara, la levantó así que tuve que mirarlo.
—No puedo estar infeliz con esto, Anita. No puedo. Si hemos hecho un

bebé… —Se encogió de hombros, y sus ojos estaban llenos de felicidad, preocupación, tantas emociones.

—¿Qué quieres que digamos, *ma petite*? Si no estamos felices, entonces ¿qué deseas?

Me aparté de Richard. Pensé que no podía ser feliz y su felicidad me fastidiaba.

—No lo sé, sólo tener lo que sientes, adivino.

Micah me tocó el brazo.

—Siento que estés infeliz al respecto.

Le sonreí, y el hecho de que podía sonreír por algo era probablemente una buena señal.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Sonrió.

—Te amo. ¿Cómo no podría amar a un pedacito de ti corriendo de aquí para allá?

Negué con la cabeza.

—¿No te sientes estafado? Quiero decir, no puede ser tuyo.

Se encogió de hombros.

—Sabía que me rendía a tener mis propios hijos cuando me hice la vasectomía.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Richard—. No tienes 30 todavía, sin embargo, ¿por qué te hiciste eso a ti mismo?

Micah envolvió sus brazos alrededor de mí, sosteniéndome cerca.

—Mi viejo alfa, Chimera, le gustaban las cambiaformas embarazadas. Si había una mujer embarazada por otra persona, alguien a quien quería, Chimera la tomaba hasta que perdía al bebé. Se la quitaba a su amante, para follarla mientras estaba embarazada del niño de otra persona, y lo perdía.

Le tenía apretado, le sostuve y escuché acelerar su ritmo cardíaco. Su voz nunca mostró lo terrible que había sido, pero el pulso sí. Había oído la historia antes, pero Richard no, y su rostro mostraba repulsión y otra cosa, ira, creo.

Nunca había oído una historia de Quimera que me hiciera infeliz por haberle matado. No, esa fue una muerte sobre la que no tenía absolutamente ningún remordimiento.

Nathaniel se acercó por detrás de mí, y se envolvió contra mi espalda, me sostenían entre los dos. Se sentía tan seguro. Incluso ahora, incluso con la historia de Micah horrible y fresca, incluso con las noticias sobre el bebé,

todavía me sentía segura. Eso tenía que ser una buena señal, ¿no?

Jean-Claude llegó a nuestro lado. Todos levantamos la cabeza de los diversos hombros en que estábamos, y le miramos.

Me tocó el rostro, siempre tan suavemente, y sonrió.

—Pase lo que pase, *ma petite*, no te abandonaré.

Asher caminaba hacia el otro lado, así que estaba en una caja por ellos cuatro.

—Realmente no estoy incluido, ¿verdad? —dijo Richard, y su voz tenía más tristeza que rabia.

Micah dijo:

—Podrías estar si quisieras estarlo, Richard. Nadie te excluye, excepto tú. —Tendió la mano hacia Richard.

Richard miró la mano, y miró a todos los hombres.

—No puedo, Anita. No puedo ser parte de esto.

—¿Una parte de que, *mon ami*? —preguntó Jean-Claude.

—Todos vosotros juntos —dijo Richard.

Micah dejó caer su mano.

—No estamos pidiendo tener relaciones sexuales con todo el mundo, Richard. Estamos reconfortando a Anita, y a nosotros mismos.

Eres un cambiaformas, entiendes la necesidad del contacto cuando estás preocupado o asustado.

Richard sacudió la cabeza.

—Siempre se trata de relaciones sexuales con él. —Señaló a Jean-Claude—. No dejes que te engañen, Micah. Está disfrutando al tocarte. —Parecía que había decidido que de los otros hombres, Micah era el que probablemente más entendiera su malestar. Micah deslizó su brazo por la cintura, de Jean-Claude, tiró de él un poco más apretado contra él y yo. Obligó a Jean-Claude a poner más de su brazo sobre los hombros de Micah, poner la línea de sus cuerpos uno contra el otro desde la cadera hasta el pecho. Micah mantuvo su mirada en Richard, mientras que él consiguió un ambiente acogedor.

—Si él fuera otro cambiaformas, disfrutaría del tacto también. Todos hemos tenido un shock. Todos estamos sintiendo inseguridad, Richard. Todos estamos preguntándonos cuánto de nuestra vida tiene que cambiar para dar cabida a un bebé. Tienes miedo, ¿verdad?

—Eres Nimir-Raj, ¿estás diciendo que no puedes oler cuando alguien tiene miedo?

—No había burla en su voz.

—Creí que te enfadarías si te decía que olías a miedo.

Las manos de Richard se cerraron en puños. Su rostro se oscurecía por la ira, luchaba por el control de sí mismo, visiblemente. Era casi doloroso verle luchar contra su ira, y puesto que su poder nunca antes había calentado la habitación, estaba controlando mucho más que sólo su ira.

Empezó a caminar hacia nosotros, desigual, como si sus pies no quisieran moverse. Se movía como un robot reacio, hasta que llegó al borde del nudo de hombres. Entonces se detuvo. Se quedó allí junto a nosotros, como si no supiera qué hacer a continuación.

Jean-Claude se trasladó, haciendo un hueco entre él y Nathaniel. Era una invitación a unirse al círculo. Richard se quedó allí, mirando al suelo, las manos colgando a los costados. Fue Nathaniel que se trasladó aún más lejos, dejándome ir, y sólo manteniendo la mano de Asher. Nathaniel se movió de modo que el círculo se convirtió en casi la mitad de un círculo. Jean-Claude tomó el ejemplo de Nathaniel, y se trasladó más lejos de mí, con el brazo todavía alrededor de Micah.

Me quedé a solas con los hombres como un telón de fondo.

Richard se quedó allí, inmóvil, como si no lo hubiera notado. Di un paso adelante y toqué con la yema de los dedos la franja de su cabello donde escondía el borde de su rostro. Se estremeció y levantó los ojos hacia mí. El dolor en esos ojos marrones, hizo que mi garganta se apretara. Tal vez era sólo que tenía una noche emotiva. O tal vez, si amas a alguien, nunca se puede ver mucho dolor en los ojos sin querer arreglarlo.

Tuve que ponerme de puntillas para tocar su cara, una mano apoyada en el brazo para no perder el equilibrio. Apoyé mi mano contra el lado de su cara, justo en la inflamación de sus pómulos, sintiendo la fuerza de la curva debajo de mi mano.

Su rostro era como él, fuerte y perfecto por fuera. Dentro de ese paquete de hombre casi perfecto había una tormenta. Se mostró en sus ojos, todo ese dolor, la ira. Su brazo flexionado bajo mi mano. El oleaje suave de moldear los músculos por sí mismo contra la curva de mi mano. No estaba segura de si lo había hecho para recordarme lo fuerte que era, o si era la única muestra de que todavía retrocedía. Desde la mirada de sus ojos, estaba apostando porque retrocedía.

Comenzó a inclinarse hacia mí, me estiré hacia arriba para encontrarme con él.

Nuestros labios se encontraron, pero era más que el tacto de un beso. Sus labios se movían contra los míos, el más suave de los besos. Le devolví el beso, una caricia suave de labios. Entonces apretó la boca contra la mía, y no hubo nada suave al respecto. Él rompió el beso con un sonido que era mitad sollozo y mitad un suspiro. Cayó de rodillas, arrastrándome con él, aferrado a mí como si fuera la última cosa sólida en el universo.

Le tenía, le acaricié el pelo, murmuré su nombre:

—Richard, Richard, —una y otra.

Lloró como si su corazón se rompiera.

Jean-Claude se arrodilló junto a nosotros. Metió la mano en la parte posterior de la cabeza de Richard. Al ver que no reaccionaba al tacto, Jean-Claude puso sus brazos alrededor de los dos. Puso su cara contra el lateral de la cabeza de Richard, y le dijo algo en francés que no cogí.

Cualquier cosa que dijera, era bajo y reconfortante.

Nathaniel se arrodilló al otro lado enfrente a Jean-Claude. Me tocó el hombro, pero dudó acerca de tocar a Richard.

Clay llegó y se arrodilló en la espalda de Richard. Me miró con preocupados ojos, y se apretó a lo largo de la espalda de Richard, sus brazos le sujetaban firmemente.

Él dijo:

—Huele la manada, y sabes que estás a salvo. —Sonaba como un viejo refrán.

Con el cuerpo de Clay para proteger a Richard, Nathaniel me abrazó y a Clay, pero todos se abrazaron a Richard. Clay había comprendido cuánto Richard necesitaba el toque, pero había comprendido que no podría dejar que los leopardos y los vampiros llegaran a esa distancia. Pero otro lobo de su propia manada, era seguro. Ese momento de entendimiento empujó a Clay de guardaespaldas a amigo en mi libro.

Micah llegó a mi espalda, nos abrazamos estrechamente. Asher finalmente se arrodilló, más por mí y por Nathaniel, que por Richard, pero su mano tocó el pelo de Richard. Todos dimos lo que pudimos.

El llanto empezó a ceder, y luego se detuvo. Sentí la tensión en sus brazos, su cuerpo, aliviarse. Su aliento salió en un suspiro largo y pesado. Le sentí instalarse en la calidez y el tacto. Sentí que la fragilidad y la preocupación se alejaba de la presión de los cuerpos, y el cuidado.

Entonces respiró profundamente, una respiración completa, y se levantó más alto en las rodillas. Era como un hombre que se levanta de las aguas

profundas, salvo que aquellas aguas eran manos y cuerpos. Se puso de rodillas, y luego comenzó a luchar por ponerse en pie. Todos nos movimos para dejarlo colocarse.

Me sonrió, a todos nosotros.

—Gracias, a todos. Lo necesitaba. No sabía cuánto… —Empezó a salir de nuestro círculo de rodillas. Jean-Claude y Clay se movieron hacia atrás para que él pudiera salir.

Se detuvo al pie de la cama, y respiró tan profundo que su cuerpo se estremeció con él.

Jean-Claude se levantó y me ayudó a ponerme de pie. No protesté por la ayuda; me sentía débil. Richard no era el único que necesitaba ser mantenido esta noche.

Todo el mundo se puso de pie, solos o en parejas. Esperamos a que Richard dijera algo, o para que uno de nosotros pensara en algo que valiera la pena decir.

Se volvió y nos dio una sonrisa. Era su antigua sonrisa, su sonrisa de Boy Scout, solía llamarla. Parecía más relajado de lo que lo había visto en mucho tiempo.

—Iré a la litera de la habitación de Jason esta noche.

—No tienes que irte —dije.

La sonrisa se deslizó un poco, dejando un poco de tristeza de paso.

—No puedo dormir aquí, Anita, no con todos ellos.

—No creo que todo el mundo permanezca —dije.

Se encogió de hombros.

—No quiero compartirte, Anita. Especialmente esta noche.

Pero vi tu cara cuando Nathaniel y Micah te mantuvieron. Nunca muestras esa paz conmigo.

Abrí la boca para decir algo reconfortante, pero él levantó una mano y me detuvo.

—No lo niegues, Anita. No estoy enfadado, sólo… —sacudió la cabeza —. No sé qué hacer, pero sé que no puedo compartirte esta noche. Será el amanecer pronto, y no vas a querer a Jean-Claude con nosotros. Él es con el único que podría soportar compartirte esta noche. —Se encogió de nuevo —. Pero querrás algo más cálido. —Su cara luchó por parecer alegre, y casi lo consiguió—. Es mejor si sólo me voy. Diré, o haré, algo que te moleste esta noche Anita. Sé que lo haré. —Su ceño fruncido se convirtió en algo amargo por un segundo—. Aprecio la comodidad, lo necesitaba, pero una

parte de mí todavía desea que todos se hubieran ido. —Dicho esto, giró sobre sus talones y se fue hacia la puerta.

—Clay —dije—, ve con él.

Clay no discutió, y cuando le siguió, Richard no protestó. Lo tomé como una buena señal. Esperaba que así fuera, de todos modos.



DIECINUEVE

Jean-Claude me abrazó contra su cuerpo.

—Lo siento, *ma petite*.

Asher se acercó y me besó en la mejilla.

—Yo no siento que se haya ido.

—Hay que ser agradable, Asher.

Se acurrucó junto a mí colocando su brazo por encima de Jean-Claude.

—Nos hemos comportado admirablemente y aun así tu Ulfric se ha marchado hecho una furia.

Nathaniel se paró delante de mí, apartando un mechón de mi pelo de la cara.

—Sinceramente, Anita, no lamento que se quede en otro lugar para pasar la noche.

Quiero abrazarte esta noche, y Richard no me deja hacerlo.

Los dos tenían razón, así que ¿por qué me sentía como si debiera

defender el honor de Richard?

—Basta ya de esto —dijo Jean-Claude—. *Ma petite* está cansada. Vamos a dejarla con Micah y Nathaniel.

Me besó en la cara suavemente, sin mostrar nada en su cara. Había noches en que me pedía no dejar la habitación, pero esta noche ni siquiera trato de hacerlo.

Me dejó ir, y se dirigió hacia la puerta, con Asher a su lado.

—Me parece un error mantenerte lejos de tu propia cama —dijo Micah.

Jean-Claude se volvió y dijo:

—*Ma petite* no se siente cómoda cuando me muero al amanecer. Respetaremos su sensibilidad esta noche. Ha tenido suficiente por hoy.

Asher deslizó su brazo por Jean-Claude.

—Vamos a estar en mi cuarto.

Los había visto abrazados un centenar de veces. Los había enviado a la sala de literas docenas de veces. Pero por primera vez, me pregunté qué harían una vez que estuvieran allí. ¿Cosas sexuales? ¿Harían el uno con el otro lo que Jean-Claude y yo hicimos con Auggie? ¿El pensamiento me molestaba? No estaba segura.

Micah me miró.

—Damian no muere en la madrugada, si está contigo. ¿No deberíamos saber si se aplica lo mismo a Jean-Claude?

—No me presiones, Micah.

Me sentí casi frenética con la necesidad de algún tipo de normalidad esta noche.

Mi voz no sonaba desesperada, sonaba enfadada.

—Puede dormir a mi lado, así si muere al amanecer, no lo notarás.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué es tan importante para ti? ¿Por qué esta noche?

—Creo que tenemos que averiguar si Jean-Claude ha ganado algunos de los mismos poderes que Damian tiene, pero la verdad, a Belle Morte le costó mucho más controlarte una vez que te tocó. Me gustaría mantenerlo cerca de ti esta noche, por si acaso.

Le miré parpadeando y luego suspiré.

—Práctico como siempre —dije.

—Eminentemente práctico —dijo Asher. Soltando el brazo de Jean-Claude—. Iré a la cama solo.

—Asher —dije—, por favor, no puedo lidiar con más sentimientos esta

noche.

Me sonrió, y volvió a mí. Me abrazó, suavemente, y me dio un beso casi fraternal en la frente.

—No quiero crearte más malestar por hoy, simplemente, me gustaría la oportunidad de probar esta teoría de los vampiros en el día. Si funciona para nuestro Jean-Claude, entonces tal vez podría funcionar para mí.

—Sólo funciona para Damian y si Nathaniel está en la habitación. Creo que sin Richard no va a funcionar para Jean-Claude.

Asher dio un paso atrás mientras encogía los hombros de una forma galante y se dirigió hacia la puerta. Parecía tranquilo, pero conocía su lenguaje corporal, gracias a la memoria de Jean-Claude. Así que sabía perfectamente que Asher estaba molesto y dolido, pero no podía devolverle la llamada, hoy realmente no quería tener a un cadáver en la cama y mucho menos dos.

Me moví hacia el cadáver en cuestión, él estaba allí, quieto, con su bata elegante.

Sólo se veía un trozo de su pecho, pálido, rodeado por el encaje negro de la camisa y enmarcado por su pelo.

El cansancio se apoderó de mí como una ola. No, estaba embarazada, era todo.

Había tenido todo lo que podía manejar por una noche.

Micah me abrazó por detrás. Nathaniel llegó a bajar la mirada hacia mí. Levantó la barbilla y me miró a los ojos. Me dio la más dulce de las sonrisas y luego dijo:

—Eres maravillosa.

Asentí con la cabeza, sus dedos todavía bajo la barbilla.

Me dio un beso en la boca, suave, no había prisa. Me tomó la mano y empezó a guiarme hacia la cama. Micah dejó caer su brazo pero aun íbamos cogidos de la mano, así que Nathaniel nos arrastró a ambos a la cama.

La cama estaba cubierta por unas sábanas rojas carmesí, a juego con las cortinas, que adornaban los dos lados de la cama.

Hacía mucho tiempo, la decoración de Jean-Claude, había sido exclusivamente blanca y negra. Siempre me había quejado, aun podía recordar la primera noche que había visto el color rojo adornando su habitación. Después de eso no volví a quejarme de la decoración, con miedo a lo que pudiera hacer a continuación.

Nathaniel tuvo que soltar la mano para mover la colcha de debajo del montón de almohadas. Las sábanas eran negras como un toque de oscuridad. Algunas de las almohadas más pequeñas fueron apiladas en dos sillas de la sala, junto a la falsa chimenea. Gracias a la tecnología moderna que realmente podía hacer fuego, pero en todo el tiempo que viví con Jean-Claude nunca había visto nada en la chimenea, sino un fanático de antigüedades enmarcado tras un cristal.

Nathaniel y Micah iban y venían como hormigas retirando todas las almohadas de la cama.

Jean-Claude estaba delante de mí, al otro lado de la cama, nos quedamos mirando a través de la extensión de seda roja y negra. Cuando digo extensión, lo digo en serio. La cama era más grande que una extra grande. Tamaño orgía es como había empezado a llamarla. No era mi intención dar a entender nada de lo que estaba haciendo cuando no estaba aquí. La cama era la más grande que jamás había visto.

Entonces me di cuenta, que no era del todo cierto. La cama de Belle era de este tamaño. Realmente deseé no haber pensado en eso. De repente, tenía frío.

—¿Qué está mal, *ma petite*? —preguntó.

Negué con la cabeza. No quería compartir la observación, como si hablar de ello lo hiciera más cierto.

Micah y Nathaniel volvieron a la cama. Micah se detuvo y nos miró, mientras Nathaniel comenzó a desabrocharse la camisa.

—Creo que es posible que desees esperar a eso —dijo Micah, todavía mirando a uno y a otro.

Nathaniel siguió desabrochando botones.

—Lo resolverán. —Se quitó la camisa mientras se encaminaba hacia el gran armario. Era de madera oscura, a juego con la cama. Nathaniel lo abrió y empezó a colgar la camisa. El armario estaba vacío, excepto por nuestra ropa extra. La de Nathaniel, la de Micah y la mía. Jean-Claude tenía una habitación del tamaño de un pequeño almacén llena de ropa. Había empezado a colgar la ropa en el armario, para mantener la habitación lo más limpia y vacía posible. Había adquirido el hábito cuando empezó a ser un huésped habitual. No conservas cosas que valoras en una habitación en la que solo vas a pasar una noche. Jean-Claude no hacía habitaciones para follar una sola noche, pero los viejos hábitos tardan en morir. Todos los vampiros que había conocido, una vez que adquirían una costumbre, no

les gustaba renunciar a ella. Perro viejo, no aprende trucos nuevos, o algo así.

Nathaniel volvió a la cama totalmente desnudo. Tuve uno de esos momentos de malestar. Le había visto desnudo más veces de las que podía contar. Le había visto desnudo delante de Micah y Jean-Claude más veces de lo que podía contar. Así que ¿por qué me ruborizaba?

Nathaniel se metió en la cama, levantando la sábana lo suficiente para que no le gritara. Si por él fuera, creo que Nathaniel habría ido desnudo todo el tiempo. Se recostó sobre las almohadas de color rojo y negro. Su cabello estaba todavía recogido por lo que su rostro estaba enmarcado en toda esa seda negra y roja. Su rostro había empezado a llenarse, la estructura ósea, que hace seis meses sólo había sido una promesa, era en cierta forma más real, más masculina. Había pasado de la bonita belleza que tenían algunos jóvenes, a la apuesta hermosura que la mayoría desarrollaban. También había crecido casi una pulgada en los seis meses que llevábamos juntos. A los veinte años se estaba desarrollando lo que algunas personas hacen a los diecisiete años, o antes. La genética es una cosa maravillosa y confusa.

Me sonrió, y la sonrisa fue totalmente masculina. Una sonrisa satisfecha que indicaba que sabía que le estaba mirando, y lo mucho que le gustaba el efecto que tenía sobre mí. Había estado en mi cama durante medio año, desde hace un mes desnudo, y seguía mirándole como si fuera la primera vez.

Eso hizo que me sonrojara y mirarse hacia otro lado.

—Ven a la cama, Anita —dijo— sabes que lo deseas.

La cólera fue instantánea. Ya no estaba sonrojada cuando alcé los ojos hacia él.

—No me gusta que se den las cosas por supuestas, Nathaniel.

Él suspiró y se sentó, colocando los brazos alrededor de sus rodillas.

—No dejes que el bebé te haga echarte atrás. Has avanzado mucho respecto a sentirte cómoda para perder terreno ahora.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres decir con eso? —pregunté, con las manos en las caderas, contenta de estar enfadada. El enfado era mucho mejor que la tristeza, o el miedo, o la vergüenza.

Sus ojos color lavanda estaban serios, no tenía miedo, no estaba preocupado, pero si estaba serio.

—¿De verdad nos vas a hacer esto?

—¿Hacer qué? —pregunté.

Suspiró y dijo:

—¿Por qué te molesta que esté desnudo?

Abrí la boca, la cerré, y finalmente dije, en voz baja:

—No lo sé. —Ésa era la verdad; estúpida, pero cierto.

Micah vino hacia mí, me tocó tentativamente. Me acerqué a él, envolviendo mis brazos a su alrededor. Me abrazó, coloqué mi cara contra su cuello, así podía oler su calor. Sólo con el olor de su piel algo duro y frío se aflojó en mi interior. Aspiré su olor, y debajo del limpio olor de la piel recién afeitada, estaba el olor de Micah, un olor casi agudo, de leopardo. El olor del hogar.

Habló contra mi piel:

—Vamos a la cama, Anita.

Asentí con la cabeza, todavía apretada contra él.

Sentí que su boca formaba una sonrisa contra mi piel. Conocía con exactitud la sensación que producía, lo que significa que debía hacerle sonreír con su boca pegada a mí muy a menudo. Supongo que sí.

Se apartó y comenzó a desabrochar su cuello. Tenía una corbata para quitar. Me quedé allí y le vi descubrir la bronceada parte superior de su cuerpo, pero en vez de disfrutar del espectáculo, sentí como volvía la ansiedad.

Toqué el brazo de Micah, se detuvo con uno de sus gemelos a medio quitar.

—Detente un momento. —Giró sus perplejos ojos hacia mí.

—Estás nerviosa otra vez —dijo Nathaniel—. ¿Por qué?

Negué con la cabeza, luego miré hacia el otro lado de la cama. Jean-Claude seguía en la cama, estaba apoyado sobre uno de los grandes postes de madera. Sus brazos entrelazados a su alrededor mientras nos observaba. Su rostro era neutral, pero había estado en su cabeza, esta noche más que nunca, en una zona especial.

—Mierda —dije.

—¿Qué? —preguntaron a la vez Micah y Nathaniel.

—Ya sé lo que está mal.

Los dos me miraron, pero yo miraba a Jean-Claude.

—Eres tú —dije.

—He visto a tus hombres desnudos antes —dijo con esa agradable voz neutra.

—Hemos estado en la cama completamente desnudos y sudorosos, Anita —dijo Nathaniel.

—Sí, pero nunca habéis tenido sexo con él. Yo he tenido sexo con él.

—Jean-Claude se ha alimentado de mí, Anita —dijo Micah—, ha tomado más sangre de mí que vuestra.

Miré a Micah.

—¿Me estás diciendo que tomar sangre es lo mismo que tener sexo con él?

Se encogió de hombros, y vi como su rostro se apagaba y aparecía la mirada que usaba cuando no estaba seguro de lo que yo quería.

—He tenido relaciones sexuales que no se sentían tan bien como la alimentación de Jean-Claude.

—Entonces, estabas teniendo el sexo equivocado —dije.

Sonrió.

—Era joven, he mejorado.

—Sí, lo hiciste —dije, y le devolví la sonrisa.

Me besó, y luego dirigió una mirada inquisitiva. Se alejó de mí para poner el primer gemelo en la mesilla de noche. Comenzó con la otra manga, de espaldas a mí. Alcé los ojos y descubrí que no era el único que lo observaba.

Jean-Claude parecía neutral, una cara bonita, nos había vistos a todos. Habíamos estado desnudos y sudorosos en la cama, juntos. Infiernos, algunas noches el montón había incluido a Asher y a Jason. Todo dependía de quién había dado de comer a quien por última vez. Así que ¿por qué de repente me molestaba que Jean-Claude mirase a Micah mientras se quitaba la camisa?

De repente tuve una idea inteligente. No tengo muchas de esas, no sobre mi propia vida emocional en cualquier caso.

—Sé lo que está mal —repetí.

Todos me miraron. Toqué la espalda desnuda de Micah, pero miré a Jean-Claude.

—Es lo que hicimos esta noche con Augustine.

Jean-Claude se sentó en la esquina de la cama, con un brazo envuelto todavía alrededor de la columna de la cama.

—¿A qué te refieres exactamente, *ma petite*?

Hicimos muchas cosas esta noche con Augustine.

—Sé que todo el mundo piensa que todos estamos besándonos unos a

otros, pero esta noche ha sido la primera vez que he visto como se besan dos hombres. Nunca había visto a alguien hacer… —Dudé. Dios, ¿era todavía un bebé? No, maldita sea, era un adulto—. Nunca había visto sexo anal, mucho menos entre dos hombres. Por no hablar entre mi amante y un extraño. —Tomé aire profundamente y lo solté, y me acerqué al borde de la cama, un poco más cerca de Jean-Claude—. ¿Tiene algún sentido?

—Te sientes perturbada por lo que viste —dijo.

—Espera —dijo Nathaniel. El espera hizo que girara hacia él. Estaba apoyado en las almohadas, la sábana olvidada en su regazo, de modo que esta apenas le cubría, pero su rostro mostraba que ni siquiera estaba pensando en ello—. ¿Cómo te sentiste cuando Jean-Claude besó a Auggie?

Abrí la boca, luego la cerré, porque no estaba segura de cuál era la respuesta.

¿Cómo me había sentido? —No me importó. Fue… interesante—. Eso no era cierto.

Miré la colcha y dije:

—No, yo… fue muy interesante.

—¿Interesante malo, o interesante bueno? —dijo Nathaniel.

Sin levantar la vista, le respondí:

—Bueno.

Alguien lanzó un suspiro, y no estaba segura de cuál de ellos lo había hecho. Miré hacia arriba, lentamente, y nadie me miraba como si hubiera dicho algo terrible.

No sé por qué pensé que alguien en esta sala podría pensar que era un error que me gustara ver a Jean-Claude besar a otro hombre, pero lo creía. Esperaba que alguien me dijera qué debería avergonzarme de mí misma. Había visto a alguien que amaba besar a otro hombre, y no sólo no me había horrorizado, sino que me gustó. ¿Era algo malo? Había esperado sentir que estaba mal, pero no era así. Me había sentido extrañamente bien, como si hubiera esperado toda mi vida para verlo. Lo sentí correcto de la forma en que sólo las cosas que afectan verdaderamente al corazón pueden sentirse. No me había sentido mal mientras sucedía. Me sentía mal ahora. ¿Por qué? ¿Era culpa? No, me sentía incómoda, y un poco aprensiva, pero no culpable. Entonces, ¿qué me pasaba?

Micah me tocó el brazo.

—Hay demasiados pensamientos volando por tu cara ¿qué estás pensando?

—Que no me siento mal, y ¿no debería sentirme mal por eso?

Él parecía perplejo, frunció el ceño.

—¿Mal sobre qué?

—¿No debería molestarme haber visto a Jean-Claude besar a otro hombre, un extraño?

—¿Te molestó?

Negué con la cabeza.

—No por el momento, no.

Él sonrió, con una expresión incierta en los ojos.

—Pero te molesta ahora. ¿Por qué?

—¿Te molestó vernos así?

Me miró.

—Te he visto tener relaciones sexuales con otros hombres antes, Anita.

De pronto me sentí mal otra vez, avergonzada y confundida por todo el asunto.

—Creo, *ma petite*, que te estás preguntando cómo te sentiste al verme con Augustine.

Le miré, feliz de que me hubiera ayudado, pero incómoda porque había tenido que hacerlo.

—¿Te molestó? —preguntó Micah.

Negué con la cabeza.

—No, fue increíble. Lo hicimos. Se lo debíamos. Se… —Mi respiración se estremeció—. Fue un torrente, poder y sexo, todo mezclado.

—Entonces todo está bien —dijo Micah—. No debes sentirte mal, porque yo no me siento mal.

Por supuesto, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Suena estúpido cuando lo dices en voz alta.

Me abrazó y me envolvió en el calor de su piel.

—No es estúpido, Anita. Es lo que sientes. Los sentimientos nunca son estúpidos, sólo nos hacen sentir estúpidos a veces.

Me aparté lo suficiente como para verle la cara.

—Estás de acuerdo con todo lo que hicimos esta noche. No crees que esté mal o algo así.

Me levantó la barbilla.

—Esa voz en tu cabeza es la de Richard, no la mía.

Asentí con la cabeza. En parte, tenía razón.

Fue a colgar su camiseta en el armario. Nathaniel tendió una mano

hacia mí.

—Quítate la bata y deja que nos abracemos todos desnudos y calientes.

Quería hacerlo, de hecho no podía pensar en algo mejor, pero seguía vacilando.

Tomé su mano, pero no toqué la sábana, y no me subí a la cama.

Micah se colocó detrás de mí, envolviendo su cuerpo a mí alrededor. Su cuerpo presionado contra la parte trasera de mi bata. La seda era delgada y algunas partes de él no lo eran.

Me volví con un grito ahogado.

—Estás desnudo.

Me frunció el ceño.

—Sí, siempre duermo desnudo.

Negué con la cabeza, y dije:

—Pero… —entonces me di cuenta de lo que estaba mal.

En cierto modo me había negado a reconocer, antes del día de hoy, que Jean-Claude había tenido amantes masculinos. Quiero decir, sabía que él, Asher y Julianna había sido un verdadero *ménage à trois*. Compartía los recuerdos que lo probaban. Pero habían sido recuerdos, una teoría. No un hecho, hasta esta noche.

Traté de ponerlo en palabras.

—Sabía que en teoría te gustaban los hombres tanto como las mujeres —dije, y miré a Jean-Claude mientras lo decía. Su rostro estaba más vacío que nunca, como si un parpadeo pudiera hacer que se desvaneciera.

—Pero ahora ya lo sabes, es un hecho, y piensas mal de mí —dijo con una voz tan vacía como su rostro.

—No, ni mucho menos, es que… —Lo intenté de nuevo—. En la universidad tenía una amiga, una novia, una chica que era una amiga. Ella y yo fuimos de compras juntas. Dormía en su dormitorio. Me desnudé delante de ella porque era una chica. Luego, hacia el final de la universidad, me dijo que era gay. Éramos amigas, pero entró en la categoría de chico para mí. Uno no se desnuda delante de personas que te consideran un objeto sexual. Uno no duerme con ellos, o… oh, por todos los infiernos. —Miré a Micah—. ¿No te resultará ahora extraño dormir desnudo con él?

Micah se echó a reír.

—¿Estás ahora más preocupada por mi virtud que antes?

Le fruncí el ceño.

—No… —Lo empujé con tanta fuerza que tropezó—. Vete a la mierda

—dije, pero estaba empezando a sonreír y eso, que por lo general, significaba que había perdido el argumento. Ni siquiera estaba segura de que fuera un argumento.

—No quiero menospreciar la capacidad de atracción de tu Nimir-Raj, *ma petite*, pero creo que puedo contenerme. —Su rostro mostraba ahora una pizca de humor.

Miré a Nathaniel, que trataba de no reír. Estaba peligrosamente cerca de la burla, y eso no me gustaba.

—Ya basta, todos.

—¿Basta de qué? —dijo Nathaniel con voz tensa, pero sus ojos brillaban por la risa contenida.

—No te atrevas a reírte de mí.

—¿Crees que porque he degustado a mi primer hombre en años de pronto me convertiré en una especie de bestia arrasando con todo? —La cara neutral de Jean-Claude estaba empezando a derrumbarse por los bordes, el humor estaba llenando sus ojos, pellizcando los bordes de su boca.

—No —dije, y la respuesta me pareció hosca incluso a mí.

—¿Esperabas que Nathaniel y yo fuéramos más tímidos con Jean-Claude, porque le vimos con Augustine? —La boca de Micah se contraía en los bordes.

Les fulminé a todos con la mirada.

—Tal vez.

—Anita —dijo Micah, pero tuvo que dejar de hablar para luchar con la sonrisa que amenazaba con aparecer. Empezó otra vez—. Anita, cuando me uní a ti pensé que tendría que aceptar también a Jean-Claude. Toda la comunidad sobrenatural cree que Richard, Jean-Claude y tú sois un verdadero *ménage à trois*. Consideré eso antes de preguntarte si querías que fuera tu Nimir-Raj.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Así que no te importa?

—No, no me atraen los hombres, pero no tengo los complejos que tú y Richard tenéis.

—No me compares con él —dije, y estaba lista para enfadarme.

—Si hubiera otra mujer desnuda durmiendo contigo, tendrías los mismos problemas que tiene él —dijo Micah.

—Me he acostado con algunas de las mujeres leopardo antes.

—Pero nunca desnudas, tanto tú como ellas —dijo Micah.

Empecé a negarlo, pero me detuve. ¿Tenía razón?

—No lo sé, yo… yo podría ser capaz de dormir desnuda, si fuera sólo dormir, con otra mujer. Pero no creo que me gustara. Prefiero dormir presionada entre dos hombres.

—Y eso está bien —dijo— pero si supieras a ciencia cierta que una mujer te ve como una potencial compañera sexual, la tratarías de forma diferente.

—Sí, la trataría como a un chico.

—De acuerdo con tu forma de pensar, Nathaniel y yo deberíamos tratar ahora a Jean-Claude de forma diferente, ¿verdad?

Pensé en ello y luego asentí.

Sonrió.

—Anita, verlo con Auggie no fue la primera pista que tuve de que a Jean-Claude le gustaban los hombres.

Miré de uno a otro.

—¿Me he perdido algo?

—No es lo que estás pensando, *ma petite*. —Jean-Claude se apoyó más fuerte en la esquina de la cama, con la espalda contra el pie de la misma, con las rodillas dobladas y los brazos envueltos a su alrededor—. No he seducido a ninguno de tus gatos a tus espaldas.

Realmente no había pensado que lo haría, pero…

—Entonces, ¿de qué está hablando Micah?

—Anita —dijo Nathaniel—, deberías prestar más atención la próxima vez que Jean-Claude se alimente de uno de nosotros, o que Asher se alimenta de ti. Así no tendrás que preguntar.

—Pero he estado en la cama mientras lo hacíais. ¿Qué me perdí?

Los tres se miraron.

—No, no os miréis unos a otros, decídmelo.

—Dijiste que estabas cansada —dijo Micah—. Creo que no quieres saberlo, o no tendrías que preguntarlo.

—No quiero saber, ¿qué?

Una vez más intercambiaron miradas.

—¡Parad esto! —dije, y tuve que reprimir el impulso de golpearles con el pie.

—Vamos a abrazarnos todos juntos, *ma petite*. Déjalo pasar, y te daremos la comodidad que necesitas esta noche. Ha sido una noche larga,

muy buena en muchos aspectos, pero aún así larga. Estás cansada.

Estaba cansada, pero la ira y la confusión, había alejado el cansancio.

—Estoy cansada, y todo lo que quiero hacer es meterme en la cama y dejar que me abracen. Pero, maldita sea, os miráis unos a otros como si hubiera un elefante en la habitación, y yo no pudiera verlo.

Claudia habló desde el borde de la sala, donde ella y el resto de los guardaespaldas permanecían en calma. Me sentía tentada a echarles a patadas de la habitación. Bueno, estaba cerca de patearlos.

—Creo que puedo explicártelo —dijo.

La miré.

—Adelante —dije.

—Jean-Claude se alimenta de un hombre del mismo modo que se alimenta de una mujer. La mayoría de los vampiros se comportan de forma diferente cuando se alimentan. Los vampiros heterosexuales se toman más libertades con las víctimas del sexo opuesto. Los vampiros homosexuales se toman más libertades con las víctimas del mismo sexo. Jean-Claude no hace diferencias, ¿me entiendes?

—¿Cuándo le has visto alimentarse de otras mujeres?

—Ajá —dijo Claudia—, y esa es la razón por la qué no se alimenta de mujeres, excepto en los clubes, en público. Estarías celosa de las otras mujeres si se las llevara a un lugar privado, pero no estás celosa de los hombres. No los ves como una competencia sexual por la atención de Jean-Claude.

Mi cabeza estaba empezando a dolerme.

—Me estás provocando dolor de cabeza, Claudia.

—Sólo porque no quieres verlo.

—Estás diciendo que a Jean-Claude le gustan tanto los hombres como las mujeres, pero que como yo me sentiría celosa de las mujeres, toma hombres en su mayoría.

Lo entiendo, lo entiendo.

—Gracias, Claudia —dijo Jean-Claude.

—No hay de qué.

—¿Debo pedir disculpas a alguien, a todo el mundo? —pregunté.

—Es muy fácil conseguir ropa de cama —dijo Nathaniel—. Pero la seda es fría sin otro cuerpo que la caliente.

Le sonreí, sacudí la cabeza, y comencé a quitarme la bata. Me detuve, y dije:

—Todo el que no se vaya a meter en la cama, fuera.

—Si es una invitación… —comenzó Graham.

—Puede, Graham —dijo Claudia, y se dirigió hacia la puerta.

Dudó, pero la siguió. Lisandro ya iba hacia la puerta. Claudia había enviado fuera a la mayoría antes, cuando las cosas se calmaron. Probablemente, les envió a velar por nuestros —huéspedes. Los guardaespaldas salieron. La puerta se cerró y nos quedamos solos.

Micah se arrastró hasta la cama, al otro lado de Nathaniel, dejando espacio para mí.

—Llevas demasiada ropa —dijo.

Me desabroché el cinturón y dejé caer la bata al suelo. Me arrastré por la seda con ayuda de sus manos. Me coloqué entre ellos, por lo que sus cuerpos desnudos presionaban el mío. Por un momento, tuve que cerrar los ojos. La sensación de su calor, de su piel desnuda deslizándose contra la mía era casi abrumadora. Era como envolverme en mi manta favorita con mi peluche preferido en los brazos, y mi arma principal a mano. Intercalada entre Micah y Nathaniel me sentía segura, era el mejor lugar que había conocido jamás.

Nathaniel me besó. Mis brazos se deslizaron sobre sus hombros de forma automática. Él lo tomó como una invitación para presionar la parte superior de su cuerpo contra el mío. La mano de Micah se deslizó por mi cadera, hasta que encontró el interior de mi muslo. Me acarició con la mano, adelante y atrás, y sin pensar en ello, moví la pierna para que pudiera llegar a otras partes si quería.

Mis manos se deslizaron por la espalda de Nathaniel, hasta encontrar la curva donde la cintura se unía con su parte inferior, tracé los dos hoyuelos en la parte baja de su espalda. El beso se había convertido en algo más, y su cuerpo respondió a esa promesa, su erección atrapada contra mi cadera. La sensación de lo duro y firme que estaba contra mí me hizo estremecerme dentro de su boca.

Se echó hacia atrás, lo suficiente para ver como mis ojos se abrían y cerraban parpadeando.

—Eres mi juguete favorito.

Centrarme en su cara era un esfuerzo mayor de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta. La mano de Micah seguía acariciando mi muslo, como si me tentara para que abriera las piernas para él, pero ya lo había hecho. Sus dedos se mantenían a una pulgada de mis partes íntimas. Quería

que me tocara. Busqué sus dedos para terminar con esa burla.

—Creía que estabas cansada —susurró Micah, su boca estaba justo encima de mi cuello, tan caliente, tan cerca.

—Lo estaba. —Mi voz era espesa, pero no por el sueño.

—¿Qué quieres? —Exhaló su aliento contra mi cuello. Eso me hizo temblar.

—Tócame.

—Te estoy tocando. —Sus dedos se perdían justo debajo de donde quería que me tocara, adelante y atrás, adelante y atrás, pero no por donde quería.

—Por favor, Micah. No más burlas.

Sus dedos se deslizaron sobre mí, y ese toque extrajo los primeros sonidos de mi garganta.

—Tan ansiosa —dijo, y se levantó lo suficiente para ver mi rostro. Su rostro estaba ansioso también, pero había también una maravillosa suavidad en su cara. Su manó se deslizó de entre mis piernas, suavemente, hasta mi cara—. Me encanta esa mirada en tu cara —dijo.

—¿Qué mirada? —Susurré.

Sonrió.

—Esa mirada. —Se inclinó para besarme. La mano de Nathaniel se curvó sobre mi pecho, justo cuando la boca de Micah encontró la mía. El toque de Nathaniel me hizo ansiar con más fuerza la boca de Micah, de modo que el beso se hizo más profundo. Me alimenté de la boca de Micah, mi mano recorriendo su cuerpo. Traté de usar las dos manos, pero Nathaniel me cogió una mano, la apretó contra la cama, así podía apretar su boca en mi pecho. Llenó su mano con mi pecho, presionando hasta el límite del dolor. Su lengua lamió mi pezón. La lengua de Micah se deslizó en mi boca, me saboreó. La boca de Nathaniel se deslizó sobre mí y empezó a chupar, duro y rápido. Eso me hizo elevarme de la cama, gritando mi placer en la boca de Micah. Traté de levantar mi otra mano de la cama, pero Nathaniel me mantenía atrapada. Mordió mi pecho, y clavé las uñas en la espalda de Micah. Nathaniel me soltó la otra mano y me mordió más fuerte. No lo bastante para extraer sangre, sino con la suficiente fuerza para que bailara sobre la línea entre el dolor y el placer. Arañé su espalda, y me dejé ir.

Me quedé sin aliento tumbada en la cama entre ellos, tratando de enfocar mis ojos alrededor de los bordes blancos, algodonosos, del mundo.

Micah dijo:

—Eso fue divertido.

Nathaniel dijo:

—Mmm. —Movió rápidamente su lengua en mi pezón y se apartó.

Me retorcía en la cama, con las manos agarrando las sábanas de seda.

—¡Oh, Dios!

Una mano acariciaba mi tobillo. Ese suave toque me hizo abrir los ojos, me hizo mirar hacia abajo por mi cuerpo para encontrar a Jean-Claude arrodillado allí.

Todavía llevaba la bata, con el cinturón apretado. Su rostro era tranquilo y agradable.

—Micah me invitó a tocar, pero he encontrado que es tu invitación lo que necesitaba. —Traducción: a veces con tantos hombres, no creo que deba tocar a alguien sin que me permitas hacerlo. Y el hecho de que uno de los hombres me esté tocando, no significaba que todo el mundo tenga que tocarme por igual. Una chica tiene que trazar la línea en alguna parte.

—No podemos tener relaciones sexuales hasta que te hayas alimentado de nuevo —dije.

Sonrió.

—Así que en esas estamos. Hay otras formas de dar placer a una mujer.

—Pero no serás capaz de…

Su mano se deslizó hasta mi pantorrilla, con el más delicado de los toques.

—Estaré satisfecho, *ma petite*.

—Podemos parar ahora —dijo Micah—, si lo deseas. Esto fue muy divertido.

Miré hacia abajo y vi su cuerpo tan animado como pensaba que estaría. Era largo y grueso, y listo, y largo y grueso para Micah era muy largo y muy grueso de hecho.

Eché un vistazo a Nathaniel, y le encontré igual de listo. No, no era tan grande como Micah, pero el único hombre con el que se le podía comparar era Richard.

Aunque no parecía tan consciente como Micah.

Nathaniel era definitivamente grande, aunque no tanto como Micah. No en cuanto a longitud en cualquier caso, sino de ancho, sí. Los hombres se preocupan por la longitud; confía en mí, las chicas prestan también atención a la anchura.

Francamente una o dos pulgadas menos de longitud no eran siempre algo malo; depende de lo que quieras hacer con ella.

Pasé los dedos por los dos, y un sólo toque les hizo estremecer, y moverse contra mí.

—Tan lindas —dije—, parece una vergüenza desperdiciarlas.

—Vamos a más —dijo Micah.

—Estoy de acuerdo con Anita —dijo Nathaniel, sonriendo.

Micah le sonrió, con un destello brillante de dientes en su cara bronceada.

—Me uniré a Asher. —Jean-Claude comenzó a deslizarse fuera de la cama.

—No te vayas —dije.

Me miró, con una mirada que parecía buscar algo.

—No tengo la paciencia de tus dos gatos, *ma petite*. Ellos nos han dado sangre a Asher y a mí más de una vez, y luego han observado como teníamos relaciones contigo.

—Tenían que conservar la energía para el *ardeur* del día siguiente, o de la noche siguiente —dije.

—*Oui*, pero yo no soy el mirón que es Asher, y si no voy a unirme por completo, me gustaría irme ahora. No es una queja, es simplemente la verdad.

—Sigo pensando que no deberías irte —dijo Micah—. No confío en Belle.

Jean-Claude sonrió.

—Sabio, y correcto. —Extendió las manos—. Si se tratara sólo de relaciones sexuales entre vosotros tres podría quedarme a mirar y contenerme para unirme después a las caricias. Pero es la parte emocional lo que hace difícil sentirse excluido.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

—Sé que me amas, *ma petite*, pero mis brazos no te llenan totalmente. Te veo con Micah y Nathaniel y la última gota de emoción y satisfacción, está ahí. —Levantó una mano como si alguien hubiera comenzado a hablar —. Es la verdad. No lo envidio, sobre todo con la noticia que hemos tenido esta noche. Necesitabas ese vínculo, pero es… —meneó la cabeza—, incómodo mirar, y sé que no soy parte del mismo.

No sabía qué decir a eso. Quiero decir ¿qué le dices al hombre que

amas, cuando se da cuenta de que amas a otros dos hombres más?

—Además están las dudas, *ma petite*, que has expresado sobre mí. Dices que lo pasamos muy bien con Augustine, pero tus acciones indican lo contrario. Creo que esta noche necesitas a tus gatos, *ma petite*, no el recuerdo de… —se encogió de hombros de esa forma tan suya, y se levantó de la cama. Se quedó allí ajustando su bata con gestos suaves, nerviosos. Cuando estaba nervioso, y no controlaba sus movimientos, se alisaba la ropa. Era uno de los pocos gestos verdaderamente humanos que habían sobrevivido a siglos de estar muerto. Me gustaba que lo hiciera, y que no se diera cuenta que lo hacía, porque una vez que se daba cuenta, las manos se quedaban inmóviles, tan inmóviles como su cara.

La pequeña cantidad de sexo que había tenido con Micah y Nathaniel me había ayudado a aclarar mis ideas.

—¿Crees que pienso peor de ti por haberte visto con otro hombre? —pregunté.

—Tienes la idea —dijo con una voz que era casi neutra.

Me levanté sobre los codos.

—Supongo que sí, pero no hablaba en serio. Creo que pensaba como debería molestarme, pero no era así. Hablar de ello me molesta, pero la verdad es… —Me senté, doblando las piernas al estilo indio—. La verdad es, Jean-Claude, que me gustó verte besar a Auggie. No sé cómo me siento realmente sobre el resto, pero no me molestó en su momento, así que ¿por qué me molesta ahora? —Negué con la cabeza—. No voy a hablar sobre algo que no comprendo.

Una pequeña sonrisa, tiraba de los bordes de su boca. ¿Era mi reacción le que le hacía dudar? ¿O era que se había acostumbrado a que después de un gran avance metafísico o sexual, me echara hacia atrás y corriera? Supongo que, de cualquier manera, esa sonrisa incierta era culpa mía. No quería que dudara. Le amaba, no debería hacerle sentir inseguro, si lo amaba. A veces lo más difícil de tener tantos hombres en mi vida no era el sexo, el sexo podía manejarlo, pero la parte emocional… La parte emocional era más difícil. No pude evitar pensar en Richard, pero sus problemas eran algo que no podía arreglar, pero esto, esto lo podía arreglar, o podía intentarlo.

Le sonreí, y traté de poner en la sonrisa todo lo que un hombre quiere ver en la sonrisa de una mujer. Vi como sus ojos se llenaban de esa luz oscura que no tenía nada que ver con los vampiros y todo con ser un

hombre. Su sonrisa hacía juego con sus ojos, confiada, seguro de sí mismo, de anticipación.

—¿Qué quieres de mí, *ma petite*? —Su voz se enroscaba sobre mi piel desnuda como si me hiciera cosquillas con las uñas. Me hizo temblar.

—Estás demasiado vestido —dije.

—¿Estás segura de que deseas hacer esto, *ma petite*? Nunca has tenido a tres de nosotros antes, y el *ardeur* no se levantará otra vez esta noche, ha sido demasiado bien alimentado.

Me ofrecía una salida, pero si le decía que no, saldría de la habitación. Ya había visto a Richard y Asher salir, no quería perder a otro de mis hombres esta noche.

Necesitaba tantos a mí alrededor como pudiera. Casi quería llamar a Asher, pero… nunca había hecho la oferta completa a tres de mis hombres al mismo tiempo. Para cuatro habría que esperar.

—Te lo dije, llevas demasiada ropa —y lo dije con voz muy firme.

La sonrisa de Jean-Claude se ensanchó.

—Eso es fácil de arreglar. —Soltó la bata y la dejó caer al suelo. Estaba de pie pálido y perfecto. Le había visto desnudo mil veces o más, pero nunca era capaz de superar la impresión. Era como si fuera una increíble obra de arte, y lo hubiera robado del museo donde se guardaba acordonada y segura, robado para poder recorrer con las manos su superficie lisa y sin defectos.

—Estás demasiado lejos —susurré.

Su sonrisa era lo suficientemente amplia para mostrar un toque de colmillo.

—Eso también es fácil de remediar. —Se arrastró hasta la cama, y miré su cuerpo, pequeño y suelto, más que su cara. Hasta que se alimentara, sería pequeño, lo que significaba que podía hacer algo que no podía hacer muy a menudo. La mayoría de los hombres cuando se quitan la ropa no están tan pequeños como quisiera, no, definitivamente están más grandes.

—Sé lo que estás pensando, *ma petite*. —Su voz contenía una reprimenda.

—¿Has leído mi mente?

—*Non*, ton visage.

Él había dicho que lo había leído en mi cara. Estaba aprendiendo un poco de francés, aquí y allá en defensa propia.

Dudó a mis pies, y me di cuenta de que estaba mirando a Micah.

—Y tú, Nimir-Raj, ¿qué dices a esto?

Micah le sonrió.

—Estoy aquí para tratar de mejorar las cosas, no para empeorarlas.

—No trato de empeorar las cosas —dije.

—Shh —dijo Micah—, no te lo tomes como algo personal.

Abrí la boca, me di cuenta que iba a empezar una pelea, sí, una pelea, y no quería pelear más esta noche.

—Bien, no voy a tomarlo como algo personal.

—¿No vamos a discutir sobre esto? —preguntó Nathaniel.

Negué con la cabeza, y me recosté contra las almohadas.

—No.

Micah y Nathaniel intercambiaron miradas.

—¿Qué? —dije.

Ambos negaron con la cabeza.

—Nada —dijo Micah.

—Nada —dijo Nathaniel, pero sonreía.

—No estoy de acuerdo totalmente.

—Por supuesto que no —dijo Micah.

—No —dije.

—Ya no es así —dijo Nathaniel.

Le di una palmada en el hombro.

Sonrió.

—¡Pégame más fuerte!, si quieres hacerme daño.

No le volví a golpear.

—Lo disfrutarías demasiado.

Sonrió más ampliamente.

—Ya no soy el único que no está listo —dijo Jean-Claude.

Miré a los otros dos hombres. Estaba en lo cierto. Definitivamente, no estaban dispuestos.

—Hemos hablado demasiado tiempo —dijo Nathaniel.

Esperaba que me resultara incómoda la idea de tres hombres conmigo, sin tabúes sobre el sexo. Esperé, pero las dudas no surgían. Me quedé allí, esperando sentirme abrumada, o incómoda, pero… no lo estaba.

—Creo que puedo arreglarlo —dije, y comencé a deslizarme más abajo por la cama, volviéndome hacia Nathaniel. Empecé a besar su cuerpo a mi manera, cuando pensé en algo. Miré de nuevo a Jean-Claude que estaba arrodillado sobre la cama.

—No pediste la opinión de Nathaniel.

—Micah es tu Nimir-Raj, Nathaniel no lo es.

—Pero él sigue siendo mi amante.

—Está bien, Anita —dijo Nathaniel, acariciando mi hombro—. Gracias por pensar en mí, pero no me molesta que no me preguntes.

Miré su cara, con la mía casi a la altura de su ingle. Si le parecía un momento extraño para una conversación profunda, no se quejaba.

—¿Por qué te parece bien?

—Jean-Claude tiene razón, no soy jefe de nadie, y estoy bien con eso. Si todos fuéramos dominantes nuestra relación no funcionaría.

—Pero que no seas dominante, no significa que tu opinión no cuenta.

—No —dijo, y soltó una risita—, no, pero si quieres decir que no tengo tantas opiniones.

—Pero…

—¿Quieres que sea más dominante? —preguntó.

—Me gustaría saber cómo te sientes acerca de esto.

—Cómeme la polla, para que podamos follar. —Sonreía mientras lo decía.

Parpadeé durante un segundo o dos, luego me encogí de hombros y dije:

—Está bien.



Hice lo que quiso, y mucho más. Usé la mano y la boca para regresar a ambos, a Micah y a Nathaniel, de nuevo a la dureza suave en que habían estado antes de toda la búsqueda del alma. No quería ninguna búsqueda más de almas por esta noche. Quería tocar y ser tocada. Con el sexo es en el único momento en que me dejo llevar. Dejo que todas las preocupaciones, los problemas, todas las cosas las arrastre la corriente. Cuando tengo sexo sólo me concentro en el sexo. Es la única vez en que estoy realmente en el momento sin ninguna vacilación y ningún otro pensamiento.

Sostuve a ambos en mis manos. Cuando la primera vez había intentado jugar con los dos al mismo tiempo, me di cuenta de que no podía hacerlo. No me podía concentrar en ambas manos por igual, y cuando tienes un puñado del trozo más delicado del cuerpo de un hombre, requiere concentración. Pero la práctica hace al maestro, y ahora podía hacerlo.

Podía sostener a cada uno en la mano y acariciar y jugar con ellos. Había encontrado por fin algo en lo que era ambidiestra.

Jean-Claude se quedó sentado a los pies de la cama. No hizo ningún movimiento para unirse a nosotros. Le miré, a ese rostro atento. Él había dejado clara su posición. No quería sólo ver. Nunca había tratado de entretener a tres hombres a la vez. Caricias, intercambio de sangre, pero no para el sexo.

Fui a donde estaba sentado tan quieto, con la espalda tocando los pies de la cama.

Se había ido tan lejos como pudo sin salir de la cama. ¿Pensaba que podía hacerle mirar y que no lo tocaría? La misma inexpresividad de su rostro decía que sí, lo hacía. Tenía un recuerdo, no una visión, sino un recuerdo. Simplemente no pasó en mi memoria, no en un principio. Vi a Belle en una gran cama, muy similar a esta. Tenía a otros dos vampiros con ella. La observaba desde los pies de la cama donde me había atado a los postes. Podía sentir el tirón en los hombros, donde las cuerdas estaban un poco altas para ser cómodas. Pero no me quería cómodo. Me quería castigado. Atado a la cama donde me había enseñado, a mí, a nosotros, lo que podría ser el verdadero deseo. Atado, impotente, sabiendo que no podía tocarla, y que nadie me tocaría. Cuando habíamos estado lejos de ella, podíamos querer resistirnos a su deseo, pero estando allí, oliendo su piel y sudor, no podíamos menos que desearla. Era una adicción, y la única manera de salvarte a ti mismo era nunca tomar otro trago, otro golpe, otro sabor de ella. Luché para liberarme de ese recuerdo lo suficiente para pensar, Jean-Claude había sido atado a la cama, no yo. Demasiado alto para ser mi cuerpo. Demasiado masculino. No yo, pero el recuerdo todavía quemaba, todavía tenía el poder de hacer que su rostro se cerrara a la congoja.

Le toqué la cara, y dejé que mi rostro mostrara cuánto sentía que todas esas cosas horribles le hubieran sucedido. Así como sentía no haber estado allí para salvarlo.

Estábamos encerrados demasiado herméticos detrás de nuestros escudos para que lo leyera en mi mente, probablemente igual de bien, pero vio lo que quería hacerle ver. Vino a mí con un suspiro que era casi un sollozo. Me besó como si me fuera a hacer respirar a través de sus labios, y lo besé como si fuera la última gota de agua en el mundo y me estuviera muriendo de sed.

Probé el dulce metal de la sangre en mi boca. Eso lo hizo retroceder del beso.

—Lo siento, *ma petite*…

Detuve sus disculpas con un beso, me alimenté en su boca, y él cayó en ese beso con las manos sobre mi cuerpo, su desnudez presionada tan tensamente a la mía, como podía. La única razón por la que su cuerpo no respondió fue que no podía hasta que se alimentara.

Me aparté del beso, mi respiración entrecortada, el sabor de mi propia sangre en la boca. Una gota de sangre creció y tembló en mi labio inferior.

Besó esa gota incesantemente, y apartó la mirada, mientras se arrodillaba delante de mí. Su rostro era feroz y lleno de alguna maravilla, como si hubiera hecho algo increíble. No lo hice. Sólo decidí finalmente salir de mi propio camino, del camino de todos.

Me moví hacia atrás a lo largo de la cama, con su mano en la mía. Le tiré junto a mí, sobre nuestras rodillas, hasta que llegamos a los pies de Micah y Nathaniel.

Una de las cosas que había notado en relación con más de un hombre en la cama a la vez era que sólo había dos maneras de ir sobre eso. Opción uno: los hombres se turnaban, hacer el amor independientemente por completo, salvo que los otros dos se pusieran a mirarse unos a otros mientras tenían sexo conmigo. Opción dos: ambos me tocaban a la vez, y así hacían juegos previos, o más, conmigo al mismo tiempo. La elección dos era más difícil de coreografiar. Más difícil para los egos de los involucrados. Requería mayor concentración por mi parte. Era sólo un mayor nivel de conocimientos necesarios alrededor de todo y una dosis mayor de seguridad masculina, también. Me daba cuenta ahora, después de Auggie, que había una opción tres, pero no creo que ninguno de nosotros estuviera para eso esta noche. Sabía que yo no lo estaba. No tenía ni idea de cómo incluso plantear la cuestión a Micah y a Nathaniel: ¿se besarían con otro hombre? Es decir, ¿cuándo sonaba como una buena conversación para tener? Nunca, creo.

Solté la mano de Jean-Claude, dejándolo de rodillas, mientras me acostaba entre los otros dos hombres. Pasé una mano por sus cuerpos hasta que toqué las cabezas, tan lisas, la piel tan suave, pero la carne por debajo tan dura, tan firme.

Micah hizo un sonido suave mientras mi mano lo acariciaba por encima. Miré a Nathaniel y encontré su cara absorta en mí. Sus ojos

brillantes y ansiosos, encendidos con anticipación. Una suave caricia no lo haría por él. Todavía tenía mi mano en Micah, para envolver mi mano alrededor de Nathaniel, y apretar fuerte.

Agitó los ojos cerrados y forzó unos pequeños ruidos de su boca. Me di cuenta de que podía jugar con dos a la vez si la presión era la misma para ambas manos, pero si un hombre necesitaba algo diferente, tenía que concentrarme por separado.

Micah podría acelerarse hasta un nivel próximo a la preferencia de Nathaniel, pero para Micah llevaba tiempo esa atención. Nathaniel salió de la caja queriendo un agarre más áspero que a la mayoría de los hombres nunca les gustaba.

Volví a jugar con los dos al mismo tiempo, pasando la mano arriba y abajo de sus ejes, deslizándolas sobre las cabezas, firme, pero suave. Demasiado fuerte, y la mayoría de los hombres experimentaban la presión como una molestia; demasiado suave y no era suficiente estímulo. Me había llevado un tiempo encontrar un punto medio.

Me encantaba la sensación en mi mano corriendo arriba y abajo y alrededor de todo ese músculo aterciopelado. Me hizo cerrar los ojos, arquear la espalda con la anticipación. Cuando pude enfocarme de nuevo, miré fijamente a Jean-Claude. Se arrodilló en donde lo había dejado, lo suficientemente cerca para tocarnos, pero no tocaba a nadie.

—Te quiero en mi boca mientras juego con ellos.

Miró a Micah y a Nathaniel.

—¿Todos de acuerdo en esto, puesto que tendré que estar muy cerca de los dos, al estar en la posición que solicita?

Apreté mis manos en ambos hombres, lo suficiente para hacer que sus ojos cerrados aletearan.

—*Non, ma petite*, eso es hacer trampa. Déjalos solo el tiempo suficiente para contestar, sin tu toque tan persuasivo.

Murmuré:

—Lo siento. —Puse mis manos sobre el estómago, y me comporté.

Micah tragó saliva lo suficientemente fuerte como para escucharlo, y luego asintió.

—Estoy bien con eso.

Nathaniel sonrió, esa sonrisa de gato perezoso con crema, que tenía a veces durante el sexo. Por lo general, significaba que iba a sugerir algo que nunca había hecho, o que nunca habíamos hecho juntos, o que iba a hacer

alguna observación.

—Sólo quiero ver si ella puede concentrarse en todos nosotros a la vez. Le doy una calificación de dificultad de ocho.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que nunca antes he intentado nada que llevara más habilidad que un ocho?

Se encogió de hombros.

—Recuerda que lo hice profesionalmente por un tiempo.

Mis diez en esta escala son, probablemente, cosas que, aún, no quieres saber si son físicamente posible.

Abrí la boca para preguntarle, ¿Por ejemplo? pero decidí que tenía razón.

Probablemente no quería saberlo.

—Vamos a intentarlo —dije.

Jean-Claude no volvió a preguntar. Simplemente se arrastró lentamente por encima de mi cuerpo. Terminó con sus piernas sobre mis hombros, de modo que estaba sentado frente a mi cara, eso lo puso exactamente donde quería. Remonté con mis manos a través de los otros dos cuerpos. Nathaniel se puso de lado primero, y Micah le siguió. Eso me dio un mejor ángulo, ya que mi movimiento estaba a punto de hacerse limitado.

Envolví mis manos a sus alrededores, y levanté mi boca hasta deslizarla sobre el cuerpo de Jean-Claude. Era tan pequeño cuando llegó, flojo y delicado. Siempre me sorprendía cómo algo tan pequeño podía llegar a ser tan grande. Nada en mi cuerpo podía cambiar tanto, tal vez por eso me fascinaba. Me encantaba la textura cuando un hombre era totalmente suave. Hasta que no compartiéramos sangre, podría rodar esa suave, suave carne alrededor de mi boca, chupar todo.

Normalmente hubiera intentado hacer entrar sus testículos en la boca también, pero con mis dos manos ocupadas, no me atreví. Un trabajo demasiado delicado para arriesgar, cuando no estaba segura de poder concentrarme en todo. Puse en movimiento las manos arriba y abajo de los órganos de Micah y Nathaniel mientras chupaba a Jean-Claude, llevándolo más duro y rápido, una y otra vez, disfrutando el hecho de que pudiera tener todo dentro sin luchar. De esta manera, era sobre todo la sensación. Podía rodar y dar un golpecito y chupar con mi boca y lengua, era capaz de hacer cosas con su cuerpo que nunca podría haber hecho con él erecto.

Jean-Claude gritó, con las manos crispadas en la madera oscura de la

cabecera. Me miró, y rodé mis ojos hacia arriba para pillar esa mirada frenética. Esa mirada que hablaba de sensaciones que era casi demasiado.

Encontré un ritmo para todos ellos, pero era el ritmo de la mamada: rápido, rápido, tan rápido como podía hacerlo, una y otra y otra vez. Movía mis manos sobre Nathaniel y Micah en ese mismo ritmo frenético, tirando, firme y rápido, una y otra y otra vez.

La mano de Micah agarró la mía.

—Para, o me voy a correr. —Me apretó la mano, como si hubiera hecho algún movimiento para seguir adelante—. Por favor, Anita, por favor.

Miré a Jean-Claude. Tenía los ojos cerrados, con los hombros encorvados, su cuerpo tembloroso por encima de mí. Me di cuenta de que aunque lo estaba disfrutando, estaba pisando la línea entre sentirse mejor que cualquier otra cosa y demasiado. Probablemente no habría dicho nada. Me habría dejado hacerlo tanto tiempo como quisiera, ya que había sido entrenado por alguien que era una amante mucho más dura de lo que yo jamás sería. Me aparté de su cuerpo. Él medio se derrumbó sobre mí, su cuerpo estremeciéndose. Rodó hacia un lado, y Micah le dejó sitio. Jean-Claude estaba boca arriba, inclinando la columna vertebral, las manos crispadas en las sábanas negras.

Me quedé sólo con Nathaniel en la mano. Me miró a la cara. Ansioso y feliz. Se inclinó hacia mí.

—Tú ganas. —Se movió para un beso, pero le apreté con fuerza y tensamente. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos su cuerpo se agitaba. Nadie más en la cama hubiera querido que lo exprimiera tan fuerte, pero a él le encantaba.

—¿Qué gano? —pregunté. Lo dejé ir.

Me miró con ojos que no acababan de enfocarse.

—Todo. —Me dio un beso.

Comenzó como un beso lento, pero luego de repente me estaba besando tan profundamente y fuerte como podía. Me había olvidado que Jean-Claude antes me había hecho sangrar. Sabía que parte de lo que le hizo tan ansioso de mi boca era el sabor de mi sangre. Me besó como si fuera a meterse en mi boca, su lengua buscando hasta la última gota de ese precioso líquido.

Su cuerpo presionaba en la parte superior del mío. Estaba demasiado duro, demasiado firme, la sensación de tenerlo atrapado entre nuestros

cuerpos me hizo hacer pequeños sonidos en su boca, mientras me besaba.

Se apartó del beso.

—¿Qué deseas? —preguntó.

—A ti, dentro de mí —dije.

Me dio una sonrisa feroz, y se alejó de mi cuerpo.

Le agarré de la cintura y los hombros.

—¿Qué estás haciendo?

—Has dicho dentro, no dijiste dónde. —Se arrastró lentamente sobre mí, su cuerpo no me tocaba, y supe adónde iba.

—¿Esto es más estimulación o quieres terminar aquí?

—Terminar —dijo.

—Sin el *ardeur*, no me gusta tragar.

—Ya lo sé —dijo, y se sentó a horcajadas en mi pecho, inclinándose hacia adelante apoyándose en la cabecera como lo hizo Jean-Claude.

Me quedé mirando la línea de su cuerpo, su rostro tan ansioso, tan seguro de sí mismo. Había trabajado mucho tiempo para hacerlo parecerse a esto durante el sexo. Sabía que conmigo podía pedir lo que deseara, que su placer era tan importante para mí como el suyo. Ahuequé mi mano debajo de sus pelotas. Ya estaban apretadas y cerca de su cuerpo. La caricia llevó su aliento a un largo suspiro.

Mantuve una mano en sus bolas, e hice caer la otra en toda su longitud. Me sonrió.

—¿Micah qué quieres hacer mientras estoy ocupado aquí?

Habíamos comenzado a tener sexo desde hace muy poco al mismo tiempo, Nathaniel, Micah, y yo. Pensé que había sido mi idea al principio, pero ahora, parecía como si Nathaniel lo iniciara más. Sabía lo que quería decir, y sinceramente, el alba estaba cerca, y tenía a otro hombre en la cama.

Independientemente de lo que íbamos a hacer, teníamos que hacerlo.

Seguí jugando ligeramente con Nathaniel, y dije:

—Micah.

Se arrastró hasta que pude verlo. Sólo me miró con esos ojos verde brillantes. Su rostro no formulaba exigencia alguna, pero su cuerpo hablaba por él, tan duro, tan ansioso.

—Tú, dentro de mí.

—Nunca hemos hecho esto sin el *ardeur* —dijo.

—Ya lo sé —dije.

Me dio una mirada, luego sonrió, y se arrastró hacia abajo a lo largo de la cama.

—Chúpame mientras lo hace. —Era más una orden que una petición, pero había trabajado largo y duro para tener a Nathaniel al mando en cualquier parte de su vida. Difícilmente quejarse ahora por eso. Además, estaba tan tentadoramente cerca, tan duro, tan dispuesto. Tenía que amontonar en un montículo las almohadas hacía arriba, un poco más alto, para obtener el ángulo que necesitábamos.

Las manos de Micah se deslizaban sobre mis caderas.

Lamí la punta de Nathaniel, mi boca se deslizó sobre él, lo tomé centímetro a centímetro en mi boca, lento, muy lento, así ambos podíamos disfrutar de esa sensación.

Fui hasta la mitad del camino, luego, retrocedí. Lo necesitábamos más húmedo, así se deslizaría mejor. Pero había algo en poner mucho de un hombre, demasiado lejos dentro de la boca que te hacía mojarte, tanto encima como debajo.

Las manos de Micah abrieron mis piernas, hundió su dedo en mi interior. Me hizo gritar, y meter por completo a Nathaniel dentro de mi boca a la vez.

Metió la mano en la parte posterior de mi cabeza, me sostuvo contra él, de modo que estuviera atrapada, y tuviera un momento de asfixia a su alrededor. No era un reflejo de mordaza, sino un reflejo de asfixia.

Me dejó ir, y caí hacia atrás de su cuerpo luchando por respirar, ahogada. Cuando pude hablar, dije:

—No hagas eso otra vez.

Micah dijo:

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, no estaba segura de que pudiera verlo, y dije:

—Sí.

—Lo haces con el *ardeur* —dijo Nathaniel.

—Lo estamos haciendo sin él esta noche. —Creo que la mirada que le di no era del todo agradable.

—Lo siento, pero estoy acostumbrado a ser capaz de hacer eso.

—Dos veces, lo hemos hecho dos veces. Dos veces no es un patrón.

—Lo siento —dijo, y esa mirada volvió a su rostro, esa mirada perdida, incierta.

Empezó a moverse, y le agarré de sus caderas para evitar que se

moviera. Me miró, su rostro tan frágil, tan herido, como si todas las nuevas bravatas fueran sólo superficiales: aráñalo, y se va. Hice lo único en que podía pensar para borrar esa mirada de su cara. Lo llevé de vuelta a mi boca, lo chupé rápido y duro, hasta que su cabeza se fue hacia atrás y sus ojos se cerraron. Cuando volvió a mirarme, sonreía, pero todavía había un sobresalto alrededor de sus ojos, una sombra de ese daño. Sólo había una cosa que tomaría ese dolor en sus ojos, tenía que probarle que confiaba en él. Lo metí en mi boca otra vez, y me entregué al placer de tenerle llenando mi boca. Dejé que mi rostro mostrara lo mucho que disfrutaba de la sensación de todos esos músculos aterciopelados dentro de mi boca. La sensación de eso húmedo y resbaladizo por mi propia saliva. Pero no me detuve en el punto de comodidad, el punto en que sólo se siente bien y completo. Lo chupé superando ese punto donde mi cuerpo me dijo demasiado. Lo chupé hasta que mi boca se reunió con su cuerpo, y no había cms de sobra. Lo chupé hasta que estaba tan dentro, fuerte y profundo en mi garganta como pude. Lo chupé hasta que mi cuerpo dejó de quejarse por querer atragantarse y empezara a quejarse por tener que respirar. Pero había aprendido a ser capaz de combatir eso, también. Me quedé allí, presionada apretada y sólida contra su cuerpo, hasta que me miró, me quedé hasta que mi garganta se estremeció, espasmódicamente en torno a toda su longitud. Bajó la mirada hacia mí, con los ojos desorbitados, ansiosos, y algo más.

Sus manos se quedaron en un apretón de muerte en la cabecera, como si no acababa de confiar en sí mismo. Me aparté de él, tosiendo, antes de que pudiera tomar una buena respiración. Finalmente me permití tragar todo esa saliva extra y me eché hacia atrás, jadeando como si estuviera atrasada con mis respiraciones y tuviera que ponerme al día.

Su cuerpo se estremeció sobre mí, un escalofrío de placer que recorrió todo lo largo de su cuerpo, para tirar la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, inclinando su columna, como si solo el recuerdo fuera demasiado intenso, y para Nathaniel podría haberlo sido. Por último, me miró, con los ojos ligeramente desenfocados.

Sonrió y dijo:

—Gracias. —Y la expresión de su cara era algo mucho más valiosa para mí que la pasión, declaraba suave gratitud, maravilla, amor, a falta de una palabra mejor. Había hombres que me amaban, que nunca tenían una mirada así. Tal vez era su juventud, o sus años de terapia, o su falta de obsesiones. Lo qué Nathaniel sentía, lo sentía hasta los dedos de los pies,

sin esconderse, sin contenerse, ni una sola vez se entregó a alguien. Eso había sido una de las cosas que lo hacían tan peligroso para sí mismo con la persona equivocada. Con la persona adecuada era magnífico en su abandono. Nos ponía al resto, en vergüenza por nuestro recelo, nuestra inquietud, nuestro refrenamiento. Él era el único de nosotros que simplemente daba.

Miré a esa cara y era más feliz de lo que sabía por decir que él estaba en mi vida.

Sentí la cama adaptarse, un momento antes de que los dedos se deslizaran dentro de mí. Dos dedos delgados buscando. Los dedos encontraron ese lugar determinado, y comenzaron a dar golpecitos adelante y atrás, de ida y vuelta, rápido y más rápido, hasta que la sensación echó mi cabeza hacia atrás, y me arrancó un grito. Había otros hombres que podían hacerme eso, pero no había nadie más rápido. Sabía quién era, antes de que mirara por delante del cuerpo de Nathaniel para ver a Jean-Claude de rodillas, entre mis muslos. Sus ojos habían sangrado a la sólida luz azul.

Nathaniel se alejó de mí, y tuve un momento para intentar enfocarme y encontrar a Micah, antes de que Jean-Claude deslizara de nuevo sus dedos dentro de mí y me llevara, gritando, arrancando las sábanas, agarrando la cabecera, para agarrar cualquier cosa a la que sostenerme con fuerza.

Encontré una mano y la agarré, mis uñas hincadas en la muñeca mientras me retorcía. Cuando pude ver de nuevo, vi que era Micah. Estaba con la mirada fija en mí con una expresión en su rostro. Habló, la vista fija en mí.

—Espera, Jean-Claude, espera hasta que esté en posición.

Parpadeé hacia él.

—¿En posición, dónde? —Mi voz sonaba tan gruesa y desconcentrada como me sentía.

Me apretó la mano con fuerza, y dijo:

—Quiero que grites tu orgasmo conmigo en la boca.

Dije:

—Está bien, —pero pensé lo suficiente como para decir—. No te puedo hacer garganta profunda desde este ángulo.

Puso su otra mano contra mi mejilla, y giró mi cara a un lado, hacia su cuerpo.

—¿Y ahora?

La forma en que lo preguntó, me hizo sonreír, y mirando la parte

delantera de su cuerpo tan grueso, tan dispuesto, me robó la sonrisa y me hizo susurrar:

—Vamos a intentarlo.

—Esa es nuestra chica —dijo. Puso mi mano en la cabecera, envolviendo los dedos alrededor de ella. Hacía eso cuando esa parte del cuerpo, la más cercana a mí, no estaba en algún lugar en el que quería marcas de uñas.

Nathaniel vino desde el otro lado, me tomó la mano libre y la puso contra su cadera. Uno me decía claramente, no me marques allí; el otro estaba diciendo: Por favor, hazlo.

Micah giró mi cara hacia él. Nathaniel puso mi mano más arriba en su pecho, para que pudiera conseguir arrancar su piel. No trabajaría en Placeres Prohibidos este fin de semana, así que no tenía que preocuparme por marcarlo.

Micah se deslizó dentro de mi boca; empujando lentamente, facilitando su camino dentro, pero ya tenía un gusto salado, amargo y dulce a la vez. Había estado disfrutando del espectáculo. Ese sabor significaba que no iba a durar tanto tiempo como hubiera podido, no era algo malo en el sexo oral con alguien de su tamaño.

Con el sexo se desea que dure el mayor tiempo posible; por vía oral, la duración no siempre es una ventaja. Dos conjuntos de habilidades muy diferentes.

Avancé a encontrarme con su cuidadoso empuje, y fue como si le hubiera dado permiso. Comenzó a presionarme en la boca, golpeando la parte posterior de la garganta con cada empuje, sacándolo fuera justo antes de que dijera me rindo.

Apretaba fuertemente la cabecera, y mi otra mano estaba sobre todo para estabilizarme contra el costado de Nathaniel, sin arañar. Me estaba concentrando demasiado fuerte en hacerlo con Micah como para pensar en hacerlo yo misma.

—Ahora —dijo Micah, y me tomó un segundo entender con quién estaba hablando.

Jean-Claude deslizó los dedos dentro de mí, y se encontró con ese punto dulce, lo encontró como si supiera exactamente dónde estaba. Me llevó, con la rápida y segura flexión de sus dedos, rápido, más rápido y más rápido. Grité alrededor del cuerpo de Micah, grité y le empuje más fuerte y más profundo en mi boca. Monté su cuerpo mientras cabalgaba el orgasmo,

por lo que de repente no parecía demasiado grande, demasiado amplio, sino perfecto. Grité y golpeé, y dirigí mis uñas a la cadera de Nathaniel, como si estuviera tratando de cavar mi camino a través de él.

Gritaba, gritaba y gritaba, gritaba mi placer, pero era un sonido que habría sido de dolor para la mayoría de la gente. No era dolor, era liberación. Mi entrega a ese momento, completa y absolutamente. La mano de Jean-Claude dentro de mí, el cuerpo de Micah en mi boca, la carne de Nathaniel bajo mis uñas. Solté la cabecera, y tuve suficiente para dejarme marcar más arriba de la espalda de Micah, mientras que la otra mano seguía cavando en la cadera y en el culo de Nathaniel.

Oí voces, y sabía vagamente que no eran nuestras. Le escuché decir a Jean-Claude:

—Largo de aquí, —pero estaba demasiado lejos para mirar, o preocuparme.

Empujó su mano más dentro de mí en un movimiento rápido, y eso me llevó, también. Me había trabajado hasta que mi cuerpo daba orgasmos como un regalo, tan mojado, tan excitado, tan grueso, tan ajustado, hinchado de placer.

El cuerpo de Micah estaba empezando a perder su ritmo, sabía cerrar. La cúspide de su empuje subió por mi garganta, y salió, mi propia saliva se derramaba de mi boca, porque no había tiempo para tragar.

Jean-Claude se inclinó sobre mí, con los dedos dentro, pero su boca lamiendo entre mis piernas, mientras sus dedos seguían entrando y saliendo de mí. No podía hacer la succión profunda que el resto, los colmillos le estorbaban, pero no necesitaba profundidad. Me había trabajado hasta el punto donde los golpecitos rápidos de su lengua, adelante y atrás, adelante y atrás, comenzaron a llevarme.

Esa calidez acumulándose, dentro de mí, como si el centro de mi cuerpo fuera una copa, llenándose gota a gota de placer, hasta que con un lengüetazo, la copa se derramó, y grité en todo el cuerpo de Micah. Entró una última vez, tan profundamente que me ahogaba, y supe en ese momento que había estado siendo cuidadoso, y ahora no lo era, ahora que finalmente me hizo tomar las últimas dos pulgadas. Por fin le toqué el cuerpo durante más de un segundo. Empecé a separarme. Su mano se dirigió a la parte de atrás de mi cabeza, como si fuera a mantenerme en el lugar, pero se movió, y me dejó retroceder, y la sacó.

Observé a Micah luchar por el control. Jean-Claude se trasladó a unos

cms a su lado, por lo que su boca se situó en la parte superior muy, muy dentro de mi muslo. Los colmillos de Jean-Claude se hundieron en mí, y yo estaba en ese punto donde el dolor era placer y la sensación de tenerlo perforando mi piel, su boca chupando de mí, me llevó fuera de la cama, tirando mi cuerpo superior hacia arriba, gritando. Mi cuerpo rozó la parte delantera del cuerpo de Micah, y fue un poquito. Mi cuerpo volvió para descansar en la cama, y Micah se derramó a través de mis pechos, caliente, demasiado caliente, el líquido espeso y pesado, corriendo entre mis pechos, bajando por un lado de mi cuerpo y reuniéndose goteando debajo de mi estómago. Esa sensación me hizo gritar.

Jean-Claude apartó la boca de mí. Su boca embardunada con mi sangre, y su cuerpo estaba duro y listo, lleno de mi sangre, para que pudiera dar placer a mi cuerpo, y al suyo. Por lo general empezaba lento en las relaciones sexuales, pero esta noche, al igual que Micah, había hecho su lentitud. De repente estaba sobre mí, sostenido en alto por sus brazos como una flexión, pero su cuerpo inferior no se mantuvo levantado. Empujó en mí tan fuerte y rápido como nunca lo sentí, y pude ver cada golpe mientras se movía dentro y fuera de mí. Tres golpes, cinco, y me llevó. Empujé mis caderas arriba para encontrarlo, retorciéndome debajo de él.

Me llevó dos veces más, antes de que lo sintiera comenzar a perder el ritmo, y con un empuje final acabó dentro de mí. Permaneció sobre mí, sosteniéndose con brazos temblorosos, mientras me miraba, los labios abiertos, luchando por respirar. Normalmente se derrumbaba sobre mí, pero mi pecho estaba cubierto del zumo de Micah. Que era cada vez más delgado, escurriéndose por mis lados como hielo derretido por el calor.

Se quedó encima de mí, jadeando, y sonriendo, con la boca aún manchada con mi sangre. Se inclinó, con cuidado, manteniendo la parte superior del cuerpo y el pelo alejado de todo, pero me besó. Me dio un beso con mi sangre como cobre dulce en su boca.

Salió, y me dejó parpadeando, aturdida. Apenas había salido fuera, y Nathaniel ya estaba allí, encima de mí. No podía recordar cuándo se había movido de la cabecera de la cama. Había perdido la pista.

Miré la línea de su cuerpo, en posición encima de mí, y pensé: ¿No me comprometí a empezar a usar condones? Pero lo peor había pasado, ya estaba embarazada, eso ya no importaba nada. Jean-Claude me había cogido por sorpresa, pero dejé a Nathaniel sumergirse dentro de mí, desnudo, su carne en mi interior sin nada entre nosotros.

Encontró ese ritmo que hacía a veces, como una ola que se estremece bajo su cuerpo, como si estuviera bailando en mi interior. Y con cada ola de estremecimiento, se metía en mí, y se metía en mí, justo encima de ese punto. Jean-Claude se había entregado al sexo, pero Nathaniel estaba haciendo su cuidadoso trabajo habitual, como si aún después de todos los juegos previos fuera a darme en dinero lo que valía. Sus emociones estaban en carne viva, pero su sexo era controlado. Él no acabaría hasta que yo lo hiciera, él simplemente no acabaría.

Había hecho un juego el hacerme venir una y otra vez, hasta que se lo rogara. Eso no iba a tomar mucho tiempo esta noche.

No fue así. Sentí que esa carga se comenzaba a fortalecer entre mis piernas, lenta y constante, pero más rápido de lo normal por todo lo que había ocurrido antes.

—Cerca —susurré—, cerca. —Mis caderas comenzaron a subir arriba y abajo con sus movimientos, así que bailamos el uno para el otro, mis caderas empujando hacia arriba cuando empujaba hacia abajo, de modo que nos encontrábamos una y otra vez. El orgasmo me sorprendió, y no hubo más baile para mí. Sólo hubo gritos, y uñas a lo largo de sus costados, me retorcía, sin ningún ritmo, sin ningún control.

Volví en mí jadeando, viendo doble, y encontré su cuerpo de vuelta en el mismo ritmo. Seguía entrando y saliendo de mí, como si pudiera hacerlo toda la noche. Él maldito hubiera podido. Me llevó de nuevo, y esta vez enrollé la parte superior de mi cuerpo a su alrededor, presionando juntos nuestros pechos, mis uñas excavando en su espalda. Apretó la parte superior del cuerpo contra mí, poniendo la parte superior del pecho contra mi boca, mientras su cuerpo seguía bombeando.

Sabía lo que quería, y se lo di. Le mordí, mordí hasta que probé la sangre. Sostuve la parte superior de su cuerpo contra el mío, para que no se alejara y le causara más daño de lo que planeaba. Mi boca se llenó de sangre, y su ritmo vaciló. El placer podía rechazarlo toda la noche, pero el dolor, el dolor le haría acabar más rápido.

Pero primero me llevó de nuevo, y me arrancó la boca fuera de su cuerpo, así que no le mordí demasiado. Volví la cara hacia un lado, y grité. Envolví mis piernas alrededor de su cuerpo, cerré los talones en la parte superior de su culo y lo inmovilicé contra mí, así no pudo conseguir el ritmo que quería.

Se puso a gatas, conmigo pegada a la parte delantera de su cuerpo. Nos

arrastró a ambos a la cabecera de la cama, y utilizando una mano en mi culo, y la otra en la cabecera, para levantarme, puso mi espalda contra la cabecera. Su voz se oyó en un susurro ahogado.

—Quiero moverme más. —Y así lo hizo, entraba y salía de mí, una y otra y otra vez, mientras me aferraba a él con brazos y piernas. Me llevó una y otra vez, y una vez más, y finalmente otra vez, luego pidió—: Por favor, por favor.

Algunas noches le gustaba rogar antes de que dijera sí, pero esta noche no creía que ninguno de nosotros pudiera aguantar mucho más. Le susurré contra el dulce aroma de su cuello.

—Sí, acaba, acaba, acaba dentro de mí. ¡Dios, acaba, por favor!

Dejó de intentar el ritmo y empujó dentro de mí, tan fuerte y rápido como pudo.

Me hizo llegar de nuevo, le clavé las uñas en los hombros y la espalda, y finalmente empujó en mi interior. Empujó tan lejos y tan fuerte como pudo. Allí permaneció durante un latido de corazón, eternamente, luego se desplomó sobre sus rodillas, mientras todavía me aferraba a él.

Nuestros cuerpos estaban resbaladizos por el sudor y la sangre, y otras cosas. Se aferró con las manos a la cabecera, su corazón latía tan deprisa que podía verlo.

—Dios, eso estuvo bien —dijo, con la voz sin aliento, y no exactamente como su voz en absoluto, todavía.

Traté de decir que sí, y no pude hacerlo. Era como si no pudiera encontrar la manera de formar palabras, y todavía no podía hacer funcionar mis ojos. El mundo seguía estando desenfocado con bordes blancos borrosos, como algo envuelto en algodón.

—Anita —dijo Micah—. ¿Estás bien?

Me las arreglé para levantar un pulgar, porque era lo mejor que podía hacer. No era la primera vez que Micah y Nathaniel me habían follado dejándome sin palabras.

—Maldita sea —dijo Micah—. Pensé que con tres, podríamos finalmente follarte hasta dejarte inconsciente. —Su voz era burlona.

Me llevó tres intentos decir, en voz muy ronca.

—Se necesitan más hombres.

Micah se inclinó cerca, besándome la mejilla.

—Creo que eso lo podemos arreglar.

Me las arreglé para susurrar:

—No esta noche.

Me besó en la mejilla de nuevo.

—No esta noche. —Se volvió a Nathaniel—. ¿Necesitas ayuda?

Nathaniel asintió con la cabeza, sin decir nada.

Micah y Jean-Claude ayudaron a separarnos, luego fueron al baño a limpiarse.

Nathaniel y yo aún no podíamos movernos lo suficiente como para dejar la cama.

Nos acostamos uno al lado del otro, tocándonos, pero no en los brazos del otro.

Nuestros cuerpos no estaban funcionando lo suficientemente bien como para eso, todavía.

—Dios, Anita, te amo —dijo, con la voz aún entrecortada.

—Yo también te amo, Nathaniel —dije. Y lo hacía.



VEINTIUNO

Creía que Micah podría protestar cuando Jean-Claude se metió en la cama, desnudo como todos los demás, pero no lo hizo. Si hubiera sido otro chico desnudo acurrucándose contra mí quizás podría haber protestado, pero Micah era un problema mucho menor de lo que iba a tratar. Supongo que alguien tenía que causar menos problemas.

Me quedé dormida como hago casi todas las noches con el estómago apretado contra la espalda del cuerpo desnudo de Nathaniel, la curva caliente de su culo recogido contra mi estómago, un brazo hacia arriba para que pudiera tocar su pelo, el otro alrededor de su cintura, o tal vez un poco más bajo. Micah acurrucado detrás de mí, un reflejo mío casi exactamente, salvo que su brazo no se curvaba en torno a mi cuerpo, sino que se extendía por lo que estaba tocando un poco de Nathaniel. Jean-Claude acurrucado contra Micah como si lo hubiera hecho antes, poniendo su brazo sobre Micah para que pudiera tocarme. Su mano curvada a mi alrededor, y

levanté el brazo de la cintura de Nathaniel, para que pudiera tocar el brazo de Jean-Claude. El amanecer estaba cerca, y el brazo caliente, la vida no iba estar caliente o no iba a vivir por mucho tiempo. Los vampiros pierden calor más rápido que un humano muerto. No estaba segura del por qué, pero así era.

Disfruté de su curva caliente mientras pude. Nathaniel se acurrucó cerca de mí, como si estuviera presionado el culo en Micah a través de mí, pero no me importó.

Me gustaba acercarlo. Además, sabía que me estaba echando de menos sosteniéndole firmemente. Mis dedos jugaban en los pequeños vellos del brazo de Jean-Claude, de ida y vuelta, trazando su piel. Su sensación como que me hizo lamentar por un instante que era mi cuerpo contra el que estaba aplastado.

Me quedé dormida en un nido de cuerpos calientes y sábanas de seda. Había tenido peores noches.

Desperté inmediatamente en la boca del lobo, con mi corazón en la garganta. No sabía lo que me había despertado, pero era algo malo. Me quedé allí presionada entre Micah y Nathaniel, mirando alrededor de la habitación en la penumbra de la puerta del baño entreabierta. Era la luz que Jean-Claude dejaba para nosotros cuando dormíamos aquí. La habitación daba al vacío, así que ¿por qué mi pulso estaba en mi boca? Un mal sueño, tal vez.

Me quedé allí presionada entre los hombres, intentando oír algo, pero no había nada pues sus respiraciones eran tranquilas. El brazo de Jean-Claude estaba a través del cuerpo de Micah, pero ya no estaba caliente. El alba había venido, y se lo había llevado de mí otra vez.

Entonces vi una sombra. Una sombra sentada a los pies de la cama. Cuando miré directamente a ella, no estaba allí, pero por el rabillo del ojo pude ver: un negro que comenzó a adquirir una forma, hasta que hubo una oscura silueta de una mujer sentada a los pies de la cama. ¿Qué demonios?

Sacudí el brazo de Micah, tratando de despertarlo, pero no funcionó. Lo intenté con Nathaniel, y lo mismo sucedió, nada. Su respiración nunca cambió. ¿Qué estaba pasando?

No podía despertarlos. ¿Estaba soñando y no lo sabía? Tomé aire para gritar. Si era un sueño, no importaría, si no era un sueño entonces Claudia y los guardias vendrían. Sin embargo, en el momento en que respiré fuerte, la voz flotó por mi mente.

—No grites, nigromante.

El aliento me dejó, como si alguien hubiera empujado en mi estómago. Por fin logré un susurro:

—¿Quién eres?

—Bueno, esta manera no te asusta. Tenía la esperanza de eso.

—¿Quién…? —Entonces olí: la noche. La noche al aire libre, la noche en algún lugar cálido y suave con el aroma de jazmín en el aire. Sabía quién era—. *Marmee Noir*, —era el menos grosero de los apodos que los vampiros le pusieron. Era la Madre de todas las Tinieblas, era el primer vampiro, y el gobernante de su consejo, había estado en hibernación, o en un coma, por más de mil años. La última vez que la había visto en un sueño había sido tan grande como el océano, tan negro como el espacio entre las estrellas. Había asustado la mierda fuera de mí.

La sombra sonrió, o al menos eso es lo que sentía.

—Bien.

Luché para sentarme, y los hombres dormían, ni siquiera se movían en sus sueños.

¿Esto era un sueño o era real? Si era real me encontraba en la profundidad de un gran lío. Si era un sueño, entonces tenía poderosos vampiros invadiendo mis sueños como antes.

Puse mi espalda contra la madera de la cabecera. Se sentía real y sólida. Pero no me gustaba estar desnuda delante de ella. Si hubiera tenido un vestido, y la idea fue suficiente. De repente me sentí con un vestido de seda blanco. Sueño, porque había sido capaz de cambiarlo. Sueño, estaría bien. Era sólo un sueño. El nudo en el estómago no me creyó, pero el resto de mi trataba de creerlo.

Pensé en varias preguntas que hacer a esa sombra, y finalmente me conformé con:

—¿Por qué está aquí?

—Me interesas.

Era como tener al diablo de repente colocando un aviso personal en ti, no es bueno.

—Voy a tratar de ser menos interesante.

—Estoy casi despierta.

De repente sentí frío, aún en mis pies.

—Puedo saborear tu miedo, nigromante.

Tragué saliva, y no pude evitar que mi voz que se entrecortada.

—¿Por qué está aquí, *Marmee Noir*?

—Necesito algo para despertarme después de un largo sueño.

—¿Qué?

—Tú, tal vez.

Le miré con el ceño fruncido.

—No lo entiendo.

La sombra comenzó a crecer más sólida, hasta que era una pequeña figura femenina con un manto negro. Casi podía ver su rostro, casi, y sabía que no quería hacerlo. Ver el rostro de la oscuridad era morir.

—Jean-Claude aún no te ha tomado como suya, todavía no cruzó la última línea contigo. Hasta que lo haga, otro más poderoso que él puede tomar lo que es suyo, y terminarlo.

—Me veré obligada a un vampiro —dije.

—Sí, tienes a un siervo de vampiro, pero eso no cierra la otra puerta. —De pronto se sentó a mis pies. Levanté los pies en alto, y empujé contra la cabecera. Era un sueño, sólo un sueño, ella no podía hacerme daño, pero no lo creía.

Extendió una mano a lo ancho, y la mano estaba tallada de oscuridad.

—Creo que este aspecto me haría menos atemorizante, pero estás nerviosa por mí. Estoy perdiendo una gran cantidad de energía para hablar contigo en el sueño, en vez de invadir tu mente más allá, y aún así me tienes miedo. —Suspiró, y su sonido revoloteó por la habitación—. Tal vez he perdido el don de ser humana, incluso para fingir. Tal vez si he perdido el don, debo dejar de intentarlo, ¿qué piensas, nigromante? ¿Debería mostrarte mi verdadera forma?

—¿Es una pregunta con trampa? —pregunté.

Sentí su ceño fruncido, y no lo vi, porque no podía ver su rostro todavía.

—Quiero decir, ¿hay una buena respuesta en esta lista? No creo que ver su verdadera forma fuese algo bueno, pero realmente no quiero que siga jugando a la humanidad para mí, tampoco.

—Entonces, ¿qué quieres?

Quería a Jean-Claude despierto que me ayudara a responder a esta pregunta. En voz alta le dije:

—No sé cómo contestar a esa pregunta.

—Por supuesto que sí; los seres humanos siempre quieren algo.

—Que usted se vaya.

Sentí su sonrisa.

—Esto no está funcionando, ¿verdad?

—No sé cómo se supone que funciona —dije. Estaba abrazando mis rodillas ahora, porque no quería que me tocara, ni siquiera en sueños.

Se puso de pie, en medio de la cama, entonces me di cuenta que no era exactamente la misma.

Se puso de pie, pero luego fue creciendo, se extendió hacia arriba y arriba, como una llama de color negro. La luz se reflejaba en todo lo que estaba haciendo, como el agua, o una roca brillante. ¿Cómo podría algo brillar y sin darle luz? ¿Cómo podría algo a la vez reflejar la luz y absorberla?

—Si tienes miedo de mí de todos modos, ¿por qué fingir? —Su voz resonó en la sala como una ráfaga de viento. Podía oler la lluvia en el borde de ese viento—. Habrá verdad entre nosotras, nigromante.

Desapareció, no, se convirtió en oscuridad. Se convirtió en la oscuridad de la habitación. Un minuto era un punto central, casi un cuerpo, al siguiente era la oscuridad. Colgaba en la oscuridad de la sala, y esa oscuridad tenía un peso y conocimiento. Era como todos los seres humanos que se habían acurrucado alrededor del fuego, ya que podían sentir la oscuridad presionando a su alrededor. Sentían la oscuridad esperando por ellos. Ella no trató de hablar conmigo ahora, simplemente no fueron, las palabras, ni siquiera las imágenes, sino algo para lo que no tenía palabras. Ella simplemente era. Una noche de verano no le habla a uno, pero existe. La oscuridad de una noche sin luna, no piensa, pero aún está viva con mil ojos, mil sonidos. Era esa noche, con un añadido: se me ocurrió. No quieres la oscuridad para ser capaz de pensar, porque no va a pensar lo que quieras saber.

Grité, pero la oscuridad llenó mi garganta, me cortó el aire. Me estaba ahogando en el olor de la noche, ahogándome en el jazmín y la lluvia. Traté de llamar a mi nigromancia, pero no quiso venir. La oscuridad en la garganta se reía de mí como un abrir y cerrar del frío de las estrellas, bella y mortal. Traté mi unión con Jean-Claude, pero lo había cortado. Traté mi unión con Nathaniel y Micah, pero su llamada era para los animales, todos los gatos, grandes y pequeños. Mis leopardos no podían ayudarme ahora. La oscuridad les susurró dormir.

Recordé la última vez que había estado tan cerca de mí metafísicamente, y el pensamiento de lo único que no había sido capaz de

controlar. Pensé en lobo.

Había tomado el lazo de Richard hacia mí, y la cercanía de Jason, para despertar a mi lobo y hacer retroceder a la oscuridad, pero habíamos crecido más cerca ahora, mi lobo y yo, y vino. Un enorme lobo pálido con manchas de oscuridad saltó a la oscuridad, sus ojos se llenaron de fuego marrón. Se puso entre mí y la oscuridad.

Me dejó envolver mis dedos en su piel, y en el momento en que le toqué, pude respirar de nuevo. El olor de la noche estaba allí, pero no estaba en mí.

La oscuridad se hinchó a mí alrededor como un océano grande y oscuro, crecía y aumentaba hacia arriba, arriba, y se estrelló en la orilla. El lobo se puso tenso contra mí, tan real contra mi cuerpo. Podía sentir sus huesos, sus músculos, en virtud de la piel, apretados contra mí. Podía oler su miedo, pero sabía que no me dejaría en paz. Quería quedarse y defenderme, porque si moría, él lo haría. No era el lobo de Richard, era el mío. No era su bestia, sino la mía.

Ese océano negro se crió encima de nosotros, de modo que la cama era como una pequeña balsa. Luego cayó hacia nosotros con un sonido como de mil gritos. Sabía que esos gritos eran de las víctimas, eones de víctimas.

El lobo se levantó para encontrarse con esa negrura, y sentí los dientes que se hundían en la carne. Sentí en nosotros su mordedura. Tuve un instante para ver la habitación donde yacía su cuerpo real, todos esos miles de kilómetros de distancia.

Vi su cuerpo de un tirón, vi su pecho levantarse en una respiración fuerte. Su aliento suspiró por toda la habitación.

—Nigromante.

El sueño se rompió, y me desperté gritando.



VEINTIDOS

El dormitorio de Jean-Claude estaba brillante con las luces. Micah estaba de rodillas mirándome, acariciando mi hombro.

—Anita, gracias a Dios, no podíamos despertarte.

Tuve tiempo de ver a Nathaniel en el otro lado de la cama, de pie y a Jean-Claude a su lado. Había estado inconsciente lo suficiente para que Jean-Claude muriera y reviviera de nuevo. Horas perdidas a la oscuridad. Claudia, Graham y otros estaban en la habitación. Debía haber pasado horas, el cambio debió haberse alterado. Tuve tiempo de ver y pensar todo eso, entonces el lobo de mi sueño trató de salir de mi cuerpo.

Era como si mi piel fuera un guante, y el lobo la mano. Me llenó, imposiblemente largo. Podía sentir sus piernas estirando y estirando mis brazos y piernas. Pero sus extremidades y las mías no eran de la misma forma, no encajaban. El lobo trataba de hacerme encajar.

Mis dedos curvados, tratando de formar las patas, y cuando eso no

funcionó, trató de que las garras salieran de los dedos humanos. Grité, sosteniendo mis manos arriba, tratando de respirar para explicarlo. Entonces no tuve que hacerlo, porque mi cuerpo empezó a tratar de destrozarse a sí mismo. Era como si todos los huesos y los músculos estuvieran tratando de destruirse para liberarse a sí mismos de otra parte de mí. El dolor era indescriptible.

Las partes de mi cuerpo que nunca fueron concebidas para desplazarse se movían ahora. Era como si la carne y el hueso de mi cuerpo estuviera tratando de salirse del camino para que algo más pudiera tomar su lugar.

Micah cubrió mi brazo y el hombro. Nathaniel tenía mi otro brazo. Jean-Claude cubrió una pierna, y Claudia tenía la otra. Ellos gritaban:

—¡Está cambiando!

—¡Va a perder al bebé! —gritó Claudia—. Ayudadme a sostenerla, maldita sea.

Graham puso su peso a través de mi cintura.

—No quiero hacerle daño.

Escuché algo explotar en mi hombro, un sonido húmedo que nunca querrías oír de tu propio cuerpo. Grité, pero a mi cuerpo no le importaba. Quería desgarrarse a sí mismo. Quería rehacerse. El lobo estaba allí, justo debajo de mi piel. Lo sentía, empujando y empujando, tratando de salir. Otros cuerpos se unieron al montón, y poco a poco el peso total me sostuvo, pero aún así los músculos y tendones se mantenían retorciéndose.

Otra convulsión sacudió mi cuerpo, obligando a algunos de ellos a cambiar sus agarres. Un brazo se acercó a mi cara, y sentí el olor del lobo. Ese dulce olor a almizcle tranquilizó mi cuerpo. Mi lobo olfateó esa piel pálida y el pensamiento, no del todo en palabras o en imágenes, sino en algún punto intermedio: manada, casa, seguridad.

El brazo se apartó y se llevó ese olor calmante con él. El lobo intentó saltar detrás de ese olor, trató de seguirlo, pero los otros olores me sujetaban. Leopardo, rata y algo sin pelo, ni calor. Nada que nos ayudaría.

El lobo se agarró a mi garganta como si fuera una abertura para ser excavada, ampliada, por la que podría salir gateando. El lobo no podía salir, no podía salir, atrapado. ¡Atrapado! Intenté gritar, pero un grito no fue lo que salió de mi garganta, un bajo y lúgubre aullido se derramó en su lugar. El sonido cortando a través de las voces frenéticas a mí alrededor, congelando las manos que estaban presionando. Se hizo eco al subir y subir, muriendo en el repentino silencio.

Luego, cuando el último eco tembloroso se desvaneció otra voz se levantó, alto y dulce. Una tercera voz se unió, más profunda, así que por un instante sus voces se entrelazaron en gloriosa armonía. Entonces una voz cayó unas octavas más abajo, rompiendo la armonía, pero la discordia tenía una especie de armonía propia.

Les respondí, y por un momento nuestras voces llenaban el aire con la música temblorosa. Los cuerpos presionando contra mí desaparecieron. El olor del lobo se movió cerca. Una mano me tocó la cara y me volví hacia esa mano, presionándola en mi cara, respirando el olor del lobo. Había otros olores en esa mano, un mapa perfumado de todo lo él que había tocado ese día, pero debajo de todo estaba el lobo. Traté de levantar las dos manos para presionar la piel contra la mía, pero sólo una de mis manos subiría. Algo se rompió en mi hombro izquierdo, algo que no me dejaría utilizar esa mano. El miedo brilló en mí, y gemí, y esa piel caliente se apretó más cerca. Nunca me había dado cuenta de que podías abrazar un aroma a tu alrededor como si fuera un brazo. Pero abracé ese olor a mí alrededor, olerlo con tanta atención que se extendió a mí como si alguien me llevara en sus brazos.

Mantuve su mano apretada sobre mi nariz y boca, pero rodando mis ojos a lo largo de su brazo hasta que encontré la camisa negra y, finalmente, la cara de Clay. Sus ojos eran los ojos de lobo, y mi lobo sabía que yo había hecho eso. Había llamado a su lobo, y este había respondido.

La cama se movió junto a nosotros. Saqué mi cara lejos de la piel de Clay así podía oler el aire mientras me giraba para mirar. Vi a Graham, pero su olor significaba más que lo que mis ojos me dijeron. Olía tan cálido, tan bueno. Extendí mi mano buena hacia él, porque si podía tocarlo, me llevaría algo de ese olor bueno y cálido conmigo.

Mi mano tocó su pecho y sólo cuando mi mano tocó la piel desnuda me di cuenta de que lo estaba. Era como si la jerarquía de la información de mis sentidos fuese hacia atrás. Olfato, tacto, vista: los primates no razonaban de esa manera, pero si los cánidos. Vagamente, recordaba haber visto el cuerpo suave y musculoso de Graham, pero olía seguro y adecuado. La ropa no importaba a lo seguro y adecuado. Pero mi mano sobre la desnuda y cálida dureza de su pecho me sorprendió, como si no me lo esperara. No estaba pensando con claridad.

Puse rígido el brazo, empujando contra su pecho, mientras trataba de acercarse a mí. Ahora que lo estaba viendo, y no sólo mirándolo, pude ver

que no le desagradaba estar desnudo delante de mí. Eso me molestó. Me dolía, mis músculos ardían, dolía en lugares que ni siquiera debía ser capaz de sentir, y él estaba emocionado porque nuestros cuerpos desnudos estuvieran cerca y personalmente. Maldito sea.

Me di cuenta de que aún tenía una voz humana.

—No. —Mi voz estaba ronca y maltratada, pero seguía siendo clara—. No.

Claudia apareció cerca de la cabecera de la cama.

—Le dije que se desnudara, Anita. Necesitas tanto contacto piel a piel como puedas conseguir.

Traté de sacudir la cabeza, encontrándolo doloroso, por lo que sólo dije:

—No.

Se arrodilló junto a la cama, rogándome con los ojos. Era una mirada que nunca había visto de ella.

—Anita, son todos los lobos que tenemos ahora mismo, por favor, no hagas esto más difícil.

Tragué saliva y me dolió, como si hubiera dañado cosas en mi garganta que no se curarían durante un tiempo.

—No.

Jean-Claude se acercó y se paró al lado de su figura arrodillada.

—Por favor, *ma petite*, no seas terca, ahora no.

Le fruncí el ceño. ¿Qué me estaba perdiendo? ¿Qué era lo que no entendía? Algo.

Algo importante, por las miradas en sus rostros, pero no quería que Graham pusiera su desnudo y erecto cuerpo contra mi cuerpo desnudo. No quería tener relaciones sexuales con él, y una vez que estuviéramos desnudos en la cama las probabilidades de eso subirían. Claro, estaba herida, y supuestamente alimenté el *ardeur* muy bien, pero llamadme paranoica, no quería correr el riesgo. Pero para mis últimos jirones de dignidad moral, Graham podría haber estado en la carrera por ser-el-padre. Eso, más que nada, mantuvo mi brazo derecho, y mis labios diciendo que no.

Claudia dijo:

—No lo entiendes, no se ha acabado.

—¿Qué es lo que no ha terminado? —Me las arreglé para decirlo, con esa profunda voz no mía, y entonces lo supe. El lobo había pensado que iba a salir, conseguir ayuda, que la manada le ayudaría a escapar, liberarlo de

esta prisión, pero había mantenido el sentimiento de morir de otros lobos acorralado. Me había negado a dejarlos deslizar la esencia del lobo y la piel sobre mi cuerpo, por lo que el lobo volvió a tratar de salir y reunirse con ellos.

Mi brazo no se quedó tieso, nada en mí lo hizo. Me retorcía en la cama como un saco de serpientes, los músculos y tendones se movían en maneras que deberían haberme desgarrado. Mi piel debía haberse dividido, y casi lo quería, quería que el lobo saliera de mí. Para que dejara de hacerme daño. Había pensado que el lobo era yo, ahora pensaba que esto estaba tratando de matarme.

El olor del lobo estaba en todas partes, un fuerte y dulce almizcle arrugando mi nariz. Mi cuerpo se quedó inmóvil en la cama mientras las lágrimas se derramaban por mi cara, y gemía, no los sonidos del lobo, sino los pequeños y doloridos de un humano. Pensé que me había lastimado antes, pero me había equivocado. Si pudiera forzar a alguien a sentir esto por siempre, te dirían cualquier cosa, harían cualquier cosa, para hacerlo parar.

Estaba situada entre Graham y Clay. Sus cuerpos desnudos estaban presionando tan cerca como podían, sin poner parte de su peso encima de mí, como si supieran que eso dolería. Me acunaron suavemente entre ellos, sus manos sobre mi cabeza, y en mi hombro bueno. Me tocaban como si me fuera a partir, y se sentía como que tenían razón.

Los ojos de Graham habían cambiado de vuelta al marrón. La expresión de su rostro era de preocupación. ¿Qué habían visto que yo no? ¿Qué me estaba pasando? Clay se inclinó, apretando sus labios contra mi mejilla y me besó con dulzura. Susurró:

—Cambia, Anita, sólo deja que suceda. No te lastimará así, si sólo dejas que pase.

Levantó su cara, y vi que estaba llorando.

Oí el suave clic cuando la puerta se abrió. Quería dar la vuelta y mirar, pero esto había dolido la última vez que lo hice.

No me parecía que lo valiera. Además, el pecho de Graham estaba bloqueando mi vista en esa dirección.

—¿Cómo te atreves a ordenarme que venga a tu presencia? —La voz de Richard, ya estaba enfadado.

—Traté de hacer una petición —dijo Jean-Claude—, pero no respondiste.

—Así que me lo ordenas, ¿acaso soy tu perro?

—*Ma petite* necesita tu ayuda, —y la voz de Jean-Claude mantuvo ese primer indicio de ira, como si estuviera tan cansado de los estados de ánimo de Richard como lo estaba yo.

—Por lo que puedo ver —dijo Richard—, parece que Anita tiene un montón de ayuda.

Clay se sentó lo suficiente para mostrar una cara llena de lágrimas.

—Ayúdala, Ulfric. No somos lo suficientemente fuertes.

—Si quieres consejos para satisfacer en la cama, pídeselos a Micah, yo realmente no estoy en eso de compartir.

—¿Eres el Ulfric de tu lupa, o no? —Micah vino a pararse a los pies de la cama, aún desnudo, al igual que cuando habíamos despertado.

—Eso es asunto de lobos, gatito, no el tuyo.

—Ya basta, —gritó Clay—, deja de ser un cabrón, Richard, y se nuestro líder. Anita está herida.

Richard finalmente llegó a la orilla de la cama para mirar por encima del cuerpo reclinado de Graham. Tenía el cabello alborotado por dormir, una espesa masa marrón dorado alrededor de su rostro arrogantemente guapo. La arrogancia decayó, y la culpa que había empezado a temer casi tanto la reemplazó.

—Anita… —Hizo un sonido doloroso de mi nombre, tanto dolor en esa única palabra.

Se arrastró hasta la cama, y mostró que todavía estaba usando pantalones cortos.

Se había tomado mucho tiempo para vestirse, o dormía vestido, muy al estilo no lobo. Los otros hombres le hicieron sitio, pero no salieron de la cama. Comenzó a arrastrarse sobre mí, pero el primer toque arrancó pequeños ruidos de dolor de mí. Se acercó sobre las manos y las rodillas por encima de mí, manteniendo su peso lejos de mí, pero mi lobo estaba demasiado cerca de la superficie. Richard se puso por encima de nosotros de esa manera quería decir que pensaba que era superior a nosotros y mi lobo no creía que él se hubiera ganado eso. Yo tampoco.

Sentí al lobo en cuclillas para saltar. Lo sentí encogerse como si pudiera saltar de mi cuerpo al de Richard. Tuve un momento para darme cuenta de que podría hacer eso. Había sentido a la bestia de Richard y a la mía pelear una vez. Eso había hecho daño. Ya estaba herida. No quería hacer esto.

—Muévete, Richard. —Mi voz era un susurro maltrecho.

—Todo está bien, Anita, estoy aquí.

Puse mi brazo bueno contra su pecho y empujé.

—Muévete, ahora.

—Estás en una posición dominante sobre ella —dijo Graham—. No creo que a ella le guste eso.

Richard le miró, mientras su cuerpo se quedaba sobre el mío.

—Ella no es un lobo, Graham, no piensa así.

Un gruñido bajo corrió fuera de mi garganta. No quise decir para que.

Richard volvió la cabeza lentamente, en la manera en que lo haces en las películas de terror cuando por fin miras detrás de ti. Bajó la mirada hacia mí, su pelo como un marco grueso alrededor del suave asombro de sus ojos.

—¿Anita…? —dijo, pero mi nombre era una pregunta esta vez, como si no estuviera seguro.

Ese suave y profundo retumbar del gruñido vibraba a través de mis labios otra vez. Susurré en una voz más profunda que cualquiera que hubiera tenido.

—Muévete.

—Por favor, Ulfric —dijo Clay—, por favor muévete.

Richard retrocedió sobre sus rodillas, aún subido a horcajadas sobre mí, pero en una posición que un lobo no podría duplicar exactamente. Debería haber sido suficiente, pero mi lobo había encontrado otra salida, un agujero a través del que podría subir. Antes siempre cuando había compartido mi bestia con otros licántropos había sentido sólo piel y huesos, como si una gran bestia estuviera paseando por dentro de mí, pero esta vez la vi. Vi al lobo, tal como lo había visto en el sueño. No era en verdad blanco, sino color crema, con manchas oscuras, como una silla de montar en su espalda y cabeza. Esa capa oscura era de todos los matices de gris y negro mezclados, e incluso blanco verdadero y crema que no era realmente blanco ni crema, pero mezclados, como la leche y el suero.

Pasee la mano a través de esa piel, y era… real.

Tiré con tanta fuerza que dolió, me hizo llorar, pero todavía podía sentir el recuerdo de la piel bajo mi mano buena, como si hubiera tocado algo sólido.

—Huele real —dijo Graham.

Richard se había quedado muy quieto donde se arrodilló sobre mí.

—Sí —dijo con una voz lejana—, lo hace.

—Trae a su lobo —dijo Clay, con voz suave—. Haz que cambie, así dejará de hacerse daño.

—Perderá al bebé —dijo Richard, pero estaba mirándome con una mirada en su cara que no podía leer, o tal vez no quería.

—Va a perder al bebé de todos modos —dijo Claudia.

Él me miró, y sus ojos se perdieron.

—Puedo ver al lobo dentro de ti, Anita, justo detrás de mis ojos, puedo verlo. Podemos olerlo. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que traiga a tu bestia?

Su voz sonaba vacía, como si ya estuviera de luto. No quería hacerlo; eso estaba claro.

Pero por una vez, nos pusimos de acuerdo.

—No —dije—, no lo hagas.

No se hundió, pero una tensión salió de él.

—Ya la habéis oído. No lo haré en contra de su voluntad.

—Di eso después de que hayas visto las convulsiones. Nunca he visto a nadie pelear así, no durante tanto tiempo —dijo Claudia—. Una vez que alguien está tan lejos, no deberían ser capaz de luchar contra el cambio. Incluso sus ojos siguen siendo humanos.

Richard me miró, solemne.

—Esa es nuestra chica, —pero no sonaba feliz cuando lo dijo. Dejó caer sus escudos, no todo el camino, sino como si parpadeara metafísicamente. Tuve un vistazo a sus emociones, sus pensamientos, apenas una ojeada. Si cambiaba de verdad, él no me querría. Valoraba mi humanidad, porque él sentía que no tenía ninguna. Si cambiaba, dejaría de ser Anita para él. Todavía no entendía que ser un hombre lobo no te detenía de ser un ser humano.

Pero por debajo de esos pensamientos estaban otros, aunque pensamientos podían ser la palabra incorrecta. Su bestia estaba allí, su lobo, y quería que yo cambiara.

Quería que fuera lobo, porque entonces le pertenecería.

No se puede ser lupa y Nimir-Ra si en realidad eras lobo de verdad.

El pensamiento me hizo mirar al otro lado de la cama, hasta que encontré a Micah.

Lo vi en sus ojos, la pérdida, como si ya estuviera seguro de ello. De ninguna manera. No lo perdería, no ahora. Me giré para buscar alrededor de la habitación a mis otros leopardos. Giré demasiado rápido, lastimando los

músculos de mi hombro izquierdo, músculos que se habían roto.

Nathaniel vino al lado de la cama como si entendiera que estaba buscándolo.

Había lágrimas secas sobre su rostro, como si hubiera llorado, y no se hubiera molestado en limpiarlas. Podrías alejarte de tus compañeros, lo sabía, pero me acordé de Richard diciendo una vez que los dominantes no lo hacen. Si estuvieras lo suficientemente alto en la jerarquía de poder, no te alejarías de la manada. Era lupa, no había ninguna mujer de mayor rango que yo. Era Bolverk, lo cual me había hecho como un oficial de todos modos.

De cualquier forma lo cortabas, si el lobo que podía tocar salía de verdad, entonces habría perdido más que un embarazo sorpresa.

Sabía que tenía al menos una bestia más dentro de mí. Tenía al leopardo, de la forma en que tenía al lobo. Si finalmente estaba recorriendo todo el camino peludo, ¿podría elegir qué tipo de peludo? Mirando la cara de Nathaniel, viendo a Micah mirar hacia otro lado para que así no leyera su rostro, sabía que tenía que intentarlo.

Me quedé mirando a Richard. Le dije en voz alta:

—No quieres que cambie, por eso es por lo que no ayudarás.

—No quieres ser una de nosotros, no de verdad. —Su rostro se estaba deslizando de regreso a esa máscara de furia y arrogancia.

—Tienes razón.

Su furia mostró, casi un enfado placentero, como si esa declaración probara que no era mejor de lo que él era, no más cómoda en la piel peluda.

Miré a Micah y a Nathaniel. Micah se había movido así que podía abrazar a Nathaniel.

—Micah, Nathaniel, ayudadme a llamar al leopardo.

Micah se quedó perplejo.

—No es una opción, Anita. Puedo oler lo que eres.

Empecé a agitar la cabeza, pero lo que fuera que me había hecho en mi hombro izquierdo dolía demasiado.

—Tengo cuatro cepas diferentes. ¿Por qué no puedo elegir en qué dirección voy?

Graham y Clay miraron a Richard, como si se preguntaran lo que diría.

—Creo que estás fuera de las opciones —dijo— pero si quieres probar, no te detendré. —Estaba herido, y su intento de ocultarlo lo hacía más doloroso de ver. Si cambiaba, él miraría a otra parte. No creía que fuera a

encontrar a alguien dispuesto a compartir con él lo que equivalía a una amante permanente, peluda o no, pero bueno, no era mi vida. Era su vida.

Pude ver al lobo en mi cabeza, como un sueño al despertar, todos los sutiles cremas, blancos, negros y grises. Me miró con ojos que eran un ámbar tan oscuro que eran casi marrón. Era como si mirases en un pedazo de tu alma y tenerla mirándote de vuelta.

Richard se levantó de la cama. El lobo no se asustó; sino que se quedó en mí, paciente, esperando.

Graham comenzó a seguirlo, resbalando. El lobo paseó más cercano a la superficie otra vez, agitado. Agarré su brazo.

—Quédate. —Se quedó inmóvil bajo mi tacto, medio arrodillado junto a la cama.

Clay miró de mí hacia Richard.

—Quédate hasta que diga que te vayas —dijo Richard, con una voz que logró ser cerrada, vacía, y enfadada todo al mismo tiempo.

—Micah, Nathaniel, ayudadme a levantar a nuestra bestia. —No discutieron ni dudaron, sino que simplemente se arrastraron sobre la cama. Se arrastraron hacia mí de esa manera graciosa, que los licántropos tenían, como si tuvieran músculos que nosotros los simples mortales no teníamos, como si pudieran haber equilibrado una taza en la espalda.

Herida como estaba, mirándolos gatear hacia mí desnudos aceleró mi respiración, mi pulso se apresuró. Esto hizo que el lobo comenzara a pasear en estrechos y agitados círculos.

No tenía una mano para tocar a Clay.

—Clay, tócame. —Cerró la pequeña distancia que había hecho para que Richard me montara a horcajadas. Presionó su cuerpo contra la línea del mío, pero tuvo cuidado de no tocar mi hombro izquierdo. Hizo un rápido estudio, y discutió en raras ocasiones. Fue una especie de refrescamiento.

Micah me tocó las piernas, pero Nathaniel se arrastró alrededor de Clay, así podría estar a mi altura. Micah preguntó:

—¿Qué necesitas que hagamos?

Nunca había tratado de llamar a un animal en lugar de otro. Habíamos aprendido sólo hace un mes que tenía tres tipos diferentes de licantropía. El lobo y el leopardo no habían sido del todo inesperados, pero el león, eso me había cogido con la guardia baja. Semejante lesión delicada, tan poca sangre, pero a veces un corte es suficiente con las enfermedades de transmisión sanguínea.

—No lo sé, todavía.

—Sabía cómo llamar a la bestia de alguien más, si ésta se adecuaba a la mía.

Richard me había enseñado la teoría de eso. Pensé en el leopardo. Simplemente pensaba en ello, y sentí que se revolvía en mi interior. Siempre fue la más extraña sensación, como si hubiera alguna cueva muy dentro de mí, y la bestia viviera allí hasta que la llamara. Ahora sí se desenroscó, se desperezó y comenzó a subir. Mi cuerpo era como un líquido oscuro que la bestia levantó en el interior; eso era todo muy típico de ser un licántropo. El problema era que mi cuerpo carecía del interruptor para cambiar en realidad, y una vez que la bestia tiene la superficie de mi cuerpo, no había lugar a donde ir. O no lo había habido, hasta ahora.

Pero en algún lugar durante el incremento de la sensación líquida del pelaje curvándose contra lugares que no debería haber tocado, me di cuenta de que había dos formas de aumentar la superficie. Había tratado de llamar al leopardo, pero estaba a punto de obtener el doble por mi dinero.

El lobo estaba erizado, con su cuello levantado, su rigidez corporal. Sentí su miedo. Sabía que estaba a punto de ser superado en número, y dentro de mi cuerpo no había manada a la que llamar. El lobo se mantuvo firme, haciéndose ver tan grande y feroz como pudo, entonces los gatos alcanzaron la superficie de mi cuerpo, y el lobo huyó. Podía sentirlo corriendo, corriendo de regreso por donde había venido. Al igual que cuando se dirigía a casa. Fue la primera vez que me di cuenta de que mi cuerpo no era solo una prisión, sino también una guarida, un lugar seguro.

Los gatos golpearon la superficie juntos, y la fuerza de esto inclinó mi espina dorsal, tiró de mi cuerpo hacia arriba, como si una gran fuerza me golpeara por detrás. Me caí de nuevo a la cama, gritando con el dolor de mi cuerpo abusado llevándose aún otro golpe esta noche. Necesitaba que esto parase. Necesitábamos que se detuviera.

Vi a los gatos. El leopardo se veía pequeño al lado del león. Pequeño, elegante y brillantemente negro. Se había separado del gato más grande. No lo culpaba. La leona era enorme, la gran bestia morena de un gato.

Tal vez se hubiera visto más pequeño si no hubiera estado viendo al lobo, y al leopardo ahora. El león estaba mirando al leopardo de una manera que era paciente, esperando a que el leopardo decidiera qué hacer a continuación. El león tenía la confianza de varios cientos de libras de músculo adicional de su lado.

Solté a Graham y usé mi mano buena para llegar a Nathaniel. Se inclinó sobre mi cara para que cuando lo tocara, su cara estuviera casi por encima de la mía.

Enterré mi cara contra el dulce calor de su cuello. Siempre olía a vainilla para mí, pero por debajo de eso era el olor del leopardo. Más afilado que el almizcle de lobo, menos dulce, más exótico por falta de una palabra mejor. El leopardo dejó de estar a la defensiva, y miró con ojos que eran suaves y grises, con un toque de verde en ellos. No lo llamé, aquí gatito-gatito, pero lo llamé por igual.

El leopardo se levantó a través de mí, y golpeó la superficie de mi cuerpo. Me llenó como una mano deslizándose en el interior de un guante, de modo que lo sentí estirarse y estirarse, llenándome. Esperé a que la amplitud finalmente dividiera mi piel y saliera, pero no pasó nada. Podía sentir el roce de la piel contra mi piel en el lado equivocado, podía sentirlo ahí. Miré mi cuerpo, y vi cosas rodando debajo de la piel de mi estómago como si el gato estuviera frotándose contra mí. La sensación me dejó con náuseas, pero eso fue todo. No fue tan violento como el lobo había sido, pero todavía no estaba cambiando.

Graham y Clay se levantaron de la cama para que Micah pudiera moverse a mi lado.

—Está ahí, pero no sale, ¿por qué?

Nathaniel se deslizó hacia abajo de manera que los dos hombres enmarcaban mi cuerpo con el suyo.

—No lo sé —dijo Micah.

—Dame tu bestia a mí —dijo Nathaniel.

Le miré, y pensé en la cosa peluda dentro de mí. Era paciente, porque no le tenía miedo.

Lo había abrazado, acogiéndolo. Ahora se deslizó dentro de mí, a la espera de la liberación. Una liberación que no podía darle.

—He tomado tu bestia una vez antes —dijo.

—Lo recuerdo. —Volví la cabeza, lo suficiente para ver la cara de Micah. Lo miré preguntándole.

—Dale tu leopardo a él, Anita.

Nathaniel apretó su cuerpo más cerca a mi costado, así que podía sentirlo presionando suave contra mi cadera. Se inclinó sobre mí, apoyándose a través de mi cuerpo con un brazo, así no colocaría ningún peso sobre la parte superior de mi cuerpo. Se inclinó por un beso, y sentí al

leopardo rodando hacia él como algo de piel medio líquido y medio sólido. Su boca encontró la mía, y nos besamos. La última vez que le había dado mi bestia había sido casi tan violenta como esta noche, pero había estado peleando, ahora simplemente se la di, y Nathaniel no peleó. Me besó fuerte y profundo, como si estuviera tratando de probar esa forma peluda, y un instante después esa forma se derramó a través de mi boca. Lo sentí como nunca antes, como si realmente se deslizara y saliera a través de mi boca.

Tuve un momento de asfixia, y luego estaba en él. Mi leopardo se estrelló contra su cuerpo, se estrelló contra su bestia. La fuerza de esto empujó su cuerpo fuera de la cama, como un golpe, pero luchó para seguir besándome. Luchó para besarme como si un líquido pesado y espeso pasara sobre mi cuerpo desde el suyo.

Tan cálido y caliente, como si estuviera desangrándose hasta morir. Abrí los ojos lo suficiente para ver que el líquido era claro, pero tuve que cerrar los ojos para que no entrara en contacto con ellos. Sus manos estaban en mi cara, atrapándonos en el beso. Pero quería el beso, quería esto. Lo quería, necesitaba la liberación, y mi cuerpo no podía darla.

Envolví mi brazo bueno a través de su espalda así podía sentir su piel separándose y el pelaje fluir como agua sólida, terciopelo caliente bajo mi mano. Su boca reformando la mía, de modo que el beso tenía que cambiar, porque la boca que tenía ahora no podía besar como su cuerpo humano. No hay suficiente labio.

Deslicé mi lengua a lo largo de los dientes lo suficientemente afilados para comerme de verdad. Se echó hacia atrás, y me quedé limpiando el líquido pesado de mi cara, así podía verle. La cara era de leopardo, y humano, una mezcla extrañamente agraciada. El hombre leopardo funcionó mejor que el hombre lobo, tal vez porque el gato tenía un hocico naturalmente más corto.

Levanté mis brazos hacia él, y se dio cuenta de que el brazo izquierdo ahora estaba funcionando. No había cambiado, pero algo acerca de darle mi bestia me había dado algunos de los beneficios de la curación que el cambio habría hecho.

Interesante.

Le abracé, y encontré su pelaje seco, aunque mi cuerpo estaba cubierto por la sustancia viscosa clara que los cambiadores —sangraban cuando cambiaban.

Nunca entendí cómo su piel se secaba, pero siempre lo hacía.

Pasé las manos por la increíble suavidad de su piel, sentí su fuerza muscular, y sentí que su cuerpo no estaba del todo infeliz al ser presionado contra el mío.

Habíamos hecho el amor una vez antes, cuando estaba en esta forma, y en ese momento no parecía una idea del todo mala, pero había alguien más dentro de mí, esperando.

El león rugió desde donde estaba aún esperando, paciente. Me dejó saber esto, que ella todavía estaba allí.

—Mierda —susurré.

Nathaniel resopló al lado de mi cara.

—León.

Micah salió de la cama.

—Necesitamos un hombre león, rápido, antes de que decida tratar de forzar su salida.

—No tenemos leones —dijo Jean-Claude.

Pensé en ello. Pensé, necesito un león. Pensé en la piel dorada, los oscuros ojos color naranja ámbar. Me puse a llamar, no por mi león, sino por un león. Sentí una respuesta, como una voz distante. Sentí dos respuestas tirando, casi como si llevara dos correas. Una de ellas era reticente, la otra era ansiosa.

—Están viniendo, o al menos él lo está —susurré.

—¿Quién viene? —dijo Nathaniel con esa voz gruñona.

—Cookie —dije, porque por mi vida no se me ocurría su nombre real. Todo lo que podía pensar era en que lo había apodado en mi cabeza por su pelo azul monstruo de las galletas.

Oímos voces alteradas antes de que alguien llamara a la puerta. Voces de hombres, discutiendo fuera de la puerta. Lisandro se dirigió a la puerta después de que Claudia asintiera con la cabeza. Abrió la puerta para revelar a Cookie con su pelo azul de punta, y el hombre león moreno. Cutting… no, Pierce. Su nombre era Pierce. Cookie estaba sonriendo mientras atravesaba la puerta, vestido sólo con pantalones vaqueros, con una pistola metida en la cintura. Como si la razón de los pantalones no fuera la modestia, sino un lugar para poner la pistola. Pierce fulminó con la mirada mientras entraba. Estaba completamente vestido, aunque su camisa estaba abotonada torcida, y su chaqueta metida mal por un lado asomando la sobaquera. El arma parecía una Beretta. No es mi elección para llevar oculta, pero desde luego tengo las manos pequeñas.

No estaba sorprendida de verlos. Los había llamado. Me sorprendió ver a Octavius, el siervo humano de Agustine, tras ellos. Iba vestido tan impecablemente como lo había estado antes, excepto que no tenía corbata y los puños estaban sueltos en las mangas de la elegante chaqueta del traje. Si los puños no hubieran estado sueltos, ni siquiera hubiera parecido como si tuviera prisa.

—Esto es escandaloso —dijo—. Primero insultas y humillas a mi amo, luego, intentas robarles sus leones. ¿Pensaste que desde que Agustine está dormido durante el día podías simplemente tomarlos? —Consiguió un buen vistazo de mí en la cama. Se detuvo, me parece, porque algunas de las personas en la habitación se habían trasladado para que pudiera verme en la cama. Yo y Nathaniel. No sé lo que pensaba que habíamos estado haciendo, pero de pronto lo vi con los ojos de un forastero. Yo, desnuda sobre la cama cubierta de líquido claro y pegajoso.

Nathaniel desnudo y excitado en forma de leopardo acurrucado en mis brazos.

Otros hombres en la sala ya desnudos. ¿Qué habría pensado si hubiera entrado encontrándome con todo esto? Probablemente, lo mismo que Octavius estaba pensando.

La mirada en el rostro de Cookie mostró que estaba pensando la misma cosa, pero estaba feliz por eso. Se dirigió hacia la cama, pero Pierce lo tomó del brazo, sujetándolo. Cookie le gruñó, y ese hilillo de sonido hizo que el león dentro de mí se tensara.

—No dejes que su mente, te joda —dijo Pierce.

—Has oído su llamada, también —dijo Cookie—. No podía decir que no, tampoco.

—Pero yo no quiero ir a ella. No quiero que me utilice. —Se volvió hacia el otro hombre así que estaba de espaldas a la cama. Cookie tenía un tatuaje del Monstruo de las galletas, como en Barrio Sésamo, en su hombro derecho. Un feliz pequeño monstruo de las galletas comiendo galletas. Así que el color del pelo no era un accidente.

—Quiero que me use.

—Pelea —dijo Pierce.

—No quiero luchar —dijo Cookie.

—Si nuestro señor estuviera despierto, no se atrevería a hacer esto —dijo Octavius.

Caminó alrededor de los dos, acercándose a la cama. Claudia y

Lisandro se interpusieron entre él y la cama. Pero fue cuando vio a Jean-Claude alejarse de la pared que su rostro se desmoronó. Miedo, miedo y confusión, se instalaron sobre su cara. Estaba completamente sorprendió de ver a Jean-Claude allí. Luchó, y finalmente dominó su rostro.

Pero la primera mirada fue suficiente, la primera mirada y su comentario de que Agustine estaba dormido. Por primera vez caí en la cuenta. No era que habíamos dormido todo el día y Claudia y el resto estaban de nuevo en servicio. Era que apenas habíamos estado dormidos en absoluto, y Jean-Claude no había muerto al amanecer. Él, como Damian, no morían al amanecer si dormían tocándome.

La arrogancia de Octavius regresó, pero dejó de lado el enfado, como si no quisiera empezar la pelea. Hizo una reverencia.

—Jean-Claude, no pensé que estaría levantado. No lo vi ahí parado. Tengo mejores modales que esto; mi enfado me hizo olvidarme de mí mismo. Por favor, perdóneme. —Sus palabras eran claras, pero las dijo un poco rápido. Creo que fue su versión de balbucear nerviosamente.

—No hay nada que perdonar, Octavius, si no nos estorbas, es decir.

Octavius lo encaró, y nada pudo evitar el malestar en la postura de sus hombros.

—¿Obstaculizarlo en qué sentido?

Jean-Claude estaba delante del hombre, desnudo todavía, pero tan cómodo como cualquiera de los cambiaformas. Llevaba su cuerpo como si fuera la túnica más costosa en el mundo, o como si no fuera consciente de que estaba desnudo.

—Agustine dijo que esos dos hombres león se supone que son candidatos a *pomme de sang* para *ma petite*.

Octavius dio un pequeño asentimiento.

—Eso es cierto.

—Podríamos haber sido demasiado apresurados con nuestro rechazo antes. Creo que hubo errores de etiqueta en ambos lados, ¿no dirías que era cierto?

—Quizás, quizás estábamos todos un poco apresurados antes, —admitió Octavius, su voz demostrando que no estaba seguro de adonde quería llegar, y estaba tratando de ser prudente sin ser insultante. Creo que si Jean-Claude no hubiera estado parado allí, y su propio maestro muerto para el mundo, habría estado menos prudente y más enfadado. Demonios, si hubiera sido sólo yo y el cambiaformas, creo que nos habría dicho que

nos fuéramos a la mierda, o alguna versión amable de eso.

—*Ma petite* probará a uno de sus leones ahora. Creo que a la luz de todo lo que ha sucedido podría estar bien para consolidar un vínculo más fuerte con su maestro. Somos, después de todo, dos de los maestros más poderosos en este país, y entre nosotros, sin duda tenemos los territorios más poderosos en el centro de este país. —Seguí el fraseo. Implicaba, pero no dijo, que entre los dos podían gobernar el centro de este país, y ¿no sería mejor ser aliados que enemigos? O tal vez estaba en realidad recogiendo un poco de los pensamientos de Jean-Claude, solo un toque.

No tenía ninguna intención de hacer una especie de guerra de conquista, pero implicaba darnos la ventaja del miedo y la codicia. El miedo a ser nuestro enemigo, y la codicia de tomar parte del botín, si nos decidíamos a conquistar.

Jean-Claude se la jugó.

Octavius se humedeció los labios, entonces se paró un poco más erguido como si se hubiera dado cuenta que estaba hundido.

—Tal vez. Sé que la intención de Agustine era ofrecer a los leones como pommes de sang. O como cambio por una de sus mujeres.

—Yo no cambio a mi pueblo. Creo que *ma petite* le dejó eso claro a su maestro.

Octavius asintió con la cabeza.

—Sí, muy claro. —La ira se coló a través de su voz, y él luchó contra eso, de modo que sus siguientes palabras fueron vacías e inofensivas—. Creo que complacería a mi maestro si usted encontrara a los candidatos a su *pomme de sang* dignos de atención.

Jean-Claude me miró entonces. Su rostro estaba vacío, hermoso, pero fue su voz en mi cabeza, suave, el más mínimo roce de contacto, la que me dijo lo que quería.

—Llámalos.

Levanté mi mano hacia ellos, y dije:

—Ven a mí.

Cookie se volvió de inmediato, sólo la mano de Pierce en su brazo lo detuvo.

—No me hagas luchar contigo, Pierce.

—Si no es lo suficientemente fuerte para resistir —dijo Octavius—, libéralo a su suerte.

Cookie miró a Octavius.

—No lo entiende, no quiero resistirme. Quiero que me tome.

Pierce trató de girar a Cookie de nuevo hacia él.

—No ves, que esto está mal. Ya te está enrollando, hombre. Ya te lo hizo, y ni siquiera lo sabes.

—Tal vez, pero si eso es lo que está pasando, estoy bien con esto. —El filo de la sonrisa que había visto desapareció, y su voz era grave y seria cuando dijo:

—Quita tus manos de mí, Pierce. No voy a pedírtelo de nuevo.

—Déjalo ir —dijo Octavius—. Es una orden, Pierce.

Pierce le dio una mirada de enfado, pero dejó ir al otro hombre. Incluso levantó las manos al aire, como si no fuera su culpa.

Hubo una pequeña parte de mí que quería ver si podía forzar a Pierce a venir también, pero Cookie se acercaba. Un león era suficiente, por ahora.



VEINTITRES

Claudia le detuvo, en medio de su camino, elevándose sobre él. Probablemente ésta era la primera vez que conocía a una mujer lo suficientemente alta y musculosa como para hacer eso. Con sólo ver su reacción diría mucho sobre él.

—Llama a tu rata, Blake —dijo Cookie.

—Deja la pistola y me muevo —dijo.

—Estaba más armado que esto cuando me tocó antes.

—Antes estabas siendo el guardaespaldas de tu maestro, ahora estás a punto de conocer de cerca y personalmente uno de los míos. —Su voz fue baja y de circunstancias. Pensé que era interesante que diera a entender que era uno de sus maestros. Noticias para mí.

Pude ver un hombro lo suficiente como para saber que se encogía de hombros, entonces debió haber entregado el arma, porque Claudia se trasladó a un lado.

Se dirigió hacia la cama con los pies descalzos, el primer botón de los vaqueros ya desabrochado. ¿Ya estaba así antes o había cogido el arma mientras lo empujaba?

Lo último sería negligente. ¿Había sido descuidado?

Estaba demasiado tranquila. Lo vi venir hacia la cama con una soltura que me sorprendió. Estaba como en shock, casi, o… el león estaba totalmente desapasionado por el hombre que caminaba hacia nosotros. De alguna manera los animales son más reactivos que nosotros, la gente comete el error de confundirlo con emoción, pero no lo es. No hubo emoción alguna de la gata en mi cabeza. Ella esperó. Esperó con una especie de paciencia fría, cautelosa, como si lo hubiera visto siempre, y no sintiera nada. Era su elección si lo dejaba llegar o lo perseguía hasta fuera. Si hacía algo estúpido, o débil, ella no le aceptaría. Lo mataría antes de aceptarlo, pero aquí no había pasión a la hora de tomar la decisión. Era un pensamiento más frío que cualquiera que hubiera tenido antes, salvo cuando decidía matar. Entonces hay un momento de claridad fría, un momento de algo que es casi pacífico. Mi momento de sociópata pacífica se extendió a una eternidad en la cabeza del gato grande.

Nathaniel se movió, lo que me hizo volverme hacia él, pero el león en mi cabeza me rugió, sacando una garra por dentro de mi cuerpo. Ella me hizo saber que necesitaba mis ojos y que no tenía interés en el leopardo. El dolor de sus garras palpitó a través de mí. Estaba parcialmente curada de lo que había hecho con Nathaniel, pero con un golpe me mostró que todavía estaba herida. Herida en lugares en los que no se podían aplicar vendajes. Una parte de mí quería pelear, y girarse hacia Nathaniel, pero sabía que si lo hacía, ella haría cosas peores. Luché contra mi propia obstinación por un momento, con los ojos cerrados, para concentrarme. Tratando de decidir si hubiera crecido lo suficiente para permitir ir esta pequeña pérdida, o si tenía que ganar en cada maldita cosa. Si dejaba que el león creyera que me podía mandar, ¿eso sería un mal precedente para el futuro?

Entonces un pensamiento vino a mí, el león era yo. Estaba luchando conmigo misma. Qué terriblemente freudiano, ¿o sería de Jungiano? De todas formas, eso me extrañaba.

El pensamiento era demasiado mío, lo que me abrió los ojos. Cookie estaba de pie junto a la cama. Tenía las manos a los costados. La expresión de su cara era ansiosa, pero cuidadosa, como si finalmente se hubiera dado cuenta de que algo no estaba bien. Su pelo azul estaba chafado en la parte

superior de su cabeza, como si hubiera estado durmiendo cuando le llamé. Sus ojos eran muy azules mientras me miraba. Ahora pude ver el tatuaje en su hombro izquierdo: los rostros de Epi y Blas. Sentí un tema.

—¿Algún tatuajes más?

Él sonrió.

—Sí, ¿quieres verlos?

—No lo sé —dije.

—Me has llamado —dijo, y su voz era más suave, como si no estuviera seguro de lo que estaba pasando, y finalmente no estaba seguro de estar feliz por estar aquí.

Cauteloso, por fin. Eso le encantó al gato en mi cabeza. Encantándome a mí también, supongo.

Micah dijo:

—Necesita darte su bestia.

Cookie se volvió hacia él, frunciendo el ceño.

—No lo entiendo. —Sus fosas nasales vibraron, a la vez que olfateaba el aire—. Ella huele a león, pero antes olía como a leopardo. Olía como a lobo, también. —Sacudió la cabeza, como si se aclarara la mente de tantos olores. Me miró con el ceño fruncido, hablando en voz baja—. ¿Qué eres?

La verdad hubiera estado bien, no estaba segura, pero algunas de las personas de esta sala no eran nuestros amigos. Octavius sería nuestro enemigo si pudiera.

Estaba a punto de decir una verdad a medias, cuando Jean-Claude se acercó a la cama y habló.

—*Ma petite* parece tener la capacidad de adquirir los animales de los vampiros con los que entra en contacto. Sé que adquirió el lobo a través de mí, ya que algunos siervos lo hacen. Adquirió el leopardo a través del contacto con otro. Puede ser que la cercanía con tu dueño le haya brindado su león. —No era una mentira, pero desde luego no era toda la verdad. Pero hey, yo no tenía mejores sugerencias.

—Eso la haría muy peligrosa —dijo Octavius desde cerca de la puerta. Él y Pierce todavía estaban próximos a la puerta como para una escapada rápida.

—La volvería poderosa, sí —dijo Jean-Claude.

—Peligrosa —dijo Octavius—. ¿Los otros maestros saben que corren el riesgo con la seducción de perder a sus animales en tu favor, Jean-Claude, o somos tus primeras víctimas?

Jean-Claude suspiró, y el sonido retumbó en la sala, y se deslizó sobre mi piel. La leona vibró, gruñó bajo y profundo, y el sonido se deslizó de mis labios.

—No —dije.

—Mis disculpas, *ma petite* —dijo. Se volvió a Octavius—. La verdad entonces, Octavius, antes de pensar lo peor de nosotros. Te conozco bien; extenderás estos rumores. Así que te brindo la verdad, y voy a saberlo si lo vas diciendo por ahí, porque nadie en esta sala lo dirá pero tú…

—Yo no chismorreo.

—Tú siempre chismorreas. —Hizo un gesto hacia mí—. Anita tiene diferentes tipos de licantropía en su interior.

—Eso no es posible.

—Tampoco es posible que tenga un siervo vampiro, o un animal para llamar que no es el mío, pero ésta es la verdad.

—Algo habíamos oído, pero pensábamos que lo del siervo era un rumor.

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—Augustine es lo suficientemente poderoso como para ver la verdad. Cuando la vea con Damian, sabrá la verdad de todos modos. Os digo con sólo una noche de adelanto, oh, un día antes. —Lo dijo como si acabara de recordar que se había despertado al alba. Entonces no lo había olvidado—. Te juro que los médicos humanos han analizado su sangre y lo han confirmado. Lleva más de una cepa de licantropía, y sin embargo no ha cambiado a ninguna de ellas. Sostiene el animal, pero parece incapaz de transformarse. Han tratado de hacerla salir esta noche, y todavía no puede cambiar.

Micah añadió:

—Está atrapada en ese punto donde la bestia está tratando de salir, y ella no sabe como dejarla.

—¡Ay! —dijo Cookie. Me miró con una sonrisa—. Has tenido una mañana difícil.

—No tienes ni idea —dije.

—Sí que lo hace —gruñó Nathaniel a mi lado.

Los dos cambiaformas se miraron el uno al otro. Era una mirada larga.

—Sí, recuerdo la primera vez, todos lo hacemos.

—Ella luchó, luchó hasta conseguir un punto muerto.

Me miró, entrecerrando los ojos.

—No puedes hacer eso, nadie puede.

—Nunca se debe subestimar lo terca que puede ser Anita —dijo Richard a través del cuarto—. Lo lamentarías, si lo haces.

Le miré. Había cogido una de las sillas cerca de la chimenea, tan lejos de la cama como podía sin salirse de la habitación. Estaba en las sombras, por lo que no podía ver bien su cara. Pero de nuevo, puede que no quisiera ver su rostro en ese momento.

—No confundas la fuerza de voluntad con la terquedad —dijo Micah —. Hay una diferencia.

—A mi me parece lo mismo —dijo Richard.

—Lo haría —dijo Micah.

Un gruñido bajo brotó de Richard, y resonó en la sala, en la manera que lo hizo el suspiro de Jean-Claude. El sonido me hizo estremecer, pero no con la promesa de sexo, recorrió mi piel como un azote, y el león reaccionó a eso. Ella se derramó en mi piel como lo había hecho el leopardo, como lo había hecho el lobo. De repente me vi retorciéndome en la cama, gritando de nuevo. No quería hacer daño de nuevo. Pero si no quería ser un lobo, desde luego que no quería ser un león. Ni siquiera conocía bien al grupo de leones de aquí. Mierda. Si la fuerza de voluntad me mantenía en mi piel humana, mi voluntad estaba desgastándose. Con el tiempo, iba a perder esta pelea. No quería que fuera ahora.

Alcancé a Cookie. Me agarró la mano, casi por reflejo. Lo arrastré hacia mí, y no peleó conmigo. Podría haberlo hecho, pero vino a mí. Puso su cuerpo en la parte superior del mío cuando el león trató de salir. Se estiró, se estiró, imposiblemente grande, tratando de hacer surgir las garras empujando en mis dedos y en los de los pies. Ella no podía salir, pero esas garras cortaban a nivel metafísico a través de mi piel. Grité. Alcé las manos para retenerlo contra mí, y no había sangre fluyendo por mis dedos. Dulce Jesús, ayúdame.

Desde lejos oí a Cookie decir:

—¿Qué hago?

—Dale un beso —dijo alguien.

Me besó. En el momento en que su boca rozó la mía, dejé al león marchar. Lo dejé arado en él. Con Nathaniel había tratado de ser un poco más controlada, pero estaba fuera de control hoy.

Me dolió dejarlo ir, como si alguien hubiera metido una pala en mi garganta y estuviera retorciendo los órganos internos en una línea,

rasgando, quemándose.

Grité en su boca, y de volvió el gritó. Mantuvo la boca en la mía, aún cuando su cuerpo comenzó a retorcerse de dolor. Sus manos hundiéndose en la cama a cada lado mío, aguantando, aguantando, mientras que la línea se rompía, se rasgaba, arrancándole energía. No hubo ningún tiempo cuando se deslizaron sus huesos, o cuando se remodelaron. Un minuto era humano, al siguiente, su piel había estallado hacia afuera, salpicando a toda la habitación con gruesos pegotes mojados. El cuerpo entre mis manos estaba seco y cubierto de pelo, y en la mejilla que toqué había una franja de espesa cabellera, de oro. Tuve que limpiarme la baba espesa de los ojos para poder ver. Me limpié de sus restos que eran más espesos que el líquido claro. El poder lo había literalmente transformado. Tuve un momento en el que me pregunté si sus tatuajes habrían sobrevivido, y luego pude ver su rostro.

Sus ojos eran de color oro, en una cara que era oro pálido, con una melena alrededor de su cabeza como un halo peludo. La cara era esa mezcla extrañamente llena de gracia entre humano y gato. Sus hombros eran más amplios que los de los leopardos, todo más musculoso. Su cuerpo desnudo estaba presionado de repente entre mis piernas, pero no feliz de estar allí. Tuve una visión de su cola agitándose detrás de él, entonces se derrumbó, en parte sobre mí y en parte a mi lado.

Cuando su peso cayó, mi cuerpo fue golpeado. Hice un pequeño sonido, y se apartó de mí y se quedó allí entre los restos del líquido. Parecía un dios primitivo de oro cazado hasta la muerte. Me quedé donde estaba, cubierta de algo que no quería ni ver. Se sentía demasiado grueso, demasiado… demasiado. Traté de no mirarlo o pensar en ello. Me quedé allí cubierta de trozos de su cuerpo, y sabía que iba a golpearle, mal.

—Lo siento —dije, y mi voz era un susurro abusado.

Giró los ojos de oro para mirarme.

—Eso ha dolido jodidamente.

Micah llegó a la orilla de la cama. Tomó una de mis manos entre las suyas, y miró mis dedos.

—Estabas sangrando por debajo de las uñas. Si no hubiera tomado tu bestia cuando lo hizo, —se encogió de hombros—, podría haber sido demasiado tarde.

Eso me asustó. Mi estómago se contrajo, y dejando el golpe de lado, era como si hubiera abusado de los músculos que no sabía que tenía.

—Gracias, Cookie, más de lo que puedas imaginarte.

El hombre león dijo:

—¿Acabas de llamarme Cookie?

—Lo siento, es el pelo, Cookie el Monstruo de las galletas.

—Haven. Mi nombre es Haven. —Creo que sonrió, pero era difícil decir en la cara de un león, desde el ángulo que tenía—. Aunque Cookie el Monstruo de las galletas está bien.

—Dije Cookie, no Monstruo.

—No me has visto en mi mejor momento, sin embargo —dijo, y sonrió con seguridad.

No entendí el comentario. Micah lo hizo.

—Eso implica que la tiene grande.

—Oh —dije, y luego tuve que sonreírle a Micah—. No debería presumir hasta que haya visto la competencia.

El león giró su cara para mirar a Micah. No le miraba a la cara. Micah dijo:

—No me estás viendo en mi mejor momento tampoco.

Incluso a través de la cara de león pude ver la arrogancia cuando me miró, no a Micah.

—Confía en mí, estoy a la altura. Auggie estaba de compras por el tamaño, no sólo por el talento.

No estaba segura de si debía decir En serio, Oh, genial, o ¡Ay, muchacho! En circunstancias normales, su suposición de que iba a llegar a joderme me habría cabreado. Pero uno, no tenía energía suficiente para enfadarme, dos, me había salvado. Nos había salvado. A Micah, a Nathaniel y a mí. Podría pedir nuestro orgullo local y pedir que unos leones me siguieran a todas partes, pero esta mañana, en este mismo momento, Haven había sido el único que tenía para el rescate. Se lo debía. También le había arrancado su cuerpo, y eso le había causado grandes cantidades de dolor. Uy en realidad no cubría eso.

—Cuando puedas caminar —dijo Nathaniel— te llevaré a la zona de alimentación. —La piel de Nathaniel brillaba bajo las luces, húmedo por estar tan cerca de la violenta transformación de Haven, más que a la hora de su propia transformación.

Se deslizó hacía el final de la cama y caminó alrededor hasta alcanzar a Micah, que seguía sosteniendo mi mano.

Micah apretó mi mano en su cara, y dejó una mancha húmeda en su

mejilla. Iba a necesitar otro baño.

—Puedo caminar. —Haven se deslizó hacia el lado de la cama, y cayó directamente de rodillas—. Mierda.

Nathaniel se agachó para ayudarle a ponerse en pie.

Haven le preguntó:

—¿Tomó tu bestia también?

—Sí.

—No te golpeó tan fuerte, ¿verdad?

—No. —Nathaniel no se molestó en explicar que no había sido tan violento, y ninguno lo hizo. No estaba segura de que fuéramos a mantener a Haven, pero si lo hacíamos, Nathaniel tendría que establecer algún tipo de posición dominante con el otro hombre. Eso podría conllevar mucho dolor para Nathaniel y seguir marcándolo ayudaría.

Haven se apoyó en la cama, con Nathaniel sujetándole todavía el brazo. Los ojos de oro del león me miraron.

—No lo tomes como algo personal ni nada, pero los beneficios tendrán que ser jodidamente alucinantes.

—Lo son —dijo Nathaniel.

—Depende de qué beneficios son de los que estás hablando —dije.

—Sexo —dijo, enderezándose poco a poco, evidentemente, todavía le dolía—. Eres de la línea de Belle Morte, no hay otros beneficios complementarios para vosotros.

No podía discutir con la última parte, pero no pude con lo primero.

—No des por sentado que vas a tener sexo, Haven.

Me lanzó una mirada.

—Todo esto y ¿tú crees que no soy lo suficiente como para tener relaciones sexuales? Maldita sea, chica, ¿qué tiene que hacer un hombre para cumplir tus normas?

—Cuando lo sepas, házmelo saber. —Esto vino de Richard. Se detuvo cerca de la cama, y me miró—. Podrías haber sido mi lupa de verdad, pero no querías serlo. Tú los elegiste, a ellos, por encima de mí.

—Si hubiera sido lupa de verdad, no me hubieras querido. Lo vi en tu cabeza.

Negó con la cabeza.

—Podrías haber sido mi lupa en el lupanar, con la manada.

—Pero habría perdido al bebé.

No quiso cruzar mi mirada.

—No puedes soportar la idea de que este no sea tu bebé.

—No, no puedo.

—Aún así soy tu lupa —dije—. Aún así soy tu Bolverk. Nada habría cambiado para ti ni para mí sí me hubiera convertido en lobo de verdad. Mi lobo habría significado que parecería más dura para los humanos, Sr Justo.

Fijó la mirada en mí.

—Ni siquiera me dejas tener la ilusión de eso, ¿verdad?

Traté de incorporarme, y Micah tuvo que ayudarme. Tan rígido, tan sensible.

—¿Qué ilusión, Richard?

—Que podríamos estar juntos como pareja, al menos con los lobos.

—¿Y qué pasa con mi vida, cuando la luna no está llena?

—¿Sería tan malo estar conmigo de verdad, sin los otros?

Le miré a la cara, y tal vez estaba cansada, físicamente, mentalmente, emocionalmente. Después de todo lo que había pasado esta noche, y esta mañana, lo único en que podía pensar era en sí mismo, sus problemas, su dolor.

—Es todo acerca de tu dolor, Richard, ¿es lo único en lo que piensas?

—Respóndeme, Anita, respóndeme. ¿Sería tan malo estar conmigo de verdad? Sólo dos de nosotros, ¿Podría ser tan malo?

Intenté una vez más no responderle.

—No quieres que te conteste a esa pregunta, Richard. —Me apoyé sobre Micah, dejándole que me sujetase.

—*Mon ami* —dijo Jean-Claude—, dejalo ir.

Sacudió la cabeza otra vez.

—No, no esta vez. Tenía la idea de que si él… —y señaló a Jean-Claude—, no hubiera interferido seríamos una pareja, que habríamos sido felices. Pero te veo con él… —señaló a Micah—, y con él… —señaló a Nathaniel—, y tengo que saberlo. Dime la verdad, Anita. Dime la verdad. No voy a romper el triunvirato. No voy a huir. Pero dime la verdad, así sabré cuál es mi posición. Necesito saber cuánto más tengo que esperar a la Sra. Justa. Dime la verdad, y tal vez pueda seguir adelante. Sé que no soporto ver que tomas a otro amante. Eso, sé que no puedo soportarlo. —Se sentó en el borde de la cama sucia. Me dio un rostro solemne—. Si te hubieras convertido en lobo de verdad, y tuvieras que vivir conmigo, renunciarías a Micah y a Nathaniel, ¿habría sido tan malo?

Mi garganta dolía, pero no era por lo que las bestias habían hecho. Mi

garganta estaba gruesa y apretada, los ojos quemando. ¿Por qué Richard siempre me daba ganas de llorar?

—No me hagas hacer esto —susurré.

—Sólo tienes que decirlo, Anita, simplemente decirlo.

Tuve que tragar dos veces, y las lágrimas se extendieron cuando dije:

—Sí, habría sido malo.

—¿Por qué? ¿Por qué el que viviéramos juntos, criando a nuestros hijos juntos habría sido tan malo? Si es mío quiero un lugar en su vida.

Eso era todo, había sacado lo del bebé, y de pronto todas las lágrimas se fueron dejando la ira, que nunca se alejaba mucho de mí.

—Tú no me ves, Richard. Tú ves este ideal de mí, pero no soy yo. No creo que haya sido alguna vez esa.

—¿Qué significa eso, no te veo? Te veo, estás ahí.

—¿Qué ves, Richard? Dímelo.

—Te veo.

—Estoy desnuda sobre una cama sujeta por un hombre desnudo, con otros dos hombres desnudos en la sala que también son mis amantes. Acabas de decir que no puedes soportar verme tomar otro amante, cuando sabes que tengo que encontrar a un nuevo *pomme de sang* para alimentar el *ardeur*.

—Pensé que no estabas realmente buscando, sólo pretendiendo.

Eso no se debería haber dicho delante de la compañía.

—No estoy segura de que tenga opción en este momento, Richard.

—La próxima vez que venga el lobo, simplemente no luches contra ello, y podrás ser mi lupa. Podemos estar juntos, porque no puedes estar con nadie más.

Ahí estaba; le dije la verdad.

—No quiero estar sólo contigo, Richard. No quiero perder a Micah y a Nathaniel, o a Jean-Claude.

—Así que, si dijera, elije, perdería.

Pensé, ya me has perdido. En voz alta, dije:

—No puedo estar con una sola persona, Richard, tú lo sabes.

—Incluso si el *ardeur* se enfriara, nunca elegirías sólo uno de nosotros, ¿verdad?

Nos miramos el uno al otro, y el peso de su mirada era muy pesada, demasiado pesada. A su manera, era igual de terco que yo, y este era uno de los momentos en que estaba a punto de destruirnos.

—No, Richard, no lo creo.

Tomó un montón de aire, y soltó el aire lentamente. Asintió con la cabeza, como para sí mismo, se levantó, dijo, sin mirarme:

—Eso es lo que necesitaba oír. No este fin de semana, vamos a estar ocupados, pero la próxima semana seguiré queriendo que vengas a la iglesia conmigo, si quieres.

No estaba segura de qué decir, así que le dije:

—Está bien.

—Cena de familia después, como siempre —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Vaciló en la puerta, se volvió con su mano tocándola.

—Encontraré a alguien que quiera la vida que yo quiero.

—Espero que lo hagas —susurré.

—Te amo —dijo.

—Yo también te quiero —dije, y lo sentía así.

—Te odio Anita —dijo, sin ningún cambio en la entonación.

—Yo también te odio —dije, y lo sentía así.



VEINTICUATRO

Otro lío, otro baño. Gracias a la violencia del cambio de Haven no morí con sólo pegotes de él en mi pelo, y otros lugares. Si un equipo forense hubiera llegado a la escena: Dios sabe lo que habrían hecho de la misma. Jean-Claude y Micah se metieron en la bañera conmigo. Nathaniel había llevado a Haven al área de alimentación, donde guardaba el ganado, asumí que era ganado. A decir verdad, nunca había visto la —alimentación, pero Nathaniel y Jason me habían dicho que era comida legal, y eso quería decir animales. Aunque me encantaban varios cambiaformas, no quería verlos comer. Algunos efectos visuales que no necesitaba.

Octavius y Pierce habían intentado regresar a sus habitaciones, pero Claudia los había detenido. Ella había preguntado dónde estaban los guardias de la puerta.

Pierce dijo:

—Trataron de detener Haven y sacarme de la habitación.

—Ese era su trabajo —dijo Claudia.

—Entonces, no son tan buenos en su trabajo —dijo él.

—¿Los mataste?

Miró hacia el suelo, entonces volvió a subir la mirada.

—Estaban respirando cuando los dejamos.

Eso provocó que enviara a Lisandro y Clay a comprobarlo. Había mantenido a Graham con ella, e hizo que Octavius y Pierce esperaran las noticias. Ambos hombres ratas estaban vivos, pero heridos. Mal heridos.

Gracias a los problemas que habíamos tenido con los maestros de Cape Cod y Chicago, había guardias extra. Efectivamente habían puesto guardias en la sala de ataúdes, fuimos afortunados; Meng Die había roto el ataúd cuando llegó la fiebre del poder que todo el pueblo de Jean-Claude obtuvo de nuestro sexo con Augustine. Meng Die, más poderosa, no era un buen pensamiento.

Ahora los guardias extra nos venían muy bien. Claudia puso cuatro guardias para Octavius y Pierce. Envió a Lisandro para supervisarlos, con órdenes de reportarse con Fredo, que resultó estar a cargo de los detalles en la sala de ataúdes. Claudia se quedó con nosotros, y mantuvo a Clay con ella. Dos de ellos estaban fuera de la recámara, mientras nosotros nos limpiábamos. Claudia y Clay estaban muy sucios, también, pero esperarían para limpiarse.

Jean-Claude me llevó a través del agua tibia, hasta que mi cuerpo se apoyó en el suyo. Apoyé la cabeza contra su hombro y le dije:

—¿No acabamos de hacer esto?

—No precisamente, *ma petite* —susurró contra mi pelo mojado.

Micah se movió a través del agua hasta que se arrodilló junto a nosotros. Tenía el pelo pegado a la cabeza, viéndose lacio y negro. Sus ojos verde pálido eran sorprendentes en su rostro bronceado sin el pelo para distraer la atención de ellos.

Se movió tan cerca que un mechón de su cabello tocó el mío, y la ilusión de negrura se desvaneció, ya que incluso mojado su pelo no era tan oscuro como el mío, o el de Jean-Claude. Increíblemente rico, marrón oscuro, pero no negro.

Susurré contra la mejilla de Micah:

—No, no precisamente.

Micah me besó, y luego se echó hacia atrás lo suficiente como para verme claramente.

—Ahora que estamos limpios, ¿por qué no os despertamos a ti y a Jean-Claude?

—Pensé que Jean-Claude estaba despierto todo el tiempo —dije.

—No al principio, al principio estaba tan fuera como antes.

—¿Cómo sabías que no estaba muerto para el mundo como es lo normal?

—Estaba respirando.

Sentí a Jean-Claude revolverse contra mí, como si ese hecho le hubiese sorprendido.

—Respirando. Cómo… Interesante. —Su voz era muy cuidadosa.

—¿No deberías respirar? —pregunté.

—No —dijo.

Me di la vuelta en sus brazos hasta que pude estudiar su rostro. Esa cara no me enseñó nada. Era tan hermosa e ilegible como una pintura, como si en vez de una cara con movimiento y respiración, se tratara de un momento atrapado en el tiempo, una expresión encantadoramente única. Estaba en su momento más cuidadoso, ocultándose, cuando se veía así.

—¿Por qué es la respiración más sorprendente que él no morir al amanecer? —pregunté.

—También soñé —dijo.

Le fruncí el ceño.

—Estabas dormido. Sueñas cuando estás dormido.

—No he soñado en casi seiscientos años.

—¿Qué soñaste? —preguntó Micah.

—Una pregunta muy práctica, *mon chat*.

Miré a uno y a otro.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Jean-Claude me miró.

—¿Qué has soñado, *ma petite*? ¿Quién te hizo soñar? —Su voz nunca cambió su acento amigable.

—Preguntas como si ya lo supieras —dije.

—Tienes que decirlo, *ma petite*.

—La Madre de Todas las Tinieblas —dije, en voz baja, y al decirlo pareció que la habitación no era lo suficientemente brillante.

—Marmee Noir —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Sí —dije. Traté de leer más allá que su exterior agradable, y fracasé —. ¿Soñabas con ella, también?

—*Oui*.

—¿Los dos soñaban con el jefe del consejo de vampiros?

—Ella es mucho más que eso —dijo Jean-Claude—. Ella es el creador de nuestra civilización. Nuestras leyes son sus leyes. Algunos dicen que fue el primer vampiro, y que es verdaderamente la madre de todos nosotros.

Me estrechaba cerca de él, y él me puso bajo su brazo, para que pudiera envolver mis brazos alrededor de su cintura. De alguna manera, cerca, no estaba lo suficientemente cerca cuando se hablaba de la Madre de todas las Tinieblas.

—¿Qué soñaste, exactamente? —preguntó Micah.

—Trató de jugar a ser la humana para mí, pero, Dios, que mala era en eso.

—La vi agacharse sobre ti, *ma petite*. La vi empezar a alejarte de mí. Pero no podía llegar, la oscuridad me tenía como su figura doblada sobre ti. —Se estremeció, y me sostuvo contra su cuerpo—. No podía llegar a ti, y su voz se burló de mi falta de cuidado. —Besó la parte superior de mi cabeza—. Pero también me dijo que si te hubiese dado la cuarta marca te habría asesinado porque si no podía controlarte, te destruiría.

Micah vino a nosotros, escondiéndose a sí mismo contra mí, apretando el brazo de Jean-Claude entre nosotros, su propio brazo sobre los hombros de Jean-Claude.

Micah estaba de rodillas a mi lado, porque sus cabezas se reunían sobre la mía, y Micah no era lo suficientemente alto para eso, sin ayuda.

—Pero tú te despertaste antes que Anita —dijo Micah—. ¿Por qué?

—Pensé que si podía romper mi sueño, supondría la liberación de *ma petite*. No funcionó, pero fui capaz de romper la atadura de Marmee sobre mi mente. Eso, en sí mismo, fue una cosa sorprendente.

—Sorprendente no empieza a describirlo —dije—. ¿Cómo te liberarse?

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—Llamé al único animal que tengo que no es un gato. Ella sólo tiene gatos. La vi en aquella habitación, donde está su cuerpo real. Vi su cuerpo tironear. Mi lobo la mordió, de verdad, creo.

Los dos hombres me sostuvieron con más fuerza, presionándome entre ellos, como si algo de lo que había dicho les diese miedo. Supuse que era miedo, pero…

—¿Me estoy perdiendo algo aquí, muchachos? De repente, están aún más asustados.

—La capacidad de enviar un espíritu animal a través del sueño y dañar a otro es rara entre nosotros.

—Entre vampiros, quieres decir —dije.

—*Oui*.

—Entre nosotros también —dijo Micah—, pero… —Entonces se detuvo abruptamente.

—Pero ¿qué? —pregunté. Cuando no respondió, me aparté de los dos, para que pudiera ver sus rostros. Jean-Claude, si quería, podía esconder cualquier cosa detrás de su rostro, pero Micah no era tan bueno. Si lo miraba lo suficiente, podría obtener una pista.

Bajó los ojos, como si supiera lo que estaba haciendo.

Le toqué la cara, le giré para que me mirara.

—¿Qué, Micah, qué es?

—Quimera podía invadir tus sueños.

—¿Podía herir a alguien de esa manera?

—No, —entonces parecía que pensaba en ello—, no cuando se hizo de mi pard original, no podía.

—Había ganado poder en los años que estuve con él, así que ¿tal vez? Pregúntale a algunos de los dominantes que sobrevivieron. Pregúntales si podía hacerles daño en sus sueños.

—Es muy raro que un licántropo sea capaz de invadir los sueños como un vampiro —dijo Jean-Claude.

—Quimera era una especie rara de chico —dije. Y sólo pensar en él me dio miedo.

Estaba muerto, lo había matado, pero había sido uno de los seres más atemorizantes con los que me hubiera peleado nunca.

Micah me miró, y su rostro tenía dolor, como si todo lo que estaba pensando era algo demasiado horrible.

—¿Qué? —pregunté.

—Aprendimos el mes pasado que tienes la licantropía de león. Que tenía que venir de tu lucha con Quimera.

Asentí con la cabeza.

—Él estaba en forma de hombre-león cuando me cortó, sí.

Micah se humedeció los labios, como si hubiera alguna posibilidad en la bañera de hidromasaje, brumosa de que sus labios estuviesen secos.

—¿Qué pasa si ganaste más de él que sólo la licantropía de león?

Le frunció el ceño.

—No te sigo.

—Lo que quiere decir, *ma petite*, ¿y si no ganaste simplemente la licantropía, sino el tipo de licantropía que Quimera tenía? No era un hombre león, era un hombre pantera. Tenía más de media docena de tipos de licantropía, ¿no es cierto?

Micah asintió con la cabeza.

—Leopardo, león, lobo, hiena, anaconda, oso, y entonces tomó el mando de los hombres-cobra cuando murió su líder. Creo que si hubiera vivido hasta la próxima luna llena, habría sido cobra, también.

—Quimera pensaba que una vez lo golpeara su primera luna llena, los animales que tuviera eran todo lo que tendría.

—No creo que eso fuese cierto —dijo Micah.

—¿Estás seguro de que no era cierto? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, pero eso explicaría lo que te está sucediendo.

—¿Qué quieres decir, con lo que me está sucediendo?

—Anita, casi cambiaste esta noche. La sangre salía de debajo de tus uñas. Estuvo cerca.

—No estamos seguros de que quiera ser una pantera.

—No, pero si lo eres, entonces no perderás a los leopardos cuando cambies.

Negué con la cabeza.

—Voy a escoger al leopardo, si tengo que elegir, gracias, sólo por si acaso.

—Estoy de acuerdo —dijo— pero si eres un ser pantera y está cerca tu cambio… —Dejó de hablar, y luego miró hacia abajo.

—Estás pensando lo que yo estoy pensando, *mon chat*, y ya sabes que no le va a gustar —dijo Jean-Claude.

—¿Qué? —pregunté.

Jean-Claude respondió:

—Si vas a ser un ser pantera, y hay una posibilidad de que ganarás nuevos animales hasta tu primer cambio de forma, entonces tenemos la oportunidad de adquirir un gran poder.

—¿De qué estás hablando?

—Si vas a cambiar, entonces ¿no tendría sentido añadir más tipos de licantropía? —dijo Micah.

—Tener sentido, no —dije—, no, no tendría sentido.

—¿Por qué no, *ma petite*? Llamas a los leones, y ellos responden a tu llamada.

Llamas a los leopardos y ellos vienen. Llamas a los lobos, y empiezo a preguntarme si tengo el poder que los atrae hacia ti, o es algo más.

—¿Estás diciendo que me infecté deliberadamente de otros tipos de licantropía?

Ellos se miraron.

—Puesto así, no —dijo Micah.

—Es un pensamiento, *ma petite*, sólo un pensamiento.

—¿Estás siempre pensando en cómo puedo ayudarte a ser más poderoso?

Suspiró.

—Tenemos que ser poderosos y estables. Tenemos que demostrar a los otros maestros que no suponemos una amenaza para el Consejo en Europa o cualquier otra persona.

—Poderosos nos podemos hacernos, pero estables, —me encogí de hombros—. No sé sobre eso.

—No somos una amenaza para el consejo —dijo Micah—, pero ellos quizás no lo crean así.

—Quizás no lo crean —dijo Jean-Claude.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —dijo Jean-Claude.

—Remus.

—¿Necesitas algo Remus?

—Claudia me ordenó que me reportara, físicamente, contigo para el cambio de turno.

Jean-Claude nos miró. Extendió un brazo.

—Ven a mí, *ma petite*, déjanos asegurarnos de que estás oculta a la vista, y luego le permitiré entrar.

—No veo por qué tiene que entrar —dije.

—Vamos a preguntarle. —Jean-Claude me metió en la curva de su hombro. Micah se movió delante de mí. Envolví mis brazos alrededor de los hombros de Micah, llevándolo contra mis pechos. Sí, el agua me cubrió, pero Remus era todavía uno de los guardias más recientes. No lo conocía lo suficientemente bien como para estar cómoda en la bañera con él en el cuarto.

—Puedes entrar —dijo Jean-Claude.

La puerta se abrió; Remus entró, pero mantuvo su mano en el pomo de la puerta, como si por invadir nuestro baño, no estuviese más feliz que yo. Sus ojos eran de color verde grisáceo, ojos bonitos, si alguna vez te miraban directamente. Nunca lo hizo, o al menos nunca me lo hizo a mí, o a Jean-Claude, o a Micah, o a Nathaniel.

¿Por qué? El rostro de Remus se había quebrado en algún momento, y había vuelto a juntarlo. No había una cosa que se pudiera identificar y decir: «Eso está fuera de lugar», pero el efecto global era desigual, y casi parecía incómodo, como una máscara de cerámica que había sido mal pegada.

No podía tener un sentido completo de la cara Remus, porque no me miraba.

Quería decirle de mala manera que solamente me mirara, pero no podía hacerlo sin levantar un tema que probablemente fuera doloroso, y no era problema mío.

Así que lo dejé pasar.

El resto de su cuerpo estaba vestido con el habitual negro de guardaespaldas. Si estaba herido bajo la ropa, no lo demostraba cuando se movía. Se movía como si tuviese resortes de acero en los músculos de su delgado cuerpo.

—Claudia ordenó a cualquiera que se haga cargo reportarse con usted en persona, cara a cara. Sus órdenes.

—¿Dijo por qué? —pregunté, porque era un cambio.

Alzó la vista entonces, dio esa sonrisa torcida. Tuve un momento para ver la incredulidad en su rostro, antes de que mirara hacia otro lado.

—Me contó lo que está sucediendo. Quiere al menos dos guardias en la habitación con usted, en todo momento.

—No lo creo —dije.

—Eso es lo que le dije que diría. —Me dio otra mirada, y tuve un segundo de esos ojos verdes grisáceos, enfadados, luego hacia abajo y lejos de nuevo—. Con Micah contigo, no hay problema, pero si no fuera más que Jean-Claude, —se encogió de hombros—. Si usted cambia por primera vez y es lobo, entonces él puede ser capaz de controlarla, pero si cambia a un animal que no controla, ¿entonces qué pasa si se lo come?

—Él es un Maestro de la Ciudad, creo que puede manejarlo.

—No lo entiende —dijo Remus, y entró en el cuarto de un paso, soltando el pomo de la puerta. Por último, me miró, y me sostuvo la

mirada. Desde que tuve contacto visual absoluto, nos dejó mirándonos el uno al otro. Sus ojos se estremecieron, pero mantuvo la mirada. Fue un alivio poder ver su rostro de frente—. Jean-Claude es poderoso, pero en el combate sin armas, los cambiaformas ganan a los vampiros. A menos que puedan jodernos la mente, vamos a ganar la pelea.

Eché un vistazo a Jean-Claude para ver cómo se sentía acerca de eso. Me dio el mismo hermoso rostro, en blanco. Me volví hacia Remus.

—Entonces, ¿qué, conseguís al observar?

—¿Cree que eso me hace feliz? —dijo, y su poder quemó a través de la habitación como un viento caliente. Cerró los ojos y contó hasta diez, o algo así, porque el calor se desvaneció. Nos dio unos ojos más tranquilos, pero sabía que era sobre todo a mí a la que tenía que persuadir, por lo que se me quedó mirando. El desafío furioso, estaba de vuelta en sus ojos—. No tiene ni idea de lo peligrosa que se puede volver en su primer cambio. No sólo será un licántropo, lo que es bastante malo, sino que tendrá además este super poder preternatural. Será una cambiaformas con poderes sobre los muertos. Si pierde el control de un poder, tal vez pierda el control de todos. ¿Tiene alguna idea de lo que podría pasar?

Me quedé mirándole, asustada, y no me gustó. Podría tener miedo, o podría enfadarme. Supongo que elegí.

—La bestia bloquea la nigromancia. Una vez que cedo a un hambre por completo, las demás desaparecen.

—¿Está cien por cien segura de eso? —preguntó.

Abrí la boca para decir que sí, luego vacilé.

Micah respondió por mí, acariciando mi brazo mientras lo hacía:

—No.

No era verdad, pero…

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Tiene que tener por lo menos un cambiaformas con usted en todo momento, alguien lo suficientemente poderoso como para manejar la emergencia.

—¿Manejar cómo? —pregunté.

—Evitar que lastime demasiado a alguien.

—¿Quiénes están en la lista de lo suficientemente poderosos? —preguntó.

—Yo, Claudia, Fredo, Lisandro, Sócrates, Brontes, Bobby Lee, Mickey, Ixion. Muchos de los hombres rata son ex-militares y marines.

Pero algunos de ellos son mejores asesinando que minimizando daños. —Se encogió de hombros—. Claudia y Bobby Lee se encargarán de la lista, pero sé que usted no será dejada solamente con Graham y Clay otra vez. Tal vez uno de ellos, pero tendrá que estar en pareja con alguien con experiencia en el mundo real.

—¿Experiencia en la vida real? —Lo hice una pregunta.

—Ex-militares, marines, ex-policías y guardaespaldas profesionales. Raphael recluta de algunos lugares muy duros.

—¿Narciso no? —pregunté.

Remus se encogió de hombros.

—Lo hace ahora. Perdió cerca de trescientos hombres cuando se hicieron cargo de Quimera. Ellos los mataron. Narciso tenía mucho músculo y atletas, pero no tenía muchos luchadores reales. Una de las razones por la que hombres hiena fueron tomados por una fuerza tan pequeña fue que no estaban en el verdadero negocio. Narciso encontró que la formación en artes marciales no crea a verdaderos guerreros. La guerra no es un deporte olímpico, no hay lugar para aficionados.

—Y usted no es un aficionado —dijo Jean-Claude con esa agradable, vacía voz.

—No, señor —dijo Remus—. No lo soy.



VEINTICINCO

Fui al cuarto de baño durante unos minutos y volví fuera para encontrar que Jean-Claude no era el único vampiro en el dormitorio. Elinore estaba de pie cerca de la cama. Iba vestida de blanco con un cuello alto de encaje y un traje color crema que lograba parecer lleno de gracia, y no como algo suertudo en absoluto. Su largo pelo rubio caía en una onda pálida alrededor de su cuerpo, como un segundo traje, tan largo. Era una visión de delicados colores pálidos, entonces me miró. Sus ojos eran de un pálido azul helado, un color incorrecto de azul para aquella delicada cara. Su cara era un óvalo casi perfecto, fino e irreal, como si alguien la hubiese tallado en alguna roca blanca, pura, y hubiese respirado vida en ella. A no ser que trabajara en ello, la suya era una belleza fría. Si sus ojos hubiesen sido de un azul más brillantes, creo que habría hecho su mirada más cálida. Los ojos desmentían el resto. Los ojos eran serios, cuidadosos, vigilantes. Oculto bajo toda aquella ropa había un cuerpo curvilíneo, suave. No creía en el

levantamiento de pesas, demasiado poco elegante. Pero tenía un cuerpo que era tan encantador y deseable como la cara, un poco suave para mi gusto. Tenía la belleza rubia nórdica que había ansiado cuando era niña. Entonces ansiaba encajar con mi rubio padre, de ojos azules y su nueva familia.

Había tratado de odiarla, solo al principio. ¿Por qué había fallado? Bajo ese elegante exterior era resistente, justa, y más dura que una caja de clavos. Lo ocultaba mucho mejor que yo. Nos las arreglábamos. Además, todos los vampiros masculinos eran más guapos que yo, ¿por qué no deberían ser algunas vampiresas femeninas más guapas, también?

—Elinore —dije—, que… —comprobé mi reloj de pulsera—. ¿Qué haces despierta antes del mediodía?

—Es lo que le preguntaba a Jean-Claude —dijo con una voz sedosa que combinaba con el encaje de satén crema.

Jean-Claude me miró desde donde se sentaba sobre el borde de la cama. Estaba en su bata de brocado negro. Parecían a los opuestos finales de un sueño; una demasiado pálida, el otro demasiado oscuro.

—Toda nuestra gente se ha adelantado desde lo que hicimos anoche, *ma petite*. —Hizo señas hacia Elinore—. Esta es sólo la prueba de cuánto podrían haber ganado.

Comencé a andar alrededor del final de la cama hacia ellos.

—¿Esto es lo más temprano qué te has despertado como vampiro?

Ella asintió.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Pareció tomarse la pregunta en serio. Retorció su pequeña boca hacia arriba en un gesto de concentración. Nunca estaba segura de si Elinore tenía realmente muchas lindas costumbres o si había pasado tantos siglos usándolos como camuflaje que ahora no podía deshacerse de ellos. Independientemente de eso, siempre hacía las cosas que me hacían pensar, niña pequeña, parecida a una muñeca, bonita. Hasta que decidía no ser bonita; entonces era positivamente espantosa. Me preguntaba cuántos enemigos habían sido atraídos por aquella suavidad sólo para encontrar la daga de acero dentro de toda esa seda. Si hubiera estado dispuesta a jugar en mi presentación, podría haberlo logrado, pero no estaba en mí intentarlo.

—Me siento bien —dijo por fin.

—¿Te has alimentado? —pregunté.

—¿No puedes notarlo? —preguntó, dándome una muy directa y fija mirada azul.

—Siempre me pareces un poco etérea, así que no. No puedo notarlo contigo.

Soltó una pequeña risa.

—Es un auténtico elogio que la Ejecutora no pueda decir si me he alimentado.

—¿Sientes la sed? —preguntó Jean-Claude.

Pensó en ello durante un segundo, poniendo la cara bastante mona.

—No. Podría alimentarme, pero no tengo sed.

Sentí una punzada de triunfo desde Jean-Claude. Triunfo, y directamente sobre sus talones, miedo. Entonces cerró la fuga de sus apretados escudos.

—¿Por qué miedo? ¿Por qué triunfo? ¿Por qué ambos? —pregunté.

—Jean-Claude alimentó bien el *ardeur* y completamente anoche, y eso me mantiene. Es muy impresionante —dijo Elinore.

—Sí, eso lo entiendo, pero… —traté de pensar en cómo formular la pregunta—. ¿Por qué estáis los dos tan contentos?

—Si deseáramos viajar como un grupo a países donde somos ilegales, sólo uno de nosotros necesitaría alimentarse. Eso significaría que Jean-Claude podría llevar a un grupo bastante grande de sus propios vampiros a otro territorio sin dejar muchas pruebas detrás. Seguramente podríamos ocultarnos de las autoridades humanas.

—Pero no vamos a invadir el territorio de nadie.

—No —dijo Jean-Claude—, pero siempre está bien tener opciones, *ma petite*.

—¿Dónde está tu encanto? ¿Tú caballero?

—Él no despertó conmigo, —y había una indirecta de tristeza por eso.

—Así que eres la única que se adelantó… —hubo un golpe en la puerta.

—Sí, Remus —dijo Jean-Claude.

Remus abrió la puerta y la cerró detrás de él.

—Requiem está aquí afuera.

—Requiem —dijo Elinore—, interesante.

—Envíalo dentro, Remus —dijo Jean-Claude.

Él sostuvo la mirada fija de Jean-Claude durante un momento, luego bajó la mirada, y habló dirigiéndose a un lado de la cara.

—Bien, pero si alguno más se levanta temprano como este, tendré que insistir en que deje a dos de los guardias dentro de la habitación.

Independientemente de la mierda secreta que esté discutiendo, discútanlo rápido.

—¿Realmente piensas que va a haber muchos más vampiros que se despierten así de temprano? —pregunté.

—Sí, pienso que los habrá.

—Hablaremos de si los guardias vuelven dentro cuando alguien más venga a mi puerta —dijo Jean-Claude—. Deja pasar a Requiem, Remus.

La lucha se reflejó en la cara de Remus; no le gustaba esto.

—Estoy atrapado entre maestros aquí. Claudia dice que no le deje solo con los chicos. Usted dice que no puedo quedarme. Necesitamos una cadena de mando aquí.

—Demasiados generales —dije.

Él me dio un vistazo rápido, directo.

—Sí.

—Lo siento, Remus —dijo Jean-Claude—, pero la llegada de Elinore ha cambiado las cosas.

—Vale, pero Requiem es el último, o llamo a Claudia y le digo que no puedo protegerle, porque usted no me deja.

—Como quieras, Remus.

Él lanzó otra mirada enfadada alrededor de la habitación, luego abrió la puerta.

Poco después Requiem entró. Tenía su capa negra, con capucha cerca alrededor de su cuerpo, de modo que la única cosa que enseñaba era el trozo de su barba Vandyke que enmarcaba la curva de sus labios.

—¿Cómo de malo es el daño que te han hecho, *mon ami*? —preguntó Jean-Claude.

Requiem se encogió tras la capucha sin usar sus manos, de la forma en que tirarías el pelo largo detrás de tu espalda. La capucha se deslizó hacia abajo y el lado derecho de su cara era un profundo cardenal púrpura. Uno de sus ojos estaba hinchado, casi cerrado, sólo un vislumbre de aquel alarmante brillante azul habría hecho que Belle Morte tratara de comprar a Requiem a su maestro original. Belle había querido tener un juego de hombres de ojos azules. Asher era el azul más pálido; Jean-Claude el más oscuro; Requiem el más brillante. Su maestro se había negado, y ellos habían huido a Francia.

Su pelo largo, lacio, tan oscuro que se mezclaba con la capa negra, hizo que su pálida piel fuera aún más pálida, y ayudó a que el daño que le

habían hecho destacara como tinta púrpura sobre su cara.

—Guau —dije—, ¿cuánta sangre necesitarás para curar eso?

Me miró entonces, y la mirada sobre su cara decía, claramente, que había dicho algo gracioso.

—Mucha.

—¿Cómo está el resto? —preguntó Jean-Claude.

Requiem extendió la amplia capa con un gesto de ambos brazos, de modo que se pareció a una cortina derramada dramáticamente alrededor de su cuerpo. Su cuerpo superior brillaba como una llama blanca contra la oscuridad. Mis ojos se ajustaron a todo aquel contraste y me di cuenta que un poco de la blancura eran vendas. Su brazo derecho, pecho, y estómago estaban totalmente cubiertos con gasas y esparadrapo.

—Jesús, ¿realmente Meng Die te hizo todo esto?

—Sí —dijo esto, y nada más. Requiem raras veces daba sólo una respuesta de un palabra a algo. Vino hacia nosotros, la capa volando detrás de él, indicaba que se movía más rápidamente de lo que aquel paso deslizante parecía.

—*Ma petite*, si pudieras traer las tijeras del cajón del cuarto de baño, podríamos mirar sus heridas.

Lo hice sin preguntar. Había notado los cardenales la pasada noche, pero no había visto todas las vendas bajo su camisa. No había tenido ni idea de cuan herido estaba. Vacilé en el cuarto de baño con las tijeras en mi mano. Cogí un vislumbre de mí misma en el espejo. Miré a la chica asustada. ¿Realmente había dejado a Meng Die por mí? ¿Había dejado a otra mujer con la esperanza de poder tomarlo como *pomme de sang*? Me miré fijamente en el espejo y no vi a una mujer que pudiera hacer que un hombre dejara a alguien por la posibilidad de sexo. Elinore, tal vez, pero yo… Simplemente no creía eso.

Volví a la otra habitación y encontré que Requiem se había sentado sobre la cama al lado de Jean-Claude, su cara girada hacia la luz, comprobando el daño que le habían hecho.

Requiem hablaba cuando entré.

—… ella dijo, que si no podía tener mi bonita cara sobre su almohada, entonces nadie la tendría.

Alguien había traído una de las sillas de la chimenea para que Elinore pudiera sentarse y no estar sobre la cama.

—Entonces trató de arruinar tu cara —dijo ella, suavemente.

—Sí, —respondió él, con una voz fragmentada de una manera extraña que no era la su habitual del todo.

Entregué las tijeras a Jean-Claude. Él las cogió y las puso sobre la mesita de noche.

—Creo que quizás podríamos quitar las vendas, si me ayudas, *¿ma petite*?

Tuve que mover la capa del Requiem de donde la había lanzado al final de la cama. La cama era bastante alta por lo que tuve que asegurarme de que me sentaba bastante lejos del borde así no me caería. La colcha de seda, la bata de seda, hechos para deslizarse. Puse la mano de Réquiem en la mía. Las vendas se abrazaban alrededor de su mano y hacia arriba casi hasta el codo.

—No conseguiste esto de sus golpes —dije.

—Tenía una espada —dijo, y otra vez, su voz era estrangulada y directa.

Alcé la vista hacia él, y aún así la mitad ilesa de su cara no me mostró nada. Era encantadora y vacía igual que Jean-Claude algunas veces. Igual que mirar una pintura de algún hermoso príncipe que regresa de la batalla. Incluso con su brazo acunado en mis manos, estaba como distante y remoto como si hubiese estado colgando en una pared de un museo.

Jean-Claude ya quitaba la venda de alrededor del pecho del Requiem. Me incliné hacia su brazo y trabajé sobre las vendas, sujetando su mano en la mía mientras comenzaba a desenrollar la gasa. Su mano estaba entrecruzada con tijeretazos superficiales y no tan superficiales. Levanté su mano con tanto cuidado como podía, así podría seguir desenvolviendo. Las vendas desaparecieron e hice un ruido; no pude evitarlo. Puse mi mano sobre su mano y codo, y los levanté, con cuidado. Su antebrazo era una masa de heridas de cuchilla. Dos de ellas necesitaban suturas.

Miré su cara, y él encontró mis ojos, y durante un instante hubo un destello de cólera en aquellos ojos; entonces volvieron a estar vacíos.

—Estas son heridas defensivas. Sostuviste tu brazo delante de la cara, porque es a por lo que iba.

—No completamente, *ma petite*. —La voz de Jean-Claude me trajo de vuelta a él, y al ahora pecho desnudo de Requiem. Solté un silbido con el aliento, porque tenía razón. Su pálido pecho, musculoso no tenía tantas heridas como su brazo, pero las que tenía eran realmente más profundas.

Remonté una bajo el esternón. Era profunda, y podía ver la señal de la

espada en su carne. Alcé la vista hacia él, y esto debió de haberse mostrado en mi cara.

—Tan horrorizada, Anita, ¿por qué?

—Ella aspiraba a tu corazón. Realmente trataba de matarte.

—Te lo dije anoche, *ma petite*.

—Sé que dijiste que trató de matarlo, pero… —pasé mis dedos justo encima de otra herida que iba entre sus costillas. Las heridas por puñaladas estaban bien colocadas. Ella había tratado de cortar su cara, y las señales del brazo mostraban que sólo quería dañar, pero las heridas sobre su pecho y estómago, eran para matar—. Sabía justo donde colocar la espada. —Mi respeto por Meng Die aumentó, y mi miedo también—. ¿E hizo todo esto dónde los clientes la podían ver?

—No todo —dijo Requiem—, pero la mayor parte, sí.

Miré a Jean-Claude.

—¿Y nadie llamó a la policía?

Él tuvo la cortesía de apartar la mirada, no avergonzado, pero… —¿Qué hiciste? —pregunté.

—La hipnosis de masas no es ilegal, *ma petite*, sólo el hipnotismo personal.

—Encantaste a la muchedumbre —dije.

—Asher y yo.

Puse mi mano encima de la herida que me pareció que se había hecho más cerca de su corazón. Tuve un mal pensamiento.

—Me dijiste que atacó a Asher. ¿Está así de herido?

—No.

—Creo que ella sabía que Jean-Claude y tú la mataríais si mataba a Asher. Creo que pensó que yo tenía menos valor para ti. —Otra vez su voz estaba vacía, pero eso mismo me hizo mirarlo.

—Eso suena resentido —dije.

Apartó la mirada de mí, con una pequeña sonrisa en su cara.

—Quise decirlo para que no sonara a nada.

—He escuchado muchas voces de vampiro vacías, y aún así hay sabor en el vacío.

—Fui un idiota al decírselo en un lugar público, pero me presionó, me preguntó, y le dije la verdad. —Me miró entonces, y tuve que luchar para encontrar su mirada fija, no debido a los poderes de vampiro, sino porque era doloroso ver los cardenales, y sabía de alguna extraña forma, que eran

culpa mía.

—¿Realmente le dijiste a Meng Die que la dejabas porque pensabas que te había rechazado por ella?

—No en esas palabras, pero sí.

Suspiré, y sacudí mi cabeza.

—Oh, Requiem. Creo que no pensé que ella se lo tomaría tan mal, —señalé algunas de sus heridas—, pero su orgullo no le permitiría hacer nada.

—Orgullo, —él asintió, luego se detuvo a mitad del movimiento como si este le hubiese dolido—. Tiene mucho orgullo, y parece que yo no tengo ninguno. —Me miró, y la emoción llenó sus ojos, su cara, y su emoción era demasiado fuerte para que pudiera seguir examinando su cara.

—No lo hagas —susurré.

Se deslizó hacia el suelo, arrodillado. Hizo un pequeño sonido involuntario. Esto debió de haber dolido. Tomó mi mano, y le dejé, porque separarlo parecía mezquino.

—¿Qué debo hacer para estar en tu cama, Anita? Dímelo, y lo haré.

Examiné su cara, vi dolor allí, y este no era el dolor que se hace con golpes y cortes. Miré a Jean-Claude.

—¿Esto es el *ardeur*, verdad?

—Eso me temo —dijo.

Me volví al vampiro arrodillado delante de mí. No tenía ni idea de que decir.

—¿Soy feo para ti? —preguntó.

—No, —y remonté la línea de su mejilla ilesa—. Eres muy hermoso, y lo sabes.

Sacudió su cabeza, se detuvo a la mitad del movimiento, otra vez como si eso le doliera.

—Si fuera lo suficientemente hermoso, me habrías tomado en tu cama y no te habrías girado hacia estos forasteros. —Inclinó su cabeza, sus manos agarraron las mías. Finalmente levantó su cara, y gritó—. Por favor, Anita, por favor, no me dejes de lado tan fácilmente. Sé que no disfrutaste tanto de las atenciones que te di como yo disfruté de tocar tu cuerpo. Pero seré mejor, lo juro, si sólo me dieses otra posibilidad para enseñarte el placer. Trataría de ser demasiado cuidadoso contigo. No lo entendí. Puedo hacerlo mejor, ser mejor. —Enterró su cara contra mis piernas, y lloró.

—Creo que ya tenemos nuestra respuesta, *ma petite*.

Acaricié el pelo de Requiem, y no sabía de qué me hablaba. Estaba demasiado atontada para pensar.

—¿Respuesta a qué? —pregunté.

—Al efecto que tienes sobre los vampiros que han probado el *ardeur* antes. Creo que eres adictiva, así como Belle. —Hizo señas hacia Requiem, que se agarraba a mí, todavía llorando en mis piernas—. Él es lo bastante poderoso para ser un Amo de la Ciudad, *ma petite*, no poderoso en la forma de Augustine, o yo, pero poderoso.

No carece del impulso, pero sí de la ambición. No desea gobernar.

—No hay ninguna vergüenza en eso —dijo Elinore.

—*Non*, —repuso Jean-Claude—, pero quiero que *ma petite* entienda que su efecto sobre Requiem no es algo pequeño.

Elinore se había sentado atrás en la silla, cruzando sus piernas debajo de ella, porque sus pies no habrían alcanzado el suelo.

—No tenía ni idea de que le hubiera hechizado así.

—No lo hechicé —dije.

Ella me miró e hizo señas hacia el vampiro a mis pies.

—Escoge una palabra diferente si lo prefieres, Anita, pero el efecto es el mismo. Podemos discutir la semántica, pero Requiem está loco por ti de una forma más bien poco natural.

Acaricié su pelo, tan liso y espeso, pero no caliente. Estaba fresco al tacto.

—Tiene que alimentarse —dije—. La curación va a tomar mucha sangre y energía.

—Creo que la sangre no curará esto —dijo Elinore, y su voz parecía casi acusatoria.

—¿Qué quieres de mí, Elinore? ¿Qué quieres que haga?

—Hazlo tu amante —contestó ella.

—Tengo cuatro hombres para los que soy el único sexo que practican, y dos más que están en mi cama algunas veces. Infiernos, Jason lo hace en mi cama una vez al mes.

—Exactamente —dijo Elinore—, uno más apenas marcará una diferencia.

—Si sólo fuera sexo, tal vez, pero esto no es sólo sexo. Es la parte emocional. Aún no sé si hay bastante de mí para dar a cinco hombres, además de extras. Llámame loca, pero no creo que Requiem sea un artículo de bajas necesidades. —Acaricié su pelo, sintiéndole temblar contra mis

piernas—. No, creo que definitivamente entra en la categoría de alto mantenimiento. No creo que tenga bastante emoción para dar a otro hombre de altas necesidades, ¿vale? Esa es la verdad. Estoy segura que sería un maravilloso amante, pero no podría satisfacer sus otras necesidades.

—¿Qué otras necesidades? —preguntó ella.

—Conversación, emoción, compartir, amor.

Elinore se movió en su silla, girando la cabeza a un lado, su pelo largo derramándose a su alrededor como un sueño de barba de maíz.

—¿Lo rechazas como tu amante por qué no crees que puedas amarlo?

Pensé en ello durante un latido del corazón, luego me encogí y asentí.

—Sí, algo así.

Elinore miró a Jean-Claude.

—Lo rechazó porque no cree que podría amarlo.

Jean-Claude dio aquel encogimiento lleno de gracia.

—Es muy joven.

—No habléis de mí como si no estuviera aquí —dije.

Los sollozos de Requiem habían ido más despacio, de modo que sólo se arrodillaba con su cabeza en mi regazo. Seguí acariciando su pelo, de la misma forma en que calmaría a un perro, o a un niño enfermo.

—Entendemos, Anita, que eres la consorte de Jean-Claude. Entendemos que tú y él y Asher sois un trío. Entendemos que tu triunvirato con el Ulfric y Jean-Claude debe ser mantenido por motivos de poder y seguridad. Ese mantenimiento incluye sexo, porque él es de la línea de Belle Morte. Admito que lo creí un idiota, y débil, por haberte permitido semejante cercanía con los hombres leopardo, pero me equivoqué. De esa cercanía vino tu propio triunvirato, que ha reforzado los poderes de Jean-Claude enormemente. Tu unión con Damian y Nathaniel es algo maravilloso. Tu unión con Micah es una perplejidad, pero la entiendo ahora que sé que tus poderes se parecen mucho a los de Belle. Ella también coleccionó hombres.

—No me parezco a Belle Morte —dije.

—Tu poder sí. —Señaló Requiem—. Esto es la prueba.

—No quiero coleccionar hombres —dije. Me obligué a bajar la vista hacia el hombre en mi regazo—. Seguramente no deseo esta… locura. Este es un nivel de deseo totalmente incorrecto.

—¿Por qué es incorrecto? —preguntó Elinore.

—Porque no creo que tenga una opción en esto. No pienso coleccionar a Requiem.

Él alzó la vista entonces, como si mi pronunciación de su nombre le hubiese llamado. Las lágrimas se habían secado hasta dejar débiles líneas rojizas sobre su cara. El rojo no ayudó a que la magulladura se viera algo mejor.

Toqué el lado indemne de su cara, y puso su mejilla en mi mano, como si ese toque fuese algo maravilloso.

—¿Cómo arreglo esto? —pregunté.

—¿Estás pensando en cómo liberarlo? —preguntó Elinore.

—Sí.

—No lo haces.

La miré fijamente.

—¿No crees que lo haga?

—No hay ninguna cura, Anita. Sólo hay que apartarlo de ti. Todavía ansiará tu toque, pero no será capaz de actuar.

—Como un alcohólico —dije.

Ella asintió.

—Sí.

—Hay una cura para esto —dijo Jean-Claude.

Lo miré.

—¿Qué?

—El amor —dijo— el amor verdadero.

Lo miramos fijamente.

—El amor verdadero —dijo Elinore.

Él asintió.

—Amamos a Julianna, y ella nos liberó de la adicción hacia Belle Morte.

Belle Morte tenía a Requiem en su cama antes de que Ligeia le llegara a tocar, pero envió a Requiem para una larga seducción lejos de ella. Era necesario seducir a ambas mitades de una noble pareja, entonces envió a Ligeia con él.

—Pensé que el maestro de Requiem escapó a Francia para que Belle no se lo quedara.

—Su maestro tuvo un accidente, y Belle fue capaz de recoger a todos los vampiros de su línea que el viejo maestro había creado.

—La forma en que dices accidente lo haces sonar como si no creyeras

que fue un accidente en absoluto —dije.

—Fue un accidente —dijo Requiem, suavemente. Habló con su cara en mi regazo—. El carruaje en el que estábamos volcó en una tormenta. Estábamos sobre el borde de un acantilado, y en algún momento durante la caída, un trozo de madera encontró su corazón. Fue una muerte muy ordinaria. —Su voz parecía relajada, distante—. Tratamos de quitar la madera, pero él no se reanimó. Supimos más tarde que el constructor del carro era Wellsley.

—¿Quién es Wellsley? —pregunté.

Elinore contestó:

—Él fabricaba carruajes en Londres hace muchos años. Era un hombre devoto, y odiaba la idea de que sus carruajes fuesen usados para propósitos malvados, entonces los bendecía. Hizo una hornada y tuvo a un clero local bendiciéndolos. Cuando la bendición estaba fresca, algunos brillaban a nuestro alrededor.

—¿La bendición desapareció? —Lo hice una pregunta.

—Si hay bastante «maldad», —e hizo comillas en el aire con sus dedos —, ocurriendo en el carruaje.

—Como un cementerio que ha estado fuera de uso durante un tiempo, o en el que se ha usado la magia negra demasiado —dije—. Tienes que consagrar de nuevo la tierra.

—La analogía es buena —dijo ella.

Miré abajo a Requiem.

—¿Y cuándo tu maestro estuvo muerto, Belle podía llamarte?

—Sí —dijo él—, y si Jean-Claude no me hubiera dado una casa aquí, ella lo habría hecho así otra vez.

—¿Cómo te alejaste de ella la segunda vez?

—Jean-Claude tiene derecho a ello. Ligeia y yo fuimos enviados lejos para seducir a algunos de la nobleza que Belle deseaba controlar. Hicimos su oferta, y ellos hicieron lo que Belle deseaba, pero Ligeia y yo nos enamoramos el uno del otro.

Cuando volvimos al tribunal de Belle, no estuve demasiado tiempo alejado de ella.

—El amor —dijo Jean-Claude—, el amor es la única cura.

—Tú y Asher no estáis locos por mí, no así.

—Jean-Claude es tu maestro, y él sostiene el *ardeur* también. Igual que Asher, —miró a Jean-Claude—, creo que el amor le protege.

Miré a Jean-Claude, también, y él no encontraría nuestra mirada fija. De alguna forma había asumido que, ahora, Jean-Claude y Asher lo hacían como conejitos cuando yo no estaba alrededor, pero nunca había preguntado. No preguntes, no hables me funciona bastante bien. Anoche, viéndolo con Auggie, hizo que me preguntase si necesitaba preguntar, o si estaba confirmado. Complicado para mí.

Literalmente aparté el pensamiento, y dije:

—No puedo contar con que Requiem se enamore en algún momento.

—*Non, ma petite*.

—¿Qué hago?

—Tómalo como tu amante —dijo Elinore.

—Es fácil para ti decirlo; nadie te comparte con nadie excepto tu caballero.

—Y uno de los motivos por los que fui a Jean-Claude era que él me dejaría estar con el hombre que amo, y que no me forzaría en las camas de otros. Estoy más que agradecida por eso de lo que alguna vez pueda decir. —Giró esos fríos ojos azules sobre mí—. Pero no llevo el *ardeur*. No soy una adicción.

—*Ma petite*, debes considerarlo una obligación.

Le miré fijamente.

—¿Obligación?

—Tú le has hecho adicto a ti. ¿Serías tan cruel como la misma Belle Morte y lo alejarías, con este deseo que aguanta? —Él se estremeció—. He sido como un adicto, y he sido expulsado por alguna infracción menor. He sentido mi cuerpo dolorido queriéndola a ella, y ninguna cantidad de sexo con alguien más satisfacía aquella necesidad. —Se movió y así pudo poner su mano sobre la mía donde acariciaba el pelo de Requiem—. Él es mi tercero en el mando. Es un hombre bueno y honorable.

Necesitas alimento cada vez más y más poderoso, *ma petite*. Creo que si alimentas el *ardeur* lo suficiente, esto se calmará. Pero hasta que encuentres alimento a tu gusto, esto buscará por sí mismo.

—¿Quieres que duerma con Requiem?

—Quiero que alimentes el *ardeur* con él, *oui*.

—Pensaba que no eras feliz compartiéndome con tantos hombres. Creo que una vez amenazaste con matar a Richard.

—Entonces no entendía la naturaleza de nuestro poder juntos. Quizás hay más de una razón por la que Belle coleccionaba amantes. Quizás esto

no era simplemente por su apetito, sino porque es lo más práctico.

Le miré fijamente, sintiendo el peso de su mano sobre la mía, con Requiem todavía bajo nuestras manos.

—No puedo satisfacer todas sus necesidades, Jean-Claude.

No puedo añadir otra cita a mi agenda.

—No es una cita lo que él necesita, *ma petite*. Él tiene que ser tu alimento. El alimento es para comer, no para salir.

—Sí, eso es lo que dije de Nathaniel durante meses. Esto no funciona así, no para mí.

—¿Qué propones, *ma petite*? Hasta que conozcamos el grado de tu poder sobre otros vampiros, debemos ser muy cuidadosos con nuestros visitantes. Debemos rodearte de alimento lo bastante poderoso para que el *ardeur* no siga atrayendo más.

—¿Por qué no atrae tu *ardeur* en la gente?

—Eres su sirviente humano —dijo Elinore—, estás tomando un poco de su poder.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Si Jean-Claude no te tuviera, entonces su *ardeur* haría esto, y lo haría con fuerza para controlar su territorio. Que tú atraigas a la gente es una distracción menos para él.

Le miré.

—¿Haces esto a propósito?

—Juro que no.

—Esta es la naturaleza del poder, Anita —dijo Elinore—. Sirvientes humanos, animales para llamar, pommes de sang, ellos son todos instrumentos para ayudar a sus maestros a crecer en poder y en control. El poder encontrará un lugar al que ir y se alimentará de lo que permita al Amo de la Ciudad gobernar mejor.

—Haces que el poder parezca vivo, como si pudiera pensar por sí mismo —dije.

Ella se encogió.

—Quizás puede. Sé que he visto al poder funcionar así con otros maestros. No el *ardeur*, sino con otros poderes.

Suspiré.

—Genial, entonces soy la atractiva chica del *ardeur* porque si fuera él, Jean-Claude estaría demasiado distraído.

—Sí —dijo ella.

—Espera, Belle tenía el *ardeur* completo, más completo de lo que tenemos ahora.

—Pero no tenía ningún sirviente humano, y ningún animal para llamar —dijo Elinore.

Miré a Jean-Claude.

—Pensé que cada maestro llamaba por ayuda.

—Belle no comparte el poder —dijo Jean-Claude—, no con alguien.

—Pero vosotros ganasteis mucho poder de los sirvientes humanos y de animales para llamar.

—Ella ha intimado con sus animales para llamar, pero no ha escogido entre ellos No hace a nadie especial —dijo él.

—No parece que sea capaz de escoger a quién tendré como animal para llamar. Sé que escogiste a Richard, pero yo no escogí a Nathaniel exactamente.

—Ni a Haven —dijo Jean-Claude.

—Haven no es mi animal para llamar —dije.

—Pero algún león lo será, y pronto, me temo —dijo Jean-Claude—. Joseph está trayendo algunos de sus hombres león hoy así que tendrás más de nuestros invitados para escoger.

—¿Escoger para qué? —Y parecí tan sospechosa como me sentí.

—Así podrás traer a tus bestias, y aguantar el cambio.

Eso tenía sentido. Tantos problemas metafísicos que era difícil mantener la pista a veces. Pero un problema a la vez. Miré al hombre en mi regazo.

—Bien, qué más. ¿Qué voy a hacer contigo, Requiem?

Jean-Claude y yo movimos nuestras manos, y él levantó su cara, así podría mirarme.

—Hazme tu *pomme de sang*.

—Creo que el *pomme de sang* necesita ser alguien de quien pueda alimentarme noche o día —dije.

Su cara se llenó de pánico.

—Por favor, Anita, no me des de lado.

Miré a Jean-Claude.

—Un poco de ayuda aquí.

—Si no alimentas el *ardeur* con él entonces debemos enviarle a otro territorio. Es lo bastante poderoso para que muchos lo quieran como tercero, o incluso segundo.

—Cosa que debilitará tu base de poder, porque Elinore sólo se queda hasta que le encontremos su propio territorio —dije.

Él hizo un encogimiento que quiso decir todo y nada.

—No puedo creer que mi… —y vacilé porque novio parecía demasiado de instituto y amante no lo bastante—… el hombre que amo me esté alentando para tomar a otro amante.

Se rió de mí.

—Ahora sabemos que alguien que ha probado el *ardeur* de Belle es susceptible a tu *ardeur*. Creo que cualquiera de su línea sería demasiado arriesgado para probarles como pommes. Estaba de acuerdo con alimentar el *ardeur* con Requiem, *ma petite*, eso es todo. Estaba de acuerdo, porque tenemos que saber dos cosas más antes de la fiesta de esta noche.

—¿Qué dos cosas?

—¿Atraerás y serás atraída por todos los leopardos, lobos, y leones? ¿Viajan los efectos del *ardeur* fuera de la línea de Belle?

Miré a Jean-Claude, tratando de leer la expresión de su cara.

—Todavía te proteges con tanta fuerza que no puedo saber cómo te sientes realmente sobre esto. Déjame ver dentro de tus escudos.

Él sacudió su cabeza.

—Creo que eso no te sería de ninguna ayuda.

—¿Por qué no?

—Una parte de mí es feliz porque nuestros poderes crecen, no importa lo que cueste. Otra parte de mí está asustada de lo que el Consejo puede hacer con eso.

¿Quiero que tomes a otro amante? No, pero hace que prefiera que seas tú a quien el *ardeur* cace en este grado, y no a mí, sí. Lo siento, *ma petite*, pero es la verdad.

Pensé en ello, luego asentí.

—Si tienes un sirviente humano que no puede soportar tu mierda junta los otros maestros pueden perdonarte. Como un mal matrimonio, no es culpa tuya. Si no puedes mantener tu mierda junta, ellos no lo dejarán pasar.

—Por favor, Anita —dijo Requiem—, por favor, alimenta el *ardeur* de mí, por favor.

—Lo haré.

La mirada sobre su cara fue de asombro, tan alegre que hacía daño. La mirada me asustó. Nadie, ni el más cercano y ni el más querido debería

alguna vez mirarte como si le gustases tanto.

—Pero no ahora mismo —dije.

Un poco de la alegría se descoloró.

—¿Por qué no ahora? Es por la mañana. Has dormido.

Asentí.

—Sí, por lo general esto realmente levanta el *ardeur*. —Miré a Jean-Claude—. Esta es una buena pregunta, ¿por qué no siento todo el *ardeur*ish?

—Yo, tampoco, estoy bien alimentado.

—Te alimentaste anoche —dijo Requiem—, de Augustine y su gente.

Me giré hacia Jean-Claude.

—¿Tiene razón? ¿Fue eso una comida tan poderosa que estamos seguros durante más tiempo?

—Quizás.

—No pareces convencido.

—El *ardeur* no es siempre un poder fiable, *ma petite*. Necesitaría una alimentación de una gran magnitud antes de que conviniera que esa era la razón.

—O quizás —dijo Elinore—, deberías tratar de entender cuan poderosa tendría que ser una comida para disminuir el *ardeur*. No puedes tomar un banquete de otro Amo de la Ciudad y su gente cada noche. —Se inclinó adelante en su silla, todo encaje y satén, pero de una manera extraña, no parecía guapa. Lucía demasiado resuelta para la palabra guapa—. Quizás lo que se necesita es un alimento permanente de alto poder.

—Pocos maestros estarían de acuerdo en convertirse en permanentes *pomme de sang* para Anita o para mí. No si son lo bastante poderosos como para gobernar su propio territorio.

—¿Qué pasa si no tienen ninguna opción en el asunto? —dijo ella, señalando a Requiem.

—¿Sugieres que atrape a otros maestros de la misma manera en que por casualidad atrapé a Requiem? —pregunté.

—Eso solucionaría muchos problemas —dijo ella.

—Sería… —me detuve a media palabra—… malvado.

—Pensé que eras más pragmática que esto, Anita.

—Hacer esto no sería para nada diferente a que cediéramos ante la solicitud de hacer que semanalmente te unas al beso de algún otro maestro, como su amante.

Te damos tu habitación para escoger, Elinore. ¿Cómo puedes pedirnos que llevemos la misma opción a alguien más?

—No estaría hechizada, Anita. Sabría cada noche como me tocó, como se puso sobre mí, que lo odié. Requiem te adora, y te adorará hasta que se enamore, y si, se enamora, es amor verdadero. Hasta ese momento estará en la cama de alguien que adora, teniendo sexo asombroso, y disfrutando cada minuto. Esto no es lo mismo, Anita. Confía en mí.

—Pero es un tipo de droga metafísica de violación, úsalo así. Sólo porque disfrutes del abuso no lo hace menos abuso.

—¿No lo es, *ma petite*?

Sacudí mi cabeza.

—Es demasiado tarde para Requiem, aceptaré eso. Trataré de alimentar el *ardeur* con él.

Él besó mi mano.

—Gracias, señora.

—Nada de señora —dije—. Anita, sólo Anita.

—Gracias, Anita —dijo él, y besó mi mano otra vez.

—Levántate del suelo, Requiem, por favor.

Él se puso de pie.

—Me gustaría muchísimo sentarme a tu lado.

Suspiré, y asentí.

Se sentó a mi otro lado de Jean-Claude, pero se sentó lo bastante cerca ya que sus piernas me tocaban. Genial, espeluznante y simplemente, genial.

Miré su pecho donde las cuchillas habían estado demasiado cerca de tomar su vida.

—¿Qué vamos a hacer con Meng Die? Sólo se ha probado a sí misma que es demasiado peligrosa, y no tanto como una jugadora de equipo.

—Mátala —dijo Elinore.

Miré a Jean-Claude.

—Preferiría encontrar otra solución, pero sí, esto puede llegar a eso.

—Eres demasiado sentimental, Jean-Claude, sólo porque te sientes culpable porque robaste su vida mortal. Esto es un gran regalo, no una maldición.

—Siento lo que siento, Elinore.

—Ten cuidado con que tus sentimientos no consigas matarnos a todos. —Me miró.

—También, creo que si Anita realmente va a ser una panwere…

—Las noticias viajan rápido —dije, mirando a Jean-Claude.

—Deseaba una opinión de alguien lo suficientemente poderoso como para tener una opinión.

Quise discutir, pero no podía. Ella era, ahora mismo, la vampiresa más poderosa en su grupo. El que se despertase primero había probado eso.

—Como decía, si Anita realmente va a ser una panwere, entonces esto simplemente no puede ser que atraiga a leones, lobos, y leopardos. Esto puede ser a todos los hombres animales, o a muchos. Casi todos los maestros que nos visitan han traído a su animal para llamar, entonces debemos probar esta teoría antes de que le permitan estar cerca de ellos. Augustine creo que dejará pasar el insulto, porque está loco por ambos, y atacó primero. La violación del protocolo estaba de su lado, no en el nuestro. Pero si Anita atrae a otros lejos de sus maestros, ellos pueden no ser tan misericordiosos.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Jean-Claude—, y todavía tenemos que ver como los vampiros maestros fuera del linaje de Belle reaccionan al *ardeur* de Anita.

—¿Y dónde vamos a conseguir a vampiros del nivel de maestro y otros hombres animales sobre los que probar esta pequeña teoría? —pregunté.

Hubo un golpe en la puerta.

—Soy Remus, Jean-Claude.

—Entra.

Remus entró, cerrando la puerta detrás de él. En realidad nos miraba directamente, y estaba enfadado, cosa que se adivinaba de su mirada directa.

—Le dije que si había más no los dejaría entrar sin mí y sin que mis guardias entren aquí.

—Lo recuerdo —dijo Jean-Claude.

—Le dije cualquier otro vampiro, pero definitivamente estos dos no entran aquí sin que usted tenga guardaespaldas en este lado de la puerta.

—¿Qué dos? —pregunté.

—Wicked y Truth están aquí fuera —dijo Remus.

—Wicked y Truth —dijo Elinore—, suena interesante. Son muy poderosos y no son de la línea de Belle.

Sacudí mi cabeza.

—Truth ya consiguió una degustación del *ardeur* cuando lo até a Jean-Claude. Él no me sigue por ahí como él. —Señalé con mi pulgar a

Requiem.

—¿Te alimentaste realmente de Truth? —preguntó ella.

—No —dije.

—Entonces debes intentarlo.

—No —dije.

—Al menos sugiéreselo —dijo ella.

—No —dije, y puse más énfasis en la palabra.

—Ellos han jurado lealtad a Jean-Claude. No nos abandonarán —dijo Elinore.

—No —dije—, definitivamente no.

—Muy bien, entonces quizás no se alimenten, pero que te vean alimentarte —dijo Jean-Claude.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Samuel te vio alimentarte y no fue atraído, o yo, demasiado fuerte. Pero Haven fue atraído de forma que sus compañeros lo alejaron, casi como hicieron con Augustine. Quizás si Wicked y Truth están simplemente en la habitación cuando te alimentes, eso nos diría si el efecto irá fuera de la línea de Belle, o no.

—Necesitaríamos a alguien de la línea de Belle para que esté en la habitación también, alguien cercano al poder. —Miré a Elinore.

Ella rió.

—Estoy enamorada, Anita, amor verdadero. Esto no funciona sobre mí.

—Algunos tipos de *ardeur* funcionan de todos modos —dije.

—Durante un breve tiempo, sí, pero el estar enamorada me hace inutilizable para la prueba.

Hubo otro golpe en la puerta. Remus la abrió, murmurando a alguien, luego volvió. No nos miró directamente otra vez.

—London está aquí fuera, también. Él es de la línea de Belle Morte, ¿verdad?

—Sí —dijo Elinore—, lo es.

—¿Entonces alimento el *ardeur* y luego nos dicen cómo de atraídos están por él?

—Esta clase de prueba no afecta demasiado a tu moralidad —dijo Elinore.

—Excepto que tenga sexo en una habitación mientras un grupo de hombres me miran, ¿correcto?

Jean-Claude sacudió su cabeza y rió.

—Simplemente alimenta el *ardeur, ma petite*.

No tiene que ser sexual, si no lo deseas.

—Parece vergonzoso levantar el *ardeur* a propósito cuando no tengo hambre —dije.

Él suspiró.

—Sí, lo parece, pero es mejor levantarlo ahora, cuando podemos controlarlo, que más tarde, cuando los visitantes hayan llegado, y no podamos.

Puesto así, tenía sentido, pero… —¿De quién me alimento? —pregunté.

Él señalo a Réquiem.

—El daño ya se le ha hecho.

—Genial, ahora soy el daño —dije.

—Y alimentarlo de sangre tan poderosa como la tuya le ayudará a acelerar su curación.

Era verdad, pero…

—Bien, pero sólo si les explicas los parámetros del experimento a cada uno. Tienen que estar de acuerdo, o no lo haré.

—Desde luego, *ma petite*, no lo haría de ninguna otra forma. —Examiné esa hermosa cara, ilegible, y estaba casi al cien por cien segura de que mentía.



VEINTISEIS

Todos estuvieron de acuerdo a la prueba. Todo el mundo parecía feliz sobre eso menos yo. Bueno, todo el mundo, excepto Remus y algunos de sus guardias que ocultaban algo. Creo que fue porque estaban bastante seguros de que algo iba a ir terriblemente mal y él y su gente tendría que recoger los pedazos. Estaba de acuerdo con Remus.

Una parte de mí tenía esperanza de que algún día pudiera estar cómodamente con escenas de grupo como esta, pero otra parte de mí no lo esperaba. Es parte de la misma especie de mí que siempre está de luto la cual me permite matar sin sentirme mal por ello, la mayoría de las veces. Sí, esa misma parte que me permite tener sexo metafísico frente a un puñado de hombres, por cualquier razón, es sólo otro paso hacia la perdición de la condenación. Pero si la alternativa es tener el *ardeur* apagado como una bomba metafísica en la fiesta de esta noche, bueno, lo qué íbamos a hacer era un mal menor. Aún así puede ser que sea agradable,

de vez en cuando, no tener que elegir entre males. Sólo por una vez, ¿no podía a elegir un bien menor?

Requiem se recostó contra las sábanas frescas, el pelo se vertía hacia fuera en torno a la parte superior de su cuerpo como un halo oscuro. Su trabajo diario, o sería la tarea de la noche, era desnudarse en Placeres Prohibidos. Su cuerpo presentaba eso, pero todo lo que pude ver fueron las heridas. Meng Die había llegado muy, muy cerca de apagar su luz para siempre. Seguí con las yemas de mis dedos a través del corte del esternón. Su respiración se hizo un suspiro tembloroso. No podía decir si le había hecho daño, o si se sentía bien.

Normalmente podía leer a Requiem, pero hoy no había nada en su cara que me ayudara. Me miró como si fuera la cosa más maravillosa que nunca hubiera visto.

Fue un paso superior o inferior, al amor. Culto era la única palabra que tenía para él. Me dolió el corazón ver esa mirada en su rostro. No estaba Requiem en esa mirada.

Requiem de los discursos sombríos, bonito. Se había ganado su nombre porque era poeta, pero deprimentemente condenado. Pero no había fuerza de su personalidad ahora, nada más que esta necesidad abrumadora.

—Dios, ayúdame —dije.

Jean-Claude se paró junto a la cama.

—¿Qué está mal, *ma petite*?

—Por favor, dime que va a estar mejor que esto —dije.

—¿Mejor que qué, *ma petite*?

—Míralo —ordené.

Jean-Claude se acercó lo suficiente para que la manga de su túnica tocara mi brazo. Él contempló a Requiem conmigo.

La mirada de Requiem parpadeó hacia él, entonces se recostó en mí, como si el otro no importara. Pero se había fijado en él, porque dijo:

—¿Me obligaras a compartir tus favores con otro, Anita? ¿O seré como el cielo que se extiende entre el calor del sol y el frío beso de la luna? ¿Harás de mí lo que hiciste a Augustine?

—Bueno, al menos ha vuelto a ser prolijo y poeta —dije—. Es un comienzo.

—¿Acaso se ofrecen tanto usted como Anita? —preguntó Elinore, todavía acurrucada en su silla.

—Creo que sí —dijo Jean-Claude.

—Requiem no incluye a los hombres —dijo London desde el rincón más alejado. Se había trasladado al más oscuro rincón que pudo encontrar, como siempre hacía.

No se trataba sólo de corta sus rizos oscuros y su gusto por la ropa negra por lo que consiguió el apodo de —The Dark Knight.

—Era lo único contra lo que lucha lo más fuertemente posible.

—Sí —dijo Elinor—, siempre ha sido muy firme en que no le van los hombres.

—Belle castigaba a los hombres que se negaban a su servicio —dijo Jean-Claude. Se quedó mirando con solemnidad a Requiem, quien tenía la mirada perdida.

—Entonces, no debería ofrecer que lo haga por nosotros —dije.

—No, no debe. —Jean-Claude me miró, y mostró por un instante lo que estaba sintiendo. Lo sentí como una puñalada en mi corazón. La angustia, la angustia de que había traído a Requiem aquí para mantenerlo a salvo, y en su lugar lo había esclavizado con mayor rigor del que nunca logró Belle.

Sentí el movimiento en la cama por un momento antes de que una mano tocara mi espalda a través de la bata. Me volví, pero conocía la mano que tenía sobre mí.

Requiem se había sentado, con todo el daño en su pecho y su estómago, y se sentó para poder tocarme. Busqué el rostro de algo familiar. Finalmente dije:

—Requiem, ¿estás ahí?

Se tocó la cara.

—Estoy aquí, —pero dijo las palabras con tanta emoción que parecía querer decir mucho más de lo que deberían tener.

Aparté su mano de mi cara, agarrándola en la mía, así tal vez dejaría de tocarme.

Miré a Jean-Claude.

—Esto es horrible. ¿Cómo podemos solucionar este problema? ¿No hay alguna manera más rápida de encontrar a su verdadero amor?

El pulgar de Requiem comenzó a hacer pequeños círculos en mi mano, como si sólo eso no fuera suficiente.

—Es casi como si le hubiera hechizado —dijo Elinor—, como si ella fuera el vampiro y él el humano.

—Muy bien, lo tratan como si fuera trucos mentales de vampiros, ¿cómo puedo deshacerlo?

—Un vampiro maestro a veces puede romper encantamientos —dijo Elinor.

Miré a Jean-Claude.

—Le ayudarás.

London dio un paso atrás hasta el borde de la luz.

—Pero no es el *ardeur* de Anita, es el *ardeur* de Jean-Claude a través de ella, no puede fijar su propio *ardeur*, ¿puede?

—No sé —dijo Elinor. Miró a su alrededor y habló hacia la pared más alejada de la puerta—. Wicked, Truth, habéis estado muy silencioso a lo largo de este debate.

¿Tenéis alguna sugerencia?

Los dos hermanos se dieron a conocer a la luz más cerca de la cama. A primera vista no parecían iguales. Ambos eran altos y anchos de hombros, pero más allá de eso eran opuestos. El pelo de Wicked era elegante y muy rubio, un largo corte enmarcaba su rostro, los pómulos esculpidos, con un hoyuelo en la barbilla lo suficientemente profundo que no podías decidir si se veía adorable o doloroso.

Sus ojos eran de un azul claro, y si no hubiera tenido a Jean-Claude y los ojos de Requiem para compararlos, sus ojos decían estar siempre enfadados. Vestía un traje moderno a medida que le daba un aspecto a medio camino entre el profesor de universidad de sus sueños y un gigoló ejecutivo. Luego estaba Truth.

Truth la verdad era evidente, dormía en su ropa. Las ropas estaban compuestas de trozos de cuero, pero no de la moda del club, no, más bien cuero gastado, hervido y suave con el uso y el desgaste. Sus pantalones estaban metidos en las botas tan maltratadas que Jean-Claude se había ofrecido a reemplazarlas, pero Truth no se dio por vencido. Podría haber estado vestido de cualquier siglo entre el decimotercero, o décimo quinto. Su pelo castaño lacio hasta los hombros, pero fibroso, como si necesitara un buen cepillado. No tenía exactamente barba, sólo un rastro, como si no se hubiera afeitado durante un tiempo. Pero bajo todo ese desorden era la misma estructura de los huesos, la misma barbilla hendida, y los mismos ojos azules, los ojos de Wicked siempre parecía tener una alegría cínica, pero Truth se veía cansado y cauteloso, como si estuviera esperando a que los defraudara.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Truth, y su voz ya estaba a la defensiva, como si estuviera listo para una discusión.

Elinor se desenroscó de su silla y se trasladó de pie al otro lado de Jean-Claude, no del todo el lugar donde London estaba de pie, sino para que ella pudiera ver a los hermanos con más claridad.

—Habéis estado sin dueño más tiempo que cualquier otro maestro vampiro. Ciertamente, hay en todos los siglos, algunos vampiros poderosos que trataron de capturar a los grandes guerreros Wicked y Truth. ¿Ha sido hechizado Requiem?

Wicked se echó a reír.

—Guarda la adulación, Elinor, vamos a ayudar si podemos, si Anita nos dice claramente lo que quiere de nosotros. —Se volvió con sus ojos risueños hacia mí. Los ojos sombríos de Truth siguió a su hermano con la mirada.

Encontré sus ojos. Wicked parecía como si todo fuera una gran broma, la cual me había dado cuenta finalmente era su cara en blanco. La verdad parecía más tranquilo, más blanco, pero estaba dispuesto a sufrir una desilusión por mí. La certeza de que no fuera a cumplir sus expectativas estaba clara en su rostro.

—¿No son las ordenes de Jean-Claude lo que necesitas? —preguntó Elinore.

Truth sacudió la cabeza.

—Malo —dijo—. No.

—No —dijo Jean-Claude.

—No —repitió Wicked, y se permitió una pequeña sonrisa, saboreando la satisfacción.

—¿Quién es tu amo? —preguntó Elinore.

—Son ellos, —y Truth señaló tanto a Jean-Claude como a mí.

—Entonces, ¿por qué las ordenes de Jean-Claude no son lo suficientemente buenas? —preguntó.

—Él no ha hechizado a Requiem; ella lo tiene —dijo Truth.

—No estás de acuerdo con London en que el *ardeur* de Jean-Claude fluya a través de Anita.

Ambos negaron con la cabeza, y el movimiento fue tan oportuno que de repente podía ver cómo eran casi idénticos.

Wicked habló por ellos.

—Anita tiene la voluntad, su intención, es lo que necesitamos. —Me miró—. ¿Cuál es tu voluntad, Anita?

—Que le liberen de mí.

—¿Deshacer el juramento de sangre y devolverlo a Belle Morte? —pregunto Wicked.

Requiem se aferró a mi mano.

—Por favor, señora, eso no.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—No, Requiem, no te vamos a devolver a Belle. Nunca permitiremos que eso suceda. —Se tranquilizó casi instantáneamente, y no debería haberlo hecho. Ese pánico no debería haber desaparecido simplemente. Era sólo otra señal de lo lejos que estaba.

—Ten cuidado con tus palabras —dijo Truth—, porque es algo peligroso.

Pensé antes de hablar nuevamente.

—Quiero que tenga opciones. No quiero que todo su libre albedrío sea alejado.

—¿Por qué? —pregunto Wicked—. ¿Por qué es tan terrible que esté hechizado para ti?

Miré la cara de Réquiem donde estaba sentado a mi lado. Me dio una mirada de adoración absoluta. El nudo en mi boca del estómago empeoró. La idea de que alguien se dirigiera a otra persona como lo estaba haciendo estaba mal, que yo lo hubiera hecho por casualidad me hizo sentir náuseas.

—Me gusta Requiem. Es un buen tipo, especialmente para ser un vampiro. No le quiero así, como una especie de esclavo, es simplemente espeluznante.

—¿Está mejor muerto? —preguntó Wicked.

—No —dije, rápidamente—, no.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Truth.

Requiem dijo:

—¿No te agrado?

Lo agarré por el hombro y dije:

—Sé que estás ahí, Requiem. Vuelve a nosotros.

Escúchame, Requiem, escucha mi voz, y libérate de esto.

—No quiero ser libre —dijo, simplemente.

Me aparté de él, y él trató de aferrarse. De hecho, me dio una palmada en las manos y lo aleje de mí. Se veía demasiado herido.

—Por favor, Anita, ¿cómo te he disgustado tanto? No voy a hacer nada. Haré todo lo quieras, si y solo si alimentas el *ardeur* conmigo.

—Cualquier cosa —dije.

—Cualquier cosa, pero solo tienes que hablar, y yo lo haré.

—Libérate de esto —dije.

—No lo entiendo —dijo, y parecía tan confundido como sus palabras.

—Eso es lo que quiero, Requiem. Quiero que te liberes de lo que he hecho contigo. —En el momento en que lo dije, supe que era cierto, que era lo que quería—. Eres un vampiro maestro. Podrías ser un Maestro de la Ciudad, si fueras un poco más ambicioso. Se puede luchar contra esto. —Busqué en su rostro, para ver si entendía lo que estaba diciendo—. Vuelve a ti mismo, o no voy a alimentar el *ardeur* contigo.

—Anita, yo… yo no…

—Dijiste que harías cualquier cosa que te pidiera. Esto es cualquier cosa, y es lo que quiero que hagas.

—Pediste algo que no puede hacer —dijo Wicked.

—He sentido tu propia versión del *ardeur*. O la manera en que llamas a los otros dones de la línea de Belle que no son exactamente el *ardeur*. Es poderoso. —Me miró a la cara y trató de mostrar lo mucho que sabía que podía hacer esto.

—Quiero ver a Requiem mirándome fijamente a los ojos, no un loco obsesionado.

Sé el hombre fuerte que sabes que puedes ser. Lucha contra esto, lo suficiente para hablarme. No te voy a tocar, nunca más, a menos que puedas dar tu consentimiento.

—Se veía tan afectado, tan herido, que se puso de rodillas y acunó su rostro entre mis manos. —Me dijiste una vez que considerabas violación a tu poder, porque sólo afecta al cuerpo y no a la mente. ¿Recuerdas decir eso, Requiem?

Frunció el ceño, pero finalmente susurró:

—Sí.

—Si tomo esto, sería violación, y no lo haré.

Observé la lucha de sus emociones en su rostro.

—Anita… no sé cómo romper estas suaves cadenas. Una vez el amor fue lo suficientemente fuerte como para romperlas, pero sin el amor, me permitió estar cubierto de tus sedosas cadenas.

Déjame ir, y deja que me ahogue en tu carne dulce.

—Se movió para un beso cuando dijo lo último, y tuvo que retroceder. Salí de la cama, lejos de él. Quería correr gritando de frustración. No había querido hacer esto. Mierda.

—Si otro amo hubiera hechizado a Requiem, ¿qué harías, *ma petite*? —dijo Jean-Claude.

Pensé en ello, frunciendo el ceño.

—Me gustaría tratar de romper el hechizo. Me gustaría utilizar mi nigromancia y tratar de romper el hechizo.

—*Exactement*.

—Pero, lo hice. No puedo romper mi propio hechizo, ¿puedo?

—¿Por qué no?

Pensé de nuevo.

—Porque… bueno.

—No es tu nigromancia la que lo ha hechizado, *ma petite*, sino tu poder a través de las marcas de vampiro, a través de mí. Utiliza tu nigromancia para liberarlo, como antes usaste tus lazos con el lobo para que quedara libre de *Marmee Noir*.

Tenía sentido, pero…

—No sé.

Hablaba en voz baja en mi cabeza.

—Tú rompiste el lazo de Willie McCoy liberándolo del Viajero cuando este lo estaba poseyendo. Utilizaste tu nigromancia para expulsarlo.

Willie era uno de nuestros vampiros menos poderosos. Era gerente del Cadáver Alegre, nuestro club de la comedia. El Viajero fue uno de los del consejo de vampiros. Había llegado a la ciudad en —persona, excepto que viajó saltando de cuerpo en cuerpo. El podía utilizar cualquier organismo vampiro que no fuera lo suficientemente fuerte como para mantenerlo fuera. Poseyó a Willie, y trató de utilizarlo para hacerme daño. Yo había usado mi sangre y mi poder con Willie para encontrarle en la oscuridad donde el viajero lo había escondido. Encontrarle y traerlo de vuelta a sí mismo.

Pensé con cuidado, porque todavía no era tan buena en lo de mente a mente.

—Accidentalmente levanté a Willie de su ataúd durante el día una vez. Ya tenía un vínculo con él que no tenía con Requiem.

Me susurró a través de mi mente:

—A través del *ardeur* tienes un vínculo con él que no tenías con Willie.

—Cómo puedo utilizar la nigromancia para liberarle del *ardeur*, si cuento con el *ardeur* para ser su enlace conmigo. Eso no tiene ningún sentido.

—Tal vez la lógica es un poco circular, pero ¿qué tienes que perder, *ma petite*? —Esta vez hablaba en voz alta, por fin—. Mírale.

Apreté tanto de mí contra Jean-Claude como pude y luego se volvió y miró a Requiem. Él nos miraba como un hombre que se moría de sed, y estuviera a centímetros de una piscina fría, suave, pero había un muro de cristal entre él y eso.

Finalmente me di cuenta de algo.

—No es sólo el *ardeur* lo que ansía. Es la sangre.

Está herido y necesita sangre.

Jean-Claude recorrió sus manos arriba y abajo por mi espalda con movimientos suaves.

—*Oui*, pero el *ardeur* anula la otra sed.

—Pensé que no era posible —dije.

—Lo he visto con Belle. La he visto dar *ardeur* a los vampiros, mientras que se olvidaban de su hambre de sangre, hasta el punto de que, una noche, no se levantaron de su ataúd.

—Ella lo hizo a propósito —dije.

—Ella quería ver si el *ardeur* por sí solo era suficiente para sostener a otros vampiros. Tenía la esperanza de viajar con nosotros a través de Europa, pero las marcas de sangre tienden a darnos distancia. El *ardeur* no deja rastro.

Me quedé mirando a Requiem.

—Nada físico.

—*Oui*, hay señales, pero nada que las autoridades hayan reconocido. Nada de lo que habría arruinado su plan.

—Pero no funcionó —dije.

—Ella podría compartir su *ardeur* con los demás, para que pudieran alimentarse de ella. Pudo mantenerse con él durante largos períodos, al igual que yo, pero a menos que el *ardeur* fuera verdaderamente su propio regalo, entonces no funciona.

—El Viajero… —Me detuvo con una mano sobre mi boca.

Hablaba en mi cabeza, de nuevo:

—En silencio, *ma petite*.

Pensé:

—Tú lo has dicho, no mente a mente, que algunos de los otros maestros vampiros nos pueden escuchar.

—Ellos aún están muertos para el mundo, pero la gente en esta sala nos

puede oír.

—¿No confía en ellos?

—No me gustaría que supieran que puedes obligar a un miembro del consejo a hacer algo.

Él tenía razón. Pensé, lentamente, con cuidado.

—El Viajero estaba tomando mi sangre cuando llamaba a Willie. Le llamé con la sangre.

—Entonces, alimenta a nuestro Réquiem.

No estaba segura de que fuera una buena idea.

—Se ha alimentado de mí una vez, pero ¿y si el beber mi sangre es parte del problema? Asher cree que cualquier vampiro que se alimente de mí es atraído hacia mí.

—Tu sangre es muy sabrosa, *ma petite*.

—No es sólo eso. Es algo más.

—Queremos que nuestros vampiros estén unidos a nosotros, *ma petite*, es por eso que la sangre es el juramento. Simplemente, no les deseo vinculados a este nivel de esclavitud.

Estaba lo suficientemente cerca de sus pensamientos para sentir que lo creía. No le gustaba ver a Réquiem así de hechizado.

—Estás casi tan asqueado de esto como yo. ¿Por qué? Esto fortalece nuestra base de poder, ¿no?

—Tal vez, pero no invité a Requiem, ni a nadie, a mis tierras para poder esclavizarlos. Quería darles refugio, no cadenas.

—Auggie dijo que eras demasiado sentimental para tu propio bien a veces.

En voz alta dijo:

—Tal vez, pero tú me has enseñado que el sentimiento no es siempre algo malo.

Me miró, aquel rostro siempre imposiblemente bello, y sentí como el amor hinchándose dentro de mí como una fuerza física. Llenó mi cuerpo, se hinchó hacia arriba hasta que me dolió el pecho, formando un nudo en mi garganta, y empezando a arder en mis ojos. Sonaba muy estúpido. Pero le amaba. Era uno de mis favoritos, pero lo quería más porque lo amaba, esto lo había hecho mejor. Que dijera que le había enseñado a ser sentimental me dieron ganas de llorar. Richard me recordaba a cada paso, que estaba sedienta de sangre y era fría. Si eso fuera cierto, entonces no habría podido enseñarle a Jean-Claude a ser sentimental. No se puede

aprender, si no lo tienes para enseñar.

Me dio un beso. Me besó suavemente, con una mano perdida en el pelo al lado de mi cara. Se echó hacia atrás y me susurró:

—Nunca pensé ver esa mirada en tu cara, no por mí.

—Te amo —dije, y le toqué la mano que se hallaba frente a mi cara.

—Ya lo sé, pero hay diferentes tipos de amor, *ma petite*, son igualmente reales, pero… —Sonrió y dijo—: Tanta ternura suavizando que pensé que lo habías reservado para los demás.

—¿Qué otros? —pregunté, porque no podía dejarlo pasar.

Me dio una mirada reprendida, como si supiera la respuesta a la pregunta, y creo que lo hacía. Sabía que Richard estaba casi desesperadamente celoso de Micah y Nathaniel, pero por primera vez me di cuenta de que Jean-Claude estaba celoso. Y los celos siempre duelen. Me arrepentí, nunca le hice dudar de lo mucho que le amaba. Nunca tomaría mi mano en una sala de partos, o pasaría la aspiradora por un piso, pero dentro de los parámetros de su vida, podría pedir cualquier cosa de él.

—No quiero interrumpir esta fiesta de amor —dijo London, en un tono de voz que decía claramente que quería interrumpir, y tal vez ser cruel por encima de la misma—. Pero ¿podrías intentar liberar a Requiem? ¿O significa que no lo liberarás, y todo solo se trataba de hablar?

—London —dijo Elinor, con una advertencia en esa sola palabra.

—Se me permite el cinismo, Elinore. Me he decepcionado demasiadas veces con diferentes maestros.

—No fueron todos —dijo Wicked.

Truth se limitó a asentir.

Fruncí el ceño a todos, y de pronto incluso abrazar a Jean-Claude no era tan reconfortante.

—Gracias chicos, sin representaciones ansiosas aquí.

—No era mi intención hacer las cosas más difíciles para ti —dijo Truth —, pero como la mayoría de los vampiros que no han pasado toda su existencia con una maestra, nos hemos vuelto duros y crueles, por lo que se suponía que cuidarías de nosotros.

—La idea del sistema feudal es que la gente de la parte superior preste atención a las necesidades de los de abajo, pero pocas veces lo he visto funcionar de esa manera —dijo Wicked.

—Sí —dije—, es como la eficiencia en la cosas económicas, sólo funciona si la gente de arriba es muy buena, gente decente. El sistema es

sólo tan bueno como la gente en el poder.

Los hermanos asintieron con la cabeza, como si hubiera dicho algo sabio. Tal vez lo había hecho.

Puse un beso en el pecho desnudo de Jean-Claude, acariciando la suave piel de la quemadura en forma de cruz. Me aparté de él y fui a la cama. Recé mientras caminaba hacia el Requiem.

—Que sea libre, pero no me dejes hacerle daño.



VEINTISIETE

Le dije a Requiem que se acostara en la cama, y él lo hizo, sin dudarlo. Elinore tenía razón. Era como un humano golpeado por la mirada del vampiro. Me arrodillé junto a él, la bata estaba recogida en mis rodillas, atada por mi cintura estrecha. Lo miré y me pregunté si había algo que pudiera pedirle que él se negara. ¿Realmente no había límite para eso? Había visto como los humanos eran enrollados por vampiros que se había convertido en sus amigos en un abrir y cerrar de ojos, y trataban de matar a las personas que amaban. ¿Podría Requiem haber matado por mí? ¿Por ninguna razón que le pidiera? Quería saberlo, y no lo hacía.

Miré a Jean-Claude.

—¿Esto es más o menos sexual, o haría cualquier cosa que le pidiese, como un humano enrollado por un vampiro?

—No lo sé, *ma petite*.

—Si no planeas hacer esto a propósito, ¿qué importa? —preguntó

London, y me dejó escuchar toda la desconfianza en esas palabras. En realidad no lo culpaba.

—No lo haría con cualquiera de nuestra gente a propósito, pero a veces estoy por mi cuenta en un nido de vampiros que se supone que debo matar. Se enfadarían por una cosa como esa. Me pregunto si ¿podría levantar el *ardeur* como un arma?

¿Hay alguna forma para que sea una ventaja en lugar de un desastre?

London me frunció el ceño, pero dijo:

—No te creo, Anita.

—London —dijo Elinor—, nunca utilices ese tono de nuevo con ella.

—He visto lo que el *ardeur* puede hacer, Elinore. Tú no, en realidad no. —Su cara se contrajo en líneas de ira tan crudas que casi dolía verlo—. He visto mi cara verse como la de Requiem. Recuerdo cómo se siente. —Sus manos agarraron la columna de la cama hasta que la piel cambió de color, solo un poco. El moteado sería más después de que se alimentara. La madera crujió en señal de protesta, y dejó caer sus manos—. Parte de mí todavía quiere sentirse así. Es como estar drogado todo el tiempo. Siendo agradablemente fuerte, agradablemente feliz. Tal vez no sea la verdadera felicidad, pero es difícil establecer la diferencia cuando estás en medio de ello. —Se abrazó muy fuerte—. El mundo es más frío, un lugar más oscuro sin él. Pero con él, eres un esclavo. Un esclavo de alguien que te hace hacer cosas… —sacudió la cabeza, con tanta fuerza que parecía aturdido.

—Tal vez London deberías irte antes de empezar con esto —dije.

—No —dijo— no, si no puedo soportar verte alimentar el *ardeur* en alguien más, entonces tengo que encontrar un nuevo amo, y una nueva ciudad. Si no puedo soportar esto, entonces necesito irme a alguna parte donde nadie lleve el *ardeur*.

—Jean-Claude es tu maestro, London, vas a necesitar su permiso para salir —dijo Elinore.

—Ya lo hemos discutido —dijo Jean-Claude.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Es un adicto, *ma petite*, un adicto del *ardeur*. Lo salvé de Belle Morte, quien lo haría adicto de nuevo, pero London y yo hablamos de que incluso tu *ardeur*, y el mío, podrían ser demasiado para él. Si es así, —dio esa graciosa encogida de hombros—. Le encontraré algún lugar lejos de tales tentaciones, pero esto requerirá tiempo para encontrar una casa para alguien tan potencialmente poderoso como London. Sobre todo con alguien

de su linaje, y macho. Si fuera femenino, hay una lista de espera.

—Pero no para hombres —dije.

—No, *ma petite*, las maestras femeninas parecen convencidas de que hechizarían a los hombres de nuestra línea de sangre. Los maestros varones parecen convencidos de que podía dominar a las mujeres de nuestra línea.

—Bueno, no es típico —dije. Miré de nuevo a London—. Si esto llega a ser demasiado para ti, prométeme de que te irás.

—¿Por qué te importa?

Levanté una mano antes de que Elinore pudiera castigarle de nuevo.

—Porque voy a tener bastantes problemas liberando la mente de Requiem, y no quiero tener que hacerlo dos veces hoy.

Él asintió.

—Te juro que voy a salir, si creo que es demasiado. —La expresión de su rostro era muy solemne, sin ninguno de los oscuros desafíos, o la ira.

Respiré hondo y me giré hacia el hombre en la cama. Me dio unos pacíficos y ansiosos ojos. Era como si el cordero quisiera que le rajaras la garganta.

Me moví a su lado, para poder tocar la parte no golpeada de su rostro. Ahuequé su cara y él se inclinó con aquel toque, cerrando sus ojos durante un momento como si aquel roce inocente fuera casi exagerado para soportar.

Le llamé.

—Requiem, Requiem, vuelve a mí.

Él puso su mano contra la mía, presionándome con más fuerza contra su rostro.

—Estoy aquí, Anita, aquí mismo.

Sacudí mi cabeza, porque este no era él. Este era su cuerpo, pero independientemente del hecho de quién era Requiem, no estaba en sus ojos. Esta era la cara de un desconocido. Que hace a las personas gente no es solamente la estructura ósea y el color de los ojos, sino la fuerza de su personalidad. Los años de experiencia pintada sobre sus rostros. Ellos, por la falta de una mejor palabra.

Ellos.

—Oh, Requiem, vuelve a nosotros.

Me miró, muy asombrado. No comprendía que estaba perdido.

Cerré los ojos, así me podría concentrar y no tener que ver sus ojos, tan confiados y vacíos. Mi nigromancia no se parecía a ningún otro poder que

tenía. Tal vez porque era mío. Cualquiera que sea la razón, no tenía que decidir si usar mi nigromancia, solamente tuve que dejar de luchar contra ella. Deje de bloquear el poder. Bloquear mi nigromancia era como hacer un puño, apretado-apretado, exprimir, exprimir, con fuerza, entonces el poder no se alejaba de mí. Extendí aquel puño metafórico, dejando ir todo ese esfuerzo y la nigromancia solo salió.

Antes, con Auggie, allí había pasado mucho, tantos poderes diferentes, que eso me había distraído, pero ahora no había nada más que la nigromancia. Se sentía tan bien que finalmente lo dejé ir. Tan increíblemente bien.

Abrí los ojos y mire a Requiem.

—Ven a mí —dije—, ven a mí. —Él se levantó, salió de la cama, con los brazos extendidos hacia mí. Le puse un dedo en el pecho, y dije—: Requiem, para. —Se detuvo al instante. Como si fuera algún tipo de juguete; enciende un interruptor y avanza, luego otro y se apaga. Dulce María, Madre de Dios, esto estaba muy mal.

—*Ma petite, ma petite*, ten cuidado.

Me volví y miré a Jean-Claude.

—Estoy un poco ocupada aquí —dije, y no pude evitar la impaciencia en mi voz.

—Sería más específico con tus llamadas, si estuviera en su situación. Dijiste sólo a Requiem que se parase. Los otros todavía siguen forzados. —Hizo señas hacia los otros vampiros. London tenía un apretón de muerte sobre la columna de la cama.

Parecía presa del pánico. Wicked y Truth estaban luchaban en el borde de la cama.

Truth quería subirse, y Wicked contenía a su hermano. Truth parecía asustado, y Wicked enfadado.

Encontré a Elinore de pie junto a su silla, agarrándose a ella, como si el peso de la silla sólo le impedía venir hacia mí.

Me sentí palidecer.

—No quise decir…

—Tu nigromancia ha ganado poder, *ma petite*, al igual que tus bestias. Se más específica en tus ordenes, usa su nombre.

Miré a Elinore.

—Si te llamara, ¿Tendrías que venir hacia mí?

Ella tragó suficiente saliva para escucharlo.

—Me gustaría pelear, pero la compulsión sería muy fuerte. Todavía no soy un Maestro de la Ciudad. Así como uno debe tener un cierto nivel de poder para gobernar una ciudad, para gobernar a la misma y los juramentos que sean tomados, la magia que ata, otorga a un vampiro más poder. No tengo esos lazos, aún, así que… No soy Augustine, o Samuel. Creo que si forzaras la situación sería difícil.

Era mi turno de tragar.

—Todos somos de juramento de sangre a Jean-Claude —dijo en London, con los dientes apretados—. Creo que tu llamado es más fuerte por tu relación con él.

Truth se separó de su hermano, y fue a la silla junto a la chimenea. Se acercó a ella, y ocultó la cara entre las manos. Wicked se volvió hacia mí.

—Él quería ir hacia a ti.

Los dos somos del juramento de sangre a Jean-Claude. ¿Por qué mi hermano se sintió más atraído a tu llamado?

—Él se alimento de *ma petite*, cuando hizo el juramento para nosotros —dijo Jean-Claude—. Tú tomaste mi sangre.

—Te dije cuando lo convirtieses que tenía que ser convertido exactamente de la misma manera. Me aseguraste que no tendría importancia. —Hizo un gesto enfadado hacia su hermano—. Esto es importante.

Requiem envolvió sus brazos a mí alrededor, y puso un beso en mi cuello. Estaba doblando el estómago para hacerlo. ¿No le dolía?

Dije lo único que podía pensar.

—No lo sabía.

—Nosotros siempre debemos estar vincularnos de la misma manera —dijo Wicked—, siempre debe ser lo mismo. Es nuestra fuerza. Es lo que somos. Lo que sea que le has hecho, tienes que hacérmelo a mí, o deshacérselo a él.

Asentí con la cabeza.

—Voy a intentarlo.

—Estoy empezando a entender por qué se mataban a los nigromantes sin previo aviso —dijo en London.

—¿Es una amenaza? —dijo Jean-Claude, con voz suave.

—No, no, maestro.

Pero comprendí lo que London quería decir. Requiem lamió lo largo de mi cuello, un contacto que me hizo estremecer, sólo un poco.

—Requiem, deja de tocarme.

Se quedó inmóvil contra mí, pero todavía estaba tocándome. Simplemente dejó de besarme y lamerme. Supongo que tendría que ser cuidadosa en cómo decía las cosas. Tenía que encontrar a Requiem. No sólo al vampiro, o al muerto. Le necesitaba, su yo individual. Hice algo similar una vez en la Iglesia de la Vida Eterna, cuando la policía y yo estábamos buscando a un sospechoso de asesinato de un vampiro. Había buscado el sabor de una persona, y había sido alguien que yo no conocía. Conocía el de Requiem. Lo sostenía.

Envolví mis brazos a su alrededor, moví todo el grueso pelo a un lado, así podría enterrar mi cara en la curva de su cuello. Aspiré el aroma de su piel. No olía a tibio. Pude oler su colonia, el jabón que usaba, su champú, pero debajo de todo eso estaba el ligero olor de la muerte. No de los cadáveres y la putrefacción, porque los vampiros no hacen eso, sino el olor de las habitaciones largamente cerradas, vagamente como el olor de las serpientes. Mohoso, no caliente, nada de lo que se podía abrazar. Sin embargo, sus brazos eran fuertes, los bordes de las heridas en el brazo estaban atrapadas en la seda de mi bata. Él era real, pero no estaba exactamente vivo.

Lo sostuve cerca, y abrí mi nigromancia en el cuerpo que sostenía. Empujando con cuidado, sólo adentro de este único cuerpo, no en ningún otro lugar. No buscaba ese aturdido desconocido, sino a esa chispa que era verdaderamente Requiem. Lo encontré, en la oscuridad, en su interior. Él no tenía miedo, sino que estaba un poco confuso, perdido. Le llamé. Le sentí mirar hacia arriba, oírme, pero no podía venir. Pude ver su prisión, toqué la puerta, mirándole entre los barrotes, pero no tenía la llave. Entonces me di cuenta de que era lo que necesitábamos. Sangre. No importaba con qué tipo de no-muerto estás tratando, la sangre suele ser la clave.

Me alejé de su cuello, y arrastré mi propio pelo a un lado.

—Aliméntate, Requiem, aliméntate de mí.

Me mostró una cara con los ojos abiertos de asombro, como si no pudiera creer lo que iba a dejar que hiciera, pero no me pidió que repitiera la orden. Su mano se envolvió en mi pelo, su otra mano en mi espalda. Me apretó contra él, sosteniendo el cuello hacia un lado, y me llevó hasta él, porque estaba sentado y yo de rodillas.

Trajo mi cuello hasta su boca, de la forma en que se da un beso. No

pudo enrollarme con sus ojos, y no lo intentó. No habría nada para cambiar el dolor por placer. Le sentía tenso, y traté de relajarme, pero nunca me relajaba. Uno se pone tenso, solo un poco, y duele más.

Me mordió, sus colmillos hundiéndose, el dolor fue lo suficientemente agudo para que empujara sus hombros, mientras trataba de escapar. No podía tomar tanto dolor de la caja sin empujar en contra. Sentí como empezaba a beber, su garganta convulsionando, tragando. Algo que podría ser tan erótico, y esto dolía como la mierda.

Pero era igual que la decapitación de un pollo para levantar a un zombi, o esparcir la sangre en los labios de un vampiro para que se curara. Era sangre con un propósito, y envié mi magia con esa sangre. La usé, para llamar Requiem. La usé para encontrarlo en la oscuridad, y liberarlo.

Él se apartó de mi garganta, jadeante, como si hubiera estado corriendo. Había sangre en el labio inferior mientras me miraba. En un momento todavía parecía aturdido, al siguiente se derramó en sus ojos. Se encendió el fuego azul, con ese toque de color turquesa en el centro. Su poder bailaba sobre mi piel como una brisa fría.

—Estoy aquí, Anita. Has limpiado mi mente. ¿Qué me habías hecho?

Salí de sus brazos, tocando mi cuello, del que salía sangre. Remus ya había enviado al joven guardia Cisco al cuarto de baño a por gasas y cinta adhesiva.

—Te quería libre, y a ti mismo. Lo logramos.

Sacudió su cabeza, e hizo una mueca, como si sólo ahora los moretones hicieran daño. Se recostó contra los montículos de almohadas, favoreciendo a su estómago y pecho, sosteniendo su brazo herido con cuidado.

—Fue como estar drogado, nada duele tanto, cuando me tocó. Soy libre, pero me duele todo.

—¿No es siempre así? —dije, y sonreí. Era el mismo de nuevo.

Miré a mí alrededor hacia los otros vampiros. Miré a Elinore que todavía seguía agarrando el respaldo de la silla. La sentí. La sentí como si fuera un sabor helado que podría haber puesto en un cono y lamerlo. La mayoría de vainilla, pero con chispas de chocolate. Miré a London. No era vainilla, definitivamente era algo más oscuro, más fornido, lleno de trozos duros crujientes. Wicked llenó mi mente como glaseado, chocolate glaseado para untar en la piel y lamerlo para limpiarlo. Sacudí mi cabeza de esas imágenes, y busque a Truth, aún acurrucado junto a la chimenea. Algo fresco y limpio, fresas, tal vez, helado de fresa para derretir en la piel, y me

pasé la lengua, así podría chupar el frío alrededor de los pezones…

—Anita, —y era la voz de Jean-Claude—. Anita, debes parar esto.

Nunca me llama Anita. Me hizo mirarle.

—¿Por qué no te saboreo? —pregunté.

—Porque soy tu maestro, y no un juguete para tu poder.

La expresión de su cara me asustó, porque tenía miedo. Me lamí los labios secos, y dije:

—Supongo que esto responde a la pregunta. No toqué a los vampiros de los demás.

—No —dijo él—, no. —Estaba en el borde de la cama—. Ahora apágalo.

Me tomó un segundo darme cuenta que es lo que quería decir. Mi nigromancia, tenía que apagarla otra vez. Cerré mis ojos, y la tiré hacia atrás. La lancé apretada y más apretada, cerrada y apretada en el duro puño metafísico. Pero era como si la mano no fuera lo suficientemente grande para contenerlo todo ahora. Pude apretar, pero se filtraba a través de los dedos como si se tratara de sostener arena.

No, no es cierto. No quería parar. Se sentía tan bien vagando por los vampiros, mejor que jugar con zombis. El momento en que me di cuenta que era yo la que dejaba la fuga del puño, fui capaz de apagarlo. Casi dolió, pero lo hice. Podía hacerlo. Pero me preguntaba si ¿llegaría el día en que hubiera tanto poder que no sería capaz de cerrarlo por completo? Necesitaba hablar con mi mentor mágico, Marianne, sobre eso, antes o después.

Abrí los ojos y dije:

—¿Cómo está?

—Bien —dijo, pero su voz no era feliz.

—Eso fue aterrador —dijo Elinore—. Sentí tu poder, como si me estuviera lamiendo a lo largo de la piel, mi… —Se estremeció, no de una manera feliz.

—Lo siento —dije.

—Me podías enrollar —dijo London—, enrollarme en la forma en que se puede envolver a un humano. Puedes, lo sentí.

—Debes deshacer en mi hermano lo que le has hecho —dijo Wicked—, o vincularme como tú has vinculado con él.

Asentí con la cabeza.

—Ya lo discutiremos más tarde, ¿de acuerdo? Tengo el plato lleno por

hoy.

—Me lo prometiste —dijo Wicked.

Suspiré.

—Mira, no sabía que tomar sangre de mí en vez de Jean-Claude sería gran cosa, ¿de acuerdo? Lo estoy haciendo lo mejor que puedo aquí, Wicked. Truth se estaba muriendo cuando le ofrecí sangre. Salvé su vida, si no lo recuerdo mal, así que deja de ser tan jodido al respecto. —Estaba enfadada, porque me sentía culpable, y eso casi siempre conducía la ira en mí.

—Anita puede trabajar en tu problema otro día —dijo Requiem—. Hoy es mía.

Algo en la manera en que lo dijo me hizo mirarlo. Yacía como si estuviera herido, pero la mirada en su rostro no era por el dolor. Era casi anticipación.

—¿En qué piensas, Requiem? —pregunté.

—Que todavía necesitas alimentar el *ardeur* frente a todas estas buenas personas.

Negué con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea.

—La prueba es para ver lo que sucederá si alimentas el *ardeur* delante de nuestros visitantes. Ya sabes que no debes usar tu nigromancia delante de ellos ahora, pero esta cuestión no ha sido decidida.

Asentí con la cabeza.

—Sí, creo que si lo ha sido.

—Estoy con Anita en esto —dijo London—, sin *ardeur* delante de los invitados. No más delante de los otros maestros.

—Esa no es tu decisión —dijo Elinore.

—¿Crees que estoy equivocado? —preguntó.

Nadie contestó. Así que lo hice yo.

—No, no estás equivocado. Mis poderes son demasiado impredecibles para usarlos en público ahora mismo. Sólo tengo que protegerme como a una hija de puta.

—Tal vez puedes controlar la nigromancia en ese grado, pero el *ardeur* no se rompe un poco y se detiene —dijo Requiem.

—Ella acaba de liberarte —dijo Wicked—. ¿Cómo quieres que te esclavice de nuevo?

—No quiero ser esclavizado, pero quiero que se alimente. Lo quiero

más de lo que he deseado nada en un muy largo tiempo.

Miré a Jean-Claude.

—¿Está libre, o no?

—Me llamaste para que pudiera elegir, Anita.

Miré a Requiem.

—No lo entiendo.

—Dijiste que nunca alimentarías el *ardeur* conmigo de nuevo, a menos que me liberase y pudiera elegir. Dijiste que sería como una violación, a menos que pudiera elegir.

—No estoy segura de que recuerde todo lo que dije.

—Yo lo recuerdo —dijo.

—Creo que es demasiado peligroso alimentar el *ardeur* de ti.

—Juraste que te ibas a alimentar de mí, si me liberaba. Me he liberado.

—Yo te liberé.

—¿Estás segura de eso? ¿Estás segura que mi voluntad no te ayudó aunque sea un poco?

Empecé a decir que no, luego vacile.

—No sé…

—Entonces elijo por ti que te alimentes.

Estaba sacudiendo mi cabeza.

—Aliméntate, Anita, aliméntate de mi carne, bebe profundamente de mi voluntad hasta que esto realmente se derrame sobre tu cuerpo como la sangre.

—No estás pensando con claridad. —Empecé a salir de la cama.

Me agarró del brazo, en una de esos movimientos demasiados rápidos de ver. Dio un respingo, demostrando que le había costado.

—No hubiera hecho la elección que tú habrías hecho, si cambiáramos las posiciones. No voy a decir lo que quieres que diga, ya he tomado una decisión.

—Déjame, Requiem.

Me miró, y sonrió.

—No quiero, y soy libre de no obedecer. Luché para volver porque dijiste que sólo si lo hacía, sólo entonces te alimentarías de mí. ¿Me negarás ahora que he luchado y ganado la batalla?

—¿Qué pasa si una alimentación lo deshace? ¿Qué pasa si el *ardeur* te consume de nuevo?

—Y si nunca soy consumido por amor otra vez, entonces ¿qué mejor

que ser consumido por el *ardeur*?

—Hablas como un drogadicto que prueba otra vez después de un largo período de sequía.

—Mi corazón ha muerto dos veces. Una vez, cuando mi vida mortal cesó y la segunda cuando Ligeia fue tomada de mí. No he sentido nada por tanto tiempo, Anita. Tú me haces sentir de nuevo. —Se incorporó, me atrajo hacia él.

Puse una mano en el pecho, sin heridas de cuchillo por fracciones.

—El *ardeur* me hace sentir otra vez.

Me tocó la cara con su mano herida.

—No, hay algo en ti que ha despertado mi corazón.

Tuve una sensación de pánico cuando estuvo a punto de profesar su amor eterno.

Tal vez Jean-Claude también lo hizo, porque se movió hacia adelante y puso una mano sobre mi brazo.

Requiem mantuvo su mano herida contra mi mejilla, pero dejó mi brazo. Extendió su mano a Jean-Claude, puso una mano contra la cintura del otro hombre. Sabía que no podía sentir tanto a través del espesor de la túnica, pero todavía era un gesto más íntimo que había visto hacía Jean-Claude.

—Siempre antes tu *ardeur* saboreó el de ella, Jean-Claude.

No estaba hablando de mí. Se refería a Belle Morte, porque la denominación ella siempre significa Belle para ellos.

—Anoche, Jean-Claude, no la probaste. No probaste el poder de nadie más excepto el tuyo. Sabía que eras un sourdre de sang, pero hasta anoche seguías siendo un planeta que giraba alrededor del sol del poder Belle Morte. Anoche te convertiste en el sol y ella en la luna.

—Belle era la luna —dije.

Me miró con una sonrisa.

—No, Anita, tú eras la luna. El ladrón consumado de la luna, y su fuego pálido que ella arrebató al sol.

—Estás citando a algo —dije.

—Shakespeare, *ma petite*. Está citando a Timón de Atenas.

—No hemos leído esa —dije. Mi pulso estaba en mi garganta, y eso estaba haciendo un goteo de sangre en las heridas que me había hecho en mi cuello—. No necesito alimentar el *ardeur* ahora, Requiem, y con todo lo que sucede es extraño, creo que voy a esperar hasta que tenga que

alimentarme.

—Eso tiene sentido, Réquiem —dijo London.

Requiem miró al otro vampiro.

—¿Esperarías?

—Con permiso —dijo London—. Me gustaría salir de la habitación.

—Ve —dijo Jean-Claude.

London no corrió hacia la puerta, pero no se paseó. Demonios, si hubiera podido escapar, lo haría. Pero no puedes huir de ti mismo.

—Cualquiera que desee irse, que se vaya —dijo Jean-Claude.

—La prueba no funcionará si no estamos aquí —dijo Elinore.

—La prueba ha terminado. Somos demasiados peligrosos, y lo sabemos.

Elinore no discutió, simplemente se fue. Wicked llevó a su hermano por el brazo y lo sacó fuera. Truth parecía estar llorando.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Remus.

—Escoltarnos, si es posible.

—Podemos escoltarlos —dijo en tono un poco ofendido por la duda de Jean-Claude.

—¿Puedes protegernos de nosotros mismos? —preguntó Jean-Claude.

—No entiendo —dijo Remus.

Cisco tenía la gasa y la cinta adhesiva. Se puso de pie junto a la cama, como si no estuviera seguro de qué hacer con los vendajes. Me toqué el cuello y salió un poco de sangre, pero había sido una mordedura limpia. No sangraría mucho después de todo, no si no lo hubiera hecho bien, y conociendo a Requiem lo había hecho bien.

—¿Necesitas antiséptico? —preguntó Cisco.

Remus fue a la cama, impaciente.

—Trata a Anita como a otro cambiaformas.

—Oh —dijo Cisco. Comenzó a poner el botiquín de primeros auxilios en la cama, luego vaciló como si no quisiera ponerlos entre Requiem y yo. Todavía llevaba un arma, pero la confianza del guardia había desaparecido, sustituida por un torpe de dieciocho años.

—Dale la gasa para que pueda mantenerlo sobre la herida —dijo Remus—. El vendaje es sobre todo para mantener un mínimo de limpieza, no realmente para la herida.

Cisco asintió con la cabeza como si entendiera, pero sostuvo la gasa lejos de mí con los ojos en ninguna parte cerca de mi cara. De hecho,

trataba cuidadosamente de no mirarme. Finalmente me di cuenta de parte de su problema. Mi pecho se estaba mostrando más que antes. La alimentación de Requiem había retirado la parte delantera de la bata, así que era un montón de pecho lo que estaba mostrando. No todo, no más de lo que un escote muy bajo pudiera mostrar, pero lo estaba distrayendo. Estaba intentando tanto no mirar mi pecho, como mirándole, mientras luchaba consigo mismo.

Presioné la gasa un poco, y cerré la bata con la otra mano. Iba a necesitar las dos manos para anudarla, así que todo lo que podía hacer era mantener la bata cerrada. Esto permitió a Cisco saber que había notado lo que había estado haciendo. De repente encontró mis ojos y estuvo avergonzado. Mostró casi el pánico en sus propios ojos, y el rubor oscuro que avanzó lentamente encima de su cuello. El pánico se volvió ira, y desvió la mirada, como si hubiera visto demasiado en su alma.

Remus tomó las cosas de primeros auxilios.

—Ve a la sala de ataúdes y dile a Nazaret que envié a alguien para tomar tu lugar en este detalle.

Cisco protestó:

—¿Por qué?

—Estás mirando su pecho. No es un pedazo de culo, muchacho. Cuando estás en el trabajo, estás en tu maldito trabajo. Puedes notar que es bonita, pero no mirar, sin distracciones.

—Lo siento, Remus, no volverá a suceder.

—No, no lo harás —dijo Remus—. Ve a la sala de ataúdes.

—Por favor, Remus…

—Te di una orden, Cisco, la sigues.

Cisco bajó la cabeza, no una reverencia, sino de abatimiento. El gesto mismo, algo tan pequeño, mostró cuan joven era. Pero no discutió de nuevo. Se dirigió hacia la puerta.

Cuando se cerró tras él, Remus se volvió hacia mí.

—¿Todavía estás sangrando?

Solté la gasa, se quedó en su lugar, pegada allí por la sangre.

—Es difícil de decir —dije.

Empezó a tocar la gasa, luego se detuvo, dejando caer su mano a su lado. De hecho, miré hacia abajo para asegurarme de que mi pecho estaba cubierto por completo. Nada se mostraba. Entonces ¿por qué Remus parecía tan reacio de tocarme como Cisco?

—¿Puedes quitar la gasa? —preguntó.

No discutí, sólo la quité. Ya no me dolía al moverla, así que no estaba sangrando tan mal. Bien.

—Mueve la cabeza hacia un lado para que la pueda ver. —Y añadió—. Por favor.

Hice lo que me pidió, y miré a Jean-Claude. Parecía demasiado solemne para consolarlo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—¿Estas tan avergonzada de nosotros que ocultas nuestra señal de favor debajo de vendajes y cinta?

Le fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Remus puso más gasa en mi cuello.

—¿Puedes sostenerla en su lugar mientras pongo la cinta?

Puse la mano en la gasa, de forma automática.

Jean-Claude hizo un gesto a mi mano, a Remus, quien estaba de espaldas sobre todo al otro hombre.

Remus puso la cinta en la gasa. Le detuve con una mano sobre su brazo. Dio un paso atrás de inmediato, fuera del alcance, la cinta todavía estaba en sus dedos.

Eché un vistazo a su cara, pero no me daría una mirada directa, así que no sabía que había en sus ojos. Dio un paso hacia atrás, como si lo hubiese herido. No lo hice.

Me aparté del guardián, a Jean-Claude. El problema de Remus era el problema de Remus, no el mío. Ya tenía suficientes problemas.

—¿Te refieres a qué estoy vendando la mordedura?

Él asintió.

—Siempre me vendo las mordeduras.

—¿Pourquoi? —preguntó. ¿Por qué?

Abrí la boca, y la cerré, y pensé en ello.

—Es una herida. Por lo general atraviesa una vena o arteria. Untas antiséptico sobre ella, y le pegas un vendaje para evitar que se infecte.

—¿Alguna vez has conocido que un mordisco de un vampiro se infectase? —preguntó.

Fruncí el ceño, y pensé en ello. Me llevó casi un minuto decir:

—No.

—¿Por qué es así, *ma petite*?

—Debido a que los vampiros tienen un antiséptico natural en la saliva. Los vampiros en realidad tienen menos tipos de bacterias en la saliva que el humano promedio.

—Estás citando ahora —dijo.

Asentí con la cabeza, y me detuve debido a la mordedura que estaba un poco apretada. Ya no dolía exactamente, pero me hacía saber que estaba allí.

—Sí, había un artículo en The Animator. Algunos doctores en realidad se preguntaban por qué los mordiscos de vampiro no se infectaban, como la mordedura de un humano ordinario, o una mordedura de un animal. Han sabido durante un tiempo que tenéis unos anticoagulantes en la saliva, pero este fue el primer estudio de otras propiedades de la saliva de los vampiros.

—Por lo tanto, vuelvo a preguntar, ¿por qué ocultas nuestra señal de favor?

Pensé en ello, me encogí de hombros.

—El hábito. —Tomé la gasa de la marca de mordedura. Tenía dos pequeños círculos rojos alrededor, pero casi había dejado de sangrar. Por lo general lo hacían a menos que haya sido cortada. Una mordedura violenta de un vampiro se parecía más a una mordedura de un perro, sangraba. Los dos prolijos agujeros pararon antes de lo que parecía, y rara vez la herida volvía a sangrar, sin que se volviera abrir. Había conocido adictos a vampiro que trataban de ocultar su hábito por tener la mordedura varias veces en la misma herida. En realidad no funcionaba si se sabía lo suficiente sobre vampiros para saber cómo se ve una mordedura, pero si engaña a los turistas, o al jefe del trabajo el lunes. El trauma repetido a un área sigue siendo un trauma repetido, y era una de las pocas veces más allá de ataques violentos cuando una mordedura de vampiro comienza a hacerse un cardenal y rasgarse.

Le entregué la gasa usada a Remus, quien la tomó con cautela como si no quisiese tocar mis dedos.

—No necesito las vendas. Gracias de todos modos, Remus.

Jean Claude vino a mí, sonriendo. Tocó la mordedura con delicadeza, apartando los dedos con diminutas gotas de sangre. Los levantó hacia su boca, y supe lo que iba a hacer antes de que pasara su lengua con mucha delicadeza. Le vi lamer mi sangre de sus dedos, y no estaba segura por como sentirme. No lo disfruté. No, no lo disfruté. Me sentí neutral sobre lo que había hecho, pero ¿por qué lo había hecho? Por lo general se sale de su

camino para no asustarme, no ser demasiado vampírico.

Se inclinó sobre mí, puso sus manos alrededor de mi cara con delicadeza, y intentó besarme. Normalmente, me hubiera reunido con él en el camino, pero no lo hice esta vez. Me quedé sentada, obligándole a agacharse para mí. Mantuve mi mano en la túnica, manteniéndola en su lugar, y lo vi agachándose más. Se detuvo justo antes de que me besara, y se echó hacia atrás lo suficiente para que pudiera ver su rostro claramente.

—Me has besado muchas veces con el sabor de tu dulce sangre en mis labios, pero ahora, veo reticencia en tu rostro, se siente en tu cuerpo. ¿Por qué? —Buscó mi cara, aunque sabía que podía dejar caer sus escudos y saber exactamente lo que estaba pensando. Tal vez tenía miedo de lo que iba a encontrar.

¿Por qué, había preguntado? ¿Debido a que lamió la sangre de sus dedos? Le he besado cuando había venido directamente desde mis venas. Le había besado cuando una boca u otra habían conseguido mella en sus colmillos. Había aprendido a pensar en el dulce sabor del cobre, casi como un afrodisíaco, porque había comenzado a asociarla con él, y otros. Incluso a Richard le gustaba un poco del sabor de la sangre, odiaba que le gustara, pero lo hacía.

Jean-Claude se retiró, dejando que mi cara se deslizara entre sus manos mientras permanecía de pie. Una mirada de mucha tristeza se apoderó de su rostro. Le agarré del brazo.

—No lo hagas.

—¿No qué, *ma petite*? ¿Qué no deje de esconder lo que soy? No puedo ser humano, *ma petite*, ni siquiera por ti. Pensaba que lo peor de jugar al humano mutuamente, tú y yo, era la paralización de nuestro poder, pero no es por eso que me duele el corazón.

Solté su brazo. No quería hacer la pregunta siguiente, pero sabía que tenía que hacerla, o sería tachada de cobarde. Tragué saliva suficiente para que doliera, y pregunté:

—¿Qué hace daño a tu corazón? —Fue un susurro, pero pregunté. Puntos Brownie para mí.

—Que me des la espalda, por algo tan pequeño. Lamí la sangre de mis dedos y ahora no me besarás.

—Te habría besado.

Negó con la cabeza.

—Pero no lo querías.

Eso no lo podía discutir. Una parte de mí deseaba poder hacerlo, la otra no.

—¿Qué quieres diga? —pregunté.

—Quiero que tú y Richard os aceptéis a vosotros mismos, y yo estoy fuera de tiempo por la espera de ese milagro.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Prometiste alimentar el *ardeur* con Requiem, si luchaba y se liberaba de tu poder.

¿Volverás a tu palabra?

Eché un vistazo al otro vampiro, echado sobre los montículos de almohadas, y luego de nuevo a Jean-Claude.

—El *ardeur* no se ha levantado por ninguno de nosotros, todavía. Creo que debemos utilizar el tiempo que tenemos antes de que pase y planificar una estrategia.

—¿Estrategia para qué, *ma petite*? Esto no es una batalla de pistolas y cuchillos.

Esta es la batalla de una especie más suave, aunque no menos peligroso al final.

Estaba sacudiendo mi cabeza, y sentí el primer goteo de un poco de sangre en mi garganta. No era el temblor lo que me hacía sangrar un poco más, era el hecho de que mi pulso se aceleró.

—No vamos a alimentar al *ardeur* antes de que tengamos que hacerlo.

—Tu poder aumenta, y es más como Belle Morte —dijo el Requiem, y su voz sonaba triste.

Le eché un vistazo.

—¿De qué estás hablando?

Requiem respondió:

—Belle solía prometer alimentar el *ardeur* con nosotros, y luego decir que no había querido decirlo en ese mismo momento, sino después, siempre después. Más tarde podría ser muy tarde cuando realmente quería jugar a juegos crueles.

—No estoy jugando —dije—. Tengo miedo.

—Si te alimentas de él, y se convierte en un atontado otra vez, entonces no puedes alimentarte de ninguno de los candidatos a *pomme de sang*. Les mostraremos el estado de la mente de Requiem y les decimos que te has vuelto demasiado poderosa para tales juegos.

—¿Y si no cae bajo mi hechizo una vez más? —pregunté.

—Entonces, puedes probar a algunos de los candidatos sin sexo.

Estaba sacudiendo mi cabeza.

—El *ardeur* está creciendo, *ma petite*, debes aceptarlo. Lo que hemos visto hoy y ayer por la noche prueba que fingir ya no funcionará.

—No estoy fingiendo —dije.

—Estás fingiendo.

—¿Fingiendo qué? —pregunté.

—Lo siento, *ma petite*, lo siento, pero tenemos que aceptar la verdad.

Me había arrastrado hasta los pies de la cama. La sangre corría por mi garganta, como cosquillas en los dedos. Tenía tanto miedo que podía sentir el metal en mi lengua.

—No sé de qué estás hablando.

—Eres el súcubo de mi íncubo, *ma petite*. Te alimentas como un vampiro se alimenta, pero con sexo en lugar de sangre.

—Ya lo sé —dije, y sonaba enfadada, porque no quería sonar aterrada.

—Dices que lo sabes, pero sabes que aquí, —y tocó su frente—, no está aquí, —y tocó su corazón—. Realmente no crees que seas un vampiro.

—No soy un vampiro.

—No en el sentido tradicional, non, pero sólo porque tienes a Damian y a Nathaniel en que apoyarte. Sin ellos para extraer energía, cuando no alimentabas el *ardeur* en el momento oportuno, tu propio cuerpo se sentiría débil.

—Estuviste durante años sin alimentar al *ardeur* de verdad. El viejo maestro de St.

Louis no te permitía alimentar el *ardeur*, no del todo.

—*Oui*, Nikolaos temía en que me convertiría si permitía dar rienda suelta a mis poderes. El Maestro de la Ciudad que me cambió a ella me temía también. Me envió a Nikolaos porque sabía que su cuerpo de niña no sería algo que estaría dispuesto a seducir.

—Parecía tener unos doce o trece años, eso es legal en algunos lugares.

Sacudió la cabeza.

—No es para mí —dijo, y se estremeció—. Tú la conociste, *ma petite*, ¿Me crees capaz de hacer algo así apropósito para llamar su atención de esa manera?

Negué con la cabeza.

—No, era espeluznante como el infierno, y no de una manera divertida.

Asintió con la cabeza.

—*Oui*, espeluznante es una buena denominación, aunque hay otras palabras. —Sacudió la cabeza, como si quisiera limpiar su mente de esos pensamientos—. Si hubiera sido una mujer distinta, una con más deseos casuales, entonces su súcubo con mi íncubo no sería una dificultad. Tú simplemente te alimentas de quien deseas. Eres humana, por lo que el uso del engaño vampiro no es ilegal.

—No es cierto —dije—, es ilegal el uso de la capacidad mágica o psíquica para inducir o hechizar, para realizar actos sexuales. Esto se ve como una droga para poder violar.

Asintió con la cabeza.

—No me había dado cuenta de que la ley había sido ampliada para incluir eso.

Se encogí de hombros.

—Me mantengo al tanto de las nuevas leyes, es parte de mi trabajo.

Asintió de nuevo.

—Pero aún así, *ma petite*, hay muchos que vienen con entusiasmo hacia ella. No sería por la falta de alimentos, si estaban dispuestos a alimentarse de los extraños.

Fruncí el ceño.

Me dio una pequeña sonrisa.

—No frunzas el ceño así, *ma petite*, sé que no lo haces normalmente. De hecho, eres la persona menos normal que haya conocido. Tan seria, como eres, tan desesperadamente seria sobre todo.

—¿Es una queja? —pregunté.

—No, pero es la verdad.

Asentí, y puse una mano a la garganta para tratar de detener la sangre y que esta no manchara la bata de seda.

—Búscame una gasa, por favor, o esto tendrá que ir a la tintorería.

Remus entregó el sobre de gasas sin decir una palabra. Traté de detener la sangre, pero mi pulso estaba empujando. No era capaz de calmarme a mí misma lo suficiente para frenar mis impulsos. Tanto para la práctica de la meditación que había estado trabajando.

—¿Cuál es tu punto? —pregunté.

—Eso necesita alimentos que conozcas, y te sientas cómoda con ello. Un *pomme de sang* nunca es el único alimento de un vampiro. Es más como la comida que siempre sabes que está a mano. Pero se supone que el vampiro se alimenta de muchos seres humanos.

—¿De forma casual, quieres decir?

—*Oui*.

—No puedo hacerlo casual, lo siento.

—Es cierto, y por eso los candidatos a *pomme de sang* son aún más importantes para ti que para un vampiro normal.

—No te entiendo —dije.

—Debes escoger pommes de sang, y otras fuentes de alimento. Debes elegir alimentos suficientes que no sean un peligro para los demás.

—Estás balbuceando.

Él vino alrededor de la cama para tocarme, pero me mudé fuera de su alcance.

—Si hechizo a Requiem de nuevo, entonces no podrás buscar a un *pomme de sang* entre nuestros visitantes. La comida tendrá que ser elegida con más cuidado, y en silencio, detrás del escenario, de los muy pocos maestros en los que confío. Sin embargo, sería mejor hacerlo ahora, mientras tenemos tantas princesas dispuestas para nuestro príncipe azul. Esperando a que elijas, *ma petite*, debes elegir.

—Pensé que la elección de *pomme de sang* era un truco para hacer que todos se comportasen. Nadie quiere enfadar a sus futuros suegros y ese tipo de cosas.

—Anita, —mi nombre, no era bueno—, tenemos que saber lo peligrosa que eres, antes de que Augustine se despierte. Si puedes alimentarte de Requiem, y sin hechizarle, entonces te puedes liberar de Augustine. Pero si Requiem no es libre, entonces, Augustine, será como los seres humanos que dejamos ir, pero sabemos que podemos llamarlos a nosotros en cualquier momento. Quitamos el hechizo de la mente para complacer a los policías humanos, pero sabemos que son tan profundamente nuestros, que todavía podemos susurrar a través de sus sueños. Todavía podemos llamarlos. —Se puso de pie a los pies de la cama, haciéndome ver lo asustado que estaba, pero en virtud de que en el miedo había algo de entusiasmo—. Si podemos controlar esto, entonces somos poderosos más allá de mis sueños más salvajes. Si no podemos controlar esto, entonces somos peligrosos más allá de mis miedos más profundos. Si Requiem cae en el *ardeur* otra vez, entonces tenemos que cancelar todo. No me atrevo incluso a ir a ver el ballet entre tanta gente.

—¿Y si Requiem está bien?

—Entonces, es controlable, increíblemente poderoso, pero controlable.

Es algo que nuestros enemigos y aliados temerán y desearan después, pero no nos van a temer demasiado, o tendrán la lujuria en demasía. Es la diferencia entre tener un arma que se puede usar, y una que nunca te atreves a usar.

—Al igual que las bombas nucleares —dije.

Asintió con la cabeza.

—*Oui*.

Fruncí el ceño.

—Define «comida del *ardeur*»

Hizo un sonido que era mitad chasquido y mitad sonido de garganta.

—Alimentos, los alimentos, *ma petite*. No es feo. Aliméntate esta noche de él, completamente, sin sabor, sin el tropiezo. Aliméntate, y si lo puede soportar, entonces, va al ballet esta noche y a la fiesta después.

Miré hacia atrás a Requiem. Trataba de poner una mirada neutral, y no lo logró.

—Déjame probar si lo entiendo: ¿quieres que haga el amor con otro hombre, y que alimente el *ardeur* con el?

—Sí —dijo.

Si Ronnie hubiera estado, se habría suicidado, o tal vez me disparara. No pensaba en mantener a Requiem. Esto se suponía que era como una aventura de una noche.

Pero no lo creía. Nunca había tenido relaciones sexuales con alguien sólo una vez.

—No puedo tener a otro hombre permanente en mi vida, Jean-Claude no puedo.

—Piensa en él cómo piensas con Jason. ¿Qué se llamó a sí mismo, tu jodido compañero?

Le levanté las cejas, luego me volví y miré a Requiem.

—¿Has oído eso?

—Lo hice.

—¿Entiendes lo que significa el término?

—Eso significa alguien que es tu amigo, con el que a veces tienen relaciones sexuales, pero no es una relación. Aunque prefiero el termino mentirilla para eso.

—¿Mentirilla? —Lo hice una pregunta.

—Amigos en la cama, mentirilla.

—Más bonita —dije—. Muy bien, ¿estás bien con sólo ser mi amigo en

la cama?

—Tu corazón habla a los demás, Anita, eso lo sé. Mi corazón no habla con nadie más. Pero esto no es una cuestión de corazón, sino una cuestión de carne y hueso. —Me tendió la mano—. Ven a mí, Anita, por favor. Me han despojado de mis cadenas de seda para esta oportunidad de estar contigo, no me rechaces.

Tal vez fue la manera en la que Requiem hablaba, todo poesía y el sonido tan emocional. Era una chica moderna, no estaba acostumbrada a eso. Jean-Claude podía hablar bastante cuando quería, pero era mi cariño, y el oído de alguien que se suponía que era casual simplemente para no anular el derecho. Era como si las palabras no coincidieran con la situación. ¿Cómo puedes hablar sobre las cadenas de seda si no son serias? Mierda, entre amigos no dices esas cosas, ¿verdad? Por supuesto, mi experiencia con todo el concepto de jodidos amigos ha sido bastante limitado, por lo que tal vez simplemente estaba equivocada. Equivocada en muchas cosas.

Me quedé mirando a Requiem, y no sentí nada. Era bonito, pero bonito no había sido suficiente para mí. Estaba casi completamente feliz en algunas partes de mi vida personal, por primera vez en mucho tiempo. No quería fastidiarlo, y había aprendido que cada nueva incorporación tenía la oportunidad de hacer saltar todo por las nubes.

Requiem dejó caer su brazo.

—Simplemente no lo quieres hacer conmigo, ¿verdad?

Parecía triste y más perdido que cuando le había enrollado.

No sé lo que habría dicho, porque la abertura de la puerta me salvó. Asher se deslizó por ella, como si sus pies no llegaran a tocar el suelo debajo de la bata de satén dorado. Tenía el pelo hacia fuera alrededor de la bata, sin tapar sus cicatrices. Miró a la cama y dedicó una amplia sonrisa.

—Oh, bueno, estoy a tiempo para mirar.

Le lance una mirada hostil.

Se encogió de hombros y sonrió, demasiado satisfecho de sí mismo.

—Elinore me ha dicho lo que estaba ocurriendo aquí. Cuando me desperté temprano, me di cuenta de que si estaba despierto también lo estaba Meg Die.

Eso nos dejó a todos de una pieza mirándole. Remus en realidad se apartó de la pared como si fuese a correr.

Asher le devolvió el saludo.

—Ella todavía está en el ataúd, aunque no quiere salir.

Accedió a comportarse correctamente.

—Juró que me iba a matar, o me marcaría de tal manera que Anita no me querría —dijo Requiem.

Asher fue a Jean-Claude donde todavía estaba junto a la cama. Abrazó al otro por detrás, apoyando la cabeza sobre el hombro de Jean-Claude, de modo que su mejilla marcada estaba desnuda a la luz.

—Sí, estaba allí cuando hizo esa amenaza en particular. Ella me miró, y dijo que había olvidado que a Anita le gustaban las cicatrices. —Su rostro intentó vaciarse cuando lo dijo, pero fracasó. Un relámpago de ira brilló en la palidez de sus ojos, haciéndoles parpadear durante un segundo como helados zafiros atrapados en la luz.

Jean-Claude abrazó el brazo que reposaba sobre su pecho. Apoyó la cara contra la parte superior del cabello de Asher, y dijo:

—¿Qué razón te dio Meg Die?

—Ella dijo, para semejante poder que sintió cuando lo hicisteis con Augustine.

Siempre hay otro amante, pero este tipo de poder es raro.

Miré a los dos de pie, la luz y la oscuridad, entrelazados. Me di cuenta en ese momento que nunca había visto entrar en una sala a Asher y simplemente ir a Jean-Claude y tocarle así. Nunca había visto un abrazo, y algo más. Ellos se tocaban, pero rara vez era deliberado.

¿Se tocaban así cuando no estaba ahí? ¿Hacían más? ¿Acaso importaba? Tal vez.

Pero ¿me molesta más que fuesen amantes, o que lo estuvieran haciendo a mis espaldas? Hacerlo sin mí definitivamente.

Jean-Claude se apartó de él. Asher le siguió un momento y luego lo dejó ir con un destello de fastidio en su rostro, pero no se resistió a quedarse más cerca. Se limitó a dejar que Jean-Claude se moviera un poco más cerca de la cama, y de mí.

Quería decir, no tienes que ocultarlo, pero no estaba segura de eso. No estaba segura de cómo me sentiría verlos actuar todo acaramelados uno alrededor del otro. Pero la idea de que no se podían tocar delante de mí me molestaba también.

Suspiré y bajé la cabeza. Dios, estaba confundida, incluso en mi propia cabeza sin ayuda de nadie.

Sentí el movimiento de la cama, y miré hacia arriba para encontrar a Requiem saliendo de la cama. Se levantó con cuidado, por lo herido que

estaba, pero permaneció de pie, su pálida espalda sin tocar directamente como la mayoría de los vampiros antiguos. Venían de un tiempo cuando una buena postura era golpeada en ti, a veces literalmente.

—¿A dónde vas? —pregunté.

Giró todo su cuerpo, y no sólo la cabeza, como si supiera que dolería hacerlo de otra manera.

—Veo cómo miras a Asher y a Jean Claude. Dices que no me quieres, y no lo niegas. Es evidente en tu cara, en tu falta de reacción por mí. La ironía es un corte profundo, Anita. Muchas mujeres me han querido durante siglos, pero yo no las quería. Ahora es mi turno para sentirme despechado.

—*Non* —dijo Jean-Claude—, no te vas.

Requiem hizo un gesto con la mano buena.

—Mira su cara, saborea la falta de pulso. Su cuerpo no responde hacia mí. Ni siquiera me ve de esa manera.

—Anita te ve, o no habrías alimentado el *ardeur* dos veces para ella —dijo Asher.

Caminó al rededor de Jean-Claude, para subirse a la cama conmigo. Había una mirada en su cara que no había visto antes. Estaba ansioso, casi enfadado, pero no infeliz.

Tocó mi cara, y su mano estaba fría al tacto. No se había alimentado.

—Me desperté antes del mediodía por primera vez desde que morí. —Se inclinó hacia mí, como si quisiera un beso—. Tanto es el poder que corre por mis venas, incluso sin sangre. Me siento muy bien. —Se detuvo con la boca justo por encima de la mía, tan cerca que parecía mal, no para cerrar la distancia y besar. Así que lo hice.

Quería que fuera un beso de buenos días. Bueno, pero no demasiado sexual. Pero se necesitan dos personas para mantener un casto beso y Asher no se sentía en lo más mínimo casto.

Exploró la boca con los labios y la lengua. Me fundí en ese beso. Bailé mi lengua sobre los puntos delicados de sus colmillos, deslizándola entre ellos, más profundo en su boca. Él nos juntó, las manos urgentes sobre mi cuerpo. Una mano desabrochó el cinturón de mi bata. Los frentes de nuestros cuerpos desnudos, de repente se tocaron. Ni siquiera sabía cuando se había deshecho de su bata, sólo la desnuda presión de nuestros cuerpos llevó mis manos debajo de su bata abierta deslizándolas por la suave piel de su espalda y las nalgas. Cuando ahuequé la suavidad de su apretado culo, se echó hacia atrás lo suficiente como para ver mi rostro. Lo que vio allí

dibujó una mirada feroz a través de su cara. Su voz sonó dura y sin aliento.

—Quiero que me des de comer.

Solo dije:

—Sí.

Envolvió la mano en mi pelo, lo suficiente para lograr hacerme daño, sólo un poco.

Ese poco de daño me hizo gritar de asombro, pero no era sólo dolor. Era la sensación de que con ese tirón podía exponer mi cuello y mi pecho, mientras le daba de comer. Nunca lo habría admitido en voz alta, pero había algo en un poco de fuerza que solo lo hacía por mí. Asher hincó su mano más profundamente en mi pelo, tiró, sacándome un grito. No era exactamente un grito de dolor.

Su mano libre tomó mis muñecas y las colocó detrás de mi espalda, mientras mi bata resbalaba por mis hombros. Estiró la cabeza hacia el lado de modo que ya no podía ver su rostro. Nos vi reflejados en el espejo de cuerpo entero en el otro lado de la habitación. Mi bata había caído como un marco oscuro alrededor de la palidez de mi cuerpo. El manto cubría nuestras manos, y no mucho más. El verme en el espejo con las manos atadas me hizo luchar para ser libre, y Asher apretó, formando unos pequeños moretones en las muñecas, lo suficiente para hacerme saber que no podía escapar. Confiaba en él. Confiaba en él lo suficiente como para dejar que me atrapara.

Sentí un movimiento en el espejo, y vi a Jean-Claude reflejado allí. Su bata estaba ajustada en su lugar, pero sus ojos brillaban con el fuego azul de la medianoche.

—La audiencia es un poco grande para *ma petite*.

—Ella no está protestando —dijo Asher.

—Y ¿no resulta extraño? —preguntó Jean-Claude.

Asher parecía tener problemas para pensar, y finalmente dijo:

—No lo sé. Parece que no puedo pensar con ella aquí en mis brazos. —Miró a la habitación—. Con sus presencias parece que sea más difícil pensar.

—¿Los guardias, o solo algunos? —preguntó Jean-Claude.

—Remus, —y miró a la esquina de la sala—, y el nuevo.

—¿Y qué hay de Pepito? ¿Le sentiste como una fuerza?

El cuerpo de Asher empezó a relajarse contra mí. No quería eso. Le quería para alimentarse. Le necesitaba para alimentarse.

—No te detengas —dije—, por favor, no pares.

Asher me miró con los ojos brillantes. Parecía estar buscando en mi rostro alguna señal.

—¿Quieres que te tome aquí con los guardias vigilando?

Por supuesto que sí.

—Sí —dije—, sí, Dios, sí.

Miró a Jean-Claude.

—Algo está mal.

—Mal, y bien —dijo Jean-Claude. Llegó a la orilla de la cama—. La poseíste por completo. Puedes hacer lo que quieras con ella, pero cuando se recupere, entonces nunca te perdonará.

Asher se volvió hacia mí. Lo que vio allí lo tranquilizó, arrancó la luz de sus ojos.

—Anita, ¿estás ahí?

La pregunta no tenía sentido al principio, luego dije:

—Estoy aquí, Asher, aquí mismo. —Una parte de mí que me oyó decirlo, pensó que había oído esa frase antes.

Cerré los ojos, traté de no mirar la cara de Asher. Me ayudó mirar hacia otro lado.

Sabía dónde había oído las palabras ahora: Requiem. Estaba haciendo eco de Requiem cuando me nubló la mente. Asher me había lanzado antes, pero no así, nunca así.

Recordar a Requiem me ayudó a pensar, pero cerrando los ojos me ayudó más.

Era un pez demasiado grande para que la mirada de Asher me mantuviera, pero mirando a sus ojos me perdí, yo misma. Había mirado a los ojos de Augustine y no fui barrida lejos, así que ¿cómo la mirada de Asher me afectaba más que la de un Vampiro Maestro de más de mil años de antigüedad y Maestro de la Ciudad?

Se suponía que debía ser inmune a la mirada de un vampiro. Mi nigromancia y las marcas de Jean-Claude deberían haberme mantenido a salvo.

Asher soltó las muñecas. Sentí que se movía detrás de mí. Abrí los ojos y busqué mi bata, colocándola de nuevo a mí alrededor.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Jean-Claude habló desde el lado de la cama.

—¿Eres tú misma, *ma petite*?

—Creo que sí. —Mire la cara de Asher, pero se dio la vuelta, el derrame de cabellos de oro escondió su rostro—. Mírame, Asher.

—No era mi intención capturarte con mi mirada. Ni siquiera sabía que mi mirada pudiera capturarte.

—Nunca habías sido capaz antes —dije. Miré a Jean-Claude—. ¿Qué está pasando?

Estaba hechizada como Requiem antes de que le liberara.

—*Non*, has sido capaz de luchar por la libertad, una vez te diste cuenta de lo que había sucedido.

—Sí, pero ¿por qué ocurrió en primer lugar? ¿Qué ha pasado, y por qué? Y, no evites la pregunta de nuevo, Jean-Claude, lo digo en serio.

Hizo un gesto que era mitad de encogimiento de hombros y mitad disculpa.

—No es lo bastante bueno. Sabes lo que está pasando.

—Sé lo que creo que ha sucedido.

—Muy bien, dínoslo. —Salí de la cama para que pudiera colocarme la bata mejor.

—Todo nuestro pueblo se benefició de lo que hicimos con Augustine. Asher ha sido un vampiro maestro durante mucho tiempo, pero nunca ha tenido muchas de las características y poderes que se dan por sentadas en uno de nosotros.

—Su mirada se ha saltado unos pocos puntos, me queda claro —dije.

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—Ahora, *ma petite*, es más que eso. ¿Cuál es la mayor capacidad vampírica de Asher?

Lo pensé durante un segundo o dos y luego dije:

—Su mordedura es orgásmica.

Jean-Claude dio una pequeña sonrisa.

—Esa puede ser para ti, *ma petite*, pero no es su más poderosa.

Pensé más fuerte.

—Fascinación. Hace que te sientas fascinado por él, una vez que se ha alimentado de ti con todo el poder. Una vez que ha hecho el amor contigo, es como una especie de hechizo de amor, pero funciona de la manera en que dichos hechizos nunca funcionaran.

—Creo que su capacidad de fascinar ha crecido en el poder.

Eché un vistazo a Asher, que seguía sentado en el lado de la cama, pero con cuidado sin mirarme. Negué con la cabeza y me acerqué más a él.

—Mírame, Asher, por favor.

—¿Por qué? —preguntó, en voz muy tranquila, con cuidado sin mirarme.

—Tengo que saber si tu mirada me puede nublar el sentido, o si sucedió porque no me pude proteger contra ti.

Casi me miró entonces, pero me dio sólo la perfección de su perfil y una ola de pelo reluciente.

—¿Qué quieres decir con que no te proteges de mí?

—Confío en ti, así que no me escudo de ti. Quiero combinar tu energía con la mía.

No quiero luchar contra ella. Pero antes era una elección. Ahora tengo que ver si sigue siendo una opción, o si me has superado.

—Dale el peso de tu mirada, *mon ami*, vamos a ver.

Asher se volvió, se notaba la resistencia en la forma en que ocupó su cuerpo. Me dio un rostro tan blanco e ilegible como nunca lo había visto. Había perfeccionado el arte de mirar la cara de un vampiro sin cumplir con su mirada hace años. Estaba un poco fuera de práctica, creciendo la arrogancia con el poder, pero las viejas habilidades nunca realmente te abandonan.

Estudié la curva de sus labios, levanté los ojos lentamente para encontrarme con los suyos. Eran tan hermosos como siempre, de un azul pálido. Un puro, azul claro, pero pálido como el amanecer del invierno. Me miró a los ojos y no sentí nada.

—Esto no funcionará a menos que trates de capturarme con la mirada.

—No quiero hacerlo —dijo en voz baja.

—Mentiroso —dije.

Se las arregló para parecer ofendido entonces.

—No seas niño, Asher, te gustan demasiado los juegos de poder. Te encanta el efecto que tienes en mí. Te encanta lo que me puedes hacer y que Jean-Claude no puede. Adoro el hecho de que eres el único vampiro que me puede hechizar.

Su rostro fue de la neutralidad al frío.

—Nunca te he dicho estas cosas.

—Tu cuerpo lo dice por ti.

Se lamió los labios entonces, un gesto que a pesar de la edad lo hacia cuando estaba nervioso.

—¿Qué quieres de mí, Anita?

—La verdad.

Sacudió la cabeza y pareció solemne.

—Preguntas mucho por la verdad, pero rara vez es lo que realmente quieres.

Me hubiera gustado discutir eso, pero no podía, no y ser honesta.

—Tienes razón, probablemente más de lo que quiero saber, pero en este momento, trata de capturarme con la mirada. Realmente inténtalo, así sabremos qué tan cuidadosa tengo que ser al estar cerca de ti.

—No quiero que tengas que tener cuidado a mi alrededor.

Negué con la cabeza.

—Por favor, Asher, necesitamos saberlo.

—¿Por qué, para que te escondas de mí? ¿Para que me puedas negar la mirada de tus propios ojos?

—Por favor, Asher, hazlo, simplemente inténtalo.

—Te lo pediré como a un amigo —dijo Jean-Claude—, pero la siguiente solicitud será como maestro. Haz lo que ella pide. —Su voz sonaba muy triste. Tan triste que me hizo mirarle. Sentí como si me estaba perdiendo algo.

Antes solo habría ignorado la advertencia en mi cabeza, pero he aprendido a hacer preguntas.

—¿Hay algo malo en lo que estoy preguntando? Quiero decir, los dos estáis demasiado preocupados por esto. ¿Me estoy perdiendo algo que va a volver y nos va a morder en el culo?

Jean-Claude sonrió, casi se echó a reír.

—Ah, *ma petite*, ¡Qué frase tan delicada!

—Sí, sí, sólo responde a la pregunta.

—Nos tememos cual será tu reacción si, de hecho, Asher puede capturarte con su mirada.

Miré de uno a otro. La cara de Jean-Claude mostraba cautela y simpatía. La de Asher inexpresividad arrogante. Vi a Requiem contra la pared del fondo más allá de ellos.

Su rostro estaba tan pálido como el de ellos, pero no era agradable, como el de Jean-Claude o arrogante como el de Asher; él simplemente trató de no mostrar nada. La parte superior de su cuerpo, estaba decorada aún con las heridas que Meng Die le había hecho. Por primera vez me pregunté: si alimentara el *ardeur* con él, ¿podría curarle las heridas? Había sanado antes con el sexo metafísico.

Fruncí el ceño y me volví a Jean-Claude.

—Tenías más de una razón para que alimentara el *ardeur* con Requiem, ¿no es así?

—No vas a hacerlo, así que ¿qué importa? —Había un ligero toque de ira en sus palabras.

Me volví hacia él. La máscara agradable había desaparecido y en su lugar había algo cercano a la arrogancia tras la que se escondía Asher.

—Sé que soy difícil, pero vamos a fingir que no lo soy. Pretendamos que no soy un gran dolor en el culo.

Solo dímelo. Dime tus razones.

—¿Mis razones sobre qué *ma petite*?

Caminé hacia él, hablando mientras me movía.

—Todas las razones por las que tengo que alimentarme de Requiem ahora. Todas las razones de por qué estás tan nervioso, porque Asher pueda atraparme con su mirada. —Estaba delante de él ahora, y me di cuenta de que debió de haberse movido alejándose de la cama en algún momento, y no recordaba que se hubiera movido. Había estado demasiado atrapada en los ojos de Asher—. Sólo dímelo. Prometo no entrar en pánico.

Prometo no huir. Solo habla conmigo, como si fuera un ser humano razonable.

Me dio una mirada, y fue una mirada elocuente. Pude ver como sus pensamientos iban transformando su cara, pero finalmente dijo:

—Asher está en lo cierto, *ma petite*, quieres la verdad, pero a menudo nos castigas por decírtela.

Asentí.

—Lo sé y lo siento. Lo único que sé, es que voy a tratar de dejar de ser un dolor en el culo. Trataré de escuchar y no reaccionar de forma exagerada.

—Buenas intenciones, *ma petite*, pero ya conoces el viejo dicho.

Asentí, de nuevo.

—Sí, el camino al infierno está pavimentado con ellos, lo sé. —Le toqué el brazo que tenía doblado sobre el pecho. Incluso su lenguaje corporal estaba cerrado—. Por favor, Jean-Claude, me siento como si no tuviéramos tiempo para jugar con mis inseguridades. Si nos estrellamos este fin de semana, con todos los otros maestros aquí, no quiero que sea porque tenías miedo de ser honesto conmigo. No quiero que el desastre sea por mi culpa. ¿De acuerdo?

Descruzó sus brazos, y me tocó la cara.

—Tan sincera, *ma petite*. ¿Qué te ha pasado?

Pensé en eso, entonces lo dije, en voz alta.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

Puse mi mano sobre la suya, presionando su toque contra mi cara.

—De fallarnos a todos nosotros, sólo porque no quise saber la verdad.

—*Ma petite*, eso no es así, al menos no completamente.

Aparté la vista de esos ojos suyos tan repentinamente astutos.

—Creo que es cosa del bebé. —Me obligué a mirarlo a los ojos. La dulzura que encontré en ellos lo hacía más fácil y más duro a la vez—. Si realmente vamos a hacer esto, quedarnos con el bebé, entonces tenemos que trabajar en esto. Tenemos que hacer que todo funcione. No puedo permitirme el lujo de ser un dolor en el culo, si eso va a ponernos en peligro.

—Lo has sabido sólo hace unas horas, y de repente estás más dispuesta a comprometerte. —Me miró, pensativo, serio, cariñoso, todo mezclado—. Me hablaron de los cambios en las mujeres embarazadas, pero… ¿tan rápido como éste?

—Tal vez sólo necesitaba despertar.

—¿Despertar de qué *ma petite*?

—Le sigo diciendo a Richard que he aceptado mi vida, pero él tiene razón, todavía me estoy escondiendo de partes de ella, de vosotros, —y miré a Asher entonces—, andan de puntillas a mi alrededor, por miedo a lo que vaya a hacer, ¿no? —Me volví hacia Jean-Claude—. ¿No es así?

—Tú nos has enseñado a ser prudentes, *ma petite*. —Él trató de abrazarme, pero me aparté.

—No me consueles, Jean-Claude, habla conmigo.

Suspiró.

—¿Te das cuenta, *ma petite*, que estas exigencias de completa honestidad que pides una y otra vez, son otra forma de convertirte en un dolor en el culo?

Tuve que sonreír.

—No, no me había dado cuenta de eso. Pensé que esto era ser razonable.

—No, *ma petite*, esto no es, estar siendo razonable. Esta es otra forma de ser exigente.

—Bueno, infiernos, entonces dime que hacer, porque no sé hacerlo mejor.

—Tú eres un asunto de alto riesgo, como dicen, *ma petite*. Pero lo sabía desde antes de que nos convirtiéramos en una pareja.

—¿Me estás diciendo, que sabías en lo que te estabas metiendo?

Él asintió.

—Tanto como cualquier hombre puede saberlo, cuando decide amar a una mujer. Siempre hay misterios y sorpresas en cada historia de amor. Pero, sí, tuve una idea de en lo que me estaba metiendo. Lo hice con gusto, con entusiasmo.

—Las dificultades fueron compensadas ¿por qué, por el poder que podías ganar?

Me frunció el ceño.

—Mírate, ya te estás enfadada. No quieres la verdad, *ma petite*.

No quieres mentiras tampoco. Nos dejas a todos sin ninguna pista sobre lo que nos llevará con seguridad a través de tus bancos rocosos.

—Nunca antes te había oído usar una metáfora que tuviera que ver con el mar.

—Tal vez, el ver a Samuel me recordó mi viaje a esta hermosa tierra.

—Tal vez —dije, e incluso a mí me sonaba sospechoso.

Asher hizo un sonido bajo con la garganta.

—Buscas una razón para estar enfadada, así nos puedes culpar y correr.

—Al igual que Richard estaba intentando antes comenzar una pelea —dije.

Asher asintió.

Pensé en eso por un segundo o dos.

—No es que Richard y yo seamos muy diferentes, somos muy parecidos.

Jean-Claude me dirigió una mirada, como si hubiera llegado finalmente a algo que había entendido hacía mucho tiempo.

—Demasiado parecidos en muchos aspectos, pero tú te has comprometido más, y vuestros caracteres tan similares le hacen a él, seguir tratando de forzarte a tomar las mismas decisiones que él ha tomado. Ve el eco de sí mismo en ti, y entiende menos aún, el por que tú no ves su rectitud en todas las cosas que hace.

—Y es quizá, por eso que me frustra, tanto. Es demasiado parecido a mí, ¿por qué no puede entender las decisiones que he tomado?

—*Oui, ma petite*, creo que es parte de su inmensa ira hacia los demás.

—Tienes razón, estoy tratando de hacer de él algo que no es, y él está tratando de hacer lo mismo por mí. Mierda.

—¿Qué, *ma petite*?

—Odio ser tan lenta con algo que se siente tan obvio.

—Sólo es obvio, una vez que hayas pensado en ello —dijo.

—No estoy segura de que tenga sentido, pero vale, está bien. No estoy diciendo que me vaya a gustar lo que oiga, pero dime, ¿por qué estás tan preocupado en que Asher use su mirada conmigo?

—Yo responderé a esta —dijo Asher. Él vino a mí, su bata todavía abierta sobre su cuerpo. Mantener el contacto visual y no bajar mi mirada por su cuerpo, tomó más de mi concentración de lo que jamás admitiría en voz alta—. Si puedo capturarte con la mirada, los dos tenemos miedo de que me exilies de tu cama. Tu cama, y la de Jean-Claude.

—No estoy a cargo de la cama de Jean-Claude. Tú y él dormís juntos en tu cama cuando yo duermo durante el día en la suya.

Los dos hombres intercambiaron una mirada que no supe como interpretar. Toqué el brazo de Asher, atrayendo de nuevo su atención a mí.

—¿Qué es?

Me miró, con todo ese pelo dorado delante para cubrir el lado de las cicatrices de su rostro. No solía esconderse de mí.

—¿Qué piensas que hacemos Jean-Claude y yo en mi cama, cuando tu estás durmiendo en esta?

Fruncí el ceño, y luego no pude mantener mi mirada en la suya, la cual era demasiado franca. Lo que los poderes vampiros no consiguieron que hiciera, apartar mi mirada, la vergüenza lo hizo.

—Tienes razón, no quiero honestidad, solo creía que la quería.

—Te has ruborizado —dijo Asher, y se echó a reír encantado—. Crees que somos amantes, ¿no?

Me avergoncé tanto que me sentí mareada, y me pareció como si se estuvieran burlando de mí. Así que me enfadé. Crucé los brazos sobre el estómago, y le dije:

—Sí.

Asher miró a Jean-Claude.

—Ella cree, lo que la mayoría cree de nosotros.

Finalmente miré a Jean-Claude. Su cara estaba vacía. Tuve que lamer mis labios de pronto resecos, para decir:

—¿Estás diciendo que no lo estáis haciendo, cuando no estoy cerca?

—Todo el toque que se me permite, es cuando tú estás con nosotros —dijo Asher, y le llegó su turno de sonar enfadado. Pero en su ira había una calidez, que llenaba su voz.

Mantuve mi mirada fija en Jean-Claude.

—¿No nos crees? —preguntó Jean-Claude.

—No es eso, es… —Traté de ponerlo en palabras. Finalmente, dije—: ¿Cómo puedes estar tan cerca de él y dejarlo fuera?

—Gracias por eso —dijo Asher.

—¿Y qué habrías hecho tú, *ma petite*, si nos hubieras encontrado abrazados?

—Yo… no lo sé. Supongo que todo depende de lo que se entienda por abrazados.

—Sexo, *ma petite*, sexo.

Abrí la boca, la cerré, y no supe que decir.

—No lo sé.

—Yo sí. Te habrías alejado. Habrías abandonado mi cama, dañado nuestra base de poder, el triunvirato. Es posible que hubieras corrido hacia nuestro ultra-conservador Richard, o quizá, nos hubieras dejado de nuevo a los dos. El shock te habría pillado tan desprevenida, que no hubieras sido capaz de concebir todo eso.

—Quizá, pero no flipé con lo de Augustine y tú.

—Estuviste implicada. Lo compartimos. Si hubieras llegado y nos hubieras encontrado a los dos solos, te lo habrías tomado de otra manera.

—Bueno, sí, en primer lugar, él era un desconocido.

—Espera —dijo Asher—, ¿estás diciendo que compartirías a Jean-Claude conmigo?

—Ahora nos compartimos unos a otros.

Él sacudió su cabeza.

—Te compartimos a ti, Anita, apenas nos tocamos el uno al otro.

—No hagas esto esta noche, Asher. Te lo pido como amigo, y como tu maestro.

Cuando nuestros invitados se hayan ido, entonces seguiremos esta discusión.

—¿Me das tu palabra? —dijo Asher.

—Mi palabra.

Asentí.

—Cuando no estemos con el culo sumergido entre caimanes, y haya tenido unos días para digerir la noticia.

—¿Es nuevo para ti, que lo quiero como mi amante? —preguntó Asher.

Negué con la cabeza.

—La verdad, es que pensé que vosotros lo estabais haciendo como conejos a mis espaldas. Ya sabes, solo la política de, no preguntes, no hables.

Nunca se me ocurrió que sólo os tocabais cuando estabais conmigo.

—Pensé que lo verías como hacer trampa —dijo Jean-Claude.

—Con otra mujer, sí, pero no tengo el mismo equipo. Me refiero a lo que los chicos pueden hacer por ti, yo no tengo esas partes. Pero no era con los chicos, con quien pensé que te estaba compartiendo, era con Asher. Él no es solo uno de nuestros chicos.

—¿Estás diciendo que Asher es tu excepción a la regla?

—No estoy segura de que tuviera reglas, pero no voy a compartirte a la ligera con nadie, más de lo que me esperaría que tú me compartieras. Pero supuse que tú y Asher erais amantes, sin mí. —Esa era la verdad.

—¿Por qué lo suponías?

Señalé a Asher.

—Míralo. Fíjate en la forma en que te mira.

Asher se echó a reír.

—¿Estás diciendo que soy tan adorable, que nadie podría rechazarme?

Asentí.

—Sí, lo hago.

Su rostro se suavizó, y vino para ponerse a mi lado.

—Oh, Anita, haces que mi corazón se sienta joven otra vez.

Tomé su mano en la mía.

—Y a veces tú me haces sentir como un bebé.

—¿*Pourquoi*?

—Así les podía tener a los dos en la cama, pero supuse que lo estabais haciendo a mis espaldas, para no herir mi sensibilidad. Pensé que era una solución limpia y genial. No tenía que decidir cómo me sentía acerca de vosotros dos como pareja, así todos teníamos lo que necesitábamos. En cambio, Jean-Claude ha sido muy, muy buen chico, y tú te has sentido olvidado.

—Rechazado —dijo, y dio a Jean-Claude una mirada sombría.

Le toqué la cara, la giré para que volviera a mirarme.

—Ha sido culpa mía, no suya.

Él estaba en lo cierto, Asher. Ya me conoces. Puedo ignorar a un elefante en la sala de estar, hasta que mis globos oculares estén enterrados en la mierda, pero si me haces mirar algo antes de que sea tan grande, a veces me lo tomo a mal. Si os hubiera sorprendido estando juntos, lo habría utilizado como excusa para correr lejos. Jean-Claude tiene razón en eso.

—¿Y ahora? —preguntó.

—No estoy segura. Esa es la verdad. Antes de que viera a Jean-Claude besar a Auggie anoche, antes de que nosotros lo compartiéramos, solamente habría dicho no. No sólo no, sino ¡el infierno que no! —Miré hacia abajo, no estando segura de si me sentía avergonzada, triste, o simplemente perdida—. Pero quiero que todo el mundo que amo sea feliz. Lo sé. Quiero que todos nosotros seamos felices, y parar todo esto. —Me toqué el estómago, tan bonito y plano, con todo el ejercicio—. Para dejar de pretender que somos algo que no somos. —Levanté la vista hacia él—. Nadie te preguntó cómo te sientes acerca de lo del bebé. Quiero decir, tú tienes tantas posibilidades como Jean-Claude, de ser el padre.

Él me sonrió.

—Soy un patán egoísta. —Se dejó caer de rodillas, mirándome—. Me despierto borracho de poder, y se me olvida que has pasado por mucho en las últimas horas. Perdóname.

Negué con la cabeza.

—No, he estado ignorando el problema durante demasiado tiempo.

—Estoy en la cama con dos personas que amo, no hay ningún problema. Soy más afortunado y más feliz, de lo que jamás soñé volver a ser.

—Pero…

Puso su mano contra mi boca.

—Calla. Me preguntas cómo me siento acerca de tu embarazo. ¿Cómo podría estar de cualquier otra forma, que no sea feliz con la posibilidad de que un trocito de ti, o de Jean-Claude, entre en nuestras vidas? Julianna lamentó, el que ella jamás pudiera darme un hijo. —Él dijo su nombre sin dolor, ni tristeza, por primera vez.

Besé sus dedos y moví su mano, así pude decir:

—Eres feliz con el embarazo.

—No feliz, o infeliz, pero estoy muy contento contigo en este momento. Estoy muy orgulloso de llamarte mi amante. Realmente quieres

que todos seamos felices, Anita. No tienes ni idea de lo raro que es, para dos personas que comparten una relación, que quieran realmente la felicidad del otro, pero tú haces juegos malabares con muchos corazones y buscas la felicidad para todos. Se trata de un raro don, deseo esto.

—¿Cómo podrías amar a alguien y no querer que sean felices?

Me sonrió, su pelo cayendo hacia atrás. Una sonrisa lo suficientemente amplia, como para ver un destello de sus colmillos, lo que hacía en raras ocasiones. Una sonrisa que se extendía a lo largo de las cicatrices, lo que hacía notar el grado de tensión que tenía la piel, pero era el efecto en los demás, lo que le impedía hacerlo, o el efecto que percibía en los demás. Me acordé de esa sonrisa de siglos antes de que naciera. Era la sonrisa que tenía antes de que Julianna muriera, antes de que el agua bendita fuera arrojada por su cuerpo, para tratar de sacarle el diablo. Le devolví la sonrisa, porque sentía como se aliviaba mi corazón al ver de nuevo esa sonrisa. Estaba casi segura de que el sentimiento de comodidad era de Jean-Claude y no mío, pero se sentía real.

Asher me abrazó, poniendo su cara en mi estómago. Se quedó inmóvil, como si estuviera escuchando. Le acaricié el pelo, lo que siempre era un placer, porque era suave y sedoso, no tan suave como el de Jean-Claude, pero tan suave como el mío.

El pelo que parece hilos dorados no debería ser tan suave, ¿verdad?

Hablaba bajo y suave, en francés. Entendí la palabra bebe. Bebé. Esperé estar irritada, pero lo único en lo que podía pensar mientras lo miraba susurrando a mi estómago, era lo bello que era. No sonaba como yo. Miré a través de la habitación, y me di cuenta de la cara de contenida emoción que mostraba Jean-Claude. Sabía que era él, el que pensaba que era bello, y no yo. Pero tuve que estar de acuerdo con gran parte de la emoción que sentía, Jean-Claude. Cogí su mano, mientras con la otra mano acariciaba el cabello de Asher. Jean-Claude tomó mi mano y me abrazó por detrás, presionando su cuerpo contra las manos de Asher, que rodeaban mi cintura. Tan feliz, Jean-Claude era tan feliz. Nos llenó a ambos de una calidez tan agradable, que era como estar envuelto en tu manta favorita, acurrucada contra alguien a quien amas. Me apoyé en el brazo de Jean-Claude, y me dio un suave beso en el cuello. Asher levantó la cara y nos sonrió. Su rostro parecía de alguna manera, mucho más joven, de la forma en que debió haber sido cuando estaba vivo.

La felicidad era real, tangible, entonces, el más ínfimo pedazo de pesar

se deslizó en la mente de Jean-Claude. Cogí la idea antes de que la pudiera ocultarla, que la felicidad como ésta no dura. Que la última vez que había sido tan feliz, todo había salido terriblemente mal. Hundió la cara en el hueco de mi cuello para ocultar su expresión de Asher. Le toqué la cara, le miré a los ojos y le hice saber que había escuchado su pensamiento, y que todo estaba bien. Estaba bien temer a la gran-cosa-mala que viene a buscarte, porque también creía en ella.

Cuando era más joven, quería que alguien me prometiera que las cosas saldrían bien y que nada malo podría ocurrir otra vez. Pero ahora, he comprendido que era el deseo de una niña. Nadie puede prometer eso. Nadie. Los adultos podrían intentarlo, pero eso no significa que pudieran prometerlo. Me quedé entre ellos dos, y sabía que haría lo que fuera para mantenerlos seguros, para mantenerlos felices. Por un tiempo muy largo, había estado dispuesta a matar por la gente que amaba, ahora, tenía que empezar a vivir para ellos.



VEINTIOCHO

Todo el mundo que consideraba un novio o amante fue apartado. Quería un poco de tiempo a solas. Pero realmente estar sola era demasiado peligroso. Requiem y algunos se quedaron como guardaespaldas. Me vestí en el baño, que parecía estúpido porque todo el mundo me había visto desnuda, pero necesitaba algo de privacidad.

Mientras que Jean-Claude y Asher estaban conmigo, me sentía completamente tranquila acerca del bebé, incluso feliz. Una vez que se habían ido el pánico regresaba. Uno de ellos, no estaba segura de cual, debía haber usado artimañas de vampiro en mí. O tal vez, estaba recogiendo las emociones de alguien. Caray, estaba ligada metafísicamente a hombres tan diferentes, que ni siquiera tenían que ser las emociones de Jean-Claude las que estaba recogiendo. Lo único que sabía con certeza era que no eran mías.

Me vestí con la ropa de emergencia que había empezado a tener en la

habitación de Jean-Claude. Jeans negros, camiseta negra, zapatos deportivos, correas de cuero, y ropa interior suficiente como para pasar por debajo de todo. El cinturón ayudó a mantener mi sobaquera. La estrechez familiar de la misma me hizo sentir mejor. Más segura. La seguridad tenía poco que ver con ser capaz de disparar a la gente. La mayoría de la gente hace mi vida muy difícil, la adoro, y no deseo dispararle. No, el arma era más psicológicamente más real mejor que la vida real.

Las armas solamente funcionan contra las cosas que estás dispuesto a matar. Si no estás dispuesto a matar, entonces, un arma de fuego es, en cierto modo, una falsa sensación de seguridad. Las fundas de la muñeca y los cuchillos de filo de plata, eran para mayor seguridad. A falta de un golpe al corazón, la mayoría de las personas en mi vida podría sobrevivir a un cuchillo. No me esperaba discutirlo con nadie, pero las fundas de la muñeca me ayudaron a sentirme mejor. Salí del baño vestida y armada. Mucho mejor.

He añadido otra cosa que mantengo con Jean-Claude, una cruz adicional. La saqué de la mesita de noche. Estaba fresca contra mi piel, escondida bajo la camisa.

—Soy el único monstruo en la habitación al que una cruz lo detiene, ¿Me tienes tanta desconfianza? —dijo Requiem desde la cama.

Su comentario me hizo mirar a Remus y a otro nuevo hombre hiena sentado junto a la chimenea.

—No es nada personal, Requiem, pero he recibido la visita de Belle y *Marmee Noir*. La cruz ayuda a mantenerlas a raya.

—Son terriblemente poderosas.

—Sí. —Busqué en la bolsa de un día para otro, hasta que di con mi teléfono móvil, luego me dirigí al cuarto de baño.

—Puedes hablar delante de mí, Anita. No voy a soportar cuentos.

—Le diste el juramento de sangre a Jean-Claude. Hablarás si él quiere, pero, francamente, sólo quiero un poco de intimidad. De nuevo, nada personal, Réquiem. —Suspiré, porque este tipo de mierda era una de las razones por las que había sido capaz de mantenerlo como *pomme de sang*. Estaba confundido, o al menos no ordenado, y yo no necesitaba más hombres emocionalmente confundidos en mi vida—. Mira, esto no va a funcionar entre nosotros, si te tomas todo tan condenadamente personal. Maldita sea amigo no te preocupes demasiado, está bien.

Su rostro se había cerrado a la más guapa inexpresividad.

—Está bien —dijo, y esa simple palabra vacía me hizo saber que sus sentimientos estaban heridos. Mierda, no necesitaba esto.

Cerré la puerta del baño, para utilizar mi teléfono móvil y llamar a mi ginecólogo.

Me había dado cuenta finalmente de que un pequeño pedazo de plástico no era lo suficientemente bueno. Era un noventa y nueve por ciento de precisión, para esto, quería un cien por cien. Me llevó cerca de cinco minutos convencer a la recepcionista que tenía que hablar con una enfermera o el médico. El médico, por supuesto, estaba con un paciente, pero cinco minutos en espera me conectó con una enfermera.

—¿Cuál parece ser el problema? —preguntó con una voz que era parte alegre y parte impaciente.

—¿Qué tan exactas son las pruebas de embarazo caseras? Quiero decir que sé lo que la caja dice, pero realmente, ¿qué tan buenas son?

—Muy bien, muy precisa. —Su voz se había suavizado un poco.

Tragué la suficiente saliva como para que probablemente me hubiera oído.

—Así que si uno sale positivo, entonces…

—Entonces, felicidades —dijo.

—Pero no es cien por cien, ¿verdad?

—No, pero un falso positivo es muy raro, Sra. Blake, muy raro.

—¿No hay como un examen de sangre que precisa un cien por cien?

—Hay un análisis de sangre, sí, pero por lo general los médicos confían en las pruebas caseras, también.

—Pero si quisiera programar una prueba de sangre, para estar absolutamente segura, ¿entonces podría?

—Bueno, sí.

—Hoy.

—Sra. Blake, si está preocupada, hágase una segunda prueba casera de embarazo, pero dudo que la segunda prueba le dé una respuesta diferente. Los falsos negativos, son los que comúnmente vemos, pero los falsos positivos son muy raros.

—¿Qué tan raro? —pregunté.

Oí un crujir de papel.

—¿Cuándo fue la fecha de su último período?

—Primera semana de septiembre.

—¿Tiene la fecha exacta?

—No, no la tengo. —No luché para que no sonara enfadada. ¿Quién demonios llevaba la cuenta hasta el día de su período?

—Sra. Blake, Anita, creo que tenemos que programar una visita prenatal.

—Prenatal, no, quiero decir, sí, quiero decir, ¡oh, infiernos!

—Anita, hablo con un montón de mujeres. La mayoría de ellas están felices con la noticia, pero no todas ellas. No suena como si esta fuera una buena noticia para usted.

—No fue así.

—El doctor North está por salir, voy a dejar que hable con él. —Silencio, luego los sonidos de movimiento, roce de tela, y la voz de un hombre—. Hola, Anita, ¿cómo está mi cazador de vampiros favoritos?

—No muy bien hoy —dije, y mi voz sonaba pequeña, y herida.

—Lo siento por eso. Necesitamos programarte una cita.

—No quiero estar embarazada.

Se quedó callado un momento.

—No tienes mucho tiempo, Anita, todavía tienes opciones.

—¿Quiere decir, aborto?

—Sí.

—No puedo, no a menos que haya algo mayormente mal. Quiero decir, voy a tener que hacer una prueba para el síndrome de Vlad, y el síndrome de Mowgli.

—Me imaginé lo de la prueba del síndrome de Vlad, pero sólo es necesario la prueba de Mowgli si has tenido relaciones sexuales con un cambiaformas, mientras que está en forma animal.

Puse mi frente contra las frías baldosas de mármol de la pared, y le dijo:

—Ya lo sé.

—Oh —dijo de esa manera excesivamente alegre, la forma de decirlo cuando lo que realmente quieren decir es, ¡OH MI DIOS! Se recuperó rápidamente, después de todo, era un médico—. Peggy, voy coger esta llamada en mi oficina, transfiérela, por favor. Espera un minuto, Anita, vamos a hablar en privado. —Escuché una cantidad misericordiosamente corta de Muzak, el teléfono se descolgó, y dijo—: Bueno, Anita, lo que deberás hacer es llegar lo más pronto posible. —Escuché el movimiento de papel—. Tuvimos una cancelación a las dos de la tarde.

—No sé si puedo hacerlo.

—Si esto fuera sólo una visita prenatal regular, Anita, te diría que está

bien, la semana que viene, pero si estamos haciendo pruebas para los dos síndromes, y me estás diciendo que hay una oportunidad, especialmente para el síndrome de Mowgli, entonces tenemos que hacer la prueba de sangre ahora.

Quería decir que había tenido sexo con un licántropo en forma de animal, una sola vez, pero como dicen, una vez es todo lo que se necesita.

—Doctor, he leído sobre el síndrome de Vlad. No sé mucho sobre los otros. Es decir, si realmente estoy embarazada, entonces es sólo una pequeña cantidad de células, ¿no? Quiero decir, me gustaría estar mejor de dos meses, ¿verdad? No hay ninguna posibilidad de que el bebé trate de comerse su salida hasta que sea más grande, ¿verdad? —Simplemente decir eso hizo que mi estómago se apretara. No había ninguna opción de quedarse con nada.

—Los seres humanos tienen un período de gestación muy largo para un mamífero.

Supongo que un cambiaformas, ¿está en la lista?

—Sí. ¿Eso marca una diferencia?

—Se puede. Mira, el problema con el síndrome de Mowgli es que a veces el feto crece al ritmo del animal, y no del humano.

Pasé de nuevo a través de cada clase de biología que jamás había tenido, y en ninguna parte había aprendido el período de gestación de un leopardo.

Simplemente no había sido cubierto.

—Anita, habla conmigo, Anita.

—Estoy aquí, doctor, es que… sé que si es el síndrome de Vlad tengo que abortar.

El bebé no va a vivir de todos modos, y tratará de llevarme con él. Pero como dije, no estoy tan informada sobre el otro síndrome. Es mucho más raro.

—Muy raro, de hecho, menos de diez casos reportados en este país. Si sucede lo peor y es el síndrome de Vlad, entonces tenemos tiempo para arreglarlo. Si es el síndrome de Mowgli, depende del animal. —Oí el chasquido de las teclas de la computadora—. ¿Sabes qué tipo de cambiaforma era?

—Fue sólo una vez, y sí, —dejé de defenderme, y sólo dije—… el leopardo, bien, el leopardo. —Dulce Jesús, no podía creer que estuviera teniendo esta conversación.

Oí las teclas del ordenador de nuevo.

—Leopardo es de entre noventa y ciento seis días, un promedio de alrededor de noventa y seis días.

—¿Y? —dije.

—La gestación de un ser humano es de doscientos ochenta días.

—Aún así, ¿y qué?

—De modo que: Voy a asumir que no tiene el síndrome de Mowgli, porque entonces ya lo sabría. Casi estaría por nacer.

—Está bromeando —dije.

—No —dijo él—, pero no lo tiene, obviamente. Aún podría haber una versión menos severa del síndrome de Mowgli. Si lo hace, entonces el embarazo podría impulsarse a toda marcha, y se podía pasar de estar apenas embarazada a estar listos para ponerse de parto, en cuestión de días.

—¿Es una broma?

—Estoy buscando en la literatura médica en estos momentos. Internet es una herramienta maravillosa a veces. Dos casos en este país de mujeres que tenían formas más leves del síndrome de Mowgli. A pesar de la prueba, Anita, lo único que puedo decir es que sí o no. Piense en ello como el síndrome de Down; podemos probar y saber si lo tiene, pero incluso una miocentesis no te diría la gravedad de la misma.

—El síndrome de Vlad es automáticamente un aborto, ¿qué pasa con el síndrome de Mowgli? —pregunté.

Vaciló y luego dijo, lentamente:

—No es automático, no, pero los defectos de nacimiento pueden ser muy… hum, graves.

—Nunca es bueno cuando tu médico hace sonidos nerviosos, Doctor North. ¿Qué me estoy perdiendo, que pone ese tono en su voz?

—Si tiene incluso una forma leve del síndrome de Mowgli, entonces el lunes al feto se podría hacer un ultrasonido para conocer la edad límite para el aborto en este estado. De verdad no quiero estar fuera de las opciones sobre este particular, defecto de nacimiento, Anita.

Vale, pensé.

—A las dos, ¿verdad?

—Nos vemos en St. John, llega directamente a la sala de maternidad.

Mi corazón latía con fuerza hasta en mi garganta.

—¿El pabellón de maternidad?

¿No se está adelantando un poco, doctor?

—En mi oficina, vamos a tener que enviar la sangre para la prueba. En el hospital, vamos a obtener todos los resultados de vuelta mucho más rápido. Dependiendo de los resultados del examen, si queremos verlo más de cerca, el hospital está equipado con el equipo de ultrasonidos que podamos necesitar.

—Tienes el ecógrafo en tu oficina —dije.

—Lo hacemos, pero los equipos más sensibles los tienen en el hospital. Vamos a obtener más información mucho más rápido, y la velocidad es realmente esencial aquí, Anita.

—Está bien, voy a estar allí a las dos.

—Bien.

—Por cierto su comportamiento con el enfermo hoy apesta.

Se echó a reír.

—Te conozco, Anita. Si no te asusto, encontrarías excusas para retrasar tu visita.

—¿Exageró para asustarme? —pregunté.

—No, lo siento, pero no. Te acabo de hablar más claramente de lo que normalmente le hubiera hecho con un paciente. Pero la mayoría de mis pacientes no necesitan tratamiento duro solo para entrar a la consulta.

—No me quiere en la consulta, doc. Me está citando en el hospital. Sólo voy a los hospitales cuando he llegado herida en el cumplimiento de mi deber.

—¿Me necesitas como tu respaldo ahí afuera? —preguntó.

Suspiré.

—No, no, voy a estar allí. —Pensé en algo, y pensé que debería hacerlo —. Puedo traer compañía conmigo a la sala de maternidad, ¿no? Quiero decir que no es como cuando era una niña, y se limita a todos, ¿verdad?

—Puede llevar a un amigo para tomar su mano, si quiere, pero como es posible que tengamos que hacer un examen pélvico, debería ser un amigo cercano.

Examen pélvico, mierda.

—Al menos uno de ellos será lo suficientemente cercano como para permanecer en la habitación. El resto puede esperar afuera.

—¿El resto? —Hizo una pregunta.

—Por lo menos un novio, tal vez más, y guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas? ¿Está en peligro?

—Casi siempre, pero esto no es… no es como los chicos malos tratando

de hacerme daño, ni nada. Digamos que creo que esto será una visita muy estresante para mí y para el futuro previsible no se va a cualquier lugar sin estrés muscular.

—¿Se supone que debe ser un acertijo? —preguntó.

—No es a propósito —dije.

—Por lo general es bastante sencilla, Anita.

—Lo siento, pero esto no es algo que realmente se pueda explicar por teléfono.

—Está bien, ¿tampoco afecta a tu salud, esta situación?

Lo pensé, y luego dije:

—Tal vez, sí. Supongo que lo hace. —Me di cuenta que si cambiaba de forma de verdad iba a perder al bebé, y toda esta situación de emergencia médica se acabaría antes de que hubiéramos decidido qué hacer al respecto. Pero no podía pensar en una forma rápida de explicar lo que me había ocurrido—. ¿Puedo llevar a gente extra?

—¿Si digo que no?

—Entonces tenemos un problema.

—¿Cómo cuántos extra?

—Esperemos que no más de cuatro. —Hice matemáticas rápidamente en mi cabeza. Dos guardaespaldas, y al menos uno de cada bestia que estuvieran dentro de mí—. Cinco.

—Cinco —dijo.

—Por lo menos dos de ellos serán novios.

—¿Padres potenciales?

—Sí.

—Si no es perjudicial, entonces supongo que sí.

—Si alguien se vuelve destructivo, probablemente voy a ser yo —dije, y le colgué.

Era grosero, pero mis nervios no podían tomar ninguna palabra más de él. Tenía miedo, tanto miedo que mi piel se sentía fría. ¿Fría? Me toqué la frente y trate de decidir si realmente hacía frío. Si lo estaba, entonces estaba poniendo en peligro a Damian, pobre de mi siervo vampiro, que era el primero de mis hombres metafísico de quien comencé a drenar energía, si dejaba pasar demasiado tiempo entre comidas. ¿Si lo drenara hasta la muerte, podría ser que él no despertara de su ataúd? Había domado al *ardeur* de modo que no era tan exigente, se podía empujar por unas horas, pero el precio era elevado. Y a veces el precio había sido casi la vida de

Damian. Teóricamente, después de que Damian hubiera muerto luego empezaría a secar la de Nathaniel. Nunca quise averiguar si la teoría era correcta.

Miré el reloj: diez de la mañana Dios, será una maldita larga mañana. Era increíblemente temprano para que muchos de los vampiros de Jean-Claude estuvieran despiertos. Hasta ahora sólo vampiros maestros se habían despertado, y no incluía a Damian, pero aún así… ¿Estaba drenándolo, sólo porque no había alimentado al *ardeur* o comido el desayuno? El alimento real ayuda a mantener retrasada las otras hambrea, desde el *ardeur* hasta las fieras. Ni siquiera había tenido una taza de café todavía. No era la hora del día, pero ¿cuánto tiempo había estado despierta sin comer? Eso era un error. Tal vez había tenido una comida bastante grande de Auggie anoche, pero no podía arriesgarme a eso. Necesitaba comida. La única pregunta era, ¿qué hambre debía alimentar primero? ¿El sexo, o el café? Hmm, déjame pensar.



VEINTINUEVE

Resultó ser el café. Requiem no estaba en el dormitorio, y Micah entró por la puerta con una bandeja de desayuno. No dijo que había esperado demasiado tiempo para comer, o quizás haber puesto en riesgo la vida de Damian, o corría el riesgo de alzar a mi bestia de nuevo y hacerme daño, o perder al bebé, o que desatendiéndome a mí misma podría hacer el *ardeur* más incontrolable. No, él no dijo nada de eso. Solo trajo la comida y la puso sobre la mesita de noche. Dos tazas de café, croissants, queso y fruta. Toda la comida en el Circo comprada fuera porque no había cocina. El antiguo dueño de la ciudad no había mantenido a muchos seres humanos cerca de ella, y no había dado un maldito paso para la comodidad de nadie, excepto la suya. Jean-Claude había remodelado los baños primero. Prioridades. Francamente, podrías conseguir una buena comida para llevar pero no reparten a domicilio un baño decente. Aún así, cuando miré hacia abajo a la bandeja de comida, pensé, Necesitamos una cocina.

Tomé uno de los trozos de queso cheddar en primer lugar. Habíamos sabido que las proteínas eran lo que mejor hacía mantener mi energía alta. Algunos de nosotros simplemente no están destinados a ser vegetarianos.

—¿Te encuentras bien, Anita? Te ves muy… —Micah parecía no encontrar la palabra correcta.

Le sonreí.

—Gracias por la comida, tengo una cita a las dos con mi ginecólogo.

—¿Hoy? —preguntó—. ¿Es prudente?

Asentí, cogiendo una de las tazas de café. Fui buena y me comí el trozo de queso, aunque no me apetecía realmente. Tomé ese primer sorbo de café caliente y fuerte.

Más adelante, a lo largo del día, podría tomarlo con azúcar y crema, tal vez, pero el primero, lo quería negro, amargo, del mismo modo en que siempre solía beberme el café. Cerré los ojos mientras sorbía, dejando que el flujo de calor me atravesara. ¿Era una adicta al café? Probablemente, pero con todas las adicciones que hay, podría haber sido peor.

Abrí los ojos y le miré.

—Buen café.

Sonrió.

—Me alegro de que estés disfrutándolo, pero pronto vamos a tener la mayoría de los vampiros despiertos y moviéndose por aquí. Tendremos andantes diurnos merodeando, también.

Asentí, y tomé un sorbo pequeño esta vez.

—Lo sé —dije a Micah lo que el médico me había dicho.

Parpadeó, ese pestañeo largo y lento que yo misma he usado a veces cuando estaba tratando de procesar mucha la información de una forma rápida.

—Tienes que ir.

—Lo sé —dije. Me senté en el borde de la cama, y me obligué a tomar un pedazo de croissant. El croissant estaba bueno, suave y cremoso, pero no tenía hambre. Me apetecía el café, pero estaba comiendo sólo porque tenía que hacerlo. Comiendo para mantener a todo el mundo vivo y bien. Nunca he sido de comer grandes desayunos, pero hoy creo que estaba demasiado nerviosa. Bueno, y muy asustada.

—Iré contigo, como novio y leopardo.

Asentí con la cabeza.

—Nathaniel probablemente no estará de nuevo en forma humana para

entonces, lo sé.

—Sabes que Richard ha pedido permiso para faltar a su trabajo.

Asentí.

—Ha buscado un sustituto.

—Va a querer ir, sabes que lo hará.

Asentí con la cabeza.

—Probablemente.

—Puede ser tu lobo —dijo Micah.

Alguien se aclaró la garganta. Remus estaba más cerca de la cama de lo que recordaba.

—No pude evitar escuchar.

—Voy a tener que tener al menos dos guardias conmigo, por lo que necesitabas saberlo de todos modos.

Él afirmó con la cabeza.

—Bien Anita, pero, por lo que me dijo Claudia, Richard no le permitiría traer a su bestia. ¿De qué sirve su lobo, si no te quiere dejar llamarlo?

Asentí.

—Tienes razón, pero aún querrá ir.

—¿Qué tal si me aseguro de que uno de los guardias sea un lobo? —dijo Remus.

—Hazlo discretamente.

—Me aseguraré de que Richard no lo sepa —dijo Remus—. Aunque tal vez pueda llegar a averiguarlo.

Negué con la cabeza.

—Si no ha querido cambiar aquí bajo tierra, entonces tampoco va a querer hacerlo en medio de la sala de maternidad de St. John.

—No puedo decir que alguno de nosotros lo quisiera, es una buena manera de llamar la atención de la policía sobre vosotros —dijo Remus.

Asentí.

—Lo sé, y lo haré todo lo malditamente bien que pueda para mantener toda mi mierda junta, pero tengo miedo, y eso lo hará más estresante.

—Necesitas a un león. El chico nuevo no va a estar en forma humana a tiempo para la cita —dijo Remus.

—¿Acaso nadie ha mencionado que Joseph va a traer a algunos de sus leones hoy?

Así que puedes elegir a uno de ellos.

Micah asintió.

—Tenemos que llamarle, y ver qué tan pronto puede estar aquí —dije. Me obligué a terminar el croissant y una taza de café ya se había acabado. Quité la tapa de la segunda taza y me recosté contra el cabecero de la cama. Tenía un poco de comida en mí estómago ahora, por lo que podría permitirme tomar este café sin arruinarlo con alimentos.

—Lo averiguaré. —Sacó un pequeño teléfono móvil plegable, y se apartó de la cama para darnos algo de privacidad. Fue una privacidad simulada, porque podía oír todo lo que decíamos, pero agradecí el esfuerzo.

Micah llevaba una camisa de hombre blanca, desabrochada de forma que dejaba a la vista su bronceado pecho. Los puños estaban abotonados, pero la llevaba más como una chaqueta que como una camisa. Los pantalones vaqueros habían comenzado su vida siendo negros, pero ahora eran una especie de gris. Cuando se acurrucó en la cama junto a mí, con los pies descalzos.

—Estás vestido con ropa adecuada para cambiar en cualquier momento —dije.

Asintió. Se había recogido el pelo en una coleta, pero con algunos bucles sueltos, que enmarcaban su cara aquí y allá. Se veía muy atractivo, a excepción de sus ojos, que estaban demasiado serios para mostrarse cómodo.

—Crees que voy a tener otro… —balanceé mi mano hacia atrás y adelante—, …ataque.

Sonrió, pero la sonrisa no acababa de llegar a sus ojos.

—Digamos solo que, estoy preparado.

Me bebí el café un poco más rápido, porque se estaba enfriando.

—¿He comido lo suficiente?

—No —dijo en voz baja.

Bajé mi cabeza.

—Hoy siento como si tuviera un duro nudo en mi estómago.

—O un croissant más, o una pieza de fruta entera, o lo que queda de queso.

Terminé el café, y tomé el pan. Cuando no quería comer, el pan era lo más soportable. Empecé mordisquearlo.

—Jean-Claude necesita saber lo de la cita.

—Lo sé.

—Podría decírselo.

Le fruncí el ceño.

—No confías en mí para hacerlo.

Se incorporó, levantando sus manos.

—Haré cualquier cosa que haga esto más fácil para ti, Anita, pero tiene que saber lo antes posible que vas a tomar de su sirviente humano, su animal para llamar, y al menos dos o tres donantes de sangre contigo esta tarde.

Arrojé el croissant a medio comer en la bandeja.

—Si hay otra manera de hacer esto, dímelo, y lo haré.

—No he dicho eso. Lo único que dije fue que Jean-Claude debe saberlo.

—Entonces, ve a decírselo —contesté, y vino el primer brote de cólera.

Me mostró su mirada herida, me miró con cautela. Trató de coger mis manos, y yo me aparté.

—Si me abrazas, voy a desmoronarme.

Retrocedió.

—Nadie te culparía si te vienes abajo.

—Yo lo haría.

Suspiró.

—Siempre tienes que ser tan fuerte.

Asentí.

—Sí, tengo que serlo.

Se deslizó a un lado de la cama mirándome fijamente. No quería tenerle allí de pie plantado, pensando en que estaba para chuparse los dedos. Quería estar enfadada, y siempre he tenido problemas para estarlo cuando me miraba de esa forma tan atractiva. Diablos, tenía problemas para mantener cualquier tipo de discusión con los hombres de mi vida, todo lo que tenían que hacer era quitarse la ropa, y por lo general, ganaban. Era cierto, y eso me molestaba, también.

—La ira es un lujo, Anita.

Grité, con todo mi ser, profundo y fuerte. Grité hasta que se hizo eco en las paredes. Grité hasta que la puerta se abrió y más guardias llegaron. Les grité:

—¡Fuera, joder!

Se giraron en masa hacia Remus. Él les hizo señas, pero mantuvo a dos de ellos, así que estaba rodeada por cuatro guardias. Supongo que no podía culparlos.

—Díselo a Jean-Claude, y envíame a Requiem. —Mi voz sonó más profunda, más pesada.

—Anita…

—Si me consuelas, voy a perderme. —Levanté la vista hacia él—. Por favor, Micah, por favor, haz lo que te pido.

—Hablaré con Jean-Claude, pero ¿estás segura sobre Requiem?

—¿Quieres decir que si estoy segura de querer alimentar el *ardeur* con él?

Él asintió.

—No, estoy absolutamente segura de no querer alimentarme de él, pero Jean-Claude y yo ya lo hablamos. Si me alimento de Requiem y su mente se jode de nuevo, entonces sería demasiado peligroso para los otros candidatos a *pomme de sang*. Necesito alimentarme de Requiem antes de que Auggie se levante por la mañana. Porque, si de verdad libero la mente de Requiem del *ardeur*, entonces podremos ser capaces de usar la misma técnica para liberar a Auggie de nosotros.

—Un montón de síes y quizás —dijo.

—Y tal vez pueda curar a Requiem mientras me alimento. A veces, parezco sanar durante las relaciones sexuales metafísicas, ya sean, con o sin coito. La pequeña rabieta de Meng Die no va a impresionar a los maestros visitantes, y no podemos ocultarlo si está tan lastimado como ahora.

—Podrías alimentarte de otra persona, alguien que ya sea uno de tus preferidos.

—Quieres decir, que no necesito tener otro shock para lo que queda de día —dije, y me eché a reír, pero terminó en un sollozo y me mordí los labios para contenerlo.

El pánico me estaba consumiendo, abriendo agujeros en todos mis huesos y órganos, por lo que estaba cada vez más y más frágil, y cuando más lo necesitaba, ya no habría nada para luchar; no habría nada más que el miedo.

Susurré, porque no confiaba en mi voz para hablar más alto. Tampoco es que fuera a empezar a gritar o a llorar de nuevo. No quería hacerlo.

—Jean-Claude cree que el poder de Requiem puede vencer mi reticencia. Tengo que alimentar al *ardeur*, y no quiero. Si el poder de Requiem puede hacer que lo quiera, lo haré, porque ahora mismo, no quiero a nadie. Sólo quiero dejar atrás toda esta mierda.

Cualquier otra persona se habría sentido herida, pero no Micah. Él lo

entendió, con su cara tranquila. Dijo, en voz baja:

—Todos tenemos un límite, Anita, todos nosotros.

Negué con la cabeza, una y otra vez.

—Hoy no podemos permitirnos que me venga abajo, Micah.

Suspiró.

—Algún día, me gustaría que tuviéramos un poco de tiempo para que puedas derrumbarte, si es lo que quieres. —Me di cuenta de que sus ojos brillaban con lágrimas.

—No llores —dije.

—Por qué no, uno de nosotros tiene que hacerlo. —Se volvió, con la primera lágrima brillando por su mejilla.

Me agarré a su brazo, y se arrastró sobre la cama, tiré de él contra mí. Y tal como sabía que pasaría, me perdí. Lloré, grité, y me aferré con todas mis fuerzas a él, y me odié a mí misma por hacerlo. Me sentí tan débil, tan jodidamente débil.



TREINTA

En algún lugar en medio de sufrir el desmayo, me di cuenta de que eran otras manos las que me sostenían, además de las de Micah. Luché con las manos, medio combatí, y medio me aferré, como si no pudiera decidir si no quería ser tocada, o no ser soltada. Oí una voz, una voz histérica, diciendo:

—No quiero hacer esto… no puedo hacer esto. No puedo hacer esto. —Me di cuenta de que era yo, y ni siquiera me daba cuenta, no pude detener el balbuceo—. No puedo tener un bebé, pruebas, no quiero tener más el *ardeur*, no más, no más hombres, no más añadidos a mi vida. —La conversación cayó en sollozos, hasta que finalmente se detuvo. Al final, sólo me tendí en la curva de sus brazos, y me quedé tranquila. Demasiado cansada como para moverme, demasiado cansada para protestar. Porque de alguna manera en medio de todo esto, Richard había terminado por sostenerme. Su cuerpo me acunaba. No sentí nada de él sosteniéndome. Nada, no sentí nada, y me alegré. Había estado sintiendo últimamente

demasiado.

—Su energía se siente diferente —dijo, y su voz sonaba más lejos de lo que debería estar. Estaba lejos, pero todavía estaba en su regazo, no demasiado lejos.

Otras manos tocaron mi cara, mis manos, mis brazos. Mis ojos se cerraron y los mantuve de esa manera, no quería verlos. No quería ver a ninguno de ellos.

—Está fría. —La voz de Jean-Claude, su mano se apartó de mi mejilla.

Fría, sí, tenía frío, mucho frío. Fría hasta el centro de mí ser, como si nunca estuviera caliente de nuevo. Su piel rozó mi brazo, y me hizo abrir los ojos lo suficiente para ver a Nathaniel de rodillas sobre la cama. Su cara era aún la de un extraño detrás de la mezcla de animal y humano. Una vez, sólo una vez, esa cara había estado encima de mí mientras hacíamos el amor. Apenas una única vez.

Las manos me tocaron la cara, me movieron para mirar a Jean-Claude y a Richard.

Sus manos, una a cada lado de mi cara. Sus manos estaban demasiado calientes sobre mi piel. Me llevó un largo segundo darme cuenta de que las manos de ambos estaban calientes. ¿Jean-Claude había adquirido tanto poder al alimentarse de Augustine, hasta el punto de que estaba caliente al tacto?

Estaba teniendo problemas para concentrarme en sus rostros. Susurré:

—Calientes, los dos estáis calientes.

Richard habló lentamente, con cuidado, como si pensara que pudiera tener problemas para entenderle.

—Anita, estás más fría al tacto que Jean-Claude.

Le fruncí el ceño, y traté de concentrarme en su rostro. Casi podía hacerlo, pero era como si mi atención vagara antes de que pudiera hacer con mis ojos lo que quería.

—Mal, algo anda mal. —Apenas un susurro, pero lo dije en voz alta.

—Sí —dijo— algo anda mal. —Miró a Jean-Claude—. No puedo sentirla. Está en mis brazos y no puedo sentir su energía.

—Se está alejando de nosotros —dijo Jean-Claude.

—Alejando, ¿qué significa eso? —preguntó Richard.

—Creo que *ma petite* está tratando de romper los lazos que la unen a nosotros.

—¿Piensas que quiere romper el triunvirato?

—*Oui*.

—¿Puede hacer eso? —preguntó alguien.

—Anita puede hacer cualquier cosa que quiera hacer —dijo la voz de Nathaniel gruñendo.

—No sé si es posible, pero sé que lo está intentando —dijo Jean-Claude.

—Va a destruir tu base de poder, —la voz de Asher, aunque no pude buscarle con mis ojos por la habitación.

—Así sea —dijo Jean-Claude. Luché para verle con claridad, verle mirar a Richard—. ¿Por qué la cara trágica, Richard? Podrías estar libre del triunvirato, Richard, libre de mí.

—Sabes que eso es lo que quiero, pero ¿qué nos costaría? Ella está fría al tacto.

La cara de Jean-Claude surgió a la vista.

—*Ma petite*, deja caer tus escudos. Bájalos lo suficiente como para que te detecte. Permíteme compartir la energía contigo. No te encuentras bien.

Negué con la cabeza, y el mundo se tiño de serpentinas de colores. Tuve un momento de náusea, y ese fue el momento en que me di cuenta de que estaba enferma. Enferma del corazón, enferma del alma, enferma de todo esto. En algún lugar muy dentro de mí, estaba tratando de deshacer todas mis decisiones. Estaba tratando de hacer una devolución, en un juego que había ido demasiado lejos para hacer una adquisición. La parte frontal de mi cerebro sabía que era demasiado tarde, pero no era la parte frontal de mi cerebro la que estaba a cargo. ¿Cómo se discute con el subconsciente? ¿Cómo se discute con una parte de tu cerebro que ni siquiera sabemos que está ahí la mayor parte del tiempo? Lo realmente jodido de la situación era que no estaba segura de querer discutir.

Sentí el olor de almizcle de leopardo, y supe que Nathaniel estaba a mi lado antes de que su voz gruñera:

—Damian.

Abrí los ojos, y me encontré mirando a una imagen borrosa de un rostro negro.

Nathaniel se movió hacía atrás lo suficientemente lejos de mí como para tener la oportunidad de centrarme en él. Le repetí lo que había dicho.

—Damian.

—Damian morirá —dijo Nathaniel.

Parpadeé. Había oído lo que había dicho, pero no parecía tener sentido

para mí.

Debió de haberse demostrado en mi cara ya que Jean-Claude dijo:

—No sé si tus intentos de desesperación son realmente posibles, pero si tienes éxito, Damian morirá. Su sangre fluye solamente con tu poder, Anita. Sin tu poder, tu siervo vampiro no se levantará más de su tumba. Morirá, y permanecerá muerto.

Me quedé mirándole, y de nuevo, era como si sus palabras no me llegaran realmente.

Se agarró a mi brazo, apretando, y apretando más, hasta hacerme daño, pero hasta eso era un dolor lejano.

—Anita, no me culparás por esto. Si logras este milagro, y nos liberas a todos, entonces matarás a Damian. No voy a tenerte después diciendo que no lo entendiste. No voy a cargar con la culpa, no por esto. —Estaba furioso, pero su enfado no me podía tocar, y me alegré. Su enfado no era mío.

Podía cortarle, cortarles a todos fuera de mí.

La voz de Micah, desde mi otro lado:

—Rompiendo el triunvirato no cambiarás el hecho de que estás embarazada, Anita. No obstante, deberás ir al hospital a las dos. Eso no cambia.

Me giré y le miré, aunque pareció llevarme mucho tiempo hacerlo.

—El *ardeur* va a desaparecer.

—¿Estás segura de eso? —preguntó, en voz baja.

La voz de Jean-Claude:

—En verdad, no sé si los dones y las maldiciones que obtenemos a través de las marcas de vampiros van a desaparecer si se rompe el triunvirato. Puede dejarte como te encontré, sola y segura en tu propia piel, si es lo que realmente deseas. O puedes conservar algunas habilidades, pero pierdes la ayuda de… —vaciló, finalmente terminó con—… todos nosotros, en tu lucha con el *ardeur*.

Me volví hasta que encontré su cara, todavía desenfocada, al igual que no estaba trabajando lo suficientemente bien.

—El *ardeur* va a desaparecer —susurré.

—Simplemente no sabemos qué va a suceder, porque lo que yo siento es que es imposible hacerlo. Sólo la verdadera muerte debe ser capaz de liberarte de mis marcas. Ya que lo que intentas nunca se ha hecho, no sé cuál será el resultado. —Su voz era totalmente anodina, vacía, como si sus

palabras no significaran nada.

Traté de pensar en lo que había dicho. Incluso mis pensamientos parecían lentos.

¿Qué había de malo en mí? Estaba histérica, eso era lo que estaba mal conmigo. El momento en que comencé a pensarlo claramente, empecé a calmarme. No me sentí mejor, realmente, pero podía pensar. Eso era una mejora. Pensé en ser libre del *ardeur*, y era un buen pensamiento. Pensé en ser libre de las marcas, de Jean-Claude, y de todo el lío metafísico que venía con él.

Mi vida siendo mía de nuevo, sonaba bien. Pensé en ser sólo yo, como Jean-Claude dijo, como en mi propia piel. Sólo yo, a solas, otra vez. Sola de nuevo. Tuve un momento de nostalgia absolutamente feliz de mi vida antes de que hubiera adquirido a tanta gente. Regresar a una casa vacía no parecía horrible, parecía relajado.

Micah me tocó la cara, me dio la vuelta para mirarlo. Podía verle claramente, al fin. Sus ojos de gatito felino estaban muy serios.

—Nada de lo que está sucediendo es algo por lo que valga la pena morir, Anita, por favor.

Pensé que se refería a Damian, me di cuenta de que no lo hacía. No hacía frío sólo porque yo estuviera tratando de romper el triunvirato. Sólo había una manera de ser libre. Uno de nosotros tenía que morir. ¿Podría liberarme? Tal vez. ¿Moriría en el intento? Tal vez. La idea debería haberme asustado, pero no fue así. Y eso me asustó. Sé que suena estúpido, pero no me asustaba pensar que podía morir, pero sí me asustaba no tener miedo. Estúpido, pero cierto.

Yo tenía que hacerlo mejor que esto, Jesús, María y José, tenía que hacerlo mejor que esto.

Richard me abrazó por detrás, doblando todos los más de seis-pies de calor y músculos alrededor de mí.

—Por favor, Anita, no hagas esto. —Su aliento era tan cálido, casi caliente, contra mi pelo.

Me miró, a centímetros de distancia. Sus ojos eran perfectamente café, calientes y llenos de mucha emoción.

—Seremos libres.

Sacudió la cabeza, con los ojos brillantes.

—No quiero ser libre tan desesperadamente.

—¿No quieres? —pregunté.

—No, este precio es demasiado alto. No me dejes, no así. —Me abrazó, con el pelo ahora lo bastante largo que me hizo cosquillas a lo largo de la cara. Enterré mi cara en el aroma cálido, dulce de su cuello, pero sabía que era mentira.

Me estrechaba contra él, tan firmemente y lo más cerca que podía. Me enterré contra su calidez y su fuerza, y todavía se sentía maravillosamente bien. Todavía se sentía muy bien, pero sabía que no lo era. Los dos éramos muy cabezotas para que funcionara.

Me puse a llorar de nuevo, y no estaba segura del por qué. Llorando mis penas contra la calidez del cuello de Richard. Podría ser, debería ser y sería. Me envolví en torno a él, piernas, brazos, todo, y me aferré a él, me aferré a él y lloré.

Una mano me acarició la parte de atrás de mi pelo, y una voz dijo:

—*Ma petite, ma petite*, deja caer estos escudos, dejamos entrar otra vez.

Volví la cabeza para mirarle mientras me aferraba a Richard. Miré para arriba a esa cara, a esos ojos azul oscuro. Su mano acarició a lo largo del borde de mi cara, y no fue suficiente. Todo lo que me había hecho a mí misma, me amurallé firmemente. Puesto que no había tratado de cortarme a propósito, no sabía cómo deshacer lo que había hecho. ¿Cómo deshacer un accidente?

Traté de explicarlo.

—Estoy mentalmente ciega. No puedo sentir nada metafísicamente. No me refiero a que nos cortara completamente. —Ahora sabía que iba a sobrevivir a lo que había tratado de hacer, pero ¿sobrevivirían todos los demás? Extendí la mano hacia Damian. Incluso muerto en su ataúd durante el día, debería haber sido capaz de sentirle. Nada. El miedo se apoderó de mí, y todo el calor que había comenzado a recuperar se alejó en la marea del miedo.

Me agarré al borde del traje de Jean-Claude.

—¡No puedo sentir a Damian! ¡No puedo sentirlo, en absoluto!

—Debemos violar tus escudos, *ma petite*. Tenemos que despertar tus poderes.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Soy tu maestro, Anita, mi marca me puede mantener fuera de tu escudo. Nos estamos quedando sin tiempo para Damian. Pido que permitas a Asher y a Requiem que me ayuden en la violación de tu escudo.

—No te entiendo.

—No tengo tiempo de explicarlo, pero no importa realmente quién de nosotros rompa esas nuevas paredes sólidas, solo que se rompan. Una vez rotas, entonces tu propio poder será puesto en libertad, y te encontrarás con Damian.

Quería discutir, pero ese vacío donde debería haber estado Damian me dio miedo.

Asentí con la cabeza.

—Hazlo.

—Debes quitarte primero la cruz.

No le pregunté cómo sabía que llevaba una. Richard me dejó deslizarme por su cuerpo lo suficiente para poder usar mis manos para quitar la cadena. Jean-Claude se había apartado, no muy lejos, pero lo suficientemente lejos como para que no lo tocara accidentalmente. Derramé la cadena en la mano que esperaba de Richard.

Me miró a los ojos, mientras su mano se cerraba alrededor de mi cruz.

—Ponla en el cajón junto a la cama —dije.

Él asintió con la cabeza.

—No brillará tan intensamente.

Asentí con la cabeza. Me admití a mí misma en ese momento una razón por la que había dejado de llevar una cruz la mayor parte del tiempo. Oh, la llevaba en mi bolsa de caza vampiros, pero no la llevaba puesta. La cama, pero, oh, infiernos. Me quedé esperando a que la cruz brillara cuando hiciera algo. Me quedé esperando a que la cruz brillara debido a una cierta capacidad vampírica que había heredado de Jean-Claude. Me quedé esperando a que brillara en mi contra. Lo que quedaba de mis nervios no lo podría haber manejado, en la actualidad.

Richard se movió en la cama lo suficiente como para inclinarse y abrir el cajón de la mesita de noche. Puso la cruz con cuidado, y cerró el cajón. Se arrastró al otro lado de la cama, hasta que estuvo de rodillas delante de mí otra vez.

—Gasté tanto esfuerzo manteniéndote fuera de mi mente, de mi corazón, y ahora es como si tuviera ese vacío dentro de mí. Sigo tratando de romper contigo, estúpido de mí.

Es como tratar de romper con mi propia mano. Puedes vivir sin ella, pero no estás entero.

—¿Puedes sentir a Damian? —preguntó Jean-Claude.

—Puedo sentir vampiros con una cruz, Jean-Claude, nunca ha hecho ninguna diferencia para mi nigromancia.

—Sígueme la corriente —dijo.

Le seguí la corriente. Negué con la cabeza.

—Vacío, como si no estuviera ahí. —Me las arreglé para echar el miedo atrás, pero revoloteaba en mi estómago, un cosquilleo en las puntas de mis dedos—. ¿Es demasiado tarde? Por favor, Dios, no permitas que sea demasiado tarde. —Dentro de mi cabeza, añadí, no dejes que le haya matado.

Vi los ojos de Jean-Claude derramarse en azul, hasta que su pupila y el blanco se perdieron en el resplandor, azul profundo de su poder. Me senté en la cama sólo a unos metros de él, mientras que su poder se levantaba lo suficiente como para llenar los ojos con el fuego, y yo no sentía nada. Por lo menos mi nigromancia debería haberlo sentido, y si no las marcas de vampiro. Había estado psíquicamente ciega, mentalmente ciega, en shock o enferma antes, pero nunca a este grado. Por lo tanto me asustaba, y me dio esperanza. Tal vez no podía sentir a Damian porque no podía haberme dado cuenta de nadie en ese momento.

Richard se estremeció a mi lado, entonces se deslizó hasta el suelo.

—No lo sientes, ¿verdad? —Tenía los ojos un poco amplios. Los pequeños vellos de sus brazos de punta.

—No —dije.

Miró a Micah y a Nathaniel, que todavía estaban en la cama, a pesar de que se habían trasladado de nuevo para darnos espacio.

—Creo que todos tenemos que dejar un espacio libre para que funcione.

Micah me besó en la mejilla. Nathaniel rozó su mejilla contra la mía, me marcó con su olor. Se deslizó al otro lado de la cama. Jean-Claude se trasladó hasta que estuvo al lado de la cama. Levantó una mano por encima de mi cara. Lo sentí, la presión de su aura, pero débilmente, como si mi piel estuviera envuelta en algodón, y no pudiera tocarme.

Puso su mano en mi cara, y el contacto se propagó en líneas de temblor a través de mi piel.

—*Ma petite*. —Las palabras respiraron a lo largo de mi espina dorsal, como si se hubiera derramado una línea de agua bajo mi piel. Me estremecí de nuevo por él, y se sentía muy bien, pero… Abrí los ojos y le miré—. Es como hace años. Siempre sentí tu voz, tu tacto, pero… Te has encerrado, *ma petite*, en una fortaleza formada en parte por mi propia marca de

vampiro. Has usado mi propio poder contra mí.

—No a propósito —dije.

Asher se deslizó a la vista. Sus ojos ya estaban llenos de luz del color azul pálido.

Había llamado al poder, y yo no sentía nada. Se acercó a Jean-Claude.

—Medidas más drásticas, creo.

Levanté la vista hacia él, con su túnica de raso, el oro pulido profundo de ella que no era nada con el brillo de su propio cabello.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté.

Jean-Claude dio un paso atrás, dando su lugar al otro hombre. Asher levantó la mano, colocándola contra mi cara en un eco de lo que Jean-Claude había hecho momentos antes. Siempre habían sido capaces de imitarse uno al otro así, pensé, y en la cola de ese pensamiento, la memoria se estrelló contra mí. Había compartido recuerdos de Jean-Claude antes, pero no así. No era un recuerdo, ni dos, sino cientos. Cientos de imágenes que inundaron mi mente, me ahogué en el olor de la piel de Asher, en el derrame de pelo de Belle alrededor de nuestros cuerpos como un segundo cuerpo acariciándonos a todos. Una mujer con el pelo del color del cobre derramándose a través de nuestras almohadas, y nuestras bocas cerrándose en su cuello, las manos que luchaban en los pañuelos que la ataban a la cama. Una rubia, cuyos pechos marcamos juntos, que dio a luz mordeduras gemelas de amor.

Un hombre con una larga peluca, hecha polvo, con los pantalones abajo alrededor de sus rodillas, y los dos entre sus piernas, no por sexo, sino por la sangre, y era lo que él quería. Las mujeres con sus ropas en desorden, el pelo rojo en todos los tonos desde casi rubio hasta el más oscuro cobrizo; rubias de blanco a oro, morenas de color marrón oscuro a negro verdadero, piel como granos maduros, o café oscuro, o de madera. Altos, bajos, delgados, gordos, hambrientos; cuerpos que fluían bajo nuestras manos, en contra de nuestros cuerpos, de modo que era como si experimentase mil noches de desenfreno en unos latidos de corazón. Sin embargo, en cada recuerdo se movía como sombras de sí. Jean-Claude tomó a la mujer o al hombre, para tener relaciones sexuales, o sangre, o ambos, y supe que su sombra dorada estaría allí. Ese Asher correspondía a sus movimientos, que él estaría allí para ayudar, para atrapar el placer y hacerlo mayor. No me había dado cuenta hasta ese momento de que no eran solamente amantes, sino más que eso.

Habían sido verdaderamente las mejores personas y más cercanas en sus respectivas vidas.

Me ahogué en sus recuerdos, me ahogué en el aroma de un millar de amantes, un millar de víctimas, mil placeres ganados y perdidos. Me ahogaba, y como cualquier persona que se ahoga, extendí la mano para salvarme.

Extendí la mano metafísicamente a alguien, cualquiera. Las memorias golpearon a Richard como un torrente golpea una roca. Sentí el choque de recuerdos barrer en su contra y a su alrededor. Le oí gritar, y esperé a que me rechazara, me bloqueara, pero no lo hizo. Me dejó aferrarme a él, tratar de hacer de él mi roca en el torrente de sensaciones y recuerdos. Sentí su confusión, su temor, su repulsión, y su deseo de impulsar todo por la borda, para no tener esos recuerdos, todos los recuerdos.

La idea vino: hay peores recuerdos.

La voz de Jean-Claude.

—No, *ma petite, mon ami*, basta, basta. —Su voz fue suave y persuasiva. Estaba tumbada en la cama, con él tomando mi mano. Frotaba mi mano de la forma en que lo haces cuando estás tratando de entrar en calor.

—Estoy aquí —dije, pero mi voz sonaba resonante, desafinada.

La cama se movió violentamente. Richard se había derrumbado sobre ella. Su respiración era irregular, con los ojos mostrando demasiado blanco. Me agarró la otra mano. Sintió miedo, shock, y me di cuenta que había hecho suyas algunas de mis reacciones. Lo había aspirado lejos como un veneno metafísico.

Me lamí los labios secos y dije:

—Lo siento.

—Tú pediste ayuda —dijo, con voz tensa—. Yo te la di.

Por lo general él mismo cortaba los recuerdos que tenía de Jean-Claude, de todas las veces que no se asustaba, escogió estos recuerdos.

—Hubiera preferido otros recuerdos para compartir, *ma petite*, pero cuando violaste tus escudos artificiales, no me atrevía a restringir tu acceso a mí. No me atreví a apagar las marcas de nuevo. —Me acarició el pelo como si aún estuviera enferma, pero echó una mirada de preocupación a Richard.

—No voy a huir —dijo Richard—, sabía lo que fuiste, lo que ambos fueron. —Echó un vistazo a Asher, quien todavía estaba cerca de la cama.

Asher le puso la mano en el hombro a Jean-Claude, y fue demasiado pronto después de los recuerdos de verles tocándose. Sólo que esta vez no fueron los recuerdos de Jean-Claude, tenía que caminar por el hecho de que parte de ese torrente de recuerdos se quedaron conmigo.

Richard se estremeció como si hubiera recibido una bofetada, y yo supe que no era la única que había mantenido algo con ella.

Micah gritó:

—¡Nathaniel!

Miré alrededor de la sala a Nathaniel, y no podía verle. Micah estaba en el suelo.

Luché para sentarme, y Richard me ayudó. Jean-Claude ya estaba alrededor de la cama, y de rodillas con Micah, junto a Nathaniel. Él era un ser humano de nuevo, todos sus hermosos cabellos se extendían alrededor de su cuerpo. No se movía.

Grité su nombre, y no me acerqué a él con las manos pero si con el poder. Le sentía respirar, pero su corazón vaciló, como si olvidara cómo latir.

Grité:

—¡Nathaniel!

Jean-Claude de repente apareció junto a la cama.

—Nathaniel está tratando de mantener vivo a Damian, pero no sabe cómo. Debes alimentarles con la energía, ahora, *ma petite*, ahora mismo.

—¿O qué? —pregunté, y me apoyé en el apretón de muerte que tenía en el brazo de Richard.

—O se va a morir —dijo Jean-Claude.



TREINTA Y UNO

Me quedé mirándole, porque le creí, pero alimentar el *ardeur* significaba sexo, y en ese momento nunca me había sentido menos sexual en mi vida.

Richard dijo:

—Aliméntate, Anita, te tienes que alimentar.

Le miré.

—¿Me vas a ayudar?

Negó con la cabeza.

—Yo no, mi concentración en esto no es buena.

La voz de Jean-Claude cortó a través del pánico.

—Requiem, tu momento ha llegado. —Me miró—. Si luchas contra él, morirán. Baja tus escudos, y deja que su poder te tome. Déjale despertar el *ardeur*, y aliméntate.

De pronto estaba mirando un pecho decorado con heridas de arma blanca. Miré a los ojos de Requiem, azul claro, una brillantez casi dolorosa.

Había levantado su poder, y no sentí nada. Se había arrastrado a través de la cama y no le había notado. La conmoción se había establecido de nuevo, pero por razones diferentes.

Minutos atrás hubiera querido estar sola, solo yo de nuevo, pero no lo había entendido. Recé, no lo había entendido, como si de alguna manera mi pensamiento fuera responsable por este nuevo desastre.

El cuerpo de Richard todavía me acunaba. Requiem tuvo que envolver sus manos alrededor de la parte superior de mis brazos y sacarme de los brazos de Richard.

Los dedos de Richard se deslizaron sobre mi piel, y sentí la pérdida de su contacto como un golpe. Me sentí como un pequeño animal arrancado de su nido y echado en el corazón de la tormenta. Esa tormenta estaba hecha de carne y hueso, y unos ojos que brillaban como si pudieras poner el océano en llamas.

La voz de Jean-Claude susurró a través de mí.

—Déjalo ir, *ma petite*, déjalo ir, o todo está perdido.

Hice lo que me pidió. Le dejé ir. Le dejé ir, y caí en los ojos del color del agua del mar donde corría profundo, claro y frío, y se iluminaba azul oscuro con la luz fría de la fosforescencia, brillando a expensas de las criaturas que nunca vieron la luz del día.

Flotaba en ese vacío frío, con la tenue luz, y una voz susurraba a través de mí, pero no era la de Jean-Claude. Era la voz de Nathaniel en mi cabeza. Él no pidió ayuda, o me castigaba. Él susurraba:

—Te amo. —Esas palabras resonaron en el vacío, y las seguía, a través de la fría oscuridad. El frío no era lo que necesitábamos, esto no lo mantendría con vida. Necesitábamos calor.

Golpeé la superficie de la mirada de Requiem, cayó de la fuerza que me había dejado juzgarlo. Me caí de sus ojos y se quedó jadeando, luchando por respirar.

No dejaría ir a Nathaniel, aunque eso significara ir con él. Extendí la mano hacia él, sentí su corazón desacelerarse. Mi pecho dolía con la necesidad de tener una buena respiración.

Miré para arriba a los brillantes ojos de Requiem, y susurré:

—Ayúdanos.

Se volvió hacia Jean-Claude.

—No puedo atravesarla. ¡No puedo pasar!

La última vez que había usado sus poderes en mí esto había llevado un

tiempo.

No teníamos ese tiempo. No podía rodearme, pero yo tendría que rodearlo antes.

¿Podría traer sus poderes sobre la línea? Recé, recé para pedir ayuda. Susurré:

—Requiem. —Su voz resonó en la habitación, y volvió los ojos brillantes a mí.

No tenía suficiente aire para decir lo que quería en voz alta. Caí de nuevo hacia la cama, y sólo sus brazos me cogieron. Sabía lo que quería, lo que necesitaba. Lo deseaba, lo demandaba, y empujé esa orden hacia él. Estaba perdiendo mis palabras, y era un anhelo sin palabras con lo que lo llenaba. Este anhelo quemaba como el calor a través de mi piel, tirándome de la cama, jadeando. Mi cuerpo estaba hinchado de repente con necesidad, la humedad goteando entre mis piernas. Mis pechos dolían con la necesidad de ser tocada. El *ardeur* subió ese dolor, y le di la bienvenida, aceptándolo. Bajé la puerta de mi auto-control de par en par, y no me importó donde aterrizó.

La boca de Jean-Claude fue la primera que se encontró con la mía. Conocía su sabor con los ojos bien cerrados. Se entregó al *ardeur*, y me alimenté a través de su beso, alimentada en un ímpetu que corría a través de mi cuerpo, hormigueando en las acometidas de energía. Alimenté el *ardeur* cien veces, y nunca había sido así.

Se apartó del beso, los ojos llenos con el fuego de medianoche.

—¿Cómo te sientes?

Traté de pensar más allá del pulso de mi propio cuerpo. Había alimentado al *ardeur*, pero el anhelo que hinchaba mi cuerpo no se había ido. Sentí la energía de Nathaniel, y lo encontré todavía allí, todavía vivo. Distante como un sueño, la chispa de Damian como una llama agitada en el viento.

—Más —susurré—, necesito más.

Él asintió.

—Te di lo suficiente como para traerte de nuevo a nosotros. —Se movió detrás de mí, y traté de retenerlo contra mí—. No, *ma petite*, necesitas comida. —Mantuve mis brazos cerrados alrededor de su cuello, y él se acercó, y trajo a Requiem a la vista—. Cuando le ayudaste a aumentar la necesidad en ti misma, tú la aumentaste en él, también. ¿Se lo negarías?

Le fruncí el ceño. No podía pensar. Susurré:

—No, —pero no estaba del todo segura de a lo que estaba diciendo que no: ¿no, no lo iba a negar, o no, a otras cosas?

La mano de Requiem se deslizó por encima de mi brazo desnudo. Ese toque echó mi cabeza hacia atrás, agitando mis ojos cerrados. Sabía de donde había venido mi necesidad, pude probarlo en mi lengua, el gusto de su necesidad.

Jean-Claude se apartó, y Requiem se colocó encima de mí. Tan solo, el corazón tan dolorosamente solitario. Solitario durante tanto tiempo. Tú alimentas el *ardeur* con el sexo, pero sus dones son más que eso. A veces se puede ver en la gente, ver lo que más desean, lo que más necesitan, y puedes ofrecérselos. Puede ofrecerles el deseo de su corazón, ya veces incluso puedes darles exactamente lo que prometiste.

Por un instante pude ver tan profundo en Requiem que me puse a llorar. Llorando sin mis lágrimas, sino las de él. Él quería el *ardeur* otra vez, sí, pero más que eso, quería un lugar de refugio. Un lugar donde pudiera dejar de tener miedo; había tenido miedo por demasiado tiempo. Temeroso de que Belle lo arrastrara de nuevo, y lo hiciera sufrir por toda la eternidad para enamorarse de alguien más.

Sentí su miedo, su soledad, su pérdida, como golpes en mi corazón, y al final, hice lo único que le mantendría bien y a salvo de verdad. Le hice mío.



TREINTA Y DOS

Casi toda la ropa desapareció en un torbellino de manos y cuerpos, pero fue cuando envolvió las manos alrededor de mi cintura, y lo rompió en dos, señalando mi cuerpo por fuera de la cama, que recordé. Tuve suficientemente presente en mente de asegurarme que no destruyera la pistolera del hombro, pero cayó al suelo con trozos de pantalones vaqueros y camiseta. Requiem, con su poesía, su contención caballerosa, se desvaneció en el *ardeur*, y el poder de su propia magia.

Me alimenté en el tacto de sus manos, en el roce de sus labios, la sensación de su piel desnuda rozándose junto a mí, su peso sobre mí. Requiem y yo nunca habíamos estado desnudos juntos, y por primera vez compartíamos con Nathaniel y Damian. Ellos sabían lo que estaba haciendo, podían sentirlo, porque había abierto la marca entre nosotros, para que cada toque, cada beso, cada movimiento, alimentara su energía. El corazón de Nathaniel empezó a latir seguro y fuerte, pero la chispa de

Damian aún parpadeaba, vacilando entre la vida y la muerte.

Nathaniel pudo hacer su corazón latir, pero Damian no pudo. Damian necesitaba más que estos pequeños toques de *ardeur*. Había llegado a donde podía alimentar al *ardeur* con pequeñas toques, pero necesitaba un orgasmo para una alimentación completa. Bueno, para una real, verdadera, para una alimentación completa necesitaba orgasmos de todos los involucrados, pero uno era suficiente para acabar. Teníamos que acabar.

Requiem descansaba encima de mí, presionando cada centímetro de su desnudez contra mí, pero puso su cuerpo encima del mío, no en su interior. Me presionaba hacia abajo en la cama, besándome como si fuera a comerme de la boca hacia abajo, y sólo la suerte nos impidiera cortar nuestros labios con sus colmillos. La sensación de él, hinchado y duro, me hizo abrir las piernas y tratar de enrollarlas a su alrededor, se alejó. Se movió por encima de mí, manteniendo la mayor parte de su peso a distancia con los brazos y las piernas, como si tuviera miedo de tocarme demasiado. Todo parecía ir tan bien, y entonces volvió de nuevo en sí mismo, recuperó el control de alguna manera. Requiem controlado, volvió a ser un caballero. En una situación en la que no le habría culpado de aprovecharse plenamente, todavía parecía dolorosamente consciente de que no era mi primera opción, o incluso mi séptima. Trató de dar de comer al *ardeur* sin cruzar esa ultima barrera, porque sabía, o creía saber, que no lo quería.

—Requiem, por favor, por favor, terminarlo.

—Finalízalo —dijo él, su voz mostraba la tensión de su control—. Tus palabras te traicionan, Anita. Me utilizas sólo porque tienes que hacerlo, no porque me quieras.

La ira estalló a través de mí.

—Mi cuerpo te quiere, Requiem.

—Pero tu corazón no lo hace.

Grité, mitad por ira, mitad por la necesidad de mi cuerpo que se había levantado, y no iba a ser satisfecho. La idea de que podía hacer el *ardeur* más fuerte, que podía abrumarle con el. Un viejo pensamiento de los recuerdos de Belle, creo. Pero en su camino, Requiem había dejado claro que no quería ser comida, o mi amigo para follar. Cuando la presión había llegado a empujar quería ser más que eso. Lo comprendía, pero no podía dárselo. Eso era una cosa que no podía hacer. No podría amarlo.

—Necesito alimentarme, Requiem. Si no quieres ser alimento, entonces

baja.

Vi la lucha de emociones en su rostro. Creo que estaba luchando con la necesidad de su propio cuerpo, pero finalmente ese refinado sentido de si mismo ganó, y se deslizó hacia un lado, hundiendo el rostro en sus brazos. No salió de la cama, pero no me estaba tocando.

El *ardeur* todavía estaba allí, pero se desvaneció en la ira y la frustración de la adivinanza que era Requiem. Alcancé a Damian, y seguía estando débil. La energía que sentía en él ahora nunca se despertaba, no era suficiente para traerlo de vuelta a la vida por la noche. Si tratara de despertar ahora, y fallaba, ¿iba a morir? ¿Podría aumentar esa frágil chispa, y caer, nunca más ardiendo con vida?

Grité:

—¡Jean-Claude!

Se paró junto a la cama, al otro lado de la suave forma de Requiem que estaba llorando. Extendí la mano hacia él, pero dio un paso atrás, fuera de mi alcance.

—Hago que todos los demás vampiros de esta ciudad despierten al anochecer. No podemos arriesgarnos a cambiar una vida por muchas.

Grité, sin palabras, mi mano ascendió hacia el cielo, buscando a alguien. En ese momento había utilizado el *ardeur* para llamar a los alimentos, no deliberadamente, porque nunca lo había usado intencionalmente para llamar a una víctima para mí. Jean-Claude había dicho que el *ardeur* estaba llamando alimentos de su elección, y ahora sabía que tenía razón, porque pude sentirlo.

Sentí el *ardeur* transmitiendo no al azar como una especie de bomba de metralla, sino como un misil de alta tecnología en busca de calor. Sentí el *ardeur* rozar a Asher, conocía su gusto, pero su firma energética era débil. Todavía no se había alimentado. El *ardeur* rozó una docena de energías menores, pero al final encontró una que le gustaba.

Sólo sabía tres cosas sobre la energía que recibió la llamada, era de vampiro, no la había tocado nunca, y era de gran poder.

Una mano agarró la mía, y apuñaló un contacto a través de mí, uno duro, un apretado empuje de energía que estrechaba mi cuerpo, y arrancó un grito de mi boca. ¡Tanta necesidad, Dios!

Era London que se arrastró sobre el estribo de la cama. London, cuya mano en la mía ya me había alimentado con más energía que todos los toques de Requiem.

No sabía por qué, no me importaba. Era demasiado tarde para preocuparse.

Apretó su cuerpo completamente vestido sobre mí, colocándose entre mis piernas, para que pudiera sentirlo apretado y duro a través de su ropa. La sensación revoloteó en mis ojos cerrados. Sentí su rostro sobre el mío, y abrí los ojos para mirarle, tan cerca que era sorprendente.

Miré sus ojos a centímetros de distancia, y realmente no eran de color marrón en absoluto, eran negros. Un negro que hacía desaparecer sus pupilas, una isla de oscuridad en la parte blanca de los ojos.

Su rostro bajó hacia mí, su respiración se fugó en un sonido como un sollozo, antes de que presionara su boca contra la mía. Ese sonido me hizo recordar que había algo importante sobre London y el *ardeur*. Algo que tenía que recordar, pero me besó, y dejé de pensar en otra cosa que en la sensación de su boca en la mía.

No fue sólo la fuerza de su beso, sino que me alimenté de aquel beso. Como si su energía fuera algún licor dulce, derramándose en mi boca, por mi garganta. No había ningún esfuerzo para alimentarme de London. Se entregó al *ardeur* con un abandono que era exactamente lo que necesitaba. Puse esa energía en Damian, y sentí que su chispa comenzaba a crecer como una llama pequeña, vacilante.

Envolví mis brazos y piernas alrededor del cuerpo de London, apreté mis partes más íntimas contra la dureza a través de las ropas. Él sollozo de nuevo, su aliento caliente en mi boca. Creí que iba a retirarse del beso, pero me beso duramente, presionando, explorando, y le devolví el beso, envié mi lengua entre la nitidez de sus colmillos. Era como si tuviera más espacio para explorar, como si su boca fuera más amplia que la de Jean-Claude. Era casi un pensamiento claro, y podría haber recordado de lo que me había olvidado, pero London eligió ese momento para alimentar mis labios, besándome con fiereza, con la lengua, los labios y los dientes, y con la intensidad de su beso, el *ardeur* se alimentó duramente. La sal dulce de la sangre me llenó la boca, y me di cuenta de que uno de nosotros se había cortado con sus colmillos. Si hubiera tenido tiempo para pensar, incluso podría haber sabido quién, pero no me dio tiempo para pensar. Con el montículo de mi pecho en una mano, apartó su boca de la mía, y presionó la boca alrededor de mi pecho.

Chupó, duro y rápido, chasqueando la lengua sobre mi pezón. Lloré por él, mis brazos y piernas se alejaron de él lo suficiente como para que se

pudiera mover la fracción de pulgada que le permitió succionar con más fuerza, más rápido, siempre con la presión de sus colmillos como una promesa o una amenaza, contra mi carne.

Hizo un sonido, ansioso, casi lloriqueando, entonces me mordió, sus colmillos hundiéndose en mi pecho. Me trajo gritando, y sólo su peso evitó la parte superior de mi cuerpo de levantarme de la cama.

Se levantó, con los labios decorados con mi sangre. Sus ojos se ahogaron en el fuego negro, llenos de su propio poder. Apretó la boca de nuevo en la mía, pero levantó su cuerpo de encima. El sabor de mi propia sangre era como metal dulce en mi boca. Traté de arrastrar su cuerpo de vuelta encima de mí, pero sólo la boca me tocaba. Cuando se recostó encima de mí, sus pantalones no estaban, y tenía toda la dura longitud contra mi cuerpo desnudo. La sensación me hizo romper el beso para poder gritar.

Levantó la parte superior del cuerpo sobre mí, colocándose para penetrarme.

Conseguí verle a hurtadillas, antes de que se metiera dentro de mí, y mi mirada me arrancó de su cuerpo, hacia su cara sobre mí. Sus ojos estaban muy abiertos, habían perdido incluso el resplandor de vampiro, y había algo frenético en ellos.

Condujo su cuerpo tan profundo dentro de mí como pudo, empujó hasta que no hubo más espacio, y luego se quedó paralizado encima de mí. Se quedó inmóvil con el cuerpo sumergido en mi interior, y me miró. Su rostro estaba flojo con la necesidad y la lujuria, pero debajo de todo, estaba el miedo. Esa mirada, y recordé.

Era adicto al *ardeur*. Mierda.

Le dije:

—London, London, lo siento, lo siento…

Comenzó a arrastrarse a sí mismo fuera de mí. Pensaba que iba a parar. Pero salió sólo parte, y luego cayó de nuevo, y me folló. Me folló tan fuerte y rápido como pudo. Miré mi propio cuerpo, y le vi sumergirse dentro y fuera de mí, y en algún momento en medio de eso me corrí. Me corrí gritando, con las manos agarradas a su chaqueta, tratando de encontrar la carne al tacto, pero había demasiada ropa.

Me trajo, y el *ardeur* se alimentó con las olas de placer, con su sensación hundiéndose dentro y fuera de mí, con el sonido de su respiración, como lo cambió. Me recogió, en el último momento, me cogió,

me sentó en su regazo, con su cuerpo todavía dentro del mío. Me sentó en su cuerpo, y me envolvió los brazos y las piernas a su alrededor para ayudar a sostenerme en esa posición. Se sentó en la cama, hundiéndose aún dentro y fuera de mí, pero menos nítido desde este ángulo, era menos profundo. Miré su cara a centímetros de distancia, mis manos en los rizos cortos en la parte posterior de su cuello. Vi su cara crecer frenética, sentí su cambio de ritmo. Hundió la mano en la parte posterior de mi cabello, me sostuvo en su lugar, así que tuvimos que mirar a los ojos del otro. Con un último impulso fuerte se corrió, y me llevó con él. Grité, y habría inclinado el cuello hacia atrás, pero me mantuvo en el lugar, nos obligó a mirarnos la cara mutuamente.

Cuando su cuerpo tuvo espasmos en mi interior, no podía apartar la mirada. Tenía que ver su placer y su dolor.

Su mano se apartó del pelo, y me abrazó, con los brazos sueltos en lugar de frenéticos. Su corazón latía con fuerza contra mi cuerpo, su respiración demasiado rápida, tan terriblemente rápida. Se aferró a mí, suavemente, y le devolví el abrazo. Me había dado su todo. Había dejado que me alimentara. Damian estaba despierto, podía sentirlo. London me había ayudado a salvarlo, pero mientras le sujetaba, su pulso tronando contra mi mejilla, me preguntaba a qué precio. ¿Qué le costó al hombre en mis brazos?



TREINTA Y TRES

Cuando el pulso de London disminuyó, se sentó con suavidad sobre la cama, y le pidió permiso a Jean-Claude para usar el baño para lavarse. Jean-Claude se lo dio.

London se había quitado su pantalón por el resto del camino, así que estaba desnudo de la cintura para abajo, aunque su camisa y su chaqueta eran suficientemente largas para taparlo por detrás. Mantenía la camisa al frente para impedir el desorden, y el pantalón arrugado en la otra mano. No miró a nadie cuando entró y cerró la puerta detrás de él.

Dejó tras de sí un silencio tan fuerte que podía oír la sangre en mi cabeza.

Sabía que los vampiros podían estar tan quietos que era como si no estuvieran allí, pero era la primera vez que me daba cuenta de que los licántropos tenían su propia versión de la quietud. Por supuesto, había menos gente en la sala de los que empezamos. Era casi como si la gente

hubiera huido antes de que las cosas se pusieran mal. Algunos guardaespaldas.

Aunque, ciertamente, no miré mucho alrededor, para ver quién estaba en las esquinas de la habitación. Tal vez todos estaban allí, acurrucados alrededor unos de otros, tratando de guardarse del gran súcubo malo que trataba de conseguirlos.

Jean-Claude se movió en primer lugar, y era como si la pausa en un programa de televisión hubiera sido apagada. Se movió, y todos los demás respiraron, moviéndose. Las voces irrumpieron en un murmullo. Jean-Claude ayudó a ponerse en pie a Requiem, de donde había caído, aparentemente en el suelo. Tenía que haber dejado la cama en algún momento entre London y mi pequeña… alimentación. Incluso en mi propia cabeza, oí , Entonces esto es como ellos lo llaman estos días.

Requiem aferró el brazo de Jean-Claude. Habló bajo, con urgencia, como si tuviera algo importante que decir.

—Viene Damian, —la voz de Nathaniel me hizo dar la vuelta para mirarlo. Micah le ayudaba a subirse a la cama. Nathaniel se acostó a mi lado, con sus ojos color lavanda parpadeando en el techo como si todavía estuviera teniendo problemas para concentrarse. Tenía razón con Damian. Podía sentirlo venir por el pasillo de la sala de ataúdes donde había pasado su día durmiendo.

Le llevaría unos minutos llegar hasta aquí, así que me di la vuelta hacia Nathaniel.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Tratar de salvar a Damian? —Trató de hacer una broma de eso, y no se lo permití.

Toqué su cara.

—No bromees, Nathaniel.

Acurrucó la mejilla contra mi mano.

—Tú nos has salvado.

Tenía la garganta apretada, y me maldije si volvía a llorar de nuevo hoy.

—Estuvo cerca, y lo sabes.

Micah puso una mano en nuestros hombros. Nos agarró tensamente, como si estuviera luchando contra el impulso de sacudirnos. Su cara decía lo asustado que había estado, con más claridad que cualquier palabra.

Requiem cogió su bata del suelo, la envolvió en torno a sí, y se fue

hacia la puerta.

Nunca miró hacia atrás. Tal vez entendió finalmente que era comida. Esperaba que sí, porque necesitaba menos complicaciones en mi vida, no más.

Remus fue hacia Jean-Claude. Se puso de pie muy derecho y comenzó un saludo, luego se detuvo a mitad del movimiento, como un viejo hábito que vuelve. La voz que usó era una de esas duras voces de soldado.

—Solicito permiso para irnos de aquí, mis hombres y yo.

Jean-Claude le miró con la cabeza hacia un lado, como si Remus hubiera hecho algo más interesante que lo que yo estaba viendo.

—¿Y si necesitamos protección, Remus?

Remus negó con la cabeza.

—No podemos protegerte de esto, señor.

Jean-Claude miró detrás, más cerca de la chimenea. Yo seguía acostada, así que no pude ver lo que estaba viendo.

—Creo que algunos de tus hombres estarían en desacuerdo, Remus. Creo que varios habrían sido más que felices de ayudar a proteger a *ma petite*, en estas circunstancias. —Su voz era suave como la mantequilla cuando lo dijo.

Remus apretó la mandíbula con tanta fuerza que parecía doloroso. Su voz sonó tensa, como si estuviera apretando los dientes.

—No creo que eso fuera lo que nuestro Oba tenía en mente cuando le permitieron contratarnos, señor.

—Tal vez deberías preguntar a Narciso cuáles son sus reglas de compromiso, Remus —dijo Jean-Claude.

Remus le dio un guiño cortante.

—Lo haré, señor, pero con permiso, ¿puedo sacar a mis hombres fuera de aquí de una puñetera vez?

Vi pasar la idea, a través del rostro de Jean-Claude, de que podría decir que no.

Pero que eso fuera tan claro de leer significaba que lo estaba haciendo para que Remus lo viera.

—Ve, y llévate contigo a los hombres que quieran dejarnos.

Remus negó con la cabeza, las manos en puños a los lados.

—No, señor, estoy al mando aquí, y yo digo que todos salgan.

Jean-Claude miró a su alrededor, como si estuviera memorizando caras. Por último, asintió con la cabeza.

—Vete, y llévate a tus hombres, Remus. Hablaré con Narciso.

Remus pareció indeciso entonces, pero negó con la cabeza otra vez.

—No estoy diciendo que Narciso no disfrutara del espectáculo, señor, pero creo que si el detalle incluyera este tipo de cosas, no hubiera enviado ex militares y ex policías, en su caso. —Miró tan duro como pudo al hombro de Jean-Claude. Me di cuenta de que Remus estaba evitando la mirada de los vampiros—. Si Narciso hubiera querido que nuestra labor… —parecía buscar las palabras—, se ampliara, tiene otros… hombres para enviar.

—Pero no todos los hombres en la sala son hienas, Remus —dijo Jean-Claude—. ¿Hablas por las ratas de Rafael también?

—Estoy al mando hasta el relevo, así que sí, sí señor, lo hago.

Otra voz se oyó desde la pared del fondo, masculina, y profunda, pero no pude ubicarla, al principio. Pepito entró a la vista.

—Yo soy el hombre de Rafael, y estoy de acuerdo con Remus. —Pepito era un hombre inquebrantablemente grande, pero se veía sacudido ahora. Estaba positivamente pálido. ¿Qué habían sentido cuando el *ardeur* se movió a través de la sala probándolos como algo delicioso? ¿Qué habían sentido, había asustado tan malditamente a Pepito y a Remus, o tal vez les ofendió? Tal vez.

—Entonces, por todos los medios, váyanse —dijo Jean-Claude, e hizo un gesto hacia la puerta.

Remus se dirigió a la puerta, pero no pasó. La abrió y la sostuvo. Pepito le indicó a los hombres que estaban más atrás en la habitación. Habría tenido que sentarme para ver más allá de la cabecera, y no estaba segura de querer mirar. Empecé a tirar de las sábanas. Por alguna razón quería cubrirme un poco cuando los guardias salieran.

Micah tiró de las sábanas y nos cubrió la mayor parte a mí y Nathaniel. Se quedó arrodillado junto a nosotros en la cama, mientras los guardaespaldas salían en tropel. Luché con dos instintos opuestos. Quería esconderme debajo de las sábanas, así nadie me vería, y no tendría que encontrarme con los ojos de nadie.

Pero sabía que si lo hacía nunca sería capaz de mirar a ninguno de ellos a la cara de nuevo. Hice lo único que podía hacer, los fulminé con la mirada. Un frente desafiante era toda la esperanza que tenía para mantener cualquier nivel de control o respeto por parte de ellos. Sí, había habido una emergencia y había tenido que alimentar al *ardeur*. Técnicamente, los

guardias lo habían entendido.

Pero en realidad, como Remus había dicho, la mayoría de ellos eran ex-militares o ex-policías. Lo que significaba que una mujer siempre estaba trabajando hacia arriba con ellos de todos modos. Me habían visto teniendo relaciones sexuales con un hombre, y una vez que la historia les rodeó serían más. Lo realmente extraño sobre los rumores sería que algunos de los hombres que habían sido testigos de todo, estarían convencidos de que había tenido sexo con más hombres. Tendría suerte si algunos de ellos no decía que él mismos había tenido relaciones sexuales conmigo. Habían comenzado rumores después de las escenas del crimen donde no había hecho nada sexual. Esto no había sido nada.

La mayor parte de los guardias parecían ansiosos de evitar el contacto visual como yo. Pero no todo el mundo. Fulminé con la mirada a la mayoría, pero algunos me dieron una mirada audaz. El tipo de mirada que no quieres ver fuera de un club de striptease. La mirada que decía que había pasado de ser un ser humano a ser sólo tetas y culo. Traté de recordar quien me miraba de esa manera, así podría alejarlos de mí más tarde.

Micah se inclinó sobre Nathaniel y yo, susurrando:

—Los veo. —Iba a memorizar las caras, también. Bien, porque aún estaba débil, y no confiaba en mis propios ojos para mantener correctamente las caras en los lugares correctos.

Siempre tengo problemas para sostener una mirada cuando estoy más desnuda que el resto de la habitación. Nathaniel se acurrucó contra mí, bajo la sábana.

Tenía un brazo libre de las mantas, por lo que pudo poner su brazo desnudo a través de mi cintura cubierta. Frotó la barbilla en el lateral de mi pecho, arrastrando la sabana hacía abajo, de manera que tuve que mantenerla en su lugar.

Le miré, dispuesta a decirle para que lo viera, pero la mirada en su rostro detuvo las palabras antes de que pudieran comenzar.

Miraba a los hombres también, pero él no era evidente. Su rostro se sentía caliente, y prometía sexo, pero sobre todo era posesivo. Esa mirada que tiene un hombre cuando otro hombre usurpa a su «mujer». Nathaniel, que compartía mejor que cualquier hombre en mi vida, estaba marcando su territorio. Esa mirada oscura, posesiva, nunca dudó en el desfile de hombres. Descansó el lado de la barbilla contra el montículo de mi pecho, dejando claro que tenía derecho a estar allí, así, conmigo, y ellos no. No

pensé que sería Nathaniel el que comprendiera el problema, pero lo había hecho.

Hubo un asalto en la puerta, una confusión de movimiento, como un atasco de tráfico. Vi el destello de pelo rojo como la sangre, y esperaba que fuera Damian en su propio poder, pero no fue así. Richard entró por la puerta, con su brazo en la cintura de Damian, el brazo del vampiro por encima del hombro. Damian se inclinó sobre él tan fuertemente que Richard medio lo arrastró hacia la cama.

Me senté, dejando la sábana en mi cintura y no me preocupé por estar en topless.

Nathaniel se incorporó, también, les alcanzamos. Dije:

—¡Damian! —Llegué a por él con las partes menos físicas. Su energía era débil, pero era más como si no se hubiera despertado por completo de su letargo durante el día.

Sus piernas cedieron por completo, y Richard lo llevó en sus brazos como a un niño los últimos metros. Puso a Damian a mi lado, el largo pelo rojo escondía la cara del vampiro. Le aparté el pelo para poder ver su rostro. Parpadeó hacia mí, los ojos de un verde brillante perfecto, verde como la hierba de verano. Era los ojos de Damian, que habían puesto el listón tan alto en los ojos de color verde. Nadie más podía compararse con esos ojos. Trató de concentrarse en mí, pero no parecía capaz de hacerlo.

Le toqué la cara, y su piel estaba helada.

—Alimenté al *ardeur* ¿por qué no esta mejor?

Jean-Claude puso su mano sobre la frente de Damian. Richard dijo:

—Lo encontré desplomado contra la pared, justo debajo de la sala de ataúdes. Cuando Remus pidió refuerzos, todos los guardias vinieron aquí. Damian estaba tratando de rastrearte.

—¿Qué te hizo pensar ir a ver cómo estaba? —preguntó Micah, todavía de rodillas sobre la cama.

—Me acordé de lo mal que se puso la última vez que se rompió su vínculo con Anita. Pensé que alguien debía comprobarle.

—Muy bien pensado, *mon ami*. —Jean-Claude me tocó la mejilla, luego a Nathaniel mientras mantenía la otra mano en el rostro de Damian. Por último, dio un paso lejos de todos nosotros, con el ceño fruncido—. Creo que parte de lo que está mal es simplemente que Damian ha despertado demasiado pronto. Sólo los maestros muy poderosos entre nosotros despiertan antes del mediodía, incluso a grandes profundidades.

Damian no es maestro. Creo, *ma petite*, que le llamaste desde su ataúd, pero incluso con energía extra era demasiado pronto.

Sostuve una mano helada en las mías.

—¿Estarás bien? ¿Te hice daño?

—Voy a estar bien, —la voz de Damian fue lenta, pesada, como si estuviera drogado.

Le sonreí.

—Damian, lo siento mucho.

Logró una débil sonrisa.

—Estaría bien, —hizo una respiración entrecortada—, si quieres dejar de matarme porque no quieres follar con otras personas.

No sabía si sonreír o exasperarme.

—Creo que Damian se sentiría mejor si Nathaniel le tocara, también —dijo Jean-Claude.

Nathaniel tomó la mano de Damian en la suya, y el poder se interpuso entre nosotros. Me hizo jadear. Era como si un circuito se hubiera completado. La energía zumbó de mi mano, a través del cuerpo de Damian, a la mano de Nathaniel y viceversa.

Damian respiró profundo, jadeante, casi como si le doliera. Juró, en voz baja.

—¿Te duele? —preguntó Nathaniel, con aire preocupado.

—Maravilloso —susurró Damian—, se siente maravilloso, están tan caliente.

Curiosamente, estaba casi segura de que estaba hablando con Nathaniel.

—Señor, discúlpeme, señor. —Era Remus; los nervios siempre le hacían hablar como un militar. Por supuesto, funcionó. Jean-Claude y Richard, ambos, se volvieron para mirarlo. Todos le miramos, a excepción de Damian, que había cerrado los ojos.

—Sí, Remus —dijo Jean-Claude.

Finalmente, me miró, algo así. Nunca le gustó el contacto visual directo, pero parecía incapaz de mirar a mi hombro, como es normal, porque mis pechos estaban en el camino.

—Te debo una disculpa, Blake. —Lo dijo de tal manera que, disculpa o no, era obvio que no quería decir lo que estaba diciendo.

Le di tan buen contacto con los ojos como él me permitió.

—¿Qué disculpa me debes, Remus?

Se sonrojó, y llenó algunas partes de su rostro con el color brillante,

pero entre líneas palideció, de modo que se podía ver que todas las partes de su rostro no encajaban del todo.

—Creí que eras sólo una… —se detuvo, parecía estar pensando en ello, y finalmente dijo:

—Bueno, ya sabes lo que pensaba.

Podría haber sido mezquina y decirle: no, no lo sé, y tratar de obligarlo a decirlo en voz alta. Pero sinceramente, no quería oírle llamarme puta. Pensaba que había sido suficiente.

—Está bien, Remus, podría pensar lo mismo si estuviera mirando.

Me dio una pequeña sonrisa.

—Si realmente es la vida y la muerte para ti y tu gente, entonces necesitas hablar con Narciso sobre guardias y alimento. —Casi se rió—. A lo mejor les dan un color diferente de camisa. —Sacudió la cabeza, y sólo dejó de hablar. Giró sobre sus talones y se fue, como si todo lo que había estado a punto de decir, quisiera detenerlo antes de decirlo, y abandonar era la única solución.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, y estuvimos totalmente libres de guardias, Micah habló en nombre de la mayoría de nosotros, creo.

—Él es un poco raro.

Me limité a asentir. Raro cubría a Remus. Había pensado que no le entendía porque no lo conocía tan bien, pero estaba empezando a pensar que meses a partir de ahora, no tendría ninguna pista más sobre por qué hizo o dejó de hacer las cosas. Algunas personas son misteriosas, y saber más de ellas no los hacen menos misteriosas. Menos confuso a veces, pero no menos misterioso.

Asher se apoyó contra el poste de la cama, cerca de nosotros. Su cara tenía una expresión que solía pensar que quería decir bromas, pero ahora sabía que significaba cosas peores y más oscuras.

—Richard —dijo, tan agradable—, ¿realmente nos dejaste porque estabas preocupado por la seguridad de Damian?

Richard frunció el ceño.

—Sí.

—¿En serio? —Asher logró poner en esa palabra un mundo de duda.

Richard se desplazó, incómodo, como si no supiera qué hacer con las manos.

—No quería ver a Anita alimentarse de Requiem. ¿Te hace feliz, saber eso? —preguntó a Asher.

Asher apoyó su mejilla contra la madera tallada, y asintió.

—En realidad, sí, sí.

—¿Por qué? ¿Por qué mi molestia te complace?

Asher envolvió sus manos alrededor del poste, a modo de apoyo, como si la escena fuera un escenario. La mayoría de los vampiros tenían un cierto aire dramático.

Los vampiros de Belle tenían más de su cuota a veces. No respondió a la pregunta de Richard, pero hizo una declaración.

—Podrías haberte quedado, Richard, porque no se alimentó de Requiem.

—Basta, Asher —dije.

—¿Parar qué? —preguntó, y el brillo en sus ojos me hizo saber exactamente que lo sabía y que estaba enfadado por algo. Enfadado con Richard tal vez, o tal vez enfadado por algo completamente distinto. Misterioso y confuso, no sólo se refería a Remus.

—Si estás enfadado por algo, dilo. Si no lo estás, entonces deja la rutina de bromas enfadadas.

Damian apretó mi mano tensamente. Tal vez sólo quería sentirse más fuerte, o tal vez estaba tratando de recordarme que no me enfadara. Uno de sus trabajos como mi siervo vampiro era ayudarme a luchar contra esos impulsos de enfado. Su propio auto-control había sido forjado por aquella-que-lo-hizo. Cualquier emoción fuerte era castigada eventualmente, horriblemente castigada. Había compartido lo suficiente de los recuerdos de Damian para saber que su creadora hacia parecer a Belle Morte el corazón de la bondad en comparación. Damian había aprendido a controlar todas sus emociones, sus impulsos, porque hacer otra cosa habría sido un desastre.

Agarró mi mano, no tan tensa como de costumbre. No estaba bien, por algún medio, pero sentía un tranquilo flujo de él a mí. Esa calma no era de meditación dulce y del ideal moderno de la paz de la mente, pero era el ideal más viejo, como si el control fuese tallado por el dolor y las penurias, y pintadas en las cicatrices a través de su carne.

—¿Esta Damian susurrando cosas pacíficas en tu cabeza, Anita? —preguntó Asher.

Su tono seguía siendo de broma y luz, pero en el fondo era el filo de la navaja del despecho.

—Ya sabes que querer total honestidad es sólo otra manera para mí de

ser un dolor en el culo —dije.

Asher me miró, con los ojos como el cielo de invierno.

—Sí.

—Lo que estás haciendo ahora es tu manera de estar enfadado, sin estar enfadado.

Burlarte con un mordisco de la misma.

Envolvió sus brazos alrededor del poste, dejando caer su cabello hacia delante para ocultar la cicatriz de su cara. Era un viejo truco, uno que rara vez hacía cuando estábamos solos Jean-Claude y yo. Miró a la sala con la perfección de su perfil enmarcado por su brillante espuma de pelo.

—¿Estoy enfadado? —Hizo la pregunta atractiva.

—Sí —dije, y era una declaración—. La pregunta es, ¿por qué estás enfadado?

—No he admitido estar enfadado. —Pero mantuvo ese perfil perfecto, ese brillo del pelo, de modo que mostró lo que consideraba su mejor ventaja. Estaba impresionante, pero había empezado a valorar la opinión de toda la cara, las imperfecciones y todo, más que esta timidez enfadada. Este espectáculo significaba que se sentía incómodo, o estaba tratando de convencernos de hacer algo. Asher rara vez coqueteaba sin una orden del día. A veces era por preliminares sexuales, o simplemente para hacernos sonreír, pero otras veces… bueno, no me fiaba de su estado de ánimo.

—Asher quiere hacerme saber quién te alimentó, y no quieres que me lo diga. —Richard lo resumió muy bien.

Bajé la cabeza. Damian puso los labios sobre mis nudillos, no era exactamente un beso. Solo tuve que abrir los ojos para mirar hacia su cara, donde yacía en la cama.

Me miró, y sus ojos no mostraban simpatía, sino la fuerza, control. Tú puedes hacer esto, parecían decir sus ojos, puedes hacer esto, porque es necesario hacerlo.

Tenía razón.

Miré a Richard. Pensé en levantar la sábana y ocultar mis pechos, pero todos en la sala los habían visto antes. La modestia no me libraría de la reacción de Richard por mi nueva conquista.

—¿Quién fue? —preguntó.

Me volví a Asher, y dije:

—Me dijiste hace unas horas que lo sentías, que estaba poniendo tus sentimientos heridos por delante de mi desastre. Te disculpaste, y trataste

de reparar el daño. ¿Todas tus disculpas valen la pena, Asher? ¿Una hora de remordimiento, y vuelves a ser un hijo de puta?

Sus ojos brillaban de ira, y su poder pasaba sobre mi cuerpo como un viento frío.

Luego se lo tragó, el poder, la ira. Se volvió ligero, si está vacío, para enfrentarme.

—Sólo puedo pedir disculpas una vez más, ma cherie, tienes toda la razón. Estoy lanzando un ataque. —Se apartó de la cama, e hizo una profunda reverencia, tan radical que arrastraba el borde de su pelo en el suelo. Se levantó con un gesto, como si estuviera moviendo una capa con una mano.

—¿Por qué lanzaste un ataque? —pregunté.

—¿La verdad? —Hizo una pregunta.

Asentí con la cabeza, realmente no estaba segura de querer esa verdad en particular.

—Porque él nunca va a ser mi amante. Él será tu amante, pero nunca estaremos juntos.

Por un momento no estuve segura de que estaba hablando. La confusión tuvo que haberse mostrado en mi cara, porque dijo:

—Ves, ma cherie, eso es, eso es, exactamente. Mi declaración podría referirse a tantos de tus hombres que ni siquiera sabes a quien me refiero.

La mano de Damian apretó la mía de nuevo. No estaba segura si era para mi comodidad, o para calmarlo. Damian tenía un toque homofóbico, y Asher no era una presencia reconfortante si se trataba de su fobia en particular.

—¿Quieres decir que estás enfadado porque sigo escogiendo hombres que no son bisexuales?

Asher pareció pensarlo por un momento y luego asintió.

—Creo que sí. No creo que lo supieras hasta que lo preguntaste a quemarropa, pero sí, creo que es por eso por lo que estoy enfadado. —Miró más allá de mí a Jean-Claude—. Cuando él no volvió a mí por miedo a que lo dejara, yo no volví a los demás por temor a que lo usará como una excusa para alejarse aún más de mí.

—Acordamos que íbamos a tener esta discusión en otro momento —dijo Jean-Claude, con una voz que estaba tan vacía como ninguna que le hubiera oído nunca.

Asher asintió con la cabeza.

—Pensé que podía esperar, pero me ahogo de cosas no dichas, Jean-Claude. —Se refirió a Richard—. Pero debemos ser cuidadoso delante de él, también. No serviría de nada espantarle. No queremos que sepa que lo encontramos hermoso, ¿verdad?

—Asher, —empecé a decir, pero Micah terminó por mí.

—Después de la visita de los maestros, que dejen la ciudad, y que sepamos que vamos hacer con el bebé, entonces todos vamos a sentarnos y hablar acerca de tus… agravios.

—No, no lo haremos —dijo Asher—, porque habrá otra crisis, otra razón para posponerlo.

—Te doy mi palabra de que Nathaniel, Anita, y yo nos sentaremos a hablar contigo sobre esto. No puedo prometer por nadie más.

Asher volvió la mirada azul de invierno a mí.

—¿Habla por ti?

Asentí con la cabeza.

—Lo hace.

Asher se dirigió a Jean-Claude.

—¿Y tú, maestro? —Había mucho sarcasmo en el maestro.

—No voy a estar obligado por palabras de Micah en todas las cosas, pero en esto, estoy de acuerdo. Vamos a discutirlo en detalle, pero solo si lo dejas por un poco más.

—Tu palabra —dijo Asher.

Jean-Claude asintió con la cabeza.

—La tienes.

Alguna tensión salió de Asher, casi como una liberación de energía. La habitación se sentía más ligera, el aire facilitaba la respiración.

—Voy a comportarme. —Miró a Micah—. Te doy las gracias, Micah.

—No me des las gracias, Asher, eres parte de la vida de Anita. Si vamos a hacer este trabajo, entonces tenemos que hablar entre nosotros.

—Siempre perfecto, ¿no? —dijo Richard, y su propia ira elevó el calor en la habitación.

—No —dije—, no, no más peleas. Hasta después de haber visto al médico esta tarde, quiero que cada uno de vosotros se comporte como un adulto de mierda, ¿vale?

Richard tuvo la gracia de parecer avergonzado. Asintió con la cabeza.

—Lo intentaré. Heredar tu temperamento hace que sea muy difícil no estar molesto todo el tiempo. —Dio una risita—. Si esto es apenas una

sombra de lo enfadada que te sientes todo el tiempo, me sorprende que no acabes de empezar a matar cosas. Dios, semejante rabia. —Me miró, sus ojos castaños llenos de tantas emociones—. Me dijiste una vez que tu ira era como mi bestia, y le resté importancia. Te dije que tu ira no se podía comparar a mi bestia, que no sabía lo que estabas diciendo. Estaba equivocado. Dios, Anita, Dios, estás tan llena de rabia.

—Todo el mundo necesita un hobby —dije.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Hay que aprender a controlar la rabia, Anita. Si realmente vas a cambiar, tienes que conseguir manejar la ira primero. —Su rostro se puso serio y dio un paso lo suficientemente cerca que podía tocarme la cara. En el momento en que lo hizo, nuestra energía saltó a él, los dos ofreciendo energía, y respondió. Richard y yo nos echamos hacia atrás al mismo tiempo, porque nos había lastimado, un golpe de electricidad.

Se frotó la mano.

—Jesús, Anita.

Utilicé mi mano libre para tocar mi cara. La piel hormigueaba donde la había tocado.

—Tengo los escudos abiertos entre los tres aquí.

—¿Podrías llevar a cuestas la energía de los dos triunviratos de Anita? —preguntó Micah.

—¿Llevar a cuestas? —Jean-Claude lo hizo una pregunta.

—El doble de energía —dije.

—Puesto que nadie ha formado nunca dos triunviratos, al mismo tiempo, no tengo respuesta. La energía responde al tacto de Richard.

Me froté la mejilla.

—Podrías decir eso de nuevo.

—¿Estás herida? —pregunto Richard.

Negué con la cabeza.

—Sólo es hormigueo.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. —Se pasó la mano por el lado de los vaqueros, como si estuviera tratando de frotar la sensación persistente.

La puerta del baño se abrió, London salió, vestido ahora, ajustándose su negra corbata. Salvo que sus ojos todavía estaban ahogándose en negro con el oscuro poder, parecía como siempre lo hacía. Se detuvo y nos miró a todos, porque lo estábamos mirando. Su rostro era arrogante, su versión de

negro. Me quedé mirándole, y no me parecía muy real que hubiéramos tenido relaciones sexuales.

Él nunca había estado realmente en mi radar, y ahora era la comida. Divertido maldito mundo.

—¿Dónde están todos? —Su voz era fríamente arrogante, y no coincida con las palabras en absoluto.

—Los guardias pidieron irse —dije—, y realmente, no me acuerdo cuando todos los demás salieron.

London caminó a lo largo del borde de la cama sin mirarme. Regresó a su frío, yo aislado, como si el sexo nunca hubiera sucedido. Estuvo a punto de hacerlo alrededor de la cama, pero su pie se enredó en las sábanas del suelo, y se cayó. Su brazo atrapado en la cama, y se puso de rodillas. Nos miró sobre la cama, como un gato que acaba de caer, y está tratando de fingir que tenía la intención de hacer eso.

Se puso de pie, apoyándose en la cama. Tiró de la colcha caída a un lado, y luego la pateó varias veces, con las manos en la cama para no perder el equilibrio. Le dio una patada a la colcha como si fuera algún tipo de enemigo que tenía que vencer.

Cuando el suelo estuvo suficientemente claro para él, se alisó la ropa de nuevo, y echó a andar con cuidado alrededor de la cama. Su hombro chocó contra el pilar de la cama, y cayó en la cama otra vez. Esta vez se las arregló para sentarse en ella, y no terminar en el suelo, pero no trató de levantarse de nuevo. Se quedó allí sentado en la cama, su negro sobre negro muy recto. Siguió mirando a la pared del fondo.

—Estás borracho —dije.

Él asintió con la cabeza sin volverse.

—No precisamente, pero borracho valdrá como descripción.

Jean-Claude caminó alrededor de la cama hasta que estuvo de pie delante del otro hombre. Le miró, y no pude decir si London le devolvió la mirada, o no.

—¿Cómo te sientes? —preguntó al fin.

Alguien soltó una risita, un nivel elevado, casi el sonido de histeria. Fue un momento antes de que me diera cuenta de que era London. Se dejó caer en la cama con los brazos y las piernas colgando fuera del borde. Allí estaba todo negro y esparcido contra las sabanas pálidas, riéndose. La sonrisa se convirtió en risa. Se entregó a la risa, como se había dado a sí mismo al *ardeur*. La risa era una buena carcajada limpia, un buen sonido,

pero ninguno de nosotros se unió a él, porque London no se reía. Este no era el caballero oscuro con su amor a las sombras y que no le gustaba todo lo demás. Esta riendo, el hombre agradable de la cama era alguien que nunca había visto antes.

Las lágrimas caían de sus ojos, ligeramente rosadas, con sangre, como todas las lágrimas de vampiro. Giró la cabeza hacia atrás para poder verme.

—Quería ocultártelo, pero nunca lo puedo ocultar.

—¿Ocultar qué? —pregunté, y mi voz sonaba casi con miedo.

—Qué bien se siente el *ardeur*. Belle dijo una vez que nunca había conocido a nadie que alimentara al *ardeur* tan bien como yo, o adicto a él tan rápidamente. —La risa desapareció de sus ojos, dejándolos desolados. De tanta alegría, a la pérdida, en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Eres adicto una vez más, *mon ami*? —pregunto Jean-Claude.

Volvió la cabeza para mirar a Jean-Claude.

—No lo sé a ciencia cierta, pero probablemente, *oui*, lo soy. —No parecía feliz ni triste. Era casi práctico.

—Dios, London, lo siento —dije.

Damian intentó incorporarse, pero Nathaniel y yo le tuvimos que ayudar, así que estaba apoyado entre nosotros.

—Lo siento, también.

London se encogió en la cama acostado de lado, y podía vernos.

—No lo sientan, me siento mejor de lo que me he sentido en siglos. —Cerró los ojos y respiró temblando—. Me siento tan cálido, tan… vivo.

Recordé cuando el *ardeur* fue en busca de comida, cómo había golpeado el radar. Tan poderoso, pero más que eso.

—El *ardeur* te reconoció como el poder más sabroso en la habitación. ¿Es por lo que fuiste adicto a él una vez?

—Requiem fue adicto una vez —dijo London—. ¿Te pareció sabroso, también?

—No es tan delicioso como tú, no.

—Belle dijo que mi poder era para alimentar al *ardeur*. Para utilizar un modernismo, soy una batería.

—Si eres un alimento bueno, entonces ¿por qué Damian no se siente mejor? —preguntó Nathaniel.

—No fue mi intención, pero creo que bebí mucha de la energía yo mismo. Era como estar perdido en el desierto durante años, y de repente ver un río, corriendo frío y profundo. Mi piel lo absorbió, no podía detenerlo.

Guardé la mayor parte de la energía, y lo siento por eso.

—No, no lo haces —dijo Nathaniel, su voz suave, pero segura.

London se echó a reír, un sonido brusco, feliz.

—Tienes razón, no lo hago. Sabía que iba a ser suficiente energía para mantener vivo Damian, y más allá de eso no me importaba. —Se encogió todo lo alto que era, fuerte en una bola, y me miró con la cara más insegura que cualquier cosa que había visto nunca en London—. Estoy a tu merced, traté de ocultar lo mucho que significaba para mí, pero no puedo, no podía ocultarlo de Belle tampoco. Ella me torturó con el *ardeur*. —Me miró con los ojos perdidos, y dijo—: ¿tú me torturarás, Anita? ¿Me harás rogar otra degustación?

Mi pulso estaba de repente en mi garganta, no por pasión, sino por miedo. El digno, asustado London estaba acurrucado en una cama mirándome con una mirada que sólo había visto en los ojos de Nathaniel. Conocía esa mirada. Decía: «Puedes hacer lo que quieras hacer, solo mantenme. Voy a hacer lo que quieras, sólo tienes que quedarte conmigo».

Ronnie siempre había sido capaz de encontrar hombres para tener un buen polvo sin complicaciones. A mí me parecía estar dirigiendo un hogar para hombres increíblemente complicados. En cuanto a un agradable polvo sin complicaciones, no habría reconocido uno aunque me mordiera el culo.



TREINTA Y CUATRO

Eran las dos cuarenta y cinco cuando estábamos en la habitación de maternidad del hospital St. John. Si hubiera estado más lejos de alguien podría haber pedido una habitación de parto, pero no delante de mí, no si ellos querían vivir. Decir que no estaba feliz habría sido quedarse corto en increíblemente proporciones gigantescas.

El Dr. North había echado una mirada a la multitud conmigo, y arregló una habitación privada para el examen. O quizás me conocería lo suficiente para arreglarlo antes de tiempo. La habitación tenía el papel de la pared con flores, y todo el mobiliario intentaba ser acogedor, o al menos pretendía que estuviéramos en un bonito hotel. Todo excepto la cama. La cama era más bonita que la mayoría, pero aún tenía rejas, y una de esas bandejas giratoria a los pies. Aún así era la cama de un hospital sin importar como estuviera los alrededores de emperifollados.

No estaba tumbada en la cama. Estaba paseando por la habitación,

porque estábamos esperando los resultados del análisis de sangre. Averiguaríamos en minutos cuan malas eran las noticias.

Micah estaba en un sillón en la esquina, quedándose fuera de mi camino, hombre inteligente. Teníamos a dos hombres leones con nosotros, uno estaba de pie tranquilamente contra la pared, y el otro en la habitación solo en la otra silla, leyendo. Joseph se había presentado con seis hombres leones para que eligiera entre ellos. Joseph en serio no le gustaba a Haven, el león de Auggie, y estaba esperando que hubiera elegido a otro, leones menos dominantes con los que jugar.

Bien por mí. Pero ¿cómo eliges entre relativos extraños? Cómo eliges a esos quienes te permitirán muy al final cambiarles, violentamente, a sus formas animales. ¿Cómo confías en que ellos no te enfrentarán?

Joseph me aseguró a mí y a Jean-Claude.

—Elegí sumisión, cuando discutí con Jean-Claude. Creo que estarán bien con que Nathaniel fuera a ti una vez, al *ardeur*.

—¿Eso que se supone que significa? —pregunté.

—Creo que serás capaz de alimentar el *ardeur* con ellos sin un completo contacto sexual. Si comprendo como funciona el *ardeur*, es solo dominio y poder lo que te mantiene de alimentarte de un beso.

—Eso es una teoría —dije.

Todos ellos parecieron suaves y sin acabar y demasiado frágil para mi vida, pero elegí a dos de ellos. Travis y Noel; rubio y moreno respectivamente. Travis era un jefe de negocios y Noel un jefe inglés. Noel llevaba gafas y tenía un examen el lunes. Se había traído los libros para estudiar. Travis solo se trajo a sí mismo.

Noel estaba leyendo para su examen e ignorando todo a su alrededor. Travis estaba observando todo con esos pálidos ojos marrones. Observaba en la manera en que los policías miraban, como si estuviera memorizando todo. Parecía particularmente interesado en Richard.

Mi cambio de guardaespaldas había cambiado al final, así que Claudia y Lisandro estaba en la esquina más lejana de la puerta, haciendo el guardaespaldas casual que era casi una depresión, pero no suficiente. Si ninguno de ellos había sido nunca militar o policía, nunca se mostraría. Solo eran idiotas malos, y eso era suficiente. Había dos guardias más fuera de la habitación, en la puerta, con los cuales el Dr. North había protestado, pero Claudia le había mirado fuertemente, y él aceptó. Uno de los guardias de fuera de la puerta era Graham, el otro era un hombre hiena que no

conocía. Ixion era su nombre, aunque lo había dicho como si lo odiara, y no lo hubiera tenido desde hace mucho. Narcissus tenía más diversión de lo que mostraba tener, poniendo nombres a alguno de sus nuevos hombres.

Ixion era un ex militar que aún tenía el pelo rapado, y parecía incómodo en ropas civiles.

Realmente no necesitábamos cuatro guardaespaldas, pero era la única manera en que Claudia podía ver para llevarnos a un lobo que cambiaría por mí en el hospital si lo necesitaba, sin dejar que Richard supiera que ninguno de nosotros confiaba en él para tomar mi bestia en una emergencia. Graham era mi lobo en el hoyo, por decirlo así, y Ixion consiguió venir porque Claudia prefirió que todos los guardias estuvieran por parejas. Si estábamos fingiendo, teníamos que hacerlo bien.

—Vas a agotarte, Anita —dijo Richard.

—Entonces me agotaré —dije bruscamente, y supe que lo dije bruscamente, y no tenía nervios para soltarlo con cuidado.

Se apartó de la pared, y caminó hacia mí. Levantó una mano, como si me fuera abrazar, o consolarme.

—No lo hagas —dije, y seguí caminando hasta la ventana haciendo una parada y girando.

—Solo quiero ayudar, Anita —dijo.

—Pasear ayuda —dije, sin mirarle. ¿Por qué no podía comprender que solo quería estar sola de una jodida vez? Micah lo comprendió. Nathaniel había querido venir, pero el cambio de antes le había agotado. Una vez golpeas tu forma animal normalmente pasas entre seis y ocho horas en él; si cambias antes viene con un precio. Si iba no iría a estar bien, esta noche necesitaba descansar. Si le hubiera dejado atacar a Damian, ambos podrían sentirse mejor antes de que la noche cayera.

Richard tocó mi hombro cuando pasé a su lado. Me aparté de él y seguí caminando. Si hubiéramos podido averiguar una manera para traer a Damian conmigo, lo habríamos hecho. Él me ayudaría a calmarme, y lo necesitaba. Pero los vampiros no viajan bien durante el día.

—Si no te calmas —dijo Richard—, podrías llamar a tu bestia. No quieres eso, no aquí.

Paré y le miré.

—Eso acabaría con el problema, ¿no?

—Tú no quieres eso —dijo.

—Infiernos si no lo hago.

—Ulfric. —Fue Travis, desde la esquina de la pared.

Richard se giró hacia él.

—Ulfric, ella está quemando la energía de sus nervios paseando.

—Ya lo sé —dijo Richard en una voz menos que amistosa.

—Si haces que deje de pasear, entonces ¿dónde irá la energía?

Richard abrió su boca, la cerró, y asintió.

—Tienes tu punto. Creo que me está poniendo nervioso de verla pasear.

—Entonces no mires —dijo Travis, como si fuera la cosa más fácil del mundo.

Richard soltó una profunda respiración, y dijo:

—Iré a tomar algo de aire. Estaré bien ahí fuera, lo prometo.

Paré de pasear para decir:

—Sé que lo harás.

Él asintió, y salió. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Travis dijo:

—Gracias a Dios. Uno de vosotros nervioso es suficiente para una habitación de este tamaño.

Le miré.

—¿Richard está nervioso?

Micah rió.

—Sí.

Me abracé con mis brazos tensamente.

—Creo que estoy tan nerviosa que no lo noté.

—Tienes derecho a estar nerviosa —dijo Claudia desde cerca de la puerta.

Asentí, pero no me gustaba creerlo. Hubo una llamada en la puerta. Salté, y me giré hacia esta, mis dedos hincados en mis propios brazos. No me estaba abrazando ahora, me estaba aferrando, como si mis uñas estuvieran hincadas en ese último trozo de roca de cornisa antes de caer gritando en el abismo.

Graham abrió la puerta lo suficiente para asomar su cabeza dentro, y dijo:

—El médico está aquí.

—Déjale entrar —dijo Claudia, y su voz agarraba tensión. ¿Estaba haciendo que todo se volvieran locos con los nervios?

El Dr. North entró, con una mirada hacia Ixion, aún en la puerta.

—Tus hombres están poniendo de los nervios a las enfermeras y a los pacientes. ¿Podrían entrar en la habitación?

Miré a Claudia. Ella era la que estaba al cargo. Asintió, y envió a Lisandro a abrir la puerta e invitar a Graham y a Ixion a entrar. Graham encontró un trozo de pared para apoyarse. Me dio una sonrisa nerviosa que creo que quería ser consoladora. Ixion frunció el ceño a la habitación entera, y no pareció saber donde ponerse. La habitación estaba llena de un poco de gente.

—La ventana, Ixion —dijo Claudia—. No es que todos los que nos cazan vengan a través de las puertas. —Realmente no estábamos en mucho peligro desde el ataque directo, pero les dio a los hombres algo donde quedarse que estuviera lejos de la cama y de lo que fuera que estaban haciendo.

Aunque si había un examen pélvico acercándose, entonces todos los que no podían ser el padre se irían.

Cuando Ixion se hubo situado contra la ventana, el Dr. North miró alrededor de la habitación.

—¿Quieres esta discusión delante de todos?

—Acaba de hacerme entrar a dos personas extras, doc.

Él sonrió.

—Quiero decir, quizás querrías que algunos de ellos fueran a la cafetería.

Suspiré, y sacudí mi cabeza. ¿Cómo podría explicar que si las noticias eran lo bastante malas necesitaría a uno, o a todos, de mi personal de soporte? No podía, así que no lo hice.

—Sólo escúpalo, doc, ¿vale? El suspenso puede conmigo.

Él asintió, ajustando sus gafas. La puerta se abrió detrás de él, y Richard entró.

—¿Me he perdido algo?

Sacudí mi cabeza.

—Anita —dijo el Dr. North—, vas a desangrarte si no dejas de hincarte las uñas en los brazos.

Miré mis manos como si acabaran de aparecer al final de mis brazos. Mis dedos estaban duros por la tensión cuando los despegué de mis brazos. Pequeñas medias lunas de mis uñas decoraban mi piel. Casi sangrando, casi.

Richard me ofreció su mano. Dudé, luego la tomé. La energía picaba entre nosotros; ambos estábamos demasiado nerviosos para ayudarnos mutuamente. Se apagó, levantando los escudos, y su mano fue cálida y real

en mi mano. Aprecié el esfuerzo por su parte, después había mirado lo que me había hecho en mis propios brazos, pero finalmente perdí la batalla para no mirar detrás de mí hacia Micah.

Estaba casi aterrada jugando al ego de todos. Demasiado aterrada por no querer envolverme a mí misma en tanta comodidad como pudiera encontrar.

Micah llegó a mi otra mano. Richard se tensó, sin quererlo, y no fue capaz de esconder lo que él no quería, pero no se alejó ni un poco. Apreté su mano, y apoyé mi cabeza contra su hombro para dejarle saber cuanto significaba para mí el esfuerzo, porque lo hacía. Realmente lo hacía. La atención extra me ganó una sonrisa, esa sonrisa que brillaba en toda su cara. La sonrisa que una vez había tenido que dar mi corazón para ver.

Me giré de vuelta al médico, aferrándome a los dos, y sintiéndome mejor por eso.

Me hubiera gustado jugar mejor, pero aferré sus manos como si fueran las últimas piezas de madera como un ahogado en el océano.

—Les tengo que hacer un análisis de sangre por segunda vez, Anita.

—Eso no puede ser bueno —dije.

—¿Es por eso que le pidió que se siente? —preguntó Claudia.

El Dr. North la miró.

—Ella puede sentarse si quiere. —Se giró hacia mía, con una sonrisa—. ¿Quieres sentarte?

—¿Necesito sentarme?

Su sonrisa se hizo más grande, y miró a los hombres a cada lado.

—No lo creo, pero si lo haces, creo que conseguiré suficiente soporte. —Asintió hacia Micah y Richard.

—Sólo dígamelo, doc —dije. Mi voz tensa, pero normal. Puntos para mí.

—¿Puedo ser absolutamente sincero delante de todos en esta habitación? —preguntó.

Luché la urgencia de gritar, y me las arreglé para decir:

—Sí, sí, sólo dígalo. Dios, por favor, sólo dígalo.

Él asintió, otra vez.

—¿Eres consciente de que tienes licantropía?

Asentí, entonces fruncí el ceño.

—Soy consciente de que llevo licantropía.

—Es divertido que lo digas de esa manera —dijo—. Tu muestra de

sangre es única, Anita.

—Aprendí hace semanas que llevo leopardo, lobo, león, y algo que los médicos no pudieron identificar.

Me dio una mirada.

—Sabes que es imposible llevar más de una variedad de licantropía. Se cancelan mutuamente. No puedes llevar más de una.

Asentí otra vez, apretando las manos que me agarraban.

—Todo eso lo sé. Es un milagro médico, bla-bla-bla, sólo vaya a la parte del embarazo. ¿Tengo el síndrome de Mowgli, o el síndrome de Vlad?

Me dio un buen contacto visual, de una manera demasiado seria, y dijo:

—Sí, tanto como el examen puede decirnos.

Mis rodillas cayeron, y podría haber golpeado el suelo, pero Micah y Richard me sujetaron. Alguien trajo una de las sillas, y los hombres me bajaron a ella.

Mantuvieron sus manos en mí, y cada una de ellos puso una mano en un hombro, como si no confiaran en mí para caerme hacia delante. No era tan malo, aún no.

Aún no.

—¿Qué quiere decir con, «tan lejos como el examen puede decirnos»? —preguntó Micah.

—Los dos síndromes son como la licantropía; no puedes tener ambos. Un feto no puede llevar tanto el síndrome de Vlad como el de Mowgli. Si Anita no llevara cuatro tipos diferentes de licantropía, algo médicamente imposible, diría que tenemos gemelos, pero por la otra muestra de sangre, y algunos de los otros exámenes…

Su boca siguió moviéndose, pero todo lo que podía oír en mis oídos era la sangre rugiendo a través de ellos. Richard y Micah me ayudaron a poner mi cabeza entre las rodillas, y evité caerme de la silla. La cabeza entre mis rodillas ayudó unos pocos momentos. Pero me alegraba de tener sus manos sobre mí, manteniéndome en el lugar. No soy débil, pero me había desmayado antes, y esto se sentía terriblemente familiar. Jesús, gemelos. Hablando que el karma lo devuelve, como interés. Gemelos con dos de los peores defectos de nacimiento conocidos en la ciencia moderna. Dulce María, Madre de Dios, ayúdame en esto.

La voz del Dr. North llegó justo de delante de mí. Estaba arrodillado por mí.

—Anita, Anita, ¿puedes oírme? ¡Anita!

Me las arreglé para asentir con mi cabeza.

—No quiero darte falsas esperanzas aquí, porque a mi saber la única manera para que el examen sea positivo para estos síndromes es estar embarazada, pero tu test de embarazo fue negativo. Dos veces.

Levanté mi cabeza, lentamente; uno, porque fue lo más rápido que me podía mover por seguridad, y dos, porque no creía que había oído lo que había oído.

—¿Qué? —pregunté, en una voz que no sonaba a mí después de todo.

Él estaba arrodillado delante de mí, y era lo bastante alto y yo lo bastante bajita para que hiciéramos un contacto visual perfecto. Su cara era sincera, preocupada alrededor de los bordes. Habló lentamente, cuidadosamente.

—Tu test de embarazo dio negativo.

Le fruncí el ceño.

—Pero dijo…

Él asintió.

—Lo sé. No comprendo el resultado del test tampoco. De hecho, las enfermeras y los internos están echando un pulso ahora mismo para conseguir ayudarme hacer un ultrasonido.

—¿Un pulso?

—Sí.

—No importa lo que ocurra con el ultrasonido esto es un hallazgo médico, tanto como alguno de nosotros sepa. O has dado positivo en el test a los dos síndromes en el que pensábamos que necesitamos un test de embarazo positivo. O hay algo en tu muestra de sangre Anita que la hace positivo a todo. —Me miró, aún arrodillado—. ¿Eres un licántropo? Quiero decir, ¿un cambiaformas?

Sacudí mi cabeza, luego asentí.

—Hasta ahora no.

—¿Qué significa «hasta ahora no»? —preguntó él.

—Eso significa, que estoy cerca.

Micah dijo:

—Creímos que iba a cambiar hoy.

—¿Cuánto tiempo has estado llevando múltiples variedades de licantropía?

Micah me miró. Me encogí de hombros.

—Cerca de seis meses, creemos. Cuando no cambió, asumimos que no lo había cogido.

El Dr. North asintió como si eso tuviera sentido.

—Lógico, avanzamos un punto.

La literatura dice que a la primera luna llena cambias, el ciclo. Pero estás diciendo que ha tenido seis lunas llenas, y nada.

—No hable de mí como si no estuviera aquí —dije.

—Lo siento, Anita. Pensaba que tendría que darte unos minutos para recuperarte.

—Estoy tan recuperada como puede estar —dije. Tomé una profunda respiración y la solté despacio. Me aparté de sus manos—. Puedo sentarme, estoy bien.

—Anita, —y esta vez fue Micah—, déjanos ayudarte, por favor.

Intenté encontrar la energía para conseguir gruñir a eso, pero no lo tenía que permitir.

—Vale, sólo sujétame, no me sujetes a la silla. Es como estar atrapada. —Atrapada, sí, eso lo cubría.

Micah descendió su mano, y después de un latido, la sujeté. Richard hizo lo mismo al otro lado, y tomé su mano, también. Estaba siendo valiente, pero si las noticias seguían siendo tan interesantes, podría necesitar algo a lo que agarrarme.

—Los resultados de la muestra de sangre llegaron con el mismo resultado que en los otros dos exámenes. De acuerdo con todo lo que pensamos que sabemos, eso es imposible, quiero hacer un ultrasonido. El ultrasonido mostrará si estás embarazada o no. Seremos capaces de verlo. Si no lo vemos, entonces no estás embarazada. La prueba en casa fue un falso positivo, y la muestra de sangre tiene razón.

—¿Y si estoy embarazada?

Él luchó su cara, intentando encontrar algo en la forma del cabecero que se ajustara.

—Entonces haremos eso.

—Dos bebés, uno que crecería tan rápido que estaría listo para nacer en semanas, y un segundo bebé que podría intentar comerse su camino para salir de mí, o comerse a su gemelo. —Mi voz era mía otra vez, práctica. Podría haber estado hablando sobre lo que tenía para cenar.

Alguien dijo:

—Jesús. —La mano de Richard se tensó en la mía hasta que casi dolió,

pero no le dije que soltara. Quería sentirle ahí. Micah añadía una segunda mano, agarrando mi brazo, también. Al menos ninguno de ellos fijó la gran mentira, que estaría todo bien. No iba a estar todo bien.

El Dr. North me pestañeó. Nunca es bueno ver a tu médico hacer ese lento parpadeo de oh-Dios-mío.

—Creo que sería el peor escenario, Anita. Hagamos el ultrasonido, entonces sabremos con lo que tratar. —Se puso de pie, sacudiendo las piernas de sus pantalones, y sin encontrar los ojos de nadie. Creo que había sido un poco pesimista para el Dr. North. Yo, siendo demasiado pesimista, demonios, sí.



TREINTA Y CINCO

Conseguí acostarme en la cama. El Doctor North bajó la barra para que pudiera obtener el equipo de ultrasonido y estuviera lo suficientemente cerca. La barra al otro lado se bajó para que la multitud pudiera reunirse alrededor. No había estado exagerando acerca de los internos y las enfermeras que echaban un pulso. Bueno, tal vez más o menos el método de elección, pero todos querían estar allí.

Estábamos teniendo una rareza médica, si no era por la historia clínica, no importaba lo que estuviera sucediendo. Me sentía como una exhibición en el zoológico.

El Dr. North se me adelantó, diciendo:

—No necesitamos tanta gente.

Uno de los internos dijo:

—Vaciemos algunos de su gente.

Le miré directamente, y dije:

—¡Fuera!

Empezó a discutir.

El Dr. North dijo:

—Vete de aquí.

El interno salió. Los restantes médicos jóvenes eran mucho más educados.

Las enfermeras consiguieron ser sacadas completamente, aunque uno de los médicos era mujer.

Claudia salvó el día, un poco, diciendo:

—Anita, era un gilipollas, pero para esto, podemos salir algunos de nosotros. Voy a asumir —y miró a la bata blanca—, que algunas de estas personas están aquí para ayudar. Independientemente de lo que la ecografía muestre, no tenemos la experiencia médica para ofrecer sugerencias. —Le indicó a su gente hacia fuera, diciendo—: Vamos a estar justo al lado si nos necesitan.

Llamó a Travis y Noel.

—Los dos, venís con nosotros.

—No somos guardias —dijo Travis—. Joseph nos dio a Anita, no a ti.

—Ahora no es el momento de ser un dolor en el culo, Travis —dije, y mi voz todavía no estaba en calma. Se estaba empezando a derrumbar alrededor de los bordes.

Él no discutió después de eso. Simplemente se fue. Noel le siguió, sosteniendo su libro y su mochila. Claudia me miró antes de que saliera. Casi la llamó de nuevo, pero no lo hice. No éramos amigas íntimas, pero confiaba en ella. Confiaba en Micah, y confiaba en algún un punto en Richard. Pero no eran partes neutrales, y puede ser que necesitara una cabeza más fría, no por los personalmente involucrados. La puerta se cerró detrás de ella antes de que pudiera decidir decir Quédate. Decisión tomada.

El Dr. North comenzó a enviar internos fuera, hasta que se redujeron a tres. Eso dejaba el espacio suficiente para Micah y Richard de pie, cerca de la cabecera de la cama en el lado opuesto de las cosas del ultrasonido. Sólo tenía una mano para ofrecer, y Micah la consiguió. Richard terminó agarrando mi hombro, pero bendito sea, no discutió sobre eso. Tal vez la adulta realidad finalmente nos había golpeado a todos, y las riñas se detendrían. Tendríamos esperanza.

Tuve que quitarme la chaqueta, que mostró el arma y la funda del hombro. Estaba usando el cinturón adicional que tenía en casa de Jean-

Claude, pero estaba por debajo de dos, así que tendría que enviar de compras a Nathaniel a por más cinturones de cuero pronto. La única mujer interna se quedó mirando la pistola, con rápidos destellos de sus ojos, como si nunca hubiera visto una antes.

Tuve que deslizar la correa para sacarla, y desenganché la parte inferior de la plataforma del hombro, para que el médico pudiera arrastrar mis jeans hacia abajo alrededor de mis caderas. La pistola no estaba puesta cuando yacía en la cama, y tuve que usar ambas manos para bajarla. Supongo que podría haberla retirado y dejar a Micah sostenerla, pero quería que el arma me tocara. Era la única manta de seguridad que tenía conmigo, a excepción de Micah y Richard. Y puesto que los dos eran un poco responsables de meterme en este lío, bueno, tenía sentimientos encontrados acerca de aferrarme a cualquier persona que remotamente pudiera haber conseguido dejarme embarazada. Por primera vez, me pregunté si la vasectomía de un licántropo era algo absolutamente seguro.

—Esto va a estar frío —dijo el Doctor North, antes de que rociara un gel transparente en todo mi estómago. Estaba frío, pero me dio algo para lo que ocupar mi mente, y lo estaba tomando.

—Micah fue sometido a una vasectomía hace unos tres años. Lo habíamos descontado como el posible padre, pero es un licántropo, quiero decir…

El Dr. North miró a Micah.

—¿Acabas de quemar los extremos o has puesto los clips de plata?

—Los dos, y me hicieron la prueba hace unos seis meses y estoy limpio.

—He oído hablar del uso de clips de plata, ¿sabes que ha habido dos casos de intoxicación con plata en vasectomías como la tuya?

Micah sacudió la cabeza.

—No, no era consciente.

—Puedes dejar que tu médico realice una prueba de sangre para los niveles de plata, sólo para estar seguros. —El Dr. North me miró, y su rostro era todo suave.

Buen método de cabecera. Levantó un pedazo de plástico grueso.

—Voy a poner esto sobre tu piel. No hace daño.

Asentí con la cabeza.

—Ha explicado cómo funciona, doc, sólo hágalo.

Puso a funcionar el grueso tubo por encima de mi estómago, la difusión

del gel transparente alrededor mientras trabajaba. Veía un poco la pantalla del aparato detrás de él. Él estaba mirando, también. Era gris, blanco y negro, y borroso. Si hubiera sido mi televisor de casa habría llamado a la compañía de cable y echado el infierno. Las imágenes parecían tener más sentido para él que para mí, porque echaba un vistazo y movía el tubo. Entonces empezó a mover la vara sin mirarlo, mirando sólo a la pantalla.

El interno más alto dijo:

—Bueno, diablos. —Parecía terriblemente decepcionado.

North ni siquiera lo miró. Él sólo dijo:

—Vete de aquí.

—Pero…

—Ahora, —y mi amable médico sonaba tan malo y serio como nunca lo había escuchado. Podría ser que tuviera buenas maneras con los pacientes, pero estaba empezando a pensar que su trato con los pacientes terminaba junto a la cama. Me parecía muy bien.

—¿Qué es lo que está mal? —dijo Richard. Estaba inclinado sobre mí, tratando de descifrar las imágenes.

Pregunté:

—¿Qué estáis viendo que yo no?

—No hay nada mal, Sr. Zeeman —dijo el Doctor North sin mirarlo—. ¿Y lo que veo?

Nada.

—¿Qué significa nada? —preguntó Micah, y por primera vez escuché un hilo de tensión en su voz. Ese control férreo, se agrietó sólo un poco.

North se volvió hacia mí con una sonrisa.

—No estás embarazada.

Parpadeé hacia él.

—Pero la prueba…

Se encogió de hombros.

—Un raro, muy raro, falso positivo. Anita, estás fuera de los parámetros normales en cada prueba que hemos administrado, ¿por qué te sorprendes si una prueba de embarazo casera está un poco confundida con tu química interna?

Me quedé mirándole, no estaba dispuesta a creerlo todavía.

—¿Está seguro? ¿No estoy embarazada?

Negó con la cabeza. Puso la vara de vuelta sobre mi vientre. Hizo un círculo lento de un espacio sorprendentemente pequeño.

—Lo veríamos aquí. Sería muy pequeño, pero lo veríamos, si estuviera allí para ver. No lo está.

—Entonces, ¿cómo doy positivo para el síndrome de Mowgli y el síndrome de Vlad?

—No lo sé a ciencia cierta, pero me imagino que la prueba busca las mismas enzimas para volverse positivo que si fueras un licántropo. Está diseñado para testar a las madres humanas y no las madres que ya son licántropo.

—¿Qué pasa con el síndrome de Vlad? —Esto fue de la mujer interna.

North frunció el ceño.

—Vamos a discutir el caso cuando la paciente haya tenido contestadas sus preguntas, Dra. Nichols.

Ella pareció convenientemente disgustada.

—Lo siento, Doctor North.

—No, tiene razón —dije—, ¿qué pasa con el síndrome de Vlad?

Me tocó el mentón, movió mi cabeza para mostrar las marcas de los mordiscos de Requiem.

—¿Donas sangre de manera regular?

—Sí —dije.

—Estamos experimentando con las enzimas en la sangre en esta etapa, Anita.

Nunca he leído un estudio sobre lo que hace la donación de sangre regular a los resultados de análisis de sangre. Sabemos que puede causar anemia, pero más allá de eso, no creo que nadie realmente lo haya estudiado.

—¿Puedo hacer una pregunta, por favor? —Fue la interna, Nichols.

North le dirigió una mirada fría.

—Depende de la pregunta, doctora —dijo la parte doctora como si fuera un insulto. Estaba viendo todo un nuevo lado de mi médico.

—No es sobre el embarazo, es sobre la mordedura.

—Puedes preguntar. —Lo hizo sonar como si él no lo hiciera si lo fuera, pero Nichols estaba hecha de un material más fuerte, y no dio marcha atrás, aunque parecía nerviosa rayando el miedo.

—Hay una gran cantidad de moretones alrededor de la mordedura. Pensé que eran sólo dos marcas punzantes limpias.

La miré.

—Sólo has visto las marcas de mordiscos en el depósito de cadáveres,

¿no? —Lo hice una pregunta.

Ella asintió con la cabeza.

—Hice un curso de medicina forense sobrenatural.

—¿Qué estás haciendo en obstetricia? —pregunté.

—Nichols va a ser uno de los primeros médicos que va a graduarse con una especialidad en obstetricia sobrenatural.

Fruncí el ceño a los dos.

—Pensaba que sería una especialidad muy limitada.

—Creciendo cada año —dijo North.

Le respondí a su pregunta.

—La mordida de un vampiro es como cualquier otra herida, y si la muerte resulta de la mordedura, entonces no recibes los mismos moretones. Puede dejar sólo dos heridas punzantes limpias, porque una vez que los colmillos entran, la sangre fluye con facilidad por el anticoagulante en su saliva. Es beber, no realmente comer. Algunos de los vampiros más viejos se enorgullecen de ser capaces de no dejar marcas, excepto las dos marcas de punción. Los vampiros más jóvenes, dejarán más impresiones de los dientes, pero es raro que se rompa la piel, excepto con los colmillos. Las pocas veces que he tenido vampiros que dejaban marcas de mordiscos involucra mucho más que los colmillos, iban a por el dolor, no sólo por la alimentación. Querían que doliera.

—Vimos un cuerpo que pensaron que un vampiro y un cambiaformas le había atacado, porque tenía las impresiones de los colmillos, pero el área de la clavícula y el cuello estaban atacadas salvajemente.

Negué con la cabeza, y ahora que North había traído lo de la herida a mi atención, me dolía un poco. Requiem no había sido un caballero en esta mordedura. En el calor de su necesidad, había hecho más que sólo insertar colmillos.

—No conozco el caso, pero podría haber sido sólo un vampiro.

Ella negó con la cabeza.

—Era mucho daño.

Le tendí el brazo derecho con su montón de marcas de mordiscos en la curva.

—Vampiro —dije. Bajé el cuello de mi camiseta, estirando el cuello tan solo un poco, podría mostrarle las cicatrices en mi clavícula—. Vampiros diferentes. Rompió la clavícula, y se aferró a la herida como un terrier con una rata.

Ella palideció un poco, pero dijo:

—Me encantaría ponerte en contacto con el programa de ciencia forense y sugerir que vengas a clase. Creo que sólo viendo tus cicatrices y hablando contigo con más detalle podría ayudar a médicos forenses y examinadores médicos en todo el país en la correcta atribución de los daños en algunas de las víctimas. —Empezó a llegar, luego se detuvo.

Le dije:

—Puedes tocar las cicatrices, si quieres.

Echó una mirada a North, él asintió un poco con la cabeza. Tocó la cicatriz de la clavícula, muy tentativamente, como si fuera más íntimo de lo que debería haber sido. En la curva de mi brazo, se perdían los dedos por las cicatrices como si estuviera memorizándolos. Se arrastró hasta las marcas de uñas más abajo en el brazo.

—¿Licántropo?

—Una bruja cambiaformas, en realidad.

Sus ojos se ampliaron.

—¿Una bruja real cambiaformas, con un objeto de piel animal, no un licántropo? —Estaba entusiasmada con ello, y yo estaba impresionada de que supiera la diferencia, la mayoría de la gente no lo hace.

—Sí.

Por fin tocó la cicatriz de la quemadura en forma de cruz, ahora un poco torcida a causa de las marcas de garra.

—Esto debería significar que eres un vampiro, pero no lo eres.

Agradable que alguien estuviera seguro. En voz alta, le dije:

—Algunos lacayos de vampiro se divirtieron marcándome mientras esperábamos a que su señor despertara para la noche.

Abrió los ojos de par en par.

—Me encantaría hablar contigo con más detalle.

Muchas gracias por responder a mis preguntas en un momento como este.

—Caigo en el modo de conferencia muy fácilmente —dije—. Estoy acostumbrada a ser la experto residente en lo sobrenatural.

—Gracias —dijo, y sonó como que lo decía en serio.

Finalmente me volví hacia North. Busqué en su rostro.

—No estoy embarazada, ¿lo prometes, tu palabra de honor de mierda, que no estoy embarazada?

Él me sonrió.

—Te lo juro, mi mano a Dios, que no hay nada dentro de ti más que tú. No estás embarazada.

Había necesitado la distracción de Nichols para dar tiempo a mi mente para procesarlo. Había necesitado tiempo para dejar que calara hondo. Me volví a Micah y Richard. Miré de uno a otro.

El otro interno estaba usando una toalla para limpiar el pegote de mi tripa. Le dejé hacerlo. Me quedé mirando a los dos hombres en mi vida, y dije, como si no lo hubieran oído:

—No estoy embarazada.

—Lo hemos oído —dijo Micah, sonriendo.

—Bueno, decid algo —dije.

Richard dijo:

—¿Qué quieres que digamos?

—¿Estáis decepcionados? ¿Felices? ¿Aliviados?

—Estamos esperando que nos digas que reacción no te cabrea —dijo Micah.

Por alguna razón eso me hizo reír y la risa se convirtió en llanto, aunque no tenía ni idea de por qué. Me acurruqué de lado y lloré, mientras que ellos trataban de detenerme. El Dr. North y los internos nos dejaron. Me permití llorar fuera el estrés y el miedo, y por debajo de eso, un pedazo diminuto de pesar.



TREINTA Y SEIS

Es golpe microscópico de arrepentimiento dio una manera para una ola de alivio del tamaño de un planeta. En el momento que todos dejamos el hospital, quise saltar y gritar a los extraños que no estaba embarazada, pero estaba tan cerca del mareo como podía; mareo con alivio. Era como ser una borracha feliz. Era demasiado malo que Micah sugiriera llevarnos de vuelta al Circo. Ocurrieron dos milagros; le dejé hacerlo, y Richard estuvo positivamente tranquilo. Se deslizó en el asiento trasero sin una palabra, una mirada a su cara como si estuviera pensando en pensamientos muy serios. Le dejé en ellos, porque no estaba pensando en nada triste.

Claudia y Lisandro se empujaron en el asiento a su lado. Los tres tenían los hombros tan grandes que siempre me preguntaba si todos entraban, pero lo hacían. Noel entró atrás. Travis montó con Graham y Ixion en el segundo coche.

Comencé a usar el móvil para contárselo a Jean-Claude, entonces me di

cuenta que no necesitaba el teléfono, no para esto. Abrí las marcas, solo un poco, hasta que pude sentirle en la fría línea de poder.

—¿Qué estás haciendo, Anita? —preguntó Richard.

—Decirle a Jean-Claude las buenas noticias.

—Usa el teléfono, por favor, conmigo a esta distancia en el coche.

Lo miré. Su piel estaba poniéndose de gallina por lo poco que había hecho. Pensé en ignorarle. Pero parecía cruel, y no quería ser cruel. Pero no tuve oportunidad para decidir; Jean-Claude susurró a través de mi cabeza:

—*Ma petite…*

Richard cerró sus ojos, como si le doliera, pero conocía esa mirada. No era que le doliera. Era lo opuesto, se sentía bien. A él no le gustaba sentirse bien.

Dije en voz alta:

—Estoy aquí.

Él susurró a través de mi cabeza:

—No necesitas decirlo. Puedo leerlo en el tirón de tu mente, tan alto como piensas. No estás embarazada.

Luché la urgencia de botar en mi asiento, pero me las arreglé para decir:

—Sí, sí.

Le sentí sonreír.

—Estoy feliz que seas tan feliz por eso. Te sientes ligera, como si pudieras volar.

Era como me sentía, así que estuve de acuerdo por él.

El hilo de calidez de Richard viajó a través de mi mente. Pero habló en voz alta, tanto para mí como para Jean-Claude:

—Por favor ¿podrías parar esa sonrisa mientras estoy atrapado en el coche con ella?

La voz de Jean-Claude pareció crecer, así que nos llenó a los dos.

—Hablaremos después de esas alegres oleadas. —Entonces se fue.

Me giré en el asiento para poder ver la cara de Richard.

—¿Por qué te molesta eso?

—No le quiero arrastrándose en mi mente ahora mismo.

La voz de Noel llegó desde el maletero.

—No puedo estudiar si el poder está arrastrándose por todo mi pelo, lo siento.

Miré a Claudia.

—¿Tú también lo sientes?

Ella luchó, luego finalmente se estremeció.

—Normalmente puedo decir cuando estás usando el triunvirato, pero parece más poderoso hoy. —Intentó frotar sus manos en sus brazos, pero con los tres atratujados en el asiento trasero realmente no había sitio para acabar el movimiento. Pero hizo su punto.

—Vale —dije, y giré para mirar al frente.

Micah ofreció su mano sobre la mitad del asiento, y la tomé. Su mano estaba caliente, pero no demasiado caliente, en la mía. Estaba intentando no levantar el nivel del poder en el coche. Había tenido una pequeña versión del *ardeur* mientras estaba conduciendo, no mucha, no mucha después de todo.

Agarré su mano, e intenté no tener mi delirio de alivio levantando mi poder, y causara que su bestia se levantara por mí. Nuestras bestias podían fluir dentro y fuera mutuamente, pero eso sería algo muy malo ahora mismo, así que intenté aguantar mis escudos, y no dejar que la felicidad los rompiera. Sabía que esa pena, y enfado, podían causar que mi concentración se rompiera, pero nunca me había dado cuenta que la felicidad pudiera hacerlo, también.

Controlé mi felicidad todo el camino hacia el Circo. Las largas, escaleras de piedra volaron debajo de mis pies. Jean-Claude me encontró en el salón, y me lancé a sus brazos, abrazándole con piernas y brazos. Le besé largo y profundo, y solo cuando nos separamos para tomar aire me di cuenta que teníamos compañía.

Augustine estaba sentado en el sillón de dos plazas cubierto con un chal de seda negra que dejaba la parte superior de sus hombros desnudos como islas pálidas mirándonos fijamente. Sus rizos rubios estaban desaliñados, como si todo lo que hubiera hecho fuera recorrer sus dedos a través de ellos. Llevaba un pijama de seda negra con botones que era demasiado largo para él. Parecía equivocado llamar a semejante hombre musculoso agradable, pero esa era la palabra que venía a la mente. Le miré, y sentí algo similar a lo que había sentido cuando miré a Jean-Claude. No tenía la profundidad y la riqueza que mis sentimientos por Jean-Claude, o por Micah, o incluso por Richard, pero era ese primer ardor de amor cuando la lujuria se aleja un poco, y te das cuenta que aún te gusta alguien. Eso no solo era lujuria, sino algo más profundo. Me quedé allí de pie, mirando a Auggie, y pensé que sonaba como una buena idea despertar alguna mañana

a su lado cuando pareciera tan profundamente dormido despeinado y agradable. Estaba enamorada de él. Debería haber estado aterrada, o enfadada, pero no lo estaba. No eran los poderes de un vampiro lo que me hicieron quedarme tranquila por eso.

Quizás podíamos arreglar esto, de la manera que arreglamos la atracción de Requiem hacia mí. Había opciones. Podríamos trabajar en ellas. No estaba embarazada; podríamos trabajar en cualquier cosa más.

—*Ma petite*.

Me giré para mirar a Jean-Claude. Ni siquiera había notado el roce de la parte de atrás de la camisa de satén debajo de mis manos. La camisa estaba sin abotonar sobre los pantalones negros. Tenía muy pocos pantalones vaqueros. Normalmente solo los llevaba si sospechaba que tendría que arruinar su ropa, o estaba intentando representarse como accesible en un evento de algún medio de comunicación. Sus pies estaban descalzos, la carne solo un poco menos blanca que la alfombra.

—*Ma petite* —dijo otra vez, y esta vez el apodo me hizo mirar de vuelta a su cara. Su pelo estaba cuidadosamente cayendo en rizos, su versión de casual—. ¿Cómo te sientes cuando miras a Augustine?

Comencé a mirar de vuelta hacia el otro vampiro, pero Jean-Claude cogió mi brazo, girándome para mirarle.

—Responde antes de mirarle, *ma petite*.

—Creo que suena como si realmente fuera una buena idea tenerle despierto a mi lado todo despeinado y medio desnudo.

—¿Es meramente lujuria?

Sacudí mi cabeza.

—No, no, es el comienzo de un trato real. Es amor, no solo lujuria.

—No suenas disgustada.

Le sonreí.

—No estoy embarazada, podemos trabajar con algo más. Quiero decir, ¿no es esto similar a lo que hice a Réquiem con el *ardeur*? Si puedo liberarle, entonces ¿no debería ser un Maestro de la Ciudad capaz de liberarme?

—Jean-Claude, ¿cómo te sientes con Augustine? —Este fue Richard, quien se había quedado justo detrás de nosotros.

—Le veo demasiado encantador, pero extrañamente, estoy enamorado de él. Él no estaba enamorado de mí. Había esperado que eso significara lo peor, o lo mejor, que no había ocurrido, pero… —Nos miró más allá hacia

Augustine.

Le miré. Notando que desde esa distancia los ojos gris carbón de Auggie parecían casi negros.

—¿Necesitas preguntar como me siento sobre tu sirviente humano? —preguntó él.

Jean-Claude asintió.

—Todo lo que puedo hacer es quedarme en este asiento. Quiero tocarla, sujetarla.

Si mi corazón pudiera latir, eso lo rompería.

—¿Por qué tu corazón se rompería? —pregunté, y estuve sorprendida de cuan ordinaria sonaba, incluso me sentía.

—Porque perteneces a otro, y te amo.

Di un paso hacia delante, y los dedos de Jean-Claude me dejaron ir. Richard agarró mi otro brazo.

—No, Anita, no vayas a él.

—¿Por qué no? —pregunté, mirando a esos ojos marrones.

Él comenzó a decir varias cosas, pero finalmente dijo lo único que era realmente real.

—Porque no quiero que lo hagas.

Eso me detuvo más seguro que cualquier enfado pudiera hacer. Estaba dejando de mirarle, observando el dolor en su cara, y sin saber lo que hacer por eso.

—¿Por qué es compartirme con Auggie diferente a compartirme con todos los demás?

—No amas al resto.

Comencé a sonreír, paré, luego dije:

—¿A quién no amo?

Me soltó entonces, como si mi piel de repente hubiera aumentado de calor.

—Me cambiaré para el ballet. —Actualmente caminó hacia el pasillo.

—Es un poco pronto para cambiarse, *mon ami*.

Richard sacudió su cabeza.

—No puedo mirar esto, no puedo.

—¿Qué piensas que va a pasar, Richard? —pregunté.

Respondió sin girarse.

—Vas a tener sexo con él otra vez. Quizás tú y Jean-Claude. —Sacudió otra vez su cabeza—. Es lo suficientemente malo sentir algo de eso, no

quiero verlo.

—Estoy enamorada de él, Richard, eso no significa que vayamos a follar. Tú, de todas las personas, deberías saber eso solo porque alguien tiene mi corazón no significa que tengan mi cuerpo.

Eso le detuvo, justo en la puerta más lejana. Se giró, para mirarme.

—¿No te sientes compelida para follarle?

Sacudí mi cabeza.

—Estoy perdiendo mi toque —dijo Auggie.

Me hizo girar y perderme en su sonrisa. Mi sonrisa le hizo sonreír, esa sonrisa bobalicona que solo haces cuando estás realmente colada por alguien.

—No has perdido nada, y lo sabes.

Me hizo un gesto que era una medio inclinación, y medio abrazo. Se las arregló para parecer modesto, pero no como realmente quería.

—Si he perdido algo, y tú no tienes miedo de lo que sintamos el uno por el otro, entonces ven a mí, Anita.

—Ven tú a mí —dije.

Me sonrió, bastante abiertamente para mostrar los colmillos, los cuales eran raros para un vampiro de su edad. Se puso de pie, el chal aún cubría mucho de él.

—Maestro, no vayas a ella. —Octavius, su sirviente humano, llegó a un lado del sillón de dos plazas. El hombre león Pierce vino con él. Creo que flanquearle y evitar que me tocara. Él se puso de pie delante de Auggie, bloqueando nuestra visión de cada uno—. Eres el Maestro de la Ciudad de Chicago, vas hacia una mujer. Ellos vienen a ti.

Auggie apartó a Octavius a un lado, gentilmente pero firmemente.

—No creo que sea el único en sentirlo. —Me miró, medio sonriendo—. ¿Vendrás a mí?

—¿Por qué debería?

Él sonrió otra vez.

—No sé si es mi propio poder que está fracasando, pero veo lo que viste en ella, Jean-Claude. Un objetivo ambicioso para amar, y pensaría en lo perjudicial del ego, pero vale la pena el esfuerzo, oh, sí, vale la pena en esfuerzo. —Apartó a su hombre, lanzando el chal al aire, así que de repente él estuvo desnudo de la cintura para arriba. Su vista fue como si mi pulso empujara dentro de mi garganta. Recordé lo que era ser agarrada por ese cuerpo, lo que era agarrar todo esa fuerza musculosa en mis brazos. Tomé

un paso hacia delante, y creo que nos habríamos encontrado en el medio de la sala, pero de repente olí la hierba caliente por el sol, sentí calor, león. Olí a león.

Me giré para mirar a Noel y a Travis. Estaban de pie cerca de la puerta más lejana, como si no estuvieran seguros de qué hacer. No podía culparles por eso, pero no fueron ellos lo que sentí.

Me giré al otro camino, hacia el lejano pasillo, donde Richard aún estaba de pie.

Pero no era Richard quien estaba haciendo que mi piel se arrastrara con poder.

Haven acechando el pasillo, otra vez humano, desnudo, y maravilloso. La verdad es que estaba un poco más delgado para mi gusto, pero no era realmente la tabla de chocolate en el abdomen, o la delgada cadera, las maravillosas largas piernas, o incluso la hinchazón que prometía entre sus piernas, sino su belleza como un todo que me atraía. ¿Si no hubiera sido tan atractivo, hubiera sentido lo mismo en él caminando hacia mí? ¿Hubiera sido capaz de resistir a caminar hacia él, si no hubiera parecido tan malditamente mono?

Mi vista de repente estaba bloqueada por Travis y Noel. De todos los hombres en la sala que podían interferir, ellos no habían estado en mi lista. La suave cara de Travis estaba totalmente seria cuando dijo:

—Nuestro Rex dijo que se suponía que no le tocarías otra vez hasta que te hubieras alimentado de uno de nosotros.

Pude sentir a Haven detrás de ellos, acercándose.

—Muévete, Travis —dije.

Él sacudió su cabeza. Los ojos de Noel estaban abiertos de par en par detrás de sus gafas, pero añadió:

—Joseph quiere que alimentes el *ardeur*, o danos a tu león, antes de tocarle otra vez.

Sabía que él estaba cerca antes de que Haven surgiera sobre los dos hombres más pequeños. Creo que surgió sobre mí, también, pero no iba a apartarme de su camino.

Sus ojos azules me miraron con una mirada que era casi frenética. También lo sentí, una necesidad sobrecogedora por tocarle. ¿Qué estaba mal conmigo? Mi mano comenzó a levantarse, intentando moverme entre Noel y Travis, para que pudiera tocar el pecho desnudo de Haven. Quería, necesitaba, tocar su piel. La mirada en su cara decía que el sentía lo mismo.

¿Qué demonios estaba ocurriendo ahora?

Noel y Travis se movieron más cerca juntándose y caminando hacia delante al mismo tiempo, chocando contra mí, forzándome a retroceder unas pocas pulgadas. Más lejos del hombre a sus espaldas.

No quería estar más lejos, y tampoco Haven. Él intentaba agarrarles por los cuellos, pero debieron haberlo sentido acercarse, porque se lanzaron hacia delante ellos mismos, encima de mí, llevándonos a todos hacia el suelo.

—Quitaros —dije.

Pero no tuve que preocuparme, Haven se inclinó y agarró a Travis. De repente, Travis no estaba encima ya. Estaba volando por el aire, y golpeó la pared con un afilado y quebradizo sonido, y supe que un hueso se había roto en alguna parte de su cuerpo. Eso se arreglaba, de todas maneras el infierno estaba mal; pude pensar otra vez.

Haven se inclinó a por Noel, y le abracé con piernas y brazos, tensamente, para si el gran hombre león le lanzaba, tendría que lanzarnos a ambos. Fue en lo único que pude pensar un segundo partido.

Él agarró un puñado de los rizos de Noel, tirando de su cuello hacia atrás en un horrible ángulo.

Grité:

—¡Déjale ir!

Haven le golpeó bruscamente, y cayó sobre una rodilla a nuestro lado.

—Soy tu león, ¿no puedes sentirlo?

Podía, pero eso no le daba el derecho a romper el cuello de Noel, lo cual era lo que estaba por ocurrir si no paraba de empujar su cabeza hacia atrás. No podía sacar mi pistola; estaba atrapada debajo del cuerpo de Noel. Si le dejaba ir, tenía miedo de lo que Haven le haría.

Deslicé una mano a través del pelo de Noel, hasta que toqué la mano de Haven.

En el momento que nos tocamos, la energía se disparó a través de mi cuerpo como si hubiera tocado un cable vivo. Era tanta energía que grité por el dolor. Noel me hizo eco, consiguiendo una reacción violenta por eso. Haven tiró su cabeza hacia atrás y rugió, una tos, un sonido fuerte saliendo de su garganta humana.

Me miró con los ojos que había ido al dorado del león.

—Oh, Dios, ¡sí, sí!

Yo estaba sacudiendo mi cabeza. Susurrando:

—No, no.

Auggie intentó ordenar a Haven alejarse de nosotros, pero no hizo ni una maldita cosa. Octavius era un dolor en el culo, pero había tenido razón en una cosa: Haven no pertenecía a Auggie ya. No sería mío completamente, pero no era ya de Auggie.

Richard apareció sobre nosotros.

—¿Le quieres mover? —Su voz fue baja y cuidadosa, su cara llena de una ansiosa oscuridad. Conocía esa mirada, la mirada cuando quieres una pelea. Quería hacer daño a algo, porque es simple, y puedes parar de pensar.

Dije:

—Sí —dije sí, con la energía de Haven corriendo a través de mi cuerpo como una cálida y dolorosa manta.

Richard dijo:

—Gracias. —No estaba segura lo que me estaba agradeciendo, pero se arrodilló a nuestro lado. Estaba sobre una rodilla, enfrentando a Haven. Abrazó su mano alrededor de la muñeca del otro hombre, donde estaba intentando empujar la cabeza de Noel hacia atrás. La presión liberó el pelo de Noel, y su cabeza comenzó a descender. La mano de Haven se sacudió con el esfuerzo por empujar la cabeza de Noel hacia atrás, pero Richard apartó su mano. Era una lucha, y despacio, pero era como un combate de pulso cálido cuando una persona es simplemente más fuerte de los dos. El combate no estaba acabado, pero un brazo contra un brazo, Richard era el hombre más fuerte. Solo lo era.

Pero Haven era algo que Richard no era, un matón profesional. Él hizo dos cosas simultáneamente. Liberó el pelo de Noel, e intentó golpear a Richard con su otra mano. Ese puño que fue sobre nosotros fue un parpadeo de ojos, demasiado rápido para ver, más solo una conciencia en el aire moviéndose, y la imagen fantasma. Richard lo vio, porque cuando el puño intentó aterrizar en su cara, él no estaba allí para tomar el golpe. Giró hacia atrás, y empujó a Haven con él, con una mano en la muñeca del otro hombre. El propio movimiento de Haven le hizo caer hacia delante, y Richard hizo un movimiento que le había mostrado hace años. Su deporte era el karate, el mío era el judo. Pero si hubiera estado intentando lanzar todo ese tonelaje, hubiera fallado. Porque Haven estaba medio tumbado sobre las piernas de Richard, no lo suficientemente alto en el suelo, a menos que tuvieras la fuerza para plantar tu pie en el estómago del hombre

y levantarle con tus piernas.

Podría haber acabado con Haven encima de mí, no era una mejoría en una pelea, pero Richard le empujó hacia el cielo y era bastante fuerte para evitar que el momento pasara.

Haven voló a través de la sala y golpeó la chimenea. Richard tuvo tiempo para ponerse de pie antes de que el otro hombre se pusiera de rodillas, luego cargó contra él. La pelea estaba en marcha.



TREINTA Y SIETE

La pelea rodó sobre el sofá, y desapareció de la vista por un minuto.

Noel se estremeció encima de mí, y no fue por placer.

—¿Estás herido? —pregunté.

Su voz era entrecortada por el dolor o miedo. No le conocía lo suficiente para adivinar cuál era.

—Anita, estás a punto de elegir a un animal para llamar.

Acaricié la parte superior de sus rizos, con suavidad.

—No estás pensando con claridad, Noel. —Empecé sentarme, pero se envolvió a mí alrededor. Sin sujetarme, pero haciéndolo para que sentarme fuese un esfuerzo.

Richard fue el que se tambaleó hacia atrás desde el sofá, la sangre salpicaba su cara. Haven cayó a sus pies como si estuviera saltando, y se pusieron en guardia.

Ambos descendieron a las posturas bélicas que decían que Haven

conocía una especie de arte marcial, también. No es bueno.

—Déjame levantarme, Noel.

Alzó su rostro, así pude ver el miedo que tenía en los ojos tras las gafas.

—Estás a punto de tener a otro animal para llamar.

—Nathaniel es mi animal para llamar.

—Él es tu animal para Damian y para ti, pero Richard es tu animal con Jean-Claude.

Richard y Haven daban vueltas en el área libre justo delante del largo pasillo.

Hicieron una cinta con las piernas y las manos, pero no estaban peleando. Se estaban midiendo el uno del otro. Una vez que lo tuvieran, la lucha sería en serio.

No quería eso.

Noel se apoderó de mis brazos, mi atención se volvió hacia él.

—Joseph piensa que algo en las marcas de vampiro te está dando un animal para llamar que coincida con cada una de tus bestias.

—Eso no es posible.

—Todo lo que haces es imposible, Anita. Mi Rex piensa que es posible. Espera que si te alimentas de más de un león, tu poder no se vinculará a ninguna otra persona.

Travis se desplomó de rodillas a nuestro lado, bloqueando mi vista de la creciente lucha. Estaba sosteniendo su brazo tensamente contra su pecho. Un lado de su cabeza estaba sangrando en sus rizos oro-marrón.

—Pero si te vincularas a un león, Joseph preferiría un mayor poder sobrenatural en su territorio no un vínculo en sí mismo con un león que trataría de hacerse cargo de su orgullo.

Parecía tonto tener esta conversación aburrida sobre mi espalda con un perfecto desconocido encima de mí, pero no podía encontrar la manera de sentarme sin ponerme brusca con Noel, y Haven había sido bastante brusco.

—¿Por qué Joseph te envió a mí?

Travis se encogió de hombros e hizo una mueca, sus hombros se encogieron alrededor de su brazo.

—Nuestra primera tarea es impedir que te vincules con aquel chico azul de allí. Lo que sea necesario, para evitar que eso suceda.

Miré a los dos.

—Sois unos niños. Tú no quieres estar vinculado a mi vida, a mí, para

siempre. No quieres eso, no puedes querer eso.

—Sólo soy cinco años más joven que tú —dijo Travis—. Mierda, soy dos años mayor que Nathaniel.

—Pero Nathaniel me necesitaba. Tú te reclutaste.

Noel se elevó con sus brazos, lo que significaba que era capaz de llegar a mi arma, no ayudaba, pero todavía era un pensamiento. La parte inferior de su cuerpo se presionó un poco más a la parte inferior de mi cuerpo, pero por una vez no fue erótico. No fue nada.

—Nuestro grupo león, nuestro orgullo, funciona, Anita, que es nuestro hogar. Sentí el poder del chico azul, caminando por el pasillo. Puedes sentirlo ahora, que viene de él en olas. —Noel pasó la lengua por los labios.

—Joseph es poderoso, pero no estoy seguro al cien por cien de que sea más poderoso que lo que está detrás de nosotros.

—Déjame sentarme, Noel.

Noel echó una mirada a Travis, y el otro hombre asintió levemente con la cabeza, inclinada sobre su brazo. Noel retrocedió para que pudiera sentarme, pero se quedó de rodillas entre mis piernas, creo que estaba lo suficientemente cerca como para agarrarme si trataba de ir hacia Haven, una vez más.

Richard y Haven estaban luchando ahora. Luchando con una L mayúscula, si es que no estaban pensando en matarse uno al otro. Era una especie de lucha que nunca sería capaz de hacer. Aporreándose mutuamente, y ser capaces de tomar el daño. Era un tipo de lucha, por el bien de un punto, sí. Pedí ayuda para mover a Haven y proteger al otro hombre. El puño de Haven pasó por delante de los brazos de Richard, y Richard se tambaleó dos pasos hacia atrás, y encogió su cuerpo, de modo que los golpes de Haven trataron de acertar sólo golpearle los hombros y los brazos. Richard, por su parte, aterrizó dos sólidos puñetazos que hizo que Haven se doblara. Richard siguió con un puño en la barbilla, y Haven sólo retrocedió para evitar que el siguiente golpe acertara. Richard no le dio tiempo a recuperarse. Fue a él con una lluvia de patadas cegadora que puso al otro hombre en cuclillas en defensa contra la pared del fondo. Richard estaba ganando.

Me di cuenta en ese momento que no había pensado que lo haría.

Noel tocó mi cara, mi mirada se volvió de nuevo a su cara asustada.

—Anita, por favor no lo toques, no hasta que lo hayas intentado al menos con alguno de nosotros.

Comprobé el progreso de Richard una vez más. Haven estaba contra la pared, simplemente tratando de impedir que las patadas le golpearan, ahora sin intentar aguantar.

Miré las heridas de Travis. Los ojos de Noel mostraban mucho miedo. El orgullo de los leones funcionaba; eran uno de los pocos grupos de los hombres animal en la ciudad que dejaban a su gente llevar una vida casi normal. Sin problemas de poder, sin contratar a guardaespaldas. La gente de Joseph eran primero personas, segundo animales. Si Haven se quedaba en la ciudad, conectando el poder que tenía a través de las marcas de Jean-Claude, ¿pondría ese mundo de los leones patas arriba?

—¿No crees que Joseph pueda ganar la pelea? —pregunté.

—No es un luchador como lo es tu Ulfric —dijo Travis. Travis lo dijo que como si fuera cierto, y no gran cosa. Esa era la gran diferencia entre la cultura lobo y león; todos los grandes cambiaformas felinos parecían saber menos en el combate, y más sobre lo que era mejor para el grupo. La cultura lobo era mucho más en ser fuertes es lo correcto, el débil moría. Alguien había sugerido que era porque la cultura del hombre lobo pasó a través de la cultura de los vikingos, más que cualquier otra forma de la sociedad de cambiaformas. Tal vez. Los lobos reales ciertamente no eran más viciosos que los leones, o leopardos.

—Espera un minuto —dije—. Joseph ganó su pelea con Haven.

—Joseph tuvo suerte —dijo Travis. Hizo un gesto hacia la lucha—. Fue muy afortunado.

Richard tenía al otro hombre en forma de bola de defensa contra la pared. Haven había dejado de defenderse, y solamente trataba de contener el daño. Richard hizo algo muy de Richard. Retrocedió. La lucha había terminado, lo que a él se refería.

Como no iba a matar a Haven, la lucha debía finalizar. Pero el trabajo diario de Haven era ejecutar su asalto, era una mentalidad diferente.

La voz Richard sonaba cansada, pero no tensa:

—No te levantes.

Haven se puso de rodillas, sacudiendo la cabeza.

—No puedo.

—No puedes ganar —dijo Richard.

—No importa —dijo Haven—, todavía tengo que levantarme.

—No te levantes —dijo Richard.

—No —dijo Haven, y utilizó la pared para ponerse de pie. Se dejó caer

de rodillas, una mano lo sostuvo balanceándose contra la pared.

Dije:

—No te levantes, Haven.

—No puedo, —fue todo lo que dijo, y se reunió a si mismo rápidamente. Se levantó del suelo a la velocidad de un borrón, seguía siendo peligroso, por todo el daño que había tomado. Richard lo esquivó, dejando que su propio impulso lo enviase a estrellarse contra el suelo.

—Esta lucha ha terminado —dijo Richard, y cometió el error. Ofreció a Haven una mano.

Tuve tiempo de gritar:

—¡No! —Ni siquiera estaba segura de a quién le estaba gritando.

Haven fue con todo lo que le quedaba, trataba de dislocar la rodilla de Richard.

Richard tuvo tiempo para evitar algo, pero no todo. Su rodilla se derrumbó y cayó.

Mi arma estaba fuera y apuntando. Me puse de pie. Si Haven hubiera continuado el ataque le habría disparado, pero no lo hizo. Se recostó en el suelo como si esa última patada hubiera acabado toda la lucha de él.

—La lucha ha terminado —dije, por si acaso.

—Sí —dijo Haven, y su voz tenía dolor—, ahora, ha terminado.

Me quedé mirando por el cañón de la pistola hacia él, y ni siquiera pareció ver la pistola. Ciertamente, no reaccionó ante ella. La mayoría de la gente no le gusta tener armas apuntadas hacia ellos, y si no le gustaba, no lo mostraba.

—Estoy pensando en que necesitas volver a Chicago.

—¿Por qué? ¿Porque herí a tu novio?

—No, porque heriste a dos personas que no podían defenderse. Y, la lucha está terminada, no ganaste nada con esa última jugada.

—Está herido, he ganado.

Negué con la cabeza.

—Así no es como jugamos aquí.

Estaba tumbado sobre su espalda, cubierto de sangre, y demasiado cansado o herido también, para sentarse. Todavía estaba respirando con dificultad.

—Dime las reglas de aquí, y las seguiré. Pregúntale a Agustine, sigo las reglas, una vez que las dejas claras para mí.

Le llamé, sin apartar la vista de Haven.

—¿Es eso cierto, Auggie? ¿Sigue las reglas, una vez las conoce?

—Es cierto, pero tienes que estar malditamente segura de que conoce las reglas, y las consecuencias si las rompe.

Esa única declaración me hizo saber que debía meter su culo de vuelta a Chicago, pero no pude hacerlo. De pie, mientras sangraba, sabiendo lo que había hecho a Richard y a los dos jóvenes seres leones, sabiendo todo eso, todavía tenía ganas de caer y derramar mi cuerpo sobre el suyo. Mierda.

Calmé mi aliento, y apunté la pistola al centro de esa cara. Los ojos habían sangrado otra vez a azul, parecía casi artificial con la sangre a su alrededor.

Tragué saliva, y dejé que mi cuerpo se quedara muy quieto. Mi voz era suave, pero extrañamente resonó a través de la habitación, como si todos estuvieran en silencio.

—Las reglas son, no hacer daño a los débiles. No tengo ningún uso para los matones. Si te metes en otra pelea como esta noche, cuando sabes que has perdido, has perdido. No tratas de hacer un poco de daño. Eso es lucha callejera, y eso no es lo que hacemos aquí.

—No me vas a disparar —dijo, y sonaba seguro de eso.

Me sentí sonreír, y sabía que era la sonrisa que me salía cuando me miraba en un espejo. Era una sonrisa cruel, una sonrisa que decía No sólo voy a matarte, voy a disfrutar con ello.

Sus ojos fueron un poco inseguros en esa sonrisa. Bien.

—Voy a disparar. Te voy a matar, si tengo que hacerlo.

—¿Quieres tocarme? —preguntó, con voz menos entrecortada ahora.

—Sí —dije—, me quiero desnudar y rodar por encima tuyo como un perro marca su olor. —Di un pequeño asentimiento—. Siento la llamada de tu poder, Haven.

—Si me matas todo desaparece.

—Entonces que desaparezca. No pongas en peligro mis reglas, Haven, no por lujuria, o poder, o amor. —Iba a tener que pegarle un tiro pronto, o bajar el arma.

Consejo de seguridad importante: si vas a hacer un gran discurso amenazador, ponte en una posición cómoda de tiro cuando lo haces. Mis manos no habían empezado a temblar, pero muy pronto lo harían.

—Pregunta a los hombres en mi vida, no me comprometo.

Le vi pensar en ello. Pensar en caerse al suelo y tentándome.

—No, Haven.

—No, ¿qué? —preguntó, todo inocente, pero lo inocente no funcionaba en él.

—No lo intentes en este momento. Si lo haces, voy a apretar el gatillo.

—¿Por qué? No te hará daño. Voy a tratar de tomar el arma.

—Te voy a disparar, porque este es nuestro momento de entendimiento. Vas a vivir con mis reglas, o vas a morir por ellas.

—No te creo —dijo.

Dejé que todo el aire de mi cuerpo saliera, y en la posición de tiro con las dos manos no parece difícil de mantener después de todo. Me concentré de repente, y listo. Sentí que me hundía en aquel sitio blanco, y estático, donde mataba. No sé como mis ojos se ven cuando estoy así, o lo que sea que este en mi cara, lo vio Haven. Miré su rostro cambiar, y dejó de estar seguro de sí mismo. La tensión dejó su cuerpo, sus músculos, y se quedó tranquilo en el suelo, y muy tieso, como si tuviera un poco de miedo de moverse de manera súbita. Bien.

—Es mi manera o nada —dije, y las palabras fueron expulsadas, porque solté mi aire, para poder dispararle.

Se lamió los labios, y habló en voz baja, con cuidado, asegurándose de que no movía nada más que la boca.

—Tu manera.

—Si bajo esta arma, ¿vas a tratar de hacerme daño?

—No —dijo.

—¿Por qué no? —pregunté, sin dejar de mirarle por el cañón de la pistola.

—Me vas a matar.

—¿Estás seguro de eso?

Algunas miradas pasaron a través de sus ojos, dolor, miedo, o algo cercano a todo.

—Conozco esa mirada, la de tu cara. Lo sé, porque tengo una igual. Me vas a matar, y no quiero matarte. No puedo ganar, así que no voy a jugar.

Me quedé mirándole durante un momento más. Pensé en apretar el gatillo.

Primero, porque estaba lista, Segundo, porque estaba casi segura de que él iba a ser problemático. Pero al final bajé el arma, y retrocedí hasta que estuve fuera de su alcance. Me aparté, y me aseguré de no darle la espalda. No le ofrecí una mano, y tampoco a nadie más.



TREINTA Y OCHO

Me puse sobre una rodilla al lado de Richard, mi arma ya no apuntaba hacia Haven, pero todavía la tenía preparada. Simplemente no estábamos tan lejos del hombre león caído. Decir que no confiaba en él era un eufemismo. Lo malo era que, aún sabiendo que él era malas noticias, sabiendo que había intentado paralizar a Richard sólo porque le quería hacer daño, a sabiendas de todo eso, parte de mí todavía quería tocarlo. Una parte de mí quería ir y empezar a lamer la sangre de sus heridas. Pero la imagen en mi cabeza haciendo eso no provenía de mí, no de mi yo humano. La imagen en mi cabeza era una enorme leona dorada lamiendo sus heridas. Negué con la cabeza duramente para borrar la imagen.

Miré a Richard. Estaba acurrucado sobre sus piernas, las manos sobre sus rodillas, pero sin tocar, como si eso doliera. Nada bueno. Volví mi mirada hacia Haven. No quería que se levantase sin saberlo. Si le disparaba, no quería que fuera porque me había asustado, y los años de

formación con un arma de fuego se hicieron cargo.

No, si le disparaba, quería que fuera a propósito.

—¿Qué tan grave es? —pregunté.

Habló con los dientes apretados.

—No está dislocado, pero duele.

Llamé:

—Claudia.

Ella vino a nuestro lado.

—Necesitamos un médico. —Pensé en el brazo de Travis—. Tal vez más de uno.

—La Dra. Lillian está en camino. —La Dra. Lillian era una mujer rata, y el médico cambiaformas local más popular para situaciones de emergencia que no debía ser conocida por nadie más.

—Bien. —Luché contra la tentación de mirarla, y mantuve la mirada en Haven. No parece que quisiera hacer otra cosa que yacer allí y sangrar, pero quería estar segura acerca de él. Segura quería decir mirarle—. ¿Podríais chicos ganar vuestro sueldo, y de hecho controlarle? —No traté de disimular la irritación de mi voz.

—Sí, señora —dijo. Hizo un gesto y Lisandro, Ixion, y Graham se acercaron alrededor del hombre león caído. Haven no parecía darse cuenta. ¿Se había desmayado? No era mi problema más inmediato. Tuve que enfundar la pistola sin disparar, algo raro para mí. Toqué la cara de Richard —. El doctor está de camino.

Él asintió con la cabeza, la cara pálida y transida de dolor.

Miré a Claudia.

—¿Dónde diablos estabais mientras Haven abusaba de Travis y Noel?

—¿Si digo —justo allí, te enfadarás?

Me puse de pie.

—Sí.

Ella me dio una cara vacía de policía, aunque sabía que nunca había sido policía.

—Este fue un desafío de dominio. No se nos permite intervenir en problemas de otros grupos de animales.

—Esto no fue un desafío para el liderazgo de nada —dije.

Claudia me dio una mirada que decía claramente que me había perdido algo. Lo que fuera que mostró mi cara por fin le hizo saber que no sabía qué diablos estaba insinuando.

Ella suspiró.

—A veces me olvido que te pierdes lo obvio.

—¿Qué me perdí? —pregunté.

—Tu Ulfric se ha establecido como dominante ante este tipo. —Sonrió a Richard—. La verdad es que no pensaba que el Ulfric lo tuviera en él. —Había un cumplido reticente en su voz—. Necesitas a alguien para establecer un dominio sobre él, si planeas quedártelo. —Ella señaló con el pulgar en dirección a Haven—. Tipos como ese tienen que ser obligados a obedecer la jerarquía.

—¿Quieres decir la jerarquía de los hombres leones?

Ella negó con la cabeza.

—Anita, si añades a este tipo a tus hombres, entonces alguien tiene que batir la mierda fuera de él, al menos una vez, así sabrá quién es el jefe.

—Yo soy el jefe —dije.

Ella me sonrió.

—Me gustas, Anita. Te respeto. Acato tus órdenes. Pero un tipo como Haven te va a ver como una chica, un pedazo de culo. A menos que personalmente puedas hacerlo papilla, no se va a comportar para ti. Te dirá a la cara lo que quieres oír, pero tienes a Nathaniel, a Micah, a Damian. Me refiero a que tienes un montón de suboficiales a tu alrededor. No quieres llevarte a casa a un león para jugar con tus gatitos a menos que tengas un perro grande para compensar.

Le fruncí el ceño.

—¿Estás diciendo que Richard es mi perro grande?

—Tal vez es un mal ejemplo, pero es lo mejor que tengo.

—No crees que me respetaría, Haven, quiero decir.

Ella negó con la cabeza.

—Tiene la palabra problema escrita por todo él, Anita.

—¿Crees que debería echarlo?

Sus ojos oscuros se ampliaron, sorprendida.

—¿Mi opinión cuenta?

—Confío en tu juicio, y eres la única chica aquí.

—¿Por qué necesitas la opinión de una chica? —preguntó.

—Porque estoy cansada de toda la maldita testosterona.

Ella me sonrió.

—No estoy segura de ir a decir nada que los hombres no fueran a decir, Anita. El estrógeno no me hace tonta, y tendrías que ser estúpida para

querer mantener allí al monstruo de las galletas. Quiero decir que él podría ser un guardaespaldas, si dejásemos las reglas claras, pero para llevarlo a casa como amante, de ninguna manera.

Asentí con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué preguntar?

Me abracé a mí misma.

—Porque, sabiendo todo esto, todavía quiero tocarlo.

Ella se encogió de hombros con toda esa musculosa parte superior del cuerpo.

—Entonces, estás jodida.

La voz de Richard llegó tensa.

—No puedes querer tenerlo, no ahora, no después de esto.

Me arrodillé junto a él. Me agarró la mano tan fuerte y repentinamente que me sobresaltó.

—No quiero tenerlo.

Lo vi tratando de pensar más allá del dolor.

—Pero —dijo.

—Pero no siempre se trata de lo que quiero.

Su mano convulsionó alrededor de la mía, hasta que tuve que luchar para no gritar.

—Mierda, Richard, puedes sanar esto si cambias.

Negó con la cabeza.

—Si cambio voy a tener que pasar por lo menos cuatro horas en forma de animal. No se puede ir al ballet como un lobo.

—No vamos a disfrutar la noche así.

Su control sobre mi mano se aflojó, sólo sujetándome por un momento. Clavó la mirada en mi cara como si estuviera tratando de memorizarla.

—¿Quieres que no vaya?

Le fruncí el ceño.

—¿Por qué preguntas eso? Por supuesto que quiero que vayas.

Casi sonrió, pero hizo una mueca en su lugar.

—Tienes un montón de hombres para hacer malabarismos, tal vez uno menos haría esta noche más fácil.

Pasé su mano contra mis pechos, y le toqué la cara.

—No sólo no asumiste que necesitaba ayuda para manejar a Haven. Me preguntaste en primer lugar, y esperaste mi respuesta. Sé que querías tirar

hacia delante y arrojarle lejos de nosotros. Gracias por preguntar, por esperar.

Hizo una mueca, y trató de esbozar una sonrisa.

—Me alegro de que estés feliz con eso, pero mi espera le costó a Travis un brazo roto. Joseph no va a querer prestarnos a sus leones, si seguimos rompiéndolos.

Eso me hizo sonreír.

—Tienes razón, pero la leona en mí está buscando a alguien fuerte. —Miré a la pared, porque podía sentir a la bestia moverse dentro de mí, como si estuviera caminando por la jaula de mi cuerpo. No quería otra ronda de casi-cambiando. Levanté la mano de Richard hasta mi cara. La olfateé y no sirvió de nada. Sí, era Richard, pero había tocado a Haven, y el olor del león estaba en su piel, junto con el lobo. El calor punzante comenzó a hincharse dentro de mí.

Dejé su mano y me levanté.

—¿Qué está mal? —preguntó Claudia.

—Su bestia está tratando de alzarse —dijo Richard desde el suelo.

Asentí con la cabeza, y caminé alejándome de Richard, y manteniendo el movimiento. Quería distancia entre mí y Haven. Esto no se sentía de la manera en la que me había unido a Nathaniel. Esta atracción instantánea hacia Haven se sentía como… Me volví y encontré a Micah allí de pie, más cerca de lo que había notado. No había querido interferir conmigo y Richard. Podía sentir mis ojos muy abiertos. Extendí la mano hacia él, y el lobo y el león callaron. El leopardo se movió, y el movimiento casi me dobló. Micah me cogió, me ayudó a enderezarme.

Pero al leopardo le gustaba demasiado, y tuve que alejarlo de mí. Me tropecé y Jean-Claude estaba allí para agarrarme. Me aferré a él, enterrando la cara contra su pecho, captando el olor de la seda limpia y de él. De hecho, le arranqué la camisa para abrirla, para poder poner mi cara directamente sobre su piel. Capté su dulce y limpio olor, como si fuera aire y me estuviera ahogando. Su perfume era dulce, y siempre olía tan caro como era, pero era el olor de su piel debajo mezclándose con el perfume lo que necesitaba. Ayudó a aclarar mi mente, me facilitó el enviar a las bestias a dormir.

Froté la cara a lo largo del contorno liso de su cicatriz quemada en forma de cruz.

Jean-Claude no veía la cicatriz como una imperfección, y yo tampoco.

Era algo extra para jugar cuando le besaba el pecho.

Sus brazos me abrazaron fuerte, y susurró:

—Sentí tu miedo estallando a la vida, *ma petite*. ¿Qué ha sucedido?

Hablé con mi cara todavía enterrada en su pecho.

—Estoy tratando de no hacer a Haven mi animal para llamar.

Jean-Claude me acarició el pelo, tratando de calmarme, como un niño que es despertado de un mal sueño, pero este mal sueño no se iba a acabar despertando.

No iba a estar bien.

—Te sientes atraída por Haven, y él por ti, *ma petite*. Has roto su vínculo con Augustine.

Asentí con la frente contra su pecho.

—Sí, pero no es el animal para llamar de Auggie, es sólo uno de sus leones.

Sentí a Jean-Claude buscar detrás de él.

—Así es, —y eso vino de Auggie. Había venido a colocarse de pie cerca de nosotros.

—Está obligado conmigo, pero no como un animal para llamar.

Asentí con la cabeza de nuevo, mi cara todavía enterrada contra Jean-Claude. No quería ver el pecho desnudo de Auggie. No quería ser distraída por otro problema metafísico; uno por vez era suficiente.

—¿Qué puedo hacer con los leopardos antes de tener un animal para llamar, Jean-Claude?

—No entiendo, *ma petite*, lo que… —Entonces se quedó inmóvil. Todavía me abrazaba. Todavía estaba pegada a él, respirando el aroma de su piel, pero su corazón dejó de latir, su respiración calló. Estaba haciendo eso de estar muy relajado que los vampiros de gran edad podían hacer, pero esta vez estaba presionada contra él mientras lo hacía. Nunca había estado tan cerca de él cuando se quedaba tan quieto. Hasta que se detuvo, ni siquiera había sido consciente de que su corazón latía. Me hizo mirar hacia él. Me hizo encontrarme con esa cara hermosa, sin defectos, y ver que parecía irreal, una máscara, mientras miraba, no a mí, sino detrás de mí.

Me volví y miré a lo que él estaba mirando. Micah se quedó allí, mirándonos. La expresión de su rostro era suficiente, había tenido el mismo horrible pensamiento que yo.

Me humedecí los labios y susurré:

—¿Los leones tienen un nombre para su reina?

Lo dijo en voz alta.

—Lo sentí, cuando lo viste venir por el pasillo. No va a ser tu animal para llamar. Será el Rex para tu Regina.



TREINTA Y NUEVE

Richard terminó de nuevo en la habitación de Jason. La Dra. Lillian lo atiborraba de analgésicos, para que durmiera y sanara. Tuve que prometerle que colocaría guardias de confianza en la puerta para asegurarme de que ninguno de nuestros invitados lo visitara mientras estaba drogado e indefenso. Parecía una petición razonable para mí. De hecho, fue tan práctico que me dio esperanza de que por fin empezaba a darse cuenta de que la vida no era la ilusión de Boy Scout.

Lillian dijo que si Richard hubiera sido humano, estaría yendo a la sala de urgencias, y con muletas durante varias semanas después. Pero no era humano y dos horas de sueño podrían curar una gran parte del daño. ¿Por qué no tratar de curarlo con la metafísica? Debido a que Richard nunca me había dejado curarlo con la magia. Fue su elección, y yo estaba de acuerdo. Había hecho demasiado bien en la última hora como para darle holgura. Acres de holgura.

Haven estaba inconsciente en la habitación en la que había empezado el día, con guardias adicionales. No se iría a ninguna parte por lo menos en cuarenta y ocho horas, por lo que dijo el doc. Me parece muy bien; fuera de la vista era excelente para el Monstruo de las Galletas y yo.

Había empezado a molestarme de nuevo, caminar por todo el cuarto, pero Jean-Claude me había tocado, y Auggie se le había unido. Terminé en el sofá abrazada entre ellos y una extraña sensación de calma.

—Has enmarañado mi mente, ¿no?

—Tienes la capacidad de mantenerme fuera, *ma petite*. Meramente decides sacarme, y me vea obligado a salir. Creo que lo que necesitas es calma.

No podía discutir eso. Me volví con mi cabeza en el regazo de Jean-Claude, y miré a Auggie, que tenía mis piernas sobre sus piernas.

—Pero él te está ayudando.

—Muy poco —dijo Auggie, e hizo una cara para parecer humilde, pero no lo logró.

—Deberías dejar de tratar de poner cara humilde —dije—, no funciona contigo.

Me miró con grandes ojos, inocentes, creo que intentaba hacerlo. No sacaría eso tampoco.

—¿Estas diciendo que no soy humilde? —Sonrió, echando a perder cualquier intento de inocencia. Esa sonrisa decía que estaba pensando en cosas nefastas cosas divertidas, pero sin embargo, nefastas.

—No conocerías la humildad ni aunque te mordiera en el culo.

Se echó a reír, con la boca abierta, puede ver un vislumbre de sus colmillos. Si no hubiera visto los colmillos te habría dicho que era una risa muy humana. Jean-Claude había explicado una vez que los vampiros aprenden a controlar sus rostros, voces, cada reacción, para esconderse de sus amos. Debido a que cualquier emoción fuerte puede ser usada en su contra. Después de unos cuantos siglos podría perder el don de la verdadera risa, la sonrisa sólo porque estás feliz, no porque pensaras que te llevaría a lograr algo. Las expresiones faciales de los vampiros muy antiguos se acercaban más como a un flirteo: algo que se hace a propósito, con un propósito. Auggie sólo parecía reírse.

Levanté la cabeza para poder mirar el rostro de Jean-Claude. Le pregunté:

—¿Eso es real, esa risa, o es parte del plan de juego de Auggie?

—Pregúntele a él, *ma petite*.

Miré al otro vampiro.

—¿Y bien? —dije.

—¿Bien, qué? —preguntó.

—¿Es una risa real, o una actuación?

Se encogió de hombros, lo que envió el chal negro un poco más abajo. Al ritmo que se le escapaba, estaría desnudo de cintura para arriba otra vez. No estaba segura si quería que el chal cayera más rápido, o colocarlo de nuevo sobre sí mismo. Verlo desnudo sonaba bien, y su deseo me hizo no quererlo en absoluto.

Loco, lo sé, pero cierto. Rara vez confiaba en todo lo que quería demasiado.

Sentí el olor de vainilla, caliente. Nathaniel se acercaba. Oí los pies descalzos corriendo, y al momento siguiente estaba en el aire por encima de mí. Se apoyó con las manos y los pies en el sofá, justo antes que llegar hasta mí. Lo había hecho antes, pero siempre me sobresaltaba y me hizo hacer ese sonido eep. Odiaba eso que sonaba dentro de mí en alguna parte. Nathaniel se echó a reír, su rostro se iluminó con la risa. Trataba de ser gruñona con él cuando me asustaba, pero fallaba. El mal humor quedó bajo el deleite de estar tan cerca de él, y el suave toque del vampiro.

—No estás embarazada —dijo.

Negué con la cabeza y se echó a reír también. De repente, me acordé de cómo gloriosamente había sido el alivio. Trajo el torrente de alegría que había tenido antes de que Haven se portara mal.

Nathaniel dejó que su cuerpo cayera unos pocos centímetros, por lo que su cuerpo presionaba el mío. Me besó, y le devolví el beso. Mis manos se deslizaron por el calor de la musculatura de su piel, y la calidez de seda de su pelo, independiente y resbalando en todos nosotros. Su cuerpo empezó a reaccionar a la cercanía, y el beso aumentó.

—¿Si realmente tenéis relaciones sexuales en nuestro regazo, podemos llegar a participar? —preguntó Auggie.

Me aparté del beso, y Nathaniel se detuvo, pero no se movió. Tuve que mover de hecho algunas de las mechas gruesas de pelo castaño a un lado para que pudiera ver el rostro de Auggie.

—No —dije.

—Entonces estoy perdido en cuanto a donde poner mis manos.

Miré sobre el hombro de Nathaniel y me di cuenta de que el lugar de

descanso más natural para las manos de Auggie era probablemente el culo de Nathaniel, el cual se asomaba entre la caída de su propio pelo.

Auggie levantó un mechón de cabello.

—No he visto un pelo así durante un siglo. —Frotó el pelo a lo largo de su mejilla—. Me trae recuerdos, aunque el cuerpo sería femenino. —Contempló a Nathaniel—. Es el más largo que he visto nunca en un hombre.

No me gustó la forma en que miraba a Nathaniel aunque realmente no podía culparlo. No fue Auggie el que había saltado desnudo en nuestro regazo. Empujé en el pecho de Nathaniel.

—Muévete, ¿de acuerdo?

Me dio una mirada que logró ser a la vez inocente, y no, entonces rodó por el suelo. Sabía que quería sorprenderme, pero era un exhibicionista, y le encantaba coquetear. No significaba que quería sexo, sólo que disfrutaba de la manera en que la gente reaccionaba al ver su cuerpo. O al menos eso es lo que Micah pensaba. Era muy posible que Nathaniel no supiera que lo hacía.

Micah se acercó por detrás del sofá.

—Su leopardo no trató de saltar cuando Nathaniel le tocó —dijo Micah desde detrás del sofá.

—No, no lo hizo. —Lo miré, y encontré que el pelo de Jean-Claude bloqueaba mi punto de vista. Micah estaba muy cómodo entre los dos vampiros, así que no tenía que hacer un esfuerzo.

—Tocaste mucho menos de mí, y se levantó.

—Inténtalo de nuevo —dije, y le tendí la mano.

Vaciló, como si tuviera un poco de miedo de lo que podría suceder, pero me tomó la mano. Esperé a que mi bestia se levantara, pero no fue así. Era solo la mano de Micah en la mía. Me apretó la mano y le di una sonrisa. Algo de la tensión que tenía se aligeró, como si hubiera estado conteniendo el aliento por algo. Todavía parecía demasiado serio, casi triste. ¿Estaba celoso? ¿Era mi mejor hombre y de pronto estaba celoso? No había ansiedad, con el pensamiento, era sólo un pensamiento. El poder de Jean-Claude dejó de ser un pensamiento, sin carga emocional que se le atribuyera. ¿Era así como la gente bien adaptada se motivaba?

Si es así, maldita sea, era pacífico. Quería inspirarle confianza y quitar la preocupación de sus ojos. No había pensado en eso, sin razonamiento. Quería tranquilizar a Micah, así que me senté, y utilicé nuestras manos

entrelazadas y lo atraje hacia abajo. Nos besamos, pero se apartó. Esos ojos verde pálido aún tenían una sombra de preocupación. Quería que la sombra se fuera. Quería que él supiera lo mucho que significaba para mí.

Usé ambas manos, para arrastrarlo al sofá de nuevo, y darle el beso que se merecía. Lamía, besaba, comía de su boca, como si su sabor fuera una droga, y necesitaba una reivindicación. Cayó en ese beso, y se derramó sobre el sofá, encima de mí, y nos envolvió. Se levantó del beso, riendo, la preocupación borrada de sus ojos. Terminamos riendo juntos en una pila grande. No sólo Micah y yo, sino Nathaniel, y Auggie con su risa grande, con un parpadeo de sus colmillos. La risa de Jean-Claude se derramaba sobre todos nosotros, como algo espeso y dulce que debería ser capaz de lamer tu piel. La sensación me hizo recuperar el aliento.

Micah se estremeció por encima de mí. La mano de Nathaniel me agarró del brazo y los dedos de Micah, convulsionando contra nuestra piel. La mano de Auggie se tensó casi dolorosamente en mi pierna. No pude ver más allá del cuerpo de Micah, pero podía sentir que su cuerpo reacciona a esa risa palpable.

No era sólo el cuerpo de Auggie el que reaccionó. Su poder estalló en su mano, y la calidez de su regazo, a través del pijama de seda, y mis pantalones vaqueros.

Sentí su cuerpo como ardía a través de la tela. Ese calor se encontró con el *ardeur* enroscado dentro de mi cuerpo. Auggie lo llamaba, y como un perro bien entrenado, siguió su poder.

Micah susurró:

—¡Oh, Dios! —Creo que se hubiera ido y huido hacia la seguridad, pero el brazo de Nathaniel y por el otro lado Auggie le impidieron moverse. Él no estaba atrapado, pero con el *ardeur*, la fuerza de voluntad no sirve y es muy difícil conseguir que las cosas pequeñas inclinen la balanza.

El poder de Jean-Claude emitía impulsos contra mí, pero no era su *ardeur* el que subió. El poder de la tumba fría salía de su cuerpo como el agua fresca y relajante para calmar el calor que Auggie había despertado.

El poder de Jean-Claude se derramó a través de mí, sobre mí, empezando a extenderse. Se extendió a Micah, por lo que sus ojos perdieron su pánico. Las manos de Nathaniel comenzaron a relajarse en nuestros cuerpos. El aliento de Auggie salió en un largo suspiro, temblando.

—Eso fue muy malo por tu parte, Auggie —dijo Jean-Claude en una voz que era más gruesa de lo normal con su acento francés. Lo cual significaba que había tenido que esforzarse más para detener el *ardeur* que el flujo fácil del poder que nos había hecho creer.

Micah medio se derrumbó encima de mí, enterrando su cabeza en mi hombro, de modo que de repente podía ver la cara sonriente de Auggie. Él estaba totalmente arrepentido.

—Jean-Claude, ¿Puedes realmente echarme la culpa de todo este botín y retorcer mi regazo? —Le dio una palmada al culo de Micah.

Micah salió de la cama, y me llevó con él, porque se lo permití. Terminamos en el suelo cerca de Nathaniel. Micah y yo nos pusimos de pie, Nathaniel de un salto se unió a nosotros. Estábamos fuera del sofá, así que los tres nos quedamos enfrentados a los vampiros, y el enfrentamiento ya no era amistoso. Cerré a ambos vampiros de mi cabeza, porque no estaba segura de cómo cerrar a Auggie sin necesidad de apagar a Jean-Claude, también. Pensé que no tenía los puntos más finos de la metafísica hasta el momento.

—No te culpo, pero ellos lo harán —dijo Jean-Claude, y parecía casi satisfecho. Tuve un destello de sus pensamientos: le complacía que Auggie estuviese cayendo en las mismas trampas que una vez habían sido su propia caída. Luego cerró el vínculo entre nosotros, como si no quisiera que supiera lo que estaba pensando.

Me parecía muy bien, tenía mis propias razones para no querer compartir.

Podría haber sido un segundo, sólo un segundo, cuando aumentó el *ardeur* mientras que los cuatro estaban tocándome, no me había parecido una mala idea.

Micah, Nathaniel, y Jean-Claude eran una cosa, pero Auggie me había arrollado.

Sí, estaba enamorada de él, también, pero fue a causa de artimañas de vampiro.

Auggie me había atrapado en el amor, y debía ser castigado, no recompensado.

Richard probablemente diría que el amor verdadero era un castigo, así que el amor por engaño debe llevar a una sanción más elevada, ¿no es así?

—No te conozco —dijo Micah—, y no puedes tocarme así como así.

Auggie extendió las manos, e hizo un gesto de encogimiento de

hombros.

—Mis más sinceras disculpas, pero la gente sigue cayendo en mi regazo, y estoy autorizado para tomar un poco de ventaja.

—No —dije—, no lo estas.

Me entrecerró los ojos gris carbón.

—Te quiero, Anita. ¿Me amas?

Casi le dije que no, pero sabía que olería la mentira. Me encogí de hombros.

—Sí, gracias a tu poder, sí, lo creo. —Me encogí de hombros de nuevo —. Pero ¿qué tiene eso que ver con nada?

—La mayoría de las mujeres que me aman, no actúan tan enfadadas. La mayoría son generosas con sus amantes.

—En el sexo, soy generosa, por todo lo demás, tienes que trabajártelo.

Auggie miró a Jean-Claude.

—Dice la pura verdad.

Jean-Claude asintió con la cabeza.

—*Ma petite* es una amante exigente en todos los sentidos.

—Normalmente, cuando un hombre dice que una mujer es una amante exigente, es algo bueno, pero de alguna manera no creo que sea eso lo que quieres decir —dijo Auggie.

Jean-Claude me dio una sonrisa, esa sonrisa que era sólo para mí, y a veces para Asher. La sonrisa decía que me amaba, y yo tuve que devolverle la sonrisa. Sentí mi cara suavizarse y la cólera se desvaneció. No estaba enfadada con Jean-Claude.

Finalmente había decidido no difundir mi enfado con todo el mundo.

—*Ma petite* y yo hemos trabajado mucho juntos para formar el amor que tu has ganado por medio de subterfugios. —Se volvió y miró a Auggie —. Era tu amigo, pero has utilizado tu arte para perder mi afecto. Pero yo, como *ma petite*, sé amar y no ser prisionero de ese amor. Puedes ganar o robar nuestro amor, pero no se puede robar una verdadera relación como la nuestra. —Se volvió, y acurrucó sus largas piernas en el sofá. Puso su brazo sobre el respaldo del sofá, sin llegar a tocar el hombro desnudo del otro hombre. Acunó su cabeza sobre su brazo extendido, dejando que sus rizos negros se derramaran por todo lo blanco de la camisa. No pude verle la cara, pero conocía esa mirada. Era una mirada encantadora, seductora, su mirada burlona, cuando realmente no esperaba que nada ocurriera.

Sólo quería recordarnos lo delicioso que era. Por lo general utilizaba la

mirada sólo cuando se había vuelto loco, o era yo. Era una mirada ya sea para poner fin a una pelea, o comenzar una.

Auggie le miró, y la mirada era de dolor. Vio a Jean-Claude, entendiendo el potencial de esto, y ahora sabía que aunque lo había tenido una vez, no quería decir que lo volvería a tener. Jean-Claude era un jugador difícil de engatusar cuando sabía que podía tener una ventaja. La mirada en el rostro de Auggie decía que era una ventaja muy grande en este momento.

Si se trataba de amor verdadero, el amor verdadero, entonces ¿debería haberme sentido mal por Auggie? Tal vez, pero no era así. Me hizo feliz, como un niño, la forma mezquina, vengativa que siempre promete una relación muy mala. Hay diferentes tipos de amor, aprendí que no es menos real, más real o, simplemente diferente. Tal vez lo que Auggie podía causar que lo que una persona sintiera no fuera verdadero amor, después de todo. Tal vez era esa clase de amor que parece venir rápido, e irse despacio, pero en el medio sólo hay peleas, y dolor, marcado por el buen sexo, hasta que uno de vosotros tenga el valor de ponerle fin, y marcharse.

Auggie tenía una expresión triste cuando se volvió hacia mí.

—Me estás rechazando. —Parecía genuinamente sorprendido. Miró a Jean-Claude—. Entiendo a Jean-Claude por las maniobras de poder, a pesar de que mi orgullo está herido. No debo ser tan bueno con los demás hombres como pensaba que era.

Jean-Claude respondió y su cabeza permanecía estática en su brazo.

—Si doy de comer a tu ego ahora, entonces puedo perder la ventaja que he adquirido.

Auggie asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. —Me miró—. Pero ella, no lo hace. Sé que soy bueno con las mujeres. Infiernos, soy un amante increíble.

Me reí, no pude evitarlo.

Me dio una mirada asesina.

—¿No estás de acuerdo?

Negué con la cabeza.

—No, eres grande. —No se parecía a lo que quería decir, pero lo hice —. Tal vez igual que mis hombres un poco más modesto, eso es todo.

Levantó un pulgar hacia Jean-Claude.

—Si alguna vez ha sido modesto acerca de sus proezas en la cama, era falsa modestia.

—Vaya, gracias —dijo Jean-Claude.

Auggie sacudió la cabeza.

—Eso no es lo que quise decir.

—¿Qué quisiste decir? —pregunté.

—Que él no tiene un hueso modesto en su cuerpo.

En realidad no estaba de acuerdo con eso, pero Auggie no merecía la explicación, así que lo dejé estar.

—Tienes derecho a opinar.

—Lo que significa que no estás de acuerdo conmigo —dijo Auggie.

—Significa lo que dije.

Auggie desvió la mirada hacia Micah. Lo miró, le miró de la forma en que los hombres suelen reservar para las mujeres. Como si se preguntase cómo se vería Micah sin su ropa.

—Aquí estoy completamente desnudo, y ni siquiera me miras a mí —dijo Nathaniel.

—¿Debo tomarlo como un insulto? —Se movió unos pasos por delante de Micah, tirando todo ese pelo castaño pesado sobre los hombros, por lo que su cuerpo fue enmarcado por él. Se quedó allí y se quedó mirando al vampiro. Le miró con aquellos ojos de color lavanda y con ese cuerpo hermoso.

—Tal vez me gusta un poco de modestia, también —dijo Auggie.

Nathaniel movió los brazos musculosos para cubrirse, derramó de pelo sobre un hombro, de modo que más de él estaba escondido. Se asomó tímidamente en torno a su propio cuerpo y pelo, le dio ojos inocentes, con su rostro tan joven como lo era en años. Nunca estaba segura de cómo lo hacía, pero podía jugar al inocente hasta los pies. Podía ocultar esos ojos cansados, y jugar a ser ingenuo.

Auggie se echó a reír, esa risa brillante y feliz.

—Es bueno. —Se volvió a Jean-Claude—. ¿Dónde encuentras hombres tan bellos?

—Yo no —dijo.

Miró más allá de Nathaniel hacia mí.

—Anita, tiene un verdadero ojo para el talento.

—Ellos no son un talento para mí. Son gente que me importa, y no me gustan los juegos.

Hizo una seña a Nathaniel.

—Él juega juegos, y muy bien, creo.

Asentí.

—A Nathaniel le gustan los juegos mejor que a mí, mejor que a Micah, pero no que jueguen con nosotros.

Auggie me dio una mirada que parecía dar a entender que era una ingenua.

—Una vez estafador, un timador siempre, Anita.

—¿Eso significa lo que significa? —pregunté.

—Creí que te gustaba la honestidad —dijo.

—Significa lo que significa —dijo Micah.

—Sé reconocer a una puta cuando la veo, porque yo era uno. Así fue Jean-Claude, y Asher, y Requiem, y London. No debes dejar de lado a las damas: Elinor, Cardinal, quien fue una vez de la línea de Belle, era una puta. Fuimos creados para ser putas.

—Nathaniel no es una puta —dije, y llegué a él. Se apartó del tacto, y me dio los unos ojos llenos de pérdida.

—Yo lo era.

—Nos has investigado, antes de venir aquí —dijo Micah.

—Por supuesto —dijo Auggie.

Le toqué la cara a Nathaniel, y traté de poner en mis ojos lo mucho que significaba para mí. Lo que vio en mi rostro le hizo sonreír, un poco. Él apretó la mano sobre la mía, apretándome la mano con la curva de su mandíbula.

Micah se puso delante de nosotros dos.

—Sabías que si me mirabas así sería un insulto para Nathaniel. Había algo en la forma de protegerme que te molestaba.

¿Por qué?

Jean-Claude levantó la cabeza, cruzó las piernas una sobre la otra de una manera que le permitían saber qué tan flexible era, pero aún no lograba ser «una dama», por falta de una palabra mejor.

—Yo sé por qué.

Puse un brazo sobre la espalda de Nathaniel, y le pregunté:

—¿Por qué?

Jean-Claude y Auggie intercambiaron una mirada.

—Si crees que puedes contestar a la pregunta, adelante —dijo Auggie.

Jean-Claude hizo un gesto pequeño, entonces nos miró.

—Auggie prefiere a las mujeres que a los hombres, pero habría que ser muy, muy heterosexual para ignorar la belleza de ambos. En su defensa, se comportó admirablemente. Hay vampiros entre nosotros que no habrían

mostrado moderación. Lo ofreció como un pequeño insulto, y lo tomaron como un grande. Anita y yo no estamos cayendo unos sobre otros para profesar nuestro amor por él, y eso le molesta, le intriga. Entonces vosotros, que sois los animales, por lo tanto de menor rango para la mayoría de los vampiros, lo han afrentado, también. Pero creo que es más que eso. —Miró a Auggie—. Creo que él vio a Nathaniel utilizar el único don que tenía para proteger a Micah. ¿Te trae muchos recuerdos, Auggie?, ¿malos recuerdos? —Se inclinó hacia el otro hombre.

Auggie se puso de pie, de pronto, y no lo miraba.

—Mis recuerdos son míos. —Entonces se dio cuenta de lo que había dicho, y dio una risa amarga—. Por ahora, al menos, hasta que se dicte lo contrario. —No se refería a mí.

Jean-Claude se recostó en el sofá, su pelo se derramó sobre su brazo, con un brazo descuidadamente sobre su cabeza, el otro a través de su estómago. Un pie desnudo se arrastraba sobre la alfombra, y el otro estaba recogido en el sofá, la rodilla apoyada en el respaldo del sofá blanco. Parecía un adonis, y lo sabía. Pero era un espectáculo para Auggie. No había verdadera angustia en sus ojos. Me dolía ver su cara así.

—Me das nuevamente un vistazo de los celos, y ahora estoy en el purgatorio de nuevo. Tú, y ella, —me señaló—, me podéis llevar al cielo o al infierno según vuestra voluntad. —Cerró los ojos, su cara grabada con dolor—. Te recordaba más suave que esto, Jean-Claude. Te recordaba como mi amigo.

—Los amigos no usan sus poderes contra otros. Despertaste el *ardeur* de *ma petite*, deliberadamente. Querías tenerla. El hecho de que ambos te rechazáramos fue un accidente de poder. Me recordabas más suave y menos poderoso. Me subestimaste, y has subestimado a *ma petite*.

Auggie abrió los ojos, y miró al otro vampiro.

—No entiendo qué quieres decir con eso.

—Pregunta a nuestro Nathaniel cómo ganó su corazón.

—Veo su cuerpo, sé cómo se ganó su corazón.

—No ves nada, no sabes nada —dijo Jean-Claude—. *Mon minet*, dile como ganaste su corazón.

—¿Lo llamas —mi gatito y estoy equivocado con él? —dijo Auggie.

Nathaniel se inclinó un poco más fuerte contra la mano que tenía en la espalda desnuda.

—No tuve prisa con Anita —dijo Nathaniel.

—Pero lo has intentado. —Auggie hizo una declaración.

Nathaniel asintió.

—Quería que ella me quisiera. No conocía otra manera de hacerlo.

—Todo funcionó —dijo Auggie.

Nathaniel me miró, me dio una sonrisa y luego se volvió de nuevo a Auggie.

—No, no lo hizo.

Hizo un gesto a todos nosotros.

—Por supuesto que funcionó.

—Sólo cuando dejé de intentar seducirla, y traté de aprender a amarla.

—Aprender como amarla, lo haces sonar como una clase o un grado. Simplemente amas a la gente.

Nathaniel se echó a reír. Jean-Claude hizo un ruido como si estuviera tratando de no reírse. Miré a Micah.

—¿No vas a reír, también?

Micah sacudió la cabeza.

—Te conozco bien. —Aunque vi el borde de una sonrisa en los labios.

Puse mala cara a todos.

—Muy bien, reíros.

—No entiendo a expensas de quien es la broma —dijo Auggie.

—Lo harás —dijo Micah, y sonaba como una amenaza.

—¿Es realmente tan difícil salir conmigo?

Esta vez Claudia y algunos de los otros escoltas se echaron a reír. Se estaban divirtiendo como el infierno a todos.



CUARENTA

—Dime el chiste, así podría reírme. —La voz de Travis llegó desde el fondo del pasillo. Su rostro estaba tenso y apretado por el dolor. Noel se cernía a su lado como si estuviera esperando que tropezara para cogerlo. Ambos todavía parecían demasiado jóvenes, incluso para conducir. ¿Era sólo la edad lo que había hecho que Joseph los recogiera para alimentarme, o había alguna otra razón? Quiero decir, eran sumisos y también eran carne de cañón. Todo el mundo se había ofrecido para que lo seleccionara, incluso los deportistas, que tenían olor a coche nuevo, como si no había sido impulsado por la cuadra lo suficiente. Tenía que haber una razón por la que me había ofrecido unos corderos cuando lo que necesitaba eran leones.

—¿Por qué no has cambiado? —preguntó Micah. Ya estaba moviéndose a través de la sala hacia ellos, pasó frente a Auggie. El vampiro extendió la mano, trató de agarrarle el brazo. Micah se movió tan rápido que realmente no vi a Auggie tratando de agarrarlo, y fallando. Vi al

vampiro llegar, y Micah simplemente no estaba llegando a donde él estaba. Fue tan rápido, como la magia. Micah fue hacia los hombres leones, y comenzó a hablar con ellos en voz baja. Pasó por alto al vampiro.

Auggie parecía algo más que enfadado, era casi como dolor.

—Has establecido tu punto, Jean-Claude.

—A Micah no le gusta que lo agarren, eso es todo lo que ha pasado —dijo la suave voz de Jean-Claude. Todavía estaba descansando en el sofá decorativo—. ¿Tienes envidia de mis gatos, Augustine?

—No envidio a nadie.

Incluso yo podía saborear la mentira.

Micah comenzó a liderar a los hombres leones hacia el sofá de dos plazas. Se detuvo fuera de su alcance, y miró a Auggie.

—Realmente no quiero jugar, Augustine. Sólo quiero hacer que Travis se siente.

—Si estuvieras en mi territorio, tendría que darte una lección por eso, pero no eres mi gato-gatito. Siéntate, no voy a molestarte.

Micah dio vuelta alrededor del vampiro, pero le dio la espalda. Sus ojos me miraban, y me di cuenta de que estaba confiando en mi reacción ante lo que sabía que Auggie estaba haciendo. Asentí con la cabeza, como diciendo, está bien. Micah condujo a los dos leones al sofá de dos plazas.

—Esos pequeños juegos no se hacen, Augustine. Eres maestro de un territorio de gran alcance. Podrías tener tu propia colección de amantes, ser mi rival. —Salió de la implicación de que todos éramos sus amantes, y lo dejamos pensar en ello. Yo era su amante, y ninguno de los otros hombres se molestó por los rumores.

—No soy el Maestro de la Ciudad de Chicago, Jean-Claude, soy un jefe de la mafia.

La mafia me permite tener una familia con una esposa e hijos, una amante, putas, pero nada más.

Jean-Claude estaba deleitándose contra el brazo del sofá.

—Nunca podrías dejar que ninguno de ellos te vea mirarme como lo haces en este momento.

Auggie sacudió la cabeza.

—Si fueras una prostituta o un estafador, tendría que matarte si me vieran mirarte de esta manera.

—Pero tus rivales no te pueden ver ahora. Puedes mirarme como quieras.

—Vete a la mierda, Jean-Claude, utilizaras esta expresión de mi rostro para castigarme, y tratar de controlarme. Es sólo otro tipo de arma en mi cabeza.

—Somos maestros vampiros, sabemos todo sobre controlar, pero no tengo la intención de castigarte, a menos que intentes castigarnos tú primero.

—¿Qué significa eso?

—Esto significa que, si eres cruel con nosotros, vamos a ser crueles a cambio. Si juegas bien, también lo haremos.

—Define jugar bien —dije.

—Cuando veas la expresión de dolor en su rostro, ¿no te dolerá el corazón, *ma petite*?

Quería mentir, pero…

—Sí.

Hubo un parpadeo en la cínica mirada en el rostro de Auggie, como si no supiera qué mirada le ayudaría, o qué mirada debía atreverse a dar.

—Pero ¿y qué? Gracias a sus maquinaciones, no quiero verle sufrir, ¿y qué?

—Augustine puede venir a visitarnos. Dadas sus conexiones con la mafia, podrían pensar que está tratando de cortejarnos para incluirnos en sus actividades delictivas, o simplemente que está consolidando su alianza con nosotros, de un maestro a otro. De cualquier manera, podría visitarnos periódicamente sin despertar sospechas. Dado que es una figura conocida de la mafia, eso podría explicar por qué las visitas tendrían que estar fuera de los ojos de los medios de comunicación.

Auggie miró al otro vampiro como si fuera un ratón al que había tenido, como gato, que decirle que no se lo comerá hoy. Mitad esperanzado, mitad con miedo a la esperanza.

—¿Qué estás ofreciendo, Jean-Claude?

—Primero, que no trates de hacer las cosas peores para *ma petite*. No trates de levantar su *ardeur*, o el mío, en contra de nuestra voluntad. No abuses de mi hospitalidad usando tus poderes en mi gente.

—Pido disculpas por eso —dijo.

—Haces bromas de tus disculpas —dijo Jean-Claude—. Necesito saber si eres sincero.

Auggie asintió con la cabeza.

—Lo siento, pero… —Desvió la mirada, sus manos estaban envueltas

en puños—. No entiendes lo que es ser el receptor del *ardeur*. Te ganaste el *ardeur* casi desde el primer momento. Se despertó con tu sed de sangre.

Nunca has sido su víctima.

—No es cierto —dijo Jean-Claude. Se sentó de pronto, rápido y casi formal—. *Ma petite* puede alimentar su *ardeur* de mí, yo puedo alimentar mi *ardeur* de ella.

Podemos ser las víctimas de nuestros respectivos *ardeurs*.

—Lo siento, lo sé. Sé que estás tan cautivado por Belle como cualquier otro. Pero aún así, puedes alimentar el *ardeur*, y ganarle la carrera. No tengo nada a menos que pueda encontrar un compañero que lo lleve. Esperaba que uno de vosotros, o ambos, pudiera amarme, amarme de verdad, quererme realmente. Esperaba negociar el amor por el *ardeur*, y ahora los veo a los dos. —Una vez más, desvió la mirada, como si no pudiese soportar mirarnos a ninguno de nosotros—. Y no habéis sido movidos por mí. Tu, Jean-Claude, me miras como solía hacerlo Belle.

Ella, —me señaló—, ella me mira como si me odiara. Tan fría, tan enfadada. No lo entiendo. ¿Mi poder hizo efecto en ella, o sólo en mí? Siento el tirón de su cuerpo, pero ella no parece sentir nada por mí, excepto ira.

—A *ma petite* no le gusta estar enamorada. Siempre le enfada, y muy especialmente al principio.

Auggie sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

Me encogí de hombros.

—Únete al club. —Fui al sofá de dos plazas. Nathaniel me seguía—. ¿Por qué no ha cambiado Travis?

—Te está esperando —respondió Micah.

—¿Esperándome para hacer qué?

—Para que traigas a mi bestia —dijo Travis, y su rostro estaba casi gris, con dolor.

—Lo que haces aquí en tu pequeña visita, podría ser un secreto para tus muy conservadores compañeros delincuentes —dijo Jean-Claude.

—Sólo muévete, Travis. Cúrate tú mismo.

Sacudió la cabeza, acurrucándose el brazo.

Auggie dijo:

—¿Y qué podría estar haciendo en estas visitas?

—Tal vez podríamos incluso visitarte en Chicago.

De repente estaba prestando atención a su conversación. Si fuéramos a Chicago, oh por Dios, la energía que habría…

—No, de ninguna jodida manera. ¡Te alimentarías después de todo mi pueblo!

Sentí que alguien se alimentaba de mí y de la poca gente que tengo aquí haciendo que tu nivel de poder aumentara. De ninguna manera.

—¿Así que no quieres visitarnos de nuevo?

Auggie se obligó a permanecer muy derecho, con los hombros hacia atrás, como el eco de algún militar.

—Sabes que lo haré, pero no negociaré con mi pueblo ni con todo mi poder para ello. No me arrastraré ante ti, Jean-Claude.

—No quiero que te arrastres, Augustine.

—¿Qué quieres?

—Que dejes de intentar manipularnos. Que aceptes que nosotros controlamos el *ardeur* y que quieres eso. Oferta y demanda, querido Augustine.

—Eres un cabrón.

Jean-Claude se puso de pie súbitamente, tan rápido que no lo vi. Magia, otra vez.

—Abusaste de mi hospitalidad primero. Manipulaste a mi sirviente humano, así podrías alimentar al *ardeur* de nuevo. Abriste el camino para que Belle Morte pudiera poseer a *ma petite*. Yo no soy el bastardo aquí.

—Bien, soy la rata hija de puta. Tienes razón al decir que no entendía que invitando a Belle no lo arreglaría. Sí, quiero retomar a una de las mujeres de la línea de Belle, pero ninguna maneja el *ardeur* como Anita. Ni como ella ni como tú, así que sí, vine con la idea de que si tuviera la oportunidad, elevaría el *ardeur*.

—Has venido aquí queriendo el *ardeur* una vez más, ¿qué quieres ahora, Augustine?

—No me hagas decirlo, Jean-Claude.

—*Ma petite* no es una mujer sutil. A menos que lo digas, ella no lo entenderá.

Auggie me miró, pero sus ojos se estremecieron, como si estuviese esperando a ser alcanzado.

—No venderé a mi pueblo, o la base de poder, no me voy a humillar, pero fuera de eso, haré cualquier cosa, lo que sea, para que tú y Jean-Claude se alimenten de mí otra vez. —El estremecimiento dio paso al

miedo—. ¿Quieres que mate a alguien?, lo haré. Dinero, drogas, algún diseño, lo que quieras, lo que necesites, pero no me digas que nunca estaré en tus brazos otra vez. —Su rostro se volvió, pero no sin antes mostrarme el brillo de las lágrimas que estaba derramando.

—Nosotros mismos matamos. Tenemos dinero suficiente. Somos una zona libre de drogas; no traigas esa mierda aquí. Si quiero cosas de diseñador, yo misma iré a comprarlas.

Auggie se quedó allí, con su cara girada, evadiéndome, con los hombros encorvados, como esperando el golpe.

—No tengo nada que ofrecerte entonces. —Su voz era gruesa cuando lo dijo.

—Me siento incómoda por lo que Jean-Claude y yo hicimos contigo. Me sentí jodidamente bien alimentándome de ti, y eso me aterra.

Auggie me miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas por su fuerza de voluntad.

—Pero para bien o para mal, te miro y me duele el corazón. Quiero consolarte y eso me molesta. He tenido gente a la que he amado, amado realmente, usando sus poderes de vampiros en mí. Corté relaciones con ellos por eso. Me he alejado de ellos durante meses, no los he visto, ni siquiera he hablado con ellos. —Me acerqué a él mientras hablaba, un poco más con cada frase—. Apenas te conozco. No eres mi amigo. Me obligaste a amarte, pero no te conozco.

Él trató de mirarme con ojos de enfado, pero las lágrimas no derramadas que se cernían en su rostro arruinaron el efecto.

—Te subestimé, Anita.

—La mayoría de la gente lo hace —dije.

—Creí que eras sólo la sirviente humana de Jean-Claude. Sentí tu poder como una nigromante. Debió ser una advertencia, pero seguí adelante con mi plan. Quería el *ardeur*. Lo deseaba tanto. —Sonrió, pero no como si estuviera feliz—. Y fui arrogante. Soy el Maestro de la ciudad de Chicago. He sido un mafioso desde el año 1930. He sido poderoso, y una amenaza para cualquier cosa que se atravesara en mi camino durante siglos. La única cosa que siempre me derrotó realmente fue Belle. —Las lágrimas le temblaban, pero aún así las detuvo.

Me quedé allí, mirándolo, tenía que alzar sólo un poco la vista, porque no era tan alto. Normalmente me gustaba eso en un hombre, pero ahora sólo estaba enfadada. Me aferraría a la ira, a la rabia, porque era lo único

que me impedía pasar mis manos por su pecho desnudo. Mis manos me picaban por el deseo de tocarlo. No era sólo el amor, era más y menos que eso. Era una especie de compulsión mágica. Se sentía como amor, pero mantenía elementos que lo hacían parecer casi una adicción. Me di cuenta de que Auggie me había aplastado, bueno y real. Su poder me había enrollado. Había luchado libremente contra algo de aquello, y Jean-Claude me había ayudado, pero no me había librado de lo que me había hecho. Pero mirando su cara, ese enfado, las lágrimas en sus ojos, me di cuenta que no estaba enfadado conmigo. Estaba enfadado consigo mismo.

—Te involucraste —dije.

Cerró los ojos y se volvió. Hablaba con la cara apartada de mí.

—La hoja corta en ambos sentidos —susurró.

—Pero si tenemos una mejor armadura, entonces, más de tu poder te golpea a ti que a nosotros, ¿no?

Él asintió, aún apartándola de mí.

Sentía un destello de satisfacción. Había obtenido lo que merecía. Pero en los talones de aquel placer mezquino sentí pesar. Pesar como una ceniza amarga.

—Jesús —susurré.

Se volvió. Había perdido la batalla con las lágrimas. Corrieron en pálidas pistas rosadas por su rostro.

—De todos los poderes de la línea de Belle que han sido utilizados en mí, Auggie, el tuyo es el más terrible.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó—. El *ardeur* puede esclavizar. Requiem puede violar con un pensamiento.

—Sí, el poder de Requiem sería la última de las drogas de violación para llevar a las citas, pero no la utiliza de esa manera.

—Lo hizo una vez —dijo Auggie.

Procesé esa información, sometiéndola a prueba por si se trataba de una mentira, pero no creía que lo fuera. Me encogí de hombros.

—Lo que sea que haya sido en su juventud como vampiro, no lo es ahora. Pero el *ardeur* es sólo lujuria, y así es el poder de Requiem. No es robar las emociones; como lo haces tú.

—¿Y crees que eso es un crimen peor?

Asentí.

—Sí, lo creo.

—Me odias —susurró.

Asentí.

—Sí.

Se volvió, y dio un paso. Me cogió del brazo. Se quedó paralizado en virtud de ese pequeño contacto, como si le hubiera convertido en piedra. Conocía esa reacción.

Era la reacción de cuando sientes el más mínimo roce de la mano de alguien que significa para ti más que casi cualquier cosa en el mundo, y sabes que no significa nada para él. Así era como me sentía de vez en cuando con Richard. Como si toda mi vida se fuera en la mano con la que le tocaba, y a él no le importaba. Era una de las razones por las que me liberé de él. Era muy difícil amarlo tanto, y odiarlo tanto, al mismo tiempo.

Usé ese toque para que Auggie volviera a mí. Él me dejó hacerlo, a pesar de que podría haber luchado y ganado. Yo era más fuerte que un humano normal ahora, pero los bíceps de Auggie eran más gruesos que mi muslo. En una lucha justa, perdería, pero el propio poder de Auggie se había asegurado de que nunca tendría una pelea justa conmigo.

Lo miré a los ojos, lo vi tratando de estar enfadado, en lugar de dolido.

—Que poder tan terrible tienes, Augustine —dije en voz baja—, para ofrecer amor verdadero y hacerlo en serio. La gente debe haber estado dispuesta a negociar lo que fuera, todo, por ese regalo.

Él asintió con la cabeza.

—Sin el *ardeur* para atraparme, podría haber hecho que me amaras sin arriesgar esta gran parte de mí mismo. Sé todo acerca de mi poder, Anita. Puedo hacer que una persona me ame, me quiera de verdad, y no retornar ese sentimiento.

Dejé caer el brazo.

—¿Has hecho eso?

—Tienes razón, Anita, tengo un terrible poder. Al principio era sólo la habilidad de hacer a la gente como yo, después el amor, pero lo que no me di cuenta, al principio, era que se trataba de un arma de doble filo. Sólo pude cortar a mi presa tan profundamente como estaba dispuesto a ser cortado.

—Eso cambió —dije.

Él asintió. Las pistas de sus lágrimas se secaban en su cara. No hizo ningún movimiento para limpiarlas.

—Aprendí a controlarlo. Aprendí a atrapar a otros sin atraparme a mí mismo, así como lo hizo Jean-Claude con el *ardeur*. No sé si Requiem

aprendió alguna vez a causar lujuria en solo un lado de la ecuación.

—No lo hice. —Requiem entró, moviéndose lentamente, con cuidado. Llevaba su habitual manto negro, por lo que las lesiones estaban ocultas, pero se movía como si aún le doliera. Alguien había utilizado corrector en el peor de los hematomas faciales. Fue un buen trabajo. Había que mirar y ver la decoloración, e incluso entonces, si no hubiera sabido que eran contusiones, no podría haberlas visto.

Auggie le miró, y luego a mí.

—Pero la mayoría de nosotros lo hace, con el tiempo.

—Así que si nuestro poder no te hubiera atrapado, habrías estado dispuesto a hacer que te amara, que lo hiciera realmente, ¿y no me querrías de vuelta?

—No pensé en eso con claridad, pero no quiero amarte, no.

—Tú sí que eres un hijo de puta —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Chicago no tiene ninguna mafia, sino la vieja escuela italiana. He mantenido fuera a los rusos, a los ucranios, a los chinos, a los coreanos y a los japoneses. Nadie, absolutamente nadie, toma mi poder. Si bien casi todas las fortalezas de otros mafiosos han sido cercenadas, he celebrado mi territorio en contra de todos. Para ello, Anita, tienes que ser un bastardo. A sangre fría, un asesino hijo de puta.

—Lo ocultas bien —dije—. Tu risa es genial.

—Trabajo en mi apariencia humana, eso hace que los demás jefes tengan menos miedo.

—El jefe de las Vegas es un mafioso de los viejos tiempos, también.

Auggie sacudió la cabeza.

—Dejó de ser una fortaleza sobre la multitud cuando se convirtió en vampiro. Toma un tiempo recuperarse de ello, y para cuando Maximiliano fue lo suficientemente fuerte para recuperar parte de eso, los tiempos habían cambiado, y él no cambió con ellos. Es poderoso, y está en las Vegas, pero ya no es un jefe.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Jean-Claude vino detrás de mí. Me tocó el hombro, y cuando no lo aparté, me abrazó por detrás. La mirada en el rostro de Auggie, viéndonos juntos, fue dolorosa, y extrañamente gratificante. Si hubiera estado en su lugar, tendría esa mirada afligida, y él estaría fresco y tranquilo. Maldito hijo de puta, pero incluso al pensarlo, no podía poseerlo. Maldita sea.

—Quedan sólo residuos de la noche. Pronto tendremos que cambiarnos para el ballet —dijo Jean Claude.

Auggie asintió.

—Sí, claro.

—Tenemos que decidir si *ma petite* es demasiado peligrosa para salir entre los otros Maestros de la Ciudad.

Auggie asintió de nuevo.

—Te ayudaré a resolverlo, si puedo. Te debo una por incumplir tu hospitalidad. Se lo debo a Anita por lo que traté de hacerle. —Apartó su mirada de los dos, mirando a la nada—. Ha pasado un tiempo desde la última vez que sentí todo el peso de mi propio poder. Había olvidado lo mucho que duele esa mierda.

—Disculpe. —Noel estaba de pie junto a nosotros.

Los dos nos volvimos y lo miramos. No sé lo que vio en nuestras caras, pero retrocedió rápido hasta que estuvo fuera del alcance de los dos.

—¿Puedo acercarme?

—No —dijo Auggie.

—Sí —dije.

Nos miramos el uno al otro.

Noel cayó a cuatro patas. Él no cedió, sólo se redujo a cuatro patas en el mismo sitio en el que estaba de pie.

—No sé qué hacer, no puedo complacerlos a los dos.

—¿Cuál es tu problema, Auggie? —dije.

—Él hizo una pregunta y le respondí —dijo Auggie.

—Bien, respondiste eso por ti mismo, no por mí. —Me aparté de Auggie, acercándome a Noel. Auggie me agarró por la parte superior del brazo.

Me puse tensa, pero no traté de retirarme. Sabía que iba a perder si usaba la fuerza bruta. Le miré, y luego a la mano en mi brazo. Volví la vista hacia él.

—No acabas de hacer eso.

—Y tú no te alejaste de mí para ir hacia cualquier persona que este sumiso.

—¿Quieres en alguna otra ocasión volver a experimentar el *ardeur*, Auggie?

Pareció perplejo por un momento, pero yo de algún modo sabía que estaba actuando. Podría haber estado verdaderamente desconcertado, pero

trabajó mucho en las expresiones faciales humanas.

—Sabes que sí.

—Mueve la mano, o si no nunca me tocaras de nuevo.

Nos miramos el uno al otro durante un momento, entonces me dejó ir.

—He oído que eres peligrosa, potente y rápida para matar. Lo que ninguno de mis espías supo, es que tu fuerza de voluntad es lo más peligroso de ti. Dios, tus ojos, la determinación en tus ojos. —Negó con la cabeza—. ¿En serio? ¿Realmente me cortarías por esto?

—Malditamente cierto.

—¿Por qué? ¿Por qué agarré tu brazo?

—Porque te estás comportando como si te perteneciera. No tengo dueño.

Micah se levantó del sofá de dos plazas y se dirigió hacia nosotros. Señaló la mirada de Auggie hacia él.

—Su león ha herido a Travis y ha abusado de Noel.

Creo que les debe cierta consideración.

—Has hablado como un leopardo —dijo Auggie—, tan práctico, tan dispuestos a negociar. —Lo hizo sonar como algo malo.

—Realmente eres mucho de tu animal para llamar, ¿verdad? —dijo Micah.

Auggie asintió.

—Para aquellos de nosotros que estamos confundidos, ¿podrías explicarte un poco mejor? —dije.

Micah dijo:

—Los leones son la sociedad más agresiva de todos los gatos. Para los leones debes estar siempre dispuesto a defender tu lugar de orgullo. A menos que seas muy dominante o muy fuerte, o que la gente te tenga suficiente miedo como para dejarte solo. Noel y Travis son menores, y Auggie los trata como si fuera un león dominante. Los pocos leones dominantes de más orgullo, se aparean con todas las hembras.

—El orgullo de Joseph no es así —dije—, está más cerca de cómo manejan las cosas los leopardos.

Micah asintió con la cabeza.

—El orgullo de Joseph es una excepción, Anita.

Recuerda, pasé años atrapado en un grupo mixto. Puedo tardar una eternidad en llegar a un acuerdo con los leones porque para ellos todo es un concurso de meadas. Joseph piensa más como un leopardo, muy razonable,

especialmente para ser un león.

—Un sometido es lo que he oído —dijo Auggie—. Su esposa no tolera compartir.

—Sabes, Auggie, casi todo lo que sale de tu boca es como excavar en el pozo más profundo.

—¿Qué significa eso?

—Estás en su lista negra —dijo Micah—, y seguirás enterrándote aún más profundo en un montón de mierda. —Sonrió.

—¿A qué le estás sonriendo? —Pidió Auggie.

—Pensé que podrías ser una amenaza a nuestro arreglo doméstico, pero no serás capaz de portarte bien el tiempo suficiente para llegar a ser una amenaza para ningún otro hombre en la vida de Anita.

—Jean-Claude ya me ha invitado a probar la mercancía de nuevo.

—Dame ejemplos de las mercancías —dije—. ¿Qué coño significa eso? ¿Soy una mercancía? ¿Una cosa a la cual deben tomarse muestras? No creo esa mierda.

—Mira —dijo Micah—, sigues así y no obtendrás jamás el *ardeur* otra vez.

Jean-Claude se unió a nosotros.

—Estás siendo excepcionalmente descuidado con tus palabras, Augustine. No seas tan imprudente.

—Tiene miedo —dijo Nathaniel. Entró detrás de mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura, presionando su desnudez contra mi espalda. No tenía que ver su rostro para saber la mirada que tenía. Era una mirada que sólo había usado recientemente sobre mí. Posesiva, decía, mía. Voy a compartir, pero es mía.

Por lo general sólo traía esa mirada hacia fuera cuando alguien se estaba comportando mal, o no le gustaba. Creo que todos estuvimos de acuerdo en lo que pensábamos de Auggie. Eran muy malas noticias para él.

—¿Miedo de qué, gatito? —Auggie pidió, con desdén en su voz gruesa.

—Quieres a Anita tan desesperadamente como haces —dijo Nathaniel.

El comentario me tensó, pero se apretó aún más cerca, y me relajé contra él. Apoyó su rostro tocando el mío, así que probablemente se parecería a uno de esos disparos que plantea el compromiso. Auggie tenía razón en una cosa, Nathaniel podía jugar cuando quería. Jugaba cada vez menos hasta que consiguió sentirse más a gusto con su vida, y consigo mismo, pero no había olvidado cómo jugar.

—Tú no has querido tanto a nadie. La ves como una debilidad —dijo Nathaniel—, y ya estás empezando a darte cuenta de lo difícil que puede resultar lidiar con Anita.

Me volví y le miré, obligándolo a mover la cabeza lo suficiente para que hiciéramos contacto visual.

—¿Me encuentras difícil?

Él sonrió.

—Me gusta ser dominado.

Empecé a decir lo duro que había trabajado para asegurarme de no dominarlo, me di cuenta de lo que significaba la sonrisa. Estaba bromeando. Traté de fulminarlo con la mirada, pero no era lo suficientemente seria como para hacer que funcionara.

—No dejes que tu malestar sea tu perdición en esto, Augustine —dijo Jean-Claude.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Eso significa que si continúas diciéndole y haciéndole esas cosas a *ma petite*, entonces no seré capaz de ofrecerte su *ardeur*.

Auggie tuvo un momento en que algo pasó por sus ojos. Durante tan sólo un segundo, habría dicho que era miedo.

—Tal vez estoy siendo estúpido, pero vine a ella en busca de una Julianna y lo que he encontrado es una Belle.

La cara de Jean-Claude se quedó inmóvil.

—¿Por qué dices eso?

—Sólo te vi amar a dos mujeres en casi seis siglos, Jean-Claude. No elegiste amar a Belle Morte, ella te eligió. Tú elegiste amar a Julianna. Pensé, que si por fin te habías enamorado de nuevo, sería de alguien como ella. Creía que los duros comentarios, y el peligro, no eran más que superficiales. Pensé que si se indagaba lo suficientemente profundo en Anita sería más como el único otro ser humano del cuál te hayas visto enamorado.

Auggie sacudió la cabeza.

—Tienes una tipología física que te gusta, *petites* morenas, pero más allá de eso, —meneó la cabeza otra vez—, Jesús, Jean-Claude, dulce Jesús, ¿nunca tendrás nada en la personalidad de una mujer que te guste todo el tiempo?

—¿Has venido aquí pensando que si presionabas lo suficiente a *ma petite* se iba a destapar y a ser suave y femenina como lo era Julianna?

—No sólo tú, Jean-Claude, Asher también. Parecía tener un tipo físico, pero la personalidad, le gustaban suaves, sonrientes, mujeres cómodas. Belle solía acusarlo de ser adicto a las campesinas, cuando se trataba de mujeres.

—Y tú pensaste que si una mujer nos había mantenido felices a los dos, debía cumplir con los criterios para los dos.

Auggie asintió con la cabeza.

—Lógico —dijo Jean-Claude—. Incorrecto, pero lógico. Había olvidado eso de ti.

—¿Has olvidado qué?

—Que tú tratas de hacer del amor y de las emociones algo lógico, algo que pueda ser entendido.

Auggie le frunció el ceño.

—Te burlas de mí.

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—No, pero te recuerdo que Asher salió por su cuenta y encontró a Julianna. Yo la amaba con todo mi corazón y con el alma, pero no era de mi elección. Llegué a su amor, pero no pude comenzar a amarla.

—Así que mis datos son erróneos.

—Si eso te gusta —dijo Jean-Claude.

Auggie me miró, con Nathaniel todavía envolviéndome.

—Micah tiene razón.

Pienso como un león. No veo a Nathaniel como un problema, porque es sumiso.

Siento la necesidad de probarme a mí mismo más dominante que los demás dominantes de tu cama. Pero, maldita sea, hay muchos de ellos.

Me encogí de hombros, manteniendo los brazos de Nathaniel como quien guardaría un mantón para que no se derrame en sus brazos.

—Es por eso que trataste de agarrar a Micah, y por lo qué te le quedaste mirando como si fuera una especie ¿de prostituta?

Auggie se encogió de hombros.

—Tal vez.

—No me gusta la mierda machista, Auggie. Saca tu posición dominante en tu tiempo libre, no en el mío.

Auggie señaló detrás de nosotros, haciéndonos a todos a mirar a Noel. Todavía estaba a cuatro patas a la espera de hacerse notar.

—Dices que tu Rex local no emplea el orgullo de la forma común.

—No —dijo Micah.

—Su león reacciona hacia lo que él conoce como las reglas.

—El orgulloso Joseph sabe ser un león. Simplemente no como los llaneros-del-Serengeti-dominantes-y-peleones hasta la muerte —dijo Micah.

—Eso es lo que significa ser un león —dijo Auggie.

—En realidad —dije—, los leones nativos de las regiones boscosas no hacen eso. La fluidez de la posición dominante, y el complejo sistema social, parecen propios de la región de las llanuras de África.

Auggie me lanzó una mirada.

De hecho, sentí que comenzaba a sonrojarme, y lo apagué. Nathaniel me abrazó.

—Las chicas inteligentes son tan sexys —susurró.

Me las arreglé para decir:

—Tengo un título en biología, e hice la investigación sobre las diferentes formas animales una vez que la coalición se puso en marcha.

Auggie le dio una risa brusca.

—He estado tratando con lobos hace miles de años, y nunca he cogido un libro sobre ellos.

Me le quedé mirando.

—¿No quieres aprender tanto de ellos como puedas?

—Vivo con los leones, no necesito leer sobre ellos.

—Yo vivo con vampiros, y levanto a los malditos zombis casi todas las noches, pero aún leo mi publicación comercial, y estoy al tanto de los artículos sobre todos los muertos vivientes. —Negué con la cabeza el nivel de arrogancia que él estaba admitiendo. La parte realmente aterradora era que no lo viera como arrogancia.

No podría lidiar con Auggie nunca más. Todavía sentía el tirón de su poder, pero era sólo amor. Podía luchar contra el amor. Richard y Jean-Claude me habían dado mucha práctica haciendo eso.

Nathaniel me dio unas palmaditas en el brazo. Me dio un beso en la mejilla y me dejó ir. Fui a donde Noel estaba esperando en el suelo.

—Levántate, Noel.

Se puso de pie, agitando los ojos detrás de mí hacia Auggie. Esto me hizo mirar hacia atrás, pero el vampiro en realidad no estaba haciendo otra cosa que mirarlo.

Toqué el hombro de Noel, girándolo para que no pudiera ver a Auggie.

—¿Qué pasa, Noel?

—Travis y yo tenemos que hablar con usted. —Trató de mirar hacia Auggie. Le toqué el brazo, le impedí hacerlo.

—Muy bien, hablemos. —Comencé a caminar hacia el sofá. Conduje a Noel conmigo.

Micah y Nathaniel llegaron a nuestras espaldas. No estaba segura si querían escuchar todo, o si nos cubrían la espalda en caso de que Auggie decidiera hacer algo extraño.

Requiem estaba sentado junto a Travis. Tenía una mano sobre la frente del hombre.

—Está en estado de shock.

Me arrodillé delante de Travis. Su cara estaba gris con tintes.

—Jesús, Travis, cambia y cúrate esto.

Dio una sacudida pequeña y compacta de su cabeza. Su voz era fuerte, pero entrecortada.

—Dame tu bestia, hazme cambiar.

—Mi animal está bien donde está, Travis.

—Alimenta al *ardeur* con uno de nosotros, o danos a tu bestia, Anita, por favor.

Miré su cara de dolor.

—¿Realmente quieres tener sexo metafísico mientras tienes una fractura en el brazo?

Sacudió la cabeza, haciendo una mueca. La parte superior de su cuerpo estaba doblado sobre el brazo lesionado. Habló, todavía doblado hacia adelante.

—No, no realmente, pero tampoco quiero que lo hagas con ese alocado Rex de pelo azul.

—No voy a…

Me miró a pulgadas de distancia. Tenía la cara perlada de sudor. Él era débil, y también estaba sufriendo, y debía haber parecido débil, pero no lo parecía. Había mucha fuerza en esa mirada.

—Anita, si dejas que llame a tu animal, o su Rex llame a tu leona, luego compartirá tu poder. De ninguna manera hagas nada con ningún león dominante, con todo su poder no serían capaces de dejar solos a los orgullos locales. Los leones no somos como el resto de los grandes felinos. Nosotros no somos de vivir y dejar vivir. Estamos muy por encima con respecto a quién es el gato más grande en la piscina. Joseph eligió a Regina

para amarla, no por poder.

Ella es agradable, pero es su esposa, no es un poder a tener en cuenta. Si tú le das a ese otro tipo tu poder, entonces no será capaz de dejarnos solos. El león en él se verá obligado a encontrarnos, y conquistarnos.

Miré hacia atrás a través del cuarto a Auggie.

—¿Estás de acuerdo con su forma de ver la situación, Auggie?

Auggie asintió con la cabeza.

—Sí, pero no estoy seguro de que eso de Haven llame a su Rex sea tan cierto como tú y los otros gatos creen. Te he obligado con mi poder, Anita, ¿qué pasa si tu reacción a mis leones es tan fuerte a causa de eso? No sólo tu bestia, sino también mi poder ayuda a hacer a mis leones más atractivos. —Era la cosa más inteligente que había dicho en un rato. Me dejó pensando quién es el verdadero Auggie, ¿el chico pensativo o el sujeto sexista e idiota?

Asentí.

—Está bien, entonces, ¿cómo podemos probar esta pequeña teoría?

—Anita recuerda la reacciona de tus leones antes de enrollarte —dijo Micah.

—Mierda —dije—. Tienes razón Micah. Mi reacción inicial a Pierce y a Haven fue irreverente desde el principio, antes de que tuviéramos nuestro pequeño duelo de poder.

Auggie asintió con la cabeza.

—Entonces, tal vez lo que tu leona está buscando es a un dominante. De cualquier forma, la manera de reaccionar a Pierce, a diferencia de estos dos, te dirá algo. O mi virtud lo ha hecho peor, o tu poder más fuerte busca su presa. Jean-Claude cree que tu *ardeur* busca una presa más fuerte, ¿por qué no lo haría tu bestia?

Eché un vistazo a Jean-Claude.

—Obtuvimos a un hablador, ¿cierto?

—Estoy buscando respuestas, *ma petite*. Augustine no es digno de confianza en todas las cosas, pero cuando da su palabra, la mantiene.

—Así que le pediste su opinión, sólo después de recibir su palabra de honor de que no diría ninguno de nuestros secretos en ningún lugar.

Jean-Claude asintió.

No me gustaba, pero tenía que confiar en que Jean-Claude sabía lo que estaba haciendo. Además, nos hacía falta ayuda para saber algo de todo esto. La lista de los Maestros de la Ciudad en los que él confiaba totalmente

era condenadamente corta. Puede que sea más pequeña después de esta visita, si pudiera votar en la lista.

—Por favor, Anita —dijo Travis—, por favor, dame tu bestia. Que se alimente de uno de nosotros. No le des poder a ese loco sobre nosotros.

—No necesito elevar a mi bestia, y no lo quiero hacer a propósito. No sé cómo detenerla, una vez que empieza.

—Empieza, y dámela.

—Travis, solo cambia.

Sacudió la cabeza con terquedad.

—Después de que alimentes el *ardeur* de mí —dijo Noel.

Lo miré a la cara, a esos ojos detrás de esas gafas enmarcadas de alambre. Parecía tan sincero y tan joven.

—No sabes lo que estás pidiendo, Noel.

—Sólo márcale el cuello —dijo Nathaniel.

Lo miré. Por lo general, a Nathaniel le gustaba ser el único que había marcado.

Compartió con Micah, pero no le gustaba cuando marcaba a cualquiera que fuera simplemente comida.

—Normalmente te quejas por eso —dije.

—La sacudida de poder que tuviste con Pierce puede ocurrir con cualquiera que sea preternatural. Pero lo que pasó con Haven cuando intentaste tocar su cuello, fue diferente. Trata de hacer el saludo en el cuello como un vampiro, y veremos si da una reacción similar.

—Belleza y cerebro —dijo Auggie—. Que afortunada.

No estaba segura de a quién estaba llamando afortunado, si a mí, a Jean-Claude, o a Nathaniel. Todos lo ignoramos.

—Muy bien, Nathaniel, muy bien. Lo intentaré, pero si esto no funciona en absoluto, Travis tiene que cambiar y curarse el brazo. —Miré a Travis cuando lo dije.

Travis asintió.

—Si lo intentas con ambos, y no pasa nada, está bien.

Requiem metió su manto negro más cerca a su alrededor. El movimiento me hizo mirarlo.

—Tú eres el maestro aquí, Jean-Claude, pero antes de que ella utilice el *ardeur* de nuevo, ¿no deberíamos hablar?

Eso me hizo mirar a Jean-Claude. Él asintió.

—Sí, pero tal vez nuestros jóvenes leones podrían volver con la Dra.

Lillian durante ese tiempo.

Travis le dio una mirada que decía, claramente, que no se movería.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Estás denegando una orden directa del Maestro de la Ciudad? —preguntó Auggie.

Levanté una mano, y dije:

—No empieces otra vez con esa mierda, Auggie. No es tu ciudad, no es tu asunto.

—No creo que Travis se sienta lo suficientemente bien como para caminar de regreso a dónde está la Dra. Lillian —dijo Noel—. ¿Qué pasa si les damos nuestra palabra de que no vamos a decir a nadie lo que ustedes digan?

—Sois jóvenes y vivís en un tiempo en el cual no comprendéis verdaderamente lo que significa dar tu palabra —dijo Jean-Claude.

—Además —dijo Micah—, si Joseph ordena que se lo digas, no tendrías otra opción.

Travis dejó escapar un largo suspiro tembloroso, acunando su brazo contra su cuerpo.

—Ayúdame a levantarme, Noel.

—¿Qué puede ser tan privado que haces que se mueva? —pregunté.

—Podríamos movernos nosotros —dijo Nathaniel.

—Sí —dije—, todas las personas sin discapacidad, con excepción de Noel, seguidme.

—¿De verdad dejarás que ella nos haga movernos, para que el león no tenga que hacerlo? —dijo Auggie.

Me detuve a unos pasos más allá del grupo, porque sólo me seguían Nathaniel y Micah. Claudia estaba buscando a Jean-Claude por mí, y el resto de los guardias andaban en busca de ella. Estábamos profundamente en el concurso de meadas y Claudia estaba tratando de decidir lo que le ayudaría y lo que le haría daño.

Señalé con el dedo a Auggie.

—Me estoy cansando de ti. —Cambié el dedo a Jean-Claude—. Por favor, dime que no irás a la tribuna a salvar la cara delante de Auggie. No nos va a costar nada bajar por el pasillo.

—Él perdió la lucha —dijo Auggie—, eso debe doler.

Le saludé con la mano, como si le pasara de él.

—No estoy hablando contigo, estoy hablando con mi maestro, muchas

gracias. ¿Jean-Claude?

No era demasiado lo que podía verle pensar a través, porque su cara era perfecta e ilegible. Pero había estado mirando a esa cara vacía durante años ahora. Era casi como si pudiera sentirle pensando a través de ella.

Él asintió con la cabeza pequeña.

—Muy bien. —Se dirigió a mí, y le tendí la mano para recompensar esa muestra de sentido común.

—Veo que el Rex local no es el único sometido por aquí —dijo Auggie.

Comencé a enfadarme, pero Jean-Claude tiró de mi mano. Me dijo con una mirada que se encargaría de ello. Se volvió a los ojos de color azul oscuro de Auggie, y dijo:

—¿Y si supieras que te cubre con el *ardeur*, y amas a tu cuerpo, te quedarías aquí, o te gustaría ir a donde deseas ir?

Auggie lo miró fijamente durante unos segundos, luego comenzó a sacudir la cabeza, una y otra vez. Caminó hacia nosotros, luego siguió caminando. Entró en ese momento en el pasillo, y siguió caminando hasta que se perdió de vista.

—Cuando nos enfrente una vez más, *ma petite*, tendrá a su gente a su espalda. No creo que se arriesgue a solas con nosotros otra vez.

Jean-Claude me apretó la mano. Me hizo mirarme.

—No creo que tenga miedo a ser un sometido —dije.

Jean-Claude en realidad se las arregló para parecer humilde.

—Tal vez no.



CUARENTA Y UNO

—¿Qué quieres decir con que estaba a punto de obligar a Requiem a ser mío para siempre? —Estábamos teniendo nuestro encuentro súper secreto en el pasillo.

Estaba vacío, y no quería caminar todo el camino de regreso a la habitación de Jean-Claude.

—He tratado de enseñarte diferentes formas de alimentación, *ma petite*, y has aprendido bien.

Podía haber discutido eso, pero lo dejé pasar.

—Sólo explícame lo que has dicho, Jean-Claude. No tienes que proteger mi ego, sólo dilo.

—Te has alimentado de Requiem, pero siempre antes te refrenabas, estaba tan profundamente enredado contigo cuando lo hacías, que de alguna manera controlaba lo que pasaba.

Asentí.

—¿Y?

—Es posible conocer el deseo más íntimo de una persona. El *ardeur* puede darte una idea de su alma.

—Lo sé, eso sucede mucho.

Negó con la cabeza.

—Ese es exactamente el punto, *ma petite*, no debería suceder muy a menudo.

—Pero sucede, así es como el *ardeur* funciona cuando me alimento completamente.

Sacudió la cabeza otra vez.

—No, *ma petite*, no es necesario conocer el deseo del corazón de alguien para alimentarte por completo.

—Eso procura una mejor alimentación, más energía, si conoces su deseo más profundo y se lo das.

Asintió.

—*Oui*, pero ¿cuál es la regla para todos los dones de mi línea de sangre?

Le fruncí el ceño.

—No… oh, son armas de doble filo. Todo el poder de Belle es de doble filo.

—*Oui*.

Seguía mirándole.

—Si tienes un punto, por favor establécelo, porque si se trataba de una pista, no la entiendo.

—Cuando te reuniste por primera vez con Micah, ¿qué necesitaste en tu vida?

—Deja de tratar de hacerme razonar esto, Jean-Claude, solo dímelo.

—No te va a gustar —dijo.

—Tengo esa impresión, pero recuerda que soy de ese tipo de chicas idiotas que necesitan un poco de ayuda. Así que dímelo.

—Necesitaste ayuda con los hombres leopardo, y con todos los otros cambiaformas que estabas empezando a tratar de ayudar. Estuve a tu disposición para ayudar a muchos tipos de cambiaformas que sentaron las bases de nuestra tan encantadora coalición. Tú misma dijiste lo que estaba mal con la comunidad licántropo y que podría arreglarse si tan sólo se hablaban entre sí.

—Recuerdo todo eso, ¿y qué?

—Necesitabas a un hombre en tu vida que simplemente dijera que sí, en vez de discutir contigo o de dirigir su propia agenda. Necesitabas a alguien que pusiera tus necesidades primero. —Me miró, como si hubiera sido muy claro. No estaba claro para mí.

—¿No es así todo el mundo? —Le dije.

—Creo que lo entiendo —dijo en voz baja Micah.

Me volví hacia él.

—Entonces, explícamelo.

—El deseo de mi corazón era la seguridad de mi pueblo, y un socio muy poderoso y muy apasionado, que me ayudara a salvarlos. Ambos tenemos lo que queríamos, fuera de nosotros.

Fruncí el ceño, tratando de pensar, y luego dije lentamente:

—¿Estás diciendo que hice que Micah fuese todo lo que necesito que sea? —Miré a Jean-Claude—. ¿Quiere decir que incluso ahora, me pertenece? ¿Que por eso nunca discute conmigo? ¿Que está bajo un hechizo? —Miré de nuevo a Micah, para ver si su rostro estaba tan horrorizado como sentía que estaba el mío.

Parecía el mismo de siempre, tranquilo, dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Tan práctico, tan… Tan todo lo que necesito en un hombre. Mierda.

Me sonrió.

—No pongas esa cara de horror, Anita.

—¿Normalmente discutes más que esto?

Negó con la cabeza.

—Siempre fui muy tolerante, y los años que pasé atrapado en el grupo de Chimera se hicieron cargo de la mayor parte de mi rebelión. Era demasiado caro para la gente a mi alrededor ser un sabiondo.

—¿Todo lo que tenemos son trucos de vampiros, excepto que yo soy el vampiro?

¿Es todo una mentira?

—Esta era la reacción que temía que tuvieras —dijo Jean-Claude.

—¿Qué reacción se supone que debo tener? —pregunté casi en un grito.

—Perdiste parte de su punto —dijo Micah.

—¿Qué parte?

—Si el *ardeur* me convirtió en tu compañero perfecto, entonces te convirtió en la mía. Es una espada de doble filo, recuerda.

¿Estaba bajo un hechizo? ¿Bajo mi propio hechizo? Esto era demasiado complicado para mí. Me volví hacia Jean-Claude.

—No entiendo esto. Quiero decir, si es cierto, entonces ¿cómo no nos dimos cuenta?

—Pero, *ma petite*, te diste cuenta. Tu Nimir-Raj es el primer hombre con el tuviste relaciones sexuales en tu primer encuentro. Es el primer hombre al que nunca te has permitido a ti misma expulsarlo, ¿no es así?

Quería discutir, y no pude. Maldita sea, no pude.

—Mierda —dije.

Me di la vuelta, y miré a Nathaniel. Él me dio una dulce sonrisa, como la que se le da a alguien que acaba de recibir malas noticias en el consultorio del médico.

—Si lo que dices de Micah y yo es cierto, entonces…

—*Oui, ma petite*, lo mismo podría decirse de Nathaniel.

—No, es diferente, muy diferente con los dos.

—Pero son hombres muy diferentes. El deseo del corazón de uno no es el mismo que el del otro.

—Me resistí a Nathaniel durante meses antes de que tuviéramos sexo.

—*Oui*, pero no era sexo lo que Nathaniel quería, no era eso realmente, él quería ser amado y valorado por quién era, no sólo por su cuerpo. Le negabas el sexo, pero le amabas, le diste lo que más quería.

Me sentí como si me estuviera ahogando. No podía respirar. Mi espalda golpeó la pared. Me apoyé en ella, tratando de pensar, y fallé.

—Los únicos dos hombres en mi vida a través de los que no he visto sois tú y Richard. —Jean-Claude asintió—. Sabía mantenerte afuera y Richard era lo suficientemente fuerte, y lo suficientemente conflictivo, como para no saber el deseo de su propio corazón.

—Pero todos los demás, —le miré—. Asher, Damian, tal vez incluso Jason, demonios, no sé.

Requiem habló entonces.

—Creo tu *ardeur* no es solamente deseo, Anita, sino amor, como era el *ardeur* de Belle, como era el *ardeur* de mi Ligeia.

—He estado dentro de la cabeza de Belle. Ella no conocería el amor real ni aunque la mordiera en el culo.

Me dio una pequeña sonrisa, como si le hubiera divertido.

—Ella conoce el *ardeur* tal y como un guerrero conoce su arma. Conoce el arte de provocar amor y devoción, incluso adicción, en otros, sin

sufrir ella misma.

—¿Me estás diciendo que lo estoy haciendo mal?

Pareció pensar en ello y luego asintió.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Hubo un momento en que me miraste. Sentí que veías todo el camino hasta mi alma, Anita. Sentí que acariciabas hasta el más profundo dolor que tengo. Belle Morte traería ese dolor a la vida y lo utilizaría para atormentarme. Tú tratarías de curarlo.

—Se supone que te curé, ¿verdad?

—Físicamente, *ma petite*, no emocionalmente. —Tocó mi cara, mirándome fijamente, como si estuviera tratando de leer algo de mi cara—. Y desde luego no su dolor más profundo. —Dejó caer la mano, pero continuó estudiando mi cara.

—No sé hacer nada a medias, Jean-Claude. Es todo o nada para mí, ya deberías saberlo.

Él asintió y pareció infeliz.

—Tienes toda la razón, *ma petite*. Soy tu maestro y todo esto es culpa mía. Debí haberlo visto.

—¿Haber visto que, exactamente?

—Te has obsesionado con aprender a controlar tu alimentación, *ma petite*. Eso me ha hecho obsesionarme contigo, pero hay otras cosas que aprender sobre controlarla. Cosas que aún no te he enseñado.

—No podrías haberla enseñado a controlarlo, no cuando el *ardeur* estaba fresco, Jean-Claude —dijo Requiem—. Yo estaba con Ligeia desde el momento en que ella ganó ese poder. Los primeros meses son una cosa salvaje. Pensé que se volvería loca con él. —Se agarró al hombro de Jean-Claude—. Entiendo que el *ardeur* subió por primera vez con Micah. No había forma de controlarlo. —Me miró a mí y a Micah—. En realidad, ha funcionado muy bien para todos los interesados.

Me volví y miré a Micah y a Nathaniel.

—Los atrapé a los dos. Rodaron.

Ellos intercambiaron una mirada, entonces ambos se volvieron hacia mí.

—Te amamos —dijo Micah.

Nathaniel se movió, como si fuera a abrazarme. Me moví más abajo en la pared, fuera de su alcance.

—Pero todo se debe a los poderes de vampiro. Es una mentira ¿no es

ruin para vosotros? Los atrapé. Los atrapé a los dos, esto es peor de lo que Auggie nos hizo. No es una ilusión, es como el amor verdadero. Hice que ambos se enamoran de mí, eso es como una maldición.

—Si nos hiciste enamorarnos de ti, pero no nos amaras, tal vez estaría mal —dijo Micah—, pero nos amas.

—Pero es una mentira, Micah. Todo es una mentira.

Me dio una mirada, esa mirada que decía que era una tonta. Pero no soy tonta, ¿verdad?

—He estado enamorado antes, Anita, recuérdalo.

—Becky, tu novia de la secundaria, tu prometida de la universidad —dije.

Él asintió.

—Eso era real, Anita. Ella fue el amor de mi vida, y si no me hubiese dejado, no habría descubierto que el amor podía ser mejor que eso.

Becky lo había dejado cuando sobrevivió al ataque de un hombre leopardo. Ella no había podido manejar que fuera peludo mensualmente. Por supuesto, habían tenido otros problemas antes de eso. Lo que yo pensaba que era una gran ventaja, ella pensó que era una desventaja enorme.

Micah dio un paso hacia mí.

Me deslicé por la pared, con mi mano fuera. No quería que me tocara, no en ese momento. Principalmente porque si lo hacía, perdería esta lucha. Siempre me pregunté por la manera en que mi cuerpo reaccionaba a él. Nadie tenía ese efecto en mí, no a ese grado. Ahora sabía que eran trucos mentales de vampiro, pero yo era el vampiro que había hecho eso. Mierda.

—Sé que se siente con el amor verdadero, Anita. Esto es todo. Todos somos más felices de lo que hemos sido alguna vez. Lo único que echaría a perder lo que tenemos es que alucines con esto.

—¿Cómo no voy a alucinar con esto, Micah?

Sentí un movimiento, un segundo antes de que las manos me tocaran. Las manos acariciaron mis brazos desnudos, y me sentí más tranquila. Me recosté contra el cuerpo de Damian, dejé que sus brazos me envolvieran. El temor, el enfado, la confusión, los quitó. El férreo control de sus emociones, algo que había aprendido a manos de su creador era lo que compartía conmigo. Me recosté en su pacífico control por un puñado de segundos. El pánico estaba todavía allí, pero podía cabalgarlo. Me horrorizaba aún, pero no era el único pensamiento que gritaba en mi

cerebro.

Apoyé la cabeza contra su pecho y le miré. Había atado todo su pelo color rojo sangre detrás de su cara. Me quedé mirando un rostro que mi magia había puesto más bonito y más perfecto en realidad. Había sido hermoso, antes y ahora estaba magnífico. Le miré a los ojos, como buscando en el perfecto verde de una esmeralda, si era posible mirar dentro de ella. Si una joya pudiera quemarse con la inteligencia y la necesidad.

—Hey, Damián, —y mi voz sonaba casi como si estuviese drogada, estaba demasiado tranquila.

—Hey —dijo, sonriendo hacia mí.

Parpadeé.

—Me siento demasiado bien. No recuerdo jamás haber sentido esta calma, tan rápido.

—Amas a Micah, ¿cierto?

Le fruncí el ceño.

—Sí.

—Amas a Nathaniel, ¿cierto?

Fruncí el ceño aún más.

—Sí, pero todo es una mentira.

Su mano barrió la línea de mi cuello, mientras inclinó su rostro hacia mí.

—¿Se siente como una mentira?

—No, —y mi voz fue débil.

Susurró las últimas palabras contra mis labios.

—Todos vosotros os amáis, ¿no es eso más importante que cómo te enamoraste?

Con Damian tocándome, era completamente razonable decir:

—Sí.

Me dio un beso. Con esos labios que mi propia magia habían hecho más completos, más besables, cubriendo los míos. Se echó hacia atrás lo suficiente como para susurrar:

—El amor es demasiado precioso para desperdiciarlo, Anita.

Tenía razón, por supuesto que sí. Tenía razón, pero no me gustaba ver la lógica de esto tan rápidamente. Esto no se parecía a mí, en absoluto.

Damián colocó su boca sobre la mía, con su mano amasando mi garganta, mientras me empujó la espalda contra su cuerpo. Antes, cuando por lo general estaba ayudándome a ser razonable, besarlo era una cosa

fría. Hoy en día, me entregaba a su beso, a sus manos, incluso cuando parte de mí sabía que esto era solo un juego mental más de vampiros. Damian era mi siervo vampiro. Gana poder mientras yo obtengo poder. No se me había ocurrido que pudiera ser capaz de usar ese poder en mi contra.



CUARENTA Y DOS

Rompí el beso, lo aparté lo suficiente para hacerle tropezar. Sus ojos se ahogaban en fuego esmeralda.

—¿No se siente bien? —preguntó.

Negué con la cabeza, no confiando en mi voz. Pero en el momento que no me estaba tocando el pánico estaba de vuelta. El miedo, y era peor ahora. Estaba rodeada de trucos de vampiro. Rodeada incluso yo misma en el interior, y era una persona que no podía huir.

Micah trató de abrazarme de nuevo, pero me mudé a su alrededor, hacia la sala de estar. Nathaniel rozó mi brazo, y me alejé. Estaba sacudiendo mi cabeza, y no estaba segura de por qué.

—Esto no tiene por qué ser un desastre, *ma petite*.

—Sí —dije—, lo es.

—Anita —dijo Micah—. No me importa que se trate de magia de vampiro lo que nos ha unido. Estamos juntos, eso es lo que importa. —Me

tendió la mano.

Negué con la cabeza.

—No, porque si me tocas, voy a renunciar. No voy a luchar.

Nunca se puede ganar una pelea cuando me tocas. El efecto que tienes en mi cuerpo abruma todo lo demás.

—¿Y eso es algo malo? —Lo hizo una pregunta, con la mano aún tendida hacía mí.

—Me preguntaba por qué tú toque siempre me abrumaba, y ahora lo sabemos.

Son poderes de vampiro. Son trucos mentales. Es una secuela del *ardeur*, Micah.

Dejó caer la mano lentamente.

—Me encanta la manera en la que tu cuerpo reacciona a al mío, Anita. —Cerró los ojos, cerró las manos en puños frente a su pecho—. Adoro jodidamente en absoluto que reacciones a mí como si fuera embriagador. —Abrió los ojos y me dio la mirada llena de esos ojos de gato-gatito-amarillo-verde—. ¿No te gusta, también?

Abrí la boca para decir que no, pero habría sido una mentira. Los vampiros podían sentir las mentiras, pero los hombres animales podían olerlas. Le dije la verdad.

—Sí, me encanta.

Él negó con la cabeza.

—No lo querías, no sin ponerte tensa. Te encanta. Lo adoras tanto, te da miedo que me toques ahora.

—Por favor, Micah, no hagas esto.

—¿Hacer qué? ¿Hacerte feliz? ¿Hacernos aún más felices de lo que hemos sido durante tanto tiempo, de lo que he sido feliz en toda mi vida? Los dos tenemos casi treinta años, Anita, no hay nada mejor que tener. Todos lo hemos intentado con otras personas, con otras formas de vida. Esto funciona para nosotros. No lo tires a la basura porque se inició con el *ardeur*. —Dio un paso hacia mí—. Tú y yo siempre supimos que se inició con el *ardeur*, Anita.

—Tal vez, no todo, pero. No… —Me aparté de él. No podía seguir siendo obstinada y ver la angustia en su rostro. Pero al mirar a otro lado me quedé mirando a Nathaniel. No era una mejora. En primer lugar, porque estaba desnudo, y la mayoría de los hombres que amaba sólo tenían que quitarse la ropa para ganar la mayoría de las discusiones conmigo. Nunca

podría admitirlo en voz alta, pero era la verdad. Nathaniel desnudo era un placer, pero lo que hizo aún más difícil fue la expresión de su cara. Así herido, tan terriblemente herido.

—Anita —dijo— ¿de verdad nos echas? ¿Podrías poner distancia? ¿Así de fácil?

Tenía la garganta apretada, pero no solo con pánico. El pánico tenía compañía ahora. ¿Te puedes ahogar hasta la muerte en las lágrimas derramadas?

Me miró fijamente, esos ojos color lila brillaban a través de la caída de todo ese pelo. Me quedé mirando a sus ojos, tan brillantes, como la amatista iluminada por el fuego, cuando él trataba de no llorar. Entonces la primera lágrima brilló por su mejilla, y yo me deshice.

Me acerqué a él. Lo abracé, y él tan de repente se derrumbó en mis brazos que nos bajó a los dos al suelo. Se aferró a mí, llorando, y yo me quedé ahogada en el calor de la vainilla de su pelo. Micah se quedó allí, mirándonos.

¿Fue una mentira? No se sentía como una mentira. El hombre en mis brazos se sentía real, y sus lágrimas eran reales. La idea de que podría estar lejos de él, por algo tan… pequeño, había roto su corazón, sólo un poco. Micah había dicho que, sabíamos que el *ardeur* había sido nuestro comienzo. ¿Acaso no había sabido siempre que también fue el comienzo de Nathaniel y yo? Si no lo hubiera necesitado para alimentar el *ardeur*, nunca le hubiera permitido vivir conmigo.

Nunca me habría acostado con él, hubiese seguido vestido y extrañamente casto, la alimentación por un beso, una caricia, pero nunca con la liberación para él.

Nunca habría hecho todo eso sin el *ardeur* para alimentarse. Nunca me habría enamorado de él, sin el *ardeur* no lo hubiera mantenido en mi camino.

Abracé a Nathaniel, y extendí una mano a Micah. Sonrió, y vino a mí, a nosotros.

Se dejó caer de rodillas y nos abrazó a los dos. Nathaniel lloró con más fuerza.

Sostuve a ambos tanto como pude. Micah me besó, y le devolví el beso. El sabor de su boca era el sabor del sexo para mí. Sólo el beso, y mi cuerpo reaccionó. Las manos de Nathaniel masajeaban mis pechos. ¿Les había enseñado que la única manera de terminar una pelea era el sexo, o el *ardeur*

me tenía condenada de antemano a que el sexo fuera nuestra moneda de curación? Era un tipo de pregunta ¿…huevo o gallina? Me dejé ir en la sensación de las manos y la boca en mi cara y cuello y cuerpo.

Nos ocupamos en lamer las lágrimas del rostro de Nathaniel, y en algún momento de esa intimidad, me olvidé de mis dudas. Podría preocuparme de ellas más adelante. Justo en ese momento, nada parecía más importante que tocarlos a los dos.

Los dos llegaron por el aire, con el olor del león. Micah gruñó. Noel estaba de rodillas apoyándose sobre sus manos. Tenía la frente descansando en el suelo de piedra, una mano extendida hacia nosotros. Travis se derrumbó de rodillas detrás de él, sosteniendo su brazo roto. Se apoyó contra la pared, en gran medida, y por primera vez se me ocurrió que tal vez el brazo roto no era lo peor de sus heridas.

Los seres animales eran unos duros hijos de puta. No había preguntado, aunque tenían otras cosas rotas. No había preguntado exactamente lo que el doc les había dicho. Acababan de ser otro problema embarazoso. Otro medio litro de sangre para poner en el altar del *ardeur*, y mi bestia.

Miré a Micah.

—Estoy de acuerdo con los leones. No quiero a Haven.

Me volví a Nathaniel. Sonrió.

—Estoy de acuerdo con Micah. Aunque Jean-Claude, o alguien, tiene que ayudar a que no te vincules con ellos por completo.

—De acuerdo —dije.

Miré detrás de nosotros, a Jean-Claude.

—¿Cómo hacemos esto?

—Puedo ayudar a inhabilitar el *ardeur* con bastante profundidad, pero no sé si puedo controlar al león dentro de ti.

—Yo puedo, —y fue Auggie. Se había puesto una bata negra y larga. Sus hombros eran tan amplios que le daba un aspecto cuadrado, con la cabeza demasiado pequeña para todo el resto del cuerpo. La parte inferior de la bata formaba charcos en el suelo, descartando a cualquier vampiro de aquí al que la bata podría pertenecer a alguien alto. La bata al parecer era prestada, y así era, pero Octavius y Pierce estaban a sus espaldas, y no parecía prestada. Se veía como en casa.

Los dos guardaespaldas a sus espaldas se veían como en casa, también. Las órdenes permanentes eran que Pierce y Haven tuvieran cuatro guardias. Me pregunté si Haven, ahora inconsciente, sabía que había dos de los

suyos.

Probablemente.

—Quiero que esto funcione, Auggie, si se puede —dije—. Necesito tu palabra de que no lo estropearás.

—Dime exactamente lo que quieres que te jure, Anita —dijo. Su rostro estaba vacío, pálido de concentración. Sus ojos parecían enormes y aún más oscuros, como el cielo antes de que se quedara en negro.

Pensé en lo que él había pedido, y luego miré de nuevo a Jean-Claude.

—Ayúdame con su palabra, vale.

—Secundaré en esto a Augustine, *ma petite*. Dime lo que deseas que te jure.

—Quiero tratar realmente de vincularme con Noel. No quiero que interfiera con eso, pero no quiero unirme a Noel como lo hice con Micah y Nathaniel. Quiero ver si es sólo que para los leones estoy de caza, o si los leones de Auggie son especialmente sabrosos.

—Si mis leones son más agradables, no puede ser porque son mis leones, sino porque tu poder busca algo más dominante de lo que está arrodillado en el suelo.

Creo que el Rex no está entusiasmado por darle el poder a un rival, te ha enviado alimento para tu leona interior que nunca aceptará.

—Mi leona interior —dije, aunque es difícil ser desdeñosa cuando estás de rodillas con hombres que todavía se aferran a ti. Pero lo logré.

—Bestia interior, pues —dijo, con su voz vacía. Su rostro no mostró nada.

Finalmente empezaba a actuar más como todos los demás vampiros muy viejos que había conocido. ¿El verdadero Augustine agradecía estar de pie?

—¿Es más probable que los leones quieran un dominante? —pregunté.

—Pensé que habías leído sobre los leones —dijo Pensé en ello y luego asentí—. Si un macho nuevo se hace cargo del grupo, la segunda cosa que hace es matar a los cachorros. Significa que ninguna cría de león se desarrolla con éxito, y pone a las hembras en celo más rápido, por lo que consigue compañera.

Auggie asintió.

—Es muy duro impresionar a la mayoría de las hembras de los seres del orgullo.

Negué con la cabeza.

—¿No estás diciendo que las acciones del orgullo de los hombres león están dirigidas como las de un león normal? ¿Ese nuevo líder mata a los niños? Eso es ridículo.

Encogió sus grandes hombros bajo la larga bata.

—Ya ha sucedido.

Me volví a Noel y a Travis.

—¿Sabéis si esto sucede de verdad?

Ambos dijeron al mismo tiempo:

—No.

—Son demasiado jóvenes para saber lo que hicimos antes de que pasáramos a ser legales. —Esto fue de Pierce.

—¿Estás diciendo que algunos hombres mataron a los bebés de la antigua Rex?

—Lo he visto —dijo Pierce en voz entrecortada.

Casi le pregunté: ¿En cuál extremo de la lucha estabas? Pero no lo hice. Había una mirada en sus ojos, casi un pestañear. O había sido víctima, o había hecho cosas que aún lo perseguían. Tenía mis propias pesadillas y eran suficientes; dejaría a Pierce mantener las suyas para sí mismo.

—Supongo que eso haría que deseará ser el león más fuerte de alrededor —dije, pero mi voz era un poco delgada. El susto del embarazo era muy reciente. ¿Cómo te sientes al pasar por nueve meses, después del trabajo, y aparece un extraño para matar a tu bebé, después de haber matado antes a tu marido? Lo que dije en voz alta fue—: Si alguien me hiciera esto a mí, no sobreviviría mucho tiempo.

—Las mujeres de la manada son realmente fuertes, no las han oprimido en la mayor parte —dijo Pierce—, porque tienes que dormir a veces. —Casi sonrió cuando lo dijo.

Asentí.

—Así es como yo estaría pensando.

—Las hembras del orgullo son muy débiles —dijo Auggie con la voz todavía vacía como la voz de un amo, por lo que podría haber sido como si nadie hablara.

—La esposa del Rex es débil, y ya que las hembras de los leones son como los machos, se ve obligado a rechazar un lote de mujeres fuertes.

—¿Estás insinuando que si alguien matara a Joseph, no harían nada al respecto?

—Su hermano sería un problema —dijo Pierce—, pero aparte de eso,

sí.

—Definitivamente tendría que matar a los dos hermanos —dijo Auggie—, pero después de eso el orgullo estaría indefenso. —Miró más allá de mí, a los leones.

Noel lo miraba con una especie de horror sumiso. Fue Travis quien dijo:

—Suena como si hubiera pensado en esto.

—Es por eso que trajo dominantes —dije—. Planificaste esto con Pierce o Haven para hacerte cargo del grupo local.

Auggie me dio una mirada plana.

—Hijo de puta.

—No soy yo el que dejó abierto el orgullo, listos para la cosecha, Anita. Lo hizo él mismo.

—Él ama a su mujer, eso no es un crimen —dije.

Auggie se encogió de hombros.

—Anita. —La pequeña voz de Noel me trajo de vuelta para mirarlo. Se acercó más a mí, su mano, su rostro mostraba su miedo—. Por favor, Anita, por favor, enlázame.

Que quería decir, no les voy a dejar que os hagan daño a ti y a tu gente, pero no pude. No con la verdad. Teníamos una alianza con los leones, es cierto, pero si Joseph había dejado realmente su orgullo estaba jodido, y esta era realmente la mejor forma de asumir a la manada, entonces ningún otro animal podría interferir.

Podríamos ayudarnos unos a otros, pero no podrían interferir directamente en la jerarquía de dominación de los otros grupos. No, a menos que quisieras empezar a mirarnos fijamente a todos nosotros en una especie de super-grupo. Los hombres animales no estaban bien en los grupos de especies mixtas. Demasiadas diferencias culturales.

La única manera que pudiera enviar a casa a Haven era encontrar a otro león que a mi leona le gustara. Mierda. Noel se me quedó mirando, la mano extendida. El miedo en su rostro le hacía parecer aún más joven y sin ninguna experiencia.

Ningún grupo animal podría funcionar sin dominantes. Necesitabas la fuerza muscular y la fuerza de voluntad. Si Joseph había hecho lo que realmente decía Auggie, su grupo estaba en el más grave de los peligros. Si no fuera Haven o Pierce ahora, sería otra persona más tarde. Por supuesto, si uno de ellos era mi semipermanente *pomme de sang*, entonces otros

leones podrían dudar en atacar.

Demonios, maestros vampiros de todo el país que no habían tenido la compañía de ballet no iban a ninguna parte sin que se les acercaran candidatos a ser *pomme de sang*. Estábamos viendo el potencial para la alimentación de meses, incluso después de que este lote se fuera a su casa. Habíamos tenido ya consultas de grupos de animales que no estaban alineados con cualquier vampiro. Sabes que eres el pez grande, cuando todos los tiburones quieren venir a jugar.

Hice lo único que podía pensar. Tomé la mano de Noel y lo atraje hacia mí. No estaba segura de lo que haríamos cuando llegó a mí, pero se nos ocurriría algo.



CUARENTA Y TRES

Noel olía a miedo. Olía a comida, pero no a los alimentos para el *ardeur*. Olía a carne que simplemente no había dejado de retorcerse todavía. Le empujé al suelo, levanté su camisa hasta los hombros. Miré fijamente su pecho y estómago. Su respiración era tan rápida, tan dura, que su estómago subía y bajaba con él. Bajé la boca sobre la carne pálida, blanda. Me detuve con mi cara justo por encima de su piel, tan cerca que el aliento cálido volvió contra mí. Con ese aliento cálido, llegó su olor, más fuerte, más rico. Me hizo cerrar los ojos. Pero estaba tan lejos en la mente de la bestia que a simple vista no iba a ayudarle o perjudicarle mucho. Se trataba de su olor, el sonido de su respiración y latidos de su corazón. Puse mi oreja contra su pecho para que pudiera sentir su lucha frenética, tan claro, un miedo tan maravilloso. Puse mi mano sobre su estómago para que pudiera viajar en el movimiento de la misma, al exhalar su aliento.

—Reduce la velocidad de tu respiración, Noel —dijo Micah—, o vas a

híperventilar.

—No puedo evitarlo —dijo Noel, la voz sin aliento—, ella no está pensando en el sexo.

—Si actúas como comida, entonces eres un alimento —dijo Travis detrás de nosotros.

Me tendí en el suelo, mi cabeza sobre su corazón, mi mano en la subida y caída rápida de su estómago. Tan suave, tan… blando.

El pensamiento hizo que deslizara mi cara por su cuerpo, hasta que descansó en el esternón, en el borde superior de su estómago. Tan cerca ahora que no podía ni siquiera ver el rápido ascenso y la caída de su cuerpo como se sentía bajo mi mejilla. Me di la vuelta sobre mi cara, y le besé en el estómago.

Tiró, como si le hubiera mordido algo, e hizo un sonido maravilloso lloriqueando Enterré mi boca en la carne blanda, fácil de su vientre. Tomé una gran parte de su carne en mi boca todo lo que pude tener, y sin extraer sangre. Le mordí, duro y profundo, y necesité toda mi fuerza de voluntad para levantarme de esa carne, y dejarlo todo.

Me aparté de él, caminé hasta que la pared me detuvo. La sensación de toda esa carne tibia, carne que me llenaba la boca. Todavía lo podía sentir, una memoria sensorial que me atormentaría.

—Háblame, Anita. —Escuché la voz tranquila de Micah.

Negué con la cabeza.

—Alimentos —susurré—, sólo comida.

—Noel es sólo comida —dijo Micah.

Asentí con la cabeza, mis ojos todavía cerrados.

—Levántate, Noel. —La descontenta voz de Travis, enfadado.

—Lo siento —dijo Noel.

Finalmente abrí los ojos, para ver como arrastraba la camisa por encima de su cuerpo. No quiso encontrarse con los ojos de nadie, como si hubiera fracasado.

—Está bien, Noel. Auggie y Pierce tienen razón, Joseph comercia por lo bajo.

—Eso no es lo fundamental —dijo Nathaniel—. Si yo hubiera sido él habría disfrutado del mordisco, y del peligro. Incluso podría haber sido suficiente para empujar la comida con el sexo. —Nathaniel se encogió de hombros—. Es demasiado literal.

En otro tiempo hubiera tenido un argumento.

—Te pediría un favor —dijo Travis.

Todos pusimos nuestra atención en él.

—¿Puedes venir a mí, en vez de hacer que me arrastrara a ti?

Recordé lo que me había olvidado de preguntar, y le pregunté:

—¿Es el brazo roto la peor lesión?

—Por lo menos dos costillas rotas, quizás un pequeño descanso. La Dra. Lillian dijo que había necesidad de rayos X para estar seguros. No hay conmoción cerebral, demasiado dura la cabeza, supongo. —Trató de sonreír y casi lo logró.

Me arrastré hacia él. Micah se movió para que pudiera hacerlo. Nathaniel se arrastró a mi lado. Le eché un vistazo.

—No creo que Travis vaya a querer compañía en esto.

—Soy el único sumiso que has coleccionado. Todos los demás son dominantes.

Eso me detuvo, me hizo pensar en ello. De hecho, me sostuve sobre mis rodillas.

—Damian no es un maestro.

—No, pero es sumiso porque no tiene el poder de ser dominante. Soy sumiso porque me gusta.

Le fruncí el ceño.

—Tienes un punto, lo haces.

—Pregunta en el grupo a cualquiera quién ha tenido más cambios que yo.

Pensé en todos los hombres. ¿Tenía razón Nathaniel? ¿Tenía todo el mundo una personalidad dominante, a excepción de él? Richard, sip; Asher, sí, Jean-Claude, en cualquier forma sí, Micah, sí, Jason, no.

—Jason —dije.

—¿Me has llamado? —Y Jason entraba del pasillo. Su pelo corto y rubio estaba cortado limpio y ordenadamente como un joven ejecutivo. El cuerpo era más que calificado, si el ejecutivo trabajaba en el gimnasio lo suficiente. Era de mi estatura, bajito para un hombre y el muchacho más guapo del momento. Pero miró a Noel que seguía temblando de pie, Travis con sus heridas evidentes, a Nathaniel desnudo y yo demasiado cerca. Jason abarcó todas las circunstancias, y cambió su cara. Nunca podía poner mi dedo en la llaga, pero parecía de pronto más viejo, más adulto, y sus ojos, del color del cielo de la primavera, se llenaron de un conocimiento, un peso de inteligencia. Escondía todo esto la mayor parte del tiempo, pero

había una mente muy agradable detrás de la sonrisa, del bonito cuerpo.

La mirada desapareció, reemplazada por su habitual bésame-el-culo, la mirada de flirteo, pero yo le conocía muy bien, ahora, para que me dejara engañar.

—Jason es sumiso si quiere, pero tiene un gran corazón —dijo Nathaniel, sonriendo a su amigo. Nosotros nunca nos casaríamos, Nathaniel y yo, pero si así fuera, sabía que había elegido el mejor hombre.

—Dime cuál es la posición que quieres —dijo Jason—, y yo soy tu hombre. —Movió las cejas y me dio esa sonrisa. Esa sonrisa que decía que estaba pensando alegres pensamientos viles. La mayoría de la gente convertía en algo oscuro el sexo, pero Jason no. Era un libertino alegre.

Tuve que sonreír. Él solía tener ese efecto en mí. Infiernos, tenía ese efecto en la mayoría de la gente.

—Lo siento, voy de compras con los leones hoy, no con los lobos.

—En realidad, *ma petite*, creo que estamos tratando de establecer cuál es tu reacción en torno a todas tus bestias, excepto a los leones por ahora.

—Parece que llegué justo a tiempo —dijo Jason.

—No eres el único lobo en el pasillo —dijo Graham, sonando hosco.

Jason le dirigió una mirada que no era del todo agradable. Nunca había visto a Jason así.

—Supongo que no. —Su tono era oscuro, casi enfadado. Me preguntaba lo que había ocurrido entre ellos dos para obtener ese nivel de animosidad en Jason. Era una de las personas más tolerantes que conocía.

—En lo que a mí respecta —dije—. Jason es el único lobo en el pasillo.

—¿Porque es el único lobo que mandas a la mierda aparte de Richard? —preguntó Graham.

Ah, ahora sabía por qué estaba enfadado Graham. ¿Había tratado de intimidar al hombre más pequeño? Probablemente. Graham tenía esta idea anticuada de que el tamaño y la fuerza son más importantes que cualquier otra cosa.

—No lo sé, pero comentarios como ese son los que te ayudan a mantenerte fuera de la lista —dije.

—Retrocede —dijo Claudia.

Él frunció el ceño, cruzó sus musculosos brazos en su pecho.

Ella dio un pequeño paso hacia él.

—¿Me estás retando? —Su voz era plana y vacía cuándo lo dijo, lo que hizo que la amenaza fuera aún más siniestra.

Graham negó con la cabeza, y retrocedió hasta que dio contra la pared. Puso mala cara, pero hizo lo que le pidieron. Esperaba que él encontrara una novia pronto, porque sus rabietas realmente estaban empezando a fastidiarme.

Como si el simple pensamiento la hubiera conjurado a salir de la penumbra, Meng Die apareció en lo más alejado del pasillo. Era la primera vez que la había visto desde que había rebanado a Requiem en rodajas. No la quería aquí, mientras probaba a mis bestias.

Ella era una de las pocas mujeres que alguna vez me habían hecho pensar, delicado. Era más pequeña que yo, de aspecto frágil. Quizás por eso casi siempre usaba cuero negro, muy dominatrix. La ropa le sentaba bien, felina, muy ajustada, de miedo, y sexy a la vez. Sí, miedo, sexy, que resumía a la perfección a Meng Die.

Se contoneó en sus botas negras, de tacón alto hacia Graham. Era como si Claudia ya hubiese visto antes ese espectáculo, porque dijo:

—Él está trabajando, Meng Die.

Meng Die sonrío con esa delicada cara triangular, pero nunca llegó a los ojos rasgados. Cambió de dirección sin ni siquiera dirigirle una mirada lamentable a Graham. Y de modo que, por eso Graham no era fiel a ella. Por qué estuvo a punto de romper el corazón de Clay. Hubiera querido a Graham, pero si no podía tenerlo, estaba bien. A ningún hombre le gusta saber, a ciencia cierta, que a una mujer no le importa si es el hombre indicado o no. Vamos a eso, a una mujer no le gusta cuando un hombre la trata de esa manera tampoco. Bueno, a nadie le gusta saber que son totalmente sustituibles. A todos nos gusta ser especiales.

Meng Die se escabulló hacia Requiem. Él se apartó de ella. Jean-Claude dijo:

—No le vas a tocar de nuevo, Meng Die.

Miró a Jean-Claude.

—¿Nunca más?

—No, a menos que él así lo deseé.

Ella volvió su hermoso rostro a Requiem.

—¿De verdad nunca vas a desear tocar este cuerpo de nuevo? —Movió sus manos sobre sus curvas mientras lo decía.

Algunos de los hombres en el pasillo siguieron el movimiento de las manos por su cuerpo. Auggie y sus hombres lo hicieron. Requiem no lo hizo. Jean-Claude no lo hizo. Ninguno de los hombres leopardo lo hizo.

Jason lo hizo, sin embargo. La vista era agradable si no sabías que mente iba con ella.

Meng Die pasó junto a mí, y los leopardos y los leones, como si no estuviéramos allí. Se fue en dirección a Jason. Él la había visto, y no estaba en la lista prohibida.

Se entrelazó alrededor de él, descansando la cabeza en su hombro. Incluso con tacones, era más baja.

—Ven a jugar conmigo, Jason.

Él se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Tengo un informe que dar. —No tenía ni idea de que informe estaba hablando.

—¿Después? —Ella preguntó.

Sonrió, pero dijo:

—No. Gracias, pero no.

Pasó la mano por la parte delantera de sus pantalones vaqueros. Al parecer, hoy no se sentía en lo más mínimo sutil.

La agarró por la muñeca, y dijo:

—No.

Se apartó de él.

—¿Por qué no? ¿Porque ella está aquí? —Me señaló.

No sabía que Jason y Meng Die habían tenido relaciones sexuales. Debí de haberlo demostrado en mi cara, porque ella dijo:

—¿No lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Habíamos tenido un montón de diversión, hasta que te lo cogiste. Hasta que alimentaste al *ardeur* con él.

Me puse de pie, y Micah y Nathaniel se levantaron conmigo.

—No sabía que era tu novio —dije.

—Meng Die nunca ha tenido novios —dijo Jason—, para ella solo son gente de bastidores.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó.

—No es malo, simplemente no es lo mío.

—Lo disfrutaste, Jason, sé que lo hiciste.

—Eres buena follando —dijo él.

—Tu también lo eres, —e hizo un ronroneo. No un ronroneo de un gato, sino uno alto, el sonido sensual que algunas mujeres pueden hacer. Nunca he sido capaz de hacerlo.

Jason sonrió.

—Pero a veces prefiero hacer el amor, no sólo follar. No podría explicarte la diferencia.

Ella frunció el ceño, la sensual mirada deslizándose alrededor de los bordes.

—Hacer el amor, todo eso son sólo palabras bonitas para follar.

Miré a Jean-Claude.

—¿No podrías enseñarle la diferencia?

Él se encogió de hombros elegantemente.

—Algunas lecciones llegan demasiado tarde. Fue abusada demasiado por la época en que la encontré.

—No —dijo Meng Die—, no, mi historia no es para ella. No quiero piedad de nadie, y menos la de ella.

Jean-Claude hizo gala encogiéndose de hombros de nuevo, eso significaba que sí, no, todo y nada.

—Como quieras —dijo.

—Tú follaste con Anita, también. —Se había vuelto de nuevo a Jason.

Sonrió, pero esta vez más suave.

—Anita no permite solo follar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Meng Die.

—Ella era mi amiga, mi buena amiga, antes de que tuviéramos relaciones sexuales. Puede que para alguien como tú sólo la follada es importante. Porque si lo consideras echar un buen polvo, pierdes algo más que sexo potencial, pierdes a un amigo. Su amistad era más importante para mí que el sexo, por lo que hicimos el amor, no sólo por tortura.

—No te entiendo —dijo.

Entonces se escuchó la voz de Requiem.

—Porque el sexo casi nunca es casual para Anita, tener relaciones sexuales con Anita casi nunca es casual.

Meng Die negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Sé que no lo haces —dijo— y por eso lo siento.

—¡No tengas piedad de mí! —Gritó ella.

No podía ver ninguna arma en ella, pero en el cuero podría haber sorpresas.

Delgadas sorpresas, pero las hojas pueden ser sorprendentemente fáciles de ocultar.

—Quiero follar, ¿quién quiere follarme? —Sus palabras salieron al aire como una piedra, y se estrellaron contra un silencio pesado de repente.

Miró a los hombres uno por uno. Fue a Damian, pero él estaba seguro, sacudió la cabeza.

—¿Por qué mueves la cabeza? Ella es tu ama, no tu esposa.

Damian en realidad parecía un poco avergonzado, cuando dijo:

—Nosotros solo follamos cuando no podemos encontrar a nadie más.

Otra vez, esto era nuevo para mí.

—Entonces, ¿En realidad, sólo follo porque no puedo encontrar a nadie más? —Eso fue un contralto al ronroneo sexy para finalmente hacerlo sonar como de mal agüero.

—Me has rechazado lo suficiente, Meng Die. Cuando Graham, o Clay, o Requiem estaban disponibles, ni siquiera me mirabas. Deja de ser halagador cuando eres el último en la lista de una mujer.

Miró a Auggie, y él sólo dijo:

—Estamos haciendo negocios.

Se volvió a Noel. Él retrocedió, como si lo hubiera golpeado.

—Me asustas —dijo.

—¿Pero Anita no te asusta?

—Ella me asusta menos que tú.

Meng Die frunció el ceño.

—¿Por qué?

No esperaba que Noel respondiera, pero lo hizo.

—Anita puede hacerme daño por accidente, pero creo que tú me habrías lastimado sólo para verme sangrar. —Maldita sea la perceptiva de los alimentos andantes.

Sentí a London bajar por el pasillo. Lo sentí, del modo que no debería haber sido capaz de sentirle. Me buscaba, usando sus poderes de vampiro para encontrar su dosis de nuevo. Miré hacia arriba, y le encontré viniendo hacia nosotros, todo claro y oscuro.

El rostro de Meng Die se iluminó cuando vio a London. Prácticamente saltó hacia él. Él la miró, pero eso fue todo. Sus ojos se fijaron en mí como si yo fuera su estrella polar, y se perdería en el mar sin mí. Mierda.

Ella deslizó su pequeña mano a través de la curva de su brazo, sus ropas de color negro sobre negro se mezclaban bien juntas.

—Vamos, London, vamos a dejarlos con sus asuntos.

—Ahora no —dijo, y no la miró cuando lo dijo. Me miraba a mí.

Se puso rígida, mirándole lentamente, y luego siguió su mirada, buscando. Me vio a mí, y comenzó a sacudir la cabeza.

—No —dijo ella—. London no. Cree que eres oscuro y sombrío.

—Es oscuro y sombrío —dije.

—Pero te lo follaste de todos modos —dijo.

Me encogí de hombros, y le dí un «lo siento» con la cara. Quiero decir, ¿qué iba a decir?

—Ni siquiera te gusta —dijo.

—Fue una especie de accidente —dije.

—¿Cómo tienes relaciones sexuales accidentalmente?

Era una buena pregunta. No tenía una buena respuesta.

London se alejó de ella. Nunca la miró mientras se deslizaba hacia mí.

La vi pálida de ira. Su mano se deslizó a su baja espalda, y supe que tenía un arma. Tomé aire para decir algo, pero Claudia y Lisandro iban por delante de mí.

Las armas que estaban bajo el brazo me parecieron que aparecieron por arte de magia en sus manos. El arma de Claudia tocó a Meng Die en su brillante pelo negro. La mano de Lisandro estaba cubierta por la esbelta espalda de Meng Die.

Claudia dijo una palabra.

—No lo hagas.

Todos en nuestro lado del pasillo se acercaron a nosotros. Todo el mundo detrás de Meng Die se movió alejándose más por el pasillo. Todos, excepto los guardaespaldas, claro está. Los guardaespaldas de Pierce y Octavius comenzaron a reunirse con ellos, pero negué con la cabeza. Se quedaron en sus puestos.

Teníamos cuatro guardias en contra de Meng Die, dos de ellos con armas de fuego pegadas a ella. Dos guardias extra no harían una diferencia en ella, pero podría ser con Auggie y su tripulación.

Fue uno de esos momentos cuando el mundo parece contener el aliento. Debido a que el próximo respiro puede ser el último de una persona.

—No mueras de esta manera —dijo Jean-Claude en una voz que temblaba por la piel. Pero estaba dirigiendo esa voz a ella, especialmente a ella. Sabía lo que era ser el blanco de esa voz.

La tensión le viajaba por los hombros. Sus ojos se desenfocaron por un segundo.

Lisandro utilizó ese segundo para tomar el cuchillo de la mano. Meng

Die reaccionó, pero era demasiado tarde.

Comenzó a girarse como si quisiera ir por su espada, pero Claudia apretó el cañón de la pistola con fuerza en el lado de su cabeza. Meng Die, sabiamente, decidió dejar de moverse.

—Cachéala —dijo Claudia.

Lisandro enfundó su arma y registró a Meng Die. Lo hizo muy rápido, eficaz, y muy, muy bien.

—Hay crestas y remaches en todo el cuero. Se pueden ocultar algunas cosas. ¿Quieres que rasgue el cuero? —Lo preguntó como si se tratara de una cuestión cotidiana.

—¿Me das tu palabra de honor de que no llevas nada más? —dijo Claudia.

Meng Die dudó y finalmente dijo:

—Sólo tenía un cuchillo. Este equipo no deja mucho espacio para ocultar armas.

Los ojos de Claudia fueron directo a Jean-Claude.

—Es tu protegida, Jean-Claude, ¿puedes respaldarla, o lo terminamos?

—¿Vas a portarte bien, Meng Die? —preguntó, y esta vez de manera normal con una voz que podía manejar.

Le dirigió una mirada de odio como si no se la veía muy cuerda.

—No voy a tratar de matar a nadie esta noche. —No era exactamente un entusiasta sí, pero Jean-Claude asintió con la cabeza.

Claudia dudó y luego dio un paso atrás y bajó la pistola. No la enfundó, sin embargo. No podría culparla por no hacerlo.

London se arrodilló delante de mí, con la cabeza inclinada. Fue un gesto que debería haber tenido una capa y un sombrero de plumas, por que era antiguo.

—Soy capaz de servir a mi señora otra vez, si tiene necesidad.

Me tomó un segundo o dos saber a qué se refería.

—¿Quieres decir alimentar el *ardeur* otra vez?

Miró hacia arriba.

—Sí.

Miré hacia abajo a esa cara tan seria.

—¿Sabes que si actúas como alimento para el *ardeur* con demasiada frecuencia, puede ser mortal?

—Sí, pero puedo alimentar el *ardeur* cada dos horas o menos en un período de veinticuatro horas sin quedar débil.

Me quedé mirándole.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Por qué bromear con algo así?

—No lo sé, pero… London, incluso el más fuerte, con la persona más poderosa que me he alimentado solo ha podido ser dos veces seguidas con un descanso de al menos seis horas entre cada alimentación.

—Este es mi regalo, Anita —dijo.

—London es el alimento perfecto para el *ardeur*. Realmente puede alimentar diariamente unas horas día tras día, sin ningún efecto perjudicial. De hecho, Belle Morte dijo que parecía ganar el poder de él —dijo Jean-Claude.

—¿Estoy luchando por encontrar la manera de controlar la forma de alimentarme, y tenemos a alguien que puede ayudar con esto, y tú no me lo mencionaste antes?

—¿Y si lo hubiera hecho? —dijo, simplemente.

Abrí la boca para protestar, luego la cerré. Si lo hubiera hecho, ¿lo habría hecho yo?

—Te hubiera acusado de tratar de tenderme una trampa con London.

—Puesto que no quería ser capturado por el *ardeur* de nuevo, pensé que no era sabio hablar de su talento. Para plantear la posibilidad de lo que sería, creo, una traición a su confianza. Para ello le planteé la cuestión de ser alimento para el *ardeur*. Se mostró muy firme en contra de ello, *ma petite*.

—¿Cuál es la desventaja de ser capaz de alimentar a un *ardeur* como éste? —pregunté, mirando hacia atrás al vampiro de rodillas a mis pies.

—Eventualmente todo el mundo se convierte en un adicto al *ardeur*, pero para mí, la adicción es inmediata.

—¿Eres adicto otra vez? —pregunté.

—Sí. —Sus ojos estaban muy tranquilos, más pacíficos de lo que había visto alguna vez. Parecía más feliz y más a gusto en su propia piel que nunca. Miré hacia arriba, y encontré la mirada de Nathaniel. Tenía una expresión solemne, sus ojos en absoluto estaban pacíficos.

—Siempre estás feliz en el comienzo de una adicción —dijo Nathaniel.

—¿Qué pasa después? —pregunté.

—Uno se muere.



CUARENTA Y CUATRO

Lo intenté olfateando el cuello de Travis, pero golpeó mi radar como un antílope herido. Como no quería arrancarle la garganta, tuve que retroceder. Tocar la mano de Pierce había sido una experiencia electrizante. Mierda. Hice que Noel llevara a Travis a la habitación del hospital en la parte de atrás, por lo menos podría moverlo y sanar el daño. Tuve que dar mi más solemne palabra de que no iba a vincularme con ninguno de los dos, ni Pierce ni Haven, y traer el desastre a su orgullo, mientras estaban en reposo. Lo prometí. Lo dije en serio. No estaba segura de como mantener la promesa, pero lo hice.

Fuimos todos a sentarnos a la sala de espera, mientras tratábamos de aprobar nuestra propia lista de situaciones de emergencias metafísicas, antes de tener que vestirnos para el ballet.

—Nos estamos quedando sin tiempo, Jean-Claude —dijo Auggie.

—*Ma petite* fue capaz de liberar a Requiem de un *ardeur* relacionado

con una compulsión esta mañana. Habíamos pensado utilizar la misma técnica para liberarte, Augustine. ¿Estás diciendo que tu libertad sobre la esclavitud del *ardeur* puede esperar?

—Necesito enviar a Octavius a buscar mi ropa para esta noche. Él ha manifestado sus… —Auggie sonrió—… reservas acerca de que halla venido a aquí sin él detrás de mí. Vine pensando que tendría que copular, y hacer una rápida incursión en el territorio de los leones locales. Aún podría hacer lo de los leones, pero el resto no está funcionando como había planeado.

—No vas a hacer nada con los leones —dije. Estaba sentada en el sillón de dos plazas, entre Micah y Jean-Claude. Nathaniel y Damian estaban en el suelo a nuestros pies. Damian estaba tocando mi pierna, y su contacto me ayudó a pensar.

Había prometido no hacer otra cosa que me ayudara a mantener la calma. Esto también sería una curva de aprendizaje para el nuevo nivel de potencia del poder de Damian. El nivel en toda ella parecía condenadamente brusco.

Jean-Claude me dio unas palmaditas en la rodilla, instándome a que mantuviera la calma. Estaba tranquila; el toque de Damian era casi una garantía para conseguirlo. Estaba decidida también a que nuestra invitación al Maestro de Chicago no desembocara en una lluvia de problemas para nuestros hombres leones locales.

—La mayoría de los hombres leones del Medio Oeste deben lealtad a mi orgullo.

—No es tu orgullo —dije, incluso si tu animal para llamar es el Rex de ese orgullo—. Es su orgullo, o el de ella.

—De él —dijo Auggie.

—Está bien, pero eso no significa que sea el tuyo.

Auggie miró a Jean-Claude.

—Ella lo cree. ¿No conoce la ley?

—*Ma petite* sabe que en el mundo de los vampiros todo lo que es de mis siervos también es mío.

—¿Es una amenaza? —dijo, en voz baja.

Damian me apretó la pantorrilla, y Jean-Claude hizo lo mismo con mi rodilla.

Micah se acercó a mí, deslizando su brazo sobre mis hombros, de modo que él realmente, nos abrazaba a mí y a Jean-Claude. No parecía molestar a

nadie más que a mí.

—Todavía no —dije.

Damian apoyó la cabeza en mi regazo. Jean-Claude me acarició la pierna, su manera de decir, Ten cuidado. Micah estaba tan cerca de mí como podía.

Nathaniel se acurrucó más solidamente entre Jean-Claude y yo, envolviendo sus brazos alrededor de mi pierna, pero apoyando la cabeza en las rodillas de Jean-Claude. Nunca le había visto hacerlo antes con el vampiro. Jean-Claude acarició su pelo con aire ausente, como si se tratara de un perro, como si fuera algo muy cotidiano. No lo era, y me di cuenta de que Nathaniel nos estaba ayudando a negociar. Auggie había probado que le gustaban los hombres, tal vez no tanto como le gustaban las mujeres, pero aún así… Se había fijado en el pelo de Nathaniel, echado un ojo a Micah. Nathaniel no estaba coqueteando, estaba fingiendo con su cuerpo. Mintiendo sobre que él y Jean-Claude tenían una relación más estrecha de lo que en realidad era. ¿Se molestaría Auggie? Y si lo hiciera, ¿en qué medida lo haría? ¿Le molestaría por que se trata de sexo hombre con hombre, o por que estaría celoso? Infiernos, tal vez le molestaba en ambos sentidos. Una gran cantidad de hombres parecían en conflicto acerca de ese tipo de cosas.

—¿Has dicho que la mayoría de los orgullo del Medio Oeste te deben lealtad? —dijo Micah.

—Sí.

—A los vampiros no se les permite hacer la guerra en los territorios que no tocan los suyos —dijo Micah.

—No he hecho nada a ninguno de los otros Maestros de la Ciudad. La ley Vampira sólo dicta el cómo tratamos a cada uno de los animales para llamar. Mis leones, no han tratado de apoderarse de los terrenos, donde el Maestro de la Ciudad ha tenido a los suyos, o los de ella, como su animal para llamar. —Me miró, como si tuviera que gustarme el comentario de —los de ella. Francamente, cada vez me gustaba menos todo lo que tuviera que ver con Auggie.

—Así que, mientras tanto, tú sólo tomas el poder de los orgullo que no tienen a vampiros como propietarios, ¿no es así? —dije.

Asintió.

—Si no te hubiéramos invitado a nuestro territorio, ¿cómo habrías tomado el control del orgullo de Joseph?

—Enviando a Pierce y Haven a establecerse por su cuenta.

—Entonces, ¿qué, matar a Joseph, y tomar el control?

—A Joseph y a su hermano, sí.

—Pero si el león es uno de mis animales a llamar, y ya que todo lo que poseo pertenece también a Jean-Claude, tienes que dejar a Joseph y a su pueblo en paz, porque pertenecen a otro vampiro maestro.

—Creo que ya has elegido a un león para llamar, Anita. Tu reacción a Haven fue muy intensa.

—Mi reacción con Pierce, también lo fue. No he elegido entre ellos. El hecho de que te pertenecen, puede ser el por que estoy reaccionando a ellos. O, como has dicho, mi leona está buscando algo un poco más dominante.

—Justin viene al ballet con nosotros esta noche —dijo Jason, desde el asiento contiguo al sillón de dos plazas en el que me encontraba.

Todo el mundo lo miró.

—¿El hermano de Joseph? —pregunté.

Jason asintió, y luego hizo una mueca, tirando del cuello de su chaqueta de cuero, un poco lejos de su cuello. No es que hiciera frío aquí, pero solo estaba vestido con su chaqueta de cuero. ¿Por qué? Si Auggie y su gente no hubieran estado allí, se lo habría preguntado. Jason había dicho algo acerca de un informe que tenía que hacer. ¿Qué informe?

—Quítate la chaqueta, lobo —dijo Pierce—. Podemos oler la herida.

Jason miró a Jean-Claude. Él asintió. Jason se quitó la chaqueta. Luego se volvió para que todos pudieran ver su cuello. Era el mayor chupetón que había visto jamás, o algo había estado tratando de arrancarle la mitad de su garganta.

Traté de levantarme, pero todos ellos me presionaron lo suficiente para no dejarme, No. Jason vino a nosotros. Algo lo había mordido, pero las marcas de los dientes no se parecían a nada que hubiera visto antes.

—¿Qué diablos hizo eso?

Jason miró a su amo.

—No todo el que quiere unirse a nosotros desea ser tu *pomme de sang, ma petite*.

Algunos de los maestros han traído a gente con los que simplemente desean negociar. Jason estaba investigando a uno de ellos.

—Su voz tenía tan pocas inflexiones que sabía que era la verdad, pero no toda la verdad.

—Espero que el sexo al menos fuera bueno —dije.

Él me sonrió.

—Lo fue.

Meng Die hizo un sonido de disgusto. Estaba inclinada cerca de la blanca chimenea decorativa.

—No creía que ejercieras de chulo con tu gente, Jean-Claude —dijo Auggie.

—No ordené a Jason dormir con nadie. Le pedí que llegara a conocerlos mejor. La decisión de tener relaciones sexuales fue solo eso, decisión suya.

—¿Qué coño pasó? —preguntó Pierce—. Nunca he visto una mordedura como esa.

Jason le dirigió una sonrisa en su dirección.

—¿No te gustaría saberlo?

Auggie extendió la mano y puso una mano en Pierce que yacía en el sofá de nuevo. Una mirada cercana al dolor pasó por el rostro de Pierce. ¿Qué hizo Auggie a sus leones para dejarlos marcados de esa forma? Fuera lo que fuese, no era agradable. Me recordó a un collar eléctrico para perro.

El hecho de que Auggie no quisiera dejar a Pierce admitir que no sabía nada, significaba que seguíamos negociando. La negociación había llegado demasiado lejos, en lo que a mí respecta.

—¿Es por Justin por lo que estamos reunidos? —pregunté.

—Sí —dijo Jason. Él se recostó en el suelo, al otro lado de Jean-Claude, porque Meng Die había ocupado su silla. London era el que tenía la silla más cercana a mí. Sólo Requiem había tomado la silla más cercana al grupo de Auggie. O tal vez estaba sentado en la que estaba más alejada de mí. ¿Quién sabía con Requiem?

—Si te gustara el hermano de Joseph, él ya habría estado en tu radar, Anita. No dejes que las emociones fuera de lugar, te atrapen con alguien que no es digno de ti —dijo Auggie.

—Yo decido quién es digno de mí.

—Él es el más fuerte y dominante que hay en el orgullo, pero no es tan fuerte como lo es tu Ulfric. No es el superviviente que sí es tu Nimir-Raj. ¿Realmente te unirías a alguien que no lidera a su grupo, Anita? Tu poder elige sólo a los más fuertes.

—Me eligió a mí —dijo Nathaniel, acurrucándose en el suelo.

—Sí —dijo Auggie—. Debe de haber más en ti, de lo que puedo ver.

—Tal vez, es amor —dijo Jean-Claude.

Auggie le miró.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá lo que *ma petite* necesite no es únicamente la fuerza de los brazos. Tal vez haya otras necesidades que se deben cumplir.

Auggie sonrió, y por un momento fue el hombre amable que había pisado por primera vez en nuestra sala de estar.

—Eres un romántico de corazón, Jean-Claude.

Siempre fue tu debilidad.

—Y mi fuerza —dijo Jean-Claude.

Auggie sacudió la cabeza.

—Dejé todo eso atrás hace mucho tiempo.

—Siento pena por ti.

Los dos vampiros se miraron. Fue una larga, larguísima mirada. Fue Auggie quien primero apartó la suya, y puso su mirada en mí.

—Te comportas de una forma tan dura, pero en el fondo eres una romántica también, Anita. No creo que seas capaz de atarte a alguien solo por el poder y la seguridad. Eso es lo que hacemos, Jean-Claude y yo. Elegimos a nuestros siervos, y a nuestros animales, por el poder. Hay docenas, cientos que se presentan en el radar a largo de los siglos, pero tú esperas.

Esperas hasta que estás lo suficientemente desesperada como para que la elección sea forzada, o haces a penas lo correcto para hacerte con el suficiente poder.

—Hizo un gesto a todos los hombres. —Puesto que tú no eliges, tu poder ha elegido por ti.

Debo decir, que tienes un alto nivel. Ya que no sabes como forzar a tu poder para elegir lo que deseas escoger, no creo que tengas la capacidad de forzar a tus poderes a elegir.

No pude mantener escondido mi nerviosismo. Mi pulso se aceleró, sólo un poco, y tuve que tragar. Auggie se daría cuenta. Sabría que su pequeña charla había golpeado en casa. Estaba en lo cierto. Nunca había sido capaz de forzar al *ardeur* para elegir o no elegir.

—Ella forzó al *ardeur* para liberarme —dijo el Requiem, desde su silla.

—Ella luchó, su bestia no eligió Haven —dijo Micah.

—Creo que *ma petite* está descubriendo como equilibrar sus poderes, Augustine.

—¿De verdad quieres desperdiciar una alianza tan poderosa, con alguien que gobierna un orgullo?

—Justin es parte de la coalición de los hombres de Joseph —dije—. Ellos gobiernan el orgullo juntos.

—Pero todavía no es el dominante que coincide con tu lobo o tu rey leopardo, Anita. Es una pena conformarse con un príncipe cuando sólo te acuestas con reyes.

No supe que decir a eso. Porque él, de alguna manera, tenía razón; Justin no lo hizo por mí, o no lo había hecho hasta ahora. ¿Tal vez a mi leona le gustara mucho más de lo que me gustaba a mí? Una parte de mí esperaba que sí, pero otra parte, no quería tener que elegir en absoluto. Si fuera un maestro vampiro, entonces debería ser capaz de elegir, o no. Si mi poder era más vampiro que licántropo, entonces tenía opciones. Si mi poder estaba más confuso que muerto, entonces estaba jodida.



CUARENTA Y CINCO

Nos vestimos en un tiempo récord. Solo me dediqué al maquillaje y a arreglarme.

No hubo tiempo para discutir. La ropa mirándola parecía poco práctica, pero la parte superior del corsé era como el de una bailarina. Eso significaba que no podía estar tan atado firmemente como a Jean-Claude le gustaría, nunca lo suficientemente apretado para impedir la respiración o el movimiento. Jean-Claude me dijo que vería corsés similares, esta noche, en los bailarines. Los zapatos habían sido teñidos para que coincidieran con el negro brillante del vestido, pero eran de taco alto tanto como el de los bailarines. Fueron hechos para el baile de salón, en realidad, no para el ballet. Cuando vi las sandalias abiertas había protestado, infiernos no. Había dicho que no había manera de bailar con ellos, pero me maldije, Jean-Claude había tenido razón. Los zapatos eran realmente cómodos.

El corsé tenía un dibujo delineado con pequeños diamantes, por amor

de dios, diamantes reales. El collar que puso alrededor de mi cuello era de platino y más diamantes. Estaba asqueada de saber cuanto dinero llevaba encima, pero decidí que no quería saberlo ni preguntaría. De saberlo solo me pondría más nerviosa y no lo necesitaba.

La capa de Jean-Claude para la ópera fluía como un manto negro elegante, pero mucho más moderno, con un pequeño cuello levantado para enmarcar su rostro, y el blanco brillante del cuello de la camisa. La corbata en el cuello estaba perforada por un alfiler de platino y diamantes para que coincidiera con mi collar. Su chaleco le sentaba como un guante, ya que estaba atado a su espalda, un chaleco corsé.

Cuando sugirió por primera vez que usaría un corsé alto, había cometido el error de decirle:

—Voy a usar un corsé cuando tú lo hagas. —Uno pensaría que ya había aprendido. Él sólo sonrió y dijo sí. De hecho, había encargado chalecos de varios estilos para que todos los hombres los usaran. Impecable pantalón negro y zapatos negros de vestir brillantes, completaban su atuendo. Oh, y un puñado de diamantes por el chaleco como estrellas lanzadas a través del cielo nocturno.

Cuando le pregunté por qué no había hecho su chaleco igual que mi corsé, me respondió:

—No es una fiesta de graduación, *ma petite*.

Todos los hombres se encontraban en esmoquin negro, algunos con cola, algunos, solo a medida.

La única diferencia era el color de los apliques, accesorios o la joyería. Era bastante condenadamente apagado incluso para una de las fiestas de Jean-Claude.

La limusina nos había dejado en la puerta, a los ocho. Lo cual era por lo que necesitábamos el despliegue. Tuvimos que aguantar los flaxes, cámaras y micrófonos. Podríamos llamarlo una alfombra roja. Siempre me hacía sentir intimidada. Algo que hay que soportar, pero en lugar de correr tan rápido como podía, tenía que sonreír y contestar preguntas.

Jean-Claude siempre sorteaba las preguntas y posó para las fotos como un profesional. Había mejorado en aferrarme a su brazo, y no mirar a las cámaras. De vez en cuando incluso sonreía. A todos los demás los trataron como séquito. No gritas preguntas al entorno.

Normalmente, me gustaba el teatro Fox. Había sido construido en la década de 1920 como una sala de cine, pero en ningún teatro que conocía

había perros de Foo chinos con los ojos brillantes en la parte inferior de un despliegue de la escalera de mármol. El interior era exuberante y dorado, lleno de tallados de dioses hindúes, y los animales desde cualquier lugar que se clasifiquen como exóticos. Normalmente, me encanta mirar todo. Esta noche, fue mi refugio ante la tormenta.

Entramos por la salida lateral, a la entrada del Teatro Fox. Era privado, con aparcacoches y un restaurante agradable si hacías la reserva. Las personas y las empresas pagaban miles de dólares al año para tener un espacio reservado en el teatro. Que yo sepa, Jean-Claude no tenía uno permanente, pero para esta noche tuvo dos reservados. El Teatro Fox en realidad se quedó sin palcos, antes de que quedara sin asientos en el espacio VIP. Jean-Claude había dicho que algunos de los maestros visitantes en realidad estaban sentados con los peones en la sección común, pero él en especial había reservado en primera fila, junto con muchas celebridades locales.

El frenesí de los medios de comunicación podría haber sido menos si uno de los Maestros de la Ciudad que había venido no fuera el maestro de Hollywood, y su séquito. A Hollywood le gusta lo de Hollywood, y lo habían seguido hasta aquí.

Alguien había dicho que su nueva amiga era una estrella joven caliente, que trabajaba en una exitosa serie nueva de la que nunca había oído hablar. Cuando se trabaja un promedio de sesenta a cien horas a la semana, no ves mucha televisión.

Es curioso, eso. Al parecer, los medios de comunicación habían venido tanto por ella como por cualquier otra persona. Debía ser una persona muy popular por cierto.

Había demasiados vampiros en la sección VIP para cenar esa noche. Se planteó muchas preguntas sobre lo que todos comerían. Jean-Claude había evitado el problema simplemente diciendo que el restaurante estaba cerrado por esa noche.

La gestión del Fox estaba feliz por eso. Sí, los vampiros eran legales, pero St. Louis sigue siendo parte del Cinturón de la Biblia. Nadie estaba seguro de cómo la gente reaccionaria si alguien viera fotos de vampiros comiendo con los seres humanos de fiesta en el teatro Fox. Simplemente mejor evitar el problema. Una vez que llegamos al Danza Macabra, todas las apuestas se acabaron, pero entonces la gente esperaba la decadencia de un club de baile de vampiros. No sólo esperaron, se sintieron

decepcionados cuando no vieron al menos algunas actividades lascivas.

Yo sabía a ciencia cierta que algunas de las actividades «traviesas» no eran escenas improvisadas en Danza Macabra sino planificadas de ante mano. El truco consistía en dar a los clientes una emoción, no para asustarlos hasta la muerte, o hacer que llamaran a la policía.

Por fin llegamos a nuestros asientos, Jean-Claude y yo a un lado de la mesita del centro, Damian y Micah en el otro lado. Asher, Nathaniel, Jason, y Requiem tomaron el palco junto al nuestro. Claudia y Lisandro, con esmóquines de guardaespaldas, negro sobre negro, estaban cerca de los palcos. Wicked y Truth se encontraban en el pasillo que conducía al área de donde estábamos. Teníamos otros guardaespaldas esparcidos por todo el lugar, porque nos habíamos negado a dejar que los maestros visitantes trajeran más de dos guardias, lo que significaba que teníamos que estar seguros de que estaban a salvo. Había policías uniformados en todas partes del exterior, ya que por lo general cuando había un gran evento en el teatro Fox, ellos estaban. Pero había más esta noche, nadie en St. Louis quería a un loco de extrema derecha matando a uno de los vampiros maestros delante de un equipo de televisión. Nadie quería que en ese tiempo ocurriera algo, pero vamos a ser honestos, nadie quiere la mala publicidad.

Nosotros tampoco, por lo que había hombres rata, hiena y lobo, dispersos por todo el edificio. La diferencia principal era que la policía estaba vigilando a los traficantes de odio que intentaban matar a los monstruos, y los guardias sabían que el otro trabajo era asegurarse de que ninguno de los monstruos se pasara de la raya. Jean-Claude estaba bastante seguro de que se comportarían, pero ninguno estaba apostando la vida de alguien en ello. Tampoco estaba dispuesto a arriesgarse a arruinar toda esta publicidad sorprendentemente buena para los vampiros por algún incidente, ahora en la última actuación. Mejor comportarse esta noche, o sino…

Me protegía tan fuerte como podía. No deseaba que mis habilidades, las del siervo de Jean-Claude o la nigromancia, o en lo que diablos, me estaba convirtiendo, estorbaran en el camino. Pero algunas cosas son demasiado poderosas para esconder a los vampiros. Hay cosas que son una parte de lo que eres, no son para sentir. Las luces se apagaron, y sentí… vampiros. Sintiéndolos a través de los escudos. Sintiéndolos a través de… Damian estaba encima de la mesa, para ayudarme a protegerme, ayudándome a controlarlo, ayudándome a que no fuera abrumador. Jean-Claude tomó mi otra mano, pero la tensión en él no era útil.

Estaba entusiasmado.

Me tomó de la mano con una sonrisa, y me aferré a Damian. Necesitaba algo frío y tranquilo, no nervioso y excitado. Damian no estaba excitado, estaba asustado.

Había estado nerviosa por todos los maestros que venían a la ciudad, pero no por el ballet, sí. Era sólo un ballet, sólo una actuación. Las reacciones de los dos vampiros quizás me hacían saber que tal vez me habría preocupado de más.

Eché un vistazo a Asher sentado muy cerca en el cubiculo de al lado. La espuma de su pelo ocultaba la mayor parte de él, pero había tensión, también. ¿Qué iba a suceder?

Había oído algo, aunque no era exactamente eso. Era como si lo oyera, como algo más profundo dentro de mi cabeza que mis oídos, o tal vez lo sentía, y mi mente sólo podía traducir lo que estaba sucediendo en el sonido. No creo que en realidad hicieran ningún ruido, pero oí un ruido suave, casi como de pájaros.

Bajé el más pequeño borde de mi escudo, como asomándome sobre eso en medio de la batalla. Estaba sosteniendo la mano de un vampiro, rodeada de ellos, a veces cuando estaba rodeada de vampiros, me era difícil detectar el poder de otros vampiros. Pero no éste, éste era alguien que no conocía. Era vampiro, pero a diferencia de nada que nunca hubiera tocado antes.

Miré a Micah al otro lado de Damian. Micah estaba moviendo la cabeza como si una mosca le estuviera zumbando. Me miró.

—¿Qué está pasando?

Negué con la cabeza.

—Mierda vampira.

Más allá de que realmente no sabía. Miré por encima y observé la cara de Nathaniel pacífica, esperando, cuando las luces se apagaron. El rostro de Jason se tranquilizó, también. Eché un vistazo a Damian, y sus ojos estaban muy abiertos, casi con un poco de pánico, luego su rostro se fue tranquilizando, también. Miré a Jean-Claude. Él susurró:

—Él tratará de hacer con nosotros lo mismo que con los seres humanos.

De hecho, comprendí lo que quería decir con eso. Los vampiros en Placeres Prohibidos y Danza Macabra habían previsto utilizar en ocasiones, trucos o nublar la mente en grupos, para hacer que los artistas aparecieran en medio de la audiencia humana. Magia. Lo que el vampiro estaba haciendo no sólo era para la audiencia humana, sino para todo el mundo.

Trataba de nublar la mente de los maestros vampiros, para que sus —artistas pudieran aparecer mágicamente.

El teatro estaba extrañamente silencioso. No había ni un susurro y ningún movimiento por debajo de nosotros. Los seres humanos tenían sus mentes nubladas ahora. Luego vendrían los hombres animales, por ultimo los vampiros en caer. Por lo menos la mayoría. Nunca había sentido algo así.

Saqué mi mano de Damian que no pareció darse cuenta. Siguió mirando hacia delante. Eché un vistazo atrás a nuestros guardaespaldas, y me encontré a Claudia asombrada. Lisandro estaba allí de pie, todos en paz. Mierda, demasiado para los guardias.

Miré de nuevo a Micah. Sus ojos estaban empezando a desenfocarse. Cogí su mano y le transmití el pensamiento, No. De ninguna manera. Pulsé un poco de poder por su mano. Mi leopardo fluyó por mi mano, como agua caliente, derramándose sobre su piel. Me miró con los ojos muy abiertos.

—El poder levanta a nuestros gatos —susurré.

Asintió con la cabeza, cerró los ojos, y sentí al leopardo deslizarse a lo lejos, y lo seguí por nuestro lazo llegar a los otros leopardos. Teníamos dos leopardos entre los guardaespaldas.

—*Ma petite*, ¿qué estás haciendo?

—Defendiéndonos —dije.

Mi leopardo comenzó a hincharse hacia arriba, y se extendió hasta Richard. Él estaba allí entre la multitud con su fachada de profesor de universidad local. No podía permitirse el lujo de ser marginado, pero no podía dejar de tenerlo aquí.

Había impresionado como la mierda que un profesor tuviera entradas para el evento de gala de esta noche. Me rozó la energía, y susurró a través de mi mente.

—¿Qué está pasando?

Llamé a mi lobo, y calmé al leopardo, pero podía sentir a Micah llegar a sus leopardos. Mi lobo se levantó, y vi a través de los ojos de Richard. Su fachada humana estaba mirando el escenario, esperando, sin ver. Mi lobo tocó al suyo, y pensé lo que quería que él hiciera, y sentí su energía, nuestro círculo de lobos fuera de él, buscando. Cuando nuestra energía los tocó, los lobos se despertaron.

Tener nubladas las mente de los Maestros de la ciudad era impresionante, pero en nuestros guardias era peligroso. No me gustaba en

absoluto. Miré hacia atrás y me encontré que Claudia seguía luchando. Cayó de rodillas, luchando duro para no perder el poder. No tenía vínculo con las ratas, pero no sería tan malo intentarlo.

Además, mi lobo estaba empezando a subir. Y no quería eso.

Me levanté de la silla y me arrodillé junto a Claudia. Sus ojos estaban aterrorizados. Alargó la mano y tomo la mía. Pensé, Poder. Sus ojos se despejaron, y me apretó la mano con tanta fuerza que casi me dolió. De repente sentí a Rafael.

No como podía sentir a Richard, o a Micah, sino que sentí su poder, como un aroma en el aire. A través de la mano de Claudia, el rey rata, me ofreció poder.

Energía suficiente para liberar a sus ratas, que eran la mayoría de nuestros guardias.

Lo tomó, lo usó, y lo sentí era como una piedra tirada a un estanque. Más y más fuera, leopardos, lobos, ratas, despertad, alerta. Enfadaos.

Si hubiera habido un hombre hiena lo suficientemente cerca, también lo haría con ellos. Al ayudar a las ratas había calmado a mis bestias. El poder estaba despierto, pero no estaba tratando de separarme. Todos estábamos esperando que el gran vampiro malo apareciera. Sabíamos que estaba ahí fuera. Podíamos sentirlo.

El poder de Jean-Claude se expandió, de pronto y con tanta fuerza que me inclinó más, casi me envió al suelo. Claudia me agarró.

—¿Estás bien?

Asentí.

Jean-Claude estaba despertando a sus vampiros, pero necesitaba de mi nigromancia para hacerlo. La había tomado sin pedir permiso, pero estaba bien con eso. No era el momento de pedir educadamente muchas cosas esta noche.

Eché un vistazo al palco del otro lado, lejos del de Asher. Observé a Samuel y a su familia. Samuel me miró. Thea miró en nuestra dirección. Sus hijos se perdieron la magia, al igual que sus dos guardaespaldas sirena. El que hiciera esto, iba a tener éxito con todo el mundo exceptuando algunos maestros y tal vez uno o dos sirvientes de gran poder. Era Impresionante el poder. Impresionante y aterrador.

Claudia me ayudó a ponerme de pie, y abrió las cortinas detrás de nosotros. No estaban ni Truth o Wicked, pero si un vampiro que no conocía. Era alto y grande, era una especie de atleta subido de peso, no de

grasa, sólo físicamente más grande de lo que me gustaban a mi los hombres. Era alto y ancho. Parecido a la forma de Richard, pero a diferencia de él, éste sabía que era grande y le gustaba. Se movía en un deslizamiento que era un tipo de baile. La mayor parte de su cuerpo estaba desnudo, cubierto lo suficiente por una malla para no conseguir que lo arrestaran.

La parte superior del cuerpo era hermoso incluso en mi opinión. Tenía rizos rubios sueltos descuidadamente hasta justo debajo de las orejas, enmarcando un rostro que era más guapo que hermoso. Con razón, puso toda esa belleza en su rostro para que su mirada fuera como un golpe, o eso es lo que trataba de hacer. Claudia hizo un sonido pequeño, indefenso. La había aplastado, así de rápido.

Hundí mis dedos en su brazo, y eso la liberó. Miré a sus ojos claros y sentí el peso de su poder. Diciendo: Mírame, soy hermoso, soy deseable, y me quieres.

Negué con la cabeza, Tuve que sacar el poder como una daga para no caer en esa mirada. Auggie no había sido capaz de tenerme, pero este si podría. De hecho, bajé la mirada, en lugar de luchar contra él. En el momento en que mis ojos no eran perforados por dicha mirada pálida, en lo que podía pensar fue, Jesús, era bueno.

Vi levantar su mano. Claudia intentó detenerlo. Creo que él se limitó a mirarla, y ella dejó de moverse. Lisandro lo intentó también, pero de nuevo, una mirada, y pareció confundido. La vacilación fue suficiente. Tuvo el tiempo necesario para tocarme. Tocarme hizo que fuera peor o mejor. Quería que mirara hacia arriba, y lo hice.

Me encontré con su mirada, y otra vez, su rostro era como un arma hermosa. Se inclinó sobre mí, con la cara pintada por el maquillaje de la función. Se inclinó, como si solo fuera a darme un beso, y una parte de mí que todavía estaba cuerda sabía que si me besaba sería malo.

Sentí la colonia de Jean-Claude y el olor del cuello de Richard. Jean-Claude había abierto las marcas en general. Eso me sobresaltó, y di un paso atrás, alejándome del rubio.

Retrocedí, y Jean-Claude me tomó la mano. El toque de mi amo, y era una prueba contra del rubio de ojos claros.

Él sonrió, una curvatura en sus labios arrogantes. La sonrisa lo decía todo: casi te tenía. Tenía razón. Casi me había tenido. Y todavía había una presencia de poder que respiraba por ahí en el teatro, que fluía sobre la

multitud y ese poder no era del rubio que se encontraba delante de nosotros. Todavía había algo aún más poderoso esperando, aleteando. Algo aún más poderoso que habíamos invitado a nuestra ciudad. Dulce María, Madre de Dios, ¿Qué es lo que habíamos hecho?



CUARENTA Y SEIS

El rubio voló por encima de nuestras cabezas, y salió al aire. El techo estaba lleno de vampiros. Habían estado volando sobre el público, y en ese instante el vampiro liberó sus mentes. Apago su poder sobre la audiencia y se quedaron sin aliento, gritando. No por el hecho de que su mente se había nublado, porque no lo sabían, sino por los vampiros que aparecieron de repente encima de ellos como si fuera magia.

Jean-Claude me ayudó a regresar a mi asiento. Necesitaba la ayuda, mis rodillas temblaban. Busqué a mí alrededor a todos nosotros, y sólo los vampiros ocultaban su temor. El resto estábamos con los ojos abiertos y un poco pálidos.

Me apoyé en Jean-Claude y le susurré:

—¿Hicieron esto en cada demostración?

Sacudió la cabeza, y habló de mente a mente. Sí, tal vez algunos de los otros maestros nos pudiera escuchar, pero era mejor para asegurarnos que

no nos escuchaban susurrar entre nosotros.

—Él nubló a los humanos y algunos de los hombres animales, pero no trató de hacerlo con los vampiros. Los dejó solos.

—¿Por qué ahora? —susurré—. ¿Por qué esta noche?

Por supuesto, no lo sabía. Eso no me hizo sentir mejor, curiosamente.

Claudia pidió permiso para revisar a los otros guardias. Se le concedió. Yo, si fuera ella, quería ver con seguridad que los otros guardias estaban en funcionamiento.

Lisandro estaba maldiciendo muy suavemente bajo su respiración.

—Mierda, mierda, mierda, —una y otra vez, lo dijo con cada respiración que tomaba.

Me había quitado las palabras de la boca.

Los vampiros bailaban en el aire, por lo menos una docena de ellos. Desafiaban la gravedad, y lo hacían al parecer sin esfuerzo. Era hermoso, pero no podía disfrutarlo. Tenía demasiado miedo.

El rubio flotó delante de nuestro palco por un momento. Me lanzó un beso. Me sonrió con dulzura y me levantó el dedo de una de sus manos en saludo. Se rió y se fue volando.

Los otros vampiros volaban a baja altura sobre la multitud, lanzando besos a otras mujeres y otros hombres. Había tres o cuatro mujeres entre ellos. Era una especie de ballet a la inversa de la mayoría de las compañías de ballet, donde al parecer había más mujeres que hombres.

Las cortinas en la parte trasera de nuestro palco estaban abiertas, Auggie entró.

Tuve un breve vistazo de Pierce y Octavius al otro lado de la cortina con Wicked y Truh. Auggie no se veía más feliz de lo que yo me sentía. Se inclinó sobre nosotros, sonriendo, fingiendo que acababa de venir a saludar.

—Él no lo hizo en Chicago.

—¿Quién no lo hizo? ¿Quién está haciendo esto? —pregunté.

—Merlín —dijo Auggie—. El líder del grupo, maestro de danza. El rubio es Adonis.

Solía ser de Belle. Ahora pertenece a Merlín.

Sentí el poder respirando de nuevo en el aire, como el olor del humo vagando por el bosque, cuando no se sabe todavía en qué dirección vienen las llamas, pero sabes que están en camino.

Auggie me tocó el hombro desnudo. Su poder se deslizó sobre mi piel como una caída de seda. Le tendió la mano a Jean-Claude.

—Toma mi mano, úsalo ahora.

Jean-Claude tomó su mano. Para un observador casual, se daban la mano. La mano de Auggie se puso tensa en mi hombro desnudo, tocando el borde de las cicatrices donde un vampiro se había preocupado por mi clavícula una vez como un perro con una rata. No estaba del todo segura de lo que Auggie significaba para nosotros. Pero Jean-Claude estaba seguro, y sólo necesitas un conductor en el autobús metafísico. Jean-Claude abrió las marcas entre él y yo, las abrió de par en par. Si hubiera sido yo, no habría podido abrir tanto sin que implicara al menos a Richard, pero Jean-Claude tenía siglos de control en su haber. Utilizó su mano libre para tocar mi brazo, y eso fue todo lo que necesitábamos.

Era como si me llevara a un lado de una cortina, una espesa cortina de terciopelo.

Casi podía sentir que se deslizaba a través de mi cuerpo, y entonces mi nigromancia fluyó de mí como un viento frío. Su poder se encontró con el mío, y aumentó el frío. Pero no era el frío que las mantas y los abrigos curaban. Este era el frío de la tumba, rodando por nuestras pieles. Jean-Claude tomó el poder frío y se vertió hacia abajo en nuestras manos a Auggie. La irrupción del poder en Auggie, repentinamente le hizo cerrar los ojos. Su poder era más cálido que el de Jean-Claude, más caliente que mi nigromancia. No igual al de un vampiro, sino al de un león. Más que cualquier vampiro que había tocado nunca, también era su bestia. Interesante.

Su poder caliente se levantó, luego giraron por su cuerpo a nuestro encuentro. Fue un arrebato de poder que me hizo apretar la garganta, tensando mi mano con fuerza sobre la de Jean-Claude. Sólo el anterior festín con Auggie, me dejó saber cómo este pequeño torrente de energía no se compararía con lo que podríamos hacer con él.

Mi león intentó levantarse para rodar en su poder. Auggie calmo al león, como una mano acariciando el silencio. Pero su poder, ahora en mí, encontró otra cosa que aumentar. El *ardeur* comenzó a estallar, y fue Jean-Claude, quien lo llevó hacia abajo, apagando los incendios. Él tomó el poder, firme y duro, en su mano, de manera que pronto se podría hacer cargo durante una relación sexual. Pasa de ser un deporte en equipo, a de repente tenerle encima, y sujetándote todavía, por lo que puede hacer exactamente lo que quiera, exactamente de la manera que quiere, dándote más placer de lo que podrías haberte dado solo. Cabalgó el poder.

Auggie y yo solo éramos espectadores.

La audiencia por debajo de nosotros parecía sorprendida y maravillada, dando gritos un poco sofocados. Sonaba como una multitud en una exhibición de fuegos artificiales, excepto que en esta presentación daban vueltas, flotando, cuerpos zambulléndose. Vi de lejos a los bailarines. Su belleza ya no me conmovía. El poder que Jean-Claude estaba construyendo era lo único que realmente me tocaba.

Sin embargo, oí el ruido de las aves una vez más, que consiguió traspasar a través de la bruma de energía. Merlín estaba a punto de verter el poder sobre la gente de nuevo. Iba a ocultar a los bailarines, por lo que desaparecería una vez más, puf.

Jean-Claude utilizó el poder como una bofetada, una para que el otro vampiro supiera dar marcha atrás. Oí el aleteo de las aves, como si hubieran sido perturbadas en su sueño.

—Los pájaros —susurré y no supe si lo decía en voz alta o no.

—Su animal para llamar —dijo Auggie en voz baja, o era una voz en mi cabeza.

Sentí el poder retirarse, como si Merlín hubiera tomado una respiración profunda.

Tuve un momento para pensar que había captado el mensaje, pero un instante después el aliento volvió a nosotros. La energía se vertió sobre la audiencia. Sentí a los seres humanos, apagarse como cerillas, uno por uno. A los vampiros se les permite el hipnotismo en grupo, porque los trucos para la mente en grupo no son permanentes. Una vez que el poder es más grande, no hay daño, no hay falta. Pero esto era diferente. Esto se sentía como algo que duraría y cambiaría lo que había tocado.

—¿Qué está haciendo? —Y eso fue en voz alta.

La voz de Jean-Claude respiraba en mi mente:

—Va a intentar tomarnos.

—¿Qué está haciendo con la gente?

—Está tratando de tomarnos, a todos —dijo Auggie—, y eso es mucho poder, demasiado para los humanos.

—Los tomará —dije.

—No —dijo Jean-Claude—, …son nuestros.

No trató de luchar por las mentes de la gente, fue directo a la fuente de nuestro problema. Usó el poder de los tres, de nosotros para aplastar a esa mente.

El poder se tambaleó, como si lo hubieran golpeado, entonces el sonido de los pájaros llenó el teatro. Gritos, gorgojos y aleteos, el sonido de cientos de aves. El sonido era tan real que busqué en el teatro la bandada, pero no había nada que ver.

Nathaniel dijo:

—Escucho pájaros.

No tuve tiempo para preguntarme por qué los oía, también, porque los pájaros estaban sobre nosotros. Plumas por todas partes, tocando, jugando conmigo, tratando de hacerme mover o correr. La mano de Jean-Claude me dio un apretón de muerte. Los dedos de Auggie se hincaron en mi hombro y el dolor me ayudó.

Esto ayudaba a retroceder a los malditos pájaros. Recordé la última vez que el poder de un vampiro había latido contra mi cuerpo como si fueran alas. Batir en mi contra, no para asustarme o controlarme, sino para entrar en mi interior. El poder había gritado en la oscuridad, se le permitió entrar en mí. Mariposa de obsidiana, el Maestro de la Ciudad de Alburquerque, había encontrado su camino dentro de mí. Ella había llenado mis ojos con la oscuridad entre los soles, y la fría luz de las estrellas. También había compartido su poder conmigo. Ese poder vino otra vez, como si el contacto de las alas lo hubiera llamado.

Auggie maldijo entre dientes, con la mano desesperada en mi hombro. Jean-Claude dijo:

—*Ma petite*, no… —Pero de alguna forma no iba a hacer lo que él nunca llego a decirlo, porque el don de Mariposa de obsidiana dejó caer mis escudos y me encontré recibiendo el poder de Merlín. Ese viento metafísico de alas y gorjeo se vertió dentro de mí. El poder se metió dentro de mí y sentí el triunfo de Merlín como un grito de un pájaro enorme de presa. Pensó que había roto mi escudo, roto nuestros escudos, pero se equivocaba.

Jean-Claude y Auggie se aferraban a mí, tratando de apuntalarse en lo que también pensaba que era una ruptura en nuestro poder. Pero no era una violación, era una boca.

Se sentía como si mi cuerpo fuera una cueva, una cueva carnosa, suave y los pájaros que había oído y sentido se hubieran metido dentro de mí, como si hubieran encontrado un hogar. Juro que podía sentir el roce de las plumas, los minúsculos órganos, revoloteando, volando, llenándome. El poder de Merlín se derramó en mí, y traté de encontrar a Jean-Claude y a

Auggie. El poder trató de encontrar una manera de salir de mí y entrar dentro de ellos. Merlín vertía más y más poder dentro de mí, y yo solo me lo tragaba.

Auggie y Jean-Claude se aferraban a mí por miedo a dejarme ir, o tenían miedo de dejarse ir, creo. Tanto poder, tanto que empezó a filtrarse a través de los otros dos vampiros. En el momento en que les tocó, ambos lo comprendieron. Merlín no me iba a romper, sino que lo íbamos a absorber.

Él lo entendió al mismo tiempo que nosotros, porque trató de detener el poder, al igual que cortarlo. Pero tenía su gusto, y no quería que se detuviera.

Los torrentes de pájaros invisibles se desaceleraron, pero no se detuvieron. El poder de Mariposa de obsidiana que los llamó, me ayudó a saber las dulces palabras, para persuadir ese poder. El poder siguió llegando, y sentí un destello del temor. Era dulce, bueno, y deseaba degustar el sudor en su piel. Y podía lamer su piel con el poder, donde me observaba desde las sombras.

Me miró con ojos oscuros que tenían un puntito rojo lacrimógeno en su interior.

Había visto unos ojos así antes. Nunca eran humanos, ¿verdad? Pensé.

Trató de romper el contacto, y no pudo hacerlo. No con Auggie y Jean-Claude conectados a mí. Era grande, malo y poderoso, pero no era un Maestro de la Ciudad. Él no era ni dos maestros de la ciudad, y no sabía qué diablos era yo, en ese momento yo tampoco.

Olí el jazmín y la lluvia. Sentí el olor de una noche tropical, que no había existido durante miles y miles de años. Una voz montó en el olor de la lluvia. La Madre de la oscuridad me susurró:

—Solo yo sé lo que eres, nigromante.

No quise preguntar, pero era como si no pudiera detener a mi boca para formar la palabra.

—¿Qué?

—Mía.



CUARENTA Y SIETE

Grité, y lo cerré. Lo cerré todo. No más aves de Merlín. Pero en mi pánico, cerré el vínculo con Auggie y Jean-Claude. Por un instante, era solamente yo y ella en el interior de mi cabeza. Sentí la lluvia sobre mi cara, fresca y caliente. La luna cabalgaba llena y brillante, y era demasiado alto, y demasiado masculino. Pensé que era la memoria de Jean-Claude, pero la mano que podía ver era demasiado áspera, demasiado oscura. ¿En la memoria de quién estaba atrapada?

—En la mía —dijo ella otra vez.

Oh, sí, ella. ¿Por qué estaba dentro de la cabeza del hombre que estaba a punto de comer? ¿Por qué no estaba dentro de su cuerpo?

Algo se movió a la luz de la luna. Algo muy grande y pálido, como algún fantasma muscular, que se deslizaba a lo largo de la tierra hacia mí. La cabeza se movía, y los ojos capturaron la luna, que brillaba en mí. Me quedé mirando fijamente a la cara de aquel gran gato, y sabía que nada

como ello había andado sobre la tierra durante unos miles de años.

—El león de las cavernas, —pensé—. Ah, estaban rayados. —El gato se agazapó a la primavera.

Un lobo apareció entre mí y eso. Un lobo blanco con un lomo y cabeza oscuro. Yo, mi lobo. Esto era un sueño, lo que significaba que estaba inconsciente. Extraño.

Los pelos del lobo se elevaron, y este dio ese bajo sonido, el gruñido bajo que todos los perros usan cuando no están jugando. El lobo parecía frágil al lado de aquella figura agazapada. Estábamos fuera de nuestra clase de peso por unas cientos de libras.

Sentí el olor del lobo. Olí el pino, y el bosque forestal. Olí cosas que nunca crecieron aquí en esta tierra, en donde la Madre de Toda la Oscuridad había tomado a Merlín, o quienquiera que él haya sido alguna vez. Sentí el olor de los árboles de la casa, la tierra del hogar de la manada. Olí el almizcle suave del lobo.

El león de las cavernas se puso tenso, y conocía eso. El lobo se preparaba para la primavera, y el cuerpo que llevaba puso a punto una lanza que no ayudaría.

Algo tocó mi mano. Me agarré a eso, sin pensar, y la noche estalló en una blanca, caliente y blanca. Luz, y dolor, mucho dolor.

Voces.

—¡Suéltame, Anita, suelta!

Manos tocando el dolor. Traté de alejarlas. Se sentía como si la sangre en mi mano hubiera sido substituida por metal fundido. Conocía aquel dolor. Una voz diferente:

—¡Anita, suelta!

—Abre la mano, Anita, abre tu mano. —La voz de Micah.

Mi mano izquierda era una masa de agonía. Incluso no podía sentir mis dedos.

¿Cómo podía abrirlos, si no podía sentirlos? Todo lo que podía sentir era el dolor.

Esto me hizo abrir los ojos. Mi visión estaba arruinada, manchada, el color gris y blanco y negro, como si hubiera mirado un destello demasiado brillante de luz.

Tuve un momento para ver el anillo de caras: Micah, Nathaniel, Jason, Graham, y Richard. Los vi, pero toda mi atención fue dirigida a la agonía que era mi mano izquierda. La miré, y en el exterior estaba bien. Una

cadena fina de oro arrastrada fuera de mi puño. Mi mano la veía bien, pero sabía que no lo estaba.

Había pesadas cortinas detrás de nosotros. Todavía estábamos en el Fox. Ellos acababan de sacarme del reservado, y me habían puesto en algún sitio donde la audiencia no podía verme. Sabía por qué no había ningún vampiro arrodillado con nosotros. La Madre de Toda la Oscuridad había tratado de tomarme, otra vez, y algún idiota me había dado una cruz para sostener.

—Abre la mano, Anita, por favor. —Micah lo susurró otra vez, acariciando mi pelo.

Encontré mi voz, y susurré:

—No puedo.

Richard acunó mi mano entre las suyas, y comenzó a tratar de apalancar mis dedos. Levantó un dedo hacia arriba. Gimoteé, luego me mordí el labio. Si comenzaba a hacer ruidos, terminaría gritando, o llorando en voz alta. Ellos habían logrado ocultarme lejos de la muchedumbre. Si comenzaba a gritar todo lo que habían hecho sería para nada.

—Lo siento, Anita, lo siento. —Richard lo susurró una y otra vez mientras fracturaba mi mano abierta.

—Maldice si quieres —dijo Jason.

Negué con la cabeza. Las quemaduras duelen demasiado para maldecir o hacer algo mejor. Me obligué a sentir más allá del dolor. Todavía podía sentir mi mano, pero distante, como si la mano alrededor de todo ese dolor estuviera casi dormida.

El dolor hizo caso omiso de todo lo demás, como si los nervios no pudiesen manejar todo lo transmitido a las partes importantes, ese puto dolor, todo lo demás era secundario.

Richard hizo un ruido y me hizo mirarlo. La expresión de su rostro me hizo mirar hacia donde estaba mirando, mi mano.

La mayoría de las ampollas se habían reventando, para que mi palma y los dedos fueran solo una masa de piel rota y el fluido de un líquido claro. Pero el brillo del oro en mi palma estaba enterrado dentro de la masa de carne desgarrada. La cruz se había derretido en mi mano.

Aparté la vista entonces, no quería pensar en lo que iba a ser necesario para poder limpiarlo.

Nathaniel se inclinó sobre mí, bloqueando mi opinión, lo que me dio pánico. Lo aparté quería poder ver lo que Richard estaba haciendo en mi

mano. De ninguna manera esa cruz iba a salir sin ayuda médica. Los analgésicos, calmantes bueno, sí, eso era el billete.

Alcancé mi mano buena, para sostener a Nathaniel. Se inclinó para que pudiera susurrar:

—Doctor —susurré porque tenía miedo de que si hablaba un poco más fuerte empezaría a gritar.

Él asintió con la cabeza.

—La Dra. Lillian está en camino.

Asentí con la cabeza. Falta de cuidado que el doc estuviera en el evento. Por una vez en mi vida, sólo quería ayuda. La mayor parte del dolor se podía sobrellevar, pero la quemadura parecía hecha solamente para tragarse el mundo. El dolor se come todo lo demás. No se puede pensar en otra cosa que dolor. La molienda, morder, dolor, náuseas, dolor. Antes había tenido quemaduras, pero esta iba a ser la peor. Semanas de recuperación, y en función de la profundidad de la cruz incrustada, quizá un daño permanente a la mano. Mierda, mierda, mierda.

La Dra. Lillian entró en mi visión. No la reconocí al principio, y no era sólo el dolor. El maquillaje había suavizado su rostro, se había sacado de encima lo que debían haber sido diez años. El suave azul del vestido complementaba el suave gris de su cabello, y los tonos de pastel del lápiz labial y la sombra de ojos. No la miré y pensé; debe haber sido hermosa hace una década. Me miró y pensé: Es hermosa ahora.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer con vosotros esta noche?

Tragué saliva con fuerza.

—No lo hice a propósito.

Levantó la falda lo suficiente para que pudiera arrodillarse cómodamente.

—Diría que no. —Su rostro era neutral, agradable, una muy buena cara de médico. Empezó a alcanzar mi mano, y me aparté.

Ella se echó hacia atrás, dándome una pequeña sonrisa.

—Si prometes hacer todo lo que te diga que hagas, exactamente de la manera en que te diga que lo hagas, te pego un tiro con un analgésico antes de tocar tu mano.

Asentí.

—Tu palabra de honor de que no vas a discutir conmigo, Anita. Que ¿acabarás haciendo lo que te diga?

Si no hubiera estado tan fuera de mis pensamientos por el dolor, podría haber pensado más sobre su redacción, pero lo único que podía pensar era en el dolor.

Asentí y susurré:

—Te lo prometo.

Me sonrió.

—Bien. —Miró a su espalda. Claudia apareció a la vista, de rodillas por lo que la otra mujer podía susurrarle. Claudia asintió con la cabeza, se puso de pie, y se fue.

Lillian volvió para ponerse a preparar la jeringa. Normalmente, hacía un escándalo por las agujas. Era casi tan fóbica a las agujas como a volar. Pero esta noche, no me quejaba. Estaba demasiado ocupada luchando contra la tentación de comenzar a gritar, haz que se acabe, que pare.

Lillian se movió con Richard, así que podía arrodillarse hacia mi mano herida.

Micah ahuecaba mi cara, así que no podía ver la aguja. Él sabía lo que sentía por ellas. Le dejé hacerlo, pero no estaba segura de que me hubieran importado esta noche. Sentí la presión de la aguja, entonces fue como si tirara agua caliente directamente en mis venas. Podía sentir la propagación del líquido a través de mi cuerpo. Era la más extraña de las sensaciones. Nunca había tenido nada que pudiera rastrear a través de mis venas así. Mi parte superior del cuerpo estaba enrojecida por el calor. Entonces era difícil concentrarse, y estaba mareada. Incluso acostada, estaba mareada. Empecé a preguntar si algo andaba mal, entonces el dolor sólo se fue. Las drogas bañaban el interior de mi parte superior del cuerpo en agua caliente, y el dolor sólo se lavaba.

Lillian se inclinó sobre mí.

—¿Cómo te sientes, Anita?

Logré una sonrisa, y sabía que era probablemente ridículo.

—Ahora no me duele.

—Bien —dijo, sonriendo. Miró a Richard—. Creo que necesitas volver con la cita, Richard.

Negó con la cabeza.

—Me quedo aquí.

—Eres Clark Kent esta noche, Ulfric, no Superman. Tienes que ir de nuevo a tu cita y simular que eres un maestro de ciencias y de modales suaves. Yo me encargo de Anita.

Richard nos miró a todos.

—¿Se quedaran?

—Uno de ellos lo hará —dijo Lillian—, pero no se esconden de lo que son, Ulfric. El precio de ocultar lo que eres, es que debes permanecer oculto. Ahora, regresa antes de que la mujer empiece a preguntar por ti.

Empezó a discutir.

—No me hagas ser cruel en esto, Ulfric —dijo Lillian.

—Adelante —dije, y mi voz sonó extraña—. Ve, Richard, ve.

Me dio una mirada que estaba llena de esos conflictos, incluso de dolor. Pero esta noche no tenía ningún tiempo para el dolor de nadie más que el mío.

—Lo siento —dijo. No estaba segura de qué se estaba lamentando. ¿Que tenía que irse? ¿Que había otra cita? ¿Del hecho de que todavía estaba oculto en su disfraz de Clark Kent? O, quizá, era su cruz incrustada en mi mano. La cruz que le había regalado por Navidad. Sí, eso puede ser que necesite un perdón.



CUARENTA Y OCHO

Extendieron un mantel sobre mí y otro bajo el brazo. Al parecer, Requiem había encantado afuera al personal del restaurante. Había mantenido los ojos apartados de mí, como si temiera que la cruz estallara a la vida.

Lillian había dicho a Micah y a Nathaniel que intentaran distraerme, pero las drogas, hacían una gran parte de la distracción por ellos. Tenía miedo de que me doliera, pero fue como si el miedo no pudiera aferrarse a mí, o yo no pudiera aferrarme a él. Jason presionaba hacia abajo mi brazo. Empecé a protestar.

Nathaniel me besó, fuerte. El beso hizo que hiciera pequeños ruidos.

Hubo un, abrupto tirón en mi mano. Grité, y Nathaniel se tragó el sonido como lo hacia a veces durante el sexo. Un grito perdido en un beso.

Podía sentir como le hacían algo a mi mano. Envolviéndola en algo. Nathaniel retrocedió del beso, con la boca manchada con mi lápiz de labios. Se puso un dedo sobre los labios, y yo luché para lloriquear solo

pequeños sonidos.

No era tanto lo que dolía, era casi como si mi cuerpo supiera que estaba herido, y quería reaccionar ante ello. Pero cada vez que trataba de concentrarme en el dolor, este simplemente se escabullía. Tal vez me pareció raro tratar de concentrarse en él. Supongo que estaba tratando de luchar contra las drogas, estúpido de mi parte.

Pero no podía escapar. No podía no luchar, incluso cuando no era algo bueno para mí.

Nathaniel me sonrió, como si supiera lo que estaba haciendo. Probablemente lo hacía. Retiró los dedos de mi boca. Asentí con la cabeza hacia él para decirle que había entendido. Estábamos tratando de no llamar la atención. Claro que sí.

Bajé la vista y descubrí que mi mano estaba envuelta en una gasa, como una versión prístina de la mano de la momia. Conseguí un destello de la sangre fresca en los manteles antes de ser doblados. Traté de interesarme sobre cómo explicaría lo de la sangre fresca, pero no pude terminar de preocuparme, antes de que me alejara flotando. Debería haberme sentido bien, que estuviera tan relajada, pero sabía que se trataba de una noche en que Jean-Claude me necesitaba, todo el mundo me necesita. La Madre de todas las Tinieblas todavía estaba allí. ¿Qué iban a hacer si regresaba y yo no estaba allí? El miedo intentó hincharse de nuevo, y no duró mucho. No podía aferrarme a cualquier pensamiento, o a la emoción. Era como tratar de remar un barco en la niebla. Sabía a qué dirección quería ir.

Conseguiría una visión de la costa, y remaría más fuerte, entonces la niebla retrocedía sobre ti, y cuando se despejaba de nuevo, la costa estaba en otra parte.

Por mucho que el dolor me hubiera distraído, me habría sido más funcional que las drogas. Pero tenía una quemadura que dolía mucho, muchísimo. Hubiera querido que se detuviera.

Alguien me cogió y me despertó. Aunque no estaba segura de que me hubiera quedado exactamente dormida, tal vez me desmayé. Nathaniel me estaba llevando. Las mangas de su camisa blanca se mostraban, y estaba cubierta por una chaqueta de esmoquin negro. Suya, probablemente. Vagamente estaba orgullosa de mí misma para averiguarlo.

Miré a mí alrededor buscando a Micah y fue como si Nathaniel lo hubiera entendido.

—Micah se va a sentar con Asher, para que ningún cuadro esté vacío.

—Empezó a bajar las escaleras conmigo en sus brazos.

Requiem apareció por encima del hombro, detrás de nosotros. Lisandro estaba a su lado. Miré hacia abajo las escaleras y alcancé a ver a la Dra. Lillian, antes de que el mareo llegara a ser demasiado. ¿Qué diablos me había dado?

Me perdí algún tiempo más, porque lo siguiente que supe era que estábamos en el fondo y saliendo bajo el toldo cubierto fuera por la entrada del club privado del Fox. Tuve una visión de Wicked de pie junto al asistente de cámara. Su rostro estaba en blanco y en paz. Artimañas de vampiro para asegurarse de que nadie se acordara de nosotros. Los trucos mentales eran ilegales, técnicamente, en parte debido a la mierda como esta. Que un vampiro pudiera persuadir a una persona de que las cosas malas no habían ocurrido. Hacían de las declaraciones de testigos una mierda.

Fredo estaba sosteniendo la puerta de la limusina, como si fuera un chofer real y no un almacén de armas a pie. Nathaniel se arrastró adentro conmigo en sus brazos. Me dejó suavemente en el asiento de atrás, y levantó la chaqueta de esmoquin. La Dra. Lillian se arrodilló a mi lado. Me tocó la cara y trató de que siguiera sus dedos. No creo haberlo hecho muy bien para ella.

Me sonrió.

—Te he dosificado como si fueras uno de nosotros, y no lo eres. Lo que sea en lo que te estás convirtiendo, no es licántropo.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—La morfina debería estar fuera de tu sistema por ahora, y no es así. No van a ser de cuatro a diez horas como en un ser humano, sino dos, por lo menos dos. —Negó con la cabeza—. A veces a todos se nos olvida que eres en tu mayor parte humana.

—Morfina —dije.

Asintió.

—Sí, Anita, morfina. Si el maestro que trató de tomarnos a todos renueva su ataque, sin ti, no creo que Jean-Claude lo pueda soportar.

¿Pensaba que todo lo que había sucedido lo estaba haciendo Merlín? ¿No sabía lo de la Madre de todas las Tinieblas? Parecía que eso lo explicaba para ella, pero no pude contener todos mis pensamientos en orden el tiempo suficiente como para hacerlo.

—Te necesitamos de vuelta con nosotros ahora.

Asentí y cerré los ojos, porque hizo que el interior de mi cabeza se sintiera borroso por un momento.

—De acuerdo —dije en voz baja—, ¿cómo? —Abrí los ojos, y luché por centrarme en ese hermoso rostro, los ojos grises que parecían esta noche azul con el vestido y la sombra de ojos.

—Llama al munin, Anita. Despejará tu mente, y sanará muchos de estos daños.

La miré frunciendo el ceño. Debí haber oído mal.

—Llamar al Munin, ¿ahora?

Ella asintió.

—Raina podría curar esto.

Cerré los ojos y luché, luché duramente para reunir mis pensamientos y explicar porqué esto era tan mala idea. El Munin eran los espíritus ancestrales de la manada de lobos. Pero podría ser mucho más —viva que solo un culto a los antepasados normales. Especialmente si tenías la habilidad psíquica, o, lo más delicioso, el talento con los muertos, el munin podía ser mucho, mucho más animado. Raina fue la lupa de la manada. Yo la había matado porque ella estaba tratando de matarme. El munin podría —poseer a la gente que tenía el talento para ello. Me había convertido en su carro favorito. Me había pasado muchos largos fines de semanas en Tennessee con mi maestra espiritual, Marianne, aprendiendo a controlar al munin en general, y Raina en específico. Micah y Nathaniel habían ido conmigo a ayudar a hacerle frente. Le pregunté a Richard primero, porque era asunto de los lobos, pero se negó rotundamente. Raina estaba muerta. Ya no quería tener nada que ver con ella. Yo tampoco, pero no tenía elección.

Había sido una sádica sexual, pero también podía curar con el sexo. No tenía por qué ser sexo completo, a ella sólo le gustaba de esa manera. Me serví de su poder un par de veces para salvar vidas, pero el coste había sido muy alto. Sus recuerdos solo valían la pena para evitarlos. El *ardeur* no era algo normal para la curación, y Jean-Claude había especulado que el hecho de que pudiera curar con sexo y la metafísica podía ser debido a muchos de los poderes munin de Raina que a los de vampiro. Era casi como si más a menudo fuera usando o tomando prestados la magia de otra persona, lo más probable sería que su magia se convirtiera en parte de mi arsenal. Raina había jugado conmigo lo suficiente para terminar afectando de alguna

manera al *ardeur*, o esa era la teoría. ¿Por qué no utilizar el *ardeur* para sanar la mano? Curar con el *ardeur* era chapucero, a veces funcionaba sin que quisiera que funcionase, y a veces no funcionaba en absoluto. Hice mi mejor esfuerzo para explicarlo en voz alta.

—No estoy segura de que pueda controlarla.

Malo, si ella está a cargo.

—Estás malherida, Anita. Si fueras realmente un vampiro, entonces necesitarías más sangre. Mucha más de la normal. Jean-Claude piensa que el *ardeur* se levantará y tratara de alimentarse de esa necesidad.

Fruncí el ceño duro en ella.

—No lo sé…

—Te comprometiste a hacer lo que pidiera si te daba la morfina. Diste tu palabra.

Tragué saliva, me lamí los labios y pensé en llamarla perra, pero como era el único médico que teníamos, y resulté herida, me parecía imprudente cabrearla. Podría haber controlado el munin de Raina ahora, si no hubiera estado con las drogas. Le dije:

—No.

—Entonces, ¿te perderás el ballet, y la fiesta, y no estarás allí para ayudar a Jean-Claude contra los otros maestros? Richard no estará allí, porque se está escondiendo. Si crees que es una buena idea quitar al maestro de esta ciudad a sus dos terceras partes esta noche, entonces recházalo.

Al infierno con ella. Le dije:

—Perra.

Sonrió y me dio unas palmaditas en la mejilla.

—Una vez que estés curada, tus bestias podrían levantarse, así que te dejaré con la gente que puede tomar a tu animal, si deben.

—No lo entiendo.

—Pero creo que deberíamos empezar con alguien que nunca haya sido tocado por Raina. Yo la conocí, ¿ves?, siempre adoró nuevas conquistas.

Negué con la cabeza, suavemente.

—No lo entiendo.

Nathaniel apareció a su lado. No era nuevo para Raina; ella le había tenido por todos los medios que una mujer podía darle a un hombre, y algunos que se extendía a la imaginación hasta el punto de querer gritar. Estaba desnudo, a excepción de la amatista y el collar de diamantes. Había

sido un regalo de Jean-Claude y mío, aunque francamente, más idea de Jean-Claude que mía.

Simplemente nunca se me habría ocurrido a mí.

—No está usando la ropa.

Sonrió.

—Intentaremos volver adentro después.

—¿Después de qué?

Echó un vistazo a Lillian.

—¿Cuánto va a seguir así?

—No estoy segura.

Una voz desde detrás de nosotros.

—Yo no violo.

La voz de Jason entonces.

—Ninguno de nosotros lo hace.

Lillian se inclinó sobre mí.

—Anita, Anita, debes dar permiso para esto.

—¿Para qué, exactamente? —No, esa era una pregunta clara.

—Elevar el munin de Raina, curarte a ti misma y sanar a Requiem.

—¿Requiem?

—A Raina le gusta alguien nuevo, y que esté gravemente herido.

Miré fijamente el rostro de Lillian.

—¿De verdad la conocías?

Asintió con la cabeza.

—Mejor de lo que quisiera. No preguntaría esto, si pensara que vamos a sobrevivir a esta noche sin ti. Raphael sintió a uno de los maestros en el ballet. Uno de ellos puede llamar a las ratas, Anita. ¿Entiendes lo que eso significa para nuestro pueblo?

—Sí —dije—, si toman a Rafael, luego, los poseen a todos.

—Exactamente.

—Y les invitamos a venir aquí —susurré.

Los hombros desnudos de Requiem aparecieron alrededor de Lillian.

—Merlín, su maestro de baile, enrolló a la audiencia humana para hacer a sus bailarines aparecer y desaparecer, pero él no trató de enrollar a los otros maestros. Hasta esta noche.

No estaba tan segura de eso. Había sentido la mente de Merlín. Si los había aplastado, luego dejado ir, nunca lo habría imaginado. Traté de explicarlo.

—Su mente es lo suficientemente poderosa. Podría dejarlos ir. Puede que nunca lo sepan.

—¿Quieres decir que los enrolló, y que es tan poderos que no lo recordarán?

—Sí.

Vi el miedo en su cara, tragado por la blancura perfecta que tienen los viejos.

—Tal vez, pero no creo que *Marmee Noir* apareciera en las otras ciudades.

—¿Quién es *Marmee Noir*? —preguntó Lillian.

—Nuestra madre oscura, la primera de nosotros. Fue su poder agregado a Merlín lo que hizo lo que fuera esta noche. Era su poder lo que hizo que la cruz de Richard se derritiera en la mano de Anita.

—¿Está aquí, con la compañía?

—No —dije—, se encuentra en la sala con las ventanas. —Eso probablemente no tenía sentido para ninguno de ellos, pero lo dejaron ir. Tomaron mi garantía de drogada que la pesadilla de todos los vampiros no se encontraba físicamente en St. Louis.

Drogada fuera de mi capacidad de concentración y llevándose mi palabra al respecto. No debería haber hecho eso. Pero más que Mommie Dearest, tenía a Auggie y a Samuel, y demonios, a la esposa de Samuel, Thea. Si estos eran los maestros en los que confiaba Jean-Claude, entonces ¿qué nos harían los otros maestros? Jean-Claude no necesitaba estar solo esta noche. Algo malo iba a suceder.

—Fuera, doc.

—¿Qué?

—No quiero que estés aquí cuando la perra malvada venga.

—Voy a salir, y los únicos en el coche serán las personas de la que te has alimentado antes, Anita. —Miró hacia atrás—. Con una excepción.

—¿Excepción?

—Ve, Lillian —dijo Jason—. Jean-Claude está nervioso. Algo más ha sucedido. No es tan malo, pero es algo.

Lillian se salió de la vista, y Jason se arrodilló a mi lado. Estaba tan desnudo como Nathaniel. Llevaba el brazalete pulsera que Jean-Claude había encargado para él.

Los lobos desbordaban un paisaje de oro y platino. Los lobos parecían tan reales que esperabas que se movieran. Me quedé mirando la pulsera.

—Hermoso —dije.

Él sonrió.

—Y la pulsera, también. —Me miró, y su rostro era demasiado grave. No podía sentir lo que Jean-Claude sentía, la morfina y mi propio pánico de antes habían cerrado las marcas. No me gustaba la seriedad de Jason cuando miró. ¿Qué estaba ocurriendo a mis amores mientras yo estaba discutiendo?

—Vamos a quitarte la ropa. Tienes que tener algo que llevar de vuelta.

Hace un momento, podría haber discutido, pero Jason estaba asustado, y yo no podía sentir a Jean-Claude. Estaba demasiado aturdida para arriesgarme a abrir las marcas. Miedo de haber apretado la concentración de Jean-Claude tan desesperadamente como la mía, y eso sería un desastre. Estaban pasando cosas malas y era culpa nuestra. Los vampiros habían invitado cosas malas a la ciudad, y ahora todo el mundo estaba en peligro.

—Ayúdame a salir del corsé.

—Pensé que nunca me lo pedirías —dijo Jason, y me miró de reojo, la forma en que solía hacerlo, pero pude ver sus ojos, y sus ojos no tenían nada de divertido en absoluto. Cosas malas, cosas malas, ¿qué estaba ocurriendo dentro? Pensé: Aguanta, Jean-Claude. Lo sentí como una caricia lejana de viento contra la puerta que había usado para encerrarnos. Ese aliento de poder olía al dulzor de su colonia. Sus palabras parecían llenar el coche—. Aliméntate antes de regresar a mí, *ma petite*. No sueltes el *ardeur* sobre la multitud. —Entonces se fue, cerrado y apretado, protegiéndose el culo. Pero había planteado un buen punto. Se estaba perfectamente refiriendo al munin para sanar, y no alimentar al *ardeur*, si lo podía evitar. Ese breve mensaje me hizo saber que me quería de regreso para comer, y lista para luchar, sin hambre ni peligrosos para el público. Jason me ayudó a sentarme, y Nathaniel comenzó a quitarme el corsé de la espalda. ¿Era demasiado por mi parte pensar que era extraño que mi novio principal me estuviera alentando a tener relaciones sexuales en una limusina llena de hombres antes de regresar con él? Teníamos a la madre de todos los vampiros acechando por los alrededores. Un maestro vampiro lo suficientemente poderoso como para enrollar a todos los maestros de la ciudad. Y no hay que olvidar al bailarín rubio, Adonis, que casi me había enrollado con su mirada. Poderosa y peligrosa mierda estaba pasando, ¿y lo que me hacía retorcer en el interior era el sexo? Fue una de esas noches en que realmente llegaría a decidir si se trataba de un destino peor que la

muerte.

El corsé se aflojó lo suficiente como para derramar mis pechos al aire libre.

—Réquiem —dijo Jason—, ven aquí.

El vampiro vino, y utilizaba sus manos para ocultar su desnudez. Parecía avergonzado. Me sentía incómoda con él, también, pero la morfina tenía la ventaja frente a la vergüenza, como si tomara la ventaja frente a todo.

Levantaron el corsé sobre mi cabeza, y otras manos se dirigieron a la parte superior de mi falda. Nathaniel tomó la ropa, ya que esta salió. Se llevaron todo, salvo el collar de diamantes. Al parecer, la joyería era un tema para la noche.

Había plástico sobre el asiento, y estaban poniendo la ropa debajo de él. ¿Qué tan desordenado esperaba ser todo el mundo?

Cogí el movimiento en el extremo posterior de la limusina. Era Noel.

—No —dije—, sácalo.

—Justin no llegó hasta aquí, Anita —dijo Jason—, él es solo el león que conseguimos a excepción de los guardaespaldas de Auggie. Si el león se levanta, necesitaremos un lugar para que vaya.

—Es un bebé.

Jason asintió con la cabeza.

—Raina amaba a los vírgenes.

Negué con la cabeza demasiado fuerte, me mareé. Cerré los ojos y traté de concentrarme.

—Espera fuera del coche. Si mi león se levanta, entonces traeré a tu bestia, pero no le darás de comer a Raina. —Abrí los ojos y el mundo había dejado de vacilar. Bien.

Jason tocó el hombro de Requiem, me llamó la atención de nuevo a él.

—No creo que tengamos que hacerlo, Anita. Mira a Requiem a través de sus ojos. Mira esas heridas, Anita. Es la carne fresca y está herido. Ella va a adorar eso.

Miré las heridas de arma blanca en el pecho y el costado. Tenía los brazos cortados.

—Hojas de plata —dije.

Requiem asintió con la cabeza.

—Meng Die significaba mi muerte.

—Un poco de poder y cambia de opinión.

—No es un poco de poder, Anita —dijo Jason.

Miré de nuevo a Requiem.

—¿Sabes lo que Raina va a hacer?

Nathaniel se arrodilló junto a nosotros.

—Le dije lo que le gustaba hacer durante el sexo.

Luché para centrarme en la cara todavía de Requiem.

—¿Estás… —busqué la palabra que quería—… de acuerdo?

—He estado en la corte de Belle Morte, Anita, esto no será nada. —Encontró una sonrisa para mí—. Sáname, para que ambos podamos servir bien a nuestro amo esta noche.

Asentí con la cabeza.

—Está bien. —Miré detrás de todos ellos, a Noel. Estaba presionado en el extremo posterior de la limusina, tan lejos de la acción como podía conseguir—. Fuera, ahora.

—Espera afuera con Fredo —dijo Jason.

—Me dijeron que debía estar cerca —dijo Noel. Sus ojos eran grandes, la boca un poco separada. Me di cuenta que estaba desnuda frente a él. Eso lo había sabido, pero los fármacos o la urgencia, o mi colapso moral, no me había hecho pensar en ello. La expresión de su cara no era de lujuria. Era de miedo.

—Fuera del coche es lo suficientemente cerca —dijo Jason.

Sin embargo, dudó.

—Sal del coche, Noel —dijo Nathaniel. Parecía enfadado.

Noel se bajó del coche. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Nathaniel dijo:

—¿Cómo podría haberlo enviado Josehp para este trabajo?

—Josehp no lo entiende —dijo Jason.

—No quiere entenderlo —dijo Nathaniel. Sus ojos habían pasado casi al rojo de la ira.

—Proteger al inocente —dije.

Me dio esos ojos furiosos, y luego me dio una sonrisa, y asintió con la cabeza.

—Puedes controlar a Raina. Sé que puedes.

—Las drogas…

—Hará que sea más difícil, pero puedes hacer esto. Yo estaba allí cuando aprendiste a hacer esto, Anita. Drogas o medicamentos, tu voluntad es más fuerte que la suya.

Me miró a la cara, estudié ese enfado, quería garantía. Podía entrever a veces, lo que podría ser en diez años. Iba a ser algo especial a los treinta años, y yo planeaba estar allí para verlo. Tenía un proyecto para todos nosotros; estar allí para verlo.

Lo que significaba que teníamos que pasar por esta noche. Pasara lo que pasara.

Jason me reclinó en el asiento. Nathaniel me dio un beso rápido, luego se alejó, también. Requiem se sentó en el extremo del asiento, como si estuviera en una primera cita incómoda.

Le tendí la mano.

—Ayúdame.

Me tomó la mano y se arrodilló al lado del asiento, todavía cubriendo la mayor parte de su desnudez como podía.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Usa tu poder sobre mí.

Sus ojos se llenaron de un rico fuego azul, y mi cuerpo se sacudió con él. Me dolía la mano, pero la mezcla de dolor y placer y la confusión apelarían a ella. Había aprendido a controlar Raina, lo que significaba que tenía que estar persuadiéndome ahora. Era como dejar una buena casa perfectamente cuando se sabe que hay un tigre en el exterior, y oh, por cierto, vemos un bistec crudo alrededor de tu cuello. Todo esto era muy mala idea. El problema era que no tenía una mejor.



CUARENTA Y NUEVE

La primera cosa que uno necesita saber para controlar algo es que se siente al hacerlo. Yo era una psíquica natural, lo que significaba que mis dones no eran algo que exigiera un esfuerzo por mi parte, algo que acabara de adquirir. El problema de ser una psíquica natural es que a veces las cosas llegan tan fácilmente que uno no sabe cómo, ni siquiera cuando está haciendo cosas psíquicas. De alguna manera sólo es algo que se coló en ti. Y uno debe entender que el control es algo realmente necesario. Me habían dicho que durante la mayor parte de mi vida fui, de hecho, una bruta psíquicamente, que me abría camino como un toro a través de las cosas.

Pero algunas cosas no pueden ser controladas mediante la fuerza bruta, o únicamente por puro poder. Es necesario el control. Es la diferencia entre ser capaz de lanzar una pelota de béisbol a noventa millas por hora, y ser capaz de tirarla a noventa millas por hora en el plato base. La velocidad y la habilidad son algo grande, pero si uno sigue tirando sin control, nunca va

a entrar en las Grandes Ligas. De hecho, puede matar a un pobre fan en las gradas. Porque un golpe en la cabeza con una pelota tan rápida, bueno, no es algo bueno. Raina no era mi única bola de noventa kilómetros por hora, pero era la segunda que aprendí a controlar, después de la nigromancia.

Requiem estaba de espaldas sobre el asiento. No recordaba haber cambiado de lugar con él. Lo último que recordaba, claramente, era él desnudo a mi espalda, sobre el asiento. Ahora, estaba acostado desnudo. Mirándome, con una mirada de sorpresa en su rostro. ¿Qué había hecho para poner esa expresión en el rostro de Requiem? ¿Qué había hecho mientras estaba bajo el control de Raina y luchando contra la morfina?

Estaba sentada sobre su cintura, lo que era una mejora con respecto a otras veces, supongo. Miré detrás de mí a Nathaniel y a Jason. La expresión de mi cara debió ser suficiente, porque Jason dijo:

—Tu cuerpo lo tumbó en el asiento.

—Tu mano está sangrando —dijo Nathaniel.

Me quedé mirando mi mano izquierda como si acabara de aparecer al final de mi brazo. La sangre fresca empapaba la gasa. En el momento en que vi la sangre, la mano empezó a doler. No era tan malo como cuando Lillian me pegó el tiro, pero era un dolor persistente, límpido, con punzadas que indicaban el endurecimiento de las cosas. Los dolores más fuertes prometían que lo peor estaba por venir.

—Creo que tú misma te has herido al lanzarme sobre el asiento —dijo Requiem. Su voz era suave, casi cortésmente vacía. Su rostro se correspondía con ella, guapo y en blanco. La sorpresa había desaparecido, como si lo hubiera soñado. Él estaba bajo control, una vez más.

Sentí dentro de mí a Raina. Ella no lo quería manteniéndose bajo control, o cualquier otra cosa. Ella quería romperlo. Había visto lo suficiente dentro de su cabeza con el *ardeur* para saber que había sido roto siglos antes, y más de una vez.

Sabía que alguien ya roto no la atraería tanto como ser la primera en hacerlo. Jason había estado en lo cierto; a Raina le gustaban vírgenes, de todo tipo. Le encantaba participar en la primera experiencia de alguien, especialmente si podía convertir el placer en dolor, la alegría en terror. Eso era lo único que quería. Pero ese no era mi estilo, por lo que me resultó más fácil no hacerlo.

Su voz susurró en mi mente, no tan claramente como otras veces, más bien como el viento en los árboles, ese tipo de sonido. Marianne me había

informado de que Raina estuvo realmente a punto de poseerme, casi como en una posesión demoníaca. Era un pensamiento aterrador. Ahora sabía cómo evitar que Raina consiguiera un íntimo control sobre mí. El viento de su voz sopló a través de mi cuerpo, con olor a bosque, y a su piel, y su perfume.

—Sabes lo que quiero, Anita.

—Sabes lo que estoy dispuesta a dar. —Lo dije en voz alta, porque hablar mente a mente con su espíritu podía darle un mayor control sobre mí. Pensé en lo cerca que Requiem y yo habíamos estado de mantener relaciones sexuales en el día de hoy. Pensaba en él cayendo, insatisfecho, de forma poco placentera.

—Un buen polvo entre vosotros, —se rió ella, y mi concentración no resultó lo bastante buena para mantener esa risa fuera de mis labios. Su risa era baja y gutural, un sonido profundo, una gozosa promesa de sexo. Mi risa no era así.

Nathaniel dijo:

—Tienes que concentrarte, Anita. Puedes hacerlo.

Raina quería que mirara detrás de mí, hacia él, y me esforcé en no hacerlo. No porque fuera algo malo, sino porque tenía que empezar a luchar en algún punto, y era un lugar para empezar. También era algo con lo que, si perdía la pelea, no haría daño a nadie.

—Pequeñeces, Anita —susurró.

La ignoré lo mejor que pude. Siempre es difícil ignorar a alguien que comparte tu mente. Traté de concentrarme en mi respiración, pero el dolor de la mano me distraía. Intenté concentrarme en cada latido, en el pulso de mi cuerpo, y fue un error. Era como si cada latido de mi corazón se reflejara en mi mano lesionada, como una espina. Como si cada latido aumentara el dolor.

Negué con la cabeza, y que fue un error. De pronto me sentí mareada. Las manos de Requiem me sujetaron por los brazos, impidiendo que me cayera. Me dejé caer sobre la parte superior de su cuerpo, la cabeza apoyada en su hombro. No emitió ningún sonido, pero su cuerpo se estremeció. Me estaba mintiendo sobre sus heridas. A Raina le gustó mucho.

Besé su hombro. La piel estaba caliente. Caliente por la sangre que había tomado antes de mí, pero no tan caliente como debería haber estado. Miré hacia arriba, a sus brillantes ojos azules con su toque de verde

alrededor del iris.

—Tu cuerpo está utilizando más energía para tratar de curar las heridas.

—Sí —susurró.

—¿Necesitas alimentarte con más frecuencia cuando estás así de mal herido?

—Sí, mi señora.

Le sonreí.

—De alguna manera mi señora no funciona conmigo desnuda encima de ti.

Sonrió, y la sonrisa incluso llegó a sus ojos.

—Tú siempre serás mi señora para mí, Anita.

De repente me ahogaba en el olor del lobo. La bestia dentro de mí se movió, como si el poder de Raina fuera una cuchara y yo fuera una especie de sopa. Agitando, buscando lo que deseaba.

Su voz sonaba dentro de mí.

—Tu propio lobo, Anita. ¿Qué has estado haciendo mientras he estado fuera?

El lobo, mi lobo, apareció dentro de mí. Pude ver como se formaba. No, pensé, no.

Volví la cara hacia el cuello de Requiem, hacia el lugar donde debería estar su pulso, pero no estaba. Apreté mi boca en la carne fría, y alejé el calor de la energía, picaba. No acogí a mi lobo, porque si lo acogía me dominaría, en cambio, me volví hacia las cosas frías. Las cosas que el lobo no entendía ni aprobaba totalmente. Mi lobo cayó bajo el empuje de la carne muerta y el aroma de la carne inmóvil. El problema de calmar a mi lobo era que Raina huyó también. Me levanté del cuerpo de Requiem, lo suficiente para ver su cara.

—Tus ojos son como diamantes marrones, demasiada luz en la oscuridad.

—Raina se ha ido —dijo Jason, en voz baja.

No le miré. Sólo tenía ojos para el vampiro. Empecé a besar su cuerpo. Un beso en el hombro, con cada beso, mi cuerpo se deslizaba más abajo, y como los dos estábamos desnudos, ocurrieron cosas interesantes. Sabía que su cuerpo se hinchaba por la sangre que había tomado de mis venas. Que sin ese beso de rubí estaría muerto de más formas que simplemente no-muerto.

Alcé la parte inferior del cuerpo, lo suficiente para que no nos

tocáramos por debajo de la cintura. Era una sensación maravillosa, evocadora de lo que vendría, pero quería concentrarse en la sensación de mi boca en su pecho. No podía hacer eso mientras rozaba la parte frontal de mi cuerpo con su hinchazón. Me distraería.

Quería disfrutar de la perfección de su suave piel. Fría y en movimiento, pero no pulsante. No vivo, no por completo, en realidad no. Era como besar bajo el efecto del sueño, suavemente irreal, como si el pálido cuerpo de Requiem debiera haberse evaporado con el primer vestigio del día. ¿Jean-Claude y Asher eran más humanos para mí, más que esto? Ellos hacían que sus corazones latieran, que su sangre bombeara, ¿por eso no sentía esta quietud sorprendente? Requiem acariciaba mis brazos, mi espalda, mis costados. Su pecho se movía, se retorcía con el placer de ser tocado, pero no respiraba. No jugaba a estar vivo para mí. Era una cosa muerta en movimiento. Debería haberme molestado, pero no era así. El poder que llenaba mis ojos comprendía lo que era, y me gustó, me gustó mucho.

Le besé a fondo, fuerte, de un modo casi indecente, hasta que obtuve un leve sabor metálico. Eso me hizo abrir los ojos, y mirar lo que estaba besando. Era una herida de cuchillo. Se veía muy suave, pero mis labios sabían la verdad. Los bordes de la herida eran tortuosos. La herida podía parecer bonita y limpia, pero había sido violenta. El cuchillo había arrancado la piel, incluso en los bordes, el ojo no podía verlo, pero la boca podía sentirlo. Pasé la yema del dedo por el borde de la herida.

Eso le hizo emitir pequeños ruidos de dolor. A una parte de mí le gustaban esos sonidos, y otra parte de mí se preocupaba por si le dolía demasiado.

Le miré. La expresión de su rostro mientras miraba a lo largo de su cuerpo hacia mí, no era una mirada de dolor. Había un endurecimiento alrededor de sus ojos que indicaba que le dolía, pero la mirada en sus ojos era de impaciencia. Lo que significaba que aún no había cruzado esa delgada línea. Todavía le excitaba más de lo que le dolía.

Me concentré en la sensación de la herida bajo la punta de mis dedos. Cerré los ojos para poder concentrarme en ella. Era gruesa en mi dedo, no como mis labios la habían sentido, la piel rasgada, y desbastada por la violencia de la hoja. Tocarla me recordaba el sabor dulce, leve, de la sangre. ¿Era Raina, o era yo? No, Jason tenía razón, Raina se había ido. Me di cuenta de que estaba usando mi mano, las dos manos. Me recosté sobre

Requiem, y miré mi mano quemada. Había sufrido quemaduras anteriormente, casi igual de malas, pero por razones distintas.

Parecían las de un vampiro que hubiera presionado su carne sobre un objeto sagrado. Creo que era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba así. ¿Fue porque *Marmee Noir* había tomado posesión de mí? O ¿porque estaba usando poderes de vampiro? ¿Eh? Era un pensamiento interesante. Lo empujé hacia atrás, por muchas razones. Ya examinaría las consecuencias más tarde. Mucho más tarde.

La piel estaba cubierta de ampollas, se habían endurecido y había comenzado a desprenderse. Días o semanas de curación en pocos minutos. Aparté a un lado la piel endurecida. No era lo bastante valiente como para tirar de ella. Así que empujé la piel muerta hasta encontrar la palma de mi mano. La piel de la palma de la mano era suave, suave como la de un bebé, pero no había una nueva cicatriz en forma de cruz en medio de mi mano. Era piel brillante y suave, pulida. Semanas de curación.

No había utilizado a Raina para sanar a Requiem. La había usado para sanarme a mí misma. Pero entendía por qué. Había pedido a su Munin algo que no podía hacer. Ella podía sanar a un licántropo, carne viva, y Requiem no era carne viva.

No importa lo vivo que pareciera, era un truco, o una mentira, o algo para lo que no tenía un nombre.

Requiem me miró fijamente. Me miró con unos ojos que habían vuelto a su habitual color azul. No había poder en él ahora. Si hubieran sido láminas de plata, para este momento su cuerpo habría suavizado el daño. Pero no eran de plata, lo que significa que la curación sería casi tan lenta como la de un humano, a menos que obtuviera ayuda.

—¿Estás curada? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Una ligera disminución en la cantidad de piel muerta, pero sí.

—Menos piel muerta —dijo, con voz suave. Suspiró y dijo:

—Puedo volver dentro como estoy. No voy a estar en mi mejor momento, pero eran tus heridas las más importantes.

Miré hacia abajo, a las dos heridas casi mortales en la parte superior de su cuerpo, las docenas de cortes y tajos en los brazos. Sin embargo, busqué y encontré que, más abajo, su cuerpo seguía estando duro y listo.

—Deberías caminar desnudo más a menudo —dije.

En realidad me frunció el ceño.

—¿Por qué, señora?

—Porque eres hermoso.

Sonrió.

—Le doy las gracias por ello.

—Lo dices como si no fuera verdad.

—Si fuera realmente hermoso habrías encontrado hace semanas una manera de llegar a mi cama.

Cerré los ojos y respiré hondo. Mi nigromancia todavía estaba ahí, pero había cambiado de alguna manera. Era como si el llamar a la Munin antes de perseguir a la Madre Oscura hubiera cambiado mi propio poder. Todavía era nigromancia, pero ahora mantenía un toque de vida… La energía estaba más viva. No lo entendía totalmente, pero había una cosa que sí había entendido: antes, siempre que había curado a vampiros, habían sido pequeñas heridas, de día, cuando estaban muertos. Una vez que se levantaban, su propia personalidad, o alma, o lo que sea, mantenía mi poder de reconocerlos como una cosa muerta, de la misma forma en que reconocía a los zombis. Siempre aparecen en mi radar como muertos, no importaba cuán móviles fueran.

Podía sentir la herida que había tocado. La sentía, y sabía que era un poco como recoger los pedazos de un zombi. Una de las cosas que hacía con más frecuencia en mi trabajo era juntar un conjunto de muertos.

Me pareció importante hacer esto. Como si, si no sanara ahora a Requiem, me fuera a olvidar de cómo hacerlo. Como si fuera un regalo ofrecido una sola vez, y se fuera a secar de inmediato si no lo utilizara. Quería utilizarlo; sentirme bien utilizándolo. Siempre me sentía bien cuando trabajaba con los muertos.

Puse mi mano sobre su herida, y pensé en ella como si fuera arcilla. Como si fuera a alisar arcilla. Cerré los ojos para poder —ver los tejidos más profundos del cuerpo trabajando juntos, las cosas que no podía tocar con mis dedos físicos.

Había un viento en el coche, un viento frío, pero que mantenía un vestigio de primavera. Pensé que alguien había abierto una puerta, pero cuando abrí los ojos, el coche estaba cerrado. El viento venía de mí. Miré hacia abajo, al cuerpo de Requiem, y encontré mis manos tocando suave y curada piel. Ni siquiera había una cicatriz. Moví las manos a la herida de su costado, a las costillas. Lo hice antes de que mi mente consciente pudiera decir, Dios mío, esto es imposible. Apreté mis manos en su costado, y las

acerqué a la herida. El viento movía los mechones de mi pelo alrededor de mi cara. Las ampollas de mi piel desaparecían por sí solas de mi mano, como si las sanara. Carne muerta, todo ello, carne muerta.

Le tomé de los brazos, y pasé mis manos desde el codo hasta la muñeca, sujetaba sus manos, y su piel se alisaba a mi tacto como si fuera un truco de cámara rápida.

No era posible, pero lo estaba haciendo.

El viento le hizo dar un traspié y cayó hacia adelante, y yo con él. Me sujetó o se hubiera caído al suelo del coche. Trabajar con los muertos siempre se sentía bien, pero también tenía su precio. Resultaba especialmente duro si no había magia de la sangre implicada. No se me había ocurrido que el precio sería similar al de resucitar a los muertos.

Jason y Nathaniel estaban junto a nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

Nathaniel respondió:

—Está agotada.

Parpadeé hacia él.

—¿Tu también estas agotado?

Negó con la cabeza.

—Cuando se cerró la marca, se acabó. Puedo decir que estoy cansado, pero no me estás drenando. No creo que estés tocando a Damian tampoco.

—No quería arriesgarme con los dos esta noche.

—Deja a todo el mundo fuera —dijo Jason—. Jean-Claude es más sensible a través de mí, ahora mismo, que a través de ti. Un *pomme de sang* no tiene con él una conexión tan cercana como la que tienes tú.

—Están pasando demasiadas cosas —dije.

Requiem me abrazó.

—¿Qué puedo hacer para ganar este derecho, señora? ¿Cómo puedo pagar un milagro?

—Si alguna vez tengo que volver a hacerlo, tengo que acordarme de que tomes sangre durante el proceso, como en un sacrificio para levantar a un zombi. La magia de la sangre aumenta la energía.

—Necesitas alimentarte —dijo Jason, y tenía una mirada abstraída, como si estuviera escuchando algo que yo no podía oír. Probablemente Jean-Claude estuviera susurrando en su oído.

—De acuerdo —dije, apoyándome más en el pecho de Requiem.

Jason y Nathaniel se miraron, y luego de nuevo a Requiem.

—Llama a su poder, Requiem —dijo Jason—, llama al *ardeur*. Ella está demasiado débil para unirte a él, como intentó hacer antes. Aliméntala tu primero y estarás a salvo.

—Es como un acto de ventriloquia —dije—, tu boca se mueve pero las palabras que salen son de Jean-Claude.

Jason me dirigió esa sonrisa que era toda suya, y se encogió de hombros.

—Sean o no sus palabras, sigue siendo cierto.

Giré la cabeza para mirar a la cara de Requiem.

—¿Por eso te detuviste antes?

¿Tenías miedo de que te hiciera mío a través del *ardeur*?

—Sí —dijo— temía terminar como London, y realmente no quiero eso.

—No creo que vaya a vincular a nadie en este momento.

La mirada de su rostro no era suave, o dudosa. Era una mirada muy masculina.

—Entonces puedo hacer lo que quiera contigo.

Pensé en discutir por la forma en que lo había expresado, pero no tenía fuerzas para ello. Estaba demasiado cansada, y agotada también.

—Sí —dije—, puedes hacerlo.

Se incorporó, acunándome contra la parte delantera de su cuerpo. Se incorporó, y medio me arrastró hasta al otro extremo del asiento, y se arrodilló sobre mí. Su poder bailaba sobre mi cuerpo, y esa energía era la comida. Vi como sus ojos se ahogaban en el azul de su propia magia, hasta que bajó la mirada hacia mí como un ciego.

—¿Es esto realmente lo que desea mi señora?

Me quedé mirando a lo largo de su cuerpo. Tan difícil, tan dispuesto, con tanta fuerza que casi debía doler un poco. Permanecer demasiado duro por mucho tiempo no siempre es una buena sensación. Con su cuerpo prácticamente gritando por la necesidad, me preguntó, pidiendo permiso una vez más.

—Réquiem —dije—, te prometo que siempre pensaré en ti como un caballero, pero ya he dicho que sí.

—Es demasiado bueno para ser cierto —susurró.

—No soy yo quien te ha enseñado a ser tan precavido. —Le acaricié. Sin llegar a posar mi mano sobre su pecho, sino justo por encima, jugando con la energía de su aura. Tanta energía para jugar. Le hizo cerrar los ojos por un momento—. Te lo prometo, Requiem, todavía te respetaré por la

mañana.

Eso le hizo sonreír, y dijo:

—Y tú siempre serás mi señora. —Eso me hizo reír. Luego echó su poder sobre mi cuerpo, y la risa cambió a otros sonidos.



Se agarró a la puerta para elevarse por encima de mí, de modo que sólo su larga y dura longitud me tocó al principio. Su propia magia había hecho que mi cuerpo se apretara y mojara, y más que listo, para que cada embestida fuera un exquisito placer. Un placer tan grande que era casi doloroso que su movimiento fuera tan lento y poco profundo. Había encontrado aquel lugar dentro de mí, y tenía intención de que funcionara, pero podía sentir su cuerpo luchando contra su propio ritmo, queriendo algo más duro, más rápido, menos controlado. Me debatía entre el deseo de no dejarlo nunca, y sabiendo que teníamos que apurarnos. Pero cada vez que abría la boca para decirle que se diera prisa, que me diera de comer, se metía dentro de mí nuevamente, o movía un poco sus caderas, y mi pensamiento se moría antes de que pudiera decirlo.

El *ardeur* se planteó, pero incluso el *ardeur* parecía débil. Lo había extendido a la mayoría de las personas en una habitación antes; ahora, con

Nathaniel y Jason atrapados en un coche con nosotros, no se había extendido a ellos. Estaban intactos. Necesitaba alimentarme, no sólo para ser lo suficientemente fuerte para ayudar esta noche a Jean-Claude, sino para asegurarme de que no empezaba a chupar la vida de Damian a distancia.

Vi el cuerpo de Requiem deslizándose dentro y fuera de mí. En la penumbra del coche no podía ver si estaba usando el condón que Nathaniel le había dado. Era una persona alegre al pensar en la seguridad, porque en todo lo que estaba pensando era en sexo y comida. El problema era que ellos eran lo mismo ahora.

Enrosqué mis piernas y me alcé para verle entrar y salir de mí. Para verle por primera vez dentro de mí, finalmente, incliné a mi columna, cerré los ojos, solté pequeños sonidos. La calidez, el delicioso peso comenzó a construirse dentro de mí.

Encontré mis palabras, y alcancé a decir:

—Cuando me corra, te corres.

—Me gustaría disfrutar de tu cuerpo todo el placer que pudiera tomar —dijo, con la voz llena de la tensión con todo ese control.

Jason dijo:

—No tenemos tiempo para dar a Anita todo el placer que puede tomar, Requiem. Jean-Claude nos necesita.

Requiem asintió con la cabeza, pero nunca cambió su ritmo, el incansable empuje suavemente dentro y fuera, una y otra vez a ese lugar justo dentro de mi cuerpo.

—Dios, eres bueno —susurré.

Sus manos convulsionaron en el coche, por lo que crujió bajo su fuerza.

—Si llego a correrme cuando lo haces, entonces debo dejar a un lado algunos de mis controles, o todavía lucharé contra mi cuerpo.

—¿Puedes seguir haciendo esto hasta que me corra?

—Sí —susurró.

Creció, y creció, y creció, y entonces vino el golpe de su cuerpo dentro de mí hasta que se desbordó. Me hizo gritar, las uñas hundidas en el cuero del asiento. Mi cuerpo se levantó contra el suyo, y se metió dentro de mí, lo más duro y rápido que pudo. Me trajo de nuevo con esa clase de metidas hasta el fondo, otro tipo de orgasmo, antes de que el primero terminara. Le arañé por los costados, y grité.

El dolor no le hizo correrse de nuevo como lo hacía a veces Nathaniel,

o incluso Micah. Él lo tomó, pero no acabó, y el dolor no cambió eso.

Salió de mí, e incluso eso fue una sensación tan maravillosa que me hizo retorcerme en el asiento. Alguien me tocó la cara y el *ardeur* saltó a él. Olí a lobo y supe que era Jason antes de ver su rostro.

Tragó saliva, con la voz entrecortada.

—¿Te sientes mejor?

Asentí.

—No te ofendas, pero necesitamos que te alimentes y que todos volvamos dentro, lo más pronto posible.

—Sí —dije, y mi voz era ronca.

—Si lo hacemos por parejas, te alimentas más rápido, y acabaremos más rápido.

Le fruncí el ceño, una parte la bruma post orgásmica, el componente del *ardeur* aumentando y en parte sólo yo.

—¿Qué?

Nathaniel apareció por encima del hombro, y me tocó la mano. El *ardeur* saltó a él, pero había tomado contacto para que se transfiriera. Mis poderes estaban todavía débiles.

—Quiero ponerte sobre mí mientras el *ardeur* te monta.

Empecé a tener una pista.

—¿Y qué hará Jason mientras estoy encima tuyo?

—Follarte —dijo Nathaniel.

Jason trató de parecer incómodo, pero nunca lo lograba. Por último, me sonrió.

—¿Quieres que sea todo un caballero al respecto?

Negué con la cabeza.

—Quiero que me folles.

Se sobresaltó durante un momento, luego sus ojos se llenaron de ese conocimiento, esa oscuridad, que es todo macho. Esa mirada que es casi depredadora, pero no cuando lo quieres, cuando lo has pedido, sino que es algo para apretar tu cuerpo hacia abajo y fuerte. Grité sólo con la expresión de su cara.

—Follemos —dijo.

—Vamos —dije.



CINCUENTA Y UN0

Acabé sentada, frente a Nathaniel, él dentro de mí. Envolví mis piernas alrededor de su cintura para que entrara dentro de mí todo lo profundo que pudiera. Me recordó a la forma tan íntima de London de hacer el amor. Pero mirando a los ojos de Nathaniel a pocos centímetros de distancia, con su miembro dentro de mí, mis caderas se movieron más rápido. London me apartaba el pelo y me obligaba a mirarlo a la cara. Quería mirar la cara de Nathaniel, quería ver sus estados de ánimo profundizar en su rostro. Quería verlo mirarme.

Las manos de Jason se deslizaron por mi espalda, agarró mis nalgas. Habían decidido cambiar de lugar cuando Jason no quiso practicar sexo oral. Relaciones sexuales, sí, pero no sexo oral. Nathaniel le había dicho:

—Tienes que sentirlo. Ella es increíble.

—He tenido escarceos sexuales con ella.

—Eso fue cuando estaba tratando de ser buena, es mejor cuando está

tratando de ser mala.

—¿Mejor que Raina?

Nathaniel asintió.

Una expresión de dolor casi había cruzado la cara de Jason, y dijo:

—¿Puedo cambiar de idea, por favor?

Por lo tanto, había cambiado de sitio.

Sin muchos juegos preliminares, debido a la posición, pero si pequeños orgasmos debido a la estimulación del punto G. El gran orgasmo del punto G. Cuando había terminado me sentía dulce. El orgasmo había hecho algo pero no lo suficiente, estaba algo húmeda pero no bastante. Temblaba por las replicas, cada envite de Nathaniel traía chorros de placer, juntó más mi caderas para poder entrar más profundamente.

Jason lamió mi espalda y me hizo temblar, me incliné un poco hacia atrás, en sus manos. Nathaniel me besó fuerte, ahogando su lengua dentro de mi boca, hasta que tuve que relajarla. Condujo su cuerpo dentro de mí, como si estuviera imitándose a sí mismo en las dos aberturas.

Eso me hizo gritar, el orgasmo bajo por la columna vertebral, separé mi boca, pero su mano en la parte posterior de mi cabeza mantuvo mi boca junto a la suya.

Jason mordió en mi espalda, y me hizo gritar más. Nathaniel me soltó el pelo, y lo dejó caer hacia mi espalda sujeta por Jason.

—No siento su alimentación.

—No se está alimentando.

El cuerpo de Nathaniel comenzó a encontrar un nuevo ritmo desde un ángulo ligeramente diferente. Mi respiración empezó a cambiar casi instantáneamente.

Puse mis piernas alrededor de la cintura de Nathaniel, aguantando con sus manos la mayor parte de mi peso.

—Retrocede —dijo a Jason. Jason lo hizo, y mi cuerpo se inclinó hacia atrás, mis manos buscaron su cuerpo.

De repente sentí la mirada fija, en una parte muy íntima de la anatomía de Jason.

Nathaniel tenía sus manos fuertes y firmes en la parte baja de mi espalda. Me dijo como colocarme para tratar de alcanzar al otro hombre. Envolví mi mano alrededor de él, apretada y firme. Hizo un ruido pequeño. Quería más.

Nathaniel seguía en mi interior, una y otra vez, profundo y suave. Sentí

el comienzo de otro orgasmo. Quería a Jason dentro de mi boca antes de que sucediera. Quería alimentarme de los dos. Nathaniel se había puesto un condón antes de estar dentro de mí, pero Jason se deslizaba entre mis labios desnudos.

Estaba limpia y desnuda y la quería. En ese momento el *ardeur*, deseaba comérsela, no me preocupaba lo que estuviera haciendo con mi cuerpo.

Necesitaba su cuerpo.

Jason no estaba del todo en el ángulo que necesitaba, y dije:

—Por favor, por favor. —Utilizó su mano para colocarse entre mis labios. Mis manos estaban envueltas alrededor de sus muslos y culo. Empecé a hacer el amor con él, con mi boca.

Succioné, lamí, y lo introduje en mi boca, lo toqué con mi lengua, y muy suavemente con los dientes, rodeé su miembro con mis labios. Moví mi boca, mi garganta estaba tensa para cumplir con cada embestida.

Me perdí en las sensaciones de mi boca, y Nathaniel me recordó, fuerte y rápido, que tenía a dos hombres que satisfacer. Luché para mantener ambos ritmos. Con mis caderas en movimiento para satisfacer a Nathaniel, y mi boca y garganta para cumplir con Jason.

Jason puso sus manos en mi espalda, mientras mi mano encontró algo para agarrarse. Sus manos eran como una red de seguridad, que me sostenían, apoyándome, ayudándome.

—¿Estás cerca? —preguntó Jason, su voz sonaba tensa.

Por un momento pensé que me estaba hablando, pero su miembro no me dejó contestar. Nathaniel dijo:

—Puede ser.

—O vas más despacio o me voy a correr.

Las manos de Nathaniel apretaron la parte baja de mi espalda, y me empujó más arriba, y cambió el ángulo de mis caderas al mismo tiempo. Era como si hubiera estado esperando para hacerlo. Colocó mis piernas en un ángulo de más de cuarenta grados. Su empuje me hizo gritar con el miembro de Jason en mi boca.

—¡Dios, Nathaniel, deja eso, o yo…!

Penetró dos, tres veces, con cada palabra.

—¡Sólo… un poco… más! —Y me trajo, grité y grité, con el miembro de Jason metido en mi boca. Mis uñas se clavaron en su cuerpo. Jason empujó por última vez tan profundo y fuerte como pudo, dentro de mi

garganta, y sentí que se corría. Sentí el fluido caliente y sus espasmos dentro de mi garganta. Nathaniel empujó profundamente y fuerte entre mis piernas. Grité mientras intentaba tragar. Lo que hizo que succionara más fuerte o me ahogara.

Eso hizo que Jason gritara, tuvo espasmos, sus uñas se clavaron en mi espalda.

Gritó mi nombre, y el último *ardeur* se alimentó. Le di de comer. El torrente de energía de nuestros cuerpos juntos, nos hizo gritar. Nathaniel empujó dentro de mí otra vez, me atrajo de nuevo. Jason tuvo un espasmo profundo en mi garganta, sentí dentro de mí como se derramaba. Un momento antes había estado luchando por no ahogarme o vomitar, y ahora el *ardeur* me llevaba, y lo bebía como si fuera exactamente lo que quería. Los dos a la vez, sentí el fluido entre mis piernas y en mi garganta. Era exactamente lo que necesitaba, exactamente como lo necesitaba.

Tal vez la alimentación duraría más tiempo si se alimentaba de los hombres que no estaban vinculados a nosotros metafísicamente, pero no quería a nadie que no estuviera vinculado a nosotros. Así que tenía que hacerlo más a menudo, ¿y qué?

Terminamos en el suelo de la limusina, con Jason debajo, yo en el medio, y Nathaniel encima de mí, como si el último orgasmo nos hubiera tirado al suelo.

—Guau —dijo Jason.

—Sí —dije.

Nathaniel se echó a reír, bajo y un poco inestable.

—Te quiero, Anita —dijo.

—Yo también —dije. Pude sentir el corazón de Jason latir contra mi espalda.

—Me siento excluido —dijo, debajo de mí.

Nathaniel levantó la cabeza y movió los ojos para mirar al otro hombre.

—Te quiero, también, o no disfrutaría tanto compartiéndolo contigo.

Me las arreglé para girar mi cabeza hacia atrás lo suficiente como para ver la cara de Jason.

—Te quiero, Jason, eres nuestro amigo querido.

—Pensé que solo era un compañero de cama.

Estaba contra la parte frontal de su cuerpo. Nathaniel se arrastró hasta ponerse entre los dos.

—Eres el mejor amigo que he tenido.

Jason nos sonrió a los dos, sus ojos estaban llenos de más emoción de la que podía controlar. Logró una versión de su sonrisa habitual.

—Y pensaba que lo más interesante que había hecho con un buen amigo era ver el fútbol.

Nathaniel se rió.

—Podemos hacerlo si lo deseas, pero tendrás que explicarme las reglas.

—No veo el fútbol —dije.

—No me gusta el fútbol, vamos a seguir haciéndolo —dijo Jason.

—Esta noche no —dije.

—Tenemos que entrar —dijo.

—Quien puede moverse, levantarse y vestirse primero —dije.

Se rió, me abrazó, y puso su cabeza contra Nathaniel.

—Dios amo a mis amigos, pero si os apartáis, creo que puedo soportarlo.

—Estoy en ello —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Te has recuperado demasiado rápido. Debo haber hecho algo mal.

La risa se desvaneció alrededor de los bordes, y de repente hubo una mirada muy seria en su rostro.

—Has echo todo bien. Fue maravilloso.

—Tan bueno como la persona que te marcó con los colmillos el cuello.

Él sonrió, empezando a intentar levantarse.

—Mejor en realidad, pero si lo dices lo voy a negar.

—Dime que se supone que debo ser amable, y lo haré.

Él estaba abriendo un paquete de toallitas húmedas. Para limpiarse un poco el sudor, y otras cosas, de su cuerpo.

—¿Has conocido a los Cape Codders?

—Samuel y su familia, sí.

Jason sacudió la cabeza.

—No la familia, los allegados.

—Había un hombre y una mujer con ellos.

—Su nombre es Perdita. Perdy.

Metió las toallitas en una bolsa de basura vacía, al parecer estaba allí para eso.

—Jean-Claude quería saber que expectativas tienes al follarte a Sampson.

—Te envió a follarte a una sirena, para que estuviera prevenida.

Nathaniel se levantó lentamente. Jason le arrojó la caja de toallitas, y le quitó el plástico a la ropa. No hubiera echo falta el plástico tampoco habíamos ensuciado tanto.

—Él no me envió a follarla, solo para averiguar como la transformación de una sirena afecta a los hombres. —Él me sonrió—. Jean-Claude me dejó decidir cómo obtener esa información.

Se me había olvidado que había acordado intentar traer los poderes de Sampson.

Así que es mucho lo que estaba ocurriendo y era muy difícil seguir la pista.

Siempre fue especialmente duro no perder de vista las cosas que me hacían sentir incómoda. Habiendo acordado tener relaciones sexuales con Sampson.

—¡Au! si la mordedura es una muestra.

—No fue todo. Te voy a dar un informe completo después de haber sobrevivido al ballet.

Nos aseamos lo mejor que pudimos. Utilice un kit de maquillaje de emergencia que había en la limusina para retocarme. Me costó un poco pintarme los labios.

Era un poco más caro que eso, pero nos las arreglamos Nos vestimos, y estaba casi tan fresca como cuando empezamos la noche. Requiem había ido a informar a Jean-Claude, o tal vez simplemente no había querido verlo.

Nathaniel y Jason me acompañaron al interior. Lisandro estaba en la retaguardia.

Claudia y Truth nos recibieron en la entrada del club Fox.

Con los guardaespaldas intenté mantener una expresión seria para disimular mi preocupación, pero no necesitaba ver sus caras para saber lo que pensaban. No era *Marmee Noir*, ni Belle Morte. Eran los vampiros que habían invitado a la ciudad.

No estaba segura de lo que estaban haciendo, pero lo que fuera, era de gran alcance.

Jason y Nathaniel se estremecieron a mi lado.

—¿Qué diablos están haciendo ahí arriba? —Susurró Jason.

—No lo sé —dije—. Pero vamos a averiguarlo.

Empecé a subir las escaleras del brazo de Nathaniel, con la mano de Jason en la mía. Normalmente, me esforzaba en no aferrarme a muchos

hombres a la vez en público pero al infierno con ello. Uno, todos necesitábamos consuelo. Dos, mi reputación no podía estar más perjudicada de lo que ya estaba.



CINCUENTA Y DOS

Mientras avanzábamos, desde las cortinas hasta los asientos, tuve que soltar la mano de Jason para que pudiera volver junto al cuadro de Asher. No quería separarme de él. Quería envolverme alrededor de Nathaniel como en una manta de seguridad. Puse mi brazo alrededor de la cintura de Nathaniel, metiéndolo bajo mi brazo. Me abrazó y susurró contra mi pelo.

—¿Estás bien?

Asentí. Jason me habría llamado mentirosa, pero Nathaniel lo aceptaba. Tal vez no me creía, pero no lo decía. Nathaniel se separó de las cortinas. La música creció a nuestro alrededor y el mundo era de pronto dorado. El aire brillaba. Fuera de esa nube brillante flotaba un vampiro. Era Adonis, el vampiro que antes casi me había controlado con la mirada. Había cambiado su traje por uno de baile de 1700, es decir: bastante ajustado de la cintura para arriba, y medias de la cintura para abajo. Había visto vampiros volar antes, pero no así. Se quedó en el aire, como si pudiera permanecer allí

colgado para siempre. Otros vampiros surgieron de la niebla, que colgaba en el aire como si hubiera sido depositada allí. Adonis se cernía sobre nosotros, tan cerca que podía ver como sus rizos rubios se movían en el viento. ¿Qué viento? El viento de su propia magia.

Jean-Claude y Damian apartaron la mirada de esa visión para mirarme. Jean-Claude me dejó mirar, por un momento, había alivio en sus ojos, antes de que su rostro se convirtiera en una máscara en blanco, la que usaría en público esta noche.

Damian se acercó a mí. Le ofrecí mi mano libre sin darme cuenta de que también estaba tocando a Nathaniel. Fue como si su contacto hubiera completado un circuito. No era sólo un aumento de energía, era una sensación de profundo bienestar. Era como si de repente me envolviera en una manta eléctrica caliente. Se sentía tan bien. No podía pensar en nada que deseara más que envolver a los dos a mi alrededor y dormir. Sabía que sería exactamente lo que necesitaba. No todos los destellos psíquicos son ambiguos o difíciles de interpretar. Algunos de ellos son muy claros. El problema es que siempre parecen llegar cuando no es posible actuar sobre ellos. Pero, con los vampiros que se vislumbraban a través de la brillante niebla, una siesta no parecía algo probable.

Me senté al lado de Jean-Claude, y Nathaniel se colocó al otro lado de Damian, donde Micah había estado al comienzo de la noche. Pero para poder sentarnos todos tuve que dejar ir a Nathaniel. Soltarle era casi desgarrador, como renunciar a un escudo cuando sabes que estás a punto de ir a la batalla. No, eso no, Nathaniel no era mi escudo. Era mi calor en una noche fría. Lo que me mantenía sana y salva. Bueno, no siempre era seguro. La seguridad a veces está en otros lugares.

Apreté la mano de Damian y no renuncié a ella. No, no me sentía demasiado mal por no estar tocando a Nathaniel. Por alguna razón renunciar a los dos era más fácil que renunciar solo a uno de ellos.

Jean-Claude me tomó la mano y me dio seguridad. Esta era mi armadura de cara a la batalla. No solo el amor que existía entre nosotros, eso también, sino que Jean-Claude buscaba más seguridad en el poder. Simplemente tocar su mano me llenaba de energía. Ahora ya no estaba pensando en la siesta, estaba pensando en la batalla. Esa era la diferencia entre un soldado y un general. El primero duerme cuando puede, el otro tiene que prepararse para el próximo conflicto.

El brillo se había desvanecido, por lo que los vampiros se mostraban en

toda su gracia. Bailaban en el aire. Se mantenían en su lugar y bailaban. Damian se inclinó y me susurró:

—¿Tienes idea de cuánta fuerza se necesita para hacer lo que están haciendo?

Negué con la cabeza.

Jean-Claude se inclinó y le contestó en un susurro.

—Luchar contra la gravedad, y el deseo de su propio cuerpo de tocar tierra, es impresionante. —Me apretó la mano un poco más fuerte, como si ver a los doce vampiros bailando en un círculo perfecto fuese emocionante, o enervante. Me sentía demasiado insegura para dejar caer mis escudos y comprobar la verdad. Tantas cosas habían ido ya mal esta noche que la precaución parecía lo más inteligente.

Nathaniel estaba inclinado hacia adelante en su asiento. Su rostro estaba extasiado.

Eché un vistazo al resto de los nuestros. Micah me sonrió y me devolvió la mirada.

Pero fue Jason quien me llamó la atención. Estaba sentado en el borde de su silla, como Nathaniel. Se le veía preso de idéntico trance. No fascinado ya por los poderes de vampiro, sino por la belleza y la fuerza de los bailarines. Me di cuenta de que habían eliminado del juego a las dos personas de nuestro grupo que más apreciaban el baile. Los dos tenían formación en danza. Ambos bailaban para ganarse la vida. Sí, se quitaban la ropa mientras lo hacían, pero Jean-Claude había insistido en que todos sus bailarines tuvieran algún tipo de formación. No podían simplemente agitar su botín en el escenario de Placeres Prohibidos. Jason y Nathaniel eran los dos que más clases de baile habían tomado. Eran los que habían ayudado a los otros bailarines a trabajar en sus nuevos números. Y yo les había quitado el baile. Las miradas en sus caras me hacían lamentarlo. Entre todas las cosas que lamenta esta noche, era una más.

Asher estaba muy quieto, mirando el espectáculo. Era un silencio que un extraño no comprendería, pero no era un extraño para mí. Estaba tan cautivado por el espectáculo como los chicos. Pero tenía varios cientos de años como vampiro, y no lo dejaba ver tanto.

La música cambió, y los vampiros dudaron. Fingían no conocer lo que venía después. Estaban lo bastante cerca de nosotros para que pudiera ver sus expresiones de sorpresa cuando se giraron uno por uno, o de dos en dos, para mirar detrás de ellos.

Una mujer saltó al escenario, vestida con uno de esos vestidos de gasa blanca. Me habían dicho que el vestido flotaba en torno a ella cuando se movía de puntillas en el escenario pero, a diferencia de los vampiros, no acababa flotando. Pero resultaba delicado, y era hermosa. Tenía el pelo largo y brillante de color marrón atado en una coleta alta. El pelo se movía con ella como una extensión de su cuerpo al bailar, lentamente, suavemente, por el escenario. Me recordó lo que Nathaniel hacía con el pelo algunas noches sobre el escenario. No era el mismo tipo de danza, pero coincidían en el uso de los cabellos como una extensión de la danza.

Era joven, y tampoco llevaba mucho tiempo muerta. Susurré contra el pelo de Jean-Claude:

—¿Se supone que ella es humana?

—*Oui*.

Ella era bastante reciente, y hubo un tiempo en que podría haber creído la ilusión, pero eso fue hace mucho tiempo, supe que era un vampiro en cuando la vi.

Los vampiros situados por encima de nosotros comenzaron a bajar en círculo, de la misma forma en que lo hacen los buitres cuando deciden que lo que hay sobre el terreno está finalmente muerto.

Una de las mujeres vampiro aterrizó, suavemente, en el escenario. Tenía el pelo casi tan oscuro como el mío, pero ¿Qué parte de sus rizos eran reales y cuales una peluca?, no lo sabía. Se levantó sobre las puntas de los pies, igual que la chica.

Eran como un reflejo la una de la otra sobre el escenario. La muchacha tenía las manos hacia fuera, suplicante, como si hiciera una pregunta, o quisiera algo. La vampiro de pelo oscuro la imitaba, se burlaban de ella. Estaba increíblemente bien hecho. A veces, el ballet me deja confusa, pero aquí no había confusión. Ella estaba pidiendo ayuda, y el vampiro no se la iba a prestar.

Otra mujer vampiro aterrizó, esta de cabello castaño, luego una rubia. Las tres vampiras se cogieron del brazo y bailaron por el escenario. La muchacha cayó de rodillas, rogando graciosamente con los brazos. Llevaba más base de maquillaje que el resto, y daba a su piel un tono rosado, la hacía parecer con vida.

Tres vampiros masculinos se posaron sobre el escenario. Se unieron a las mujeres que bailaban, las manos entrelazadas, chico, chica, chico, chica. La chica de blanco continuaba rogando. Se rieron de ella y se separaron en

parejas. Bailaron a su alrededor. Los hombres realizaban saltos increíbles y llevaban el peso de las mujeres como si realmente no pesaran nada. Los saltos eran increíbles pero, después de verles volar, simplemente no me impresionó. Una vez que has visto volar a alguien, ¿qué es un gran jeté?

Comenzaron a formar un círculo a su alrededor, cada vez más cerca. Finalmente se dio cuenta del peligro, e intentó huir, pero el círculo se había cerrado. La cogieron y la lanzaron de nuevo al centro. Cayó, blanca y marrón, todo ese pelo derramándose como una brillante capa sobre el vestido blanco. Los vampiros se pusieron a bailar cada vez más y más cerca, el círculo se fue apretando con gracia, en un movimiento fluido, pero igualmente apretado.

Había movimiento por encima de nosotros. Me había olvidado de que aún había vampiros flotando en el aire. Habían subido hasta el techo, para apartarse durante la actuación anterior, pero ahora descendieron con delicadeza sobre el escenario, y de repente me di cuenta de que los vampiros en el círculo no eran nada. El poder rodó hacia afuera, como una temblorosa y fría línea, desde los bailarines que acababan de subir al escenario. Tan frío que casi quemaba. Acechaban por el escenario en una danza circular de depredador que me hizo temer por ella. Silly.

Sabía que había repetido esta actuación por todo el país. Sabía que ya estaba muerta, pero aún así mi cuerpo reaccionó a la amenaza reflejada en sus movimientos.

El público por debajo de nosotros contuvo el aliento. Habían visto la actuación completa, y no sabían que estaba muerta.

El círculo de parejas se abrió y los demás vampiros avanzaron. Dos hombres y tres mujeres, acosándola a través del escenario. La niña miraba, con el temor reflejado en su rostro. De rodillas, suplicó con sus elegantes brazos. Cuando eso no resultó se puso lentamente de pie, y su miedo era palpable. Alguien debía estar proyectando emociones sobre el público. No había muchos que me pudieran afectar tan fácilmente.

Miré hacia arriba para encontrar a un último vampiro oscilando en el adornado techo. Adonis, el rubio que había estado tan malditamente cerca de conseguirme con su mirada. No me miraba a mí. Su atención era toda para el escenario. Creo que estaba esperando una señal. No era él. Oh, esta noche era lento. Fue Merlín de nuevo. Merlín, al que no había visto en carne, sino sólo a través de la memoria. No me introdujo en su poder. No iba a herir a nadie. Tenía miedo de que si me empujaba hacia él, si

cancelaba la proyección de las emociones en el público, podría aparecer de nuevo *Marmee Noir*. No deseaba otra visita de la Madre de toda la oscuridad. Así que dejé a Merlín tranquilo. Ya discutiría sobre sus pecados más tarde, en privado.

Los vampiros la perseguían por el escenario. Era una bonita coreografía del gato y el ratón. Saltaban sobre ella, usando su increíble velocidad para no dejarla salir del escenario. Había pasado casi corriendo, pero allí estaban ellos, agarrando su mano, tirando hacia atrás, deslizándose graciosamente por el escenario. Me preguntaba cómo se mantenía el mallot blanco tan blanco haciendo todo eso.

Sentí a Adonis moverse hacia adelante. Sentí su poder llegar desde el exterior.

Voló lentamente hacia el escenario, yendo hacia abajo como si se deslizara sobre cables, tan lento, tan increíblemente lento. No era un ave de presa, era como una imagen de algún santo del cielo, excepto que este descendía hacia abajo, no subía al cielo. Inició su actuación y congeló a los bailarines. Un vampiro de pelo rojo vino a su mano como si hubiera emitido una orden. Los bailarines formaron de nuevo todas las parejas, y empezaron a bailar alrededor de la chica. Ella estaba acurrucada en el centro, ya no rogaba. Había renunciado a pedir ayuda. Se acurrucó, como una estrella blanca en el centro de los brillantes colores de los vampiros.

Bailaron, y demostraron que sabían bailar ballet tradicional. Entonces la música cambió. Las parejas se separaron más y empezaron a realizar un baile que parecía más adecuado para el escenario de Placeres Prohibidos que para el ballet. Seguía siendo hermoso, elegante, depredador, pero también muy sexual. No lo bastante para ser arrestado, pero igual que antes habían mostrado la amenaza, la piedad, y la burla, con un gesto y una mirada, ahora transmitían sexo.

La muchacha se tapó la cara, como si fuera demasiado horrible para mirarlo.

Adonis estaba encima de ella. Levantó su cara con sorpresa, poco a poco, de la misma forma en que lo hacen los actores en una película de terror al escuchar un ruido, sabiendo, de alguna manera, que el monstruo está ahí. Ella miró al hombre guapo, con esa expresión en su rostro, en la postura de su cuerpo que, no importaba lo hermoso que fuera, hacía que pareciera horrible, peligroso, aterrador.

La agarró por la muñeca, e iniciaron un baile lento, con él medio

arrastrándola, y ella tratando de permanecer lejos de él. Su renuencia a tocarle era como un grito que se reflejaba en cada uno de sus movimientos. Pero ganó, y sabía que lo haría.

La cogió en sus brazos, y se elevó hacia el techo. Voló hacia fuera sobre el público, mientras ella luchaba y le golpeaba ligeramente con los puños. La dejó caer. Y ella gritó, antes de que otro vampiro la atrapara. Le eché una mirada a las caras de la audiencia. El público contuvo el aliento y gritó con ella. Los vampiros jugaron a la pelota con la niña. Uno se levantaba, entonces luchaban y la dejaban caer. Ella comenzó a aferrarse a ellos, y le arrancaron las manos de sus ropas y la lanzaron al aire. Luego la agarró Adonis, y la abrazó. Vislumbré el brillo de las lágrimas en su rostro mientras flotaba por delante de nosotros. Agarró su brillante pelo y lo arrebujó en su mano. Extendió su cuello en una línea elegante, forzada, y fingió que la mordía. Luego se la lanzó al siguiente vampiro, que fingió tomar un poco de ella también. Comenzaron a agruparse en torno a ella en un círculo flotante de brazos y piernas. Cuando se separaron, su cuello estaba salpicado de sangre falsa, y se lanzó con entusiasmo hacia ellos. Abrazándolos con sus graciosos brazos. Los convirtió en un frenesí encantador. De unos brazos a otros, un hombre, una mujer, otro, hasta que su vestido se tiñó de carmesí y la muchacha parecía una víctima de accidente. La sangre falsa sobre el vestido hacía que este se ciñera a su cuerpo, por lo que podía ver los músculos, los pequeños pechos apretados. Era a la vez fascinante y totalmente inquietante.

La audiencia quedó en silencio por la tensión, los vampiros se posaron de nuevo en el escenario. La rodearon, ocultándola de la vista. Creando la ilusión de que todos ellos estaban alimentándose a la vez, aunque sabía que no era realmente posible. Demasiadas bocas para poder adaptarse.

Un nuevo vampiro acechaba en el escenario. Era moreno de pelo y piel más oscuro, pálido, pero no podía decir si era maquillaje o su tono de piel. Persiguió a los otros vampiros. Vio la sangre, lo que era casi un cadáver, y lloró. Sus hombros se levantaron y cayeron con él.

Adonis se rió de él, una de esas grandes risas de escenario, con la cabeza hacia atrás.

El vampiro oscuro levantó la cara lívida de ira. Se pusieron a bailar alrededor del escenario. Bailaron con su cadáver ensangrentado como pieza central. Los otros vampiros desaparecieron detrás del escenario. Los dos hombres bailaban. Adonis tenía músculos más voluminosos. El hombre

moreno era alto y delgado y más elegante de lo que nunca había visto. Se movía como un sueño de agua, e incluso eso no le hacía justicia.

El baile de Adonis parecía torpe, en comparación casi parecía humano. En algún momento en medio de la danza, me di cuenta de que estaba mirando a Merlín.

Merlín ganó el baile pelea. Para eso se hizo. Lucharon en el aire, y en el suelo, y parecía real. Parecían realmente enfadados, la ira parecía real, y me pregunté si era proyectada, o si estaban realmente enfadados el uno con el otro y la lucha les daba una excusa para ventilar su ira.

Adonis estaba vencido, no muerto, y dejó a Merlín solo en el escenario con su amor muerto. Se inclinó hacia ella, la cogió en sus brazos y la meció. Tenía la garganta apretada, maldita sea. Él lloraba y yo luchaba para no llorar con él. Jean-Claude había hecho algo de esto con el público de los clubes, pero no era tan bueno. Nadie que hubiera conocido jamás era tan bueno proyectando emociones.

Una turba entró por la derecha del escenario. Había ballestas y antorchas. Mataron al vampiro llorando. La flecha apareció en su pecho como por arte de magia. Y aún sabiendo que era un engaño, parecía real. Se desplomó sobre su amor muerto, y las luces envolvieron a los dos amantes muertos. Murió enroscado a su alrededor, como si, hasta en la muerte, él la protegiera.

La multitud llegó, y llorando, el hombre que había disparado al vampiro recuperó a la niña muerta. La acunó en sus brazos, y una mujer de la multitud se unió a él en el llanto. Los padres, pensé. Lloraban a su hija, aunque el vampiro ya estaba muerto. Se la llevaron fuera del escenario, llorando, y dejaron al vampiro muerto.

Por un momento el escenario estuvo vacío y luego regresaron los vampiros. Se arrastraron por el escenario, cautelosos, con miedo. Parecían desconcertados por el vampiro muerto. Adonis se arrodilló junto a él, le tocó la cara y lloró. Tomó al hombre caído en sus brazos, acunándole contra él. Después se levantó hacia el cielo, y los vampiros se fueron volando con su líder caído. Echaron a volar llorando, y la música de los violines parecía llorar con ellos.

El telón bajó y hubo un momento de absoluto silencio. A continuación, la audiencia se volvió loca, aplaudieron, hicieron ruidos de todo tipo. El público se puso en pie y se volvió a abrir el telón. Los humanos aparecieron en primer lugar, el coro, pero el público permaneció de pie. Cuando Adonis

subió al escenario, aplaudieron más fuerte. Cuando la niña y Merlín aparecieron la multitud realmente gritó. No se oye gritar mucho en el ballet, pero ahora lo hacían.

Entregaron rosas a Merlín y a la muchacha. Más de un ramo de ellas, en diferentes colores. Hicieron una reverencia y se inclinaron de nuevo y, finalmente, el público comenzó a callarse. Sólo entonces se cerraron las cortinas, y los bailarines se retiraron con el suave sonido de los aplausos y la algarabía del entusiasmado público, que ya se preguntaba:

—¿Has visto lo que vi? ¿Fue real?

Habíamos sobrevivido al ballet. Ahora todo lo que teníamos que hacer era sobrevivir a la fiesta del elenco. La noche era joven. Maldita sea.



CINCUENTA Y TRES

Estaba en la oficina de Jean-Claude en Danza Macabra. Era de un elegante negro y blanco, con kimonos enmarcados y abanicos en las paredes como el único toque de color. Me senté detrás de su elegante escritorio negro, con un cajón abierto. Tenía un arma adicional en ese cajón. La había cargado con munición de plata mientras esperábamos. Asher se sentó a mi lado, en una silla cercana para poder estar lo suficientemente cerca como para tocarme. Él era la razón por la que el cajón estaba abierto y la pistola cargada, pero no a la vista en el escritorio o ya en la mano.

Pensó que la discusión podría bajar su tono hostil. Damian estaba a mi otro lado, su mano en mi hombro. Su toque, compartiendo su calma, fue probablemente la razón por la que Asher había ganado su discusión sobre la pistola. La otra razón por la que había ganado la lucha sobre el arma estaba apoyada contra la puerta: Claudia, Truth, y Lisandro, con mucha pinta de guardaespaldas contra la pared.

¿Dónde estaba Jean-Claude? Estaba fuera siendo el niño mimado de los medios.

Elinor, como gerente de aquí, también jugaba con los medios. Para los actos públicos de este tipo, ella hacía de azafata mucho mejor. Además, yo estaba manejando otro asunto. Del tipo que los medios humanos no llegaban a conocer.

Merlín estaba sentado en una silla frente a nosotros. Adonis y la mujer de cabello oscuro del coro estaban sentados en el sofá contra la pared. Su nombre era Elisabetta y su impreciso acento de Europa del Este era lo suficientemente recio como para notarse. Los acentos de Merlín y Adonis parecían fluir con sus estados de ánimo, pero eran en su mayoría ausentes.

Merlín estaba respondiendo a mis preguntas con esa elegante voz desde-cualquier-lugar-y-en-todas-partes.

—Quería que el espectáculo fuera mágico para todo el público, no sólo para los seres humanos.

—¿Así que trataste de rodar la mente de todos, incluidos los vampiros maestros y licántropos, porque no querías que se perdieran el espectáculo? —No luché para mantener el sarcasmo fuera de mi voz. Había perdido la pelea, entonces ¿por qué intentarlo?

—Sí —dijo, simplemente, como si dijera por supuesto.

La mano de Damian apretó un poco más fuerte en el hombro desnudo, sus dedos acariciando el borde de las cicatrices de la clavícula.

—Creo que es un poco difícil de creer —dije. Ahí, eso era calma. No lo había llamado hijo de puta mentiroso.

—¿Por qué más lo habría hecho? —preguntó. Su rostro era muy tranquilo. Sabía que sus ojos eran oscuros, marrón puro, pero con excepción del color no podía describirlos mucho, porque no estaba haciendo contacto visual. Este vampiro nos había jodidamente enturbiado a todos, sin mirada. No fue casualidad. Era alto, moreno y guapo. No era europeo. No, algo más oscuro, más al este, como de Oriente Medio. Había algo muy egipcio en él, o babilónico, tal vez, porque era viejo. Lo bastante viejo para hacer doler mis huesos con su edad. No el poder, sólo la edad. Yo era nigromante, y podía probar el poder y la edad de la mayoría de los vampiros. Era una habilidad natural que había mejorado mientras mi poder había crecido. Ahora esa capacidad había hecho vibrar mis huesos con el peso de las edades que estaban sentadas sonrientes delante de mí.

—Utilizar el poder de esa forma en un Maestro de la Ciudad es un

desafío directo a su autoridad. Lo sabes.

—No, si no quedas atrapado en ella —dijo Adonis desde el sofá.

Le miré, evitando los ojos. Eso le hizo reír. Le gustaba poderme rodar con su mirada. Muy bien, los dos pensamos que podía.

Asher habló entonces.

—¿Estás insinuando que Merlín rodó las mentes de todos los maestros en todas las ciudades que habéis actuado, y ellos no lo supieron? —Su voz estaba vacía, agradable, incluso feliz. Era una mentira. Quería a Adonis para hablar consigo mismo en un rincón.

Merlín levantó una oscura mano pálida. Ese gesto detuvo a Adonis con la boca ya abierta.

—No —dijo Merlín—, no. Hemos respondido a la pregunta del siervo de Jean-Claude. Cuando ella habla es con la voz de él. Pero ¿por qué estás aquí, Asher?

¿Por qué te sientas tan cerca y te unes a estas conversaciones?

—Soy el témoin de Jean-Claude.

—¿Cómo te has ganado ese lugar de confianza y poder, Asher? No es a través de la fuerza. Hay por lo menos cuatro vampiros aquí, tal vez más, que son más poderosos que tú. Y nunca fuiste conocido por tu habilidad en la batalla. Así que, ¿por qué te sientas a su derecha, y ahora a la de ella?

—Les puedo decir por qué está aquí esta noche, sentado a mi lado —dije.

Merlín me dirigió una mirada inquisitiva. Era muy difícil no mirarlo a los ojos cuando se movía. Había perdido el don de no hacer contacto visual con los vampiros.

—Acláremelo, señorita Blake.

Alcancé el cajón y envolví mi mano en la pistola. Me sentía mejor sujetándola. En el momento en el que el arma brilló en la habitación, el nivel de tensión aumentó.

Sentí más que vi a Adonis y a Elisabetta comenzar a avanzar en el sofá.

Claudia dijo:

—No lo hagáis.

Merlín dijo:

—No reaccionéis. Eso es lo que quiere.

Probablemente fue la voz de su amo, no la precaución de Claudia, lo que los mantuvo en el sofá. O infiernos, tal vez me había estado hablando a mí.

Puse la pistola sobre la mesa con mi mano acariciándola. No exactamente sosteniéndola, sino tocándola.

—Quería tener la pistola desnuda sobre la mesa cuando entrasteis por la puerta. Asher me dijo que no lo hiciera.

—Así que él está aquí para ver que no haces nada estúpido.

—Está aquí porque confío en él, y no confío en ti.

—No eres tonta. No esperaba que confiaras en mí.

—¿Y qué harías con tu pequeña pistola? —preguntó Adonis.

—Dispararte a ti y a Merlín aquí parece ser una posibilidad.

—¿Por qué motivos? —preguntó Merlín—. ¿Qué leyes hemos roto? Se nos permite la hipnosis de masas con fines teatrales.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Me encogí de hombros.

—Si pienso en ello, estoy segura de que puedo encontrar algo.

—¿Tú, como decís los americanos, nos tenderías una trampa?

Suspiré, y dejé que mi mano se apartara de la pistola.

—No, me imagino que no.

—Entonces, vuelvo a decir, ¿por qué estamos aquí? ¿Qué hemos hecho para provocar la ira de Jean-Claude?

—Sabes exactamente lo que hiciste —dije—, y por qué estamos enfadados contigo.

—No, de verdad, señorita Blake, no lo sé.

—Es Sra. Blake o Marshal Blake para ti.

Hizo un pequeño gesto.

—Sra. Blake, entonces.

—¿Qué habrías hecho si hubieras tenido éxito en el despliegue de la mente de los seis Maestros de la Ciudad? —preguntó Asher. Su pelo escondía la mitad de su cara, una distracción de oro.

—No voy a responder a su pregunta porque no eres maestro aquí, ni lo suficientemente poderoso como para ser témoin.

—Muy bien, lo que él dijo.

Merlín me miró.

—¿Qué es esto, Sra. Blake?

—No me hagas repetir la pregunta, Merlín, sólo responde a ella.

—No entiendo lo que esperas obtener de esta pequeña discusión, Sra. Blake. De verdad, no lo sé.

—Has intentado joder la mente de seis Maestros de la Ciudad, además de media docena o más de gobernantes licántropos locales. Demonios,

tenemos animales para llamar de varios maestros, además de siervos humanos. Intentaste morder un gran, enorme, sangriento pedazo, y no eres lo suficientemente Maestro como para tragarlo.

—Merlín podría haberos tomado a todos vosotros. —Esto era de Elisabetta.

Negué con la cabeza sin mirarla.

—No, él no podía, o lo habría hecho.

—¿Qué quieres de nosotros, Sra. Blake? —preguntó Merlín.

—Quiero saber por qué lo hizo. No me des una mierda sobre que querías que el público disfrutara del espectáculo. Si de verdad has jodido la mente de todos los maestros en todas las actuaciones, entonces querrías saber si podías tenerlos a todos aquí esta noche. Quiero saber, ¿por qué?

—¿Por qué, qué, Sra. Blake?

—¿Por qué tratar de rodar a todo el mundo? ¿Por qué correr el riesgo de insultarlos a todos? ¿Por qué arrojar un guante así de grande? Eres un vampiro maestro. Eres tan malditamente viejo que haces que me duelan los huesos ahí sentado. Los vampiros como tú no cometen errores, Merlín. Los vampiros como tú siempre tienen una razón para todo lo que hacen.

—Tal vez no creo que un ser humano que apenas ha visto tres décadas de la vida mortal sea capaz de entender mis motivos.

—Pruébame. Mejor aún, prueba a Jean-Claude. Tú lo has dicho, cuando me hablas, hablas con él.

Se quedó inmóvil a continuación. Conocía la calidad de esa quietud. Le había sorprendido de alguna manera. La quietud puede ser tan contundente en un vampiro como un gesto en un ser humano.

—Touché, Sra. Blake. —Hizo otro pequeño gesto con las manos—. No creerás que lo hice sólo para que nuestra producción fuera más agradable para todos.

—No —dije.

Hizo el gesto de manos de nuevo. Estaba empezando a preguntarme si era su versión de un encogimiento de hombros.

—Tal vez, después de tener éxito en una ciudad tras otra, simplemente me había vuelto arrogante. Tal vez realmente creía que podía hacerlo con todos.

—Creo que eres arrogante. Incluso podría creer que rodaste al resto de los maestros individualmente. No estoy segura de eso, sin embargo. He sentido tu mente, y no voy a decir que no pudieras hacerlo, sólo que es

posible que no lo hayas intentado.

—Entonces, ¿por qué lo intenté esta noche? —preguntó.

Sonreí. No era una sonrisa feliz, más parecida a la curvatura de los labios cuando estoy enfadada.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar, y lo que tú intentas evitar contestar.

—¿Estoy evitando la pregunta? —preguntó.

Asentí, y esta vez mi sonrisa era casi feliz.

—Sí, lo haces.

—Tal vez la he contestado, y simplemente no te gusta la respuesta.

—Tal vez no estás tratando de mentir absolutamente en el caso de Damian, o Asher, o uno de los otros aromas o sientes la mentira. Pero definitivamente no respondes a la pregunta por completo.

—¿De verdad crees que si quisiera mentir delante de la gente que tienes en esta sala no podía hacerlo con éxito?

Pensé en eso por un segundo. Luché contra la tentación de mirar a Asher. Damian movió su mano por mi hombro.

—Creo que podrías, pero no sin utilizar más potencia de la mente de la que deseas utilizar a mí alrededor.

—¿Y por qué no quiero usar poderes mentales a su alrededor Sra. Blake? —Su voz destilaba desprecio, casi diversión. No me sentí insultada, su voz era como todo en él, práctica y calculada.

—Porque tienes miedo de que Mommie Dearest lo oiga, y haga una segunda visita esta noche.

Trató de aparentar un desdén arrogante, y lo hizo, pero podía probar el cambio en él. El más leve, el más fino sabor del miedo.

—¿Y quién es Mommie Dearest?

Me mantuve muy duramente en esa línea elegante de la mandíbula. Me habría encantado el contacto visual, pero no quería correr el riesgo.

—¿De verdad quieres que te diga su nombre?

—Puedes decir lo que quieras —dijo.

Asentí, y encontré el latido de mi corazón más rápido, mi mano recién herida apretada en un puño.

—Bien, —y mi voz era un poco entrecortada—, tienes miedo de que la Madre de Todas las Tinieblas se muestre de nuevo.

¿Se habían vuelto las luces un poco menos brillantes, o era mi imaginación?

—Ella está perdida para nosotros, Sra. Blake. No sabes nada de ella.

—Se encuentra en una habitación que está bajo tierra, pero en lo alto. Hay ventanas en todo el frente de esa habitación que se asoman a una cueva, o a una construcción subterránea. Siempre hay luz de fuego abajo, como si quien mirara tuviese miedo a la oscuridad.

—Soy consciente de que Valentina ha estado dentro de la habitación que describes, y vivió para contarlo. No trates de impresionarme con historias de segunda mano.

Estaba empezando a pensar que Merlín no sabía que yo había estado en su cabeza con ella. ¿No sabía que había visto su recuerdo saliendo de la oscuridad?

—Vamos a probar otra historia de segunda mano, entonces. La vi en la forma de un gato grande, tal vez un tipo de león extinto, más grande que cualquier cosa que tenemos hoy. La vi acecharte en una noche donde el mundo olía a lluvia y jazmín, o algo parecido al jazmín. Quiero decir, no sé cuánto tiempo el jazmín ha existido como una planta, tal vez mi mente lo llama —jazmín porque es el olor más cercano que conozco.

Pensé que se había ido antes, pero me había equivocado, porque ahora siguió tan tranquilo que tenía que concentrarme en el pecho para asegurarme de que no acababa de desaparecer. Aún así, más que cualquier otra serpiente, aún en la forma en que las cosas vivas no lo consiguen. Aún así, como si él mismo no estuviera dispuesto a estar allí.

Su voz estaba tan vacía como su cuerpo cuando dijo:

—Compartiste su recuerdo esta noche.

—Sí —dije.

—Entonces sabes su secreto.

—Tiene un montón, pero si te refieres a que es una cambiaformas y un vampiro a la vez, entonces sí, conozco ese secreto.

Tomó aliento. Muchos de ellos lo hacían cuando volvían de esa quietud. Tomaban aliento como para recordar que no estaban muertos todavía.

—Pero Sra. Blake, todo el mundo sabe que no puede ser ambas cosas.

—La cepa de vampirismo que tenemos hoy es destruida por el virus de la licantropía, pero tal vez no lo era, o tal vez es un tipo diferente de vampirismo. Lo que sea. Sé lo que he visto.

—Musette trajo algunos de los gatos de La Dama Oscura a visitarnos —dijo Asher—, que eran ambos, y ninguno.

—Sí, Belle Morte dice que los gatos durmientes de nuestra madre han despertado a su llamada —dijo Merlín—. ¿Qué piensas de eso, Sra. Blake? ¿Crees que Belle Morte se ha vuelto tan poderosa que los siervos de la madre han despertado a su llamada?

—No —dije.

—¿Por qué no? —preguntó. Su voz seguía vacía, su cuerpo no se movía mucho. No estaba tratando de jugar a ser humano ahora.

—Debido a que Belle Morte no tiene esa clase de poder.

—Nunca la has visto en carne y hueso —dijo Adonis—, o no serías tan rápida en juzgar. —No parecía feliz mientras lo decía, lo cual era interesante. Era la primera vez que sentí que había perdido el control de su voz.

Le eché un vistazo.

—Es poderosa, pero no es el mismo tipo de poder como el de Mommie Dearest. Simplemente no lo es.

—Si Belle Morte no despertó a los siervos de nuestra buena madre, ¿quién lo hizo? —preguntó Merlín.

Tuve un momento de introspección. No los tengo muy a menudo. Debatí sobre la conveniencia de actuar, o pedir la opinión de Asher primero. Entonces pensé, al infierno con esto. Estaba cansada. Me había alimentado, pero la curación había tomado más de lo que la alimentación había traído de vuelta. Estaba demasiado cansada para juegos.

—¿Quieres que se despierte, Merlín? ¿O tienes miedo a su despertar?

Se dejó caer de nuevo en esa quietud otra vez.

—No sé cómo contestar a esa pregunta.

—Sí, lo sabes.

—Entonces no la voy a contestar.

—Eres un lacayo del consejo de vampiros, ¿es eso?

—Merlín ha estado fuera del círculo de poder interno durante siglos —dijo Asher.

Asentí con la cabeza.

—Sí, vosotros me informasteis en el viaje en limusina hacia aquí. Se hizo tan poderoso que se le dio la opción de renunciar a su territorio, o ser asesinado. Lo dejó todo y desapareció en las brumas del tiempo. Jean-Claude pensó que podría haber un lugar para él aquí en tierra americana. —En mi cabeza, pensé, y la próxima vez que Jean-Claude ofrezca refugio a alguien tan jodidamente poderoso, más le vale que me lo repita primero. Lo

dejé claro en la limusina. Ni siquiera había discutido conmigo.

—Si no estás trabajando para el consejo, ¿para quién trabajas entonces? —pregunté.

—Si digo que para mí mismo, ¿me creerías?

—Tal vez, quizás no, no sé, prueba. —Tenía la mano en el arma de nuevo.

—¿Por qué tocas tu pistola?

—Porque creo que si no deseas responder a la pregunta puedes intentar poderes vampíricos otra vez. Sólo depende de a lo que le tengas más miedo.

—No tengo miedo de tu pequeña arma —dijo.

—Probablemente no, pero tienes miedo de Mommie Dearest, ¿no?

De hecho se relamió los labios. El gesto me dio la esperanza de que su fachada se resquebrajara, y me hizo dar a sus ojos una mirada llena. Que era lo que tenía que hacer. Trató de rodarme en ese momento de contacto visual, y podría haberlo hecho, salvo que Asher y Damian me tocaron la piel desnuda al mismo tiempo.

Esto fue suficiente para distraerme, me hizo mirar hacia otro lado.

—Debe haber más en vosotros dos de lo que me han dicho —dijo Merlín, y su voz había vuelto a la vacuidad de nuevo.

—Él es su siervo vampiro —dijo Adonis—, no es un rumor. —Su voz no estaba vacía, más bien hueca con un borde de ira.

—Pero eso no es lo que la salvó —dijo Merlín. Miró a Asher, y vi lo que había visto en raras ocasiones, un vampiro apartando la mirada de otro. La mayoría del poder de los vampiros, como mi propia nigromancia, los protegía contra la mirada de otros vampiros. No se podían rodar entre sí, pero Merlín podía o Asher temía que podía. Bastardo aterrador.

—Tú fuiste el más débil de los vampiros maestro de Belle Morte. Ese vampiro no habría ayudado a salvar a nadie de mi mirada.

—Nunca te he visto antes —dijo Asher, con la mano todavía en mi brazo, y su mirada evitando la del otro vampiro.

—He estado más cerca de ti de lo que sabes, Asher.

No me gustaba el rumbo que esta charla estaba tomando.

—Mira, te trajimos aquí para obtener respuestas, no a la inversa.

—¿Y qué respuestas crees que quiero de ti?

—Querías saber lo poderosos que somos. No sé por qué, pero lo querías. Querías probarnos. ¿Por qué?

—Tal vez he buscado mucho y duramente a otro maestro a quien pertenecer.

Alguien que fuera lo suficientemente poderoso como para hacerme sentir que era digno de seguir.

—Eres Merlín, no Lancelot —dije.

—Lancelot era ficción, al igual que la mayor parte de lo que sabes hoy sobre mí, y sobre a los que he servido.

Parpadeé en su dirección.

—¿Me estás diciendo que eres Merlín, como en el Rey Arturo y la Mesa Redonda?

—¿Estás diciendo que no lo soy?

Empecé a discutir con él, pero decidí no hacerlo. Me importaba bastante poco si quería hacerse pasar por el verdadero Merlín. Ni siquiera observé que Merlín, él mismo, fuese una adición tardía a la leyenda de Arturo. Era su ilusión. Mariposa de Obsidiana pensaba que era una diosa azteca. Ella había sido lo suficientemente poderosa para que yo no pudiera estallar su burbuja tampoco.

—Otra noche, tal vez, pero esta noche quiero obtener algunas respuestas directamente de ti. Estás dando rodeos, y estoy cansada de eso.

Su poder respiró a través de mi mente. De repente estaba apuntando con la pistola en su pecho.

—No lo intentes.

—Me matarías simplemente por usar mi poder.

—Te dispararía en el pecho por tratar de rodar mi mente. El control mental uno a uno es ilegal, especialmente con fines nefastos.

—No planeo tomar tu sangre, o alimentarme de ti de cualquier otra forma.

El arma estaba todavía bien y estable en el pecho.

—La ley no dice que tienes que hacer control mental para alimentarte, sólo que atentas contra la libre voluntad de la madre. Es motivo de una orden de ejecución.

—Hace falta tiempo para obtener una orden de ejecución, Sra. Blake. No puedes tener una con mi nombre en el bolsillo. —Estaba dándome una reprimenda de nuevo. Chica tonta, parecía decir su voz.

Negué con la cabeza. Estaba haciendo el tonto, ¿no? La mano de Asher encontró la pierna. Cuando apunté con la pistola, su mano había tenido que moverse. Llevó la mano bajo mi falda, hasta que trazó el borde de las

medias, y encontró la piel. No se trataba de sexo, se trata de ayudar a mantenerme lúcida. Era la primera vez que un hombre al tocar mi muslo me había despejado la cabeza.

Enderecé mi brazo un poco, e hice un agarre a dos manos. La mano de Damian en mi hombro hincado, como si tuviera miedo de lo que estaba a punto de hacer.

—Trata de joderme la mente de nuevo y voy a arriesgarme en los tribunales.

Había otro tipo de armas en la sala, todas ellos en manos de nuestros chicos, y chica. Claudia dijo:

—Si dejáis el sofá, sangrareis.

Adonis y Elisabetta se recostaron contra los cojines de nuevo. No desperdicié ni un vistazo para ver si estaban contentos sobre eso. Claudia y los otros los tenían, yo tenía las manos llenas con el vampiro delante de mí.

—No voy a usar mi poder en ti otra vez, Sra. Blake. Creo que eres un poquito peligrosa como para tomarte el pelo.

—Es bueno que lo hayas notado —dije, la voz tranquila, luchando por mantener mis brazos constantes.

—Tu palabra de que no intentarás utilizar tus poderes en cualquiera de nosotros aquí esta noche —dijo Asher, con la mano inmóvil sobre mi muslo.

—Os doy mi palabra de que no utilizaré mis poderes con ninguno de vosotros esta noche.

—Amplíalo —dije.

—¿Qué? —preguntó Asher.

—Su palabra de que no utilizará sus poderes sobre nosotros mientras está en la ciudad. Quiero su palabra de que será un buen chico hasta que salga de nuestro territorio.

—Ya has oído a la señora —dijo Asher, y no trató de disimular el humor en su voz.

Me alegré de que alguien estuviera divertido.

Dio su palabra, tal como se lo pedí. Era un antiguo vampiro. Si alguna vez consigues que uno de los bastardos dé su palabra de honor, entonces la tienes. No la romperían. Extraño, pero cierto.

Bajé mi arma, y Claudia y los demás hicieron lo mismo. No pusimos los cañones arriba, sin embargo. Teníamos la palabra de Merlín, no la de Adonis, o la de Elisabetta. Supongo que debería haberles empujado a ello,

pero no lo había pensado en ese momento.

—Sabes que soy uno de los pocos vampiros que ella creó personalmente. Has visto el recuerdo de mi muerte.

Asentí.

—Había oído rumores de que se estaba despertando. Más rumores de que te ha visitado en sueños, o visiones. Se me ha prohibido contactar con el consejo por cualquier razón, so pena de muerte. Para confirmar o negar los rumores, no tenía más remedio que venir aquí, a ti y a Jean-Claude.

—¿Por qué el viaje de poder en el ballet? —dije.

—Quería ver si podía encontrar algo en Jean-Claude que a ella le pudiera interesar.

—¿Y? —dije.

—Te encontré a ti.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que eres una nigromante, como antaño.

—Y eso significa, ¿qué?

—Tienes facultades que no he visto en muchos siglos.

—No me has visto usar mis poderes aún.

—Tienes un siervo vampiro. Tienes un animal para llamar. Obtienes poderes como si fueras un vampiro maestro. Te alimentas de sexo como hace Jean-Claude, como hace Belle Morte. No es una opción para ti, o un poder adicional de Jean-Claude.

Debes alimentarte como si fueras en realidad un vampiro. No de sangre, cierto, pero sí de lujuria.

—Sí, sí, soy un súcubo. —Traté de no pensar mucho en lo que había admitido, diciéndolo rápido.

—Lo haces sonar liviano, ¿por qué?

—Porque me da miedo —dije.

—¿Admites eso? —Esto de Adonis.

Se encogí de hombros.

—¿Por qué no?

—A la mayoría de personas no les gusta admitir lo que temen.

—No te hace tener menos miedo —dije.

—Me parece que lo hace —dijo, y era su voz real, creo, no un juego.

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó Asher.

—Nada que vaya a compartir con un maestro menor.

—No empecemos a insultar —dije—. En realidad estábamos hablando.

—¿De qué quieres hablar, Sra. Blake?

—Dices que viniste aquí en busca de respuestas sobre Mommie Dearest, haz tus preguntas.

—Y tú las responderás, ¿así de simple? —Parecía como si no me creyera.

—No lo sabré hasta que escuche las preguntas, pero puede ser. Deja de intentar joder mentes y solo finge que los dos somos seres civilizados. Pregúntame.

Se echó a reír, y fue sólo una risa, no ese sonido palpable de Jean-Claude, o Asher, o Belle Morte. Era una risa.

—Tal vez sea tan viejo como para haber olvidado cómo hablar con sencillez.

—Practica conmigo, haz tus preguntas.

—¿Está despertando de su largo sueño?

—Sí —dije.

—¿Cómo lo sabes con tanta seguridad?

—La he visto en sueños, y en… —Dudé, en busca de una palabra.

—Una visión, —facilitó Asher.

—Pero eso lo hace parecer como algo de mierda beatífica del otro mundo, y no fue así.

—¿Cómo fue? —preguntó Merlín.

—Envió un espíritu gato una vez, una ilusión. De alguna manera se subió encima de mi cuerpo en el Jeep una vez. Olía a noche, suave y tropical, jazmín, lluvia. La maldita estuvo cerca de ahogarme una vez con el sabor de una noche de lluvia.

Belle Morte lo hace con el perfume de las rosas.

—¿Equiparas el poder de una con la otra? —preguntó.

—¿Quieres decir que si son similares en poder?

—Sí.

—No —dije.

—¿Cómo es que no?

—He visto su elevación por encima de mí en la visión, o sueño, o lo que mierda fuera, como un océano negro enorme. He visto su levantamiento como una noche viviente, convertirse en algo real, y por separado. Como si la noche no fuera sólo la ausencia de luz, sino algo real y vivo. Ella es la razón por la que nuestros antepasados se acurrucaban alrededor de la hoguera por la noche. Es por eso que tenemos miedo a la

oscuridad. Es un temor en la misma fibra de nuestro ser, algo que vuelve a nuestra parte de lagarto. No la tememos porque tenemos miedo a la oscuridad, tenemos miedo a la oscuridad a causa de ella.

Me estremecí, de repente fría. Asher se quitó la chaqueta del esmoquin y la puso sobre mis hombros desnudos. Eso hizo que la mano de Damian se pusiera contra la parte trasera de mi cuello, debajo de mi pelo, para que pudiera mantener el contacto. No discutí por eso.

—Entonces es cierto —dijo Merlín, con una voz que mantenía una astilla de miedo— que está despertando.

—Sí —dije—, lo está. —Tomé la mano de Asher en la mía. Necesitaba el consuelo.

—Belle Morte cree que es su poder el que ha levantado a los siervos de la madre.

—Eso no es cierto, y tú lo sabes —dije.

—Se despiertan, porque ella está despertando —dijo.

—Sí —dije.

—¿Por qué está tan interesada en un siervo humano? —preguntó Adonis, no con rudeza, sino como si realmente lo quisiera saber.

—Creo que no es la sierva humana lo que le interesa, le interesa la nigromante. —Me miró, y otra vez luché para no mirarlo a los ojos. No creía que fueran trucos mentales, sólo un hábito. Lo ves en los ojos de alguien. Simplemente lo haces—. ¿Sabías, Sra. Blake, que está en sus órdenes que los nigromantes de cierta edad fueran asesinados?

—No —dije—, no lo sabía.

—Era su orden que todos aquellos con tus dones fueran asesinados antes de que pudieran alcanzar ese poder.

—Puedo entender algo de eso.

—¿Puedes?

Asentí con la cabeza y apreté la mano de Asher, y estreché la mano de Damian más cerca de mi piel.

—Puedo deslizarme en la mente de un vampiro de la forma en que vosotros lo hacéis, chicos.

—¿Puedes, de verdad?

Me di cuenta de que había hablado demasiado, compartido más de la cuenta.

—Estoy demasiado cansada para jugar esta noche, Merlín. Cuando nos jodió la mente a ambos esta noche, un amigo bien intencionado me dio una

cruz para sostener.

—Oh, querida —dijo.

Levanté mi mano izquierda para que pudiera ver la nueva cicatriz.

—¿Cómo se cura tan rápidamente? Una herida de objeto sagrado cura lentamente en nosotros.

Puse la mano en la parte superior de la espalda de Damian.

—No soy un vampiro, Merlín, soy nigromante. Es simplemente otra clase de don psíquico. No me hace malvada.

—¿Y nosotros somos malvados, simplemente porque somos vampiros?

La pregunta era demasiado difícil para mí con un vampiro en cada mano.

—Estoy muy cansada de debatir filosofía contigo. Tomó energía para curar esto.

—Sentimos que te alimentaste —dijo Adonis.

Luché para no mirarlo de nuevo.

—Sí, me alimenté, pero no fue suficiente. Tratar con Mommie Dearest quita mucho de una chica.

—Eso quita mucho de cualquiera —dijo Merlín.

Me pregunté por primera vez, si la razón de que no hubiera hecho un gran control de la mente después de que la madre se fuera no era por guardar las formas, sino porque estaba asustado. Tal vez no tenía suficiente zumo restante. Tal vez, como yo, fue drenado de energía.

—Ella puede alimentarse de otros vampiros con sólo tocar sus poderes, ¿no?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Casi siempre viene a mí después de que algún otro vampiro haya utilizado un gran poder en mí. Lo usa para seguir los juegos mentales de Belle Morte. Esta noche fuiste tú al que ella siguió. ¿Se alimenta de nosotros cuando hace eso?

—A veces —dijo.

—Así que no se ha dormido y no se ha alimentado durante miles de años. Ha sido como una especie de sueño oscuro, alimentándose de la energía, en el poder.

—Creo que sí.

—¿Por qué se fue a dormir en primer lugar?

—¿Cómo podría saberlo?

—Evitando la pregunta, ¿no?

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Tal vez.

—¿Sabes por qué se fue a dormir?

—Sí.

—¿Me lo dirás?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es una historia que quiera compartir.

—No puedo hacer que me lo digas, ¿verdad?

—Podrías intentar ver si eres lo suficientemente nigromante para ordenarme decírtelo.

Sonreí.

—Mi ego no es tan grande.

—Más de los siervos de la madre han despertado. La mayoría del consejo, como Belle Morte, creen que es su propio poder el que ha roto el largo sueño de los siervos.

—¿Qué miembros del consejo no lo creen?

—Desde que se me ha prohibido acercarme al Consejo, ¿cómo iba yo a saber eso?

—De la misma manera en que sabes lo que Belle Morte piensa.

Esbozó esa sonrisa de nuevo. Creo que era su sonrisa de no te lo voy a decir.

—Necesitas alimentarte otra vez, Sra. Blake, igual que yo. La buena madre se alimentó de los dos.

—Ella no es buena, y nunca fue tu madre.

Hizo el gesto de nuevo con la mano, el otro que pasaba por un encogimiento de hombros.

—Fue la madre de lo que soy ahora.

No podría discutir eso, así que no lo intenté.

—Querías saber si está despertando, lo está. Dices que querías saber si Jean-Claude era un poder lo suficientemente fuerte como para llamarle maestro.

—¿No crees que busco un maestro?

—Creo que el único maestro que alguna vez has reconocido está acostado en una habitación en algún lugar de Europa, acechando mis sueños.

Él respiró hondo y suspiró. Los vampiros no tienen necesidad de

respirar, sólo el aire suficiente para hablar, pero me di cuenta de que la mayoría de ellos suspiraba, de vez en cuando, como si fuera un hábito que incluso algunos milenios no pudieran romper.

La mano de Damian se tensó casi dolorosamente en la parte trasera de mi cuello.

Estaba completamente tranquila, ¿qué pasaba ahora? Empecé a mirarle, pero lo sentí. Me dejó sentirle. Estaba chupando su energía. Tomando de nuevo la energía que le daba para vivir. Mierda.

Llamaron a la puerta.

Claudia me miró.

—Mira a ver quién es —dije.

Lo comprobó antes de abrir la puerta, buena guardaespaldas. Era Nathaniel. Le abrió la puerta. Vino con su pelo todavía hacia atrás en su trenza, pero había perdido la camisa y el chaleco en alguna parte. La parte superior de su cuerpo brillaba por el sudor y el collar de amatista y diamantes brillaba mientras se deslizaba en la habitación.

—¿Cómo perdiste la camisa? —pregunté.

—Tengo calor —dijo, y sonrió.

—Se diría.

Caminó hacia mí sin dejar de sonreír, pero había preocupación alrededor de los bordes de sus ojos. Un extraño no lo hubiera visto, pero me había pasado meses leyendo su rostro. Caminó alrededor de la mesa, por lo que estaría fuera del alcance de Merlín. Había aprendido a ser una mejor persona, y una víctima peor, viviendo conmigo. Dio la vuelta, y puso su mano en mi brazo, debajo de la chaqueta de Asher. Tener a ambos tocándome fue como si alguien hubiera pegado un enchufe eléctrico en mi columna vertebral. Me hizo saltar, pero por debajo de la fiebre del poder estaba la sensación de que iba sólo en una dirección, dentro de mí.

Mierda. Realmente, realmente iba a tener que mejorar en esto de la energía.

—Eres muy nueva en ser el centro de este triunvirato de poder —dijo Merlín, como si estuviera seguro de ello, y como si fuera interesante para él.

—Sí, hay una curva de aprendizaje.

—Hay maneras de evitar que la buena madre se alimente de tu energía.

—Soy toda oídos —dije.

Me frunció el ceño.

—Quiero decir, me encantaría escucharlo. —A veces me olvidaba que la jerga no viajaba bien, no por todos los países, o siglos.

—Un elemento sagrado escondido dentro de al menos dos capas de almohadas la mantendrá a raya.

—Eso suena arriesgado —dije, levantando la mano recién marcada. El movimiento hizo moverse a Damian, casi un tropiezo. Sentí a Nathaniel alcanzarle, supe cuando había puesto un brazo alrededor de la cintura del hombre más alto.

—Incluso los vampiros pueden dormir de ese modo, si ellos creen y no llaman a su propio poder.

Necesitaba alimentarme, pero no quería un error. Compartía cama con demasiados vampiros para querer un elemento sagrado estallando en el momento equivocado.

—¿Un vampiro puede dormir con un elemento sagrado bajo la almohada?

—Sí, o por debajo de la cama, aunque la almohada es mejor.

—¿Qué pasa si el elemento sagrado toca la carne del vampiro?

—Mira tu propia mano en respuesta —dijo.

—¿Estás diciendo que la cruz me quemó a causa de mi propio poder, no por Mommie Dearest?

—Eres un súcubo, Sra. Blake, que ha sido durante mucho tiempo un poder asociado con lo demoníaco.

—He ganado contra los demonios. El vampirismo es un contagio, no una cosa diabólica. Es una enfermedad de transmisión sanguínea. Un médico allá por 1900 hizo una especie de descubrimiento de alguna manera para curarlo. No se cura la posesión demoníaca con una transfusión de sangre.

—¿Curarlo? —dijo Merlín—. Con una transfusión de sangre, ¿de verdad?

—Bueno, sí, pero el vampirismo es lo que mantiene el cuerpo sin vida en marcha y funcionando, por lo que tomas el vampirismo de la sangre, y muere el cuerpo.

—Ah, entonces, no una cura que la mayoría buscase.

Negué con la cabeza.

—No.

Damian se inclinó y susurró contra mi mejilla:

—Todo muy interesante, pero ¿puedo pedir que esto vaya más rápido?

—La madre no puede romper tu protección por su cuenta, excepto en el sueño.

Pero puede seguir el ataque de otro vampiro dentro de tus defensas. Tienes razón en eso. El miedo hacia ella era una de las razones por las que las leyes rigen el combate entre maestros. Pero ella ha estado dormida durante tanto tiempo que nos hemos olvidado de la precaución.

—¿Por qué necesita seguir algún otro ataque?

—Porque todavía es una criatura de las pesadillas y en las tierras de Morfeo.

—Todavía está dormida, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, eso es lo que quiero decir. —Sonrió.

La mano de Damian excavó en mi hombro. Dije:

—No quiero ser grosera, pero necesito alimentarme. Así que, si nos disculpan.

—¿No podemos mirar? —preguntó Elisabetta.

—No —dije.

—Vamos, Elisabetta —dijo Merlín. Salió por la puerta con ella a su espalda. Adonis se giró en la puerta y nos miró a todos.

—No conseguirás mirar tampoco —dije—. Esta reunión ha terminado.

Empezó a decir algo, pero pareció pensárselo mejor. Por último, negó con la cabeza, y salió sin decir palabra. Había aprendido más de lo que quería contar, pero menos de lo que había que saber. De alguna manera, sabía que volvería a verlo. Sólo una corazonada.

Claudia fue hacia la puerta.

—Me aseguraré de que nadie interrumpe. —Cerró la puerta detrás de ella.

Me paré, y suavemente moví las manos de mis hombros. Tomé sus manos entre las mías.

—Nathaniel, lleva a Damian a la sala de trabajadores o a alguna parte. O encontrad una mesa al aire libre, supongo.

—¿Por qué no podemos mirar?

Le di una mirada, pero él puso esos inocentes y bien informados ojos.

—Han pasado menos de dos horas, ¿estás diciendo que podrías hacerlo otra vez?

Sonrió.

—No me puedo alimentar de ti de nuevo tan pronto, Nathaniel, es demasiado peligroso. No sé lo que la madre me hizo, exactamente, pero me

siento débil. No sé si puedo garantizar que el *ardeur* no se vaya a propagar a través de la habitación. Fuera estarás a salvo, dentro, no lo sé. —Miré a Damian, que se aferraba a los hombros de Nathaniel como si se fuera a caer sin el apoyo—. Si me alimento de Damian en este momento, creo que sería malo.

—¿Quién te va alimentar entonces? —preguntó Asher desde donde estaba, cerca de la pared.

—Si te parece bien, tú.

—A un hombre le gusta que se le pregunte.

Apreté las manos de los demás, y dije:

—Nathaniel, Damian, iros, por favor, y permaneced donde alguien pueda mantener un ojo sobre vosotros, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo —dijo Nathaniel, y se dirigió hacia la puerta.

Me volví a Asher.

—¿Estás enfadado conmigo?

—A nadie le gusta que le den por sentado, Anita.

—No te doy por sentado.

—Lo haces, al igual que Jean-Claude.

No sabía qué decir a eso, así que dije esa parte en voz alta.

—No sé qué decir a eso.

Negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para cuidar las heridas emocionales.

Perdóname.

La puerta se cerró detrás de nosotros, Nathaniel y Damian estaban afuera tratando de encontrar un lugar para esperar a que me alimentara lo suficiente para mantenernos vivos a todos.

Alargué la mano buscando la de Asher. Él la tomó, pero no me miraba. Lo poco que mostraba de su cara era el perfil perfecto, con las cicatrices ocultas detrás de la gloria de su cabello. Le había pedido sexo y él se estaba escondiendo de mí. Nada bueno.

—¿Qué está mal? —pregunté.

—¿Te das cuenta de que esta será la primera vez que hayamos tenido alguna vez relaciones sexuales a solas?

Empecé a discutir con él, pero me detuve. Podía recordar su cuerpo tan íntimamente. Tantas noches y tardes de su cuerpo contra el mío. ¿Siempre había estado alguien más con nosotros? ¿Nunca habíamos tenido un momento en que éramos sólo nosotros, sólo nuestro?

Le toqué la cara, traté de conseguir que me mirara, pero no lo hizo.

—No es sólo por parte de Jean-Claude de quien no has recibido suficiente atención personalizada, ¿no?

Sonrió, pero no como si estuviera feliz.

—Pasé siglos siendo deseado por todo lo que tocaba, o quería. Luego pasé siglos siendo despreciado, ridiculizado. El sexo era una bendición o como un tormento para aquellos a los Belle deseaba castigar.

Traté de abrazarlo, y me mantuvo lejos, apenas sujetándome la mano mientras hablaba. Dije lo único que podía pensar en decir.

—Lo siento.

Por último, me miró con el lado perfecto de su cara. Me dejó ver la belleza asfixiante que hacía que la gente renunciara a su fortuna, a su honor, a sus virtudes, por una noche más mirando fijamente ese rostro.

—Has curado algunas de mis heridas. Estar contigo y Jean-Claude. Pensé que sería suficiente.

Deslicé mi mano debajo de su pelo, para poder tocar la parte con cicatrices de su rostro. Ahuequé con la mano aquello que él escondía, mientras miraba la parte que me dejaba ver.

—Pero no recibes suficiente atención de cualquiera de nosotros.

—Suena infantil cuando lo dices en voz alta, pero no se siente infantil aquí dentro. —Se tocó el pecho—. Parece como que estoy muriendo de hambre en medio de una fiesta. Pero es una fiesta que comparto con muchos. Ninguno de los dos me miráis sólo a mí. Siempre hay alguien más bello, más deseable.

—No hay nadie más bello que tú, Asher.

Se echó hacia atrás, y expuso las cicatrices en su rostro.

—¿Cómo me puedes decir eso?

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero ser el centro de la vida de alguien de nuevo, Anita. El centro de la vida de Jean-Claude eres tú. El tuyo está empezando a ser Nathaniel y Micah. —Me agarró los brazos y cerró los ojos con fuerza—. No soy el querido de nadie, y no puedo soportarlo. —Se rió, pero cuando abrió los ojos había un brillo de lágrimas contenidas—. ¡Qué estúpido e infantil! ¡Qué egoísta!

—No se trata de estar con hombres o mujeres, ¿verdad? —dije—. Es que ninguno de los hombres que estoy escogiendo nunca te pondrá en el centro de su mundo.

—Quiero ser amado, Anita, como lo era antes.

—Julianna —dije, en voz baja.

Él asintió con la cabeza.

—Una vez fue Jean-Claude, pero él nunca podrá realmente amar a otro hombre como ama a una mujer. Los gustos y demandas de Belle enviaron a muchos de nosotros a los brazos de otros hombres, pero Jean-Claude nunca podría ser contenido sólo con hombres en su cama. Él es un amante de mujeres por encima de todo.

—¿Y tú? —pregunté, porque parecía querer que le preguntase.

—Creo que si fuera el hombre adecuado, podría enamorarme, y contentarme, pero pienso lo mismo de una mujer. Es el amor lo que busco, Anita, no el paquete a su alrededor. Siempre he necesitado más atención que Jean-Claude. Busqué a una mujer como mi siervo humano cuando me di cuenta de que Jean-Claude nunca se contentaría sólo con hombres, sólo conmigo.

No sabía qué decir ante el dolor en su voz. Una carga emocional que había llevado durante dos o trescientos años, y se supone que tenía que arreglarlo, o al menos hacerlo mejor, ¿cómo? ¿Cómo iba a hacer eso?

Sentí a Damian alcanzarme. Me hizo tambalearme contra Asher. Tuvo que agarrarme.

—Estoy drenando a Damian.

—Entonces debo dejar de ser un enfant terrible, y permitir que te alimentes.

—Te quiero, Asher. Te amo. Pero en este momento, no tengo tiempo para…

—Para curar mis heridas —terminó por mí.

—Para hacer el amor contigo de la forma que quiero.

Me dio una mirada, como si no me creyese.

—Tenemos que alimentarnos y volver a la fiesta, pero no eres sólo alimento de emergencia para mí. No eres sólo alguien que comparto con Jean-Claude. Eres muy especial para mí, Asher, tú, sólo tú. No tengo tiempo para hacer que me creas esta noche, pero voy a tratar de hacerlo mejor más tarde.

Me llevó contra su cuerpo, sujetándome cerca, susurrando en mi pelo:

—Más tarde tendrás que alimentarte de otra persona, porque yo habré tenido mi turno.

Me aparté lo suficiente para ver su rostro, y dije:

—Recuerda una cosa, que no te hice el amor la primera vez porque tenía que alimentar el *ardeur*. Hice el amor contigo porque quería, porque Jean-Claude y yo queríamos.

—Lo hiciste para protegerme de los agentes de Belle Morte.

—Sí, lo hicimos de manera que Belle no pudiera llamarte a su casa, para que nos pertenecieras a nosotros con sus reglas, pero sigues siendo el único hombre en mi vida con el que he tenido relaciones sexuales porque quería cuidarte, no porque fueras comida.

—¿Cuidar de mí?

Asentí con la cabeza.

—Es lo que haces cuando amas a alguien.

Sonrió, y fue esa sonrisa rara. La sonrisa que le hacía parecer terriblemente joven, y en absoluto como él, como si esa sonrisa fuera todo lo que quedaba de lo que podría haber sido hace siglos.

—No puedes amar a todos los hombres de tu vida, Anita.

—No —convine—, pero te quiero. Quiero a Jean-Claude.

—Y a Micah, y a Nathaniel —dijo.

Asentí.

—Y a London, y a Réquiem —dijo.

Negué con la cabeza.

—No, no a ellos.

—¿Por qué no los amas? Son hermosos y perfectos.

Sonreí.

—No son perfectos, guapos sí, pero no perfectos. Requiem es malditamente demasiado temperamental. London, estoy un poco avergonzada por él.

—¿Por qué avergonzada?

—No estoy segura, tal vez porque no estoy segura de que incluso me guste, y tuve sexo con él. —Sentí a Damian caído en la mesa donde estaba sentado. Nathaniel lo agarró del brazo, lo mantuvo en la silla. Asher tuvo que cogerme o puede ser que me hubiera caído.

—Necesitas alimentarte —dijo.

Asentí.

—Entonces hemos hablado suficiente. Esta noche voy a cuidar de ti, porque eso es lo que haces cuando amas a alguien.

El calor se levantó en mi cara, y no estaba segura de por qué.

Se echó a reír, no una mágica risa de vampiro, sino una risa muy

masculina. Esa risa que te permite saber que lo has complacido de alguna forma.

—¿Qué? —pregunté, y no lo miraba, porque sabía que haría empeorar mi sonrojo.

—Te ruborizaste porque dije que te amaba.

Asentí, y traté de sonar grosera mientras decía:

—¿Y?

—Así que, sé que me quieres.

Eso me hizo mirarle.

—¿Sólo porque me sonrojé?

Asintió.

—Me ruborizo mucho.

Me llevó al círculo de sus brazos.

—Sí, pero éste era para mí. —Puso un beso en mi frente—. Me gustaría alimentarme mientras te alimento.

—¿No te has alimentado aún?

—No, el hambre de sangre no se levantó.

—¿No es eso raro?

—Mucho.

—Entonces aliméntate. —Pensé en ello—. Aunque estoy a punto de quedarme sin lugares para marcas de colmillos frescos.

Tocó el lado de mi cuello donde residían las mordeduras de Requiem. Trazó su mano sobre el montículo de mi pecho, bajando un poco más del borde superior del corsé hasta que acarició la mordedura de London. Introdujo los dedos más abajo, así que me tocó en el pezón. Sólo eso trajo a mi aliento un grito de asombro.

Se rió de nuevo, ese sonido contento. Su mano se deslizó hasta mi muslo, me obligó a apartar mis piernas para que pudiera encontrar la mordedura de Jean-Claude en el interior del muslo.

Mi voz era entrecortada:

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Lo olí —susurró—. ¿Estás lista para mí?

Asentí, porque no me fiaba de mi voz.

—Entonces mírame, Anita, mírame a los ojos.

Miré hacia arriba lentamente, y encontré sus ojos llenos de luz como el hielo azul, brillante luz de la luna de invierno, todas las sombras y brillos. Sus ojos me deslumbraron.

Él me llevaba, y yo no recordaba cuándo me había levantado.

—¿Adónde vamos? —Susurré.

—Al sofá —dijo.

—Tenemos que ser rápidos.

Me acostó en el sofá, mis rodillas dobladas, y se arrodillado entre ellas.

—Podemos ser rápidos ahora, porque sé que será mucho más largo después.

—Todo porque me ruboricé por ti —dije.

—Sí. —Me acostó en el sofá. No había espacio para que se tumbara a mi lado, así que se puso de pie y comenzó a quitarse la ropa.

—Si quitamos el corsé tardaremos una eternidad para colocarlo de nuevo.

—El corsé puede quedarse. —Arrojó la camisa y la chaqueta en el brazo del sofá. Se quedó allí por un momento desnudo de cintura para arriba. Me quedé mirándole, tontamente, esa mirada de —guau, cielos en mi cara. No lo podía evitar. Era tan hermoso, y sabía que el resto de su cuerpo era igual de bonito. Pude mirarle con conocedora anticipación. Sólo el mirar hacia él de esa manera me hizo temblar.

—La mirada en tu cara, Anita, *mon dieu*, la mirada en tu cara.

Tuve que tragar saliva dos veces para decir:

—¿Qué quieres que me quite?

—Las bragas.

—Sólo las bragas —dije.

Él asintió, y comenzó a desabrocharse los pantalones.

Mi pulso se aceleró. Tuve que sentarme para quitarme las bragas. También me ayudó a apartar la vista de él mientras lo hacía. ¿Era sólo que nunca habíamos estado solos antes? ¿Era esta anticipación increíble? ¿O era más que eso? Le quería.

Quería que me tocara. Mi cuerpo dolía por la necesidad, no sólo por ser tocada, sino por ser tocada por Asher.

Sus manos se deslizaron sobre mis hombros desnudos, donde yo estaba sentada de espaldas a él. La suavidad de las manos por mi piel me hizo contener la respiración.

Se inclinó y susurró:

—¿Qué quieres?

—Tus manos en mi cuerpo.

—¿Qué más quieres?

—A ti dentro de mí.

—¿Qué más?

El pulso me golpeaba en la garganta con tanta fuerza que apenas podía hablar a su alrededor.

—Muérdeme mientras me follas, haz que me corra de ambos modos mientras estás dentro de mí.

—¿En tu interior en ambos sentidos? —Susurró.

—Sí.

Cogió un puñado de mis cabellos, y tiró hasta hacerme daño, sólo un poco, lo justo.

—Di por favor.

—Por favor.

—Tengo que tomar sangre para entrar dentro de ti. Para que te corras una segunda vez con mi mordedura, voy a tener que tomar sangre de nuevo.

Traté de razonar eso, y fallé, pero finalmente dije lo único que podía pensar en decir.

—Por favor.



CINCUENTA Y CUATRO

Nos puso a ambos de rodillas en el sofá, yo dándole la espalda. Su mano envuelta en mi pelo, lo suficientemente fuerte como para hacerme daño, tirando de mi cuello hacia atrás en un limpio y tenso ángulo. Apretó su cuerpo contra la parte trasera del mío, utilizó sus caderas para levantar la falda corta para que pudiera sentir su cuerpo contra mi culo desnudo. Metió la mano en la parte delantera del corsé, por lo que podía agarrar mi pecho, apretado y duro. Eso me hizo gritar.

Sumergió su cuerpo contra el mío, pero sin sangre, él seguía siendo suave.

Me susurró al oído:

—Tu sangre me hará un hombre, una vez más. Llenará mi cuerpo de vida, para que pueda llenar el tuyo.

Había algo en lo que había dicho que debería haberme molestado, pero no pude formar el pensamiento. Se había enrollado en mi mente un torrente

de felicidad, y no podía hacer mis pensamientos marchar con lógica. Toda la lógica que tenía estaba en sus manos, en el impulso suave de su cuerpo, la tensión creciente mientras me sujetaba.

Algo apuñaló a través de esa calma lujuriosa. Damian me alcanzó con un grito silencioso.

—¡Anita, maldita sea, aliméntate!

Me hizo caer en los brazos de Asher.

—¿Qué pasa?

—Déjame alimentarme con el primer mordisco. Déjame alimentarme con tu poder.

—Damian se está desvaneciendo. —Hizo una declaración.

—Sí. —Mi voz era entrecortada, y no por una buena razón.

—No voy a luchar contra tu poder, Anita. Voy a dejar que me tomes, entonces yo te tomaré.

—Sí, pero por favor date prisa, por favor…

Era demasiado alto para permanecer presionado como estaba y morderme. Tenía que aflojar su cuerpo lo suficiente para doblar esa estructura de más de metro ochenta sobre mí. Sus manos se tensaron en mi pelo y en mi pecho. El dolor repentino pareció mandarme de vuelta a su mirada. Mi respiración era corta y entusiasta cuando golpeó. Hubo un momento de dolor, luego desapareció, arrasado por el primer orgasmo.

El mordisco de Asher era placer. Era su don, su poder, y ese poder apretó mi cuerpo, y explotó como una ola de placer caliente sobre mi piel. Tanto placer, tanto, y mientras se alimentaba sería una emocionante oleada cálida tras otra. Se sentía tan bueno, tan bueno, que se derramó en mi boca en un irregular y largo grito. En algún lugar de todo eso, el *ardeur* se levantó y se alimentó. Se alimentó a través de su boca, sus dientes en mí. Se alimentó a través de sus manos sobre mi cuerpo. Vertí el derrame sobre Damian, sintiéndole sentarse con tanta fuerza en la silla, que casi se cayó. Nathaniel le tranquilizó, y obtuvo una muestra de ese poder placentero.

Luché contra la energía, luché para enviar solamente alimento, y no el placer casi irresistible. Para enviar sólo tanto, y nada más. Era como tratar de meditar en medio del sexo; no me extraña que no fuera buena en esto.

Asher se apartó de mi cuello, respirando con dificultad.

—Hiciste un buen negocio. —Su voz sonaba débil, y su mordisco no necesariamente le causa placer, de modo que no era eso.

—Lo siento —murmuré.

Me soltó y me dejó caer hacia delante sobre cuatro patas, la cabeza hacia abajo.

—Dios Asher, Dios.

El sofá se movió mientras él cambiaba de posición, y lo siguiente que sentí fueron sus manos en mis caderas, tirando de mi falda. Apretó la punta de sí mismo contra mí, y no había nada suave en él ahora. Estaba duro, y listo, empujando contra mí.

—¿Todavía quieres que te perfore dos veces?

Debería haber dicho que no. Perdería gran parte de la noche. Pero no quería decir que no. Quería decir que sí. Traté de no pensar mucho en Asher. Uno, podía causar mini-orgasmos en momentos raros. Uno de los efectos secundarios de sus poderes. Dos, porque comprendí por qué la gente estaba dispuesta a negociar todo lo que fuera sólo por una noche más del placer que sólo podía dar Asher. El resto del sexo metafísico era genial, pero era el afecto que sentía por las personas involucradas el que me hacía querer estar con la mayoría de ellos. La alimentación de urgencia era la excepción. Amaba a Asher, pero no fue el amor lo que me hizo querer estar con él. Si hubiera sido menos terca, podría haberle perseguido simplemente por el placer. Me alejé de él cuando pude, porque nadie podría hacer lo que él hacía, y eso me asustó.

Fue por eso por lo que dije:

—Sólo fóllame.

—¿No deseas que te de placer con mi mordisco de nuevo?

—Sí, pero… no tenemos tiempo.

—Como desees. —Utilizó sus manos para colocar mis caderas, y comenzó a abrirse paso dentro de mí. Yo estaba mojada, pero apretada, mi cuerpo se convulsionó en torno a él cuando luchó por estar dentro de mí.

Su voz era tensa.

—Tan apretada esta noche, demasiado apretada. Obligándome a luchar por cada centímetro. Me encanta.

Me limité a asentir, sin confiar en mi voz. Debería haber dicho que no al sexo. Nos habíamos alimentado. Jean-Claude nos necesitaba para socializarnos con la multitud. Pero no quería decir que no. Podría haberme mentido a mí misma y pensar que Asher necesitaba esto, esta vez sólo nosotros dos, pero no era por eso por lo que dije que sí. Le dije que sí porque lo quería dentro de mí. Le dije que sí porque estaba luchando conmigo misma para no suplicar por otro mordisco.

Quería que me perforara dos veces. Lo quería. Realmente.

Se mantuvo dentro de mí, tan cerca como su cuerpo se lo permitía. Descansó un momento con nuestros cuerpos casados el uno al otro. Puso su cuerpo a través de mi espalda, dejándome soportar nuestro peso durante un momento. Tenía la piel más caliente ahora, vivo con la sangre que había tomado de mí. Su pelo caía a mi alrededor como una cortina brillante.

—Muérdeme —susurré.

—¿Qué?

—Muérdeme, mientras me follas, tómame, tómame como sólo tú me puedes tomar. —Mi voz se quedó en un susurro, como si eso hiciera que todo estuviera bien. Como si lo hiciera menos débil.

—¿Como sólo yo te puedo tomar? —Hizo una pregunta de ello.

—Sí —dije—, sí.

Envolvió sus brazos alrededor de mí, obligándome a soportar todo nuestro peso combinado. Me abrazó, duro y apretado.

—Sientes mi poder.

—Sí —dije en voz baja.

—¿Tienes miedo de él?

—Sí.

—¿Miedo de lo mucho que me quieres?

—¡Sí!

Susurró:

—Me gusta. —Se levantó de encima, de modo que la única parte en contacto era la parte que estaba muy dentro de mí, y el toque desnudo de los muslos y las caderas. Se irguió despacio, muy despacio.

—Todavía estoy apretada.

—Sí —dijo— sí, lo estás. —Salió de mí, entonces utilizó sus rodillas para extender mis piernas más abiertas. Me hizo bajar la cabeza al sofá, presionando mi cara contra la piel. Asher entró en mí, poco profundo, justo en el interior, en el interior sobre ese punto dulce. Comenzó lento y constante, empujándose a sí mismo dentro y fuera, y siempre por encima de ese punto. Seguí esperando que acelerase o profundizase, pero mantuvo ese lento, superficial ritmo.

Empecé a mover mis caderas para ayudar, pero puso las manos firmemente sobre mis caderas, impidiendo moverme. Era extrañamente como todos los bailes de salón que me habían hecho aprender para la fiesta. Una flexión de las manos del hombre, un apretón en un sentido u otro, y

sabías lo que quería, o pensabas que lo sabías. Quería que no me moviera, que le permitiera hacer el trabajo.

Me abrió las piernas todavía más, forzando a mi cuerpo en un ángulo superior.

—Arriba, Anita, te quiero a cuatro patas.

Hice lo que me pidió, pero mis rodillas se extendieron tan lejos que mis caderas protestaron por el ángulo. No dolía exactamente, pero probablemente lo haría si lo alargábamos lo suficiente. Y a pesar de todo, mantuvo ese deslizado y suave ritmo dentro de mi cuerpo.

El orgasmo comenzó a construirse dentro de mí. Construido con cada caricia de su cuerpo justo en el interior del mío. Construyendo, construyendo, con su suave toque dentro de mí. La mayoría del sexo tenía que ver con el *ardeur*. El *ardeur* no era suave. Me alimentaba y follaba porque tenía que hacerlo. Me di cuenta de que Asher me tomaba con tanto cuidado, con tanta suavidad, que nos había enseñado a todos los malos hábitos. Me encantaba una buena y dura follada, más incluso que a la mayoría de las mujeres, pero sólo porque podía tomar eso no significaba que eso era lo que quería, no siempre. Esto, esto era perfecto. Esto era lo que había estado desaparecido en todo el sexo frenético. Toda la alimentación de emergencia me había hecho olvidar que la dulzura tenía su propio placer.

Luché para estar en donde él quería, y no moverme, luché por mantener las piernas abiertas, luché para mantener el placer.

—Estoy cerca.

—Entonces, córrete.

—Pero…

—Hazlo —dijo.

Podría haber discutido, pero empujó su cuerpo sobre el mío por última vez y el orgasmo me sorprendió. Sólo sus manos hincados en mi culo me impidieron retorcer mi placer a su alrededor. Me mantenía en el lugar, y siguió su camino, como si yo no gritara, los dedos excavando en el cuero. Tanto placer, demasiado placer, que mis manos necesitaban algo para agarrarse. No pude llegar hasta él, así que clavé las uñas en lo que podía alcanzar.

—¡Anita, te amo, te amo, te amo! —El ritmo cambió. Le sentí luchar contra su cuerpo, para no perderse todavía. Me agarró del pelo y me tiró de rodillas con su cuerpo todavía dentro del mío. Cambió el ángulo, y no

intentó seguir de forma superficial. Usó toda su longitud, todavía presionando suavemente, todavía luchando con su cuerpo para no machacar dentro de mí. Sentí la lucha en su pecho y brazos mientras tiraba de mi cabeza a un lado y exponía el cuello otra vez—. Ahora —susurró.

—Por favor —susurré.

Hundió sus colmillos en mí, cerró la boca a mi alrededor, y chupó. Dejó de luchar contra su cuerpo, se dejó hundir en mí tan fuerte y rápido como pudo. Me hizo gritar de nuevo, me trajo con su cuerpo, me llevó con su mordisco, me trajo con su poder. Él se vino dentro de mí con un último y poderoso empuje. Arañé con las uñas sus brazos y grité con voz ronca.

Se alimentó en mi cuello, y mientras se alimentaba los orgasmos continuaron. Para mí, para él, para nosotros. Era una de las cosas que le hacían tan peligroso.

Mientras estabas en el centro de todo ese placer, podrías olvidar. Olvidar que esta noche era mi cuarta donación de sangre. Olvidar que no debía abrir su boca y dejar que la sangre se vertiera por mi cuerpo, porque estaba demasiado lleno para tomar más. Olvidar que se suponía que debíamos guardar algo para salir a la calle para reunirnos y saludar. Olvidarme de todo menos de la sensación de tenerlo dentro de mí empujando, hasta que se vertió entre mis piernas, se vertió sobre su propio cuerpo. Olvidar hasta que mi sangre derramada por el cuello mojó el vestido y los diamantes. Olvidar hasta que las manos nos apartaron, y Asher se volvió gruñendo a la sala.

No gruñí. Me desplomé en el sofá, porque no podía hacer otra cosa. Me quedé allí como una muñeca rota, e incluso mis pensamientos iban en círculos perezosamente, un filo blanco como si el mundo estuviera cubierto de algodón.

Alguien me dio la vuelta. El rompecabezas de la cara de Remus apareció en la penumbra creciente.

—Anita, Anita, ¿puedes oírme?

Quería decir que sí, pero el mundo se volvió negro, y estaba flotando, y no podía decir nada a nadie.



CINCUENTA Y CINCO

Me desperté en el hospital. No en el hospital de humanos, sino en el hospital licántropo. El edificio que los cambiaformas locales mantienen sólo para emergencias. Si me hubieran llevado al de los humanos, entonces Asher podría haber terminado con una orden de ejecución contra él. El inconveniente de ir al hospital peludo era que la sangre se utiliza para la transfusión no era sangre humana. Si se obtiene el tipo de sangre correcta, los seres humanos pueden acoger sangre de licántropo, y licántropos pueden acoger sangre humana, pero los licántropos pueden tener problemas si reciben sangre que no es de su propia cepa de licantropía. Dado que llevo tres, yo era una especie de problema. Pero como también era O negativo, no había mucha elección. No es el tipo de sangre más común, especialmente en un pequeño hospital como éste.

La doctora Lillian en realidad no me diría que cepa de licantropía decidió añadir a mi mezcla, o si había elegido una que ya tenía. Piensa que

si sé lo que es, podría influir en qué bestia gana. Desde mi proceso mental no debería tener nada que ver con eso, no tengo ni idea sobre lo que está balbuceando, pero no va a ceder, así que en la próxima luna llena vamos a ver si mi cajón de sastre peludo elige un ganador.

Dormí de vez en cuando, y cuando me desperté de nuevo Asher estaba sentado junto a mi cama. Me sorprendió cuando lo vi haciendo un pequeño jadeo.

Apartó la mirada de mí, dejando que todo el pelo largo cayese hacia adelante para ocultar su rostro por completo. No estaba coqueteando, mostrando el perfil perfecto. Sólo se estaba escondiendo.

—Tienes miedo de mí ahora. —Su voz tenía un lamento como una luminosa lluvia persistente, una que sabes que va a durar todo el día.

Empecé a negarlo, entonces me detuve. ¿Tenía miedo de él? Sí. Sí, lo tenía. Pero no por la razón que él creía. Toqué el vendaje en el cuello, y solo por la sensación sabía que la mordedura no era un pinchazo cortés. Se había dejado llevar en mi cuello, como había hecho en otros lugares. No era como la horrible cicatriz de la clavícula, o incluso la curva de mi brazo malo, pero no era lo que los vampiros solían hacer. Se sentía como un error de principiante bajo las vendas.

Eso hizo que se sentase un poco más erguido, su arrogancia empezando a desplegarse.

—Lamento que mi actitud te desagrade tanto. —Parecía un poco enfadado, bien. Era mejor que la desesperación.

—Tienes razón, debería estar furiosa contigo. Y tienes razón sobre que he pateado hombres fuera de mi vida por un infierno mucho menor que esto.

La ira se filtró a distancia, y esa depresión adormecida rodó sobre él otra vez. Era como ver su luz desvanecerse.

—¿Pídeme que me siente para poder clavar el cuchillo más profundamente?

—Si quiero clavarte un cuchillo, lo sabrás. Sólo estoy tratando de hablar.

—Tuve que toser para aclararme la voz. —¿Hay agua?

Asher miró a su alrededor. Fue Remus quien encontró una jarra de agua y una taza pequeña. La vertió, luego vaciló y, finalmente se la entregó a Asher. Los dos hombres tuvieron un momento en el que casi se podía sentir la batalla de voluntades, entonces Asher finalmente tomó la taza, y se

acercó a la cama. No me miraba mientras ofrecía el agua con una pajita articulada.

El agua sabía rancia, pero estaba fresca, y se sentía de maravilla en mi boca y garganta. Levanté mi brazo ileso para ayudar a sostener la taza. Mis dedos rozaron la mano de Asher. Dio un salto, como si se hubiera hecho daño, pero sabía que no había dolido.

—¿He derramado agua sobre ti?

—No, sólo un poco en las sábanas.

—Eres la única mujer que, a excepción de Belle, me ha hecho sentir torpe.

Ixion estaba allí con un pañuelo. Asher lo tomó y secó las pocas manchas que había derramado en las sábanas.

—¿Eso es un cumplido, o un insulto? —pregunté. Mi voz sonaba mejor, menos ronca. Me hizo preguntarme cuánto tiempo había estado inconsciente. No se lo pregunté, porque habría llevado un largo tiempo, entonces Asher se sentiría peor, y yo estaría más asustada. Lo dejé pasar.

Terminó tratando de absorber el agua, entregando el pañuelo como si esperara que Ixion simplemente estuviera allí para cogerlo. Estaba, y lo hizo, pero la improvisada calidad del gesto hizo que me preguntara de nuevo cuánto tiempo había estado inconsciente.

—No es nada, sólo la verdad. Me has hecho sentir incómodo desde el momento en que te conocí.

—Tiendo a tener ese efecto en los galanes.

Me miró entonces. Traté de leer su expresión y fracasé.

—Soy un galán, ¿en serio?

—Belle Morte se aseguró de que todos vosotros fueseis buenos con las mujeres.

—Y los hombres. No te olvides, Anita, ella se aseguró de que supiéramos complacer a los hombres, también.

Asentí con la cabeza, y me detuve, porque los vendajes apretaban.

—He comprendido ese concepto, gracias.

—Pero no estás satisfecha con él.

—Más bien desconcertada.

Alisó las sábanas donde las había humedecido. Creo que estaba buscando algo en lo que preocuparse obsesivamente en lugar de lo que estábamos haciendo. Nunca lo había visto tan incómodo.

Hice lo que había querido hacer desde que entró en la habitación. Puse

mi mano sobre la suya. Estaba muy, muy quieto bajo mi tacto. Ese silencio horrible, antinatural, donde sientes que no estás tocando algo que esté vivo. Se alejó de mi contacto, pero mantuve mi mano sobre la suya. Si pensaba que un poco de mierda rara de vampiro me haría moverme, estaba equivocado.

—Anita, —y su voz trató de ser tan vacía como su cuerpo, pero falló.

—No tengo miedo porque casi me matas. Tengo miedo porque casi me matas, y todavía quiero tocarte.

Sacó su mano fuera de la mía. Se sentó, pero por lo menos ahora me miraba.

—He rodado tu mente, completa y absolutamente. He hecho lo que temía que iba a hacer.

—Y ¿no me quieres tocar?

—Sí —susurró.

—Fuiste el primero en darte cuenta de que sólo mordiéndome me ayudabas a hacerme con el control de un vampiro. No creo que sea sólo lo que me has rodado.

—¿Quieres decir que has ganado control sobre mí?

—No estoy segura de lo que estoy diciendo. Sólo sé que no quiero que te vayas. No quiero que no me vuelvas a tocar otra vez. Quiero que estemos juntos. Más allá de eso, no sé.

—¿Juntos de qué manera, Anita?

—Sólo necesitamos un observador —dije.

—Un observador, ¿de qué estás hablando?

—Un observador, al igual que tienes en los gimnasios. El sexo contigo es tan bueno que necesitamos observadores.

—Tan peligroso, querrás decir —dijo, y se miró las manos donde estaban sueltas en su regazo.

—Lo haría de nuevo, Asher.

Alzó la vista entonces, y no era una mirada feliz.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—Eso debería asustarte, y a mí.

—Me asusta, pero a ti en realidad no te asusta, ¿verdad?

—Estoy aterrado por tu seguridad, pero…

—Has sido un chico muy bueno, ¿no? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

Tuve uno de esos momentos de ver tan profundamente en otra persona que hace que el resto del mundo parezca inestable por un momento. No eran poderes vampíricos, o nigromancia, era sólo un momento de introspección tan brillante y doloroso que no podía apartar la mirada.

—Mírame a los ojos, Asher, y dime que nunca habías hecho lo que hiciste conmigo antes, y ¿la mujer no tenía que sobrevivir?

Apartó la vista entonces, esos ojos claros escondiéndose de mí.

—Asher —dije.

Encontró mis ojos con esa cara perfecta en blanco, mirando a través de la maraña de su pelo.

—He hecho eso de lo que me acusas.

—No es una acusación —dije—, era más una declaración.

—¿No me crees un monstruo por ello?

Pensé en ello. ¿Creía que era un monstruo?

—¿Lo hiciste a propósito?

—¿Si empecé a hacer el amor planificando la muerte de mi amante? —preguntó.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—No, salvo una vez.

—¿Una vez?

—Había un noble de quien Belle deseaba el dinero y la tierra. Él había sido diagnosticado con un cáncer. Era un hombre fuerte, orgulloso. No quería morir en el dolor y la enfermedad. Pidió que lo matase. Deseaba morir por el placer en lugar del dolor. También consideró que si le quitaba la vida no era un suicidio, por lo que su alma estaba extrañamente segura.

Contó la historia con una voz vacía, como si eso no significara nada para él. Era el tipo de voz que usa la gente sobre los traumas o las tragedias cuando no se han pronunciado aún.

—Te gustaba —dije.

—Era un hombre decente.

—No creo que eres un monstruo.

—¿Por qué no soy un monstruo por matar a alguien para darme placer?

—Puesto así, lo serías, pero eso no es lo que hiciste. Es un lazo de placer, Asher. No es tu placer, sino el tuyo, el mío. Yo podría haber dicho que no. Hubo un punto donde sabía que era demasiado, que debíamos detenernos.

—Había rodado tu mente. No tenías libertad de elección.

—Me puedes rodar, pero no me quedo rodada si no quiero, ya no. No quería parar, Asher. ¿Crees que soy un monstruo por haber dicho que fue una de las experiencias más asombrosas de orgasmo que he tenido alguna vez?

—No, no un monstruo.

—Podemos tener relaciones juntos y solos a veces, pero sin morder mientras estemos solos.

—No confías en mí.

—No confío en ninguno de nosotros dos —dije.

Estuvo a punto de sonreír.

—Casi te mató. Estuve a punto de verter toda esa preciosa sangre. El sofá tiene que ser destruido, la alfombra levantada. Casi te mató, Anita, no por la alimentación, sino por el placer.

—Estabas en medio de una gran puesta en marcha, Asher. Un animal para llamar, por fin.

Miró hacia atrás a los guardias esperando.

—Hienas, sí.

—Jean-Claude dice que la primera vez que entra en juego el poder, siempre es difícil de controlar.

Asher me tomó la mano.

—No cambiaría tu amor por mil poderes. No cambiaría una sola hebra de tu cabello por cualquier territorio. —Tenía los ojos brillantes, no con poder sino con lágrimas.

—Te creo.

—Tus nuevas leyes dicen que somos ciudadanos, pero somos monstruos, Anita. Si te hubiera matado con el nacimiento de este nuevo poder, te habría seguido poco después.

—¿Estás diciendo que te hubieras suicidado?

Asintió.

—No podría haberlo soportado.

—No te quiero muerto.

—Ni yo a ti. —Se arrodilló y apoyó la cabeza sobre mi mano—. No fue la sangre lo que trajo mi poder, Anita. Fuiste tú, que me quieres más que nadie. En ese momento pude sentirlo. Me querías a mí, no a Jean-Claude, ni a Richard, ni a Micah, ni a Nathaniel, a mí. Me querías, mi cuerpo, mi contacto, más que a nadie.

Pude ver en tu corazón, y sólo me vi a mí allí.

—Se levantó, las lágrimas manchando su rostro de un color rosado tenue. —De verdad me quieres, sólo a mí.

No por los recuerdos que compartes con Jean-Claude. No por compasión. Me amas.

—Sí —dije—, de lo contrario me hubiera enfadado por toda la cosa de —casi me matas.

—Nunca me perdonaré por eso. Jean-Claude habría estado en su derecho de matarme por tal descuido.

—Él te ama.

Asintió.

—Sí, es verdad. Dudé de ello, hasta que me di cuenta de que no me iba a matar por el hecho de que casi te mato. Dudé de que todos me amabais, Anita, pero ya no. Él me ama o me habría matado cuando entró en la habitación y vio lo que había hecho.

Así que era eso. Casi muero. Asher tenía un animal para llamar. Jean-Claude no lo mató porque casi me mata. Yo no maté a Asher porque casi me mata. Jean-Claude nos ha prohibido a Asher y a mí que tengamos sexo de alimentación por nosotros mismos. No discutimos, porque Asher y yo conocemos el secreto más oscuro de todos entre nosotros. Fue tan bueno, tan increíblemente bueno, que no confiábamos el uno en el otro para no volverlo a hacer de nuevo.

Soy un súcubo. Soy un vampiro. Tal vez no un chupa sangre, pero me alimento de sexo. No se trata sólo de la vida de Damian que puede verse evaporada si no me alimento. Nathaniel morirá. Yo moriré. Creo que Jean-Claude puede protegerse a sí mismo y a Richard de mí, pero puedo matarnos a todos si no aprendo a manejar mi propio triunvirato de poder personal. London es el principal candidato para mi nuevo *pomme de sang*. Desearía que me gustase más. No me disgusta, pero me asusta llevarlo a casa. No me parece que sea del tipo doméstico. Requiem es parte de la cadena alimentaria, pero no es tan sólo comida. Él anhela el verdadero amor.

No lo culpo, pero no le puedo ayudar de cualquier modo. El sexo es genial, pero me asusta. Los vampiros de siglos de antigüedad, todos parecen muy fáciles de herir emocionalmente. Raro.

Envolví una cruz en seda, la puse en una bolsa de terciopelo, y ésta dentro de una funda de almohada. Parece estar funcionando. No más sueños malos sobre *Marmee Noir*. No ocurrieron accidentes a mis amantes

vampiros, o a mí.

Mandaría a Merlín una nota de agradecimiento si tuviera una dirección.

Sampson se está quedando en la ciudad para que pueda cumplir con mi promesa de intentar traer más de sus poderes. Me está dejando recuperar mis fuerzas y mis nervios para ello. Amable por su parte. Hice que Auggie llevara a Haven a casa, a Chicago. Mis manos dolían al tocarlo. Realmente peligroso. Los leones locales están tratando de encontrar en mí a alguien más, pero echo de menos a Haven. Él es un matón peligroso, pero lo extraño. Mi leona lo extraña. Sería realmente una mala idea tratar de conservarle.

No estaba embarazada, ¡sí! Pero mientras pensaba que estaba embarazada, tuve relaciones sexuales sin protección con Nathaniel, Jean-Claude, Micah, y Augustine. Nadie entregó un condón a London cuando alimenté al *ardeur* de él.

Pero me las he arreglado para esquivar esa bala también. Gracias a Dios. Estar embarazada de uno de mis novios es una cosa; quedarme embarazada de Augustine sería un desastre que no podría manejar. Creo que voy a empezar a grabar los condones a mi cuerpo. El sexo de emergencia surge, abres un condón, y estás tan seguro como podrías estar. Estoy segura contra la enfermedad porque mis amantes no son humanos, pero el embarazo es una enfermedad contra la que no estoy segura. Mi periodo está todavía desaparecido. Mi doctor dice que no me pasa nada malo. Podría ser sólo el estrés, o bien, existe literatura acerca de cambiaformas femeninas que tienen períodos interrumpidos hasta su primera luna llena. O, como señaló mi médico, soy como un milagro metafísico sobre dos piernas, así que tal vez es otra cosa. Tal vez es algo que ni siquiera hemos pensado.

Me recomendó tomar ácido fólico porque hay defectos de nacimiento que no tienen nada que ver con hombres lobo y vampiros. Hice lo que me dijo. También sugirió un terapeuta, o unas vacaciones. ¿Unas vacaciones? ¿Yo? ¿Dónde iría, y qué haría? Infiernos, ¿a quién iba a llevar conmigo?

Trato de no pensar demasiado en el hecho de que mis —poderes vampíricos me dieron a Nathaniel y a Micah. Demonios, yo fui dada a ellos. ¿Por qué no funcionó con Richard? Jean-Claude piensa que es porque no conoce el deseo de su propio corazón. Sólo puedes conseguir tus deseos cuando realmente sabes qué es lo que quieres. Tal vez algún día Richard verdaderamente sabrá lo que su corazón necesita. Él está saliendo con

humanas exclusivamente. Yo soy la única sobrenatural que está viendo. Richard me ha informado que está comprando su valla blanca.

Estoy contenta detrás de mi muro negro de hierro forjado. El de los picos puntiagudos en la parte superior. El blanco nunca fue mi color.